BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

B-786

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

BIBLIOTECA PÚBLICA PROVINCIAL * JAEN *

CURIOSIDADES BIBLIOGRÁFICAS.

COLECCION ESCOGIDA

DE OBRAS RARAS DE AMENIDAD Y ERUDICION,

CON

APUNTES BIOGRÁFICOS DE LOS DIFERENTES AUTORES,

POR DON ADOLFO DE CASTRO.

Reg.º n.º 8859

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE JAEN

MADRID.
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR.
SALON DEL PRADO, 8.

1855.

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL
JAEN

El celo por las glorias literarias de España, mi amadísima patria, y por la conservacion de la pureza de su bella habla, me hizo mirar siempre como muy útil y loable la empresa del señor don Manuel Rivadeneyra, publicando su escogida Biblioteca de Autores Españoles *desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias.*

Desde luego quise cooperar al objeto que tan digna y tan felizmente se propuso y está desempeñando el señor Rivadeneyra, en la pequeñísima parte que estaba á mi alcance, ya como suscritor á la obra, ya costeando la impresion de un tomo de ella para ser distribuido *gratis* un ejemplar á cada una de las bibliotecas provinciales del reino y á algunas otras corporaciones y personas, á quienes lo entregaré en los mismos términos. Careciendo yo de relaciones con el señor Rivadeneyra, me dirigí á él por medio de mi erudito amigo el señor don Adolfo de Castro, que tan acreditado tiene su gusto por la literatura. Y habiendo el señor Rivadeneyra tenido la bondad de acceder á mi intento, sale hoy á luz, á mis expensas, el tomo xxxvi de la Biblioteca citada, con el título de *Curiosidades bibliográficas*, cuya coleccion va enriquecida con los apuntes biográficos del señor don Adolfo de Castro. En esta publicacion nada hay mio sino el buen deseo, que si fuese apreciado favorablemente por los lectores de ella, quedaré yo completamente satisfecho.

J. M. de Vadillo.

EL EDITOR.

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL JAEN

El excelentísimo señor don José Manuel de Vadillo, persona tan ventajosamente conocida en la república de las letras, ha querido asociar su nombre á la publicacion de mi Biblioteca de Autores Españoles, de un modo que patentizará siempre su ilustracion y su munificencia. Por medio de mi amigo el señor don Adolfo de Castro, alcalde primero constitucional de Cádiz, me hizo presente que estaba dispuesto á costear la impresion de un tomo de mi Biblioteca, siempre que este fuese una coleccion escogida de obras raras de amenidad y erudicion. Su deseo era prestar un doble servicio á la literatura patria, tendiendo en primer lugar una mano protectora sobre la publicacion de la Biblioteca, tan necesitada de Mecénas en un país como el nuestro, donde la indiferencia por las glorias nacionales ha llegado á herir aun á las personas mas ilustradas, y facilitando al propio tiempo á los eruditos el conocimiento de obras de difícil adquisicion, que de esta manera se salvan del olvido. Aceptada por mí una propuesta que tanto honor hace al excelentísimo señor don José Manuel de Vadillo, sale hoy á luz el presente tomo de *Curiosidades bibliográficas*.

Un deber sagrado me obliga á consignar aquí un perpétuo testimonio de mi gratitud hácia la persona de este caballero. Rasgos de desprendimiento semejantes al suyo, tratándose de proteger la literatura patria, son por desgracia rarísimos entre nosotros. Grande, muy grande es mi satisfaccion al ver que todavía hay personas en España, tan amantes de nuestras glorias literarias, que comprenden la utilidad de mi Biblioteca, y se interesan vivamente por que su publicacion se lleve á feliz término.

M. Rivadeneyra.

PROLOGO.

BIBLIOTECA PÚBLICA PROVINCIAL * JAEN *

El excelentísimo señor don José Manuel de Vadillo, ilustre gaditano, y persona de gran erudicion, como demuestran su *Sumario de la España económica*, sus *Estudios sobre las causas de la revolucion de la América del Sur*, su *Análisis del concordato de* 1851, y otros opúsculos no menos interesantes, deseoso de prestar un servicio á la literatura patria, se propuso costear un tomo de la Biblioteca de Autores Españoles, consagrado únicamente á publicar por vez primera ó á reimprimir algunas obras importantísimas que por su rareza merecian ser mas conocidas ó perpetuadas en la memoria de las gentes para honor del ingenio español. Aceptada por el señor don Manuel Rivadeneyra, editor de la Biblioteca, la protectora é ilustrada oferta que por mi intervencion se dignó hacerle el señor de Vadillo, sale hoy este tomo á luz, formado de diferentes joyas literarias.

El *Diálogo entre Caronte y el alma de Pedro Luis Farnesio, hijo del papa Paulo III*, es una obra de don Diego Hurtado de Mendoza, escrita á imitacion de Luciano. Su asunto nace de la muerte que varios nobles conjurados dieron á Pedro Luis Farnesio, duque de Plasencia y Parma, en su mismo palacio, el dia 10 de setiembre de 1547, cansados de sufrir por una parte las violencias de su tiránico gobierno, y por otra movidos de las ocultas instigaciones que, en nombre del emperador Cárlos V, les hicieron don Fernando Gonzaga, capitan general de Milan, el castellano de Cremono, el obispo de Arras y el mismo don Diego Hurtado de Mendoza, segun la voz que corrió en aquel tiempo por Italia. El duque Pedro Luis Farnesio baja despues de muerto á la laguna Estigia, y tiene con Aqueronte un largo coloquio sobre los negocios de Roma y el concilio de Trento. Es obra escrita con aquel ingenio vivísimo y aquella sagaz política que don Diego Hurtado de Mendoza usa en casi todas sus obras. Hay, sin embargo, la gran incongruencia de aparecer Aqueronte muy interesado por la causa de los cristianos: incongruencia que no debe atribuirse tanto á don Diego Hurtado de Mendoza, cuanto al gusto general que habia en su siglo, de mezclar en los trabajos de invencion las tradiciones de los gentiles con las de los cristianos. ¿Qué extraño es que don Diego de Mendoza haga que las almas de los cristianos vayan á la laguna Estigia á que Aqueronte las conduzca en su barca, cuando Miguel Angel, en su gran fresco del juicio final, pintaba al mismo Aqueronte empleado en ejercicio igual al que le dió la imaginacion de los gentiles?

El *Diálogo de Caronte y Pedro Luis Farnesio* sale á luz hoy por vez primera. En la Biblioteca Nacional existen antiguas copias manuscritas de este ingenioso opúsculo.

La *Crónica de don Francés de Zúñiga* ocupa el lugar segundo de este volúmen. Es la

historia burlesca del emperador Cárlos V, con retratos de los principales personajes de su corte, con gracioso estilo y picante sátira, por el bufon del mismo soberano. Muchas copias hay de ella en bibliotecas públicas y de particulares. Mi amigo, el erudito orientalista don Pascual de Gayangos, ha hecho un minucioso cotejo de las que existen en la corte, del cual ha resultado el texto que ha servido para la primera edicion que hoy se hace.

Los grandes de la corte, muy heridos fueron de las satíricas agudezas que el bufon de Cárlos V derramó en su obra contra ellos. Sirva de muestra lo que se lee en la crónica al tratar del famoso almirante de Castilla, que tanta parte tuvo en las comunidades y en su triste vencimiento:

«Don Fadrique Enriquez llegó al Rey muy acompañado, como gran almirante, y dijo al Rey:—Señor, cuanto á lo de Dios soy hombre, cuanto á lo del mundo no lo parezco. Lo mas del tiempo ando debajo de tierra, como topo. Tengo dos hermanos, el uno, llamado don Fernando Enriquez, que parece mercader de jengibre; el otro es el conde de Rivadavia, que parece gavilan fiambre ó nieto del regidor de Segovia. Tengo una hermana; que se llama doña Teresa Enriquez. Saca cada año seis ánimas del purgatorio, y mete á su hijo el adelantado de Granada y doce nietos en el infierno.—El Rey le dijo:—Almirante, sois muy discreto; dad gracias al Redentor, que si os lo quitó de las aldas, os lo añadió en las mangas.»

No se escapó tampoco de las burlas del conde don Francesillo la persona venerable (si no entonces, en los siglos posteriores) del cardenal don Francisco Jimenez de Cisneros. En cuatro palabras la describe, en conformidad con el retrato que de él nos ha quedado.

«Gobernó (dice) el ilustre y serenísimo señor cardenal de España, don fray Francisco Jimenez, que *parecia galga envuelta en manta de jerga.*»

Al hablar de su muerte no pudo menos de recordar que fué ocasionada por la venida de varios caballeros flamencos en calidad de áulicos del Monarca, y por el sentimiento que le produjo verse destituido del mando por medio de aquella carta con que anonadó su grandeza la vulgaridad de un obispo llamado Mota, cuyo nombre para nada notable figura mas en la historia patria.

Con un solo rasgo ridiculiza la pasion de ánimo que abrió el sepulcro al cardenal Cisneros. Véanse las palabras siguientes:

«Murió este cardenal de placer que hubo de la venida de monsieur de Xebres.»

Al hablar de las mismas prendas del mismo cardenal, no puede menos de descubrir la sagacidad del lector la fina ironía con que formaba sus elogios el festivo don Francés de Zuñiga:

«Tuvo por compañero en la gobernacion y vida al obispo de Avila don fray Francisco Ruiz, hombre muy experto, muy servidor de su majestad; el cual obispo parecia mortero de mostaza. Este cardenal fué de buena vida, honesto y muy amigo de justicia. Quiso al Emperador mucho. Tuvo por pariente al adelantado de Cazorla. Fuéle tan pesado en la vida y muerte, que quisiera tener el dicho cardenal mas diez mil ducados de pension sobre su arzobispado que no á él.»

Sigue á la *Crónica de don Francés* el poema de Estacio *La Tebaida*, traducido en magníficas octavas castellanas por Juan de Arjona hasta el libro IX, y en lo demás por Gregorio Morillo. Esta version, monumento admirable de la poesía y lengua española, ha permanecido inédita hasta ahora. El original, preparado para imprimirse á principios

del siglo XVII, con todas sus hojas rubricadas por Vallejo, escribano del Consejo, ha sido facilitado con noble franqueza por mi amigo y compañero como individuo de la Real Academia de la Historia en la clase de los correspondientes, el distinguido gaditano don Joaquin Rubio, uno de los primeros numismáticos de la nacion española, y como tal reputado ventajosamente en el extranjero.

La relacion historial de la presa de la Maamora, por AGUSTIN DE HOROZCO, es un librito, aunque impreso en 1614, muy poco conocido de los eruditos, no obstante el mérito de la pureza y sencillez de su estilo y narracion.

El *Florando de Castilla*, ingenioso poema de JERÓNIMO GOMEZ DE HUERTA, se habia hecho muy raro. Una sola edicion, y en libros de caballerías, basta para que nos sea muy difícil la adquisicion de algun ejemplar.

Los *Diálogos de apacible entretenimiento*, por GASPAR LÚCAS HIDALGO, impresos por tres distintas ocasiones en los primeros años del siglo XVII, poco han corrido por España, á causa de la prohibicion que contra ellos fulminó el Santo Oficio.

Del *Concejo y consejero del Príncipe*, obra de FADRIQUE FURIO CERIOL, se han hecho dos ediciones: una á mediados del siglo XVI, y otra en el XVIII. Esta última salió á luz en compañía de la *Doctrina civil*, de Eugenio de Narbona. Lo poco conocido que es este libro entre los españoles, ha dado ocasion á incluirlo en este volúmen como una de las muestras del talento político de su autor, justamente apreciado por los extraños.

La *Vision deleitable*, del bachiller ALFONSO DE LA TORRE, y *Los Problemas* de VILLALOBOS, se han reimpreso tambien con el deseo de que al perecer con el trascurso del tiempo las raras y primitivas ediciones, no desaparezcan juntamente unas obras dignas del estudio de los que amen la literatura patria.

La *Viuda Veinticuatro*, novela escrita por un autor que se quiso encubrir con el nombre del *Caballero de la Tranca*, ha estado inédita hasta ahora. La edicion se hace por el manuscrito que tiene en su biblioteca mi erudito amigo el señor de Gayangos. La novela parece compuesta en el siglo XVII y en la década de las guerras de Cataluña, segun algunas alusiones que en ella se leen. No faltaba ingenio, gracia, ligereza al autor, quien quiera que haya sido.

El poemita intitulado *Invectiva contra el mundo*, por COSME DE ALDANA, tambien era poco conocido, á causa de la rareza de los ejemplares impresos.

Las *Cartas de don Juan de la Sal*, obispo de Bona, aunque impresas ya por mí, merecian conservarse en la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES. La copia manuscrita, de donde se sacó el original para la primera edicion, se halla en la Biblioteca Colombina. ¡Lástima grande que hasta ahora no se hayan podido encontrar mas obras de don JUAN DE LA SAL en lengua española! Algunas conozco que escribió en el idioma latino, las cuales permanecen inéditas.

Reimprímese tambien en este volúmen la *carta* que escribió DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA, oculto con el nombre del *bachiller de Arcadia*, contra el capitan Pedro de Salazar, autor de *La Corónica del emperador Cárlos V, en la cual se trata de la justísima guerra que su majestad movió contra los luteranos y rebeldes de Alemania, y los sucesos que tuvo*. Imprimióse por vez primera en Nápoles el año de 1548, y por segunda en Sevilla el año de 1555 segun unos, ó 52 segun quieren otros.

No cabe duda en que este libro no fué el mismo contra el cual escribió el bachiller de Arcadia su epístola. Aquel está dedicado á Felipe II, siendo príncipe, y el libro de que trata esta, á la duquesa de Alba. Aquel no tiene estampas de estandartes y bande-

ras del enemigo; y este sí, segun el testimonio de HURTADO DE MENDOZA. Tales observaciones ha hecho oportunísimamente mi amigo el señor de Gayangos en su version de la *Historia de la literatura española*, de mister Ticknor.

Yo creo que la obra que criticó DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA debió ser alguna relacion sucinta de la batalla del Albis, relacion escrita por Salazar, que luego la incluiria en la *Historia de la guerra de Alemania*.

La carta de DON DIEGO merece colocarse entre las mejores de su género que hay en lengua castellana. Nada hay que encierre una ironía mas fina; otra carta (segun se dice) escribió DON DIEGO á nombre del mismo capitan Salazar y en defensa burlesca de su libro. Creí haberla leido, años há, en la Biblioteca Nacional; pero no se ha hallado en el exámen que por encargo mio se ha hecho de los índices. Sin duda debe estar en otra de las bibliotecas á que he concurrido.

Cierra el tomo otra obrita inédita muy curiosa. Es *La pia junta en el panteon del Escurial entre los vivos y los muertos*. Los interlocutores del coloquio son Felipe IV y su hijo don Juan de Austria, difuntos, y el duque de Medinaceli, vivo; y el asunto de la obra, combatir á don Juan de Austria por sus hechos en el mundo para luego enaltecerlos. Ignoro el autor de éste opúsculo, escrito con dignidad y elocuencia. Por los conocimientos que demuestra en linajes de familia, pudiera atribuirse á don Luis de Salazar y Castro.

Las muchísimas ocupaciones que me cercan, como alcalde primero constitucional de Cádiz, me han impedido dar toda la extension que hubiera deseado á los apuntes biográficos que van en pos de este prólogo; pero la justa consideracion de que mi amigo, el excelentísimo señor don José Manuel de Vadillo, á cuyas expensas sale á luz el tomo, anhela verlo publicado cuanto antes, me ha puesto en el caso de activar estos trabajos.

Cádiz, 6 de setiembre de 1855.

ADOLFO DE CASTRO.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE LOS

AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL JAEN

DON FRANCESILLO DE ZUÑIGA.

Don Francesillo de Zúñiga fué un agudo *decidor* del césar Cárlos V. El nombre de *decidor* equivalia en aquellos tiempos al de bufon ó truhan. El rey de España y emperador de Alemania, siguiendo la costumbre de los príncipes y grandes señores, tenia cerca de su persona, para su entrenimiento, á un hombre de buen humor, de dichos graciosos y sutiles y diestro en poner apodos.

De la patria y el nacimiento de don Francesillo nada se sabe con claridad ó certeza. Mayans, en su *Retórica*, le da el nombre de don Francés de Navarra, tal vez queriendo aludir á que este truhan naciese en algun pueblo del reino así llamado. Ignoro si don Francesillo, antes de ser bufon de Cárlos V, asistió como tal en la casa del duque de Béjar. Escribiendo al célebre Almirante de Castilla, daba título de amo suyo al Duque, no sé si porque realmente lo fuese ó solo por término de cortesía (1).

Don Francesillo sirvió á Cárlos V desde el momento en que este vino desde Flándes á tomar posesion de sus estados.

Muchos son los dichos que de él se conservan como prueba de su gran ingenio.

Estaba un dia Cárlos V dominado de aquella melancolía que de cuando en cuando le aquejaba. Deseoso de la soledad y cansado de los negocios y las adulaciones de la corte, se hallaba en su aposento con don Francesillo, el cual apuraba el tesoro de sus agudezas á fin de atraer la risa á los labios del Monarca, cuando un caballero muy vano y señor de poca tierra junto á la raya de Portugal llamó á la puerta. Mandó Don Cárlos á su bufon que fuese á ver quién era. Visto por este, dió cuenta al Monarca, el cual, queriendo permanecer á solas con don Francesillo, le dijo: «Anda, déjale ahora.» Entonces el bufon le replicó con su presteza acostumbrada: «Conviene que vuestra majestad me dé licencia que le abra, porque no se enoje y tome toda su tierra en una esportilla y se pase á Portugal.»

En un juego de cañas que se hizo en Valladolid se presentó entre los justadores un caballero muy calvo y con un vestido verde. Al pasar en la carrera, cayósele por descuido la máscara, dejando descubierta la calva. El Emperador, que se hallaba desde sus balcones viendo la fiesta, volvióse á don Francesillo para preguntarle: «¿Qué te parece de aquel caballero?» A lo cual replicó el truhan: «No he visto en mi vida puerro que tan bien haya pasado la carrera.»

Hallábase don Francesillo con Cárlos en una fiesta de toros y cañas, de las de por San Juan, en la ciudad de Toledo. Cuando entraron los dos primeros caballeros, preguntó el Emperador á don Francés: «¿Qué te parece de estos dos?» La respuesta del bufon no se hizo esperar mucho tiempo; fué esta: «Lo que me parece es, que han de caer juntos como San Felipe y Santiago.» Así su-

(1) En el códice C., X. II de la Biblioteca Nacional, hay varias cartas de don Francés á diversas personas. En una al Almirante de Castilla se lee lo siguiente: «Otrosí, el duque de Béjar, mi amo, y yo fuimos mucho en el medrar... El Emperador y Felipico están buenos.»

cedió con efecto. Ambos caballeros rodaron por Zocodover antes de concluir el paso de la carrera.

Las libreas que sacaron los caballeros en este juego de cañas eran de terciopelo leonado, y encima tafetan blanco acuchillado. Pedido por el Emperador su parecer acerca de aquella librea, respondió DON FRANCESILLO que «asadura con redaño».

Yendo un conde, rico avariento, á besar la mano á Cárlos V, DON FRANCESILLO dijo al Emperador: «Este es-conde, este es-conde.»

De Medina del Campo solia decir que era una villa sin suelo y sin cielo, porque en el invierno estaba cubierto con media vara de lodo el suelo, y no se podia ver el cielo con las continuas nieblas.

Lo satírico de su decir granjeó á DON FRANCESILLO muchos y crueles enemigos. Alguno hubo que, ofendido de sus apodos, le ocasionó mortales heridas. Pero la festiva condicion de este truhan no se turbó con el dolor de ellas ni con la pérdida de la sangre.

Herido lastimosamente por mil partes, fué llevado á su casa, seguido por amigos y enemigos, todos ansiosos de saber, con deseos contrarios, las resultas de los golpes que habia recibido el regocijo de la corte. Al oir el estruendo de la gente que entraba por el patio de la casa donde vivia, se asomó su mujer á los corredores, á fin de saber el motivo de aquella inesperada junta de tanto número de personas, y preguntando qué era aquel ruido, DON FRANCESILLO respondió con la misma alegría é indiferencia que si tratase de otro sugeto: «Señora, esto no es nada, nada absolutamente, sino que han muerto á vuestro marido.»

Ni aun en medio de las ansias de la muerte pudo apartar de sí aquella natural alegría con que siempre miró todos los sucesos del mundo, por mas tristes que se presentasen á los ojos del hombre. Perico de Ayala, grande amigo suyo, y truhan del marqués de Villena, se acercó al lecho de DON FRANCESILLO, y condolido de su estado, le dijo con acento de contricion cristiana: «Hermano don Francés, ruégote, por la grande amistad que siempre hemos tenido, que cuando estés en el cielo, lo cual yo creo que será así, segun ha sido tu buena vida, ruegues á Dios que haya merced de mi alma.» DON FRANCESILLO, como si no estuviese en el trance amargo en que se hallaba, respondió con su acostumbrado donaire: «Átame un hilo á este dedo meñique para que no se me olvide.» Y dicen que estas fueron sus últimas palabras, porque luego espiró (1).

Si DON FRANCÉS se hubiera contentado solo con divertir de palabra á los cortesanos, nunca llegara su nombre hasta nosotros, y si llegara, no tendria á nuestros ojos un carácter tan interesante como el que debe tener para cuantos sean aficionados á la historia. Siempre, y con razon, se ha dicho que Francia es rica en memorias escritas con libertad acerca de cada uno de los reinados de aquellos de sus monarcas que vivieron en siglos de alguna ilustracion, así como que España era muy pobre en trabajos literarios de este género. Esta verdad innegable ofrece, sin embargo, algunas excepciones con respecto á nuestra patria, y especialmente al tiempo en que reinó el emperador Cárlos V.

DON FRANCESILLO DE ZÚÑIGA, si en la historia de Cárlos V ocupa el lugar de uno de los truhanes que tenia este monarca para su recreacion, en la de las letras españolas debe dársele uno distinguido por la *Crónica burlesca* que compuso de su príncipe. Aunque nunca se ha impreso este librillo, es bastante conocido de los eruditos españoles por haber muchos traslados en bibliotecas públicas y de particulares.

La *Crónica* del Emperador no pasa de los primeros años de la vida de este. El trato que debió tener DON FRANCESILLO con los grandes y caballeros de Cárlos V, le dió bastantes conocimientos para retratarlos con toda exactitud: exactitud conocida en algunos personajes, cuyas memorias se conservan á pesar del trascurso del tiempo, y sospechada en aquellos de quienes apenas existe el recuerdo de sus nombres.

Del cardenal Jimenez de Cisneros dice DON FRANCESILLO que parecia galga envuelta en manta de jerga. Los que hayan visto alguna vez el retrato de aquel príncipe de la Iglesia podrán apreciar la destreza con que en pocas palabras el bufon de Cárlos V bosquejaba á los personajes de la corte.

Este estilo de comparaciones no era peculiar solo de DON FRANCESILLO DE ZÚÑIGA; era hijo de la moda de su siglo: moda que desde los tiempos de don Juan el Segundo, y aun quizá antes, andaba muy válida en España entre personas de ingenio y agudeza en el decir. El famoso cronista de los Reyes Católicos, el ilustre y docto caballero Hernando del Pulgar, alcanzó gran celebridad

(1) Estos dichos de DON FRANCESILLO se leen en la *Floresta española* de Melchor de Santacruz Dueñas.

entre los cortesanos por sus felicísimas y prontas comparaciones de personas con cosas y de cosas con personas. Gaspar de Tejeda, en el libro que compuso para enseñar el arte de escribir cartas, usó en algunas de ellas el mismo estilo de apodar, tan acostumbrado en los siglos XV y XVI.

DON FRANCESILLO fué dichosísimo en esto de los apodos. Su *Crónica* se distingue especialmente por ellos, y por ellos viene á ser un modelo de lenguaje castellano, dignísimo de estudio.

Con respecto al colorido que DON FRANCESILLO da á los hechos que refiere, con decir que es el propio de un truhan ingeniosísimo, práctico en las cosas de la corte, diestro en el conocimiento del corazon humano, festivo y malicioso hasta donde podia llegar su propia intencion, se comprenderá fácilmente el mérito que encierra (1).

Tales son las noticias que de este hombre singular han llegado hasta nosotros; tales las de quien trataba con igual familiaridad á los grandes y pequeños de la patria; tales, en fin, de aquel que respondió á la Emperatriz, siendo llamado por ella en ausencia de Cárlos V: «Cuando mis amigos no están en sus casas, no oso ver á sus mujeres.»

JUAN DE ARJONA.

El licenciado JUAN DE ARJONA nació en Granada y fué beneficiado de la Puente de Pinos. Murió á fines del siglo XVI. Hombre de gran erudicion, de vivo ingenio, de excelente gusto literario, alcanzó gran estimacion entre los sábios y poetas de su tiempo. Segun se infiere de unos versos de Lope de Vega, con quein tenia estrecha amistad, ARJONA dispensó algunos favores literarios á aquel ilustre escritor, honra de la patria escena.

El licenciado JUAN DE ARJONA se dedicó á traducir en lengua castellana el poema de *La Tebaida*, que compuso en la latina Publio Papinio Estacio, que nació en Nápoles el año 61 del nacimiento de Cristo; varon ilustre, que consiguió de sus contemporáneos grandes aplausos; del emperador Domiciano, el laurel de Apolo, como tributo de honor á su númen poético; del estudio y admiracion de las obras de Virgilio, el entusiasmo para escribir aquel poema, la *Aquileida* y sus silvas; y por último, de la muerte, la tumba á los treinta y cinco años de edad, cuando mas felices esperanzas ofrecia á su patria. Algunos eruditos del siglo XVI, poseidos de la manía de hacer cristianos á los mejores ingenios de entre los gentiles, aseguran que Estacio, por temor de los martirios, no abrazó públicamente la religion de Cristo. Mas aun: añaden que su conversion fué obra de aquel verso de Virgilio:

Jam redit et virgo redeunt Saturnia regna.

Pero esto no es extraño. Hasta á Virgilio, que floreció antes de Cristo, han querido dar por cristiano, del mismo modo que al filósofo Séneca, conocido por sus doctrinas estóicas, pretenden algunos que sea tenido por cristiano.

Volviendo á ARJONA, diré que su traduccion de *La Tebaida* debe contarse entre las mejores obras de su género, no solo en España, sino en Europa. Hecha en octavas reales, llenas de armonía y grandiosidad, y escritas en puro y correcto castellano, imita del original la magnificencia, no la hinchazon en que solia incurrir Estacio por el gusto de su siglo.

(1) Cada uno de los códices que hemos visto de la obra de DON FRANCESILLO tiene distinto título; véanse algunos:

La coronica Istoria del señor conde don Francés de Zúñiga, dirigida á su sacra Majestad, escripta en la muy noble y cristiantsima ciudad de Béjar.—Acabada á postrero de hebrero año de 1529.

La Historia y Coronica del conde don Francés, dirigida á su catholica Majestad, escrita en Valladolid.—Acabóse á 1.º de diciembre.

Crónica de mano del donosísimo don Francesillo, agudo decidor de el emperador Cárlos V, en la cual escribe muchas cosas suyas, y algunas acaecidas en España y en las comunidades; contiene graciosos y subtiles dichos y apodos á grandes, á prelados y señores particulares. Es leccion esquisita, gustosa y de apacibles ratos y entretenimientos.

Historia del muy noble y esforzado caballero el conde don Francés de Zúñiga, criado y muy bienquisto predicador del rey nuestro señor, dirigida á su cesárea majestad.

Seis años empleó ARJONA en la version de *La Tebaida*, habiendo llegado hasta la conclusion del libro IX. Lo demás fué terminado por el licenciado Gregorio Morillo, á causa del fallecimiento de aquel ingenio, á quien dedicó este epitafio:

Aquel ingenio sutil
Que á Estacio latino asombra,
A quien ofreció Genil
De sus márgenes alfombra
Y coronas de su abril,
Ya por la via Lactea
Del Eridano pasea
La ribera sacrosanta,
Y goza su frente y planta
De Ariadna y de Amaltea.

Difícil seria enumerar una por una las admirables bellezas de la version de ARJONA. Lindísimo es el siguiente pasaje, en que una señora de Lémnos, burlada por Teseo, refiere la huida de este y de sus capitanes:

Apenas se mostraba algun lucero,
Ya retirado el sol de nuestro mundo,
Cuando en la nave mi enemigo fiero
Su gente llama y corta el mar profundo;
Asiendo un remo, el mar hirió el primero,
Y nosotras á aquel dolor segundo,
Ya sin remedio en desconsuelo tanto,
Hicimos otro mar con nuestro llanto.
Unas á un alto monte nos subimos,
Otras á los peñascos levantados;
Y desde allí volar el leño vimos
Con dos montes de espuma en ambos lados,
Hasta que al fin de vista lo perdimos,
Ya de mirar los ojos fatigados,
Cuando faltó la luz y parecia
Que la nave en el cielo se escondia.

Admirable es la descripcion de la muerte de un niño por las iras de una serpiente:

Con la cola al pasar la sierpe fiera,
Sin ver al triste infante que dormia,
Le tocó al tierno pecho, de manera
Que luego lo ocupó la muerte fria;
Mal formada, al morir, la voz postrera,
Dió un solo grito, en que favor pedia;
Y sin ver al autor de sus enojos,
Solo para morir abrió los ojos.

No es menos digna de admiracion la pintura de la muerte de la misma serpiente:

Rasga el duro celebro el hierro osado,
Y pasándole el cuello fácilmente,
Paró en la seca tierra, y enclavado
El pescuezo quedó de la serpiente.
La asta, hecha penacho, se ha arrimado
A la corona de la altiva frente,
Y aun no el dolor, aunque tan grande ha sido,
Correr todos los miembros ha podido.
La lanza con mil vueltas rodeando,
Mas se fatiga en vano y mas se aqueja,
Y arrancándola al fin, huyó volando,
Y humilde y ya mortal de allí se aleja;
Y de su dios las aras rodeando,
En su muerte parece que se queja,
Y rendida al dolor, la tierra mide
En tristes silbos que al morir despide.

Véase cómo describe ARJONA la vehemencia del dolor del ama del niño cuando lo contempla muerto:

¿Quién en tan grande mal y en dolor tanto
Acertara á contar su sentimiento?
No tuvo algun humor para su llanto,
Que en sus entrañas lo encerró el tormento,
Ni voz para quejarse al cielo santo;
Mas cayendo turbada y sin aliento
Sobre el niño, que estaba boca arriba,
Con besos busca el alma fugitiva.
¿Eres tú aquel que sobre el seco prado
Alegre y retozando dejé agora?
¿Qué es de tu rostro, como el sol rosado,
Y las mejillas que envidió la aurora?
Qué es del hablar risueño mal formado?
¿Adónde está la voz dulce y sonora
Que muda mil palabras me decia,
Que nadie ¡ay triste! sino yo entendia?
. . . . . .

Un poema escrito de esta suerte, mas que traduccion, es original. Considerado de este modo, porque así debe considerarse por la buena crítica, *La Tebaida* de ARJONA merece el lugar de la primera epopeya española.

Don Diego de Saavedra Fajardo decia de ARJONA en la *República literaria*:

«Este mismo tiempo alcanzó JUAN DE ARJONA, y con mucha facilidad intentó la traduccion de Estacio, encendiéndose en aquel espíritu; pero, prevenido de la muerte, la dejó comenzada, en la cual muestra gran viveza y natural, siguiendo la ley de la traduccion, sin bajarse á menudencias y niñerías.»

GREGORIO MORILLO.

El licenciado Gregorio Morillo fué uno de los ingenios granadinos de mas buen gusto literario entre los que florecieron en el siglo xvi. Pertenece á la docta escuela de poetas que, así en Granada como en Antequera y otros pueblos inmediatos, se distinguia por la brillantez de las formas con que sabian revestir sus obras; escuela de Juan de Arjona, de Pedro de Espinosa, de Luis Martin, de Cristobalina Fernandez de Alarcon, y tantos escritores, honra de Andalucía.

Gregorio Morillo, al fallecimiento de Arjona, vió con dolor que la traduccion de *La Tebaida* iba á quedar incompleta, y quedándolo, nada mas fácil que jamás llegase á ver la luz pública. Poseido de este pensamiento, se dedicó á continuar la version hasta su fin, como lo hizo.

Su modestia le obligó á decir lo siguiente en el códice de *La Tebaida* :

«Quien suplió la falta de lo que (Arjona) dejó por traducir, que son los tres últimos libros, ha tenido por buena suerte imitarle en algunas cosas. Y porque en muchas no le puede igualar, oculta su nombre en este suplemento, por ser la menor parte en que ha trabajado, y porque solo fué su intento que esta historia no quedase cortada, aunque hubiese de parecer lo zurcido de mano ajena.»

Gregorio Morillo era muy aficionado á escribir sátiras, lo cual sabia hacer con gran ingenio y viveza. Suya es la siguiente, que publicó en 1605 Pedro de Espinosa en *Las Flores de poetas ilustres* :

¡Quién se fuera á la zona inhabitable
Por no perder del todo la paciencia,
Que quieren que lo sufra, y que no hable!
Tuvieron Persio y Juvenal licencia
De corregir las faltas del imperio,
¿Y no he de hacer yo escrúpulo y conciencia,
Viendo en una ventana una Glicerio,
Una segunda Vénus, que la ocupa,
Donde pensastes que era un monesterio,
Y que á la mar se arroje la chalupa,
Como la galeaza, y tienda velas,
Y tanto aquesta como aquella chupa?
Mas ¿quién no ha de calzárse las espuelas
Por no ver afeitada como guinda
La que ha perdido en navegar las muelas?
Porque un taimado Páris se le rinda,
Mas antes por sus blancas que sus canas,
Luego se tiene por discreta y linda.
Si el cielo arroja de oro mas manzanas
Que hay copetes teñidos de ruibarbo,
Y mujeres devotas de sotanas;
Si se tiene de dar por mejor garbo,
Ella sola merece esta presea;
Harto me pesa, cuando en esto escarbo.
Y si por dicha le decis que es fea,
Aunque tenga la cara como esguince,
Como tiene mal pleito, lo vocea.
Nunca sus años fueron mas de quince,
Y escoge de á catorce los mozuelos,
Que en esto tiene vista como lince.
Dice que ayer murieron sus abuelos,
Y que si tiene el rostro con arrugas,
Es del tormento que le dais con celos.
Por no andar en muletas, va en jamugas;
Maldígate Dios, vieja, seas quien fueres,
Que mientras mas declinas, mas conjugas.
Solian ser como negros las mujeres:
Dejábanse engañar con una cinta,
Ya quieren cascabeles y alfileres.
Ya no vale la presa sin la pinta,
Que la codicia todo lo atropella,
Y solo es el dinero esencia quinta.
¿Quién te hizo cosmógrafa, doncella,
Que del mundo menor sabes el mapa,
Las zonas y coluros de su estrella?
Que viuda la pragmática destapa;
Antes muestra de grana del manteo,
Y mientras mas se engrana, mas se entrapa.
Tañedle zarabanda ó el guineo,
Luego se brinca, se menea y bulle,
Mostrando por las obras el deseo.
Si la beata de rezar se tulle,
¿Para qué es menester que yo lo entienda,
Y que despues en el sermon se arrulle?
¡Qué mal parece un don en una tienda!
Y el otro necio que engañar se deja,
Aunque á precio del don lienzo se venda.
Mejor Marina aspara su madeja,
Que hablar con el lacayo jerigonza,
Aunque la toca se quemara ó ceja.
Doña Marigarcía y doña Aldonza,
Si mas amor publicas que Belerma,
¿Por qué te vas tras el real de á onza?
Y como Durandarte tenga enferma
La bolsa, no le importa que se saque
El corazon y que por tí no duerma.
¿Quién sufre un sahumerio de estoraque
Y unos antojos de una costurera,
Que finge que al amor le ha dado jaque?
Ninguna como yo he querido quiera,
Dice, que soy lisiada cuando empiezo,
Y yo sospecho que empeceis espera.
Tantos dias ayuno y tantos rezo,
Y delante los ojos os engañe,
Bautizando en suspiro el que es bostezo.
Mal haya tanto parche de caraña,
Que solo sirve de hacernos mueca
Y encarecer el tafetan de España.

No hay mujer que no tenga ya ajaqueca
Por gozar del barato de la cura,
Y harto mas barata es una rueca.
Una letora el sufrimiento apura,
Que apenas ha leido á *Doña Oliva*
O pasado el *Doncel de la aventura*,
Cuando, aunque venga el cuento cuesta arriba,
Alega un disparate, un testimonio,
Que no se halla libro que lo escriba.
Si sabe algo del Arte del Antonio,
Si estudia para monja, ó si solfea,
Tiene mayor soberbia que el demonio;
Y el padre, con sus barbas de zalea,
Hecho un bobo, procura, aunque se empeñe,
En viendo que su hija deletrea,
Que á danzar y tañer luego se enseñe,
Y en sabiendo en la arpa dos terceras,
Yo os aseguro que á David desdeñe.
Y de ordinario aquestas bachilleras,
Si el tiempo á sus deseos no socorre,
Son de la madre del maestro nueras.
Diránme: Corra el mundo como corre;
Que deje á cada una hacer sus mangas,
Y que los versos, con que ofendo, borre.
Yo no quiero, doncella, que me tangas,
Mas que sepas echar unas especias,
Si á gobernar tu casa te arremangas.
Aunque sufrir aquestas y otras necias
Parece que es negocio tolerable,
Que entre ellas hay mil Porcias y Lucrecias.
Mas que con toldo y gravedad me hable
Un, íbalo á decir, un majadero,
Ingerto un oficial en condestable,
¿Quién sufrirá un *á fe de caballero*
Del que ayer trujo calzas de gamuza,
Y las subió de punto su dinero?
Ahogóse su padre en una alcuza,
Su madre apenas tuvo manto ó saya,
Trujeron sus hermanos caperuza;
Y hace á sus abuelos de Vizcaya,
Aunque al contrario la verdad se sepa;
Y luego no querrán que yo me vaya.
Todos venimos de una misma cepa;
Sino que en los estados de fortuna,
Rueda con unos, y con otros trepa.
Y al que se ve en los cuernos de la luna,
Luego halla coronista que le avisa
Que mató (y miente) sierpes en la cuna.
De estos me da mas lástima que risa,
Que al cabo, al cabo dan en el abismo,
Y, cual Hércules, mueren en camisa.
Empero ¿no es donoso barbarismo
Que en viéndose uno en dignidad ó estado,
Do solo hace bien para sí mismo,
Luego se halla un pariente, un ahijado
Que piensa convertirse, siendo pulga,
Con su favor, en caballero armado?
¡Gracioso parentesco le divulga!
Tambien ha sido el cura mi padrino,
Y si hago por qué, me descomulga.
Y si á caer de la privanza vino,
Yo apostaré que niega el parentesco,
Y dice que le toca á su vecino.
Si tantas truchas sin mojarme pesco,
Gran ventura será que no se acuerde
Ninguno del franjon de mi gregüesco.
Mas la conciencia me carcome y muerde,
Que el que trujere esquinas en la gorra,
Digo que es humo de higuera verde.
Si se puede cazar á pié una zorra,
Tanto zorrero como encuentro y topo,
¿De qué sirve á su amo si no ahorra?
En tiempo de las fábulas de Isopo,
Que fueron necesarias yo confieso,
Empero ahora cógenlas del hopo.
Bueno será que pierda el otro el seso
Y que le deje dar con todo al traste,
Por no decirle: «Mal haceis en eso.»
Y que un pobrete á las parejas gaste
Con su mujer como si fuese un Fúcar (1),
Y haya paciencia que á sufrillo baste;
Y un viejo, que se acuerda del rey Búcar,
Que piensa que ha vivido de mostrenco,
Haciéndose de amor un tierno azúcar.
¿Piensas que yo no sé que eres cellenco,
Y haces metamorfóseos de tus canas
Con la receta que te dió el Flamenco?
Vídete yo, haber puede dos semanas,
Hecho un Arias Gonzalo, un cisne blanco;
Y hoy, hecho un Artur, parte-avellanas.
Sabe Dios que no fueras tú tan franco
De convertirte en cuero, siendo armiño,
Si se pusiera en el acige estanco.
¿No es gusto ver rondar la calle un niño,
Que apenas los pañales tiene enjutos,
Con su broquel, su espada y con su aliño?
Y en sonando una sarta de cañutos,
Afirmará que vido una fantasma,
Y gozan otros de su amor los frutos.
Una garita me suspende y pasma,
Donde antes que un novato se rebulla,
Vuelve la bolsa hidrópica con asma.
De bravo dice, y hace á toda trulla
Sobre un gato que pone en el bufete,
Y aunque tenga siete ánimas, maulla.
Luego hay mil que le presten con ribete,
Y el pobre, de picado, á tanto llega,
Que réditos de réditos promete.
Aun de este no me admiro si se ciega,
Ni del que presta al uso de Sevilla,
Por lo que al uno y otro se le pega.
Mas de un miron que va de silla en silla
(Si juegan á la polla), hecho duende,
Aguardando á quien entra con sotilla.
No sé por dónde, mundo, te remiende:
Conozco que me mato y que me canso
Por lo que nadie sabe ni lo entiende.
¿Qué me va á mí que me hable con remanso
Uno que de santucho se gradúa,
Con el pescuezo largo como ganso?
Si el otro sin hacienda gasta y rua,
¿Por qué no he de creer que es de milagro,
O que las puertas no abre con ganzúa?
Todos tenemos esta punta de agro,
Que juzgamos por malo lo que es bueno;
Empero aqueste desde aquí lo almagro.
Quien sabe antes de albarda que de freno,
Préciese de jinete, aunque sea un mazo;
¿Qué me va á mí que tenga este barreno?
Alabe su blanquillo ó su picazo,
Que para en piés y manos por extremo;
¿Sobre qué ha de parar, pregunto, asnazo?

(1) Los Fúcares fueron unos caballeros flamencos muy ricos, que tuvieron por mucho tiempo arrendadas nuestras minas de Almaden.

Cuanto al soldado hablador le temo,
Que se halló en la naval ó allá en Mastrique,
No sé si con mochilla, si con remo.
Que quiera que yo crea y testifique
Que por lo menos empuñó jineta
Y de ser general estuvo á pique.
Y presuma de liga y agujeta,
De banda, de coleto y de penacho,
Y es mas desaliñado que un poeta.

Y tú, santucho, que sin mas empacho,
Del que está amancebado así murmuras,
Como si tú no hicieras el cenacho,
Vídete yo llevar dos asaduras,
Una á tu casa y otra á cierto hato,
Donde porque lo calle me conjuras.
Porque traes de tres suelas el zapato,
El sayo sin boton, cuello sin trenzas,
Piensas que está la gloria en ser beato.

Cuando habias de acabar, pluma, comienzas;
Que te recojas antes será bueno
Que con ajeno vicio te convenzas,
Y no es razon que pagues vicio ajeno.

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL JAEN

AGUSTIN DE HOROZCO.

Fué Agustin de Horozco natural de la villa de Escalona y criado del rey Felipe II. Se halló en servicio del famosísimo historiador, muy discreto político, sábio en todas letras, é ingenioso poeta castellano, don Diego Hurtado de Mendoza, en los últimos años en que vivió este insigne varon, gloria de España y admiracion de las naciones, por haber igualado en elocuencia á los antiguos griegos y romanos.

El estar Agustin de Horozco en Cádiz con el cargo de escribano público, le movió, como á hombre muy amante de curiosidades, á escribir en 1598 la historia de esta ciudad, la cual compuso con diligencia suma, sacando apuntes de muy buenos autores de la antigüedad y copiando privilegios que concedieron reyes castellanos á los vecinos de Cádiz antes del año de 1596, en que los ingleses quemaron cuantos papeles y documentos se guardaban en los archivos gaditanos.

Inédita estuvo hasta el de 1845. El excelentísimo ayuntamiento de Cádiz la dió á luz en ese año, seguida de una descripcion de las monedas antiguas de esta ciudad, obra del excelente numismático don Joaquin Rubio, á la que acompañan diez láminas grabadas en cobre, que representan las medallas fenicias, bilingües y latinas que pertenecen ó se aplican al municipio gaditano. La mayor parte de ellas es inédita, pues ni Florez ni Bayer ni Velazquez las publicaron, ni aun conocieron.

Además de la historia referida, compuso Agustin de Horozco las siguientes:

Discurso historial de la presa que del puerto de la Maamora hizo la armada real de España, año de 1614.—Madrid, 1615.

Historia de la gloriosa vida y martirio de los gloriosos santos mártires Servando y Germano, patrones de la ciudad de Cádiz.—Cádiz, 1619.

Los amantes de la pureza y sencillez del idioma castellano tienen mucho que admirar en el elegante estilo de Agustin de Horozco, lejos de la vana hinchazon con que quieren algunos encubrir la falta de verdadera elocuencia; los curiosos hallan fiel narracion de olvidados sucesos; los anticuarios, descripciones de soberbios y asombrosos edificios, destruidos mas que por el rigor de los siglos, por el descuido ó la codicia de los hombres; y España, relaciones de las glorias de sus nobilísimos hijos, que por su altura, por su comercio, por las memorables y valerosas hazañas, por increibles empresas, y casi superiores al humano esfuerzo, han sido en todo tiempo, son y serán el aplauso y la admiracion de las mas cultas, navegantes, valerosas y emprendedoras naciones del universo.

JERONIMO GOMEZ DE HUERTA.

Nació en la villa de Escalona (arzobispado de Toledo), el año de 1573, Jerónimo Gomez de Huerta. Sus estudios en la latinidad y filosofía fueron en la universidad de Alcalá, y los de medicina en la de Valladolid. Nicolás Antonio le da el título de doctor; pero Gomez de Huerta solo se daba el de licenciado. En la corte ejerció con gran crédito su facultad, empleando sus ocios en traducir en castellano la *Historia natural de Plinio*. De una señora noble, rica y virtuosa, con quien contrajo matrimonio, tuvo un hijo.

Cuando falleció aquella, y este tomó el hábito de fraile carmelita, abandonó Huerta la corte, poniendo su residencia primero en Arganda, despues en Valdemoro. No duró mucho tiempo su retiro. Noticioso de su gran mérito Felipe IV, lo nombró médico de cámara y familiar del Santo Oficio, en cuyos cargos murió, de edad de setenta años, recibiendo sepultura en el convento de carmelitas de Madrid, llamado de San Hermenegildo, en donde era religioso su hijo fray Jerónimo de la Concepcion.

Gomez de Huerta fué un médico filósofo de grande erudicion y claro ingenio. Es el mejor intérprete que Plinio ha tenido en lengua castellana.

Mucho amaba Felipe IV su saber, y tanto, que cuando supo el fallecimiento en 1643, no pudo menos de exclamar con voz dolorida: *No viviré yo mucho, si* Huerta *ha muerto.*

Gomez de Huerta no solo se dedicó á las ciencias; cultivó tambien la poesía con bastante felicidad, siendo una de sus primeras obras *El Florando de Castilla, lauro de caballeros*, poema impreso en Alcalá en 1588. La edad que entonces tenia Huerta era la de quince años.

Mucho pudiera escribirse acerca de los libros de andante caballería, no solo acerca de su fin moral, sino tambien sobre el buen estilo de muchos de ellos. Dos eminentes ingenios españoles han manifestado opiniones acerca de semejantes libros. Cervantes escribió su *Quijote* para ridiculizarlos; Lope de Vega, en la dedicatoria de su comedia *El Desconfiado*, se expresa en estos términos, dirigiéndose al maestro Alonso Sanchez, catedrático de prima de hebreo en Alcalá:

«Riense muchos de los libros de caballería, señor maestro, y tienen razon si los consideran por la exterior superficie; pues por la misma serian algunos de la antigüedad tan vanos é infructuosos, como el *Asno de oro* de Apuleyo, el *Metamorfoseos* de Ovidio y los *Apólogos* del moral filósofo; pero penetrando los corazones de aquella corteza, se hallan todas las partes de la filosofía, es á saber, natural, racional y moral. La mas comun accion de los caballeros andantes, como *Amadís*, *El Febo*, *Esplandian* y otros, es defender cualquiera dama por obligacion de caballería, necesitada de favor, en bosque, selva, montaña ó encantamento. Y la verdad de esta alegoría es que todo hombre docto está obligado á defender la fama del que padece entre ignorantes, que son los tiranos, los gigantes, los mónstruos de este libro de la envidia humana contra la celestial influencia que acompañó al trabajo y el vigilante estudio de cuanto es honesto.»

Tal era la opinion de Lope de Vega, en contraposicion de la de Cervantes, en esto de juzgar el mérito ó demérito de los libros de caballerías. Es cierto que muchos tienen falta de invencion y muy mal lenguaje; pero algunos juntan las circunstancias necesarias para merecer la consideracion de las personas apasionadas á las obras de ingenio y al estudio de los progresos de la inventiva humana. Mucha parte del buen estilo que se admira en el *Quijote* fué aprendida por Cervantes en algunos de los mismos libros que él censura. Quien conozca algo las novelas caballerescas, apreciará en su justo valor la exactitud de mis observaciones. Volviendo la vista á tiempos mas antiguos ó mas modernos, ¿qué es la *historia de Alejandro* por Quinto Curcio, tan estimada de los doctos, sino un libro de caballerías? Qué casi todas las novelas de Voltaire, tan admirablemente traducidas en castellano por el filósofo español don José Marchena? Qué *Nuestra Señora de Paris*, de Victor Hugo, tan aplaudida en nuestro siglo? Qué los *Tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas? Libros de caballerías son estos, y libros que la ociosidad ha acogido con entusiasmo, como recreos ingeniosísimos.

Gomez de Huerta, en el *Florando de Castilla*, fué un discípulo feliz de la escuela de Ludovico Ariosto. Su poema caballeresco encierra excelentes descripciones y agradables episodios, entre

los cuales merece mencion especial el que trata de los infaustos *Amantes de Teruel*, historia que se creyó inventada por Yagüe de Salas para escribir un libro poético.

Este ensayo de ingenio que hizo HUERTA lo estimuló á dedicarse á obras mas graves. Una de ellas fué la empresa de traducir la *Historia de Plinio*. Nicolás Antonio dice que los primeros borradores examinados por Felipe II hicieron que el monarca alentase á HUERTA para dar feliz conclusion á su trabajo. No fué siempre así Felipe II. Harto saben los eruditos que prohibió la impresion de los *Anales de Tácito*, vertidos al castellano por Barrientos, porque creyó que la intencion de este habia sido presentar en Tiberio al monarca español, y en el valido Seyano á Antonio Perez. Cuando se compara á Tiberio con Felipe II, bueno es advertir que este mismo rey creia verosímil la comparacion.

HUERTA publicó en Madrid, el año de 1599, la traduccion de los libros VII y VIII de la *Historia natural de Plinio*, que fué reimpresa en Alcalá el año de 1602. El de 1603 dió á luz en Madrid la version del libro IX del mismo autor; todos con curiosas anotaciones, dignas de estudio.

El año de 1624 publicó el primer tomo de la misma historia, animado por el aplauso con que se habian recibido sus traducciones de algunos libros de aquella obra inmortal de Cayo Plinio, y en 1629 dió á la estampa el segundo y último de la obra, digna de aprecio por la pureza del lenguaje, por la fidelidad de la version y por lo juicioso de muchas de sus ilustraciones.

Tambien escribió HUERTA en lengua latina un tratado sobre la Concepcion de María (*De immaculata conceptione B. Virginis Mariae panegiricum*, etc.; Madrid 1630), y en castellano un opúsculo sobre la precedencia que se *debe á los reyes de España en presencia del pontífice romano.*

Compuso además un libro intitulado *Problemas filosóficos*, obra que vió la luz pública en Madrid el año 1628. Los problemas están escritos en variedad de metros, y la resolucion de cada uno, en prosa. Nada hay de notable en este trabajo, no obstante las pretensiones filosóficas con que parece escrito, pues ni en la crítica ni en los conocimientos del autor se adelantó este á las creencias de su siglo.

Deseosos de inmortalizar el nombre de GOMEZ DE HUERTA los autores de la *Flora del Perú*, dieron á una planta el de *Huertea*, debido homenaje de respeto á la memoria del sábio ilustrador de Cayo Plinio.

GASPAR LUCAS HIDALGO.

Fué un florido ingenio, natural de Madrid, segun Nicolás Antonio. Casi nada se sabe de su vida. Solo se conoce de sus escritos uno intitulado *Diálogos de apacible entretenimiento, que contienen unas carnestolendas de Castilla, compuestos por Gaspar Lúcas Hidalgo, vecino de la villa de Madrid.* Imprimióse por vez primera en Barcelona el año de 1606. Reimprimióse despues en Brusélas el de 1610, y en Madrid el de 1618.

Este libro está lleno de ingeniosísimos y agudos chistes y de cuentos escritos con sal verdaderamente ática. Es en su género un modelo de lenguaje castellano. La apología burlesca de las bubas se debe contar entre lo mejor que en lo festivo ha producido la imaginacion de los españoles. Inéditas permanecen en la Biblioteca Colombina tres apologías burlescas tambien: una de las narices largas, otra de los cuernos y otra de las bubas.

Aunque en el códice donde se hallan no consta (á lo que recuerdo) el nombre del autor, copias antiguas de aquellas obrillas he visto en que se atribuyen á Cristóbal de Mosquera.

Las dos apologías de las bubas son sumamente ingeniosas; pero doy desde luego la preferencia á la de GASPAR LÚCAS HIDALGO, porque, á mas de la felicidad de los chistes y de lo oportuno de las comparaciones, tiene una gran ventaja sobre la de Cristóbal de Mosquera, cual es la mayor ligereza con que está escrita: ligereza que siempre debieran procurar cuantos escritores se dedican á obras de imaginacion y de donaires.

Muchas mas ediciones se hubieran hecho de los *Diálogos* de GASPAR LÚCAS HIDALGO si el santo oficio de la Inquisicion no los hubiera incluido en sus *Indices expurgatorios.*

FADRIQUE FURIO CERIOL.

Nació Fadrique Furio en la ciudad de Valencia á principios del siglo XVI. De grande ingenio y de las mayores esperanzas en los primeros años de su juventud, lo enviaron sus padres á estudiar en Paris con los célebres maestros Omero Talon, Adrian Turnebo y Pedro Ramos.

Habiendo pasado á perfeccionar su enseñanza en la célebre universidad de Lovayna, su erudicion é ingenio le dictaron una obra de retórica (*Rhetoricorum Libri III*). Habiendo manifestado Furio Ceriol lo conveniente que era al catolicismo que se tradujese en lengua vulgar la *Biblia*, un doctor siciliano, llamado Bononia, fanático, audaz y temerario, se opuso ardientemente á esta doctrina. Furio Ceriol imprimió tambien en Alemania un tratado de sustentacion de su parecer en la materia, contra los argumentos de su adversario (*Bononiam sive de libri sacris convertendis in vernaculam linguam Libri II*).

Así el libro de retórica como el de las controversias con Bononia fueron prohibidos por el concilio de Trento.

En Alemania se levantó algun deseo de persecucion contro Furio Ceriol; pero Cárlos V, que apreciaba mucho á este distinguido caballero valenciano, le dispensó una proteccion constante y lo puso al servicio de su hijo Felipe II, cerca del cual permaneció (segun algunos con el carácter de su historiador) hasta su fallecimiento, acaecido en Valladolid el año de 1592, á los sesenta de edad. En los últimos tiempos de su vida formó un proyecto de paz con las provincias unidas, que no logró aceptacion por parte de Felipe II.

Dícese que despues de su muerte la inquisicion española le formó proceso como sospechoso de herejía, pero que su memoria salió limpia en semejante prueba.

Fué Fadrique Furio Ceriol un hombre sapientísimo en materias políticas. Desde sus verdes años revolvió muchos libros para entender el gobierno que tuvieron en los remotos tiempos los asirios, los tebanos, los atenienses, los cartagineses y los romanos; estudió las formas con que se regian en su siglo los pueblos mas principales de Europa y Asia; aprendió en la experiencia las causas de las guerras y disensiones, cotejando las que afligian entonces los mas poderosos reinos de la cristiandad con las que se leen en las antiguas historias; y por último, consultó una gran parte de su obra *Sobre la institucion del Príncipe* con los mas grandes políticos que florecian en aquella edad, bien fueran de los propios, bien de los extraños.

El libro á que me refiero no llegó á gozar de los honores de la estampa. Tan solo publicó de él una parte con el siguiente título: *El Concejo y consejeros del Príncipe, que es el libro primero del quinto tratado de la Institucion del Príncipe.* — En Anvers, en casa de la viuda de Martin Nucio, año 1559.

Este fragmento, de la obra á que Furio Ceriol se dedicó con mas esmero durante su vida, es dignísimo de estudio y una de las obras que mas honor hacen al entendimiento español por su excelente doctrina. El autor que á mediados del siglo XVI, cuando toda Europa ardia en guerras, movidas por causas religiosas ó por ambiciones de príncipes, deseosos de agregar á sus estados pequeños pedazos de tierra, regados con la sangre de sus defensores y con la de los que acudian á usurparlo, sacrificando á un capricho sus generosas vidas, escribia el siguiente pasaje, mucho debió ser la entereza de su alma, mucha la fuerza de sus convicciones. Véanse sus palabras: «Muy cierta señal es de torpe ingenio el hablar mal y apasionadamente de su contrario ó de los enemigos de su príncipe, ó de los que siguen diversa secta, ó de peregrinas gentes, agora sean moros, agora sean gentiles, agora sean cristianos; porque el grande ingenio ve en todas tierras siete leguas de mal camino; en todas partes hay bien y mal; lo bueno loa y abraza, lo malo vitupera y desecha, sin vituperio de la nacion en que se halla.»

Pero aun mas patentemente declaró este sábio político sus ideas acerca de la tolerancia. «No hay mas de dos tierras en todo el mundo (dice Furio): tierra de buenos y tierra de malos. Todos los buenos, agora sean judíos, moros, gentiles, cristianos ó de otra secta, son de una misma tierra, de una misma casa, de una misma sangre; y todos los malos de la misma manera. Bien es verdad que estando en igual contrapeso el deudo, el allegado, el vecino, el de la misma nacion, entonces la ley

divina y humana quieren que proveamos primero á aquellos que mas se allegaren á nosotros; pero, pesando mas el extranjero, primero es él que todos los naturales.»

Hasta doctrinas conformes á los principios de libertad hay en la obra de Furio Ceriol. Véanse sus palabras: «Esta es regla certísima y sin excepcion, que todo hipócrita y todo avariento es enemigo del bien público, y tambien aquellos que dicen que todo es del Rey, y que él puede hacer á su voluntad, y que el Rey puede poner cuantos pechos quisiere, y aun que el Rey no puede errar.»

Esta obra, á pesar de su gran mérito, solo se ha reimpreso una vez en España (á fines del siglo último). Sin embargo de esta indiferencia patria, entre los extranjeros ha sido vista con aplauso. Alfonso de Ulloa la tradujo en lengua italiana (Venecia, 1560). Simon Schardió la trasladó en latin, y el padre Scoto la imprimió en Colonia el año de 1568. Cristóbal Varsvicio, canónigo de Cracovia, la puso en la misma lengua y la estampó con un tratado suyo *De legato et legatione*, en Dantzik, el año de 1646.

ALFONSO DE LA TORRE.

Nació el bachiller Alfonso de la Torre en uno de los pueblos del arzobispado de Búrgos, á fines del siglo XIV, segun conjeturas verosímiles. Fué colegial de San Bartolomé de Salamanca desde el año de 1437 hasta el ignorado de su muerte.

A peticion de don Juan de Beamonte, prior de San Juan en Navarra, ayo y camarero mayor del desgraciado príncipe don Cárlos de Viana, escribió un tratado moral para la enseñanza de este, con el título de *Vision deleitable* (1). Con efecto, el asunto es bastante ingenioso y propio para doctrinar en las ciencias segun los conocimientos del siglo XV. El autor finge que un niño venido al mundo en pecado é ignorancia, va recibiendo su educacion por la Gramática, por la Lógica, por la Música, por la Astrología, por la Verdad, por la Razon y por la Naturaleza: figuras alegóricas que se presentan en el discurso de la narracion para realizar el pensamiento del autor, que fué, segun sus palabras, «hacer un breve compendio del fin de cada sciencia, que cuasi proemialmente contiene la esencia de aquello que en las sciencias es tratado».

Modesto hasta lo sumo, no quiso Alfonso de la Torre que su obra corriese de mano en mano por diversas copias. Escrita para el solo objeto de enseñar á un príncipe, creia tal vez inútil ó peligrosa su lectura para otra clase de personas. Así es que en la cámara del rey de Aragon se guardó por mucho tiempo con gran estima un traslado de la *Vision deleitable*. Segun Capmany, debió escribirse por los años de 1436 y 1437.

Algunos bibliógrafos aseguran que la primera edicion de este libro se hizo de 1480 á 1483. Capmany afirma, sin embargo, que, traducida en catalan, se publicó esta obra por vez primera en Barcelona en 1484, y el original en Tolosa el año de 1489. Despues se hicieron dos ediciones, una en 1526 y otra en 1538.

Domingo Delphini, noble veneciano, tradujo en lengua italiana la *Vision deleitable*, publicándola como obra suya original. Por tal la tuvo un judío español, fugitivo en tierras extrañas, llamado Francisco de Cáceres, el cual la volvió al idioma español, dándola á luz en Amsterdam el año de 1663 en un volúmen en 4.°, con la dedicatoria al príncipe de Portugal don Manuel.

La *Vision deleitable* es un libro ingenioso, que sin embargo adolece de muchas de las faltas que se encuentran en los libros de su tiempo; una de ellas es la introduccion de muchas voces latinas con que procuraban los autores dar grandiosidad al lenguaje. Lo que mas se elogia de este libro es la alocucion que la Verdad hace á la Razon.

(1) En el *Cancionero general*, hállase entre las obras de burlas, una intitulada *La vision deleitable*, escrita por Diego de San Pedro. No tiene mas semejanza con el libro de Torre que la igualdad del título.

FRANCISCO DE VILLALOBOS.

Toledo fué la patria de Francisco de Villalobos. Tal asegura don Tomás Tamayo de Vargas, si bien Capmany cree con fundadas causas que Villalobos debió nacer en Castilla la Vieja, á poco mas de la mitad del siglo XV.

Villalobos se dedicó al estudio de la medicina, obteniendo en ella el grado de doctor, y con él, entrada en el palacio de los reyes y grandes de Castilla.

Larga fué su vida. Durante ella desempeñó el cargo de médico de cámara cerca de Fernando el Católico, de Cárlos V y del segundo de los Felipes siendo príncipe. Pocas medras consiguió en mas de setenta años de desvelos, de estudios, de trabajos y de congojas.

Habiendo pasado de esta vida al eterno descanso la emperatriz Isabel, vino Villalobos á caer en gran tristeza, ó por no haber acertado con el remedio ó por no haber encontrado alguno. Entonces pidió licencia al Emperador para retirarse de la corte y hacer asiento fuera de ella. En el retiro dedicó su saber y entendimiento á escribir varias obras médicas, y tambien algunas morales y burlescas. En él compuso aquella cancion á la muerte, conociendo el fin cercano que su ancianidad le anunciaba:

Venga ya la dulce muerte,
Con quien libertad se alcanza;
Quédese á Dios la esperanza
Del bien que se da por suerte.
Quédese á Dios la fortuna,
Con sus hijos y privados;
Quédense con sus cuidados
Y con su vida importuna;
Y pues al fin se convierte
En vanidad la pujanza,
Quédese á Dios la esperanza
Del bien que viene por suerte.

Fué Villalobos hombre muy ingenioso y de dichos agudísimos, algunos de ellos no del todo dignos de la gravedad del cargo que ejercia en palacio como hombre científico. Entre ellos se puede contar el que refiere el mismo Villalobos, notable por el príncipe ante quien pasó y por la persona contra quien fué dirigida. Fernando V era el primero, y el médico Jerónimo Torrella el segundo. Dice así Villalobos: «Un dia, riendo su alteza mucho de un cuento que yo le contaba de las damas, no lo pudo sufrir Torrella, y dijo al Rey:—Yo, Señor, soy doctor y maestro, y como me doy á las cosas de la especulacion, no me curo de estas gracias, que son cosas de chocarreros.—El Rey, afrontándose mucho por amor de mí, echóme los ojos. Yo volvíme á Torrella y díjele: — Amuéstreme vuestra merced á ser necio, pues que sois maestro. —Fué tanta la risa de todos, y tanto su corrimiento, que se salió huyendo de la cámara (1).»

Asistiendo en una enfermedad Villalobos al duque de Gandía, que hoy recibe veneracion en los altares con el nombre de san Francisco de Borja, prometióle este una gran fuente de plata si lograba verse libre de calentura al siguiente dia. Llegado este, pulsóle Villalobos, y no hallándolo tan limpio cual hubiera deseado, quedóse suspenso un buen rato. Preguntóle el Duque: «¿Qué decis, Villalobos?» «Señor, respondió este, digo que *amicus Plato, sed magis amica veritas.*» Agradó tanto al Duque la respuesta, que al punto dispuso que la fuente de plata se llevase á la casa del festivo doctor (2).

Varias son las obras que escribió Villalobos. La primera de todas fué una que se intitula *Sumario de la medicina, en romance trovado, con un tratado sobre las pestíferas bubas, por el licenciado* Villalobos, *estudiante en Salamanca, hecho á contemplacion del muy magnífico é ilustre señor el marqués de Astorga.* (Salamanca, á expensas de Antonio de Barreda, librero, año de 1498.)

Publicó luego en Alcalá, el año de 1524, una glosa de los libros primero y segundo de la *Historia*

(1) *Problemas de Villalobos.*
En la *Floresta española* se cuenta así este hecho:
«El doctor Villalobos estaba delante del Emperador diciendo gracias, y preguntó un caballero á otro médico que venia con él, que por qué no hablaba. Dijo *que él no sabia gracias, que eran de chocarreros, sino letras.* Respondió el doctor Villalobos: *Pues muéstreme á ser necio, y no seré gracioso.*»

(2) Gracian, *Agudeza y arte de ingenio.*

natural de Plinio (1). Era obra escrita en latin una que publicó en tal idioma, segun el uso de su tiempo. Despues compuso otra con el título de *Potentia vitali*, la cual no logró los honores de la estampa. VILLALOBOS explica la causa en las palabras siguientes: «Los impresores de España no quieren imprimir libros de latin si el mismo autor no pone la costa de su casa, y como yo no soy librero, tengo por pesadumbre trabajar en el estudio de la obra, y gastar la hacienda para el provecho de los que no lo han de agradecer.»

Los opúsculos de VILLALOBOS mas conocidos se imprimieron en un solo volúmen con este epígrafe: *Libro de los problemas, fechado en Calatayud año de 1515, que trata de cuerpos naturales y morales, y dos diálogos de medicina; el Tratado de las tres grandes, la gran parlería, la gran risa y la gran porfía, con una cancion, y la comedia de Anfitrion* (2).

VILLALOBOS escribia con suma sencillez y pureza, y con una gracia incomparable. Su manera de decir era libre, propia de una persona que sabia conocer las verdades y se creia en la obligacion de publicarlas, porque así se la imponia su claro talento. Tal vez no se expresa con toda la dignidad que debiera, tal vez suele caer en incorrecciones de lenguaje, pero la viveza de su ingenio borra con una belleza admirable el defecto que la ha precedido. No parece sino que VILLALOBOS, jugando con su talento y con el buen juicio del lector, se propone presentar á la crítica un motivo de justa censura, para que al mismo instante de formarla se vea en la precision de convertirla en risa y alabanza: tan grande es el poder del ingenio de VILLALOBOS.

Compárase el poema de *Las bubas* con el famoso de *Siphilide*, de Fracastor, émulo de las *Geórgicas* de Virgilio. VILLALOBOS tuvo el mérito no solo de haber precedido en la invencion á Fracastor, sino tambien en haber combatido antes que Spallanzani las digestiones artificiales. La traduccion que hizo del *Anfitrion*, de Plauto, se conforma mucho con su original latino, habiendo sabido VILLALOBOS trasladar en nuestra lengua los donaires de aquel famosísimo poeta de la antigüedad romana. El discurso sobre las fiebres intermitentes revela una fuerza de ingenio maravillosa.

COSME DE ALDANA.

COSME DE ALDANA fué un ilustre caballero, natural de Valencia (segun Mayans y Ximeno), que floreció en el siglo XVI. Residió mucho tiempo en Italia, recibiendo primero proteccion del duque de Florencia, Francisco de Médicis, en cuyo servicio estuvo, y luego del gran condestable Velasco, capitan general y gobernador del estado de Milan.

Compuso en lengua italiana una obra con este título:

Discorso contra il volgo, in cui con buone raggioni si riprovano molte sue false opinioni.—Florencia, por Jorge Marescotti, 1578.

Habiendo muerto su hermano Francisco peleando valerosamente en la jornada infeliz de Africa con el rey don Sebastian de Portugal, publicó un pequeño volúmen de poesías con este título:

Sonetos y octavas de Cosme de Aldana en lamentacion de la muerte de su hermano, el capitan Francisco de Aldana.—Milan, por Juan Bautista Colonio, 1587.

Esta coleccion se publicó inmediatamente (1587) en la misma ciudad de Milan, por Jacobo Picaglia.

Allí tambien se dedicó COSME DE ALDANA á escribir un largo poema burlesco, intitulado *La Asneida*, para lo cual le estimuló mucho el gran condestable Velasco. Desgraciadamente quedó inédito, y por eso rarísimas son las copias que se conservan entre curiosos.

Poseido de un vehemente cariño á la memoria de su hermano, publicó *La primera parte de las obras que hasta agora se han podido hallar del capitan Francisco de Aldana, alcaide de San Sebastian, el cual murió peleando en la jornada de Africa; agora nuevamente puestas en luz por su hermano Cosme de Aldana, gentilhombre del rey don Felipe N. S., dirigidas á su S. C. R. M.*— En Milan, por Pablo Gotardo Poncio, 1589.

(1) *Glosa in Plinii Historiae naturalis primum et secundum libros.* — Alcalá, por Miguel Eguía, año de 1524.

(2) Muchas ediciones se hicieron de este libro; conozco la de Zamora, 1543; Zaragoza, 1544; Sevilla, 1550; Zaragoza, 1550; Sevilla, 1574.

Despues imprimió en Madrid, el año de 1591, *La invectiva contra el mundo*, que es una reformacion en parte, y en parte una traduccion del libro que escribió el mismo Cosme de Aldana con el título de *Discorso contra il volgo*.

Cosme de Aldana fué un poeta de bastante ingenio, y muy parecido en gusto literario á su hermano Francisco, si bien mas correcto y de mas entonacion en sus versos.

DON JUAN DE LA SAL.

El doctor don Juan de la Sal nació en Sevilla á mediados del siglo XVI. Habiendo seguido la carrera eclesiástica, obtuvo el obispado de Bona, en Africa, y la coadjutoría del arzobispado de su patria. Nombrado para ocupar la silla episcopal de Málaga, no se consideró apto ni digno para cargo tan importante, rehusándolo con una modestia que mereció el aplauso de los que admiraban justamente sus virtudes.

Don Juan de Salinas, poeta sevillano, compuso una décima á este hecho, en la cual decia:

Doctor de ingenio divino,
Sal y luz por excelencia,
En la Iglesia y la eminencia
Gran sucesor de Agustino,
Rehusar tal puesto tan divino,
Pregunto, ¿es luz superior? etc.

Literato y amigo de literatos, mereció que Francisco de Medrano le dedicase algunas de sus odas imitacion de Horacio.

Era don Juan de la Sal persona de excelente criterio y no inferior gusto literario. Entre las poquísimas obras que de él se conservan, hay siete cartas dirigidas al duque de Medina-Sidonia, modelos de gracejo y de pureza de lenguaje. El asunto no podia ser mas á propósito para un ingenio festivo. Tratábase de un padre Francisco Mendez, que poseido de la lectura de vidas de santos, se empeñó en aparecer como uno de ellos, bien por necedad, bien por bellaquería. Muchos del género del padre Mendez hubo en el siglo XVI y en el XVII, mereciendo algunos por parte de la Inquisicion el castigo digno de sus embustes.

Don Juan de la Sal, en las siete cartas referidas, cuenta, dia por dia, los pretensos milagros que ofreció hacer á presencia de sus devotos el iluso padre Mendez. Una copia antigua de estas cartas existe en la Biblioteca Colombina, y de ella se ha sacado la que ha servido de original para la primera edicion que hice en 1848.

El mérito que tales epístolas encierran es innegable. En mi opinion obtienen la primacía sobre todas las que hay escritas en lengua castellana.

Murió don Juan de la Sal en Sevilla, habiendo recibido sepultura su cadáver en la capilla interior del noviciado de la compañía de Jesus. Así lo refiere Ortiz de Zúñiga en sus *Anales* (1).

(1) «Don Juan de la Sal, hijo de esta ciudad y del noble linaje de su apellido, obispo de Bona, en Africa, yace en la capilla interior del noviciado de la compañía de Jesus de esta ciudad, de que fué insigne benefactor. No aceptó el obispado de Málaga, prueba de su mucha virtud y poca ambicion.» (Ortiz de Zúñiga, *Anales de Sevilla*.)

DIALOGO

ENTRE

CARONTE Y EL ÁNIMA DE PEDRO LUIS FARNESIO,

HIJO DEL PAPA PAULO III.

SU AUTOR

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

(*Fué escrito en el año de* 1547.)

Anima. ¡Hola, hola! ¡Ah viejo de la barca! ¿No oyes? Espera, no te partas, respóndeme á lo que quiero preguntarte.

Caronte. ¿Quién será este presuntuoso arrogante, que con tanta furia camina y con tanta priesa me llama? Quiero esperalle y saber quién es. ¡Válgalo la ira mala! Extraño debe ser este. Sin piés ni manos camina, hendida la cabeza, como dicen, de oreja á oido, degollado y con dos estocadas por los pechos. Mátenme si no debe ser de los de la rota de Albis, y hase tardado en llegar por falta de piernas.—Camina, si quieres; que me haces perder el tiempo esperándote. Entra y dime quién eres, que extrañamente bienes lisiado.

Anima. ¿Qué dices? ¿Qué cosa es entrar? ¿Con tan poco respeto me hablas? ¿Soy hombre yo, por ventura, que tengo de entrar en docena con esa canalla de que tienes llena la barca?

Caronte. Perdóname, que el verte desnudo, lleno de heridas y maltratado me hizo creer que eras alguno de los que voy tan cargado, y que te habias tardado de no haber podido caminar mas con esas piernas, que me parecen tan ruines como las manos. Pero ¿quién eres?

Anima. Romano.

Caronte. Tu habla da testimonio. Ni por esas señas te conozco.

Anima. ¿Cómo no? ¿No conoces al duque de Castro, al príncipe de Parma, al duque de Plasencia, al marqués de Novara, capitan general y confalonier de la Iglesia?

Caronte. Todo eso no basta para que te conozca; porque los mas de los títulos que has dicho son tan nuevos, que aun no han llegado á mi noticia. Pero dime tu propio nombre si quieres que te conozca.

Anima. ¡Oh viejo loco, ignorante! ¿Es posible que no conozcas al hijo del Papa?

Caronte. No, que no le conozco, ni aun sabia yo que los papas tuviesen hijos. Mas agora me acuerdo de un cierto duque de Valentinois, que pasó por aquí no sé cuántos años há, tan arrogante como tú, y aun casi tan bien acuchillado, que dijo ser hijo de un otro papa, y queria tambien, como tú, que por esto se le tuviese respeto.

Anima. Yo creo que disimulas conmigo, por verme así solo y maltratado, fingiendo no conocerme; pero no puede ser que no conozcas á Pedro Luis Farnesio, gentilhombre romano.

Caronte. ¡Oh, oh, oh! Agora sí que te conozco como á mí. ¿No eres tú el coronel Pedro Luis, hijo de Alejandro Farnesio, que al punto es Paulo III, sumo pontífice de los cristianos? De la primera vez te conociera si dijeras tu propio nombre; pero por esos otros títulos nuevos é inusitados apenas te conociera quien te los dió. Mas dejado esto, ¿cómo vienes así?

Anima. Matáronme ciertos vasallos mios.

Caronte. ¡Oh mal caso! Oh grave maldad! ¿Es posible que los vasallos osen matar á su natural señor? ¿Dónde te mataron?

Anima. En Plasencia, de donde me habia hecho duque y señor mi padre, poco há mas de dos años.

Caronte. ¿Y eran placentinos los que te mataron?

Anima. Sí, y de los mas principales de aquel estado.

Caronte. Pues de esa manera, ¿cómo dices que eran tus vasallos? Agora no me maravillo de que te matasen; pero maravíllome mucho que tu padre te hiciese señor de lo que no era suyo ni podia ser tuyo.

Anima. ¿Cómo no? ¿No puede el Papa hacer lo que quiere del patrimonio de la Iglesia?

Caronte. No, segun dicen algunos de vuestros canonistas, que han pasado por aquí; pero demás destos, otros juristas imperiales, y particularmente milaneses,

me han dicho que el estado de Plasencia no es sino patrimonio del ducado de Milan, que fué empeñado por poca cantidad de dineros; y si es, ¿mira cómo te lo podria dar?

Anima. No faltó allá en el mundo quien dijo todo eso á mi padre y se lo dió á entender, y todavía él me lo dió, y yo no habia de buscar mejor título, cuanto mas que lo busqué y procuré, y supliqué al Emperador por la investidura; el cual nunca me la quiso dar, siendo mi consuegro y habiéndole servido.

Caronte. Si á todos los que le han servido mas y mejor que tú hubiese el Emperador pagado como á tí y á los tuyos, seria menester, ó que conquistase otro nuevo mundo para pasar, ó se despojase de lo que tiene para pagar. Mas ¿sabes qué he pensado? Que los placentinos te pagaron imperialmente de los males y daños que á ellos les habias hecho, como de los deservicios que al Emperador pensabas hacer.

Anima. De lo hecho no digo nada, porque todo el mundo sabia cómo he vivido; pero ¿quién te ha dado aviso de lo que pensaba hacer?

Caronte. ¡Qué bobo eres! Por mas avisado te tenia. ¿No sabes que pasó por aquí, pocos meses há, el conde de Fiesco, que iba tras Joanetin Doria, á quien él por tus persecuciones hizo matar, el cual, como mozo y de poca experiencia, contó aquí en esta barca á otros rapaces como él cuantos tratos tenia contigo, salvo los carnales, que por ser tan feos, aun los demonios que acá están aborrecen oillos? Pero no es nada esto. ¿No sabes que ayer, á manera de decir, pasó por aquí el rey Francisco de Francia, tu caro amigo y pariente que habia de ser, el cual me dijo en secreto casi la mayor parte de las tramas que entre él y tú habíades urdido, y venia mal enojado con la muerte, porque le habia atajado los pasos antes que las pudiese poner en efecto? Demás desto, ¿no sabes que el año pasado bajó acá Barbaroja, que la mayor lástima que llevaba era no haberse podido vengar de tu padre de no haber cumplido con el Turco ni con él nada de tanto que les prometió cuando lo de Castro y cuando lo de Tolon? como si tu padre, por mucho que lo intentó pudiese estorbar que los cielos y los hados no favorezcan y prosperen las cosas del Emperador, y que no las levanten al cielo, cuando en la opinion de los hombres están mas cerca de caer por tierra. Mira si de tales tres testigos he podido ser bien informado de tus hazañas y de las de tu padre.

Anima. ¡Qué digresion tan larga has hecho y cuán fuera de propósito! Y ya que así sea lo que has dicho, ¿qué tiene que hacer con el derecho que yo tenia al estado de Plasencia, ni con la autoridad que mi padre tuvo para dármelo?

Caronte. A esto respondí, si te acuerdas, antes que viniese á la digresion que dices; sino que como traes la cabeza tan abierta, hásete salido de la memoria por la herida. Todavía torno á decir, y tú lo sabes, que no era de tu padre ni te lo pudo dar, y que por ser contra todo derecho, el Emperador no lo quiso consentir. Y aun si miraras al título de la concesion, vieras que no habia en él ninguna firma de cardenal ni de ningun vasallo ni aficionado á su majestad. Donde se ve claro que fué concesion injusta, hecha *per aliamtiam* y de manga, como se suele decir.

Anima. ¿Qué se me da á mí de eso? Yo me era duque de Plasencia á su placer ó su pesar; y si mi derecho era bueno ó malo, yo no tenia necesidad de ponello en disputa con nadie; cuanto mas, que cuanto al testamento de Adan, tan mio era aquello como del Emperador lo que tiene, y si vamos con curiosidad del derecho de cada uno, ninguno lo tiene mejor á lo que tiene que la posesion, y al cabo el mejor derecho es el mas antiguo de posesion; de manera que sola esta ventaja me podrian á mí hacer los otros príncipes, que era habérmelo yo conquistado y ellos heredado.

Caronte. Si trujeras la cabeza sana, creyera que la traias vacía; pero véotela tan llena de sesos, que revientan por defuera, de manera que no sé qué me diga de tí. Todavía quiero replicar á lo que has dicho con sola una palabra, y es que de no dársete nada, y de ser duque á pesar del Emperador, y de haber tú usurpado la señoría y hecho de la fuerza derecho, mira lo que has ganado, y dés las gracias á tu padre por la merced y beneficio que te hizo.

Anima. ¡Oh, oh, oh! Eso es fuera de propósito; porque los hombres valerosos acometen las grandes hazañas, no obstante que la salida de ellas sea difícil y trabajosa, cuanto mas que el hombre pone y Dios dispone.

Caronte. Es verdad, y así me parece que aconteció á tí con los condes que te mataron, y á ellos contigo, porque tú acometiste tiranamente serles señor; gobernaste despues como tirano, por no saber, como dices, la salida de las cosas; y al cabo moriste como tirano, y ellos acometieron como valerosos en matar al tirano sin saber cómo saldrian dello; y dispúsolo Dios de manera que les salieron las cosas mejor de lo que pensaban. Mas dejado esto, ¿dónde estabas cuando te mataron?

Anima. En la ciudadela, que es una casa fuerte de aquella ciudad.

Caronte. No debia ser muy fuerte, pues tan poco te aprovechó.

Anima. Sí era, y harto; pero estaba casi solo.

Caronte. Pues ¿cómo, siendo tirano, èstabas solo?

Anima. ¿Quién se puede guardar de traidores?

Caronte. Quien no la hace no la teme; quien no hace agravio, mal ni daño alguno.

Anima. A los que me mataron poco les habia tomado, puesto que si me esperaran cuatro horas...

Caronte. Ya te entiendo; de manera que si ellos fueron traidores, tú eras alevoso; y si no se anticiparan, tú te anticiparas.

Anima. Sí, porque tenia ya aviso de sus tramas y tratos.

Caronte. Bien se parece en el cuidado que tuviste de guardar tu persona.

Anima. ¿Quién habia de pensar que cuatro ó cinco vasallos mios, sin favor ni calor de otro, osaran de acometerme?

Caronte. Quien los tenia injuriados, quien les habia hecho agravios, y se los hacia cada dia.

Anima. Nunca yo les hice agravio particular á ellos, que el pueblo no lo recibiese muy mayor; y sufriéndolo este, pensaba yo que aquellos lo sufririan.

Caronte. Si te engañó tu pensamiento, la experiencia te lo muestra, cuanto mas que era gran liviandad la tuya, pensar reinar como tirano y poder vivir seguro; porque la indinacion del pueblo maltratado pone

armas en la mano del noble, el clamor de la injuria del pueblo despierta é incita á la venganza el ánimo del noble; ¿cómo es posible que no hayas oido la fin que hubieron los tiranos que contra toda la razon quisieron señorear?

ANIMA. Ya que eso sea así, no vivia yo tan descuidado como eso, ni tan á lumbre de pajas; que guarda tenia de á pié y de á caballo, muchos particulares y amigos, muchos caballeros y muchos soldados pláticos y valientes, á quien entretenia por buen respeto y para mayor seguridad de mi persona.

CARONTE. Pues ¿qué se hicieron esos que dices? ¿Dónde estaban cuando los hubistes menester?

ANIMA. Por ser la casa estrecha, y tambien porque me fiaba de pocos, los tenia aposentados por la ciudad [1], y solamente tenia conmigo dentro de la ciudad aquellos que no podia excusar.

CARONTE. Antes, segun me dijo un obispo, mozo de buen gesto, que tú martirizaste diabólicamente pocos años há, solamente tenias contigo los que pudieras y debieras excusar, y quizá aquellos polvos trujeron estos lodos; pero no me maravillo de que te fiases de pocos, como dices, sino de que siendo tirano y viviendo como vivias, osases fiarte de tí mismo, considerado que la vida del tirano no es otra cosa que una sombra de la muerte, una gruta obscura llena de mil malas visiones, un camino áspero y estrecho, lleno de todas partes de mil géneros de inconvenientes, lazos y peligros, sin que pueda excusar de caer en alguno de ellos. Malaventurado de tí, nómbrame alguno de esos parientes, amigos ó criados que tenias contigo, que te sirviesen por amor ó por tus virtudes y valor.

ANIMA. Servíanme por el bien que mi padre y mis hijos les hacian, y por el que yo les pudiera hacer si viviera.

CARONTE. Pero si por interés te servian, ¿cómo no considerabas que aquel á quien basta el ánimo para servir á un tirano por interés, le bastará el ánimo para matarle?

ANIMA. Ya lo consideré algunas veces; pero asegurábanme los buenos tratamientos que yo les hacia.

CARONTE. ¿Buenos tratamientos llamas quitarles cada dia las haciendas, sus franquezas y libertades? ¿Cuál tirano hizo jamás mejor tratamiento á privado suyo, que hacia el duque Alejandro, tirano de Florencia, aunque con mas honesto título, que tambien pasó por aquí los otros dias, á Lorencin de Médicis, su primo hermano, el cual por premio de tantos beneficios lo mató despues á puñaladas?

ANIMA. Fué cosa muy fea y gran maldad de caballero.

CARONTE. Verdad es; pero permitió Dios á las veces un gran mal por excusar otro mayor, como permitió que Joab, capitan de David, matase á Absalon, su mas caro hijo, por excusar el daño mayor, que fuera si el hijo matara al padre y le quitara el reino; y como permitió que Judit, viuda, mujer honesta, siendo ejemplo de verdad y de bondad, ensangrentase las manos y degollase aquel tan famoso capitan Holoférnes, porque aquel no usurpase el reino á Osías.

ANIMA. Tú eres gran sofista; yo no vine aquí para disputar contigo, ni menos para oir tus sermones: yo te digo que me vi duque y señor pacífico de Parma y Plasencia, temido de muchos y estimado de todos.

CARONTE. ¿Quieres dejarme decir una palabra, y despues di cuanto quisieres? Mira cuán grande era tu ignorancia allá en el mundo, que aun te dura hasta agora. ¿Cómo te podias llamar duque pacífico, si tus mismos vasallos, como tú los llamas, te hacian la guerra? y si eras temido de muchos, ¿cómo no temias de ninguno? Pues quiere toda buena razon que tema de muchos aquel de quien todos temen; y si eras estimado de todos, ¿cómo estimabas tan poco á los que te mataron?

ANIMA. Porque no eran hombres para competir conmigo.

CARONTE. ¡Ah, ah, ah! Esa es la mas nueva necedad que nunca he oido: ¿fueron hombres para matarte, y dices que no eran para competir contigo? Agora veo que el desacato que te tuvieron te hace desvariar de lo que comenzaste á decir.

ANIMA. Digo que yo era señor, ora fuese por amor, ora por fuerza, y puesto que yo fiaba mucho en la autoridad de mi padre, en el parentesco que tenia con el Emperador, y en lo que habia hecho de nuevo con franceses y venecianos, todavía para prevenir lo de adelante y asegurarme á mí y perpetuar mi estado, comencé á labrar mi castillo desde los fundamentos, que por ventura si se acabara, fuera de los mejores de Italia.

CARONTE. Pues ¿por qué no lo acabaste?

ANIMA. No por falta de diligencia, porque jamás se hizo tanta, como se puede ver hoy en él, que en dos meses y medio lo puse desde la primera piedra casi en defensa, y tenia pensado al fin de este mes, y estar allí de ordinario, donde pensaba estar tan seguro como en el castillo de San Angel.

CARONTE. ¿Y habias hecho en tan poco tiempo castillo para defenderte, y labrado aposento adonde pudieses estar? ¿Cómo puede ser?

ANIMA. El aposento no lo labré yo, porque me serví para este efecto de un muy hermoso monasterio de frailes, á la redonda del cual hice fundar el castillo, de modo que quedase el monasterio por aposento dél.

CARONTE. Pues ¿cómo de casa de oraciones hacias espelunca de tirano? No quiero decir de ladrones porque no te enojes,

ANIMA. Sí, porque me convenia así, tanto por la bondad del sitio, cuanto por la presteza, y aun decirte he la verdad, por ahorrar de costa.

CARONTE. Esa debieras decir primero, y de ahí debió nacer la tos á la gallina, porque, si no me engañan [2] de la quiromancia ó de la fisonomía que me mostró un cierto favorecido de tu padre que pasó poco há en esta barca, debe ser avarísimo; y créolo, porque si fueras liberal, no te hallarás tan solo cuando te mataron; pero dime, ¿cómo osaste tomar el monasterio que no era tuyo, para usar tan mal dél? ¿No veias que era temeridad y cosa contra vuestra religion?

ANIMA. A propósito no lo hilamos tan delgado los príncipes como la gente popular, cuanto mas que no lo hice sin el consentimiento de mi padre.

CARONTE. No lo creo ni es de creer, puesto que otras cosas peores se han dicho de tu padre en esta

[1] Parece que debe decir: dentro de la *ciudadela*.

[2] Parece que debe decir: si no me engañan los *secretos cánones*, etc.

barca. Pero si tú lo hiciste sin autoridad, hiciste mal; y si tu padre te la dió, paréceme que hizo peor. Y agora me maravillo menos de lo que hicieron los placentinos, pues entraba Dios á la parte en el número de los injuriados. ¿Por qué suspiras? Por qué te pelas la barba?

Anima. ¡Oh! que estoy desesperado.

Caronte. Créolo, y cada dia lo estarás mas.

Anima. No lo digo por eso, sino que habiéndome avisado los astrólogos que todo este mes, hasta los quince del que viene, estaba sujeto á cierta mala influencia de estrellas que me amenazaban de muerte, no fuí para guardarme.

Caronte. ¿Cómo? ¿que los astrólogos te avisaron dello?

Anima. Yo te diré, cuanto que el mesmo dia de mi muerte predije yo á ciertos criados mios lo que fué de mí. Mas otra cosa me desespera mas, y es, que mi padre me despachó desde Roma un correo diciendo que tal dia á tal hora y á tantos puntos, ni mas ni menos, hiciese poner la primera piedra de los fundamentos de mi castillo, porque el cielo y los planetas estaban entonces bien dispuestos y señalaban perpetuidad en lo que en aquella hora se comenzase á fabricar, y hame salido de la suerte que ves.

Caronte. ¡Ah, ah, ah! Yo rio, y si pudiese caber en mí dolor de la miseria é ignorancia de los hombres, en lugar de reirme, lloraria. ¿Es posible que tu padre sea tan vano como eso, y que dé crédito á tales ruindades? Agora te digo que no creo que es tu padre ni te queria bien, sino que tu madre, por parecer á tu tia, te hizo á hurto, y cargóselo despues á micer Alejandro.

Anima. Sobrado atrevimiento y desvergüenza es la tuya, y bien parece que estoy solo, que no me osaras tratar así. Pero ¿de dónde sabes tú tantas particularidades de mi casa?

Caronte. ¡Hu, hu, hu! ¿qué piensas? ¿no crees que llegan acá las nuevas de maestro Pasquino? Sabes que tu madre pasó por aquí antes del papa Alejandro, y despues dél tu tia, y que dél y dellas podia yo saber mas de lo que te he dicho. Pero tornando á los astrólogos, paréceme que no te mintieron en nada, puesto que sea el mentir su propio oficio, porque en lo de tu vida decian bien si te guardaras; y aun yo, que no sé apenas navegar esta barca, cuanto mas astrología, te supiera decir que tenias necesidad de guardarte, porque claro está que siendo tirano y malo, que estabas sujeto razonablemente á morir mala muerte, y tanto mas presto cuanto tus abominables obras lo merecian mas, y tus maldades é insolencias crecian de dia en dia y de hora en hora; y siendo ello así, para excusar los peligros era necesario guardarte. Y si te guardaras tanto, que pasara el influjo que ellos decian, yo creo que tenian gentil excusa con decir que viviste porque te guardaste y que murieras si no te guardaras, y no guardándote tú y sucediendo como ha sucedido, no solo los puedes tener por buenos astrólogos, mas por verdaderos profetas. Pero, ¡ah, ah, ah! ¿sabes de lo que me rio? De lo que te escribió tu padre acerca de la perpetuidad del castillo, y de cómo el juicio fué verdadero, y el astrólogo debia ser avisado, salvo que no lo entendiste tú, y menos tu padre.

Anima. Y tú ¿cómo lo entiendes?

Caronte. Desta manera: que el castillo comenzado en aquella hora y debajo de aquellas señales y disposiciones de planetas será perpétuo por las razones que te diré; y si no fuesen bastantes, desde agora me obligo á pasarte de la otra parte del rio sin dineros. El castillo será perpétuo porque la fábrica dél es maciza y excelente, y es, como se suele decir, una labor de Dios, pues se hizo con sus dineros; el castillo será perpétuo porque no es tuyo; será perpétuo porque me da el alma que se ha de entrar [1] en el Emperador, que lo querrá para sí, y será perpétuo porque teniendo tal dueño, sabrálo cuidar de manera que perpétuamente quede en su casa. Mira si será perpétuo, mira si profetizaba este caso el poeta cuando dijo:

Sic vos non vobis mellificatis apes.

Anima. Por Dios, que lo creo, porque los que me mataron es menester que se valgan del favor de algun príncipe, que los defienda y ampare, y ninguno les viene tan á cuenta como el Emperador, que tiene allí á dos pasos á don Hernando Gonzaga, su capitan general y lugarteniente, que ni perderá tiempo ni dejará de aprovecharse de la ocasion; pero ¿parécete á tí, que haces del santo y del justo, que es bien que el Emperador se lleve el fruto de mis trabajos y sudores, y tanto mas siendo injustos, como tú los llamas?

Caronte. *Tu videris*, le respondieron á otro tal como tú, que está desa otra parte, preguntando él otra pregunta casi desta suerte. Mas embárcate, no perdamos tiempo; que me has detenido aquí una hora con tus cuentos.

Anima. ¿Cómo que me embarque? ¿Qué rio es este? ¿Quién eres tú?

Caronte. ¡Qué desatinado que estás! ¿Cómo no conoces á Caronte, que habla contigo? ¿No sabes que este es el rio Leteo, y esta barca la que sirve de pasar las ánimas de los que acá bajan, como servia en Plasencia á los caminantes la que tú quitastes á cuya era, contra toda razon, para darla á quien tú querias?

Anima. Hice bien, porque era señor, y podia poseer y desposeer á quien á mí me pareciese.

Caronte. Si no fueses tan bravo, si no temiese que me llamases en estacada, responderte hia que mientes á lo que dijiste de haber hecho bien; pero todavía porque entiendas que entiendo los puntos de duelo, digo que no hiciste bien, y pruébotelo desta manera: que si fuera bien hecho, no lo hicieras por no hacer bien ni perder tu natural costumbre, que era hacer mal.

Anima. Paciencia, algun dia será la nuestra. Dime, ¿es este el rio del olvido?

Caronte. Sí; ¿por qué lo preguntas?

Anima. ¿Cuál es la laguna Estigia?

Caronte. Muy léjos de aquí. ¿Quieres por ventura rodear por allá pudiendo pasar por acá?

Anima. ¿Cómo pasar? ¿Piensas que soy de tan poco valor ó tan solo, que me quiera embarcar contigo y olvidar la traicion que me han hecho? ¿Crees que no sé yo la propiedad de estas aguas? Ya sé que me conviene ir á la laguna Estigia, y pasearme he por la ribera della hasta que mi padre y mis hijos venguen mi muerte.

Caronte. ¡Ah, ah! ¡Qué largo plazo tomas! Pues

[1] Parece que debe decir: se ha de *entrar en él* el Emperador, etc.

¿quieres estarte allí al sol y al frio, y al viento y al sereno hasta entonces?

Anima. Sí quiero estar, y no será el plazo tan largo como piensas; que yo tengo allá tales que me vengarán, y por ventura con mayor daño de la cristiandad que tú crees.

Caronte. Con daño de la cristiandad ¿cómo puede ser, muertos el rey de Francia y Barbaroja, que eran la esperanza de tu padre y tuya? Y siendo deshecha la malvada liga luterana, tan á su pesar y al tuyo, ¿quién habrá que se ose mover para hacer daño á la cristiandad, teniéndola el Emperador en su proteccion?

Anima. Basta, yo me entiendo, bien sé lo que me digo.

Caronte. ¿Quién piensas que hará esta venganza?

Anima. Mi padre y los cardenales y duques, mis hijos, y toda mi casa.

Caronte. ¿Sobre quién ha de ser esta venganza?

Anima. ¿Cómo sobre quién? Sobre los que me mataron y sobre los que los defendieron.

Caronte. Y si por acaso los favorecia el Emperador, como habemos dicho, si se amparasen dél, ¿qué harán tu padre y tus hijos?

Anima. Nuestra sangre, que pide venganza, la injuria hecha, y el daño recibido les enseñará lo que habrán de hacer. Cuanto mas, que antes que yo muriese dejé ya enhilada la cosa de arte que con poco trabajo quedarán satisfechos.

Caronte. ¿Sábes de qué temo, Pedro Luis? que esta tu sangre ha de venir al cabo sobre tu padre, sobre tus hijos y sobre toda tu casa. Y porque sepas que tengo espíritu profético y que no hablo sin fundamento, quiero decir lo que entiendo deste negocio. A tu padre le pesa de la grandeza y buena fortuna del Emperador, como aquel que tiene entendido que no ha de consentir que dure tanto tiempo la disolucion del clero y la desórden que hay en la Iglesia de Jesucristo, y que ha de salir al cabo con la empresa tan santa que ha tomado de juntar el concilio y remediar, juntamente con las herejías de Alemania, la bellaquería de Roma. Y que esto sea así verdad, bien sabes por cuántas vias tú y tu padre habiais intentado estorbarlo, y que por cumplir con el mundo, no pudiendo hacer otra cosa, cuando viste la determinacion del Emperador, que era hacer la guerra á los rebeldes del imperio, porque domados aquellos, como nervios principales de todo el cuerpo de la herejía, era despues fácil atraer al pueblo aleman á tener y creer lo que en el concilio se determinaria; digo pues que, viendo y considerando esto tu padre, envió una hermosa banda de gente italiana, con tantos dineros que bastasen solamente á llegar allá, y con órden expresa que en llegando y habiendo hecho una muestra delante del Emperador, se decidiesen y resolviesen en uno, de suerte que no pudiese su majestad. . . . . dellos, diciendo particularmente tu padre, como se sabe que le dijo, estas palabras á Alejandro Vitelli, lugarteniente de tu hijo Octavio: «Haced allá en llegando una hermosa apariencia, y despues trabajad que se deshagan y que se vengan, porque el Emperador querémoslo amigo, pero no patron.» Despues de esto, viéndole vitorioso, domados los rebeldes, vencidos sus enemigos y todo el imperio sujeto, y que ya no podia dejar de haber efecto el concilio, que trataste tú y tu padre de revocarlo, como en efecto lo deshicistes, alegando para ello razones que ni eran verdaderas ni aparentes; y no contentos con esto, traíades él y tú mil tramas con mil naciones, para estorbar al Emperador tan santa obra, ocupándolo en otras guerras civiles, llamando para esto al Turco, como lo llamastes otra vez cuando lo hicistes venir en pulla, tirado de vuestras promesas y persecuciones. Pero Dios, que no quiere consentir tantas maldades, abrió los ojos de los que te mataron, y abrirá los del Emperador para que lleve adelante su buen propósito; por lo cual, tu padre, que de antes habia pocas ganas de concilio, tendrá agora menos; y dejando el negocio de Dios por accesorio, verás que ha de tomar el tuyo por principal, y sin acordarse de que es vicario de Jesucristo, obligado á dar bien por mal, querrá, como tú esperas, vengar tu muerte, y para esto no curará del daño de la cristiandad, ni de indignarse y hacerse enemigo de un emperador, que á él y á todo el resto de la Iglesia de Cristo sustenta en la propia religion con la propia virtud y la propia espada; vendrá, como he dicho, á no querer concilio, y declarar su buena intencion, de que se seguirá que el Emperador, movido de justicia, irá á juntar el concilio, y querrá ver el fruto que dél resultará; y esto no se podrá hacer sin daño y vergüenza de tu padre y de tus hijos y linaje, los cuales, siendo pocos y solos, durarán ante la fuerza del Emperador lo que suele durar un pequeño torbellino de polvo ante un viento recio y poderoso, y no creo que para esto será necesario que él tome la espada ni que sus ejércitos se ocupen en tan baja guerra; bastará que no os dé el calor y favor que siempre os ha dado, y que alce la mano de vosotros, y se esté mirando, ni será menester que dé licencia á los alemanes herejes, para que ellos lo hagan, como lo habrian hecho veinte años há, si no los hubiese tenido el miedo y el respeto del Emperador. Pero ¿qué mejores alemanes que los coloneses? ¿Cuáles mejores svízaros que los vicenos, los malatestas, valones, los varanos, los de Perosa, los de Arimino, y otros infinitos que son vuestros enemigos, á quien tu padre, despues que es papa, ha hecho muchos males, daños é injurias? Ni sabes tú que todos estos, de miedo del Emperador, no osan hablar, y que si él quiere disimular con ellos y estarse á ver, como he dicho, en dos dias extirparán de Italia y del mundo, no solamente la casa, mas aun la memoria de los Farnesios; pues mira si soy mal adivino, mira si hago mal discurso[1] y si vendrá al caso tu sangre sobre tu padre y sobre sus hijos, si no muda de opinion, si no enmienda su vida, y si no hace lo que el Emperador con tanta instancia le ruega, que es lo mismo que tu padre, como buen pastor y como buen vicario de Cristo, debria rogarle. Bastáraos á tí y á tus hijos haberos sacado casi del polvo de la tierra para dejaros hechos príncipes. Pero agora se me acuerda otro donaire. ¿Cómo quieres ir á la laguna Estigia? ¿No sabes que están allá los reverendísimos de Córdoba y de Gandía, y los demás que atosigaste? No sabes que está allá el pobre obispo de Fano? No sabes que há doce ó trece años que está allá el pobre cardenal de Médicis, esperando venganza de tí, que por hacer ricos á tus hijos le quitaste la vida, siendo el mejor mozo y el mas virtuoso que ha traido

[1] Parece que debe decir: y si vendrá al *cabo* tu sangre, etc.

en Roma capelo rojo de cien años acá? ¿Cómo piensas defenderte dellos, si allí vas tullido y malaventurado, siendo ellos mancebos y robustos? salvo si sus deudos, sabiendo tu muerte, no les han despachado con el aviso de su venganza, para que no estén mas detenidos esperándola, puesto que no lo creo, porque si así fuese, ya se habrian venido.

Anima. ¡Qué grande hablador eres! Qué de cosas has dicho! ¿Quién te trae aquí tantas nuevas y tan particulares avisos de todo? ¿Cómo puede ser que sepas tú casi todos mis secretos?

Caronte. ¡Ah, ah! quiérotelo decir con condicion que te embarques luego, y no me detengas aquí con tus quimeras. ¿No sabes que los que habitamos acá abajo nos es concedido de la suma bondad saber todo lo pasado y lo presente?

Anima. Ya lo he oido decir, pero tambien tengo entendido que de lo por venir no sabeis nada, porque este secreto lo reservó Dios para sí solo; y siendo así, ¿cómo sabes tú las profecías que me has dicho? Cómo quieres que te las crea?

Caronte. La luenga edad y la mucha experiencia hace á los hombres doctos y expertos, y estando aquí casi desde la creacion del mundo, y platicando cada dia con tantos que pasaban en esta mi barca, no te maravilles si por las conjeturas, considerado lo pasado y sabido lo presente, digo algo de lo que está por venir; pero, para que entiendas mejor cómo se pueda saber, ¿tú no dijiste poco há que esperabas que tu padre y tus hijos harán memorable venganza de tu muerte?

Anima. Sí que lo dije, y será así.

Caronte. No sé yo tan adelante como eso; pero dime, ¿cómo sabes que será así?

Anima. Sélo, porque yo tenia ya tendidas mis redes, y ordenada la cosa de suerte que no pueda dejarle de suceder al Emperador una guerra muy grande, puesto que de ella no se seguirán los efectos que yo tenia pensados.

Caronte. ¿Tienes otra certenidad mas desa para creer que sucederá como dices?

Anima. ¿No te parece que bastará para creer que sucederá así, quedar ya la cosa tan adelante, que me tomó casi la muerte con el fuego en la mano, y si se tardara dos meses, yo abrasara á Italia ó fuera el mayor príncipe della?

Caronte. Pues si bastan esas conjeturas para que adivines lo que ha de ser, ¿cuánto mejor lo podrá adivinar un demonio, que sabe mas que tú, aunque no sea tan malo como tú? Ves aquí cómo nosotros podemos adivinar lo que ha de ser, y tambien por conjeturas, como tú haces. Pero aun te quiero decir otro punto mas importante, porque me creas. ¿No sabes que tu padre se deleita de la nigromancia, y tiene espíritus familiares, trata y habla con ellos; cosa que no solamente la Iglesia, mas el mismo Dios la defiende? Pues tratando él tantas veces de la materia, siendo este el paso y ellos todos unos, mira si puedo de hora en hora ser avisado de todo lo de allá mas y mejor que otro, y en lo que toca á todos los secretos, sábete que despues que llegaste aquí, han llegado una infinidad de demonios que tú tenias ligados y apremiados dentro de un libro pequeñuelo, cerrado con dos candados, con las cubiertas de terciopelo carmesí, forrado en tablas de plomo por mas señas.

Anima. ¡Cómo! ¿que mi libro tan preciado ha sido abierto, y que son sueltos los demonios que en él estaban apremiados? ¿Quién lo abrió?

Caronte. Oyeme si quieres, y no te congojes, porque no tiene remedio. Sábete que mientras he estado aquí hablando contigo, llegaron todos aquellos espíritus tus esclavos, á los cuales conocí yo, y muy bien, porque entre ellos habia gente principal, y maravillándome de verlos salir tristes saliendo de la prision en que los tenias, le pregunté la causa; y uno de ellos me respondió: «Sábete que á don Hernando Gonzaga le dieron el libro adonde estábamos apremiados, y él, como caballero animoso y religioso, no quiso, pudiéndolo hacer, servirse de nosotros, ni que otro se pudiese jamás servir, y así tomando el libro, rompió las cerraduras, y abriéndolo, á todos nos ha puesto en libertad. Mas ¿qué nos aprovecha? que siendo nuestro oficio y nuestra inclinacion hacer mal, nunca harémos tanto siendo libres; cuanto mas agora, que tenia el traidor tramada una tela al Emperador con que muriera la mayor parte de la cristiandad, que bastara para hacerte rico á tí, y á nosotros contentos. Entonces me contó la gran manada de puercos que tenias apalabrada en tierra de svízaros, para traer á la carnicería de Lombardía; el concierto con franceses, con venecianos y con el Turco, demás de los otros que yo me sabia. Así que, destos he sido informado de las particularidades y secretos que te he dicho, los cuales asimesmo me dijeron cómo don Hernando habia tomado ya la posesion, y pacífimente, de Plasencia, y le habian hecho el homenaje, y que luego por la primera cosa mandó que se siguiese la obra del castillo, y que se diese en ella la misma prisa que tú te dabas para ponerlo en defensa. Díjome cómo le habian acudido de todo el estado de Milan mucha gente de guerra de á pié y de á caballo, debajo del gobierno de muy buenos capitanes. Díjome cómo habia visto tu cuerpo arrastrado por aquel lodo, entre los piés de los villanos súbditos, los cuales no se hartaban de pisarte y ofenderte. Díjome, y aun con admiracion, que te habia mandado don Hernando enterrar, y que te desenterraron tres ó cuatro veces, y queriendo deste demonio saber la causa, díjome que habiéndote cubierto como cuerpo de príncipe, y puesto en una iglesia, el pueblo, indignado de que á cuerpo de tan mal hombre se hiciese mas honra en la tierra de la que te harán acá en el infierno, te tornaron á quitar de allí, despojándote de nuevo y tornándote á echar en el lodo; y fué cosa justa, que cuerpo que se deleitó tanto en las suciedades abominables que el tuyo se deleitaba, lo viese el mundo despues, á guisa del puerco, revolcar por el lodo, y que ninguna iglesia te sufriese, en pago de haber hecho della casa fuerte para tus maldades; puesto que tambien me dijo que al fin don Hernando lo mandó tornar á enterrar de nuevo, y lo tornaron á cubrir como á príncipe, porque veas cuán bueno es Dios; vinieron al fin á recogerte en un monasterio de donde tú habias sacado los frailes y echádolos sin culpa ninguna, y así usaron de caridad con tu cuerpo aquellos mesmos que no hallaron en tí ninguna. Y mas te hago saber, que te pesará mas; que me dijo este demonio que estaba don Hernando maravillado de que tu hijo Octavio, enviándole cada dia correos por lo que toca á tu ropa, nunca habia él ni otro acordado de enviar á pedir tu cuerpo, y enterrarle

conforme á la dignidad ducal y á la pompa y locura del mundo.

ANIMA. ¿Cómo que no ha enviado por mi cuerpo?

CARONTE. No, que no ha inviado, ni aun piensa inviar por él, que es peor.

ANIMA. Eso ¿cómo lo sabes?

CARONTE. Sélo porque hasta agora no solamente no ha hecho mas mencion, ni aun pensado, y sélo porque hay un proverbio, que vale mas un novicio que un obispo muerto. Pero ¿sábes de qué me rio? De que me ha dicho que don Hernando mandó que te digan muchas misas, de las cuales, habiendo venido aquí, habrás el beneficio que han los demás.

ANIMA. Muchas gracias al señor don Hernando, despues de haberme descalabrado en la frente, me unta el celebro.

CARONTE. ¡Ah, ah! Pues con mas razon lo dirias sí supieras cómo te descalabró.

ANIMA. Ya lo voy poco á poco entendiendo, que desas gentes de guerra que le acudieron tan presto como dices, tuve yo noticia; ya un mes antes que fuesen fuí yo avisado dello, pero no pensé que eran para este efecto.

CARONTE. Créolo, porque estarias ciego, y suele acontecer que cuando Dios quiere ó permite que uno se pierda, la primera cosa que hace es cegarle el entendimiento.

ANIMA. Basta, basta; aun no ha salido el año; no será mi padre el que debe, si él se le va alabando.

CARONTE. Tambien me dijeron cómo tu padre lo ha mal amenazado; pero ¿sabes qué dicen? Que quien amenaza, uno tiene y otro espera. Si tu padre fuere el que debe, como dices, él disimulará, conociendo que fué poca pena á tanta culpa; y si no fuere el que debe, acontecerle ha algo por donde tenga mas que llorar en sus trabajos que en los tuyos.

ANIMA. ¿El duque Octavio, mi hijo, no ha hecho demostracion ninguna sobre esto, sabiendo que todas mis quimeras y todos mis pensamientos eran con fin de dejarle gran príncipe?

CARONTE. Sí ha hecho, segun me ha dicho aquel demonio, y aun hecho mas de lo que le convenia hacer, porque se metió luego en Parma y se hizo fuerte en ella, y no á nombre de la Iglesia, sino como señor heredero.

ANIMA. Y eso ¿te parece que le convenia?

CARONTE. No; porque si don Hernando quisiera á Parma, antes la hubiera que tu hijo, y si el Emperador quisiera, ni él ni tu padre son parte para defenderla. Demás de esto, lo que á él estaba mejor era, en entrando en Parma entregarla á don Hernando, y con diligencia irse luego al Emperador y decirle: «A mi padre han muerto sus vasallos, y su hacienda está en poder de vuestros ministros; yo me vengo á poner en vuestro poder, porque sois mi suegro y mi señor. Cree que se hicieran mejor sus negocios, y que le cantara otro gallo si él hiciera esto, muy al revés de lo que se hará si prosigue por la via que al presente lleva.

ANIMA. Pues ¿cómo? ¿te parece á tí que fuera mejor acudir al Emperador, que era su suegro, que al Papa, que era su agüelo?

CARONTE. Sí que me parece mejor, porque el Papa es ya viejo, y como dicen, vive de gracia, y como yo creo, es permision de Dios para que se enmiende. Moriráse mañana, y herido el pastor, no te daria un higo por todas las ovejas de tu linaje, y si Octavio queda en desgracia con el Emperador, y él lo desampara, dime ¿quién lo favorecerá ó cuál árbol le hará sombra? Tanto mas si se hace, como se hará, el concilio, que los cardenales, tus hijos, quedarán cercenados como los otros.

ANIMA. Todavía quieres ser adivino; ¿cómo sabes tú lo que resultará del concilio, ya que se haga?

CARONTE. De hacerse no tengas duda, sino que se hará porque lo quiere Dios; porque el Emperador lo ha tomado tan de veras y lo tiene tan adelante, que no podrá dejar de hacerse. Lo que resultará saco por conjeturas, por la via que ya dije, y aun porque sé que la primera ocasion que movió á los alemanes á negar la obediencia á la Iglesia nació de la disolucion del clero y de las maldades que en Roma se sufren y se cometen cada hora. ¿Piensas tú por ventura que querria yo concilio, ó que lo deseo? La mayor pérdida será que me pueda venir, porque uniéndose y reformándose la Iglesia, pierdo la ganancia de tantos alemanes herejes que pasan por aquí á nubadas como tordos, los cuales de su propia voluntad se quieren ir al infierno; puesto que por otra parte creo que mudada y reformada la Iglesia, los príncipes cristianos se unirán asimismo y darán sobre el Turco, de donde podré yo haber mayor ganancia; pero ¿quién son estos que con tanta furia caminan hácia nosotros?

ANIMA. ¡Oh triste de mí! Llega, Caronte, tiende la plancha y dame la mano, que ya los conozco.

CARONTE. ¡Ah, ah, ah! Entra, entra, desventurado, que tambien los conozco; ya, ya comienza á acusarte tu conciencia. Estos son los cardenales que atosigaste, y el obispo de Fano, que tan torpemente martirizaste; mira si fueras á la laguna Estigia y te toparas con ellos, ¡cuál te pararan! Acaba de entrar y siéntate, y alárgame, porque si pasasen en esta barca y te conociesen, no te valdria tu padre; *quia in inferno nulla est redemptio.*

FIN DEL DIÁLOGO ENTRE CARONTE Y EL ÁNIMA DE PEDRO LUIS FARNESIO.

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL * JAEN *

CRONICA

DE

DON FRANCESILLO DE ZUÑIGA,

CRIADO PRIVADO, BIENQUISTO Y PREDICADOR DEL EMPERADOR CARLOS V,

DIRIGIDA Á SU MAJESTAD

POR EL MISMO DON FRANCÉS.

Necesaria cosa es y muy razonable á los hombres, buscar manera de vivir; ejemplo dan las alimañas y aves en la provincia de Guipúzcoa. En un lugar llamado Oñate cada año criaban allí muchos cernícalos, y sintiendo por el mes de agosto que el Señor de la tierra los tomaba para comer por no tener demasiados cabritos ó capones, las dichas aves ocho dias antes [1] se ausentaban de allí. En esta nuestra [2] region de España, en un lugar que se llama Toledo, habia un caballero que se llamaba por nombre don Pedro de Ayala, el cual criaba muchos perros de caza, y tantos, que si de comer les diera, no bastara su renta; y como la necesidad natural á todas las personas avise, estos perros se soltaban cuando sentian que las ollas de los vecinos estaban medio cocidas, y así satisfacian su voluntad. Sócrates escrebia al conde don Fernando [3] á la Coruña, diciéndole que no se maravillase de los animales hacer esto por vivir, que escripto está que en tiempo de Ciceron habia un caballero, llamado don Pedro de Sotomayor, hijo de la condesa de Coruña [4], habia muerto á su madre por [5] comer, y pensándolo tener, le fué quitado por el delito; así que muchas cosas Dios nuestro Señor nos da á entender para que vivamos, ó para que la gente nos deje vivir; por ende, Cesárea Católica Majestad, pues que veis los inconvinientes que de no tener vienen, menester es que los perros de Auberri coman, y aun el dicho musiur de Auberri, que parece hecho de cera de sellos de cartas ó paño de grana vieja, sea alimentado, no olvidando los servicios de [6] Metena y Role, que parecen hijos bastardos de Juan de Lanuza, que los hubo de monsieur de Frons, entonador de los órganos de su majestad.

[1] del mes en que suelen criar
[2] en otra region
[3] Hernando de Andrade
[4] nieto del conde de la Coruña, (B.)
[5] no tener que
[6] de Metena y Rolu, que parecen hijos bastardos de Juan de Lanuza, que los hubo en mosiur de Frans, borrica de los órganos, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo el muy alto é muy poderoso rey don Cárlos vino á España despues de la muerte del católico rey don Fernando, su abuelo.

En el año de [7] 1516, estando el católico rey don Fernando en la ciudad de Plasencia, adoleció de grave enfermedad, y partióse para Nuestra Señora de Guadalupe, y en el camino, en un lugar pobre llamado Madrigalejo la enfermedad se le agravó en tal manera, que dió el alma á Dios, que la crió, despues de haber rescebido los Santos Sacramentos como fiel cristiano y glorioso rey [8]. Despues de su glorioso fallecimiento gobernó el ilustre y serenísimo señor cardenal d'España, arzobispo de Toledo, don fray Francisco Jimenez, que parecia [9] galga envuelta en manta de jerga, y tovo las Españas en paz, poniendo mucha justicia y temor en ellas, hasta la venida de su majestad en ellas, y desembarcó en Villaviciosa. Murió este cardenal de placer que hobo de la venida de musiur de Xebres; tuvo por compañero en su gobernacion y vida al obispo de Avila, don fray Francisco Ruiz, hombre muy experto, muy gran servidor de su majestad; el cual obispo parecia mortero de mostaza [10]. Este cardenal fué de buena vida, honesto y muy amigo de justicia, quiso al Emperador mucho; tuvo por pariente al adelantado de Cazorla; fuéle tan pesado en la vida y muerte, que quisiera tener el dicho cardenal mas diez mil ducados de pension sobre su arzobispado [11]. Este adelantado parescia sollo dañado, presentado al conde de Urueña [12], ó á fray Severo, italiano, mostrador de Terencio á los nietos del duque de Alba.

[7] la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo de mil é quinientos é diez y seis años (B.)
[8] miércoles á 23 de enero de 1516. (Id.)
[9] madre del arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca (C.)
[10] ó tinajon de anchovas en Bilbao. (B. y C.)
[11] que no á él (B.)
[12] Coruña. (B. y C.)

CAPITULO II.

De cómo [1] el rey don Cárlos descendió en las Españas, y desembarcó en Villaviciosa por el mucho amor que tenia á sus súbditos.

Este rey don Cárlos, habiendo consideracion á la gente d'España lo mucho que le deseaban ver, deliberó de pasar la mar, aunque el tiempo era contrario y peligroso; y como Dios viese la rectitud y limpieza de su corazon, el mar le fué tan próspero, que en poco tiempo le pasó, y desembarcó en un lugar de Astúrias, [2] llamado Villaviciosa, al cual lugar de las Españas fueron muchos señores y caballeros y gentes, y de los primeros que al Rey llegaron, fué un caballero llamado don Francés de Viamonte, natural de Navarra, y le dijo: «Señor Rey, yo soy vuestro capitan de hombres d'armas, y no tan rico como el duque de Béjar, y mas hablador que Meneses de Bobadilla, y no tan estrecho de conciencia como fray Juan Hurtado; querríame hartar [3] en poco tiempo;» y aunque el Rey era de tierna edad, respondió asaz discretamente: «Don Francés, un refran tenés en Castilla, que dice que por mucho madrugar no amanece mas aína.» Este don Francés parescia pastelazo de banquete enharinado en casa del conde Nasao, ó buey blanco en tierra de Campos; murió en Pamplona de hambre, despues de haber gastado lo que le dieron del rescate del capitan Asparros [4].

CAPITULO III.

De cómo el Rey se partió de Villaviciosa para Madrid.

El Rey se partió deste lugar, y se vino para un lugar llamado Ampudia, y á él vino el ilustre don Pedro Manrique, marqués de Aguilar, y le dijo: «Señor, yo soy natural de las Españas, y los de mi linaje donde yo desciendo siempre fueron leales á la corona real, y mas yo que ninguno; esto digo porque he sido mártir con otros confesores por vuestra alteza. A mí me llaman por sobrenombre Tocinazo, y parézcolo, y tengo un monte en Aguilar, donde vuestra alteza matará muchos puercos.» El Rey demandóle cuenta del monte; el Marqués dijo: «Señor, yo maté el otro dia un puerco muy grande, al cual hallamos entre las dos espaldas una encina de dos brazadas [5].» El Rey, maravillado desto que el Marqués decia, le preguntó: [6] «¿Cómo puede ser?» Y el Marqués, medio riyendo, dijo: «Señor, habrá tres años que, andando á monte un mi criado, le dió una lanzada al dicho puerco, y era en tiempo de bellotas, y el puerco se revolcó en el suelo, y se le metió una bellota por la herida, y con la tierra que el puerco cogió del revolcar y con el calor se crió esta encina.» Xebres y monsiur de Laxao, y Simonete y monsiur de Bursa [7] se miraron unos á otros riyéndose, y el Marqués riyó á vueltas; este marqués fué leal al Rey y pasó con él en Alemania, como adelante se dirá. Gastó mucho en su servicio; parescia panadera del alcalde Bribiesca ó guarnicionero rico en Olmedo ó hombre que hacia bizcocho para las armadas del rey don Sebastian; fué de mediana estatura, á manera de atabal de Cruzada; tuvo un hijo llamado don Juan Manrique, heredero de su casa; fué apodado por este autor que parescia moza montañesa llamada Teresa; otro hijo tuvo llamado don Alonso Manrique, amigo del viento solano, liviano de cabeza, buen caballero, nunca se halló con veinte ducados. Este marqués fué gastador; dió el ánima á Dios llamando un halcon con un señuelo; fué enterrado en un baul viejo, que fué de don Francisco de Mendoza, hijo del Patriarca; fué llorado por Sancho Bravo, y plañido por la marquesa de Denia y por dos cazadores de don Alonso de Acevedo.

CAPITULO IV.

Cómo el Rey fué á Valladolid, y de los grandes y caballeros que á su alteza vinieron por le besar las manos, y cómo fué jurado por rey y señor.

El Rey se fué á Valladolid, donde fué rescibido con toda solepnidad y alegría, como á tal rey convenia; llegaron allí por le besar las manos cuantos grandes y perlados habia, los mas de ellos con intencion de ser muy aprovechados; y como el corazon de los reyes esté en la mano de Dios, los mas de los pensamientos salieron en vano, aunque algunos de estos metian cisma entre el Rey y otras gentes, pensándolos heredar, y el Rey entendia la intencion y voluntad de cada uno, y con callar y disimulacion confundió los mas dellos; entre los cuales iba á media noche don Pedro de Mendoza, conde de Coruña, y decia al Rey los pleitos que traia con el duque del Infantadgo; que si su alteza quisiese, que él tenia manera para meter gorgojo ó polilla en el real de Manzanares; y musiur de Xebres [8], camarero mayor del Rey, que bien lo entendia, dijo al Conde: «El diablo os emporte, y amplius non parles;» el cual conde parecia albañir portugués ó hombre que está obligado á dar terneras en Zaragoza.

El duque de Béjar vino á la dicha villa de Valladolid por besar las manos del Rey, acompañado de muchos parientes y criados, todos bien guarnidos de brocado y otras cosas que menester les eran; iban con él don Francisco de Zúñiga, conde de Miranda, que parescia cordero de Ontiveros mamon, y el prior de San Juan, hermano de don Antonio de Zúñiga, que no parescia sino ginovés cargado de deudas, y el conde de Aguilar, don Alonso de Arellano, que parescia galgo que llevan á caza por fuerza, y otros muchos caballeros, que seria prolijo de contar. Y el conde dijo al Rey: «Por el cuerpo de Dios, yo soy natural de Navarra, y traigo á Juan de Bracamonte, mi alguacil mayor de la chancillería de Valladolid, y querria mas traer á don Juan de Lanuza, visorey de Aragon, y tengo las narices de los de la Costanilla de Valladolid, y donde yo desciendo siempre fueron leales á la corona real; si no, vean las escripturas de mosen Diego de Valera, y allí lo hallarán.

El marqués de Villena llegó con mucha gente de deudos y amigos; el cual marqués por su enfermedad iba en una silla de caderas, con un paño de lienzo blanco al pescuezo, un bonete que dicen fué de Lain Calvo, unos zapatos de fieltro, un cinto ancho de cuero de vaca, que fué del suegro del conde Fernan Gonzalez, un jubon de raso verde con un collar del tiempo viejo, que

1 este rey don Cárlos glorioso (C.)
2 que se dice (B.)
3 querria medrar (Id.)
4 Gaspar Rodo. (B.) — Vasparroz (C.)
5 brazos. (B.)
6 Marqués, mentira parece aqueso; (Id.)
7 Buisan. (Id.)
8 Monsiur de Laxao, (C.)

llegaba encima del colodrillo, con mas de setenta y dos mil puntadas, engrudado al modo que hoy andan los paveses en España. El dicho marqués parescia pato cocido, muy cocido, ó liebre empanada. Y despues vino el duque del Infantadgo con setecientos asturianos, vasallos suyos, los cuales iban en piernas haciendo penitencia por Bellido Dolfos, el que mató al rey don Sancho á traicion sobre Zamora, con otra mucha caballería de su casa; los cuales contaban todo el tiempo que en la corte estuvieron la renta que el Duque tenia, y cómo el conde de Saldaña era buen caballero de la brida, y cómo Guadalajara era el lugar menos costoso del reino[1], el cual duque parescia santo Anton de mayo ó padre del papa Gregorio VI. Este duque sirvió y socorrió á la corona real, y persiguió á los de Madrid porque se le entraban en sus términos[2].

Don Iñigo de Velasco, condestable de Castilla, llegó á besar las manos al Rey con muchas gentes y caballeros honrados, y dijo al Rey: «Señor, yo parezco preboste de Bilbao, y mi hijo el conde de Haro es bachiller *in decretis* y lee en Salustio Catilinario y Caton, y mi yerno el conde de Oñate es viento regañon ó milano mudado en casa de Sotomayor el de Medina.» Y dijo mas á su majestad: «Bustillo es mi criado[3], y es á cargo á Dios de diez mil cálices y frontales, y Julian de Lezcano es grande de cuerpo y largo en contar cosas; sabe Dios lo que pasó con él. El conde de Siruela es mi sobrino, y reza mas *magníficas* que don Antonio Manrique, yerno del adelantado de Castilla; el cual conde paresce majuela[4] azotada.» El duque de Alba llegó al Rey con muchos caballeros y criados, y dijo á su alteza: «Señor, yo soy largo de ánimo y corto de grevas, mas redondo que un ducado de á dos; tengo por hermanos al comendador mayor de Leon, porqueroncillo del rey David, y á don García de Toledo, señor de la Horcajada, que paresce ensalmador de piernas quebradas, buen caballero de la brida y ruin jinete.» El Rey le dió muchas gracias; que de todo estaba informado.

Don Fadrique Enriquez llegó al Rey muy acompañado, como gran almirante, y le dijo: «Señor, cuanto á lo de Dios soy hombre, cuanto á lo del mundo no lo parezco; lo mas del tiempo ando debajo de tierra como topo, tengo dos hermanos, el uno llamado don Fernando Enriquez, que paresce mercader de gengibre en la feria de Ambéres; el otro es el conde de Rivadabia, que paresce gavilan fiambre ó nieto del regidor de Segovia. Tengo una hermana que se llama doña Teresa Enriquez, que saca cada año seis ánimas del purgatorio, y mete á su hijo el adelantado de Granada y á doscientos en el infierno.» El Rey le dijo: «Almirante, sois muy discreto; dad gracias al Redentor, que si os lo quitó de las haldas, os lo añadió en las mangas.» Don Juan de Acuña, señor de Xemas[5], natural de Zamora, hijo de galga y de rocin de albarda, llegó con el reverendísimo don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, y dijo al Rey como mejor pudo: «Señor, este es el arzobispo de Santiago, y yo soy su deudo y criado, y si alguno dijere que Luis Zuazo es tan delgado como el Arzobispo, yo me mataré con Rui Diaz de Rojas, el cual Rui Diaz paresce bocina quebrada, y cuando yo hablo paresco chirimía que se tañe á su cauo.» Don fray Alvaro Osorio, obispo de Astorga, llegó á besar las manos á su alteza, y le dijo: «Señor, yo soy de la órden de Santo Domingo, y si pudiese traer roquete y jugar á la pelota y traer mi espada ceñida, yo pornia sobre mi obispado doscientos ducados de pension para los deanes de Búrgos y Plasencia.»

[1] Es el mas costoso lugar de toda España.

[2] parescia guarnicionero, bonetero, viudo ó que se le ha ido la mujer, ó escudero de costa cargado de deudas; su hijo, el conde de Saldaña, parescia tinajon lleno de vascosidades, y por otra parte no parecia nada. (B. y C.)

[3] este mi criado se llama Botillo, y es en cargo á Dios, etc. (C.)

[4] monjuela (Id.)

[5] Gema (Id.)

CAPITULO V.

Cómo fueron llamados todos los procuradores de Cortes de las ciudades y villas destos reinos, y fué el bienaventurado don Cárlos jurado por rey.

Esto pasado, el Rey mandó llamar procuradores de todas las ciudades y villas de sus reinos para que fuese jurado por rey y señor, y así se hizo con la mayor solemnidad que se pudo hacer; de manera que antes ni despues otra tal fiesta fué vista, ansí de grandes y perlados, como de otros muchos caballeros; y esto fué por el mes de diciembre del dicho año, y como el tiempo era fortunoso, las aguas y lodos eran grandes. Fueron á pié con el Rey hasta el palacio todos muy ricamente vestidos, entre los cuales iba el conde de Ayamonte asido de la mano de don Francisco de la Cueva, duque de Alburquerque; y como el Marqués fuese corto de vista, metió al Duque por un tremedal de lodo que les llegaba hasta las cinchas. Desto el Rey riyó mucho, y por este placer que hobo, á este marqués de Ayamonte hizo marqués, y al duque quitó trescientos y cinco maravedises[6] que tenia de juro sobre la villa de Almazan; y musiur de Laxao, que allí se halló, decia qu'este duque y marqués parescian, metidos en el lodo, osos, macho y hembra, que se andaban por asir. Despues desto el Rey mandó despedir las Cortes, y cada uno se fué á su casa. En este año acaesció una cosa muy admirable, y fué que el conde de Orgaz, por hacer uso nuevo en la corte, mandó á sus oficiales que quitasen las pepitorias de los miércoles en la noche, y hiciesen almidon, que era manjar de mas sustancia.

CAPITULO VI.

De cómo el Rey nuestro señor se partió para los reinos de Aragon y Cataluña, y cómo le vino la nueva de la muerte del Emperador, su abuelo, y cómo fué elegido por emperador.

El Rey se partió de Valladolid para Aranda de Duero, y de allí envió al serenísimo señor infante don Fernando á Alemania, y le dió los ducados de Austria y Brabante y Tirol, y tomaron residencia á Pero Nuñez de Guzman, ayo suyo, clavero de Calatrava, en qué habia gastado las expensas del señor Infante que del Rey nuestro señor tenia, y hallóse que el mas del tiempo le daba á comer arroz sin grasa, y gallinas viejas, y fruta no madura, y algunas noches almidon de lo del conde de Orgaz; y que demás desto, no le tenia dada comision para que diese nada á persona ninguna, si no fuese cualque jubon viejo, traido, ó gorra comenzada á raer, y si caballo quisiese dar, que fuese con cuatro cuartos como casa. Y desto hobo el Rey grande enojo, y mandó dar al dicho ayo cuatro mil maravedises de

[6] trescientos mil maravedises (C.)

juro al quitar, y no quince dias despues el Rey mandó al Clavero quitar el dicho juro. Este dicho clavero parescia gamo doliente ó padre de confision de don Juarez, obispo de Mondoñedo. Murió en Valladolid contra su voluntad, y al tiempo del espirar renegó como un moro por no poder llevar todo su dinero consigo en la otra vida, y fué enterrado entre Simancas y Valdestillas en una lanza de armas, y veníale ancha, segun lo poco que comia en este siglo.

CAPITULO VII.

En que se cuenta el camino que su majestad hizo á Aragon.

El Rey, de Aranda de Duero se partió para Aragon, y con él iban muchos caballeros, grandes y perlados, los cuales eran el conde de Benavente y el secretario Villegas, solicitador del marqués de Pliego, y Baena el boticario, y Villasante, un mercader de Mediña, y un factor de Portillo, el mercader de Valladolid. Este conde de Benavente era lapidario á la sazon y compañero de micer Enrique el aleman; el duque de Béjar lo que parescia adelante se dirá. Don Alvar Perez Osorio, marqués de Astorga, que parescia mona regocijada la noche de Navidad; y don Pedro de Mendoza, conde de Monteagudo, que despues fué llamado el bello mal maridado, porque tuvo concordia con su mujer. Este conde parescia perro ahorcado ó borceguí viejo de escudero pobre. Don Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza, buen caballero, aunque pobre, mas cuadrado que el *Génesis*, parescia ayo de la marquesa del Cenete, hombre de barba rucia [1]. Por evitar prolijidad el autor no cuenta mas, acordándosele de muchos dichos de filósofos antiguos, entre los cuales dice Boecio, *De Consolacion*, que á los reyes debemos obediencia, amor, fidelidad, y que las leyes divinas y humanas se conciertan en esto, aunque el teólogo y grande orador Bartolóme de Alviano [2], y Platon y Juan Jordano y Diego García de Paredes dicen : *Maledictus homo qui confidit in principibus;* y mas si tienen al hombre condenado á muerte ó le deben algo.

El Rey entró en Aragon, y fué en la villa de Calatayud recebido con gran placer y alegría, y yendo por la calle el Rey, iba descuidado con la boca abierta, y llegó á él un villano y le dijo : «Nuestro Señor, cerrad la boca; moscas deste reino son traviesas;» y el Rey le respondió que le placia, que del necio el primer consejo. El Rey mandó dar al labrador trescientos ducados, porque era pobre.

CAPITULO VIII.

Cómo el Rey se partió para las ciudades de Zaragoza y Barcelona, y las cortes que en ellas celebró, y los recibimientos que le fueron hechos.

El Rey nuestro señor se partió para Zaragoza, y le salieron á rescebir los grandes de Aragon y perlados, y de los primeros fué don Alonso de Aragon, arzobispo de Zaragoza, hijo del católico rey don Fernando, de gloriosa memoria; este arzobispo parecia lobo asado [3] ó labrador espantado en fiestas de caballeros ó mirando retablo de iglesia catedral; fué liberal, discreto, valiente, amador de justicia y de su rey; murió como fiel cristiano. Lloróle don Martin de Urrea, señor de Argavieso, con un ojo, que no tenia mas. Este cristianísimo arzobispo, despues de su fallecimiento dió su arzobispado el muy alto y serenísimo rey don Cárlos á su hijo don Juan de Aragon, por la bondad de su persona. Este fué buen caballero y perlado discreto, liberal, y demás desto, parescia gallina puesta á asar ó cernícalo asombrado.

El conde de Aranda llegó á su alteza por le besar las manos, con muchos caballeros de su casa; el Rey le dijo : «Conde, pareceis cachorra asentada, que se está royendo huesos.» Con el Justicia de Aragon llegó el conde de Belchite, y le dijo al conde de Benavente : «Señor Conde, paresceis buharro con luto ó almohada de paño viejo en casa de Baena el boticario.» El conde de Fuentes dijo : «Señor, á mí me llaman de Heredia, y soy el hombre mas desheredado que hay en estos reinos; demás desto, pobre y empeñado, y yo y mi hijo parecemos ansarones que los trae algun villano á vender á la villa, segun escribe el hijo de mosen Jaime de Albion, que fué llamado por sus pecados burro espantado.

CAPITULO IX.

Cómo el Rey mandó hacer cortes, y lo que en ellas hubo.

El Rey, entrado en la ciudad, estuvo en ella algunos dias, y dende á poco mandó hacer cortes, y en ellas hobo muchos debates y dilaciones y greuges, que mas parescia herejía; y el arzobispo de Zaragoza trabajó cuanto pudo por concertar las Cortes, y luego nuestro Rey fué jurado por rey y señor, y hiciéronse por ello muchas fiestas de justas y torneos y juegos de cañas. De placer que hobieron, todos daban los vestidos á los albardanes, lo que hoy, por nuestros pecados, en España no se hace ni hará. Su alteza, acabadas las cortes de Aragon, se partió para Barcelona, donde fué rescebido con mucha solepnidad y fiesta, como dicho es en las otras ciudades, y en Monzon con no menos placer y alegría; y estando allí, vinieron nuevas cómo era elegido por emperador, y allí hizo nuevas cortes, y dejó en los reinos de Aragon y Catalunia seis veces mas de lo que le dieron, y volvió en España mas suelto que un venado, porque no le pesaba el dinero. De allí se partió para Castilla, y vínose para la ciudad de Búrgos, y de ahí para Valladolid, y de Valladolid se partió para la Coruña para irse su camino en Flándes y en Alemaña, porque el imperio muchas veces le habia enviado á requerir que se fuese á coronar, y su alteza, no lo pudiendo excusar, aderezó su camino.

Como las gentes de España sean livianas y bulliciosas y amigas de novedades, algunos comenzaron á poner cisma en la tierra, y levantar la perdicion que adelante se dirá; y Juan de Valdés lloraba [4]: *Dies magna et amara valde;* que grandes dias vendrán y amargos.

Maestre Liberal, filósofo de la ley de natura, decia con su metafísica : «Mujeres de España, bienaventuradas las que no tuvieron seso, que tiempo verná que veréis á los del Consejo estar en Medina de Rioseco, y secarse han los caminos, y robarán al dotor Tello, y derribarán las moradas de don Rodrigo [5] de Mejía el mo-

[1] buena encía. (C.)
[2] Alquiano. (Id.)
[3] alobadado (Id.)

[4] No en balde lloraban los de Torre Lobaton diciendo :
[5] don Pedro.

zo, y burlarán malamente con Jufre, el de Búrgos, y con el regidor de Tordesillas, en Segovia, y con Gil Nieto, el de Medina del Campo, y con la casa de Ribas, en Salamanca; hacerse ha grande estrago en las ciudades de Ubeda; Baeza y Plasencia se levantarán, y Rangifo, regidor della, no la podrá remediar; pero el Dean, como hombre de gran religion, la apaciguará, segun lo escribe don Fadrique de Zúñiga en las *Epistolas* que escribió á los de Miravel. En Zamora el Obispo, de revoltosa memoria, se levantará, segun afirma el conde de Alba de Liste.

Habrá concordia entre el condestable de Castilla y el duque de Nájera, segun dice Gomez de Butron en las *Etimologias* que escribió á Bilbao á los gamboinos. Tambien habrá concordia entre Baena, el boticario, y el dotor Enciso.

Aristótiles, filósofo muy famoso, escribiendo á los de Galicia, decia: *multa discordia*; que declarado, quiere decir: «En nuestras casas y tierras habrá discordia entre don Alonso de Zúñiga y el conde don Fernando de Andrade, que tiene la conciencia que fray Juan Hurtado y tan estrecha como don Francés de Beamonte, y habrá concordia entre el Condestable y duque de Nájara.» Tito Livio, en una epístola que escribió á don Gutierre de Fonseca, vecino de Toro, dice que lo mejor á los hombres es ahorrar dinero y comprar heredades, y los que de otra manera quisieren vivir, verán por sus casas al alcalde Ronquillo y Birbiesca, el cual alcalde paresce torre de Zamora[1] derribada en tiempo de terremoto[2].

CAPITULO X.

De cómo se levantaron las comunidades como vieron al Emperador partido de Italia y España.

A 15 dias del mes de abril, estando el Emperador en la ciudad de la Coruña, le vinieron nuevas cómo en Castilla algunos della habian voluntad de alborotar la tierra, pensando mas en sus intereses que no en el servicio de Dios ni el pro destos reinos, y de secreto movieron los corazones de los movibles y livianos[3]; y el Emperador entendió bien lo que dicho es; mas confiando en los grandes y caballeros de Castilla que guardarian la lealtad y fedelidad que le debian, se embarcó y partió para Alemania.

CAPITULO XI.

De cómo el Emperador se partió para Alemania á se coronar, con lo que mas avino.

El Emperador se embarcó, y con él el duque de Alba don Fadrique, y sus hijos y nietos, y parientes y criados. En Flándes y en Alemaña hizo grandes gastos y expensas, y por eso el Rey se lo pagó mucho, y agradesció con muchos maravedises crescidos. Este duque, y don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y don Hernando de Toledo, comendador mayor de Alcántara, sus hijos, se hallaron en toda la guerra que el Emperador hizo al rey de Francia, donde mostraron el amor y voluntad que tenian al servicio de su rey; y llegó el Emperador en Flándes, adonde estuvo pocos dias, y de ahí se partió para Alemaña, donde rescibió la corona; y mientras que su majestad estaba allá, muchas gentes bárbaras, ansí oficiales como otras, con cobdicia sobrada, pensando ser parte en el reino, lo alborotaron, acaudillando las mas gentes que pudieron, y la razon que daban en todo era decir: «Muera quien dijere mal de la mula del Corregidor;» y con estas necedades y otras tales hicieron muy gran daño en la tierra, matando muchas gentes, quemando y robando los lugares, deshonrando muchas mujeres casadas y doncellas. Y porque sería largo de escrebir las bellaquerías y necedades que entonces se hicieron, pasa adelante el historiador á contar de las grandes hazañas y maravillas que don Antonio de Zúñiga, prior de San Juan, hizo en servicio de Dios y deste emperador, y de cómo tuvo cercada á Toledo en el corazon del invierno, y de las grandes embajadas y pleitesías que con la ciudad pasó, á las veces atrayéndolos con miedo, y otras veces peleando con los de la ciudad muchas veces, hasta que venció á don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, capitan general de las Comunidades, de revoltosa memoria, segun se escribe en las *Quincuagenas* de don Pedro Giron. Y vencido el dicho obispo, se pasó para Navarra, y en un lugar á par de Logroño don Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, fué avisado cómo el Obispo se pasaba á Francia, y envió un su criado llamado Perote, hombre de deleznable seso, el cual espió al Obispo y prendiólo allí, y lo tuvo en prision en Navarrete hasta que lo entregó al Emperador, como adelante se dirá en su lugar.

CAPITULO XII.

De las cosas y alteraciones que en este tiempo acontecieron en Castilla.

Luego que los alborotos y escandalos se extendieron por la tierra, el Consejo Real envió á Antonio de Fonseca, capitan general de su majestad, porque era muy esforzado caballero y tenia mucha experiencia de todas las guerras pasadas, y como tal habia probado siempre muy bien; y el cardenal de Tortosa, que parescia funda de ropa vieja del obispo de Avila, de gloriosa memoria, habló con don Antonio de Fonseca en secreto, rogándole que, si por bien pudiesen ir todas las cosas de Medina del Campo, ningun daño se hiciese, y si no quisiesen los de la villa conceder lo que fuese servicio de Dios y del Rey, que hiciese de manera que los otros pueblos tomasen enjemplo; y luego se partió el dicho don Antonio de Fonseca, y tomó gente de armas y soldados, y fué á mas andar para Medina del Campo, y los de la villa se hicieron fuertes, y don Antonio Fonseca les envió á requerir de parte de Dios y del Rey que se rindiesen al servicio de su majestad; y como los que se han de perder, la primera cosa que Dios les hace es cegarles los entendimientos, los de la villa nunca concedieron concierto ninguno, antes sacaron el artillería del Emperador y quebráronla, y mataron algunas personas, y los que esto hicieron fué gente baja. Y como Fonseca esto viese, y el gran daño que se hacia, entró en la villa por fuerza de armas, y ciertos soldados de los que con él iban pegaron fuego á la villa y quemaron la mayor parte della, de lo cual Fonseca hobo gran pesar, y tanto, que decir no se podria. Y de allí adelante se embravescieron los corazones de los duros, de manera que todos los mas de España que la voz

[1] A la torre de Carmona (C.)

[2] B. añade: y como don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, oyese este parecer de ahorrar, dijo: «Juro á Dios y por el cuerpo de Dios, que habló avisadamente.»

[3] segun lo afirman el obispo de Zamora á los de Villabraxima, y don Pero Laso á los de Toledo. (A. y B.)

de la Comunidad traian, les siguieron hasta Portugal. Con don Antonio de Fonseca fueron muchos caballeros, y tambien Ronquillo, el alcalde de corte, y del rey de Portugal fué muy bien rescebido, el cual le dijo: «Don Antonio de Fonseca, sois muito boo cabaleiro, e nosso hirmao el Emperador os debe muito, é ainda mais, paresceis carnero viejo guardado para casta de las ovejas de Antonio del Rio, vecino de Soria.» Y Antonio de Fonseca tomó licencia del dicho rey, y se embarcó para Alemaña, donde fué del Emperador muy bien rescebido; y en estas andanzas gastó tanto, que empobresció á sus hijos.

El buen prior de San Juan, don Antonio de Zúñiga, de quien ya atrás dijimos, viendo el gran daño que á los suyos venia, así de los de Toledo como por agraviarlos el invierno, acordó de salir á ellos con la mayor priesa que pudo á quitalles una cabalgada, y allí se envolvieron unos con otros de tal manera, que algunos caballeros de los que con él iban volvieron el rostro hácia solano, y el autor dice que contra Carmona; y estos caballeros iban cantando: «¡Oh castillo de San Servand[1], pluguiera á Dios que mi padre no me engendrara á mí!» El Prior, viendo estas cosas, como iba perdido todo, sacó la espada y puso las piernas al caballo, y hiriendo y matando, iba aventurando la vida por la honra y servicio de Dios nuestro Señor y del Rey. Halláronse con él en esta ocasion don Pedro de Zúñiga, hijo bastardo del duque de Béjar, el cual parescia garza de paso en Duraton ó alcaide en la Mejorada, y don Pedro de Guzman, hermano[2] del duque de Medina-Sidonia, el cual habiendo peleado valientemente, fué preso por los de Toledo, con diez y siete heridas, y lo que mas pasó solo él lo sabe. Este don Pedro de Guzman parescia quebranta-huesos ó contino del conde de Marialba en Portugal. Tambien se halló en esta batalla Pero Nuñez de Herrera, hijo de don Alonso de Aguilar, comendador de San Juan, é hizo allí cosas muy buenas en armas, que bien semejara á su padre. Parescia este Pero Nuñez fundidor de campanas del gran Turco de Constantinopla ó embajador del Baiboda para el Soldan.

Tambien se halló en esta batalla Gutierre Lopez de Padilla, hermano segundo de Juan de Padilla, comendador de Calatrava, y aprovechó mucho en ella, porque hablaba muy entonado. Pareció hijo bastardo de Juan de Lanuza, visorey de Aragon, que lo hubo en Gonzalo de la Rua, teniente de contador de Antonio de Fonseca; tambien parescia cebon criado en Torrejon de Velasco. Don Pedro de Zúñiga, señor del Aldegüela, y don Pedro de Zúñiga, su tio, pelearon como valientes caballeros, de tal manera, que bien fué menester. Este señor del Aldegüela parescia ansaron en egido de aldea; y en esto se halló don Alvaro de Zúñiga, hermano del conde de Aguilar, con su gente de armas, y hizo tales cosas, que á hombre de su edad nunca se vieron, y por esto parescia gesto de pan crudo, ó gato desortijados los ojos. Y los que demás en esta batalla se hallaron fueron los siguientes: don Alvar Perez de Guzman, conde de Orgaz, que parescia madre de don Alonso de Acevedo ó hijo del cardenal don fray Francisco Jimenez de Cisneros; don Alonso de Villaharta, adelantado de Cazorla, que peleó como buen caballero; y acaesció que, estando en el real echados, se levantó un viento muy grande, y pensaron ser el fin del mundo, y como la tienda de este adelantado se quisiese caer, el adelantado se abrazó con el mástil, y el aire llevó los lienzos y la camisa del dicho adelantado, y quedó en cueros, y si tal ha de parescer el dia del juicio, gran vergüenza le será. Este coronista le dijo que parescia oso en pié, ó almoflex descargado[3]. Don Diego Lopez Pacheco, marqués de Villena, y todos sus deudos y casa sirvieron mucho en todas las cosas del Emperador y en toda la guerra de Toledo, donde tambien Juan de Ribera y sus deudos y hijos sirvieron. Este don Juan de Ribera con sus hijos fué apodado que parescia perdiz vieja con perdigones enfermos. Don Juan de Ayala, hijo de don Pedro de Ayala, en toda la guerra sirvió como buen caballero; paresció solicitador de Pero Hernandez de Córdoba ó hijo de don Cárlos el Moro. Don Diego de Zúñiga, hijo de don Alvaro de Zúñiga, prior de San Juan, en todas estas cosas se mostró buen caballero, y por eso parescia maestro de retablos extranjero ó organista de la iglesia de Maguncia; y Diego Lopez de Ayala, canónigo de la santa iglesia de Toledo, que parescia buñuelo crudo, peleó tambien como buen caballero; y no menos Blas Caballero, el cual parescia culebra ahorcada, sacado el unto para la salud del arzobispo de Toledo; y Juan de Guzman, el de Mazarambroz, que parescian sus narices ventanas que les hurtaron sus marcos. Hernando de Ayala peleó constantemente; fué apodado que parescia tejedor de terciopelo ó sobrino del maestre-escuela Soto. Otros muchos caballeros se hallaron allí, que seria largo de contar.

Como la ciudad de Toledo viese su grande y notoria perdicion, luego se dieron al servicio de su majestad, y el Prior entró en la ciudad y apoderóse del alcázar. En esta batalla fueron hallados muchos muertos sin prepucios, y otros fueron hallados con potras, segun lo afirma Moyano, ministro del diablo[4]. Luego que el Prior hobo allanado la ciudad, rogó al reverendo señor don Gabriel Merino, arzobispo de Bari y obispo de Jaen, por el esfuerzo y saber de su persona, que entendiese en la gobernacion de la ciudad, y así se hizo; y dende á pocos dias huvo ciorto trato entre los comuneros que se levantasen secretamente contra los que tenian la voz del Rey, y se aparejasen con mano armada; y luego este coronista don Francés fué armado, y con él el arzobispo de Bari y otros muchos caballeros y perlados, y pelearon tan duramente, que el coronista daba al diablo la guerra. Y este conde don Francés parescia hombrecico de reloj de Valdeiglesias, y el arzobispo de Bari águila recien sacada del rio ó rocin con desmayos.

CAPITULO XIII.

De lo que mas acontesció.

Otro dia siguiente de mañana fueron ahorcados algunos del pueblo, y el temor de la ciudad era tanto, que rogaban á la tierra que los tragase. Por estos decia Job: *Quia ventus est vita mea*; y el Salmista, *Quando coeli moventur*; y el Profeta en otra parte, *Saeculum per ignem.*

El duque de Nájara, frontero de los Cameros, decia en

[1] German, (A.)—Cervant, (C.)
[2] hijo segundo (C.)
[3] almofax de carga. (A.)
[4] En lugar de esto se lee lo siguiente en C.: fueron llorados por Hernando de Avalos y por Moyano, ministril del diablo.

sus *Etimologias*, que cosa vergonzosa es á los hombres hacer cosas torpes, y aun á él se le acordaba que, jugando con el Emperador á la pelota, se le habia salido por la martingala de las calzas un compañon que parescia cabeza de labrador con cabellera. Este duque trajo pleito sobre la villa de Jubera, y entrando en el Consejo cuando su pleito se veia, se durmió todo, y por los grandes desvíos que tuvo, fué dada sentencia contra él. Deste arzobispo de Bari se cuenta que se halló en la batalla, posponiendo la vacante de sus iglesias por el servicio de Dios y del Emperador y honra de España; y allí le fueron muertas tres acémilas y un macho. Y el caballerizo deste arzobispo á grandes voces decia: «Monseñor reverendísimo, que matan el macho bayo, que aun ayer le acabaron de herrar;» y el Arzobispo le respondió: «Bestia, lasa far questo, que despues faremos nosotros [1].» Este arzobispo, si se tomara el voto de don Antonio de Rojas, dean de Jaen, aunque no tenia mas de un ojo, no viviera tan á su placer, porque le queria tanto como el conde Monteagudo á su mujer

CAPITULO XIV.

De las alteraciones que hubo en el reino de Galicia.

Estas cosas ansí pasadas, el reino de Galicia se comenzó no menos á endurecer que los otros pueblos; y como los gallegos sean los mas dellos de la generacion del ladron que desesperó, comenzaron á apellidar los mas que pudieron, y escrito está por Diego de Aguayo, un tuerto de Córdoba, y por Séneca, que decia que los hombres se deben de guardar de gentes que andan en piernas y son amigos de pleitos y desean vivir para comer y no se les da nada por matar á sus madres, porque les parece que viven mucho: son gentes que usan ballestas, y no para matar pájaros ni jabalíes, sino amigos y enemigos [2]. Y como don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, estuviese en la tierra, tuvo tal manera, que habló con los principales del reino y con otros de los menores, dando á los unos y á los otros de sus haberes; y andando en esto, llamó secretamente muchos deudos y amigos de su casa, y despues que se vió fuerte, metió mano en los negocios de manera, que allanó la tierra á pesar de gallegos y con ayuda de los señores. Este arzobispo sirvió mucho á Dios y al Emperador, fué mas alto que Gonzalo Barrientos y mas delgado que el gallo de la Pasion; paresció albornoz mojado colgado de capilla caida en monesterio de beatas; fué discreto, valiente; quisiera que el adelantado de Cazorla no fuese vivo, por proveer de el adelantamiento al arzobispo de Ciudad-Rodrigo ó á Rodrigo Ponce el de Toledo. Francisco Osorio, criado deste arzobispo, fué clérigo capellan del Emperador, y cada vez que habia vacante de algun obispado, y el Emperador salia á misa, hacia mas reverencias que el duque de Trayeto [3].

[1] *Pecoro, lasa far questo, che dapoi faremo noi altro.* (C.)

[2] y desean vivir por comer, y no se les da nada por matar á sus padres y madres, porque les parece que viven mucho; son gentes que usan ballestas, y no para matar pájaros ni jabalíes, sino amigos y enemigos. (A.)

[3] Trento. (Id.)

CAPITULO XV.

De cómo el Prior hobo asosegado el reino de Toledo, y los ilustres gobernadores, condestable y almirante comenzaron á tomar fuerzas y á se extender por la tierra.

En el año del Señor de 1522 años los gobernadores, condestable y almirante, veyendo que el prior de San Juan habia sosegado el reino en Toledo y Andalucía y desterrado al obispo de Zamora, colérico ádusto, que parescia alarbe acostumbrado á robar de dia y de noche á amigos y enemigos, ó rocin que siempre tira coces, apellidaron las mas gentes que pudieron, y con ellos algunos marqueses, condes y otros buenos caballeros, y fueron á poner sitio sobre la villa de Tordesillas. Iban con ellos los siguientes: el marqués de Astorga y el conde de Miranda, que parescia cachorro de quesería, y el conde de Alba de Liste, que parescia hijo de Júdas Macabeo; el conde de Haro, doctor en *Titus Livius*; el conde de Oñate, que parescia viento regañon; don Pedro de Bazan, que parescia mucho á este cronista, y Fonseca el de Salamanca, que parecia macho de litera del arzobispo de Toledo; don Alonso de Zúñiga y Acevedo, *pasante nariz*. El marqués de Astorga y el conde de Alba de Liste fueron de los primeros que en la villa entraron, maguer fué asaz de prisa, y estovieron peleando dentro de la villa don Diego Enriquez, conde de Alba de Liste, con mucha gente de su casa, y el conde de Oñate, que parescia perro que queria morder á Vasco Nuñez Vela. Llevó al cerco siete milanos fiambres en unas alforjas, y el testamento de su madre, en que le mandaba cumplir su ánima, y no tenia hecho nada. Y aunque en este tiempo hacia gran calor, porque era en medio de agosto, el conde de Haro hizo mas servicios á Dios y al Rey que todos los otros juntos; porque templó toda la gente con su frialdad, y dió refresco en el real.

Este conde de Haro parescia de casta de alcotanes ó sobrino de garzota blanca; fué muy buen caballero, esforzado y franco, sino que guardaba mucho los castellanos de oro; la causa por qué lo hacia era porque los hizo el rey don Enrique el Doliente, á quien él era muy aficionado, y de allí le vino parescer dueña [4] flamenca.

Don Alonso de Zúñiga y Acevedo, arzobispo de Salamanca, con los caballeros de Salamanca y de su casa entró en la villa y hizo cosas muy señaladas; y á este don Alonso se ha de tener en mucho lo que peleó, porque llevaba la cabeza desarmada, y la causa fué porque no se pudo hallar almete donde metiese las narices, y metiéronselas, para seguridad de su cuerpo, en una funda de hierro de lanza.

CAPITULO XVI.

De lo que mas acontesció en el reino de Granada y en otras partes.

Como estas alteraciones fueron sabidas por todas partes, el reino de Granada, como las gentes dél sean tan agarenas y mudables, ansí en lo divino como en lo mundano, alborotóse con pensamiento de reedificar la seta mahomética y de robar y matar los cristianos. Era á la sazon en la dicha ciudad de Granada por visorey y capitan general don Luis de Mendoza, mar-

[4] doncella (A. y B.)

qués de Mondéjar, buen caballero, doto en Virgilio y Boecio; era melancólico, no tan alegre como Miguel de Herrera, alcaide de Pamplona. Era esforzado y sufrido, que bien parescia y respondia á su padre, de quien lo habia heredado; y como sintió los conciertos, dióse tal maña, que á Dios hizo gran servicio y al Emperador, atrayéndolos á las veces con mañas, y otras con sufrimiento, y otras mostrándose feroz y reguroso; á los buenos animaba, á los malos contenia con prometimientos del Rey, de tal manera que deshizo los conciertos que tenian tramados, poniendo en todo su hacienda y espíritu. Fué este marqués devoto y liberal; parescia caña fístola siempre; riyó pocas veces, regañó infinitas; tuvo cuatro hermanos, los dos siete palmos mas altos que él. Tuvo la Marquesa, su mujer, cinco dueñas de setenta y dos años cada una, que si lo mas del tiempo no las echaran entre paja y las sacaran al sol se podrecieran como membrillos. Quieren decir además que entre las dos fué el juicio de Salomon. Este marqués murió de enojo de ver á don Pedro de la Cueva tomar alarde á la gente de la costa.

Luego que la villa de Tordesillas fué tomada, los gobernadores, marqueses, condes y caballeros fueron por besar las manos á la serenísima reina doña Juana, madre deste emperador. Otro dia entraron los gobernadores en consejo para determinar lo que harian, y ahí envió don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, un caballero de su casa á los gobernadores, á decirles que á su costa, si les parescia, él queria hacer gente y allanar las ciudades de Avila y Salamanca y Plasencia, y Ciudad-Rodrigo y Cáceres y Trujillo; y los gobernadores le enviaron á decir que se lo agradescian mucho, y que se estuviese quedo, que otra manera se tornia. El Duque, que bien entendió el negocio, con el enojo que tuvo, dijo: «Cuerpo de Dios, Velasco es un lugarejo de diez y siete vecinos á par de Bañares, y Medina de Rioseco paresce burra atada en prado.»

Este duque fué buen caballero, y envió á los gobernadores y al cardenal Adriano, que despues fué papa, quince[1] ducados en nombre del Rey, con los cuales, por la sazon que tuvieron, se acabó de allanar el reino. Este duque parescia ayo de Nuño Rasura, ó hombre que tenia postas en arroyo del Puerco.

Dende á cuatro dias siguientes vinieron nuevas á los señores gobernadores y caballeros cómo los capitanes de la Comunidad y los que con ellos estaban se fortificaban y se querian ir á Toro para sus propósitos llevar adelante.

CAPITULO XVII.

De lo que los gobernadores y caballeros hicieron, visto que los capitanes de la comunidad se pasaban á Toro.

Los gobernadores y caballeros salieron á ellos al camino, y estuvieron gran pieza pensando lo que harian. Muchos eran de voto que se volviesen para Tordesillas y los dejasen ir. Allí habló el Condestable, bien oirédes lo que dijo: «Señores y caballeros, hoy es nuestro dia;» y parescia menestril alto extranjero, que vino con el duque del Infantadgo. El Almirante dijo: «Cada uno apareje las manos; quien volverse quisiere, tome el camino; que hoy harémos lo que cras no podrémos; cada uno hiera d'espuelas hasta entrar en los enemigos, que bajos son y de condicion vil, y no de tanta órden como los jerónimos; yo voy armado y paresco cascabel plateado, y si por caso en la batalla me perdiere, no me busqués hasta que llueva, como alfiler.»

Este almirante fué buen caballero, esforzado, animoso; parescia higo[2] cocido en agua ardiente[3] ó monja observante; y así apretaron á los enemigos, y alcanzáronlos cerca de un lugar que se dice Villalar, y fueron vencidos y desbaratados los comuneros, y los que en Tordesillas prendieron fueron nueve procuradores de ciudades, los cuales murieron en Medina del Campo degollados, como adelante se dirá; y si su voto destos se tomara, no los degollaran, segun escribe el doctor Zúñiga, que despues murió en Portugal; parescia este dotor Zúñiga morcilla colgada al humo ó borceguí viejo del obispo fray Trece.

CAPITULO XVIII.

De la venida de los franceses en Navarra y de su destruccion, y del levantamiento de Valencia.

Luego que esto pasó, vinieron nuevas á los gobernadores de cómo el rey de Francia enviaba sobre Navarra mucha gente de guerra para tomar la tierra, y entraron en Pamplona y apoderáronse del castillo, y viniéronse para Estella, y corrieron la tierra hasta poner cerco á la ciudad de Logroño, y los de la tierra, como buenos y leales vasallos, se defendieron, matando muchos franceses. Y como fué sabido por los gobernadores y caballeros y gente de España, vinieron á los socorrer, y los franceses se retrujeron á una legua de la ciudad de Pamplona, y los gobernadores, respondiendo de donde descendian, mostráronlo, como adelante se dirá; que atajaron á los franceses cerca de la ciudad, y dejaron ir los caballos lo mas recio que pudieron con grande alarido, diciendo: *España, España, Santiago y á ellos.* Y así fueron rotos y muertos mas de cinco mil, y de los del emperador Cárlos V veinte personas, entre los cuales murió Diego de Anaya, vecino de Salamanca, muy valiente caballero, el cual hizo aquel dia lo que de él se esperaba. Esa noche reposaron con grande alegría.

CAPITULO XIX.

De lo demás que sucedió en la guerra de Navarra.

El duque de Béjar fué en esta batalla con seiscientos hombres de armas á su costa, segun escribió Garci Alonso de Ulloa en su *Secunda secundae.* Allanado pues el reino, las gentes, así por ser boca de invierno como por descansar de los trabajos pasados, se volvieron para sus casas, y los gobernadores rogaron al conde de Miranda, doctor en leyes, que aceptase ser visorey en Navarra, porque no hallaban quien mejor lo tuviese, por su gran esfuerzo y saber; el cual, viendo que servia al Emperador, aunque por otra parte conocia el gran daño que le podria venir, acordó de hacello; y luego que en Navarra entró, fué sobre el castillo de Maya, y túvolo cercado, y combatiólo de tal manera, que lo tomó, y á todos cuantos halló dentro mató, harto contra su voluntad, que no podia ser mas.

Este conde fué uno de los primeros que subieron por

[1] quince mil (A.)—diez mil (C.)

[2] buho (A.)

[3] caliente (B.)—de doliente (C.)

la escala, armado de punta en blanco, y paresció en la escala cordero ahogado envuelto en el redaño.

Estas cosas asosegadas, los gobernadores y grandes de estos reinos muchas veces enviaron á suplicar á su majestad que viniese. El Rey agradesció mucho la voluntad con que se lo escribian y movian. En este tiempo se alborotó mucho el reino de Valencia con mano armada, con apellido de Comunidad ó Germania; hicieron tales estragos y males, que seria largo de contar; y si no fuera por don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, que el concierto atajó, grandes daños y crescidos males se hicieran. Este marqués, por esta guerra y por haber ido á Pamplona y Vitoria, vino en estado de tener vajilla que le costó el marco á dos maravedises. Parescia extranjero fundidor de tiros y almireces, ó hermano[1] de Agostin de Grimaldi el ginovés; fué esforzado, franco, tanto, que Hernando Chacon, su hermano, quisiera que á ninguno diera nada sino á él. Tuvo un hijo no bien acondicionado, como parece en sus escritos.

Don Diego de Mendoza, hijo del cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, muchas veces en este levantamiento deste reino de Valencia, donde fué visorey, puso en aventura su persona, mujer y hijos, y sirvió mucho al Rey, gastando asaz de su hacienda. Tuvo una hija, que le sucedió en su casa despues, mas redonda que Tierra-Firme y mas ancha que el campo de Josafat, adonde ha de parecer en carnes vivas con Rodrigo de la Rua, teniente de contador por Antonio de Fonseca, contador mayor. Este don Diego de Mendoza parescia Torrejon de Velasco ó sobrino de la torre de Comares, ó padre de don Francisco de Mendoza, obispo de Oviedo; fué muy esforzado y liberal, y mejor casado que el conde de Monteagudo.

Don Rodrigo de Mendoza, marqués de Cenete, sirvió mucho al Rey, é hizo cosas en este tiempo que mas parescia alma del Cid Rui Diaz que consejo de Hernando de Vega.

CAPITULO XX.

De cómo los grandes y señores de España enviaron á suplicar al Emperador que viniese, y cómo vinieron nuevas de que Adriano, el cardenal de Tortosa, era papa.

Estas cosas ansí pasadas, despues de haber asosegado las alteraciones del reino, enviaron á suplicar al cristianísimo Emperador que viniese en las Españas, y su majestad, habiendo consideracion á los servicios que los grandes y caballeros habian fecho, tuvo por bien de lo hacer, aunque muchos negocios que allí tenia no le daban lugar; y por el grande amor que á estos reinos tenia, mandó aparejar lo que era menester, ansi por la mar como por la tierra; y mandando hacer grande armada, partió á 12 de julio[2] de 522 años, y vino en Inglaterra y fué rescebido del rey Enrique y de la Reina, su tia, muy bien, y fuéronle hechas muy grandes fiestas ansí de justas como de torneos y otras cosas; estuvo allí algunos dias.

Estando el Emperador en Inglaterra, se movieron algunos casamientos, como el de Jaques de Marsella con Juan de Açuca[3], argentier de su majestad, y el dicho Jaques hacia este casamiento á fin de ser bien pagado cuando le librasen en él. Este Jaques fué trinchante de su majestad menos tiempo[4] de lo que él quisiera; fuéle dado de merced el Generalife, en la ciudad de Granada, y otras muchas cosas, y vendió esta tenencia á un caballero natural de Avila, llamado Rengifo, el cual sirvió siempre á la corona real bien en muchas ocasiones y guerras; aprovechó su hacienda, guarbaba las frutas de la huerta desta tenencia mejor que el Domingo. Estaba lo mas del tiempo en el Generalife asentado en silla de caderas, vestido un sayo que fué de damasco; dicen los oradores que este sayo se hizo el año de 200, cuando el rey don Ramiro envió los adalides á saber del rey Almanzor, segun escribe don Diego Osorio, maestresala de la Emperatriz, el que encanesció del mucho placer que hubo de ver que su hermano, el obispo de Zamora, era tan santo en las costumbres y tan pacífico y sosegado. Y aunque el Generalife no era casa fuerte, él tenia en ella dos perros bravos á modo de fortaleza, y un escudero muy viejo con un zamarro viejo, el pelo afuera y zapatos de venado, y un gorjal de malla y guantes de becerro y una buena cuchillada por la cara, que le atravesaba el ojo izquierdo.

CAPITULO XXI.

De una liga y confederacion que ciertos caballeros de estos reinos hicieron en este año.

En este año don Beltran de la Cueva, que fué despues duque de Albuquerque, y el conde de Haro y don Pedro Jiron y don Luis Fajardo, hijo del marqués de los Velez, y Pedrarias, hijo del conde de Puño-en-rostro, y don Hurtado de Mendoza y don Hernando de Toledo, hijo[5] del duque de Alba, y don Juan Alonso de Guzman, y un hijo de Bartolomé Diaz, platero que anda en la corte, y un hijo de Tamayo el de Valladolid, y el conde de Saldaña, y Alonso de Mejía, hijo del dotor Mejía, vecino de Granada, y don Fernando Enriquez, hermano del almirante de Castilla, y los hijos de Baena el boticario de Toledo, que se llaman Miguel de la Serna y Juan de Baena, y el adelantado de Granada, y el marqués de Elche, diz se juntaron en Chillon, cuatro leguas de Santofimia, y hablaron unos con otros, renegando como unos moros, diciendo que, como sus padres, de quien habian de heredar, no se comedian á dejarles los estados, que les parecia que seria bien suplicar al Emperador que, pues Dios no lo queria hacer, que su majestad les mandase cortar las cabezas. Este bienaventurado emperador, como fuese justiciero y piadoso, y amase sus vasallos como á hijos, sabiendo la liga de estos caballeros, luego mandó enviar á los dichos caballeros, por dar concordia en todo, á don Fadrique de Toledo, clavero de Calatrava[6], el de los ojos desortijados, hombre de larga conciencia, hijo de este siglo, y á don Alonso Manrique, hijo del marqués de Aguilar, hijo natural del viento solano, y al licenciado Santiago, del Consejo Real, y á Juan Rodriguez Mausino y á fray Bernaldo, siciliano, coronista de su majestad y gran parlerista de chocante memoria, y al arcediano de Moya, electo que fué en espera del obispado de Cuenca, y nunca fué electo, porque su predecesor no se comedió como los padres destos señores,

[1] sobrino (A. y C.)
[2] 10 del mes de julio (A.)
[3] Juan de Daza, argentier, etc. (Id.)
[4] mas tiempo (C.)
[5] nieto (A.)
[6] Alcántara, (Id.)

y á la condesa de Cocentaina y al obispo de Tuy y á maestre Luis Flamenco, y al doctor Palacios-rubios y á Anton del Rio[1], vecino de Yangüas, y á los hermanos del conde de Tebar, y á don Alonso Enriquez el de Sevilla, casquileve de chocante memoria, y al alcalde Mercado, para que dijesen á estos caballeros que diesen causa ó razon por qué se levantaran contra sus mayores, y que si tal no la diesen, no solo les cortaria su majestad las cabezas, mas procederia adelante contra sus bienes; y como esto fué oido por estos caballeros, la liga fué deshecha, y cada uno de ellos se quisiera volver para su casa, si la tuviera.

CAPITULO XXII.

Cómo el justiciero y piadoso Emperador, por nuestro bien y salud, desembarcó en Laredo, y luego mandó hacer justicia de algunos, porque estando en su servicio, no fueron capaces.

En el año siguiente de 1522[2] este glorioso Emperador, con voluntad que tuvo de nos hacer bien y merced y tenernos en justicia, pasó la mar en poco tiempo y desembarcó en Laredo; y llegado dende á pocos dias, fueron presos ciertos capitanes extranjeros[3] que en su servicio estaban y se habian pasado al del rey de Francia, y su majestad mandó que les fuese guardada justicia, y así fué hecho; y hallóse que debian morir, y otro dia siguiente fueron degollados en la plaza del dicho lugar, y al tiempo del morir dijo el uno dellos al alcalde Ronquillo: *Parare*[4] *condune;* que quiere decir: «Alcalde, pareceis toro viejo enojado.» Otro dijo *Bestinara*, que quiere decir: «Tiempo vendrá que la gente de corte estará en Granada y que ternán cámaras, y no hallarán posadas sino por dineros.» Su majestad, con ganas de ver á todos, como dicho es, y alegrar los tristes que le deseaban ver, acució su camino hasta llegar á Valladolid, y de los reinos vinieron á su majestad, por le besar las manos, todos los grandes y perlados y caballeros y otras muchas gentes, y fueron hechas otras muchas fiestas y alegrías; y García Chacon[5] y Diego de Valladolid, del placer que hobieron, dieron la vara del brocado á cuatro ducados menos; otros dicen que á seis; mas como quiera que esto sea, no perdieron nada.

Esto ansí pasado, vinieron al Emperador muchos perlados y religiosos de buena vida, confiando hallar misericordia con justicia en su majestad, y que quisiese perdonar á los pueblos por las alteraciones pasadas; y lo que á su majestad decian en este tiempo los niños por las calles á voces era: *Parce nobis, Domine; parce populo tuo.*

Su majestad, movido á piedad, temiendo á Dios, y por otra parte, viendo á don Alonso Tellez, que parescia hijo de Zorrobabel[6] ó moro que ayunaba el Ramadan, mandó en la plaza de la dicha villa, enfrente de San Francisco, hacer un tablado muy alto con muchas gradas, y en lo mas alto estaba puesta una silla real, en que el alto Emperador se asentó, y los del Consejo en unas gradas mas bajas, y despues todos los grandes y perlados d' España que al punto se hallaron; y su majestad mandó á don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, justicia mayor de Castilla, que tomase la vara y estuviese en el tablado, porque así convenia hacerse. El Duque hizo lo que su majestad mandó, y fué al tablado vestido desta manera: un tabardo frisado que llegaba á la rodilla y las mangas hasta el suelo, unas botas borceguíes, unas calzas de martingala abigarradas, un bonete de lienzo colchado, unos guantes de nutria, una beca de raso aforrada en armiños; y como el Emperador le viese ansí vestido, holgó mucho, y dijo al Duque que parescia corregidor de Soria ó protonotario inglés.

Luego que el Emperador fué en el tablado, mandó á Francisco de los Cobos, su secretario, que leyese el perdon que hacia; y fué publicado por los reyes de armas cómo el piadoso y bienaventurado Emperador, movido á compasion y acordándose de los méritos de la pasion de Dios, perdonaba generalmente todas las cosas pasadas, excepto lo que tocaba á tercera persona; y demás desto, su majestad en el dicho pregon mandó pregonar que todas las ciudades y villas y lugares de sus reinos y señoríos hubiesen al doctor Beltran por gesto de perruna ó lora esclava ó purga vertida á puerta de boticario. Este dotor Beltran fué del consejo del Juego, y si su parecer se tomara, todos los del consejo dejaran los libros de Bartulo y Baldo, y leyeran en el de cuarenta y ocho cartas. Tuvo un hijo llamado Ventura Beltran; fué, segun dicen los astrólogos, de revoltosa memoria. Mandó mas su majestad, que la casa de Francisco de la Serna, vecino de Valladolid, que está en la plaza de la dicha villa, y fué derribada por los comuneros, quedase por corraliza para encerrar los toros y pasaje para la calle nueva; y desto suplicó el dicho Francisco de la Serna, como servidor leal, y dijo al Emperador: *Nolite obdurare corda vestra*, que quiere decir que don Alonso Niño parecia cagada de vieja con tiricia, ó escribano de raciones del rey de Navarra.

CAPITULO XXIII.

De cómo alborotaron la villa de Valladolid ciertos soldados que á ella vinieron.

En el mismo año de 22, en el mes de mayo, dia de Corpus Christi, en la noche, vinieron en la dicha villa dos mill soldados á hacer alarde con intencion de robar á la dicha villa, y con color de decir: «España, España,» escandalizaron el pueblo, y otros muchos ladrones se juntaron con ellos, y todos los señores que ahí nos hallamos nos armamos y fuimos á ver lo que su majestad mandaba; y mandó á las justicias que guardasen la villa, que ninguna cosa acaeciese, y así se hizo.

Esa noche don Juan de Zúñiga, capitan de la guardia, anduvo por la villa con la gente que pudo hallar; y como este don Juan sea largo de vista, pensando ir por las calles, daba con la cabeza por las paredes, y otras veces se entraba por el rio de Esgueva hasta la barriga. Este don Juan fué buen caballero esforzado, sirvió á su majestad desde su niñez, y desque fué grande le persiguió porque le diese de comer; parescia este don Juan dueña de la marquesa de Cenete ó riñon de buey viejo. No fué tan largo de vista como el conde de Salinas; quisiera mucho que se usara traer los cabellos largos; rezaba continuamente la oracion del Conde.

Esta dicha noche se encomendó la dicha guarda de

[1] de los Rios, (C.)
[2] Así en todos; pero debió decir 1523, ó, en el mismo año de 1522.
[3] alemanes (C.)
[4] *Yeraz cordia.* (A.)
[5] Cocon (Id.)
[6] toro alobadado (Id.)

las sedas y paños á Pedro de Portillo y á García Chacon y á Diego de Valladolid, y la de los dineros á don Alonso Niño, porque los echase el rio abajo, y la guarda de las mujeres á don Bernaldino Pimentel, nuncio que fué del papa Adriano, que Dios haya; y á don Pedro de Bazan se encomendó la plata de las iglesias, y él la guardó de tal manera, que otro dia siguiente en su poder nada se halló, segun escribe Juan de Ubeda en sus cuarenta y ocho [1] capítulos.

Este don Pedro Bazan fué buen caballero, servidor de su majestad, bienquisto de todos. En las alteraciones destos reinos sirvió á su majestad mucho, en especial en la batalla de Villalar, y fué que, como don Juan de Padilla le viese enristrar la lanza, fuése para él don Pedro de Bazan, y dióle tal golpe, que le echó fuera de la silla, y no pudieron conoscer, segun el talle que este don Pedro tenia, cuál era el rostro y cuál el culo. Dende á muchos años murió este dicho don Pedro como buen cristiano y caballero. Mandóse enterrar en una rodela, que le venia larga; de ancho no le sobraba ni faltaba nada. Otro dia siguiente, despues de la alteracion de la noche, fueron presos ciertos de los alborotadores comuneros é hicieron de ellos justicia, é si su parecer se tomara, no los degollaran; que no poca misericordia mostró su majestad en estas cosas.

CAPITULO XXIV.

De cómo su majestad celebró cortes en Valladolid, y de los procuradores de las ciudades y villas destos reinos que á ellas vinieron.

Despues de lo susodicho, su majestad mandó llamar procuradores de cortes para dar órden en el bien de todas las ciudades y villas y lugares destos reinos. A modo de galgos fugitivos enviaron sus procuradores, los cuales fueron las personas siguientes: de Búrgos, vino Pedro de Cartagena, que parescia zorra que fué cazada por Villalta, caballerizo de la jineta de su majestad, y Garci Ruiz de la Mesta, que parescia maestro de tiendas de campo ó descubridor de las islas de la Especería. De Toledo vino don Pedro de Ayala, conde de Fuensalida, que parescia san Miguel de Oñate ó aya de Francisco Gonzalez; y el mariscal Hernando Arias de Rivadeneyra, que parescia zamarro viejo de Blas Caballero, canónigo de Toledo. De Avila vino don Pedro de Avila, que parescia alcotan nuevo ó seis maravedises de termentina colada; y Diego Hernandez de Quiñones de Avila, que parescia rana pisada ó cucharon de alcornoque. De Valladolid, el comendador Santistéban, parlador *in magnam quantitatem*, que parescia mortero de barro por cocer; y Juan Rodriguez de Baeza, que parescia contador mayor y secretario del adelantado de Murcia, que Dios haya, ó acémila del embajador de Florencia. Sirvió en las alteraciones á su majestad, fué buen caballero, y muy leido en Amadís de Gaula y Tristan de Leonís, y bullicioso en tanta manera, que como una noche viese á un su capellan durmiendo, se levantó quedo y hurtóle una loba y un breviario y unas calzas, y esa noche á las dos horas se lo habia ganado todo el capitan Carranza, el cual capitan parescia, en cuanto al mundo, mulo negro de aceitero con albarrazos. En este tiempo fué preso el conde de Salvatierra, el cual por su devocion entró en la cárcel con un papahigo, y mandó en su testamento le enterrasen con él. De Segovia vino Gonzalo del Rio, que fué llamado el regidor de Segovia. Este fué infanzon del rey don Alonso el Deceno y parescia arda desposada con el conde de Haro, ó cola de potro alazan; y Diego de Heredia, que parescia alcalde de Mesta. De Sevilla vino el duque de Arcos, que parescia cuando hablaba gallina que quiere poner; y Garci Tello, que parescia yerno de la torre de Comares ó alano del monesterio de Aniago. Este Garci Tello y su hermano y parientes fueron buenos caballeros, y sirvieron mucho á su majestad en las alteraciones de la comunidad, y ayudaron siempre con limosnas al coronista don Francés. Garci Tello quisiera mucho que el Emperador le diera la encomienda de Liche, que era de su órden, y el Emperador le dijo: «Garci Tello, no puede ser, porque paresceis nieto de Gedeon, y no tan pacífico como don Pedro de Guevara.» De Córdoba vinieron don Luis Mendez, que parescia mula plateada del gran chanciller ó solicitador de Juan de Porras, el de Zamora. Este don Luis pasó en Flándes á servir á su majestad; tuvo un hijo pequeño, traíale los dias de fiesta á la brida y entre semana á la jineta; y don Francisco Pacheco, camarlengo de su majestad y muy acepto á su servicio, tuvo las quijadas mas angostas que el muy reverendísimo arzobispo de Santiago y presidente. Fué muy animoso; parescia gato con tercianas; todas las veces que tuvo asonadas con sus vecinos ganó; fué gastador. Este don Francisco, cuando el Emperador entró en Córdoba, su ropa de carmesí aforrada en damasco blanco dió al coronista don Francés. Murió de lo mucho que queria á la casa de Aguilar, de donde él descendia. Fué muy llorado de todos los que le conocian; verdad es que á sus amigos no les pesó mucho, antes dijeron: *Vade in pace et amplius noli tornare.* De Granada vino don Alonso Vanegas, buen caballero y muy servidor de su majestad; parescia nalga de caballo alobadado ó cuero de aceite de enebro; y el licenciado Pisa, dotor en letras, hombre de buena fama, y tal fué, que su majestad se sirve dél en muchas cosas; parescia loba de chamelote vieja ó albacea del conde de Oropesa, don Francisco de Toledo, que hoy vive.

CAPITULO XXV.

De cómo el Emperador mandó soltar al ilustrísimo don Hernando de Aragon, duque de Calabria.

Esto ansí pasado, como este esclarescido emperador fuese justo y temeroso de Dios, acordóse que el duque de Calabria estaba preso en la fortaleza de Játiva, que le habia preso el católico rey don Fernando, su abuelo; y habiendo este cristiano emperador considerado que el Duque era buen caballero y los servicios que en Valencia le hizo cuando las alteraciones, y por otras muchas cosas que á ello le movieron, le mandó soltar y que viniese á su servicio y corte, porque habia diez años que estaba preso. El Duque holgó de salir de la prision y dió gracias á Dios, y besó la tierra en nombre del Emperador; y viniendo el dicho duque á la corte, fué rescebido de su majestad muy honorablemente, y con rostro alegre le abrazó y le dijo palabras de mucho amor; é luego le dijo: Duque, pareceis mondejo lleno de carne momia, ó nalgas de don Francisco de Mendoza, obispo

[1] cuarenta (C.)

de Zamora.» Los que allí se hallaron fueron el arzobispo de Sevilla, don Antonio de Fonseca y el licenciado Mazuecos y el aposentador San Vicente, y Samaniego y el alguacil Esquinas y Villarreal, regaton, y un solicitador que fué desta corte, y Diego Macho, el de Velez [1], descanso y abrigo de don Pedro de Guevara y Rodrigo de la Hoz, alcaide de Monleon, el cual dió albricias cuando le dijeron que era muerto el maestro Mota, que despues fué obispo de Palencia. A este illustre duque mandó su majestad poner casa, y para los gastos y despensas della le mandó situar sobre los gusanos de la seda de las Alpujarras veinte y cinco maravedises, otros dicen treinta y cinco. Tambien se halló allí Pedro de Vera, el guarnicionero de Valladolid y un criado de Alfonso de Baeza que se llama Pedro Diaz, segun parescerá por los libros de Juan de Lanuza, argentier de su majestad. Este duque al tiempo de su liberacion dió al alcaide de Játiva, por servicios que le habia hecho estando en la prision, dos varas de tafetan naranjado que habianservido en un moscador cinco años y mas; le dió un jubon de terciopelo verde que fué de una almohada de su estrado, unas *Décadas* de Tito Livio y una Corónica que fué del rey don Alonso, su visagüelo; y á suplicacion de la mujer del dicho alcaide, el Duque rescibió un su hijo á bienes perdidos y hospital perpétuo. Ansí que, muy poderoso Señor, el rey Bamba, godo, fué muy esforzado y piadoso á los buenos y espantable á los enemigos, gratificador de los servicios que le hacian, y por el contrario á los otros. Tenia este Rey dos criados, Pablo y Zeno [2] llamados, los cuales, con grandes mercedes que les hizo, se levantaron contra él, invocando los de Gibraltar, Soria, Dinamarca, Galisteo y Simancas, Guadix, Baza y la ciudad de Orduña, Olmedo, Cienpozuelos, Meco, Cuacos y Jarandilla, que son en la Vera de Plasencia, y Aldea Tejada, en tierra de Salamanca, é hicieron grandes estragos en el reino, matando y robando cuanto hallaron.

E como por el rey Wamba fuese sabido, ayuntó las mas gentes que pudo, é dió cargo de los hombres de armas á don Beltran de la Cueva, hijo de don Beltran de la Cueva, nuestro mayordomo difunto, y de los jinetes á Rodrigo de Larisa, contador por Antonio de Fonseca, porque era hombre ligero en una silla de caderas, é los soldados encomendó á los Gozmedianos [3] é al conde de Medellin, é á Pedro de Portillo, mayordomo de Valladolid, mandó que tuviese cargo de la artillería, y á don Luis de Avila y á los hermanos de don Pedro Puertocarrero y á don Félix de Guzman, hijo del duque de Medina, y á don Alvaro de Zúñiga y á don Bernaldino de Arellano, comendador de Ceclavin, y á don Juan, su hermano, y á don Alonso de Castilla, sobrino del sacristan mayor, que parecia conejo presentado al papa Urbano V, y á don Bartolomé de la Cueva, mandó que fuesen centinelas á fin de que recorriesen el campo, y cuando no hallasen qué robar, que robasen el reino, porque no muriesen de hambre.

Y así, esclarecido Emperador, si os acordais de estos ejemplos, conviene que perdoneis al arzobispo de Toledo y á los duques de Béjar y Alba, y al arzobispo de Bari y á fray García de Loaisa, si algun dia estuviesen necios, y demás desto, no les perdoneis, pues conmigo lo hacen muy ruinmente, aunque el confesor arzobispo de Segovia, don García de Loaisa, querria que vuestra majestad mandase que fuesen los frailes capitanes de gentes de armas, y él capitan de soldados, y don Alonso Enriquez el de Sevilla, que fué del consejo de Guerra; y que hiciesen maese de campo á fray Antonio de Guevara, gran parlerista, obispo de Guadix, porque nunca hablaria palabra, segun escribe Marco Aurelio, quejándose de él al villano del Danubio.

[1] el de Envers, (A.)
[2] Pablo y Serro (Id.)
[3] así en todos; quizá haya de leerse Vozmedianos.

CAPITULO XXVI.

De cómo el Emperador mandó aderezar para Navarra su camino, y lo que menester era para la guerra, y de cómo tomó por fuerza de armas á Fuenterabía y se volvió para Valladolid, y de cómo fué cuartanario.

En el año siguiente de 23 el Emperador tomó su camino para Búrgos, y de allí partió á Pamplona, y mandó llamar algunas gentes de hombres de armas, y todos vinieron para la ciudad de Logroño, y á los grandes y caballeros que ahí estaban dijo que ya sabian cómo estando en Flándes, despues de acabada la guerra y tomadas al rey de Francia las ciudades de Tornay é otras villas y lugares, por la miseracion divina y la ayuda de españoles y flamencos honrados, que se mostraron mas valientes que este historiador, habia salido vencedor, y que él siempre habia requerido al rey de Francia con la paz por evitar muertes de gentes y por no desasosegar los reinos y excusar los trabajos y gastos, y él nunca á nada habia venido. Y como nuestro Redentor sea verdadero juez de los corazones, permite que los duros de cerviz y no allegados á sus mandamientos, no solo pierdan los de este mundo, mas las honras; y así dando este glorioso emperador cuenta á todos de las cosas pasadas, dijo á los grandes que ahí estaban, que ya sabian cómo estando en estos trabajos y guerras que dicho es, despues los gobernadores y caballeros haberse venido para sus casas, el rey de Francia hurtó la villa de Fuenterabía, y que en la ciudad de Tornay [4] habia un obispo, y este obispo tenia un ayo, el cual andaba siempre tras él doctrinándole, como por nuestros pecados el dia de hoy lo hace Meneses de Bobadilla, llamado Caton, por parecerse en el talle al conde de la Gomera. Este ayo decia al dicho obispo que se guardase de los hombres que hablaban como enfermos y comian como sanos, y que cuando muriese tomase por albacea de su ánima á don Francés de Beamonte, á don Pedro de Guevara, al mayordomo del conde de Nasao, al comendador Gomez de Solís y al conde don Fernando de Andrada.

Otrosí, que en Polonia hubo un hombre justo y recto, y sus vecinos, por envidia que le tenian, le hurtaron cierta ropa blanca que tenia; y como Dios á los suyos no olvida, este buen hombre, como se viese robado y sin causa, con el enojo que tenia salió á la calle y dijo: «¿Está ahí el duque de Trayeto?» Dijéronle sí. Pues decidle que paresce sana-potras ó entallador de retablos viudo. Ansí que, invictísimo Emperador, *non nobis, Domine, non nobis;* que quiere decir que os guardeis de

[4] En la ciudad de Cuenca habia un filósofo llamado Paton (A.)

las traiciones y ligas y monipodios que el duque de Béjar y el arzobispo de Toledo hacen contra vuestra majestad, y de las calenturas y cámaras que espero en Dios dará á los del consejo secreto en Granada, y cómo de sus vacantes querria que se beneficiase mi hijo.

Y de las mercedes y dones que Dios dió á monsiur de Laxao, no hay para qué le pese á don Miguel de Herrera, alcalde de Pamplona, gran potista, que parece barbero del obispo de Maguncia, ni á Iñigo Lopez de Mendoza, que parece baul de bascosidades, segun escriben las monjas de San Quirce de Valladolid, en sus *Etimologías*; las cuales monjas importunaron tanto al conde de Benavente, que le hicieron pródigo, como afirma Gonzalo Gallo, su mayordomo, que escribió á los de Amusco.

Otrosí, muy ínclito Emperador, escrito está en el libro de los Macabeos de la Costanilla de Valladolid, que Iñigo Lopez decia á los Vozmedianos de Madrid que parecian por una parte á la torre de San Telmo, en el Peñon de Velez de la Gomera, llena de baratijas, y por otra, hijos bastardos de la Reina, que los hubo en la marquesa de Cenete, en el tiempo que el obispo de Búrgos, don Juan de Fonseca, de criminosa memoria, que usó traer el bonete sobre los ojos porque no pensase Juan Rodriguez de Fonseca, su sobrino, el de Badajoz, que era el dicho obispo cuero hinchado ó almoflex del adelantado de Cazorla, criado que fué del rey Wamba, que Dios haya. Murió el dicho Juan Rodriguez de Fonseca año de 741, en Ampudia, de pesar que hubo porque el Emperador no le pedia los ducados que tenia, segun afirma don Alonso de Cárdenas el de la Puebla, en el diálogo que escribe al marqués de Villanueva, su hermano, que parecia coruja hija de garzota ó lechuza tomada en el monte de Iscar. Murió en el año de 98. Estaba sobre su sepultura un rótulo que decia: *Maledictus qui non guarda suas pecunias.*

Sacra cesárea real majestad, escrito está en el *Levítico* de los reyes, que el rey Salomon, estando en la ciudad de Bilbao, le vinieron nuevas cómo un capitan suyo, llamado Arbuto Jacobensis, natural de Tordehumos, mató en una batalla muchos de los Magazales de Toledo, á los cuales hallaron sin prepucios.

En el dicho año llegaron á su majestad algunas gentes de armas y otros muchos, y una mañana entró un capitan llamado Meneses de Bobadilla con su gente bien á punto de guerra, y como el dia hiciese nublado y era invierno, con la ruciada que á este capitan cayó en las barbas, dijo este autor don Francés de Zúñiga que parescia podenco que habia comido harina. El Emperador entró muchas veces con los grandes que ahí nos hallamos sobre lo que se debia hacer para engordar á don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, y que de ahí á quince dias fué de Toledo, y con esto le pagó este emperador los servicios que habia hecho en Galicia. Item para evitar las pausas á Hernando de Vega, y para hacer cuatro pares de sueltas para tener quieto al duque de Béjar y hacer que no rifase con el duque de Alba, y para hacer asimismo que el marqués de los Velez no hablase como carreta nueva de las montañas, y para matar á un ayo del hijo deste marqués de los Velez, porque tenia este ayo una vaina[1] que fué nueva en tiempo del rey don Juan, y la vaina era leonada con dos maneras y unos verdugos de raso verde, y traíala ceñida con unas correas de espada del tiempo viejo. Y para que el conde de Siruela se enmendase en lo de las reverencias, porque desolaba las moradas donde estaba, haciéndolas; y para dar órden y condusion que don Pedro de Guevara y el alcaide de Pamplona no bebiesen á las mañanas agua de lengua de buey ó de escabiosa; y para que su majestad diese manera que á don Pedro Sarmiento, obispo que fué despues de Palencia, le matasen veinte y dos hermanos que andaban tras él, de los diez y ocho, porque se criasen los otros; porque enjemplo tenemos de don Pedro de Mayrones (que parescia padre de don Francisco de Mendoza, obispo de Oviedo, el cual obispo parescia panadera preñada), que cuando la puerca tiene ocho lechones le matan los seis por el bien de los dos. Y para que don Pedro de Avila no traiga las barbas como pluma de cabezal, y el alcaide de Perpiñan y el conde de Ribagorza no se tiñan las barbas, y para que el Condestable no deje nada de sus bienes al conde de Oñate si no diere fianzas dellos, que lo mejorara; y para que musiur de Beure[2], que por otro nombre llamaron villano detenido en la fortaleza de Pamplona, jure que cuanto á él fuere, no tendrá la barriga de su padre musiur de Beure, y que si el dicho musiur de Beure quisiere ser loco, pues Dios le dió tan buena habilidad, que lo pueda ser hasta treinta y cinco años; y para que el gran chanciller esté en órden en los lugares donde estuviere y llegare, y que no comerá tantos melones, porque su majestad es informado que desque es gran chanciller se ha acrescentado la agricultura de los melones gran cantidad; el cual gran chanciller parescio protomédico ciático, ó badil del duque de Trento. Otrosí, que el gran Españarte y don Felipe de Castilla, sacristan mayor, y Maymó, caballero de Barcelona, y Peti Juan, criado de su majestad, y don Miguel de Velasco y Julian de Lezcano no llevasen el artillería á la guerra, porque era tiempo de sementera, y excusasen el hacer mala obra á los labradores quitándoles las mulas y potros. Otrosí, para que el duque de Alba y su hermano el comendador mayor dejasen los pantuflos que traen, porque es en perjuicio del almirante de Castilla y de don Juan Manuel y de las leyes hechas en España, segun se hallará en Montalvo en la partida que dice: *Hominem non habeo*, que quiere decir que hay personas que si pantuflos no tienen, no parecerian hombres; y si por caso, lo que Dios no quiera, desto reclamare ó suplicare el conde de Osorno, por el mismo caso le dén por traidor y gotoso á tiempos, y su majestad sea obligado á ensancharle la villa de Galisteo, que es al oriente hácia mediodía, lindando con la villa de Huesca. Otrosí, para que el obispo de Niza se modere en lo de los banquetes, porque dió mal enjemplo al conde de Palma, que dicen hizo uno al coronista y al conde de Benavente y al marqués de Pliego, en que les dió cuarenta colas de carnero asadas. Y este conde de Palma no es de maravillar que haga esto, porque él se comió todas las mas; y para que Anton Garrafa[3] no parezca hombre que hace imágenes de piedra, ó que anda á buscar antiguallas por

[1] Vernia (C).—bernia (A.)

[2] Veure. (C.)—Vere, (A.)

[3] Pedro Anton Garrofo (A.)

España; y para que el conde de Monteagudo tenga discordia con su mujer y concordia con sus criados; y para que el regidor de Segovia, lo que debiere del juego de la pelota no lo pague, y si lo pagare, sea en estriberas viejas ó tafetanes traidos. Y para que el arzobispo de Sevilla, á suplicacion de muchos, esté suspendido de su oficio á lo menos cincuenta y cinco años [1]; y para que el duque de Calabria esté siempre con su mujer, para reformacion de la vista de los ojos; y para que musiur de Laxao ponga tasa en lo que da á Ivañez, porque es para dar mal enjemplo á otros. Otrosí, para que el duque de Medina cuando viniere á la corte no esté en ella mas de quince dias. Otrosí, para que musiur de Xebres [2] no ande ceñido por bajo, porque paresce costal atado por medio ó macho viejo de carga que se le ha caido la cincha á los compañones; y para dar manera que el marqués de Mondéjar no sea tan colorado como el capitan de la guardia de los alemanes; y para casar la marquesa de Ayamonte con musiur de Brusa [3], criado de su majestad, el cual paresció hombre de piedra en camino [4], que le habia dejado Julio César cuando vino á Mérida. Otrosí, para que el duque de Medina sea librado del consejo del conde de Buendía. Otrosí, para casar y matrimoniar á monsiur Falconete con la condesa de Oropesa [5]. Otrosí, para que Trullera, criado de su majestad, reforme los dientes ó se haya por despedido; y para que Gutierre [6], criado del marqués de Pescara y su embajador, acresciente su barba, porque paresce lugar que fué despoblado en tiempo de pestilencia; y para que don Pedro Bazan [7] no desnida los hombres d'armas que hallare con cabelleras, y para que se mate [8] con Garci Manrique, hermano de Diego Hurtado, sobre quién tiene la barba mas fiera; y para que Ciezar [9] tome cuatro cuentos de renta, si se los dieren, con tal que no parezca ayuda untada con aceite; y para que Luis de Guzman tenga vigüela de suyo, pues no está en ser el mejor músico del mundo, sino que le hagan ejecucion de bienes perdidos, si se los hallaren, ó que muestre á tañer al licenciado Aguirre ó al adelantado de Granada; y para que don Francisco del Aguila, suegro de Juan Vazquez y alcaide de Ciudad-Rodrigo, deje el talle, que paresce almirez de boticario asentado en silla obispal. Iten, para que el conde de Osorno y Beltran del Salto y el conde Nasao y el gran Chanciller y el duque del Infantadgo y el marqués de Villena y un sastre de Granada, que se llama Tomás Fernandez, anden en invierno con zuecos y en verano jueguen á la pelota. Otrosí, para que el doctor Caravajal sea obligado, mediante Dios y el Emperador, de dejar á su hijo tres cuentos de renta, y si no los dejare y aceptare, que le azoten por ello. Otrosí, para que sí á Juan de Lanuza, visorey de Aragon, le mataren en sábado, se obligue el arzobispo de Zaragoza y criados á comer el asadura. Otrosí, para que el Rey nuestro señor mande, por hacer bien al duque de Nájara, desterrar diez é nueve hermanos que tiene y echarlos á las galeras, porque el cuitado del Duque viva, é aunque estos sus hermanos lo quisiesen comer, ternian que hacer cincuenta años. Iten, para que el doctor Sánti Espíritus y Pero Martin y Ramiro de Guzman, vecino de Toledo, filósofo con modorra, dejen los libros que han pronosticado de los diluvios d'España, y para que los examine Juan Cabrero, camarero que fué del Rey Católico, y Garci Lopez de Caravajal, vecino de Plasencia. Otrosí, para que don Alvaro de Ayala, heredero del conde de Fuensalida, no tenga esperanza de heredar á su tio en estos cuarenta años; el cual don Alvaro, parescia muleta de Zamora ó Murcia, y fuéle puesto por este cronista conde de Cansalida. Iten para que el arzobispo de Bari muestre la Verónica sin limosna ninguna, y para que deje dos palmos del cuerpo que tiene para la fábrica de don Nuño y de don Beltran de la Cueva, hermanos que andan en la corte como duendes de casa en pozo. Otrosí, para que el comendador mayor de Castilla no coman tantos con él cada dia, y si alguno quisiere comer, sea el marqués del Cenete. Iten, para que el consejo de las Ordenes se desordene para jugar á las cañas algunas veces. Otrosí, para que Juan de Saldaña [10], veedor de la Emperatriz nuestra señora, no traiga la loba tan echada atrás, al modo de Brabante, pues que es en perjuicio de los españoles. Iten, para que el visorey de Nápoles no parezca diacitron recien hecho ó extranjero descubridor de minas de alambre ó de cardenillo. Iten, para que Juan Alvarez, que paresce ternera viva atada en escalera, y Pedrarias Grullo, descaminado ó hijo del conde de Puño-en-rostro (el cual conde paresce imágen de cal y canto), pongan sus pleitos y tratos en manos de don Alonso Enriquez el de Sevilla, contino de su majestad, ó en las de Gasbeque, caballero inglés de su majestad, el cual Gasbeque parescia membrillo cocido.

E lo susodicho proveido, la sacra majestad hobo acuerdo de cómo se proveeria el real que se habia de tener sobre Fuenterabía, porque el reino de Navarra estaba gastado de viandas y otras cosas, por haber estado en él don Luis Ponce, padre del duque de Arcos, y el regente de Granada [11]; y por esto mandó su majestad entender en ello á las personas que dicho es.

Alto Emperador, fallamos por los filósofos de Aténas Tolomeo y Xanto que el rey de los palestinos, teniendo guerra con los salatreles [12] é jurados, hobo nuevas cómo estas dos provincias andaban en trato con el rey Darío, y nunca convenian con lo que el Rey queria, y esto hacian por entretenerle hasta que fuesen fortificados y bastecidos. Y como por el Rey fuese sabido este engaño, luego proveyó personas que entendiesen en lo que menester fuese en la dicha guerra. Acá en los modernos que hoy vivimos podemos tomar ejemplo; ansí que, un capitan vizcaíno que se llamaba Aguirre, por menear bien el espada de dos manos, se le cayeron dos dientes, y por esto y por sus pecados paresció gallega vieja.

El primer consejo acabado, el alto Emperador mandó á un grande de los que en el consejo estaban, que eligiese las personas que quisiese para bastecer el real, y ansí se hizo; y el duque de Béjar dijo que á él le pa-

1 Cincuenta mil (C.)
2 Kole (A.)—Kolz (B.)
3 Bursa, (A.)—Brisa, (C.)
4 cementerio, (A.)
5 Caro. (Id.)
6 Gutierrez, (Id.)
7 de la Cueva (Id.)
8 y no se mate (Id.)
9 Cesar (A.)—Sesar (C.)
10 Saldano, (C.)
11 Navarra; (A.)
12 saratrezes (A.)—faratreres (C.)

rescia que Alvar Perez Osorio y Jaques, mostrador de los muchachos de la capilla, y musiur de Boton [1], mayordomo mayor del Emperador, y don Pedro de Castilla y un despensero que se llamaba Vergara debian ir á los lugares de Guadalcanal, Madrigal y Ribadavia [2], y embargar todos los vinos que ahí se hallasen, y tomar para ello personas que lo llevasen al real; y que le parescia que debian repartir las cargas á cada uno segun que les paresciese que las podrian llevar; y fué que el licenciado Galindo, letrado de contadores, porque le paresció á este coronista que parescia mochuelo que se ha mordido la cola, llevase tres arrobas y media, y Pero García, secretario, que llevase diez é nueve arrobas y dos azumbres, y don García Manrique, hijo de don Iñigo Manrique, alcaide de Málaga, y el hijo de Periañez, oficial de contadores, que les dijesen que eran vaquillas de Galicia, y que llevasen el diaquilon y aceite rosado y los huevos que fuese menester para los heridos del real; y que el secretario Soria [3] llevase á cuestas dos mill coseletes y tres mantas de reparo; y don Pedro de Mendoza, que de Guadix se llamaba, y don Alvaro de Zúñiga, y don Alonso Manrique, y Juan Sanchez Carrillo, y el conde de Ayamonte y don Diego Sarmiento que llevasen al dicho real las mohatras y trampas, cuentas revueltas, juramentos mal hechos, pleitos homenajes mal guardados, pues con esto entendia su majestad matar y atosigar á todos los contrarios.

A don Luis Carroz, caballero de Valencia, que fuese á las Astúrias y que tomase toda el azúcar rosado y almendras y pasas y ruibarbo y lantejas, y otras cualesquier cosas que hallase, y lo trujese á Pamplona y lo depositase en poder del obispo de Oviedo, [4] Muros, que Dios haya, y demás desto, llevase de los lugares todo el ámbar y guantes adobados que hallase en toda Soria, porque era cosa muy necesaria para la guerra.

Veyendo el duque de Nájara que los bastimentos se dañarian por la humidad de la tierra, mandó que luego viniese Reinoso, veedor de Melilla, y don Francisco de Mendoza, obispo de Oviedo, y el chanciller Gordo, criado de su majestad, y el fiscal de la chancillería de Granada, y don Alonso de Robles, y mosen Barrada, el valenciano, y micer Mey, del consejo de Aragon, y Quiteria de Vargas, ramera vieja, que por sus méritos es ya mesonera. Y luego como estas personas fueron llegadas, el duque de Nájara les dijo: «Parientes, señores y amigos, ya veis la necesidad que en esta tierra hay [5], y tambien sabeis que dijo Caifás, por mejor decir que *expedit vobis ut moriatur unus homo pro populo*; que quiere decir que por el bien del pueblo muera uno; ansí que, vuestras mercedes habrán y ternán por bien de servir de sacos, y los que no fueren tan anchos sirvan de costales, y torneis el trigo ó arroz ó semillas de agricultura en vosotros, y no lo deis á nadie sin ver un mi mandamiento para ello.» Y como este duque fuese proveido, mandó á don Luis Manrique, su hermano, que tuviese á cargo llamar á Luis [6] Carroz y al comendador de Piedra-Buena, y á Trullera y á Ronquillo, tañedor de vihuela, para tener mucha miel y aceite y girapliega y malvas para los enfermos cuando lo hobiese menester, y qu'estos caballeros, por cuanto parecen sus ojos de buey flaco, sirviesen de clisteres para echar á los que enfermasen, y que el dicho don Luis Manrique debia parecer papahigo de chamelote viejo ó pendejo de moro muerto.

Este Hernando de Vega, veyendo el mucho [7] servicio que á Dios y al Emperador hacia, mandó llamar al conde de Siruela y al conde de Oñate y al marqués de Comares, que parescia escudero pobre que andaba tomando gavilanes en campo con señuelo, para vender á don Antonio, señor de Monroy, y les dijo: «Señores y amigos, ya sabeis que esta tierra es muy fria y de mala complixion, y nosotros coléricos y adustos y flemáticos y ciáticos, y por nuestra causa podria haber en este real gran pestilencia de dolor de costado, y seriamos causa de mucho mal y daño; y por eso, y por lo que debemos á nuestro señor el Rey, y por evitar muertes y desasosiegos en las conciencias [8] de los que acá podrian morir sin confision, por ser el mal agudo como cerco de monesterio, es menester que salgamos de la corte los sobredichos, y del real, y que no entremos en cient leguas al derredor hasta que la guerra sea acabada.» Y su majestad, veyendo el comedimiento y buena voluntad que Hernando de Vega á su servicio tenia, díjole: «Comendador mayor, sois buen caballero, y no tan guerrero como don Antonio de Velasco, y mejor parlero que Cabanillas [9], capitan que fué de mi guardia, y agora paresce herbolario del duque Valentin ó madre de Boton [10], mi mayordomo.» Hernando de Vega se riyó de lo que su majestad dijo. Finalmente, si no fuera por el doctor Alfaro, que allí se halló, que parescia bota vieja con botana, ó gallina cocida para dar á enfermos pobres, gran estrago se hiciera.

CAPÍTULO XXVII.

Cómo el Emperador mandó ir al Condestable por capitan general.

Pasado el consejo de la manera que se habia de tener para bastecer el real, el Emperador mandó á don Iñigo de Velasco, condestable de Castilla y ayo del rey Wamba, que fuese capitan general en Francia y aderezase lo que hobiese menester para su persona, y que lo demás que lo dejase, que su majestad lo enviaria como á su honra convenia; y así se hizo, y el Condestable lo hizo, y dijo que él queria ir á Francia y hacer lo que su majestad le mandaba, con tal condicion que mandase á don Beltran de Robles que recogiese las arcas que tenia en Valencia y Gante, y que demás desto, no le mandase derrocar las casas que tenia el dicho don Beltran edificadas en Badajoz y en un lugar que se llama Valverde, á cinco leguas de Zagala, y otra casa que hizo en Barcelona, y que le mandase desjarretar [11] cuatro caballos que le habia encomendado el marqués de Pliego que les diese verde obra de dos años y medio, los cuales caballos hoy dia permanecen en po-

[1] Soto, (C.)
[2] Luque, (A.)
[3] Osorio (C.)
[4] don Diego de (C. y B.)
[5] hay de esta guerra, (B. y C.)
[6] á Luis Carazo (B.)
[7] señalado (B.)
[8] carónicas (B. y C.)
[9] Canillas,
[10] Benito, (B. y C.)
[11] dejar (B.)

der del dicho marqués, y con condicion que al hermano de este dicho don Beltran de Robles, comendador de San Juan, le quitasen la cadena de la puerta y la echasen á don Beltran, porque se ha hecho edificador como Hércoles; y que si su majestad quisiere alimentar á este don Pedro de Robles, que dello no habrán enojo estos mancebos, mendicantes galanes que andan en corte, los cuales no permanecerán, por su infinita pobreza. Este don Beltran parescia costal vacío ó cabra montés, que murió sin confision, y su hermano don Pedro lo hizo de la misma pobreza en este año.

Por este tiempo el coronista y famoso dotor don Francés, que parescia sastrazo de Pandolfo, criado del marqués de Mántua, ó confesor del camarero Antonio de Fonseca, escribió al papa Clemente de Médicis, á ruego del cardenal Fratre Egidio, una carta ó epístola, y es la siguiente:

DE NOS DON FREY FRANCÉS, POR LA GRACIA DE DIOS MAESTRO EN FILOSOFÍA, BACHILLER EN MEDICINA, ENEMIGO DEL HERÉTICO LUTERO, INQUISIDOR GENERAL DE LOS NEGOCIOS, AMIGO DE HOMBRES LIVIANOS, EXTRAVAGANTE DE HOMBRES EN SESO, REFORMADOR DE LAS CASAS Y HOSPITALES DE LOS LOCOS, Á VOS NUESTRO MUY SANTO PADRE CLEMENTE VII SALUD Y GRACIA.

«Sepades como Dios, por su divina administracion, me »quiso dar un hijo de legítimo matrimonio, que se lla»ma Domiciano. Él nos pidió le hiciésemos de la Igle»sia, lo cual supe en su tierna edad, y lo pidió[1], no »teniendo respeto á las cosas de este mundo, aborres»ciendo la pobreza; y veyendo su buena intencion, »que lo hace por no querer estar en pobreza ni en mi»seria ni en necesidad, nos pidió que le diese vuestra »santidad una reserva de hasta cuatro mil ducados en los »obispados de Avila y Salamanca y Plasencia; y la re»serva venga de tal manera, que no tengamos litigios; »de lo cual el nuestro Emperador, mi señor y amigo, »será servido, segun lo que dirá el portador Rafael »Jerónimo, embajador de Florencia, caballero docto, »que paresce conejo asado, esparragado con aceite »rosado. Y porque en su lugar quedará Ramirez de »Angelo[2], el cual paresce can ó corzo envejescido en »el castillo de Santángel, no digo mas, sino que os »amonestamos y exhortamos que de que esta veais, »cumplais y hagais lo sobredicho, enviando la dicha »reserva grátis, sin ningun derecho. Lo cual podrá »vuestra santidad dar al dicho embajador, al cual para »ello damos nuestro poder cumplido; y haciéndolo an»sí, haréis lo que debeis y cumpliréis nuestros man»datos y mandamientos como padre[3] de santa obedien»cia; y haciendo al contrario, os descomulgamos y »aprobamos por público apasionado, y os echamos de »la dicha iglesia agravato y reagravato, y mandamos »que andeis de noche con el cardenal Fratre Egidio ro»bando cuantos halláredes, y ansimismo estéis debajo »de las miserias y calamidades del papa Adriano (que »Dios haya); hagais bien al cardenal Cesarino, y sál»gaos ingrato; vuestros criados estén descontentos de »vos, que á voces digan: *Ve quia destruis templum;* »vuestros deudos vos salgan tan desagradescidos, que »los primeros que mormuren de vuestra santidad sean »ellos. Querais proveer de vacantes, y nunca se muera »ningun perlado; y si vos acudiere, sean bancos que»brados, de manera que á vuestro poder no venga un »ducado; la mula en que anduviéredes muera de to»rozon cuando con ella el rio pasáredes; Micer García »de Gibraleon os falsee las bullas y el secretario des»pache todo contra vuestra voluntad; los de la Rota »sean tan rotos de entendimiento, que nunca hagan »cosa que valga un carlin; venecianos y colonneses se »concierten de tal manera, que digan á vuestra santi»dad: *Pater, ignosce illis.* El marqués de Pescara en»tre tan poderoso por campo de Flor, que todas las »gallinas se guarden dél como de raposa; el duque Va»lentino resucite con un rétulo en la mano, diciendo: »*Quis ex vobis arguet me de peccato.* El papa Fede»rico, resucitando, se llevante dando voces por la silla »de sant Pedro, y diga que le cortaron las piernas á »traicion; al barrachero[4] maten á las puertas del *matre* »*mia non vole;* al cardenal de la Minerva le hallen con »Diana en el burdel de Nápoles. El cardenal Aboleto[5] »tenga tan gran tempestad en el seso, que víspera »del juéves de la Cena deshaga el colegio del cardenal »de Cápua; en despecho de vuestra santidad se con»cierten todos los príncipes cristianos contra vos; su »majestad haga hacer ejército[6] contra vuestra santi»dad, enviando por capitan general al duque de Fer»rara y por cañon pedrero á fray Severo; el vino que »bebiéredes se vuelva vinagre y el pan diacitron, y el »dinero se vuelva pescado cecial; las martas de vues»tras ropas se pelen; los armiños que vistiéredes haga »Dios tan gran milagro por ellos, que se tornen vivos »y os muerdan; en cada vara de seda que compráredes »os engañen en un ducado; en cada negocio que el »duque de Sesa os fuere á rogar le tome tan gran llan»to, acordándose de la muerte de su mujer, que no »podais dejar[7] de conhortalle; el dia que ayunáredes »se os torne de cuarenta horas; el nuncio don Bernar»dino Pimentel haga exceso contra vuestra santidad »para no acudille con los expolios. El cardenal de »Santa Cruz ponga tan grandes cuestiones en santa »teología que la ciudad se revuelva, y tome á vuestra »santidad tan grande espanto, que en vision vea al du»que de Calabria, asido de la mano al duque de Urbino. »La ciudad se trastorne de arriba á abajo. Civita Vec»chia caiga en la mar; Belveder tiemble de tal manera, »que mas parezca perlática, que casa de placer. Otrosí, »si vuestra santidad no hiciere lo que tengo dicho, por»némos entredicho á toda esa tierra con el *cesatio à di»vinis*, con apercibimiento de que los sacristanes cuan»do duerman no tañan las campanas. Otrosí, que ni »los grandes coman despues de muertos ni los niños »mamen despues de destetados. Ejecútese la justicia de »Dios en los condenados á muerte; hablen con vosotros »los del Preste Juan de las Indias, y no sean entendidos; »las maldiciones de Sodoma y Gomorra y Abiron caigan »sobre Lutero y sus consortes; hombres de ochenta años »quieran tener piés[8] que los obedezcan, y no los hallen,

[1] y nunca pedia,
[2] Anferlo,
[3] en virtud de (B.)

[4] barachelo
[5] Civo (B. y C.)—al cardenal Civo tan gran tempestad en él se sostenga (A.)
[6] ejecucion (B. y C.)
[7] acabar (A.)
[8] padres (A. y B.)

»y las mujeres viudas, despues que hayan perdido á sus »maridos, no puedan dormir con ellos; los perros dén »tan grandes aullidos de noche, que hagan gran lamen»tacion, y que de pura hambre y frio no hallen quien les »dé martas en que se envuelvan; el Tíber salga tan fu»rioso de madre, que no halle padre que le mande, so »pena de su maldicion, que se vuelva á lo que solia; »tórnese de color de sangre al modo del cardenal Ce»sarino; los negociantes que tengan sentencia contra »sí, vayan tan descontentos, que demanden justicia »á Dios; vengan en esa tierra tantas necesidades, que »los ricos hayan menester servidores y los pobres anden »á pedir por Dios; cativos sean los esclavos; anden pi»diendo de puerta en puerta los frailes de San Francis»co, y no hallen quien les haga limosna, antes bien »en todas las casas corridos y trabajados sean. Los to»ros y vacas y bueyes que llevaren á las carnescerías, »mueran sin hacer testamento; Dios dé tanta necesi»dad en esa tierra, que ni las piedras dén pan ni los »campos ducados de á dos; malditos y descomulgados »sean y anatematizados los antepasados del Turco; »quieran hablar los mudos y no puedan, y los que »mucho hablaren no paren hasta que dén con la ca»beza por las paredes, como rocines desbocados. Los »ciegos hayan menester quien los adiestre; ensordez»can los muertos; la mar por enero haga tan grandes »tempestades y terremotos, que el estrecho de Gibral»tar no se navegue sino en navíos. Y haciendo lo que »nos queremos, os hemos por público papa, nuestro »superior espiritual, y no anatematizamos ni desco»mulgamos, y os desallanamos cualquier tesoro que »tengais, dándonos tal parte dél, que no sea menos del »tercio ó quinto. Dada en Tordesillas en la cámara de »mi datario [1] del obispo de Niza, donde se habla de »buen seso.»

Despues desto pasado, torna la historia á contar de cómo el condestable fué en Pamplona y cómo la cesárea majestad le aparejó para que entrase en Francia; y si á este bienaventurado emperador le dejaran los grandes del reino entrar en Francia, no poco se acordaran en Francia de su majestad. La razon por qué no entró, fué porque todos los grandes y perlados y ricos hombres y caballeros y religiosos y ciudadanos y oficiales y labradores que allí se hallaban, se echaron á los piés de su majestad, suplicándole que en Francia no entrase, porque el tiempo era el mas duro del invierno; era por el mes de diciembre, y las nieves eran muchas, que se sumian los caballos hasta las cinchas, y los bastimentos y municiones no podian pasar, y la tierra era de tantos tremedales y lodos, y los rios caudalosos y frios, y otros malos pasos donde perescieran muchas gentes, y que demás desto la entrada en Francia era mas despoblada que las barbas de don Alonso Tellez y del conde de Oropesa y de Laxao, el mozo, que por otro nombre se llamaba el Turco. Y dijo este venerable Emperador, que no le satisfacia ninguna cosa, ni por eso queria dejar su propósito comenzado; pero tanto cargaron los ruegos y suplicaciones destos sobredichos, que dijo á los grandes y perlados que allí se hallaron: «Vosotros me excusais esta entrada, dejarlo he por agora de hacer.» Y tambien su majestad lo hizo habiendo respeto á que ninguno de sus vasallos pereciese [2] por lo que dicho es. Voto á Dios y á los santos san Vicente y sus hermanos, que la ciudad de Santo Domingo de la Calzada está á media legua de Bañares, y por eso el duque de Nájara paresce notario apostólico que se le perdieron las escribanías. El Condestable tomó su camino, y el bienaventurado Emperador y los grandes salieron con él cuanto una pieza, diciéndole cuánto confiaba en su esfuerzo y saber y persona, aunque por otra parte los vasallos de Medina de Pomar eran almas de cabezales que continuo andaban por Castro á comprar pluma; y el Condestable se apeó á besar las manos al Emperador. Su majestad le encomendó á Dios y le dijo: «Condestable, si viéredes que las mulas de la artillería cansaren, hacérmelo heis saber; porque yo enviaré tales personas de mis reinos, que las saquen de cualquier peligro que estuvieren.»

CAPITULO XXVIII.

De cómo el Condestable llegó á cercar la villa de Fuenterabía, y cómo asentó su real sobre franceses, y de cómo se le dieron carta perdida.

Llegado el Condestable á la villa de Fuenterabía, mandó asentar su real á un tiro de ballesta della, y envió á decir á los franceses que luego la dejasen, y donde no, que mal de su grado lo harian. Los franceses que dentro estaban, como sean bravos en tiempo de prosperidad y mentirosos en tiempo de nescesidad, dijeron que nunca la dejarian, y que antes entendian entrar por Castilla. El Condestable, como esto viese, acordóse cómo el Emperador le habia enviado, y dijo á los capitanes: «Señores y amigos, ya conosceis las palabras de los franceses y un refran que dicen en Castilla: Palabras y plumas llévalas el viento [3].» Y luego el Condestable, capitan general, mandó á Meneses de Bobadilla, capitan de hombres d'armas, que con su gente llegase hasta la puerta de Bayona y que tuviese cargo de meter en razones al capitan general de Francia, musiur de la Paliza, que ansí convenia, y que no se cansase de hablar. E luego este capitan lo hizo, con deseo de servir á su majestad, y no le faltó esfuerzo para pelear ni gana para parlar. Al conde de Oñate mandó que su gente pusiese hácia la mar, de manera que los pescados que eran en la pertenencia de Francia no los dejase pelear con los savalos y salmones que estaban en la pertenencia de Castilla, y á la gente del adelantado de Granada mandó que estoviesen en torno de la villa, y que mirasen á las libranzas que el dicho adelantado daba, que nunca se aceptaban; y á la gente del duque de Béjar mandó estar entre el cielo y la tierra, y á la del duque de Nájara mandó estar en frente del artillería de Francia, porque eran muy fuertes y habian gana y voluntad de la conservacion de sus vidas; y á don Alvaro de Zúñiga, hermano del conde de Aguilar, que era capitan de la gente de su tio el duque de Béjar, mandó que, por cuanto este capitan era rico de viento y pobre de bienes de fortuna y ganoso de honra, y no cobarde, que estoviese en lo mas blando de los lodos y que las noches durmiese sobre tierra. Otro tanto mandó al capitan del artillería, que parescia maestro de mostrar gramática á musiur de Brisac y á Bolton, y

[1] de Medotoni datario (B. y C.)

[2] perezcan (B.)

[3] A. añade: y á don Alonso de Zúñiga.

á Juan de Aduza y á Hernando del Pulgar, que parescia buey viejo ahogado en laguna que está en Rodilana, aldea de Medina del Campo. Todo esto proveido, el Condestable se dió tal maña y apretó de tal manera á los de la villa, que no lo pudieron sufrir; y si el tiempo, como dicho es, no fuera tan trabajoso, no solo tomara la villa, mas entrara en Francia y la posiera so el señorío del Emperador. Y luego los de la villa enviaron á tratar con el Condestable, y el Condestable no les queria admitir razones, antes daba á los franceses tan mala vida, que daban al diablo á musiur de Lantrech y á Montmoransi[1] y á los del parlamento de Paris; y si no fuera por los que dentro estaban del Rey, y no de su majestad, no esperaran los franceses al Condestable; el cual, veyendo que los españoles pasaban, envió á suplicar á su majestad que perdonase á los de sus reinos que dentro estaban, para que no pereciesen en el campo; y su majestad, como fuese piadoso y tuviese concepto[2] de sus vasallos que moririan si fuese menester, envió á mandar al Condestable que ansí se hiciese[3], y luego la villa se entregó, y para ello no habia razon, porque estaban muy bastecidos, ansí de municiones como de viandas y gentes. Comunidad, rey de los glotonistas[4], viendo que con la pujanza del vino que tenian y con la soberbia, no miraban lo que despues les vino, y que no respondian á su rey, fué muy lastimado de ello, y envió sobre la ciudad un su capitan llamado Jacob Cabrensis, y mandó que sin hacer con ellos razones buenas ni malas, estoviese sobre ella hasta que de las Alpujarras fuesen socorridos; y ansí se hizo, y la ciudad fué tomada y todos muertos y presos. Y no menos hiciera este capitan general, sino que la piedad deste glorioso emperador perdonaba, acordándose de Dios.

CAPITULO XXIX.

De cómo despues de haber tomado á Fuenterabía, la cesárea majestad se fué á Castilla y llegó á Búrgos.

Esto acabado, el Emperador llegó á Búrgos, donde fué con mucha alegría rescebido, y hiciéronle fiestas de justas y torneos y otras cosas muchas; y ahí vino doña María de Mendoza, marquesa de Cenete, con Mariana de Tierra-Firme, por casar con Enrique, conde de Nasao, camarero mayor del Emperador, por su bondad y buena fama y ser de linaje de emperadores. Esta marquesa concedió en el casamiento á ruego del Emperador; tratáronlo el condestable de Castilla y don Juan de Fonseca, obispo de Búrgos, que parescia herrero de Tordehumos ó vasija llena de pólvora, y don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar; y como el casamiento no se concluyese tan presto como el Duque queria, dijo: «Juro á Dios, y por el cuerpo de Dios, y por la solicitud de musiur de Laxao, que estoy en tiempo de poner pleito al conde de Benavente[5] sobre que no traiga borricas de camino.» Y como la Marquesa estas palabras oyese, de compasion que hobo al dicho duque, aceptó el casamiento, y luego fué hecho mártes en la noche, víspera de Carnestolendas, á 21 del mes de agosto. Fué concertado que se desposase la dicha marquesa, y tomó las manos el arzobispo de Toledo, don Alvaro de Fonseca, el cual parecia galgo con calambre, y dijo con voz flaca: «Señor Enrique, conde de Nasao, que paresceis toronja que comienza á madurar, ú olla de carne de membrillos de miel, ¿tomais y quereis á doña María de Mendoza, marquesa de Cenete, por mujer, aunque paresce colchon de holanda lleno de algodon, ó á Guadiana cuando sale de madre?» Respondió: «Payor mas y otro soy hoy.» El dia de San Juan siguiente del año 1525, víspera de la Epifanía, fueron hechas fiestas, y á ellas salió Antonio de Fonseca, comendador mayor de Castilla, muy ricamente guarnido, y mostró todo el placer que pudo como buen caballero. En este tiempo vinieron nuevas cómo el cardenal de Santa Cruz, y el papa Innocencio, y el marqués de Tarifa, y Juan de Borgoña, y fray Pascual, obispo de Búrgos, y el dotor Angulo, que fué obispo de Córdoba, y fray Juan Hurtado, y fray Francisco de los Angeles, del órden de los Menores, se concertaban á jugar á la pelota los dineros de don Cristóbal de Toledo, el clavero de Calatrava, y de don Francisco de Tobar y de don Luis de la Cueva, en el monesterio de Santa Clara de Torquemada; y esto sabido por el alcalde de Leguizamo, que parescia bolsa de aceitero llena de cuartos y blancas, mandóles que se presentasen á la corona en casa de la condesa de Ribadeo, doña Isabel Castañon, en Valladolid.

CAPITULO XXX.

Cómo el Emperador se partió de Búrgos y se fué á Valladolid, y de la cuartana y regañamiento que con ella hubo.

El gran monarca Emperador se partió de Búrgos por el mes de agosto año de 1525, y llegó á Valladolid, y fué rescebido con mucha alegría, y saliéronlo á recebir los regidores, dean y cabildo y traperos, caballeros y escuderos, médicos y los colegiales, y con ellos Saldaña, huésped del secretario Cobos, que parescia mayordomo de la cofradía de la Misericordia, y dijo á su majestad: «Señor, aquí hay trece regidores, y ninguno dellos no puede regir tres píldoras de regimiento, sino es Juan Rodriguez de Baeza, que paresce asno con modorra, y el comendador Santistéban, reloj que lleva las pesas abajo, y Godinez, culo de fraile bernardo en escabeche; junto con esto, suplico á vuestra majestad que entre en la villa montado sobre Gracian ginovés á la brida, y al Duque lleven sobre Mondéjar, buen caballero, devoto de la oracion del dean de Córdoba. Y su majestad, por dar contentamiento á Saldaña, dijo: «Voto á Dios, de mi voluntad no lo hago tanto como por dar placer al pueblo;» y así, su majestad entró en la villa, y no poca alegría se hizo en ella; y dende á pocos dias su majestad adolesció de una grave enfermedad que se llama cuartana, con regañamiento de criados y amigos, y de negocios no menos.

CAPITULO XXXI.

De cómo el Emperador regañando adolesció en Valladolid, y de los que hizo regañar y regañaron con él.

Este bienaventurado Emperador, como fué llegado á Valladolid y rescibido como dicho es, adolesció de enfermedad que no la quisiera el coronista don Fran-

[1] Mimoransi (A.)
[2] consejo
[3] como lo escribió, (añade B.)
[4] Amenidad, rey de los glomotas, (C.)
[5] Ureña (C.)

cés, porque dello no se le siguió provecho ni honra, antes enojos; y fué ansí, que como la enfermedad se agravase, y este historiador entrase en la cámara, su majestad le decia muchas veces: «Señor don Francés, id vous con todos los diablos, y llevadme de ahí á musiur de Laxao, que paresce berengena en vinagre cortida, y al marqués de Pescara, que paresce aposentador del papa Pio, y dad una bofetada al prior de Guadalupe, y azotad al doctor Melgar, que paresce labrador acusado por brujo, y jugad á la pelota con el doctor Alfaro, que paresce bragas de fray Juan Hurtado ó religiosa con rija; y si el dotor en artes se agraviare, decilde que le tengo buena voluntad, y que no deje por eso de parescer algo deshonesto, y algodones de tintero ó cebolla asada. Y el doctor Ponte apeló desto con los diez mil que tiene. El gobernador de Brusa[1] dijo: «Dotor, pareceis mula rucia[2] del prior de Guadalupe, ó treinta y tres libras de azúcar piedra, y que os vais con todos los diablos, ó con el señor Garci Sanchez de Badajoz.» Con estas desesperaciones y regañamientos, tenia el Emperador un perro llamado Samper[3], que parescia al conde de Ayamonte, y otros dicen que á don Pedro Puertocarrero. El Emperador amó tanto á este perro porque era tan virtuoso como el secretario Urries[4], y no menos que el capellan Llanos; y con la calentura y frio que un dia le vino, y con el enojo que hobo, dióle una puñada en el estómago al hijo de Laxao y le dijo: «Vos, don Rapaz, que pareceis puerco cocido y estáis parlando.» Y luego esto pasado, llegó el duque de Béjar y dijo al Emperador: «Señor, si vuestra majestad no cabalgase en caballos saltadores y no corriesen las postas, no vernia en este estado.» El Emperador le dijo: «Duque, paresceis monja que se caga toda, ó cuna en que acallan niños.» El Duque, como esto oyó, fué muy enojado, y habló con el duque de Medina-Sidonia, su sobrino, que parescia á Adan cuando le echaron del paraíso terrenal; y con don Alonso de Castilla, obispo de Calahorra, y con el vizconde de Balbuena, y con Diego de Vera, capitan del artillería, y con Juan de Sande, vecino de Cáceres, hermano del cardenal Santa Cruz, y con Juan de Sahagun, vecino de Madrigal, sastre que fué de la reina doña Isabel, de gloriosa memoria, y con Juan de Sayavedra, su hijo, y con el cómitre de las galeras, y con el alcaide de Perpiñan, y con don Bernaldino del Castillo[5], vecino de Salamanca, y con el conde de Luna, y con Hernando de Bernuy, vecino de Búrgos, y con el alguacil Juan Gudiel[6], el cual hizo su penitencia, y con Francisco de Pajares, vecino de Avila, y con Pacheco, vecino de Ciudad-Rodrigo, que parescia pantorrilla de asturiano, y con el comendador de la Zarza, Juan de Guzman, que parescia burro atado á estaca, y díjoles: «Amigos y señores, el Emperador nuestro señor es flemático y sanguino, de donde le viene ser noble, y Dios, por los pecados de don Alverique valenciano ó por las coplas de Boscan ó por las teologías del presidente de Granada, ha querido y tenido por bien de dar al Emperador nuestro señor tal enfermedad, que reniegue mas que el duque de Trayeto y que blasfeme mas que el obispo de Guadix[7]; por ende conviene que roguemos á don Pedro de Guevara y á don Pero Hernandez de Córdoba, que paresce suegro de Velez de la Gomera ó hijo de Fez, y al marqués de Tarifa, que paresce fiel ejecutor de Badajoz ó hombre que va á vender terneras á la feria de Coria[8], para que se echen en Oran[9], que son tales personas que probaron bien en el peligrinaje de Jerusalen.

Esto acabado, en la corte habia un caballero camarero de su majestad, llamado don Antonio de Córdoba, hermano del conde de Cabra, tio del duque de Sesa; este caballero, por parescer bien á este afortunado Emperador, y por el amor y deseo que tuvo á su servicio, deliberó de ser cuartanario por tenerle compañía; y como á Dios nuestro Señor nada se le pasa de bien sin galardon, dió á este don Antonio cuartana con frio á tiempo que á su majestad venian algunos enojos, y á las veces regaños, como al Emperador; y cuando á la majestad cesárea le traian las rentas de sus reinos, á este don Antonio le crescia la barriga y se le acortaba el vestir y aun calzar.

CAPITULO XXXII.

De cómo el Emperador envió á llamar algunos médicos que dél curaban, y lo que les dijo.

El Emperador dijo: «Amigos médicos y criados mios, malditas sean vuestras medicinas, vuestros Galienos y Avenruices, porque la cuartana ha tenido y tiene en mí novenas; y vos, maestre Liberal, gesto de vizcaíno con espíritus ó de perra parida debajo de cama, ¿en qué está mi mal?» Maestre Liberal respondió: «Micer, eso será, el diablo me emporte si no tengo una gamba rompida, que no vale un real, y mas renegado soy que vuestra majestad.» Al dotor Ponte dijo: «Macho rucio de fraile jerónimo, ó cebolla mondada, ¿qué os parece? qué término tendrá mi enfermedad?» El dotor Ponte respondió: «¿Qué sé yo? Pregúntelo vuestra majestad á Ruy Diaz de Rojas.» El Emperador enfermo con enojo mandó á este dotor que lo llevasen á Portillo, y lo echasen de arriba á rodar, y así se hizo; y como este dotor fue rodando, no paró hasta un arrabal que abajo está, y como llegase recio, derribó dos hornos y media iglesia, y mató dos viejas y un niño.

El invencible Emperador se volvió para el dotor Melgar y le dijo: «Dotor, pareceis villana amancebada ó loba vieja de judío pobre; maldito seais de Dios, vos y vuestras priesas que teneis en andar; ¿qué será de mi mal?» El dotor Melgar respondió: «Por mi fee, Señor, quien me saca de mi casa de comer olla con nabos y berzas, no sé qué le diga.» El doctor Alfaro, como esto oyó, estaba muerto de miedo; y riyendo le dijo su majestad: «Alfaro, paresceis gallina cenicienta ó dama vieja con lunar en la cara, ¿qué me decis?» Y el dotor Alfaro no supo responder á su majestad.

Al doctor Narciso dijo: «Pues que sois estrólogo, hombre de buen saber en todo y en mapamundi, ¿hallais que tengan tierras ó hacienda los hermanos del

[1] Briesa (C.)—Bresca (A.)
[2] A. añade: del donado.
[3] Sanperez (C.)
[4] Arias (C.)—Urrias (A.)
[5] Castilla, (C.)
[6] San Juan de Gudiel, el cual San Juan, etc. (A.)
[7] duque de Guadix; (C.)
[8] Córdoba (A.)
[9] en oraciones, (Id.)

conde de Feria [1] y don Luis de Avila y don Alvaro de Zúñiga? Otrosí, ¿sabeis que se da sentencia por don Pedro de la Cueva en el pleito que trae sobre Torre Galindo, con el conde de Siruela, su hermano?» El Doctor dijo: «Señor, eso mejor lo sabrá el conde de Miranda y el conde de Haro que yo, porque son letrados, y el uno ayuda á la una parte y el otro á la otra.» Su majestad, como toviese buena voluntad á este dotor, no le dijo mas.

Cesárea, católica majestad, escripto está en el libro levítico de los *Reyes*, que estando el rey Salomon en la ciudad de Clavos y Pimienta, en la provincia de las Mieses [2], le vino aviso cómo un su capitan llamado Angelo Jacobensis, natural de Tordehumos, que es al setentrional, estaba acusado de los samaritanos y saduceos, de que se queria levantar en la tierra, seyendo ingrato á los beneficios que habia rescebido de don Alonso Colon, almirante de las Indias, cuando en cierto cerco le habia socorrido con diacitron y mermeladas; y como por el rey Salomon fuese sabido, envió sus mandamientos y apercibimientos á la costanilla de Valladolid y á las cuatro calles de Toledo y á la puerta de Minjao de Sevilla y á las villas de Almazan y Soria, porque de allí creia haber cabos de escuadra asaz levitenses que fuesen sobre la ciudad y provincia, y mandó que entrasen y tomasen por fuerza de armas, y descapullasen [3] cuantos en ella habia y hallasen; y la villa se tomó y no se descapulló ninguno, porque ya estaba hecho.

CAPITULO XXXIII.

De cómo el Emperador fué aconsejado que saliese de Valladolid, porque mudando la tierra, con ayuda de Dios, se le quitaria la cuartana; y de cómo fué para Tordesillas, y se desposó allí la serenísima infanta doña Catalina, su hermana, con el rey don Juan de Portugal.

El César Emperador se partió para Tordesillas en 20 del mes de agosto año de 1524, y llegó á Tordesillas, y con él muchos grandes y perlados de sus reinos, y ahí estuvo algunos dias, y tratóse y celebróse casamiento entre el serenísimo rey don Juan de Portugal y la excelente infanta dóña Catalina, y despues de acabados los tratos, se desposó Pedro Correa, embajador del rey de Portugal, con la señora Infanta, y su majestad mandó á don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, que les tomase las manos, y ansí fué hecho; y el Arzobispo estaba vestido de grana y era luengo y bien delgado, y díjole este coronista que parescia gallo [4] desollado, y desto riyó mucho La Trullera, gentil hombre de cámara, el cual parescia asadura deste arzobispo. El Arzobispo dijo á la señora Infanta que si tenia dada alguna otra palabra de casamiento y si alguno otro lo sabia, que lo dijese, so pena d'escomunion mayor; y este don Francés, como fuese celoso del servicio de Dios y guardase sus santos mandamientos, dijo que él sabia que la señora Infanta habia dado palabra de casamiento á Gonzalo del Rio, regidor de Segovia, el cual fué criado del rey don Fruela; y como el alto Emperador y los grandes que ahí estaban esto oyesen, fueron turbados, y luego el Emperador mandó llamar tales personas que lo viesen y determinasen, y luego fueron llamadas las personas siguientes: el abad [5] de Nájera y el capitan Corvera y el dean de Plasencia Juan Carrillo de Toledo, el secretario Villegas y fray Pedro Verdugo, de la órden de Alcántara, que parescia caballerizo de Meneses de Bobadilla ó confesor del adelantado de Cazorla, y fray Severo, mostrador de Caton y Terencio á los nietos del duque de Alba, y fray Bernardo Gentil, coronista y parlerista *in magnam quantitatem*, y Rodrigo de Rua, teniente de contador por Antonio de Fonseca, y Diego de Cáceres, el de la cuchillada, vecino de Segovia, y visto por ellos, dieron esta sentencia:

«De nos los jueces árbitros descomponedores razonablemente griegos, debemos fallar y fallamos que el dicho casamiento no es valedero, ni debe valer nada, y lo desatamos y anulamos, y decimos que, por cuanto la muy alta infanta doña Catalina es muchacha y de poca edad, y las palabras que al dicho regidor dió de casamiento no sean válidas, y tambien porque la dicha infanta paresce palomo blanco duendo; y otrosí, el dicho regidor no podrá ser casado, porque las corónicas antiguas dicen que este regidor fué desposado con doña Sancha de Lara, madre del conde de Vela, y tia de Pero Bermudez, y esto fué que la hija del conde Fernand Gonzalez quiso entregar la villa de Santistéban de Gormaz al rey Almanzor.

CAPITULO XXXIV.

De cómo la cesárea majestad se partió de Tordesillas para Madrid, y de cómo mandó aderezar lo que menester era para la muy alta reina de Portugal, su hermana.

Su majestad se partió para [6] Madrid [7] por el mes de noviembre, y hacia muchas aguas, y como pudo llegó á la villa, y fueron con muchas alegrías y placeres rescebidos, y su majestad, aunque cuartanario, se iba riendo por dar placer á los de la villa y á los suyos, aunque despues de entrado lo pagaron los de la cámara, que á todos apuñeó. La historia torna á contar de cómo la serenísima reina de Portugal se partió de Tordesillas para Portugal, y su majestad dejó mandado que con ella fuese el ilustrísimo duque de Béjar, porque en la verdad lo querian bien y lo tenian por bueno, aunque se halla que este duque, jugando un dia con la reina Germana, en vida del Rey Católico, á la primera, el Duque, no sabiendo de juego, tomó consigo á don Pedro de Zúñiga, hermano del conde de Miranda, y la Reina tenia cuarenta y dos puntos y el Duque no tenia nada; y el dicho don Pedro de Zúñiga, que jugaba con el duque de Béjar, quiso dar cachada [8] á la Reina y metió doscientos ducados, y la Reina y los otros jugadores se echaron. El dicho don Pedro con gran risa y placer dijo al Duque: «Señor, con cachada, no teniendo nada, les habemos ganado el juego.» El Duque dijo: «Nunca plega á Dios que con ruindad y cachada gane los dineros;» y no los quiso tomar. Bien se cree que estos dineros no los volviera Diego de Cáceres, el de Segovia, ni el peti-rey, de ganante memoria [9].

Ansmesmo mandó su majestad al ilustrísimo don

1 Teva (C.)
2 Clavensis, (Id.)
3 descapillasen (A.)
4 grullo (Id.)
5 Alexio (A.)
6 la villa de
7 y era
8 cazada (C.)
9 el petit rey de jugante memoria. (Id.)

Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza, y á doña Francisca Enriquez, marquesa de Denia, que la acompañasen y sirviesen hasta la raya de Portugal. Al Duque mandó su majestad que se volviese desde la raya, y al obispo de Sigüenza y al alcalde de Leguizamo que entrasen en Portugal por embajadores, y á la Marquesa que entrase con la señora Reina en Portugal y estuviese lo que le paresciese; y á Alonso de Baeza que entendiese en el adrezo de todo lo que fuese menester para el casamiento y para el camino, y que mirase que ninguna dama ni dueña, ni moza de dama, fuese osada de llevar mula castaña; y ansí se hizo, salvo que Sancho Cota, secretario de la reina de Francia, llevaba un macho bermejo, que fué del prior de Guadalupe, fray Hernan Rodriguez, que está enterrado en Castro Nuño[1], en la iglesia de San Juan. Este Alonso de Baeza dió buena cuenta de todo lo que le fué mandado, y demás desto, pareció socrocio del pagador Noguerol, ó sobrino del dotor Villalobos y del marqués de Moya, cuando se hizo terceron.

CAPITULO XXXV.

De cómo la Reina partió de Tordesillas para Portugal, y de lo que en el camino pasó.

Sacra cesárea majestad, los filósofos antiguos y los romanos modernos, viéndose cercanos á la muerte, llamaron, de compasion que hobieron, al alcaide de los Donceles, visagüelo del que es hoy y vive, y no de balde. Quejábase Cipion á Diego de Vera y á don Iñigo de Mendoza, estando en la ciudad de Trento[2], cercados de los agamonitas. Grandes misterios é impetuosos escriben los platonistas y agramonteses, segun escribe Ciceron en una comedia que enderezó á los de Saelices, de los gallegos, con la influencia vendaval. Nordeste[3] heria sin piedad en las velas temerosas[4] de don Francisco de Mendoza, que despues fué obispo de Oviedo. ¡Oh señor, cuán altos son tus misterios y cuántos límites pusiste á Pero Hernandez de Córdoba, gran decidor de *antiquitate!* Segun escribe Pero Mejía de la Cerda, en una homilía que escribió á los de Montoro, en el año de nuestro maestro y redentor Jesucristo de 1525, la serenísima reina de Portugal, doña Catalina, vuestra cara y amada hermana, y tan cara como vos costará por los libros de Alonso de Baeza, escribiendo á los Vozmedianos[5], yéndose para casar con el serenísimo rey de Portugal, partió de la villa de Tordesillas, lúnes á 11 de enero del año 1525, con tal concierto, que el maestro de Roa, concertador de piernas y brazos, no se obligara á concertarlos. Y la señora Reina llegó á Medina del Campo, donde, por ser feria, quisiera comprar tres onzas de ámbar, porque era bueno, si no le fuera á la mano la ilustrísima marquesa de Denia, que como persona que todo lo sabia, dijo: «Señora, teneis de aquí á Badajoz cincuenta y siete leguas, y quereis gastar lo que teneis para la despensa.» Desto se enojó la Reina, y como era de mucha vergüenza y mochacha, con gran mesura la dijo: Marquesa, *vade in pace et amplius noli peccare*[6].

Esta señora marquesa fué de linaje de los reyes de Aragon, discreta, liberal, mujer de gran ánimo, de buena razon, hermosa, graciosa; murió de romadizo ordinario; quiso mucho á don Enrique de Rojas, su hijo; quisiérale hacer maestre de Sant Jago, si pudiera. Nunca esta marquesa caminó sin doña Ana, su hija, la cual marquesa y su hija no tenian tan luengas vistas como el conde de Altamira; en su vida siempre trujo alcorques, ayudó á acrescentar su casa, quísose ahogar yendo á las Algarrobillas, lugar que fué de sus antepasados, por le ir á ver. Murió en Calabazanos, una legua de Palencia, en el monasterio del Espina; fué plañida por doña Ana, su hija, y por don Pedro Azares[7], su criado, y decia en el planto: Marquesa, *oculos tuos ad nos converte.* Sobre su sepoltura fué puesto un rétulo que decia: «Dejar hombre su casa y reposo,» grave preceto y duros trabajos: fallesció año de 92, y parescció dueña de honor de doña Teresa Enriquez.

CAPITULO XXXVI.

De cómo la Reina partió de Medina del Campo y fué para Madrigal por ver la hija del Rey Católico.

Sábado siguiente su alteza partió de Medina del Campo con el reverendo don Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza, gesto de apóstol contento, con los sus treinta y cuatro caballeros de Sigüenza, todos de espuela dorada de á dos palmos y tres dedos, al modo del tiempo pasado, cuando los alárabes señoreaban las Españas; y quisieron decir los oradores y coronistas y filósofos que estas espuelas fueron sacadas de unas sepulturas antiguas que están en el monesterio de Oña ó en Sancta María de Retuerta ó de Valbuena del rey Wamba, y que eran de Nuño Rasura ó de Gil Diaz, sobrino de doña Jimena, mujer que fué del Cid Ruy Diaz. Este obispo fué de linaje de los reyes de Portugal, hombre de muy buena conversacion, discreto, liberal, amado de los suyos; tuvo en justicia su iglesia y súbditos; fué mas ancho que luengo; murió luchando con un buey; cayó en un barranco, y por valerle uno de los suyos, que se llamaba Pedro de la Huerta, vecino de Molina, que era mas ancho que una aceña, el caballero y el buey cayeron sobre el Obispo, y el Obispo dijo al tiempo del espirar: «¿Quién trajo aquí este buey y asno[8] sobre mí?» Y de allí fué sacado y sepultado en la iglesia de Aguilar, aldea de Montemayor, y de ahí trasladado en la villa de San Estéban[9] de Gormaz, y al tiempo que lo llevaban reventaron trescientos pares de bueyes. Dió el ánima á Dios como buen cristiano, despues de haber cobrado y recaudado todas las rentas de su obispado.

CAPITULO XXXVII.

De cómo la señora Reina salió de Madrigal y se despidió de las religiosas, y de lo que al tiempo de su partida acaesció.

El lúnes adelante del dicho mes su alteza salió de Madrigal, á do habia ido por ver á sus tias las hijas del

1 Castro Mocho, (C.)
2 Tuy A.)
3 vendabálica nordest (C. y B.)
4 en las terribles y tenebrosas ancas de don Francisco de Mendoza, (C.)
5 segun escribe en sus comedias, (A.)
6 et amplius noli fraslare. (B.) — noli parlare. (C.)
7 Arias, (C.) — Carayz, (B.)
8 y á esotro (A.)
9 Sant Tis (C.)

muy alto rey don Hernando, su abuelo, de gloriosa memoria; donde fué festejada de muchos buñuelos y otras frutas de sarten que las monjas acostumbran á dar, y fué servida de mucha alcorza que le dieron para cuando pasase las barcas de Alconetar; y la Reina diólas á guardar á su camarera, doña María de Velasco. Quieren decir que Juan Velazquez, hijo desta María de Velasco, comendador mayor de la órden de Calatrava, hurtó á su madre harta parte de las alcorzas. Como quiera que sea, las alcorzas nunca parescieron, de lo cual hobo mucho enojo la marquesa de Denia, que mucho le duró, y por esto que las monjas dieron á la Reina, le demandaron por manera de limosna treinta y nueve zamarras y sesenta y tres pares de chapines y cinco espaldas de carnero, y doce arrobas de aceite para la Cuaresma. Y al tiempo que la Reina se despidió, lloraron tanto las unas con las otras, que era cosa de admiracion. Hallóse al tiempo del planto un caballero mancebo, de la órden de Santiago, que se llamaba don Miguel de Velasco, de harta dispusicion, criado para salvaje el año que pronosticaron don Pedro Martin y el conde de Palma; y como este don Miguel fuese de noble condicion, ayudábalas á llorar, y lloró tanto, que espantó cual quedó, y si no fuera por un su hermano, que le consolara, diciendo: «Frater mi, mírame al gesto, que lo tengo de calavera de Alymaimon, rey de Toledo, ó de potra sacada en Curiel; y acordáos que habeis de morir,» no cesara el planto. Este hermano que le consolaba se llamaba don Miguel, del cual dijo este coronista delante del Emperador que parescia labrador con espíritus ó sabueso que roia huesos. Otro dia siguiente, á 26 del dicho mes, este don Miguel vino al palacio de su alteza con un zamarro vestido y con un bonetico de grana; fué dicho por el coronista que parescia cura de las ánimas de Antonio, archero de su majestad, y de Peti-Juan, flamenco. Estas señoras monjas murieron de hambre y mataron muchas gentes con importunidades. Este caballero don Miguel de Velasco fué de alta estatura, á manera de la picota de Valladolid, y muy liberal, si tuviera de qué; murió de pasmo en una aldea que se dice Holguera, tierra de Galisteo; no le quisieron dar sepultura porque era grande; fué enterrado en el campo con concordia de todos los pueblos; este don Miguel parescia además hijo de caballero á la brida del nuncio del Papa.

CAPITULO XXXVIII.

De cómo la Reina llegó á Peñaranda, y cómo Juan de Bracamonte, señor de la villa, y los suyos salieron al campo á besar las manos á su alteza, y de lo que en el recebimiento pasó.

La Reina fué para Peñaranda, y salió á rescebirla Juan de Bracamonte, señor de la dicha villa, á caballo, con espuelas de acicate, y con él iban cuatro criados á la jineta, con caperuzas de paño azul con fajas de brocatelo; entre los cuales iban un paje de lanza del dicho Juan de Bracamonte, con un tahelí y una porra de armas y un almaizal ceñidos, y cuanto un tiro de ballesta, arremetieron todos de tropel diciendo á grandes voces: «Peñaranda, Peñaranda;» y con el tropel de los caballeros se espantaron las mulas, y la Reina cayó en un charco, y la Marquesa quedó colgada del un pié del angarilla; y como ansí estoviese, dijo con la rabia de la muerte: «¡Ay mi fijo don Enrique! nunca vos vea yo[1] pesar.» Y por esto Pero Correa, embajador del rey de Portugal, se enojó con ira que hobo, y dijo al dicho don Juan de Bracamonte:» Tirados muyto enhoramaa, cabaleyrinos sem concerto y mesura, rogad vos a o demo que non vos tome eu en Setubal ó en Evora cidade.» Y luego se metió en medio un caballero llamado don Jorge de Portugal, habitante en Sevilla en el alcázar de dicha ciudad, diciendo: «Por esta cruz, don Braconhada, que si mi padre don Alvaro fuera vivo, yo vos hiciera quitar el mercado de Peñaranda[2].» Este caballero embajador fué buen caballero, sábio y celoso del servicio del Emperador; paresció maestro de hacer imágines de pincel ú hombre de Levante; murió de enojo de que vió tropezar una mula que le habia costado treinta y tres ducados, y deseó acabar negocios en Castilla; fué enterrado en el Cañaveral y despues depositado en las Alpujarras, y despues de algunos dias fué llevado por el estrecho de Gibraltar á enterrar en la isla de Azamor, y sobre su sepoltura puso el dotor Faria un rótulo que decia: «Ollos morenos, ¿cuándo nos verémos?»

CAPITULO XXXIX.

De cómo la Reina partió de Peñaranda y vino á la villa de Alba de Tórmes, y cómo fué rescebida.

A 13 del mes de diciembre la serenísima Reina llegó á Tórmes, y fué rescebida con mucho placer del duque de Alba y sus parientes y criados; en el rescebimiento hobo diez y siete albardanes baladíes, envergonzantes desvergonzados, pobres de donaires; iban unos dellos diciendo: «Viva el duque de Alba, mi señor, que paresce anadon torzuelo[3].» Fueron bien hospedados y proveidos de lo que hobieron menester, tanto, que decian las mozas de las damas:» ¡Oh Jesus, si no pasásemos de aquí!» y decia el confesor: *Bonum est nos hic esse.* Este duque fué buen caballero, tuvo talle de baul por cocer ó calabaza á la jineta, cortado el pescuezo; fué del linaje de los reyes de Aragon y de Castilla, franco y animoso y buen cristiano; tuvo las grevas gordas y anchas; murió este duque en Pamplona, año de 18; fué enterrado en un pipote de lenguados en escabeche de don Antonio de Fonseca, y colgado en Roncesvalles, cabo la porra de Oliveros, y su sepultura tiene una letra que dice: «Duque de Alba, *non dormite,* sino *requiescat* en vuestro nieto[4].» Despues fué trasladado á Guadalcanal, de donde fueron sus pasados. Paresció en vida toro desjarretado, y en muerte no paresció nada.

Hallóse allí su hermano don Hernando de Toledo, comendador mayor de Leon, que parescia moro apaleado; nunca porfió en toda su vida con nadie; por otra parte parescia pisada de gato en masa. Tambien se halló allí su hermano don García de Toledo, señor de la Horcajada, el gran jinete.

[1] nunca vea yo la muerte (A.)

[2] «Eu vos juro á Deos, don Bracanhada, que si meu pay dom Alvaro de Portugal fora vivo, eu vos ficera gustar ó mercado de Penharanda.» (A y C.)

[3] torcuelo. (A.) — reculo. (C.)

[4] *Dormit,* duque de Alba, y *requiescat* en vuestro nieto. (Id.)

CAPITULO XL.

De cómo la Reina vino á la Calzada, tierra de Béjar.

La reina de Portugal vino á la Calzada, aldea de Béjar; allí salió el Duque al dicho lugar para ir con su alteza hasta Portugal, como por el muy alto Emperador le fué mandado. Luego el juéves, á 16 de enero de 1525, llegó allí el duque de Béjar, muy acompañado de deudos y caballeros y criados suyos, á besar las manos á la Reina, para ir con ella hasta Portugal, como le era mandado; y otro dia viérnes su alteza, con los dichos señores, se partió de la Calzada, y el tiempo fué tan contrario, que cuando á las barcas llegamos, mas parescíamos rebusco de los de Egito que gentes que ibamos á bodas, porque unos hablaban latin y otros romance, otros griego; pues hebráico no faltaba quien lo hablase y aun quien lo entendiese. Así llegó su alteza y los dichos caballeros á la ribera de Tajo, adó dicen las barcas de Alconetar, y tres leguas antes nos tomó gran tempestad de aires y aguas, que pensamos ser todos perdidos, de donde redundó en algunas damas mucha correncia y cámaras, en tanta manera, que dende á dos dias un cabo á otro iba el rio lleno de mierda. Elvira de Avila, dueña de la Reina, estando en un barco en presencia de todo el pueblo, soltó un tronido á manera d'escopeta mojada la pólvora, y doña Margarita de Tobar, dueña de la Reina, como cerca estaba, dijo como espantada: «¡Santa Bárbara! qu'esto significa que el mundo se quiere acabar;» y con esto se alborotaron todos, y por evitar escándalos y asegurar la gente dijo esta dueña en alta voz: «Reposáisos, señores, que no es lo que pensais, que yo daré el dañador;» é con esto se reposaron.

Este duque de Béjar fué buen caballero y del linaje de los reyes de Españia, buen cristiano, amador de verdad; fué leal á su rey, traia de camino dos pares de borceguíes con unas botas encima y balandran con muceta, á modo que hoy andan los abades de San Millan de la Cogolla; juraba siempre á Dios y por el cuerpo de Dios; murió en Santarem, de enfermedad que hobo de ver que se acababan los ducados de á dos, despues de haber casado el comendador Moscoso, año de 543, cuando el rey don Rodrigo perdia las Españas.

Este duque hubo la contaduría mayor, por renunciacion de Diego Arias, á pesar del conde de Puño en rostro; fué su confesor el obispo don Pablo; fué sepultado en Gibraleon, y mandó poner encima de su sepultura la marquesa de Ayamonte, su cuñada, una letra que decia: *Domine, tu scis quia amo te.*

CAPITULO XLI.

De lo que mas avino estando á la ribera del Tajo.

Católica majestad, grandes avisos y amonestaciones son las que Dios hace á los cristianos, y á mas á los que somos cercanos, de lo cual tenemos hartos ejemplos. Estando Tobías en Barcelona tratando un casamiento de una hija de Juan de Lanuza con don Berenguel de Olmos, capitan que fué de las galeras, le vinieron nuevas que la que habia de ser casada, comiendo un poco de azúcar rosado y bebiendo un poco de agua de endibia, se ahogó; ansí que los hombres deben tomar enjemplo. Esto digo por el pasar de las barcas de Alconetar, é fué ansí: que la Reina, con las dichas señoras y caballeros que ahí estaban, llegó á la ribera de Tajo, víspera de San Sebastian del dicho año, en una mula rucia, que parescia madre del dotor Ponte; y como dos horas antes la marquesa de Denia se hubiera de ahogar en un riaton, adonde habia prometido, si Dios de allí la sacaba, de querer bien al marqués de Aguilar, su consuegro, y obedecer los consejos del conde de Miranda. Pues la Reina y todos los que ahí estábamos á la orilla del rio, desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde nos detuvimos, habiendo consejo si pasariamos ó no, porque el rio venia muy grande, y cada hora crecian mas las aguas, y el rio traia muchos maderos, que parescian algunos al adelantado de Cazorla ó al obispo de Búrgos, don Juan de Fonseca. Al voto vino el duque de Béjar, el cual dijo que su alteza era reina y señora de las islas de las Monas, de donde eran naturales el conde de Siruela y el almirante de Castilla y don Alonso, hijo de don Alonso Tellez, y que mirase que se iba á casar y que él iba á acompañarla y servirla, y que si este negocio se errase y su alteza se ahogase, lo que Dios no quisiese, que á él le echarian la culpa, y al rey don Dionís de Portugal, que habia doscientos años que murió; y aunque su alteza no pasase, que él queria pasar el rio, si su alteza lo mandase. La Reina respondió muy mesuradamente: «Duque, pareceis liron tomado en un arroyo que pasa por Getafe.» El obispo de Sigüenza unas veces se llegaba al voto del Duque, y otras veces rabiaba por nadar, y no lo osaba hacer por no se ahogar. Doña María de Velasco, mientra estos señores determinaban lo que se habia de hacer, estaba asentada en una peña, que parescia buho remojado, y llamó á sus hijos, á los cuales dijo desta manera: «Hijo mio don Miguel, *Absalon, fili mei*, tallo de quebranta-huesos; cuando vuestro padre muriera, solo á vos me encomendó que os diese un zamarro y os hiciese de corona; y vos Juan Velazquez, mi hijo, allegador de mi hacienda, ruégoos por la pasion de Dios, que si me ahogare, que no me desnudeis ni jugueis mis vestidos; y sí ansí lo hiciéredes, Dios te ayude, y si no, maldito seais. Fueron tantas las oraciones desta doña María de Velasco, que con las ansias de la muerte llamaba á santo Toribio de Liévana, y el salmo de *quiscumque vult*, llenando cuatro libros de pronósticos. Esta doña María fué apodada por el señor coronista que parescia mula de atabales de nuestra señora de Guadalupe. Murió de pesar que hobó de pagar los casamientos de sus hijas; fué enterrada en Garnica y trasladada á la Hinojosa, tierra de Ciudad-Rodrigo; pusieron sobre su sepultura un rétulo que decia: *Mulieres d'España, nolite flere super me, sed super filios meos.*

CAPITULO XLII.

De los pareceres que hubo sobre si pasarian el rio ó no.

El concierto de entrar en el río no se podia hacer, porque el duque de Béjar tenia de dar mala cuenta de lo que le era encomendado, y el Obispo, como dicho es, se tenia las mas veces al parescer del Duque; y en este comedio crescieron las aguas mas, ansí del cielo como del rio, y estábamos á la orilla del rio como Francisco Gonzalez, el que era españarte, estaba á la puerta de la cámara del Emperador. La Marquesa, como oyó que la pasada no se concertaba, como matrona romana, se metió en una barca con todas las damas por

lo mas áspero del rio, y con ellas Pero Correa, embajador de Portugal, al cual se encomendaban muchas dellas, pensando que era Santelmo, y algunas dellas hicieron voto de deshonrar á sus padres y de dar mala cuenta de sus honras; otras prometieron de guardar la órden de la caridad, que dejó instituida fray Alonso de Mella en Durango.

El dotor Faria, embajador, veyendo el peligro en que estaban, dijo que en cuanto á lo de Dios, él era odre de vino, y cuanto á lo del mundo, que le cortasen los piezgos, que eran los brazos y las piernas, y lo dejasen ir por el rio abajo hasta Santaren á dar las nuevas al Rey; y este dotor Faria fué buen caballero, animoso, porque el ánimo no le cabia en las carnes, segun las tenia llenas de tripas; fué buen cristiano y de mediana estatura, á modo de rodela embarnizada; parescia yerno de la fada Morgana; tuvo mucho seso, porque tenia la cabeza mayor que una tinaja y era ancho de lomos; los coronistas dicen que Troya se fundó la primera vez sobre él; fué moreno de la cinta abajo y parescia negra de la cintura arriba. Todas las veces que descargaban almoflexes con cama, las gentes maliciosas pensaban que era sobre él; murió en una villa del marqués de Denia, de enfermedad de catarro, é con las muchas aguas dióle mal de hijada, y con la rabia de la muerte soltó un trueno que derribó el carrillo izquierdo á Juan de Vozmediano; al tiempo de su muerte mandó que le leyesen el blason de sus armas, que dice: «Faria, ¿que non faria cosa que no debiese?» Otros dicen que murió en villa del marqués de Mántua y que fué enterrado en una haza que hacia trescientos cahices de trigo; otros dicen que en el celemin de Avila, que es entre el Herradon y Berraco, y aun le sobraba algo de las antífonas; fué puesto sobre su sepultura un rétulo que decia: *Saturamini corvi de nalguibus meis*, que quiere decir: Corvejonazos, hermanos del duque de Béjar, hartáos destas mis nalgas.

Desacordados de entrar en las barcas los que ahí estaban, dijo el Duque: «Juro á Dios y por el cuerpo de Dios, y por los huesos de mi bisagüela doña Isabel de Guzman, que yo sea el primero que el rio pase.» Vista la determinacion del duque don Pedro de Zúñiga, con el amor y fidelidad que á su padre tuvo, hincado de rodillas, con gran devocion dijo: *O pater, si possibile est, transeant ad me oficios y ducados vestros*; si no, yo quedo mas pobre que don Pedro de Mendoza, el de Guadix. Este don Pedro de Mendoza fué buen caballero, honesto como su padre, traia de camino dos arcas vacías y una acémila aguada; murió en el Albaicin, de compasion de ver estar bien al conde de Almazan con su mujer [1]; fué enterrado este don Pedro con los duques de Bretaña. Fué depositado en la Merced, en Segovia, con Pedro Arias, su abuelo.

Y como el alcalde Leguizamo ahí estoviese, é fuese vizcaíno, acordó Dios de le tentar como á Job, y fué que le llevó sus acémilas por el rio abajo, y como se le fueron, dijo (que bien parescia ser mi deudo) en vascuence: *Aayendi dungaza*, que quiere decir, ¿qué cuenta daré yo á la casa de Leguizamo? Este alcalde fué caballero de redonda estatura, hablaba vascuence los dias feriados; fué diestro y valiente de corazon, tenia la color de aceituna; fué justiciero, tanto, que algunos les pesaba mucho dello; murió en Tarragona de unas nuevas que le dieron, en que le dijeron que era muerto el alcalde Alonso de Herrera estando jugando á la primera; fué enterrado en un botijon de aceite; otros dicen que en una maleta de Garibay, su criado.

[1] Murió en Almazan de compasion de ver al conde de Monteagudo estar bien, etc. (C.)

CAPITULO XLIII.

Cómo la mula de su alteza y las bestias de las damas no pudieron pasar.

En una venta que del otra parte del rio estaba, los galanes que ahí se hallaron tomaron asnos y rocines y mulas, de ellos con albardas y de ellos en cerro, y cabalgaron las damas encima de las bestias y los caballeros á las ancas, teniéndolas. Y como don Jorge de Portugal fuese buen jinete, decia á la dama que llevaba: «Tenedme, Señora; si no, caerme he ó cagarme he todo.»

Este don Jorge fué del linaje de los reyes de Portugal, estragó muchos jubones de raso por sacar bocados de ellos; fué el primero que inventó andar camino á pié y de prisa; fué hombre de buenas costumbres, tanto, que el que en su casa no le llamaba vuestra señoría, y en la calle su merced, era luego despedido; fué buen cristiano, vivió honradamente, parescio esmaltador de rosicler; tuvo delgadas las piernas de la rodilla abajo, y las quijadas no gordas; lavábase la cabeza dos veces en la semana y daba cada vez al barbero un veinten; murió en la ciudad de Colonia y fué enterrado en Santaren, y sus huesos llevados por un milano á santa María de Sierra de Osa, que es en los Algarbes, donde despues este don Jorge hizo fuertes milagros.

Don Pedro de Avila llevaba una bestia menor, que en romance se dice asno, y llevaba una moza de cámara que se llamaba Bocanegra, y el requiebro que le decia era: «Nora mala os conoscí, pues por Bocanegra me perdí.» Este don Pedro fué buen caballero, discreto; amábale su madre en tanta manera, que le hizo estudiar siete años hasta que aprendió el Juvenal y Salustio Catalinario, y por esta causa vivió enfermo algun tiempo; dióle su madre á comer almendras, de donde le redundó que le nacieron las barbas á manera de cabeza de ajos cocida; tuvo un hermano no menos alto que Pero Hernandez de Córdoba, el clavero de Calatrava; la causa por que cresció tanto fué porque parescio desde niño cigüeño blanco que le cevaban de renacuajos ó ranas y otras sabandijas que en los charcos se crian. Este don Pedro de Avila murió de edad de treinta y dos años, y parescia que habia setenta y dos; quieren decir que murió dia de la Epifanía, año de la era del comendador Duran, que fué hermano del comendador Verdugo, de mille é veinticinco; fué enterrado con el regidor de Segovia, y sobre su sepultura tenia una letra que decia: «*Regidor, non te negabo*, á lo menos en la color.» Don Alvaro de Zúñiga, hermano del conde de Aguilar, llevaba á doña Margarita de Tobar en un rocin de albarda, y decia: «¡Oh Margarita! *inter asinos*;» y ella decia: «¡Oh Saturno! no en balde te señaló Naturaleza.» Este don Alvaro fué buen caballero, esforzado; sirvió bien á su majestad, como en las alteraciones de Toledo lo mostró, que muchas cosas dignas de memoria hizo en cuanto duró la guerra. Tuvo ganas de heredar á sus hermanos; fué un tiempo sacerdote contra Dios y contra los estatutos de la Iglesia; tenia desortijados los

ojos. Ninguna vez le vendieron que no se deshiciese la venta por esta tacha de los ojos; vivió y alimentóse del juego de la pelota, nunca cama ni caballo tuvo arriba de tres semanas; murió en Villadiego en una manta de caballo; no se quiso confesar, fué enterrado en un arrabal de Segovia, que se dice Santa Olalla; fallóse en su testamento que mandaba al duque de Béjar, su tio, todos sus bienes, que eran un guante de malla y unas calzas de malla sin quijotes, con que pagase por él quinientos mil maravedises de mohatras; y que á su caro y amado hermano don Bernaldino de Arellano, comendador de Ceclavin, que no habiendo en la encomienda pasas ni almendras estuviese obligado á tener dieta. Este don Bernaldino fué ahorcado de una encina y despues comido de grajos; dejó por su testamentario á don Juan de Arellano, alcaide de los Arcos, y el alma á la condesa de Aguilar, su cuñada.

Don Félix de Guzman llevaba en una pollina á doña Isabel de Mendoza, y lo que decia era: «Señora, todos me dicen que parezco á Cazalla, oficial de contadores por el duque de Béjar, mi señor. Este don Félix fué muy buen caballero, de buen gesto, deseoso de tener hacienda y nunca la pudo haber. Iba diciendo á su dama: «Ojalá, Señora, yo os tomase en Sevilla, que por vida de mi madre, que os convidase á palmitos. Murió sin hacer testamento, porque no tenia de qué; fué enterrado en la ciudad de Yucatan, porque decian que allí habia oro, con un rétulo en la mano que decia: *Quia ventus est vita mea.*

CAPITULO XLIV.

De lo que mas avino en la pasada del rio.

Don Diego Lopez de Zúñiga, señor que fué de Monterey, hijo de don Francisco de Zúñiga, como fuese devoto, hincado de rodillas á la orilla del rio, en alta voz decia, en palabras griegas por mas devocion: «Domine, tú, que libraste á Rodrigo de la Hoz del pleito, y tú, que libraste al pueblo de Israel del poder de Faraon, á mi tio el prior de San Juan del pleito con don Alonso de Toledo, líbrame hoy á mí, que paresco á maestro Jacobo, fundidor de campanas y esquilones. Este don Diego Lopez de Zúñiga fué buen caballero, y devoto en tanto grado, que traia de camino dos diurnales y veinte y seis nóminas del dean de Córdoba y la oracion de la emparedada, y porque no tropezase su mula ayunaba los viérnes. Murió en Carrion de los Condes, fué enterrado con Nuño Payo de Ontiveros, alcaide que fué de las Gordillas. Dice el autor de esta crónica que este don Diego Lopez paresció mayordomo de la beata de Avila; tuvo una letra sobre su sepoltura en letras góticas, que decia: «Estos caminos tan luengos, para mí no solian ser así.»

A 23 dias del mes de enero, año de 1524, víspera de San Sebastian, la serenísima Reina llegó á las Garrobillas del conde de Alba de Liste, donde todo abrigo hallamos, que bien menester nos era; y otro dia, que fué San Sebastian, hobo en la iglesia principal de la dicha villa sermon, y en esto vinieron todos los caballeros sigüenzanos con cadenas de oro y capas coloradas, al modo que andaban los godos en España. El autor, como los viese, los conjuró que le dijesen quién eran, y con el recio conjuro, ellos le dijeron que eran caballeros muertos que estaban depositados en los monesterios de San Pedro de Cardeña y San Pedro de Arlanza, y que se llamaban don Ordoño y Pero Bermudez y Anton Antolinez y Nuño Gustos y Lain Calvo é Martin Pelaez, el asturiano, y Gil Diaz, el que tenia el caballo del Cid, llamado Babieca, y Alvar Yañez Minaya, el de las tablas alfonsíes, y Nuño Rasura y Laerbaz y Estéban Domingo de Avila, que fué en tiempo del rey don Alonso el de la mano horadada, de donde decienden los de la casa de Avila, y don Miguel y don Vitiza y dos sobrinos del rey don Fruela, y un tio del conde Fernand Gonzalez de Brabante, y una madrastra del rey don Sancho el Deseado, que se llamó Teresa Jimenez, visagüela de doña Jimena Gomez, mujer del Cid Ruy Diaz, hija de los hijos de doña Sancha, que dicen «mal amenazado me han, y que no por al venian á acompañar al Obispo, sino porque se habia hallado su agüelo deste obispo en la de Aljubarrota, y por la gran fama de su bondad. Cuenta la corónica que estos caballeros siempre tuvieron que eran muertos, y si algun tiempo vivieron fué mientras este obispo les dió de comer; parescieron los dichos caballeros menestriles del conde de Osorno ó secretarios del conde de Coruña; otros dicen que solicitadores del conde don Fernando de Andrada, el de Galicia.

CAPITULO XLV.

De lo que mas pasó en la pasada del rio.

Los trabajos no acabados de pasar el rio, don Jorge de Portugal, como fuese celoso de su patria, acaudilló los mas portugueses que pudo, diciéndoles: «Amigos y señores, maguer que hoy no podais pasar, mi parescer es que por la honra de Portugal y porque estos castellanos vean que sois animosos, todos estéis á la orilla del rio de aquí á cuatro dias, y si torozon os tomare, mucha mas honra es para nuestro reino;» y así fué hecho.

El tesorero de la Reina no se tiraba de sobre una arca que se creia ser de las que el Cid Ruy Diaz empeñó á los judíos en Búrgos, y todo este tiempo el caballero Juan Rodriguez Mausino tuvo compañía á este tesorero y á cuantos pasaban. Contaba este Juan Rodriguez Mausino la manera y órden que tenia un bulto de piedra, y como no era de jaspe, y como Portugal era salida de engendrar despues de la batalla de Aljubarrota; y con todo esto, las carrilleras se le quebraban de frio. Este Juan Rodriguez Mausino fué buen caballero, amador del servicio de Dios y del Emperador; y estando la corte en Búrgos, posó mucho tiempo en casa de Pedro de Cartagena, y por estar la posada cerca del rio le vinieron cámaras, de donde le vino quedarse trasijado ó transitorio. Traia siempre á la boca del estómago socrocios, fué enfermo mas dias de los que vivió; lo mas del tiempo traia chamelote leonado. Parescia madre del licenciado Santiago ó hijo del pagador Noguerol, ó sea de Blas Caballero, canónigo de Toledo; comió azúcar piedra siete años por la salud; murió en el Portizuelo, cerca de Garrobillas, á 20 de julio de 1531 años; fué llorado por Julian de Lezcano y comido por sus perros y plañido por el doctor Azevedo, embajador del rey de Portugal, y despues sus huesos fueron trasladados á la villa de Comares y sobre su sepultura tenia una letra que decia: *Tristis est anima mea* [1] *in terra aliena.*

[1] meu corpo (C.)

CAPITULO XLVI.

De cómo la Reina llegó á Badajoz, que es en la raya de Portugal.

Luego dende á cuatro ó cinco dias llegó la Reina á la ciudad de Badajoz, y á una legua antes salió por le besar las manos el conde de Benalcázar, que despues fué marqués de Ayamonte, el cual venia por acompañarla; el rostro como muleto nuevo, con muchos caballeros de Extremadura, por los cuales dijo el Profeta: *In consiliis de istis non intrabit anima mea;* vuelto en romance: Si me muriere, enterradme apartado de ellos diez y seis leguas. Iban estos caballeros con cadenas, á modo de galgos fugitivos, y mas llevaba este dicho conde menestriles y atabales, y como aquella jornada se acabó, aquellos menestriles se le despidieron, y por esto no murió de pesar la Marquesa, que mucho amaba el ahorramiento de su yerno. Llegó don Jorge de Portugal al Conde, que era su sobrino, y llorando le dijo: «Señor sobrino; perdonaime, que cada vez que vos veyo me lembro de vossa may é de lo que gastó; cuando algun jubon nuevo hago, non poso dejar de chorar.» Luego llegó el Conde y besó la mano á este don Jorge, y don Jorge le dijo: «Paz sea contigo.»

Estos caballeros que iban con el Conde eran demasiadamente esforzados, porque los dias de fiesta comian malla cocida, y los dias feriados espadas picadas y acero desatado, y por ser de Extremadura el autor no los osó apodar, porque fué informado que daban espaldarazos que quitaban la habla.

Este conde fué buen caballero, y no tan liberal como quisiera el autor; deseó mucho contentar al duque de Béjar; murió en la villa de Orliens, y sobre su sepultura tenia una letra que decia: *Saltem vos amici mei.*

Llegó luego don Juan Alonso de Guzman, sobrino del duque de Béjar, á legua y media de Badajoz y llegó á besar las manos á su alteza con muchos caballeros honrados aderezados al modo de los romanos, cuando con Julio César vinieron en España. La Reina lo rescibió honradamente, entre los cuales iba un caballero antiguo, criado de la casa de Niebla, que se llamaba Francisco Carrillo y dijo á la Reina: «Señora, por vida de mi madre, que si don Juan Alonso, mi señor, estoviera en Sevilla, que os hiciera mil honras y servicios, y además desto, si llegárades á tiempo que los atunes mueren en las almadrabas, que os hiciera un pipote de hijadas de atun.»

Este don Juan Alonso de Guzman fué animoso caballero, liberal, no tan alto como Francisco Gonzalez, el gran españarte, ni tan ancho como el dotor de Agreda, ni tan colorado como el dotor de la Torre, vecino de Granada. Murió de grave enfermedad, de un divieso que le dió en el Espinar, tierra de Segovia. Fué depositado en el secretario de Castañeda, y despues fué llevado al monesterio de Pampliega. Tuvo sobre su sepultura un título que decia: «En las casas de mi padre hay mas sillas que mansiones.» *Domine adjuva me.* Tuvo por hermano á don Pedro de Guzman, buen caballero, esforzado, liberal, y parescia, demás desto, bragueton del duque de Béjar ó tio de Manuel de Sosa, portugués, capellan mayor que fué de la muy alta reina doña Leonor, hermana de la cesárea majestad. Fué de los que quedaron á orilla del rio con Juan Rodriguez Mausino, como dicho es. Y como este don Manuel se viese á par del agua muy enojado, prometió de nunca decir bien de Castilla, y en lugar de rezar sus oraciones, leia la batalla del Troncoso y que no creia en Dios por cuatro años venideros, y en señal desto echó un breviario que acaso tenia en la mano sin antífonas, en el rio y dijo: «Fazo voto á Deos y á las nescesidades de mi primo Martin Alonso de Sousa, de no rezar tercia ni sexta por espacio de quincuagena [1].

Este don Manuel fué generoso; vestia todos los inviernos recios loba de chamelote y sayo de sarga con mangas de coutrai; fué dicho por este autor que parescia confesor de don Alonso Tellez; murió de lástima que hobo por salir de Castilla. Fué enterrado en la villa de Oñate; fué desenterrado por el Conde para dar de comer á unos cernícalos que allí criaba cada año. Agora deja el cronista de contar lo que mas pasó en la jornada de Portugal, despues que entraron en aquel reino por honra de él, y vuelve á contar lo que en aquel tiempo avino al César.

CAPITULO XLVII.

De cómo la cesárea majestad, estando en Madrid con sus cuartanas, le vinieron nuevas de cómo el rey de Francia era vencido é preso por sus capitanes, é cómo los caudillos de Francia eran presos.

Ya hemos dicho cómo la reina de Portugal entró en aquel reino, á la cual dejarémos allá; que hartas veces sus damas almorzaran si tuvieran qué.

Pues estando el bienaventurado Emperador en la villa de Madrid, cada dia le venian nuevas de cómo el rey de Francia tenia cercada la ciudad de Pavía con muy pujante ejército, y estaba dentro Antonio de Leiva, que parescia cuando caminaba al Cid Ruy Diaz, cuando despues de muerto le llevaban embalsamado. Tuvo la conciencia tan ancha como don Francés de Beamonte y como don Pedro de Guevara. Fué muy valeroso, valiente é esforzado, tanto, que le pesó muchas veces al rey de Francia y á lo que todos pensaban, seria el dicho rey señor de toda Italia, segun la gran pujanza que tenia y la poca de los nuestros. Y los que esto pensaban hacian cuenta sin la huéspeda, y como el alto Redentor del mundo, juez de los corazones, viese la limpieza y rectitud deste invitísimo césar, allegándose á los que á él se allegan, y cuando á él le place las fuerzas de los soberbios son quebrantadas, tuvo por bien de quebrantar las fuerzas de los airados corazones, y fué así, que con ayuda de los buenos cristianos y vasallos que este emperador tenia, y con el gran esfuerzo y sufrimiento de Antonio de Leiva, que á la sazon estaba dentro en Pavía, y con el gran esfuerzo y fidelidad y gana de servir á este emperador de Cárlos de Lannoy y del visorey de Nápoles, criado de su majestad dende su niñez, el cual visorey fué buen caballero, esforzado y liberal, y junto con esto, parescia acenahoria macho ó palomo duendo sobre huevos, é tambien el nunca vencido marqués de Pescara, que parescia cigüeño pollo ó fraile terceron de los de Béjar ó del Castañar, y el ilustrísimo duque de Borbon, digno de inmortal memoria, que parescia caballero alarbe que vino en España con don Cárlos, el moro, maestro de ceremonias del papa Sixto ó sostituto de Antonio de Nebrija, y Hernando de Alarcon, que se parecia

[1] *Quadraginta annis.* (C.)

á Almuédano, cocinero del conde de Ginebra, y el ilustre duque de Trento [1], que parescia molde de braguetas de sastre de nicho [2] ó hombre que hace ollas en Zamora, é Cristóforo Garrafa, conde de Policastro (sino que su padre no se queria morir); el cual Cristóforo Garrafa paresció avestruz desposado ó ángel hecho para llevar en procesion. Estos señores que dicho es, se hallaron con otros muchos caballeros en la batalla de Pavía, y pelearon de tal manera con el rey de Francia y con sus gentes, que lo prendieron y mataron los mas dellos; y porque cada uno destos señores hizo tanto, que el coronista no lo podria escrebir, y haria mayor historia que la que hizo Titus Livius, se pasa adelante. Hízose pues en este año requirimiento á su majestad que mandase á Rodrigo Niño, vecino de Toledo, que no entendiese mas en casamientos. Y visto por su cesárea majestad que este autor pedia justicia, fuéle mandado á este Rodrigo Niño que ansí lo hiciese, sopena de perdimiento de ancas y aflojamiento de barriga; y junto con estos señores que arriba habemos dicho, se halló el gran marqués del Gasto, y no hizo menos que todos, que parescia aguilucho criado de borona pimpollo de palma nueva.

CAPITULO XLVIII.

De cómo le vinieron nuevas al Emperador de cómo el rey de Francia era preso, y de lo que dijo, y qué hizo despues de la nueva sabida.

Por el mes de hebrero de 1525 años, estando el muy alto Emperador en Madrid con sus cuartanas, que no se le habian quitado, le vinieron nuevas cómo su ejército habia peleado con el rey de Francia y con su ejército; y como los del Emperador eran pocos, porque á la verdad los del rey de Francia eran tres tantos, y como Dios sea juez y dé á cada uno la justicia, escripto está que cuando á Dios nuestro Señor le place, pocos vencen á muchos, y así fué, que la soberbia del rey de Francia y sus consortes y valedores, quebrantó y allanó en tal manera, que nunca otra victoria de tal calidad se ha visto ni leido. Y fué que el rey de Francia llegó á esta batalla con todos los grandes y caballeros que en su reino habia, y demás desto, cuarenta mill soldados y mucha artillería, admirable cosa de ver, y con el rey de Francia iba el príncipe de Navarra; y como el ejército del Emperador estuviese á manera de cercado, que estaban gastados por haber estado en invierno en el campo [3], y por esto y por [4] no tener dineros, recrescióles á los mas cámaras y torozon y á otros muermo; y como se hallasen de la manera que dicha es, el nombrado marqués de Pescara y musiur de Borbon y Cárlos de Lannoy, visorey de Nápoles, y Alarcón y el duque de Trayeto y el marqués del Gasto, y dos hijos de Jerónimo de Santángel, secretario escribano de raciones, y un hijo bastardo de Alvar Perez [5] Osorio, que hobo en Juan Gudiel, alguacil de la corte, el cual alguacil paresce carrera de pesebres de meson de Valdestillas, ó mulo de albarda en que iba fray Alonso de Valisa á los capítulos generales, cuando le llamaban; y un hijo de Vera, guarnicionero de Valladolid, y un sobrino de Pero Bermejo el de Espinar y Camacho el de Velez, y otros muchos; y todos una noche juntos enviaron á pedir consejo á la ciudad de Pavía con Antonio de Leiva (que la dicha ciudad tenia por el Emperador) lo que se habia de hacer para echar al rey de Francia de la tierra ó perderlo todo, y fué ansí acordado: que los del real de su majestad saliesen y se pusiesen en armas lo mas secretamente que pudiesen, sin hacer ruido; y como los del ejército acometiesen á los franceses allí en el fuerte donde estaban, que el honrado y esforzado caballero Antonio de Leiva saliese de Pavía y diese en el real de los enemigos; y ansí se hizo. El ardid que en esta batalla hobo, el coronista no lo entendia mucho, porque desde la batalla de Jerusalem y guerra del reino de Granada, en que por los pecados de cuantos hijos de algo somos en España, se acabó el pelear, el dicho coronista nunca tomó mas lanza en la mano; y fué que otro dia siguiente, cuanto dos horas antes que amaneciese, la gente del muy alto Emperador fué armada é ordenaron los señores que dicho es sus haces; acometió la gente á los franceses en el mismo fuerte donde estaban, y fué con tanto ímpetu y esfuerzo, que los franceses se turbaron de tal manera, que quisieran mas estar en Paris que allí. Pues como fué sentido por el rey de Francia, á mucha prisa mandó armar su gente, y se comenzaron á defender con mucho ánimo y esfuerzo; mas la gente de la Católica majestad los apretaron y acometieron tan poderosamente, que en poco tiempo los cuarenta mil hombres del rey de Francia y todos los señores y nobles fueron desbaratados y vencidos, aunque harto contra su voluntad, adonde hicieron en armas tantas y tales cosas, que los parleristas que allí se hallaron han tenido bien que contar, segun escribió Mercado el tuerto á un Juan de Gorbino á Nápoles, cuando fué á visitar á su mujer; los mas principales franceses fueron presos, é de las otras gentes no se pudo haber razon, porque fueron muchos los muertos é presos, y el rey de Francia fué preso. Montmoransi, en sus *Etymologias* á los de Orleans, y don Juan de Labrit dicen que quisieran mas estar en Santa María de Roncesvalles que no en el fuerte de Pavía.

El rey de Francia, despues de haber burlado mal con don Hernando de Castrioto, si tardara mucho en decir: «Yo soy lo rey de Francia,» porque los que estaban delante tenian grande intencion de lo enviar al otro mundo, y tambien por le quitar lo que traia puesto, luego fué dado al visorey de Nápoles, el cual visorey parescia gallo morisco que le habia picado otro gallo en la cresta. Este visorey trajo al rey de Francia por la mar, y pasólo por la costa de Francia á vista de los franceses, y desembarcó en Barcelona, y por acatamiento del muy alto Emperador y por hacer servicio al rey de Francia, le recibieron con mucho placer, y él ninguno llevaba, segun escribe el capitan Cabanillas [6] en sus cuentos y parlerías, el cual capitan parescia capon [7] de Aranda de Duero, ó extranjero que hace san Sebastianes de palo, ó macho capado de color. Como

[1] de Trayeto, (C.)
[2] viejo (B.)
[3] Iba con el rey de Francia el príncipe de Navarra y todos los mayores señores de Francia, y el ejército del Emperador estaba gastado porque habia estado todo el invierno en el campo, etc. (C.)
[4] que no tenian muchos (A.)
[5] Porras (Id.)
[6] Mosen Cabanillas (C.)
[7] capellan

por el Emperador fué sabida la nueva de la prision del rey de Francia por un caballero que se decia Peñalosa, luego dijo: «Señor Jesucristo, Rey de los reyes, Señor de los señores, bendito seas por siempre jamás, y tu justicia manifiesta; yo rescibo estas mercedes, y no por merescimientos mios; gracias sean dadas á la Vírgen Santa María, tu madre, por tantas mercedes como de tí rescibo.» Y luego que esto dijo, mandó su majestad que por estas nuevas ninguna alegría se hiciese, sino que fuesen dadas gracias á nuestro Señor y á su bendita Madre por la merced que le habia fecho; y por la ejecucion de la justicia y del sobresalto que este emperador hobo del vencimiento, se le quitó la cuartana que tenia, de lo cual pesó mucho al dotor Villalobos, el cual parescia mula vieja del arzobispo de Toledo. El cual dotor Villalobos riñendo un dia con Alonso Gutierrez de Madrid, teniente de contador mayor, entre otras palabras, se llamaban asturianos, vizcaínos, é llegando yo, les dije: *Popule meus, non sint quaestiones inter vos, fratres enim sumus;* y visto esto y oido, cesaron.

CAPITULO XLIX.

De lo que adelante, acabados estos negocios, pasó en estos reinos.

Sacra, cesárea, católica majestad, lo que á Dios le desplace mas es la ingratitud de los hombres. Lucifer por ello abajó del cielo, y un Cristóbal Xuarez, por la ingratitud que tuvo á su amo el comendador mayor don Antonio de Fonseca, vino á ser del consejo de Hacienda; el cual Cristóbal Xuarez parescia fecho de diaquilon, ó dia de invierno nublado. Tisbe, hija del rey Lisuarte, y doña Ana de Castilla, de parlante memoria, siendo vencidas del amor del rey Semiramis, por intercesion del clavero de Alcántara don Fadrique de Toledo, no en balde señalado de naturaleza de *occultis turnis;* el cual don Fadrique nunca se vió con un ducado en su poder, segun lo afirmaba don García, su hermano (el cual don García parescia papagayo viudo), en una *homilía* que escribió desde Villena á Giribas, el artillero de las comunidades; así que el rey Semiramis dió de puñaladas [1] á la reina Germana, y como la dicha reina se viese padecer sin culpa, dijo á grandes voces: «Muera, muera don Luis Carroz con Julian Ester, capellan mayor de mi capilla, que parece escuerzo cocido» [2]. Tamar y Bersabé, vecinos de Maguncia, trataron, por invidia, de matar al nuncio del Papa, don Bernaldino Pimentel, é movidos de los daños y males que los Vozmedianos hacen á Alonso Gonzalez de Madrid, y sabido por el rey Mitridates y por su hijo Farneses, cabalgaron á gran priesa sobre los hombros del Condestable [3], y por sus jornadas contadas llegaron á Barcelona y hablaron secretamente cuanto una hora con el duque de Cardona, preguntándole cómo habia pasado este caso, porque ellos eran en vengarlo; y el Duque les respondió que, por el *cap de Deu* y por su caro amigo Hierónimo Vique, que no sabia nada. Y Monroy de Archidona y el marqués de Tarifa, acordándose de sus herederos y que no habian sido casados, concertaron de jugar á la pelota con don Manuel Ponce de Leon y con Rodrigo de Vivero, sus heredamientos, y con enojo que tuvo madama de Salucio, condesa de Salvatierra, aconsejó á su marido que muriese en la cárcel, é por serla obediente, ansí lo fizo, é juró á Dios de morir con un papahigo, é non se le quitar hasta una legua del valle de Josafat.

Esto paresció ser ansí, porque Noguerol [4] é Priamo, rey de Dacia y Tordesillas, estando viciosos en la corte del emperador Cárlos, saltaron al través Gomez de Leon, vecino de Logroño, y Cristóbal de Logroño, que en su vida le quiso heredar sus oficios, segun lo dejó escrito Giribas, el artillero, á los de Villabragima, y como lo afirma fray Antonio de Guevara, llamado por otro nombre Marco Aurelio, en una carta que escribió al obispo de Zamora, de escandalosa memoria; y por eso no le pesó á Juan Vazquez, sobrino del secretario Cobos, de casar con la hija de Francisco del Aguila, alcaide de Ciudad-Rodrigo; el cual Juan Vazquez parescia fator de los Fucares, ó solicitador del señor duque Vanegas [5].

CAPITULO L.

De otras cosas é historias que este coronista cuenta que pasaron en este tiempo.

Amalec, rey de Tracia [6], y don Hernando de Castro, heredero de Lémos, gran apodador de gentes livianas, y don Alonso de Zúñiga y Acevedo, en tiempo que no tenian por qué reñir estaban en paz y muy amigos, y desque se atravesó de por medio el interese, no fueron el uno para el otro sino san Simon y san Júdas. Y desto no es de maravillar, porque á Heródes, rey de Partia [7], por envidia, sus hijos le ahogaron, y que esto sea ansí, el virtuoso conde de Niebla [8], que Dios haya, y Juan de Voto á Dios y don Basilio y un solicitador del conde de Alba, y el conde de Puño en rostro é Iñigo de Artieda, vecino de Toledo, darán fe y testimonio.

Heródes Milon, por desgajar un árbol, dejó las manos dentro, y no pudiendo huir, los lobos le comieron, y don Felipe de Castilla, quiriendo engarrafar un obispado, perdió la vista de los ojos y andaba de puntillas [9], que parescia que los traia metidos en unos pucheros. Ansí que, por estas cosas de ingratitud sobre dichas, los hombres se deben de guardar de la tal cosa, porque de Dios resciben el galardon. Y esto ha traido el autor á consecuencia de los bienes y mercedes que este alto emperador siempre hizo á este rey de Francia, y le salió tan grato como don Garceran de Cardona, que un dia de San Juan salió vestido de azul por servicio de este emperador, y fué apodado por este autor, que parescia este don Garceran palomino cocido [10] con cardenillo, segun que el obispo de Oporto lo afirma en sus *Confesionales*, porque tenia muy gran deseo de tener mejor obispado, para hartarse de pan blanco ó de molletes de zaratan.

Esto pasado, su majestad se partió para Toledo á

[1] puñadas (C.)
[2] Mira, mira, don Luis Carroz, don Juan, el capellan mayor de mi capilla, paresce, etc. (C.)
[3] en los hermanos del conde Cabra, don Francisco de Mendoza, obispo de Zamora y clavero de Calatrava, (C.)
[4] Noguerol é Priamo, y el rey de Francia en Tordesillas, (C.)
[5] Así en todos, pero quizá haya de leerse: del señor de Luque, Vanegas.
[6] Amelco, rey de Daroca, (C.)
[7] Esparta, (B.)
[8] Nieva, (C.)
[9] con los piés de punta, (C.)
[10] untado (B.)

25 de marzo del dicho año de 1525 años, y fué rescebido con gran solenidad y alegría, y allí vinieron embajadores de Rusia, y en todo este tiempo que estos embajadores estuvieron en Castilla, nunca bebieron vinagre ni comieron pasas ni miel; y demás desto, vinieron embajadores de Génova, Venecia y Florencia, y de Juan Rodriguez de Fonseca, el de Badajoz, y de Pisa, y del marqués de Mántua, y de Beteta, alcaide de Soria, y de Gomez de Buitron, y del duque de Ferrara y del de Milan, y del Papa, y de don Francisco de Monroy, señor de Belvis, y del alcaide de Portugal, y del rey de Inglaterra, y de Manuel de Villena, y del conde de Paredes y de Africa, y de Pero Hernandez, tio del marqués de Comares, y de Avicena, médico, y de doña Isabel Castaña, condesa de Ribadeo, é de doña Ana de Castilla, parlerista *in magnam quantitatem*, y de muley Abrachem, y de don Martin de Córdoba, señor de Alcaudete, y de los dotores Bernaldino [1], y el de Granada, é la embajada que traian era, que en la audiencia de Granada hubiese una sala en que se enseñase á jugar de armas, y que ellos serian los que enseñasen, porque se picaban de muy diestros.

Tambien vino embajada de la abuela de Motezuma, el de Méjico, quejándose de Hernando Cortés, y de los monjes de Roncesvalles, y de maestre Liberal, médico, é de Baena, el boticario; y nunca se vieron en Castilla tantos embajadores y de tan poco provecho. En este año el rey de Dinamarca, Cristerno, fué informado cómo en sus reinos habia seis obispos demasiadamente gordos [2], y por esto los mandó asar, porque le paresció que para cocidos no valian nada; y los dichos obispos dijeron al Rey que aquello se hacia contra su servicio é voluntad.

CAPITULO LI.

De cómo el Emperador mandó llamar á cortes, é de lo que en ellas se hizo.

Esto acabado, su majestad mandó llamar á cortes, y en ellas fueron ordenadas muchas cosas buenas de leyes y costumbres, y don Jorge de Portugal vino por la ciudad de Sevilla por procurador, y demandó en las Cortes que pudiese traer su persona broquel sin espada, y demás desto, requirió á la cesárea majestad que no tornase los lugares que los caballeros tenian empeñados; y esto decia porque su majestad tenia la villa de Olivares empeñada de don Juan Alonso de Guzman; y demás desto, que su majestad no quitase los bocados de los jubones.

Hechas las Cortes, la muy esclarecida reina doña Leonor, hermana del muy alto Emperador, se partió para nuestra Señora de Guadalupe, y fué con su alteza don Francisco de Toledo, conde de Oropesa, y don Fernando de Córdoba, clavero de Calatrava, y todo el tiempo que esta muy alta reina estuvo en Guadalupe, este conde de Oropesa estuvo envuelto en un moscador de rabos de raposas, y por su devocion, y por parescerse á don Alonso Tellez y á Hernando de Vega, tres veces al dia alimpiaba los altares, y á cada vez que lo hacia rezaba los salmos penitenciales y hacia tres reverencias, de lo cual el conde de Siruela le tenia grande envidia.

En este tiempo dió su majestad á don Alonso de Toledo, hermano deste conde de Oropesa, una encomienda de la órden de Alcántara, que rentaba quinientos mil maravedises, y porque este caballero tuvo de comer, y dende á cinco meses luego enfermó y se volvió gotoso, cuando los dolores le daban decia: «Ay de mí, si no tuviera de comer, por ninguna parte tengo.»

El cual don Cristóbal parescia cernícalo lagartero, hijo de alcotan ó de paloma brava. Imitó mucho la vida y el sindéresis de la conciencia de don Francés de Beamonte, segun lo afirma don Antonio de Velasco en la epístola que escribió al adelantado de Galicia, y en el Génesis que escribió al capitan Juan de Urbino, de negante memoria. El conde de Oropesa parescia ventero sin caudal ó arrendador de bulas de la Trinidad de la villa de Arévalo.

CAPITULO LII.

De cómo estando el Emperador en Toledo, vinieron allí el cardenal de Salviati, legado del papa Clemente VII, y el maestro de Rodas y madama de Alenzon, hermana del rey de Francia, á demandar misericordia.

A 14 de otubre del año 1525, estando su majestad en Toledo, vino á él Juanes de Médicis, cardenal de Salviati, sobrino del papa Clemente, y el maestre de Rodas, Felipe de la Isla, y madama de Alenzon [3], hermana del rey de Francia, á demandar misericordia á este emperador y para dar concierto entre el Emperador y el rey de Francia, aunque muchos astrólogos y oradores y parleristas dijeron que no fué sino que el Papa envió á este cardenal para poner discordia entre estos dos príncipes, por el temor que el Papa tenia de que el Emperador pasase en Italia; piadosamente se cree que por esto que dicho es, y por sacar de España doscientos mil ducados, lo hizo. Escripto es, que yendo San Pedro á Roma topó con Cristo y le dijo: *Domine, quò vadis?* y nuestro Señor le respondió: *Vado Romam iterum crucifixi*, que quiere decir que el Emperador irá á Roma y allanará todas las ruindades y bascosidades de ella. El legado, antes que entrase en la ciudad de Toledo, este emperador, obediente á la Iglesia, le salió á rescebir extramuros del lugar con muchos caballeros y grandes y perlados de su reino; y como llegó á su majestad, demandóle la mano, é el Emperador le abrazó y dió paz.

El duque de Béjar, que allí se halló, escandalizado, dijo al Emperador: «Señor, juro á Dios y por el cuerpo de Dios, yo el primero y cuantos aquí estamos somos mal contentos y escandalizados de que el legado os besase;» y el Emperador le dijo: [4] «Mas fiero era Júdas, y besó á Jesucristo.» Este autor y coronista dijo que este legado parescia labrador que tenia pujo, ó mastinazo asomado entre almenas de fortaleza.

E como el legado fué entrado en la ciudad, el Emperador se fué para su palacio, y despues dende á ocho dias su majestad mandó ordenar fiestas é juegos de cañas; y este legado, por complacer al Emperador, salió con los demás perlados que en la corte se hallaron. Iban con él el arzobispo de Santiago, presidente de la corte, y el ministro de la Trenidad, y el canónigo Diego Lopez de Ayala, y el obispo de Mondoñedo, y maestre Liberal, médico, que parescia en su gesto que co-

[1] y de los dotores Villasandino, Loarte y el de la Torre, (C.)
[2] obispos gordos, (B.)
[3] Arlanzon, (B.)
[4] Mucho mas feo era, etc. (B. y C.)

mia apio, y de un cañazo que le dieron le quedó la gamba coja y el brazo envarado; y salió tambien al juego don fray Francisco Ruiz, obispo de Avila, asido de una mano á Blas [1] Caballero, canónigo, y de la otra á Samaniego, aposentador de su majestad. Salió tambien á las cañas don Diego de Ribora, obispo de Segovia, y el alcalde Leguizamo, y el oidor Pedro de Guevara, limosnero, obispo de Leon, que si le hiciesen de Búrgos, no le pesaria; embrazadas sus adargas como buenos jinetes, é pusiéronse en sus puestos.

Del puesto contrario estaban el obispo de Canarias é limosnero, que si le hicieran de Toledo, á fe que no le pesara, y monsiur de Roloc Metenay, mayordomo [2], y la Trullera, que eran buenos jinetes desde su niñez, por ser criados en Jerez de la Frontera; y á la brida fueron con este legado, Pero Hernandez de Córdoba, hermano [3] del marqués de Comares, que de antes fué llamado «alcaide de los Donceles», y don Francisco Pacheco de Córdoba, y otros muchos caballeros, obispos, condes y perlados, y los Vozmedianos, y el obispo de Almería, y Garci Sanchez [4] de Badajoz, vecino de Ecija, que por sus pecados tiene depositado el seso en don Hernando de Leon.

Demás destos, sacó consigo este dicho legado á don Juan de Córdoba, dean de la misma ciudad, hijo del conde de Cabra, el cual tenia en la mano derecha mas dedos de los que eran menester, é parescia bodegonero en Valdestillas, ó demandador de San Antolin de Palencia; no se sabe los hijos que tuvo.

Sacó tambien al obispo de Mallorca, presidente de Granada, é á los deanes de Búrgos é Jaen, é al obispo de Badajoz, don Hierónimo Suarez, con unos bocados sacados por las mangas, y al obispo de Zamora, don Francisco de Mendoza; y ansí andaba entre ellos gobernándolos don García de Toledo, señor de la Horcajada, porque era muy buen jinete; hubo en este juego hartas cosas de notar.

Salieron á despartirlos el conde de Chinchon y el marqués de Lombay, y fray Trece y don Alonso Niño, alguacil mayor de Valladolid; é fray Antonio de Guevara, obispo de Guadix, corrió las parejas con Marco Aurelio, y no los podian despartir hasta que vino fray Bernaldo Gentil, gran parlerista de su majestad, y con su parlería los puso en paz. Parecia este fray Bernaldo botiller de la marquesa de Cenete ó confesor de fray Pedro Verdugo, comendador de Alcántara.

Y porque seria harto prolijo y largo de contar todo lo que en este juego de cañas y fiestas pasó, me remito á lo que escribió fray Bernaldo de Mesa, obispo de Badajoz, en la primera parte de su obra de *Rebus coquinariis*, estando en San Martin de Valdeiglesias, moralizando las *Décadas* de monsiur de Laxao y Xebres.

CAPITULO LIII.

De cómo madama de Alenson, hermana del rey de Francia, vino á Toledo á ver al Emperador, é á le rogar por su hermano.

En este tiempo madama de Alenson, hermana del rey de Francia, vino á Toledo, y entró en la dicha ciudad muy acompañada de caballeros é perlados, é de muchas damas, é como esta señora era de pocos dias, y no hacia mucho que habia enviudado, porque su marido era muerto cuando fué preso el rey de Francia, ella y sus damas venian vestidas de blanco, y todas caballeras en caballos entraron en la dicha ciudad; dijo el autor que esta señora y sus damas parescian ánimas de purgatorio sacadas por doña Teresa Enriquez, duquesa de Maqueda, que iban en postas á darle las gracias, ó moriscas del reino de Granada, que iban en romería á Tremecen ó á la casa de la Meca.

La católica majestad la salió á rescebir y la abrazó, y dió paz con mucha alegría, y la acompañó hasta su posada, y fué muy bien tratada esta dama por su majestad, y servida de todas las gentes, porque sabian que así placia al Emperador. Posó esta dama en casa de don Diego de Mendoza, conde de Melito; despues de haber estado en la posada treinta dias, al tiempo que se queria partir, apartó al dicho don Diego de Mendoza, y dióle cinco ducados por la posada, y cuando estos dineros le daba madama, el dicho don Diego daba unas risitas á manera de corrido.

Y dende á pocos dias vino á la dicha ciudad don fray Felipe de la Isla [5], gran maestre de Rodas, por besar las manos al Emperador, y por la gran bondad y fama que dél habia oido, y porque de él é de su mano esperaba ser remediado y redemido; y no pensaba cosa vana, que si al muy alto Emperador envidias de sus vecinos le dejasen, en poco tiempo le restituiria no solo á Rodas, mas la Turquía pondria debajo de su mano y señorío. Este gran maestre se partió del Emperador, y llevó tal contento de su majestad, que despues que la liga del Papa y venecianos y otras señorías fué sabida, no quiso entrar en ella, y mandó que sus galeras no se empleasen ni sirviesen sino á este bienaventurado emperador. Dice el coronista que este maestre hablaba muy ronco, que parescia perro viejo, que habia comido tocino [6] fiambre, ó á Tamayo, alcalde de Peñafiel.

Su majestad se partió de Toledo, porque le vinieron nuevas que la muy alta Emperatriz venia ya camino de Sevilla; tambien le vinieron nuevas cómo Hernando de Vega, comendador mayor de Castilla, era muerto; y cómo don Antonio de Fonseca, que era su amigo, tal oyese, luego cayó muerto en el suelo, y por espacio de una hora no volvió en sí, y despues que recordó dijo: «Santa María y válame Dios, si me proveyese el Emperador de esta encomienda mayor.» Y aun que algunos dias estuvo malo, cuando la encomienda le dieron, convaleció de tal manera, que muy mancebo le paresció á la marquesa de Cenete [7].

CAPITULO LIV.

Que trata de Bartolomé del Puerto y del abad Cayo de la Puente, y de sus fines tristes y amargos.

En estos tiempos en las Españas se levantaron dos hombres de mala vida, el uno fué llamado Bartolomé del Puerto, el otro se llamaba el abad Cayó de la Puente súpitamente, y en sus armas traia una letra que decia: «Andad, mi padre [8], que todo ha de ir.» Estos dos hombres se extendieron por la tierra, apellidando con escándalo muchas mujeres casadas y doncellas, las cuales por la gran fama deste Bartolomé del Puerto,

[1] Juan, (C.)
[2] y musiur de Rolz con Metena y el mayordomo, (B.)
[3] tio (B. y C.)
[4] Saez (B.)—Saiz (C.)
[5] frey Guillermo, (B.)
[6] cecina (C.)
[7] que le pesó á la marquesa, etc. (C.)
[8] madre, (C.)

hicieron cosas [1] que á sus honras no convenian; y como fué sabido por el Consejo Real y por don Felipe de Castilla, capellan mayor de su majestad, y por Alvar [2] Perez Osorio é por don Juan de Ayala, el de Toledo, el dicho Bartolomé se desapareció, y nunca mas se oyó su nombre, é despues desto el abad vivió pocos dias y tristes.

CAPITULO LV.

Cómo, sabido que la emperatriz doña Isabel venia en estos reinos, el alto Emperador mandó al ilustrísimo duque de Calabria y al de Béjar, don Alvaro de Zúñiga, é á don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, que fuesen á esperar á la Emperatriz á Badajoz para venir con ella é la acompañar hasta Sevilla.

Esto así pasado, estando este alto emperador en Toledo, como dicho es, vinieron procuradores de todas las ciudades y villas destos reinos, y en las Cortes suplicaron á su majestad quisiese, por el bien destos reinos, casar con la muy alta esclarecida infanta doña Isabel, hija del muy alto rey don Manuel de Portugal y nieta de la muy alta reina doña Isabel, pues en esto haria muy gran merced á sus reinos y señoríos. Este grande Emperador, por el gran contentamiento que desta señora tenia, y por su grand bondad, determinó de lo hacer, y luego mandó llamar á musiur de Laxao, su criado, y al comendador [3] Duran, mendicante de la orden de Santo Domingo, y les dijo que fuesen á Portugal por embajadores, y al comendador Juan de Zúñiga mandó que entendiese en el dicho casamiento; y su majestad dijo á musiur de Laxao lo que en esto habia de hacer; musiur de Laxao respondió al Emperador: *Sire, por ma foy y por ma dona*, á mí me place, porque de tal viaje grand descanso se espera á la vejez [4]. Y bien es de creer que si este cargo se diera al conde de Santistéban, ó á don Juan Muñoz [5], criado del marqués de los Velez, ó á Alvar Gomez Zagal [6], vecino de Granada, que lo acetaran; y así fué concluido el casamiento.

CAPITULO LVI.

De cómo se concluyó el casamiento del muy alto Emperador con la princesa doña Isabel.

Este muy alto Emperador era de muy buen ejemplo, y mas honesto que Aníbal, su caballerizo; é cuando á su majestad le decian que era desposado, parábase mas derecho que el arzobispo de Toledo, y mas colorado que el dotor de la Torre, vecino de Granada; y como el casamiento fué concertado, la católica majestad mandó llamar al ilustre don Hernando de Aragon, duque que fué de Calabria, que parecia sacabuche del adelantado de Cazorla, ó hijo suyo que lo hobo en don Fancisco de Mendoza, obispo de Zamora, hermano del conde de Cabra; é asimismo mandó llamar al muy ilustre duque de Béjar, don Alvaro de Zúñiga, segundo deste nombre, que parescia mayordomo del conde de Paredes. Tambien mandó llamar su majestad al reverendísimo don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, para que todos tres fuesen á Portugal por la muy alta Emperatriz, su mujer. Este arzobispo de Toledo parescia hijo de Piedra-Buena, ó funda de trompeta.

Con estos señores fueron muchos perlados, condes y caballeros y otras gentes, y este coronista don Francés fué por principal dellos; y como su majestad llegase á la raya de Castilla, estos grandes con los sobredichos la salieron á rescebir y á besar las manos. De Castilla y Portugal salieron tantas gentes, y fueron tantos los que se ayuntaron en el campo, que el conde de Salinas tuviera harto que ver, aunque tiene larga vista; que fué cosa admirable de ver; y si Juan Rodriguez de Fonseca, huésped de la Emperatriz en Badajoz, les hoviera de dar de comer, renegara como un moro de la boda.

Estos grandes perlados y caballeros llegaron á besar las manos á su majestad, y de los primeros fué el susodicho don Fernando de Aragon, duque de Calabria; y tras él iba un su mayordomo italiano, que habia por nombre micer Policastro, el cual dijo á la Emperatriz: «Madama, este es el pobereto duque de Calabria, gracias á Dio que los doce mille ducati que lo Rey le donó, los tiene ya situados sobre lo gusano de la seda de Granada, y si lo gusano no quiere mangiare, comerán al pobereto Duque.»

El Duque llegó y besó las manos á la Emperatriz, é dijo: *Pauperes habetis vobiscum.*

Despues desto, llegó el arzobispo de Toledo, y un poco antes que llegase comenzó á entonar, é llegado, dijo: «Señora, yo soy el arzobispo de Toledo, y no tan ancho como la mujer de don Luis de la Cerda, ni tan gordo como la marquesa de Cenete, y menos corcobado que Diego Hernandez de Quiñones [7], señor de Villatoro, y demás, hago saber á vuestra alteza que el Emperador nuestro señor quiere pasar en Turquía por defension de la santa fe católica; y porque de los moros no sea sentido, é la gente llegue presto, tiene ordenado que yo sea el estrecho de Gibraltar.» La muy alta Emperatriz le respondió con mucha mesura: «Arzobispo, dad gracias á Dios que naon vos fizo taon estrecho de razones como de corpo» [8]. Parescia este arzobispo, que iba vestido de colorado, cerbatana sangrienta.

Llegó el duque de Béjar y dijo á la Emperatriz: Señora, juro á Dios y por el cuerpo de Dios, que yo soy el hombre que mas y mejor consejo doy á vuestro marido sobre su salud; é si fuere menester para su servicio, yo venderé á Burguillos y aun á Capilla, y además desto, este que viene conmigo es el de Benalcázar, que á todos los rescibimientos que vengo se viene tras mí, é segun nuestra fe, piadosamente se puede creer que el dicho conde no querria que yo me anduviese en estas cosas ni en otras, y por el cuerpo de Dios, «uno piensa el bayo, y otro es el que lo ensilla.»

Esto ansí pasado, llegó el conde de Benalcázar, é dijo á la Emperatriz: «Yo, Señora, soy medio castellano y medio portugués, é présciome mas de la parte que tengo de portugués, porque me lo tiene ansí mandado don Jorge de Portugal, mi tio, que paresce pollazo bucharro.»

Llegó el conde don Hernando de Andrada con muchos caballeros gallegos, los cuales llevaban de camino

[1] obras (B. y C.)
[2] Bartolomé (C.)
[3] Maestro, (C.)
[4] que de bodas semejantes, se esperan muchos bienes. (C.)
[5] Mucon, (A.) Manuel, (B. y C.)
[6] Casal, (A.)
[7] de Avila, (C.)
[8] Que ainda non vos fizo tan astreito de faiciones como de corpo. (B.)

cuchilladas por la cara y no llevaban orejas [1], y dijo á la Emperatriz: «Señora, yo pasé en Roma con el papa Adriano VI, con intencion de le hurtar de sus haberes; y como el Papa guardase lo que tenia mejor que don Pedro de Bazan, y mi intencion no toviese efeto, yo me volví luego, y vuestra majestad no se maraville, porque lo mas del tiempo vivo de robar, y me sustento desto.»

Despues de esto, llegó el conde de Cifuentes, que parecia huron con esquinencia. Don Jorge de Portugal llegó llorando porque le habia quitado don Juan Alonso de Guzman la villa de Olivares, que la tenia empeñada.

Don Juan Alonso de Guzman llegó á besar las manos á la Emperatriz, é la dijo: «Señora, por vida de mi tio el duque de Béjar, os he de enviar una docena de palmitos, y si vamos á Sevilla, he de jugar á las cañas por vuestro servicio en la plaza del Duque mi padre.»

CAPITULO LVII.

De los comendadores que al recibimiento de esta emperatriz se hallaron.

Despues de esto, acordó de hacer saber si los comendadores de Alcántara, que mandó el Emperador ir al rescibimiento de la Emperatriz, habian ido ó no, é si lo dejaron de hacer por estar gotosos, no lo sé.

Los que vinieron, fueron: el comendador de Piedrabuena, fray Antonio, que á la sazon era gobernador de dicha órden, con muchos criados muy honrados, é dió á la Emperatriz mas jabalís que el coronistà quisiera, porque su montería parece mucho á la de su majestad. Pareció este comendador galgo tendido al sol, ó hijo del cardenal don fray Francisco Jimenez de Cisneros; otros dicen que parecia la quinta angustia, ó gamo devoto, ó espíritu del arzobispo don Alonso de Fonseca.

El comendador de Santibañez, llamado frey Diego de Villas, vino, como muy buen caballero, muy acompañado de criados y pajes, todos con libreas de terciopelo. Trajo trece acémilas y muchas cadenas de oro, que pareció perro encadenado. Quisieron decir que este comendador pareció veneciano, que se habia anegado toda su hacienda en tormenta de Cartagena, ó hijo bastardo del marqués de Brandemburg. Entonábase mucho cuando hablaba, é hacia treinta y seis años que atesoraba doblones; no guardaban el tesoro que tenia sino tres llaves en una torre muy fuerte, y él siempre dormia á la puerta de la torre.

El comendador Diego de Zúñiga vino bien acompañado de gente, é ningun hombre trajo consigo; murió en una ermita, una legua de Badajoz, mirando á una ermita de San Cristóbal, abierta la boca, y de pesar. Fué enterrado en el valle de Josafat. Tenia sobre su sepultura una letra que decia: *Necessitas non habet legem.*

El comendador de Herrera, don Diego Lopez de Toledo, vino muy aderezado, y trajo muy buena gente y muy buenas libreas y caballos. Era sábio en Terencio y Virgilio, y leia siempre en los Comentarios de César en romance; quisieron decir que parecia rocin alobadado del conde Agamenon, ó nudo dado en maroma.

[1] Llevaban de camino acuchilladas las caras, y de risa no llevaban orejas.

CAPITULO LVIII.

De lo que sucedió despues del recibimiento de la Emperatriz.

Como esto fué pasado, las damas de la Emperatriz venian muy ricamente guarnecidas de joyas y muchas perlas y piedras, y con el regocijo y mucha gente del rescibimiento, á estas damas les faltaron muchas joyas y piedras, y por algunos fué sospechado que el conde de Aguilar y cinco hermanos suyos, que con él fueron al rescebimiento, hurtaron estas joyas. Puédese creer, porque á la sazon eran caballeros menesterosos, segun despues paresció por la pesquisa y tormentos que les dieron, é porque no tuvieron de qué pagar las setenas fué fecha justicia dellos.

A 20 dias de marzo de 1526 la muy esclarecida Emperatriz entró en Sevilla, y fué rescebida con muy grandes alegrías y solenidades, y dende á pocos dias vino la católica majestad, y no menos fué rescebido; y esa noche como llegó, se desposó, y como el dia quisiese venir, era velado, y dende á dos y tres horas era desnudo y develado, y allí se hicieron muchas fiestas y alegrías. En este rescebimiento que al muy alto Emperador se hizo, este autor, conde don Francés, salió al rescebimiento, hecho un veinticuatro, con una ropa muy rozagante, de terciopelo morado, forrada en damasco naranjado, con que la ciudad le sirvió; y si su voto de este autor se tomase, en todas las ciudades y villas en que su majestad entrase le dieran otra tal ropa, y aun mejor.

Y despues este emperador se partió para Granada, y en todas las ciudades y villas fueron muy bien rescebidos, no menos que en los otros lugares; y un dia despues de Corpus Christi su majestad entró en Granada, y saliéronle á rescebir con muy grande alegría, y en el rescebimiento iban muchas gentes agarenas, y y por capitan dellos Pero Hernandez de Córdoba, tio deste marqués de Comares, y fué apodado por este autor que parescia á Muley Hamete, señor de Yucatan.

CAPITULO LIX.

De cómo los moros del reino de Valencia se rebelaron y salieron de los pueblos, y se fueron á las sierras, y cómo este bienaventurado emperador envió quien los redujese á su servicio.

En estos tiempos, en el reino de Valencia, cuando las alteraciones de España, fueron convertidos á la ley mahomética muchos moriscos del dicho reino y del de Granada. Dende á pocos dias, como sean gente liviana, necia y sin fundamento, muchos dellos se levantaron y se fueron para la sierra con sus mujeres é hijos, y se hicieron fuertes, y cada dia se iban muchos del dicho reino; y como fuese sabido por el Emperador, envió religiosos de buena vida y tales personas á los requerir que se volviesen á la fe católica, y sirviesen á Dios, y se bolviesen á sus casas, y que se les perdonaria lo pasado; y como los duros que han de ser perdidos no lo pueden excusar, no vinieron en nada de lo dicho, y la cesárea majestad mandó á un caballero muy honrado aleman, que habia por nombre Rocandolfo, el cual parescia tio de Josefo ó embajador [2] de Rusia, y el comendador Herrera, alcaide de Pamplona, que parescia odrero de Madrigal recien casado ó posta

[2] Jesef, ó embaxador (A.) — Josef el embaxador (C.) — Josef, el embaxador (x. n.)

de correo inglés, y á don Beltran de Robles, el cual parescia galgo que á poder de palos le habian hecho salir por albañal, que fuesen al dicho reino. Los cuales hicieron cosas tan extrañas en estrago de los moros, que á Dios hicieron servicios y á su majestad no menos.

Este don Beltran de Robles, como en el real llegase, hizo cinco cosas en el desierto, y llevó al real siete arcas mas vacías que Role cuando sale de la dolencia; y si las cosas que este don Beltran en este mundo edificó estovieran juntas, mayor poblacion hiciera que el Cairo. El en este viaje remedió sus necesidades, y el muy alto Emperador y las moriscas de Granada lo socorrieron, y fué que el Emperador le dió una encomienda, y las moriscas le tiñeron las barbas, que las tenia blancas.

CAPITULO LX.

De una embajada que la ciudad de Alcalá la Real envió al Emperador.

En este tiempo, y año de 1526, los de la ciudad de Alcalá de Abenzaide, que es frontera del reino de Granada, enviaron al Emperador dos regidores á besar las manos á su majestad, y á darle cuenta de la nescesidad que tenian, y uno de los regidores era bachiller é hizo la habla, y dijo así: «Católica cesárea majestad, la su ciudad de Alcalá besa los magistrales piés de vuestra majestad y las muy altas manos de vuestra alteza, y le hace saber cómo tienen muy grandes nescesidades, despues que enhoramala, por nuestros pecados, los cristianos tomaron el reino de Granada.» Y el Emperador le respondió: *Domine bacalauri nescitis quid parlatis*, que quiere decir, muy necio sois, señor bachiller.

CAPITULO LXI.

Cómo este mismo año fué casado el ilustrísimo duque de Calabria con la reina Germana, é de las cosas que allí sucedieron.

En el mes de junio de 1526 [1], don Hernando de Aragon, duque de Calabria, se casó con la alta y redonda reina Germana, que fué casada con el rey Católico, y una noche, estando con ella en la cama tembló la tierra, y otros dicen que las antífonas de la Reina. Como quiera que sea, con el miedo del temblor de tierra, esta señora saltó de la cama, y del golpe que dió, hundió dos entresuelos y mató un botiller é dos cocineros que abajo dormian. Y como esta alta y gruesa reina viese el estrago que por ella se habia hecho, por descargo de su conciencia y de las animas de los muertos, les mandó decir cada dos responsos. Este duque parescio mondejo de toro viejo, é la Reina parescia nalgas del obispo de Zamora, don Francisco de Mendoza. Despues desto, el Duque y la Reina, se partieron para el reino de Valencia, donde fueron gobernadores. El duque de Calabria murió de harto, y la Reina de ética. Parescia este duque mula del arzobispo don Diego Deza ó mesonero en la venta de Darazutan, y la Reina parescia á la isla de los Azores ó á la Carraca Negrona de venecianos.

CAPITULO LXII.

De cómo estando este afortunado Emperador en Granada le vinieron nuevas cómo el Turco habia tomado el reino de Hungría y muerto al Rey en la batalla.

Estando este poderoso emperador en la ciudad de Granada, le vinieron nuevas de cómo el Turco habia tomado el reino de Hungría y muerto en la batalla al rey de ella, cuñado deste glorioso emperador; é á otro dia que la nueva fué sabida por su majestad, salió con un luto muy grande, de manera que á todo el mundo provocó á dolor, y llevábale la falda [2] musiur de Laxao, comendador mayor de Alcántara, el cual estaba muy amarillo, porque aquella color del rostro que tenia tan encendido, quisieron algunos decir que no era de beber agua.

Como Guillen de Peraza, conde de la Gomera, fuese deseoso de servir al Emperador y contentar á musiur de Laxao, arremetió con la mayor fuerza y furia que pudo á tomar la falda al dicho Laxao, y como Laxao se afrentase de verse llevar la falda en presencia del Emperador, porfió tanto á que el Conde le soltase la falda, que no pudo ser mas; y mientras mas Laxao porfiaba, el Conde porfiaba mas por llevarla y quitársela, y de tal manera porfiaron, que Laxao en lenguaje flamenco [3] le dijo que el diablo se llevase conde tan bien criado [4]; y desta manera, como porfiase Laxao y tirase el Conde, cayeron ambos hacia atrás, y el Emperador medio cayó sobre ellos, y dicen [5] los oradores don Juan de Arellano, y don Diego de Mendoza, y el conde de Miranda, y otros señores notadores destas Españas, que antes ni despues nunca otra tal fiza fué vista [6].

Otrosí, despues desto pasado, dende á diez [7] dias acaeció otro tanto al conde de Nasao, que fué marqués del Cenete, con don Luis Mendez, señor del Carpio, el cual tomó la falda al Conde; y este don Luis Mendez es mas de notar y tener en mucho su buena crianza, por haber sido criado en corte desde su niñez, y porque llevando la falda el dicho don Luis, parescia que ayudaba á sacar caballo muerto fuera de la ciudad. Parescia este don Luis criado pobre del conde de Santistéban ó escudero enarinado. Algunos quisieron decir que parescia sacador de muelas en la feria de Rioseco.

Despues desto, el alto Emperador se partió de Granada con algunos grandes é caballeros para Valladolid, y con su majestad vinieron los siguientes: don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y don Galceran de Cardona, y don Pedro Giron, y Valera, criado y mayordomo, solicitador y camarero y casero de su casa de Ocaña, del adelantado de Granada; el cual Valera traia una cabellera de cerdas de yegua bermeja, que dicen se la ferió Diego de Cáceres el de Segovia; el cual Diego de Cáceres, curándole un cirujano aquella cuchillada que le atravesaba la cara y le alcanzaba á la boca, le preguntó qué tan grande queria que le dejase la boca; y respondió el dicho Diego de Cáceres que se la dejase tamaña que cupiese por ella un pastel entero de los que hacian en la cocina del conde de Benavente.

Iban asimismo con el Emperador don Francisco de Toledo, conde de Oropesa, el cual llevaba de camino vestida una almática de zarzahan [8], aforrada en guadamecil amarillo, y muchas oraciones de san Gregorio

1 julio (A. y B.)—1525 (C.)—de este mismo año (B.)

2 las riendas (A.)
3 en lengua francesa (C.)
4 tan porfiado; (C.)
5 y dijeron (A.)
6 no acaesció otra cosa semejante. (C.)
7 quince (C. y B.)
8 tafetan, (C.)

y de san Leon papa, y don Cristóbal de Toledo, su hermano, iba diciendo al Emperador cómo Moscoso, comendador de Portezuelo, estaba desahuciado, y que no podia escapar, porque era muy viejo; y su majestad callaba é no respondia nada. E don Cristóbal le decia que él era muy aficionado á la encomienda de Portazuelo, porque allí entendia él de residir, viviendo muy honestamente; é el Emperador con callar le respondia.

CAPITULO LXIII.

De las demás cosas que pasaron en este camino de Granada hasta Valladolid.

Don Pedro de la Cueva decia á su majestad de camino cómo los hombres de armas de la guarda estaban muy pobres y necesitados, y que su majestad fuese cierto que Juan de la Torre, comendador de Santiago, vecino de Ocaña, estaba de continuo menesteroso, y que del adelantado de Granada, aunque se muriese, no habria quien su vacante demandase.

Este don Pedro de la Cueva se preció mucho de traer la barba larga, é parecióse mucho en el sindéresis de la conciencia á don Francés de Beamonte é á don Pedro de Guevara. Fué comendador mayor de Alcántara, é muy devoto de cobrar la renta de la encomienda. Pareció tonelazo lleno de anchovas.

Iba tambien con su majestad monsieur de Laxao, é contábale cómo don Diego de Sotomayor é el clavero de Alcántara é Rodrigo Manrique no tenian justicia para pedirle la encomienda mayor de la dicha órden; que él era aficionado á ser de ella, y mas si le diesen la encomienda mayor. Decíale tambien que don Diego de Sotomayor parecia hijo bastardo de Colon el almirante de Indias, é solicitador de la mejorada; que parecia heredero del ladron que desesperó, porque siempre estaba haciendo gestos con los ojos, y que no era tan santo como fray Juan Hurtado, y mas pobre que don García de Toledo, su hermano; el cual dicho don García parecia Perayle, que se fué la mujer con otro, y andaba siempre renegando porque su padre vive tanto tiempo.

Rodrigo Manrique parecia botonero, pobre viudo ó escudero de Costa.

Iban tambien con su majestad don Francisco y don Beltran de la Cueva, que parecian monos criados en casa de Periañez, oficial de contadores.

CAPITULO LXIV.

De una carta que este coronista don Francés escribió al papa Clemente, sobre la tomada de Hungría por el Turco.

A 17 de noviembre del dicho año este coronista y conde don Francés escribió al papa Clemente VII, sobre la toma del reino de Hungría por el Turco, la presente carta.

El sobrescripto decia:

«A nuestro muy santo padre Clemente VII, y si »no haciéredes lo que digo, presto seréis V, segun »lo tiene profetizado Juan de Urbina en sus profe»cías, que entituló *El príncipe de Orange.*»

«Reverendísimo muy santo Padre: Algunas veces he »escripto á vuestra santidad acerca de muchas cosas »cumplideras al servicio de Dios y de nuestra muy »santa fe católica y al bien de la cristiandad, y nunca »vuestra santidad me ha respondido; y si agora tanta »nescesidad no hobiera de mi parescer y consejo, por »mí ternia de no vos escrebir mas, porque hay un »proverbio antiguo que dice: Quien tiene necesidad »de alguna cosa, que la compre aunque mucho le cues»te. La nescesidad que agora se ofresce, es que nos »juntemos todos los príncipes cristianos, y con mano »armada castiguemos al Turco, enemigo de nuestra »santa fe católica, y vuestra santidad, como buen »cristiano y vicario de Dios, conviene que tomeis la »cruz, y yo tomaré el agua bendita, y su majestad »tomará la bandera temporal; todos son de mi voto los »que vamos debajo de las banderas de vuestra santi»dad y su majestad; y el príncipe cristiano que á »esto no viniere y fuere tan desobediente, yo haré »que este tal sea maldito y descomulgado, y anate»matizado en estos escritos, é por ellos é para obligar »y castigar al príncipe desobediente, yo digo que iré »con mi persona, casa y deudos, que son mas que hay »en el *Liber generationis.*

»Y para remediar esto del Turco y lanzarlo del mun»do, mi parescer es no lo tardar; por eso, *domine papa, »surge et defende causam tuam;* que quiere decir, el »buen pastor guarda su ganado, y no solo hace esto, »mas mata los lobos. El Emperador es buen cristiano, »verdadero y muy deseoso de ensanchar y aumentar »la fe y los límites de la Iglesia cristiana; y demás »desto, lo quiero mucho bien, porque me paresce cosa »justa [1].

»Ansí que, muy santo Padre, *si vocem meam audie»retis nolite objurare;* que quiere decir que el re»medio sea presto, porque no digamos á la silla de »san Pedro: *Domine, quod vadis?* y responda ella *Im»peratore;* porque no me crucifique; y así, si en de»fension de la fe contra el Turco yo muriese, no habrá »menester vuestra santidad ni al cardenal Cesarino, »criado y caballerizo de su majestad y de mi casa. Es »muy buen caballero y cuerdo, tanto que por esta »causa no es tan bienquisto como lo fuera si no fue»ra tan bueno, aunque por la color que tiene paresce »fraile del preste Juan de las Indias ó carbonero que »está cabe la Peña de Francia. Tenga vuestra santidad »tal concepto dél, que en todo dirá la verdad en cuanto »de parte de su majestad y mia os dijere; al cual »vuestra santidad dará mas crédito en las cosas ecle»siásticas que á mí se me da en la Sagrada Escritura. »Algunas cosas suplicará á vuestra santidad de mi »parte, de cosas tocantes á mi casa y memoria della, »y otras espirituales, y otras contra el arzobispo de »Sevilla, inquisidor mayor d'España. Por mi amor que »se hagan; que en ello recibiré servicio y placer. Al »reverendísimo cardenal de Salviati, legado vuestro »que fué, téngale vuestra santidad en mucho, porque »acá por tal lo tenemos su majestad y cuantos gran»des señores somos en España; y de mi parte le dirá »vuestra santidad que paresce embajador de Rusia, »que con vinagre fuerte ó naranjas agrias se desayu»na, é hombre con pujos.

»El auditor que con el dicho cardenal vino es hom»bre docto, y por eso paresce toro nuevo en el mes de »marzo.

»A los cardenales fray Egidio Cesarino y micer Ga-

[1] y demás de lo querer yo mucho, es porque se me paresce mucho. (C.)

»ray [1], de Gibraleon, me encomiendo, y si por caso el »papa Adriano, de gloriosa [2] muerte y vida estrecha, »resucitare, *ambulate in pace, quia manus habetis,* »y *non palpabimini,* porque á esta hora *ancilla hos»tiaria* andaba envuelta con aquel mi señor Pedro »de Portallo; no digo mas sino que si hiciéredes lo que »dicho tengo, *non renegabo;* é si lo contrario hiciére»des, lo que Dios no quiera, *tu autem, Domine, mise»rere nostri*, y guárdate de *soldatis espaniolibus.* »Queda á lo que cumpliere á vuestra santidad, pro»bando su arnés y aderezando sus armas.—*El conde »don Francés.*»

Asimismo escribió la carta siguiente:

CAPITULO LXV.

De una carta que este conde don Françés, estando en Granada, escribió al muy alto é muy poderoso rey de Hungría don Fernando, primero de este nombre.

El sobrescrito decia:

«Al muy alto, é muy poderoso señor rey de Hungría, »mi sobrino.»

«Como á los teólegos nos es excusado hablar sino en »la defension de la fe, he acordado de hacer saber á »vuestra alteza el enojo que del herético Lutero ten»go. ¡Bien parece que no son vivos los pasados de mi »casa donde vengo! Mas, pues faltan hombres en el »mundo que se duelan de Dios é de nuestra santa fe »católica, por esta ruego á vuestra alteza, y si necesa»rio es, mando, que luego vais á Lutero, é de mi parte »le digais que lo ha hecho como ruin cristiano, no »temiendo á Dios ni al peligro que de mí é de mis »deudos le podia venir. E si vuestra alteza, diciendo »esto, le diera una bofetada en presencia del duque de »Sajonia y de todos los que le acuden, en este caso »reprobado por esta, os doy todo mi poder cumplido »para que lo hagais, ansí como si yo estuviese presente; »y de como la dicha bofetada le diéredes, tomaréis de él »é de sus consortes carta de pago y conoscimiento.

»Acá hay nueva de que vuestra alteza no está en »España, é por esto he acordado de le hacer saber las »nuevas que hay en ella, y es que vuestro embajador *Sa»lamantinae Diocesis* vino á Badajoz por la aficion que »tuvo á la dicha ciudad, y fué tan bien criado, que no »fué á ver mi posada, y por eso parece tabernero por»tugués, que en la feria de Ambéres tiene cargo de dar »de comer á mercaderes.

»Salinas, vuestro camarero, es buen caballero, deseo»so de os dar de comer, como Francisco Gonzalez, el »grande españarte. Tiene el dicho embajador en su »posada hacha y media sobrada y una mano á la ven»tana y tres ropas de tafetan. Trae en dias de apóstoles »y fiestas loba de chamelote, que parece veneciano que »saca aguardiente para Rocandolfo, ó aleman emprimi»dor de molde.

»A don Pedro de Córdoba dirá vuestra alteza que don »Juan, su hermano, ha demandado á su majestad el »obispado de Búrgos. El Emperador le respondió: Si tu»viérades algun hijo bastardo, yo os lo diera. El dicho »don Juan le respondió: *Si filius, Philippe es, mitte »te deorsum*, que es en las Astúrias.

[1] miscercino García (A. y B.)—miscer Garcia. (C.)
[2] guardosa memoria (A. y C.)

»Al dicho don Pedro dirá vuestra alteza que parece »vecino de Santander, que tiene cargo de hacer las »cargazones cuando su majestad va á Flándes, ó con»tador mayor de vuestro hermano el clavero de Cala»trava.

»Otrosí, á los que son contemplativos é amigos de »beatos no los olvida Dios. Ha tenido por bien que Sue»ro del Aguila entienda en todas las cosas de España, »de manera que no sale de casa, estudiando en el *Vita »Christi* del Cartujano. El cual Suero del Aguila pare»ce custodia de los frailes de la Merced, ó queso ca»bruno desnatado.

»Al marqués del Gasto escribí este otro dia que va»lian mas las cartas que las encartaciones de Vizcaya; »el cual marqués fué apodado que parecia hijo de mon»sieur de Frens, que le hubo en un avestruz pollo ó »cigüeño pensativo. Al cual marqués el Emperador tie»ne muy buena voluntad; é yo y el Emperador, é Simo»nete y el conde Nasao, y Juanes y el conde de Cabra, »é el marqués de Brandemburg, Gilete é Bauri, é la »marquesa de Cenete, é el presidente de Paris, que pa»rece terceron pobre en la villa de Villalon, besamos »las manos de vuestra alteza.

»A mí me han hecho del consejo secreto, que parezco »sastrecico de Castillejo, vuestro secretario, el cual »secretario parece provisor de ardas ó esposa de gato, »mono, ó maravedí de socrocio del almirante de Cas»tilla.

»El duque de Béjar parece que trae ruibarbo ó que »vende jabon de Chipre.

»El duque de Alba parece podenca sentada al sol ó »torillo desjarretado.

»El arzobispo de Bari, don Gabriel Merino, parece »rocin enfermo del conde de Agamenon. Es un santo »justo de Dios, y dado al diablo, segun afirma don Die»go de Rojas el tuerto, dean de Jaen, en las Décadas »que escribió al dean de Plasencia, su hermano en »armas.

»El arzobispo de Toledo, don Alonso de Fonseca, »parece cabra que está de parto ó calzones mojados.

»El confesor Loaysa parece raposa con cámaras, que »fué tomada en el monte de Lerma.

»A Laxao dimos la encomienda mayor de Alcántara, »y á don Diego de Sotomayor y á Rodrigo Manrique el »hábito de San Francisco. Y Laxao dijo: Señor, perdo»nad; que el diablo m'emporte si no he traido mas soli»citud por esta encomienda que Marta en la resurrec»cion de Lázaro.

»Las damas portuguesas que vinieron aquí con la »Emperatriz son muy lindas; parecen unas gengibre, »otras cominos rústicos, y otras á Hernando de Vega, »muerto de ocho dias.

»La condesa de Haro, camarera de la Emperatriz, »parece papa ó madre del papa Adriano, ó hija de maes»tre Liberal, físico.

»Todos los señores que aquí están querrian que les »entregase el Emperador cuanto tiene, y que á él no le »quedase sino las apelaciones de los pleitos; dice el »Emperador: *Pues bien.*

»Aquí llegó el conde Palatino, el cual pareció flo»rentin con pujo ó boticario de Maguncia; su majes»tad le trató bien.

»Riñeron el dicho conde y el mayordomo, é metióse

»de por medio Metenay, é diéronle una cuchillada por »la cara de veinte y cuatro puntos; quieren decir que »le quedará señal; otros dicen que esta cuchillada pa»rece á la de Diego de Cáceres, el de Segovia.

»Otras grandes nuevas hay en esta corte. El Empe»rador, á ruego del duque de Alba y de sus deudos, á »quienes tocaba la caballeriza de la jineta, la dió á don »García de Toledo, su hermano, señor de la Horcajada, »porque es gentil jinete, segun lo escribe Ciceron á los »de la ciudad de Nínive.

»Y porque vuestra alteza no es tan nescio, respon»derá á esta carta con algunas joyas ó dineros, que »mas lo he por el interés que por ser de esa tierra. Da»da en la mi ciudad de Granada, á 8 dias de junio, es»tando el regidor de Segovia defendiéndose de veinte »mancebos que le pedian dineros del juego de la pelo»ta.—*El conde don Francés.*»

CAPITULO LXVI.

De una carta que este conde don Francés escribió al gran Turco cuando supo que habia tomado el reino de Hungría.

Despues de esto pasado, á 18 dias del mes de noviembre en el año de 1526, estando el Emperador en la ciudad de Granada, le vinieron nuevas cómo el Turco habia tomado lo mas de Hungría, y habia entrado por fuerza de armas en la ciudad de Buda, que es de mas de veinte mil vecinos, y que mandó matar á todos los hombres, mujeres é muchachos, pasándolos á cuchillo; y como esto acaesció, este coronista escribió al Turco la presente carta.

Decia el sobrescrito:

«A nuestro muy desamado hermano el gran Turco »Selim, gran sultan, gobernador de la casa de Meca, »rey de la Siria y Asia la menor y Egipto, emperador »de los imperios de Trapisonda, Grecia y Constantino»pla; don Francés, por la divina clemencia, gran par»lador y señor de los hombres de Persia y Arabia.

»Porque ante el nuestro acatamiento no saben hablar, »señor é destruidor de la Meca y Africa, duque de Je»rusalen por derecha sucesion, conde de los mares de »Galilea y Tiberíades, señor de los tribus de Roben y »Judá, alcaide de Jafa y Rama, confundidor de la seta »mahomética, enemigo del Alcoran del falso profeta »Mahomet, archiduque de mancebos livianos, reforma»dor de soberbios, conquistador de Asia, Ponto y Tar»taria, ocupador de paganos y de capas de terciopelo y »brocado; amigo de ducados de á dos y de á cuatro, y »enemigo de monedas; convertidor de gentes agarenas, »reparo de pobres de cascos, y señor de todos los extra»mares y poblador universal; señor de tierra de pro»vision, aunque me la teneis ocupada injustamente. »A vos el muy nombrado, elevado entre los turcos é »moros, Selim sultan, muy caro y no amado entre los »cristianos, salud é gracia ninguna ant'el Espíritu San»to, hasta que por él seais alumbrado é convertido á »nuestra santa fe católica. Y porque á la primavera »ternéis al Emperador por alguacil, y castigará vues»tras crueldades, os hacemos saber que nuestra perso»na, deudos y casa ternéis por adversarios y capitales »enemigos, y que el Emperador y Rey nuestro señor »pasará muy poderoso, é yo, como dicho tengo, é con »ayuda de Dios nuestro Señor seréis vencido é des»truido, é pagaréis las crueldades que habeis hecho en »todas las tierras de cristianos. Demás de esto, me di»cen que pareceis ginovés recien casado, y en la na»riz á los de mi linaje.

»Por muchos enjemplos nos ha demostrado nuestro »Dios, si estovieren ó anduvieren sus siervos adversos »de sus mandamientos, que los castigará con sus »enemigos. Por ende no penseis que porque sois po»deroso, y por ser vuestra persona valerosa, y por ha»ber Dios permitido, por nuestros pecados, que hayais »habido tantas victorias de los cristianos, que seréis »siempre vencedor, que Dios nuestro Señor se ha »aplacado de la ira y de los pecados de los cristianos, »y habeis de ser vencido, preso ó muerto, y dejaréis »lo ajeno con pérdida de honra. Enjemplo tenemos ¡oh »gran Turco! que cuando las Españas se perdieron en »tiempo del rey don Rodrigo godo, y fueron señorea»das de los agarenos, en las montañas de Astúrias, »que es á par del reino de Galicia, guardó nuestro »Señor un infante pobre, llamado Pelayo, de linaje de »los godos, donde yo deciendo; para él se fueron »algunos cristianos, y no pensando escapar de la mano »y poder del caudillo moro, se encerraron y metieron »en una cueva alta, y vino sobre él Muza con mas de »cien mil hombres moros, y combatiendo la peña, »mostró Dios tal milagro, que todas las saetas se vol»vieron á los moros, y ansí murieron todos y las Es»pañas se cobraron. Ansí que, os acordad que los lo»cos y los niños son profetas. Dada en la nuestra ciu»dad de Granada, á 17 dias de noviembre de 1526.— »Vuestro extraño hermano, *El conde don Francés de* »*Zúñiga.*»

CAPITULO LXVII.

De otra carta que escribió este coronista á la señora Emperatriz.

«Cuanto á lo primero, no he ido á ver á vuestra ma»jestad por dos cosas, lo primero por mis enfermeda»des, que he estado *ad te levamini portae aeternalis;* »lo segundo, porque cuando mis amigos no están en »su casa, no oso ver á sus mujeres, y ansí querria »que hiciesen mis amigos á mí.

»Lo que hay que hacer saber á vuestra majestad, »es que el Duque nunca hace sino orar por el Empe»rador, y voto á Dios, siempre está pensando en el »Emperador, é su salud y en cuando verná, y meán»dose de sentimiento, ha desolado una sala. Otro»sí, los tres vasallos de la mi villa de Navaredonda »son muertos de modorra, y no he podido acaudalar »para poder tornar á poblar la villa, y porque no se »me pierda, mi oficio es de *orate caute*, y aunque »otro bien no me quede sino que de aquí adelante »quedaré para villano, es bien para el dia de hoy, y »aun para el de mañana, y podré decir que soy Agrí»cola.

»Grandes nuevas dicen por toda España de la go»bernacion de vuestra majestad y cordura, y demás »desto, sois enjemplo de las mujeres buenas, aunque el »gran doctor Condestable, que hoy vive, dice que mu»cho ayudan á vuestra majestad las letras y cánones »del conde de Miranda. Por cierto que el Conde es »buen caballero, leal y amigo de negocios, y con buen »título le podrán decir, no conde Masta, sino Mastizo.

»Acá hay nueva que el Papa nuestro señor ha en-

»viado á España una bulla para que despues de la »fiesta de los Reyes Magos celebren una fiesta á doña »Beatriz de Melo y al arzobispo de Toledo y al Presi»dente, y que la fiesta se llame los tres cuerpos magos, »y que recen dellos, y no los guarden. A la condesa »de Haro dirá vuestra majestad que mejor goce de »sus hijos que Francisco Pereda de las martas de su »ropa, que me han dicho que se le peló toda, el cual »Francisco Pereda paresce gatilla enferma que anda »en pleito con Juan Rodriguez Mausino.

»A la marquesa de Aguilar, mi devota, porque sé »que os quiere bien, vuestra majestad le diga que me »haga saber de sus reumas y bascosidades y mocos »cotidianos que siempre tiene, y conserve Dios la vida »del marqués de Aguilar, su marido, aunque por otra »parte paresce bolson de Júdas vacío.

»A mi señora doña Guiomar de Melo, camarera ma»yor, dé Dios mucha vida, aunque me han dicho que »se lava el cabello para enrubiallo; á la marquesa de »Lombay, presbítera de Gandía, guarde Dios á su ma»rido; de doña Inés Manrique, aya del señor Príncipe, »se dice por estos reinos no se qué que no suena bien, »y es que la hallaron con el licenciado Santiago, y diz »que el dicho licenciado alega que es hijo bastardo »del papa Adriano, que Dios haya, que lo hobo en la »condesa de Concentaina.

»Acá me han dicho que don fray Alvaro de Córdo»ba se casó con doña María de Aragon; Dios le con»serve al dicho don Alvaro su legítima, como por don »Luis Fajardo es deseado.

»Dícenme que parió doña Felipa; no lo creo, porque »mas dispusicion tiene ella para hacer parir que para »parir ella; y si á la condesa de Osorno no envio á »decir nada, es por no hacerla mal casada con su ma»rido, porque estotro año tenia unos celillos de mí; »porque las mujeres casadas mas son vidrio que azu»car piedra.

»Dirá vuestra majestad á Antonio de Fonseca que »la otra noche topé con Rodrigo de la Rua [1], que iba »tras el conde de la Gomera é doña Isabel de Quinta»nilla, requiriéndole que les señalasen ciertas libran»zas en los alimentos de baiboda de Hungría, que les »habia hecho merced en cuanto viviesen, y él les res»pondió: *Regnum meum non est* ya de España.

»Traiga Dios con bien al Emperador mi señor, y »guarde á sus hijos y á vuestra majestad, como estas »Españas lo han menester; si castañas y arrope hubié»redes menester, enviad por ello, que luego lo en»viaré.

»Mi señora la Marquesa ruega á Dios por la vida y »venida de vuestro marido; como esta llegue, irá vues»tra majestad á casa del correo mayor, daréis mis en»comiendas á su mujer, que es muy honrada.

»Vuestro secretario, Juan Vazquez, de transitorias »quijadas, os suplicará por una carta para mí; vuestra »majestad se la dé; y esto cuanto á la primera parte.

»Al duque de Maqueda, de mi parte, vuestra ma»jestad dirá que paresce dueña de la marquesa de »Cenete, que fué casada con don Francisco de Men»doza, obispo de Zamora. Fecha en la mi villa de Na»varedonda.—*Conde don Francés.*»

[1] Larrea (A.)

CAPITULO LXVIII.

De otra carta que este don Francés escribió á su majestad, sobre que la dijeron que este conde se habia ahogado, yendo á Portugal, en las barcas de Alconetar.

«Sacra cesárea Majestad: A vuestra majestad dije»ron cómo yo á la vuelta de Portugal me habia aho»gado en las barcas de Alconetar, y dijeron verdad, »porque por mis pecados y los del conde don Fernan»do de Andrada y los de don Pedro de Guevara, pasé »desta vida y fuí en la otra, donde vi cosas admirables »dignas de memoria. Entre las cuales, vi al marqués »de Moya renegando de la órden de los tercerones, y »leyendo un capítulo que dice que cada uno deje á su »padre y madre por la mujer; mas que nunca leyó que »por la hija se hubiese de dejar la patria, que es la ha»cienda.

»Otrosí vi al conde de Monteagudo, tan conforme con »su mujer, como los hermanos del conde de Aguilar »con su cuñada, y ella llorando cantaba: *Omnia pre»tereunt praeter amare Dcum* [2]. Vi á don Juan de Alar»con, hijo mayor [3] de don Alvaro de Mendoza, camarero »mayor de la reina de Francia, demandando á su madre »que lo alimentase; si no, que la echaria en el rio de »Santarem con cuatro halcones que tenia del rey de Por»tugal; y decia doña Elvira, su madre:—Acordáos, hijo, »que el señor Hurtado negoció con su majestad que yo »sea [4] del consejo de la guerra;—y por otra parte le »decia don Alvaro de Acosta:—Lembrayvos, senhora, »de los muytos farelos que os caballos de voso filho han »comido en Portugal.—Respondióle doña Elvira:—Ma»ledito Portugal, que nunca *Deus visitabit.*—Item vi »al marqués de Aguilar escribiendo sobre las Décadas »de *Titus Livius*; y decíale su hijo don Alonso Manri»que:—*Pater mio*, parece eso mentira.—Respondióle »él:—¿Pues soy yo Juan de Voto á Dios ó el regidor de Segovia?—

»Tambien vi á doña Ana Manrique, hermana de don »Antonio Manrique, duque de Nájara, en el pleito con »el duque de Calabria sobre matrimoniar con ella. El la »decia:—Señora, *pulcra mea*, non veis que soy *filio »regis*;—y ella respondió:—Mirad qué dolor, pues »*antequam Abraham fuerit, ego sum.*—

»Otrosí vi á la marquesa de Cenete asentada *pro tri»bunali non sedendo* [5], riyendo en tanta manera, que »movia á reir tres niños, de lo cual habian tanto enojo »las arrugativas de sus dueñas, que iban á demandar »albricias á don Antonio de Fonseca, comendador ma»yor de Santiago, el cual decia á las dueñas:—Filias de »Matusalen [6], mas antiguas que Troya, *nolite flere su»per me, sed super doctorem Beltran et super doctorem »Zuñiga*, sino dieren buena cuenta deste proceso.—

»Otrosí vi á la reina de Francia, quejándose á Tum»ba, su camarera, de musiur de Laxao, que de diez me»moriales que le daba, le perdia los nueve, y el otro que »quedaba, le decia que no se podia hacer nada; y deste »enojo una ama flamenca desta reina decia:—*Madama »ge la Roya, detuya je soban, pliquena si de comporta,* »y el diablo emporte á don Pedro [7] de Guevara, que

[2] *pereunt praeter amorem de my.* (C.)
[3] El *mayor* falta en los demás.
[4] vos seais (C.)
[5] *un nolli sedendo,*
[6] Jerusalen, (A. y C.)
[7] Diego (B.)

»paresce solicitador de Juan de Borgoña;—é monsiur de »Laxao decia: —*Lo diable m'emporte*, si me acuerdo, »sino de quien me da alguna cosa.—

»Vi tambien al mayordomo mayor, gobernador de »Brescia[1], con rabiosas quejas y dolores mortales desde »la cinta abajo, que en romance llaman almorranas, di»ciendo al doctor Ponte:—Dotor, nunca medre vuestro »Avicena, y en vuestro talle paresceis funda de don Fran»cisco Ruiz, obispo de Avila, ó trasunto del obispo de »Zamora, don Francisco de Mendoza; *circumdederunt »dolores mortis antifonis meis.*—

»Vi á don Francisco Pacheco, el de Córdoba, hijo de »don Alonso de Aguilar, haciendo alquimia para gastar, »y no con frailes mendicantes, sino para hacer casas de »armas y pelear con sus vecinos. No guardaba las cestas[2] »para otro dia; parescia sarda que no se le cocia el pan. »Era tan pesado, que á sus vecinos les pesaba algunas »veces. Este cronista tenia en él buen feligrés.

»Otrosí vi al duque de Béjar asentado en una silla muy »alta, y debajo dél puesto de rodillas al conde de Benal»cázar y á la marquesa de Ayamonte, suegra deste con»de, y al Marqués, hermano del Duque, y decia el Mar»qués al Duque: —*Frater, meus domini*,-la mujer me »engañó.—El Duque le respondia: *Conculcabis capita »draconis et serpentis*; que quiere decir que pares»cia el dicho marqués dragon hinchado, y pues la mu»jer os engañó, que ella os dé el remedio. El conde de »Benalcázar con gran mesura decia: *Domine dux pater »michi*, que quiere decir:—Necio es el que huye del »bien.—El Duque le respondió: —Juro á Dios y por el »cuerpo de Dios, bueno estoy si á todos tengo de res»ponder.—Al conde de Miranda vi pasearse con los con»des de Haro[3] y Siruela, determinando una cuestion: »si el Duque podia declarar su casa por quien quisiese. »Este conde de Miranda decia:—Señor, estáos en vues»tras trece, que no vos faltarán letrados;—y demás desto, »los dichos condes litigaban con don Juan de Arellano si »Gozgorrita y Montijo eran bienes partibles, y en tanta »manera era su porfía, que entre ellos se atravesaba don »Juan de Arellano, alcaide de los Arcos, por si se mata»sen, y ofrecíase este don Juan al conde de Haro[4], que »si en aquel combate muriese, que él seria su testamen»tario, como lo fué del condestable don Bernardino de »Velasco, su tio, y que le llevaria los dineros que le »viniesen y no le perdonaria nada, como lo hizo al di»cho don Bernardino, su hijo. Al conde Nasao[5] vi, que »despues fué marqués de Cenete, y muchos negocian»tes tras él, y él les decia:—¡Oh mondiu, cuánto tiempo »pierden los que importunan *per Deum*; y no quer»ria yo nada destos negocios, sino algo de placer, por»que la vida es corta y porque el gran españarte Fran»cisco Gonzalez tiene talle de fariseo; no digo mas.—

»Al arzobispo don Alonso de Fonseca vi en cueros, y »á Luis Carroz, secretario consumido en la corona real; »luchando estaban tan revueltos, que parescian cule»brones. Decia el Arzobispo:—¿En qué ofendí yo á Dios, »que me echan á hacer penitencia con este gallo, harto »de lujuria?—Y decia Luis Carroz al Arzobispo que »parescia sábana torcida ó malcocha caliente; y con el »enojo que este arzobispo tenia, dijo á este coronista »don Francés:—Decid á su majestad que me desapen»sione; que yo le prometo de tener novenas con musiur »de Rolé ó con el comendador de Piedrabuena.—

»Luego á esa hora se me apareció Monroy[6] vestido »de carmesí, rezando el salmo de *Miserere mei, Deus*, en »alta voz, y le decia monsiur Falconete: —Juro al cuer»po de Dios y por la amistad que tuve una temporada »con el conde de Alba de Liste, que yo no me huelgo con »tanta devocion, que aunque soy cristiano, nunca rezo »una Ave-María.—Saltó luego de través Bauri, y dijo:— »Yo só de vuestra condicion, necio y conde, y por eso »dicen que parezco *perri vegi* del conde de Génova[7].— »Juntóse con ellos maestro Liberal, mostrando un tes»timonio cómo habia cuarenta y tres años que no creia »en Deus ni guardaba fiestas ningunas, si no era dia de »apóstol ó cuatro témporas, y no creia mas de hasta las »vísperas. Al vizconde de Bombi[8] vi cantando sobre »Zaragoza: — Maleditas las mujeres que engendraron »y las tetas que primogénitos mamaron. — Decia el »conde de Ribagorza que parescia galgo con pujo, »y respondióle el Vizconde:—Yerno, ¿duelos teneis »que parió mi mujer un hijo?—Sancho Bravo andaba »tras el marqués de Aguilar, diciendo: —Señor, ¿có»mo no me dejan el corregimiento de Córdoba, pues »que me lo mandastes?—Y decia el Marqués:—Señor »Sancho Bravo, yo hube muerto un puerco montés que »le hallaron en la espalda una encina de tres brazadas; »—y quejándose á Laxao Sancho Bravo, y diciéndole »Laxao:—*Sanchi Bravi*, acordáos de cuando estovimos »en Vormes,—decia Sancho Bravo á este propósito: »—Buen recaudo tenemos. —Y porque no trae mas »tiempo mi licencia para andar en este siglo, digo que »emplazo los vestidos de vuestra majestad que sacará »el dia de San Juan primero que verná; que parezcan »ó padezcan ante mí do quier que yo estoviese, y para »esto tomo por testigo á Dios y á Metenay. Dada en mi »cámara en Béjar y refrendada por el mi gran chanci»ller, el obispo de Mirras[9]; al duque de Calabria me »encomiendo, á Simonete y á Rolé beso las manos.»

CAPITULO LXIX.

De cómo el Emperador se partió de Granada para Valladolid, y de lo que en el camino aconteció.

En este año acaescieron en España grandes cosas, entre las cuales fué, que don Pedro de la Cerda, hermano del duque de Medinaceli, siendo casado é teniendo el hábito de Santiago, demandó que le diesen una encomienda de Alcántara. Y junto con esto, don Gutierre de Cárdenas, hijo del adelantado de Canarias, á 18 de octubre, siendo el año muy lluvioso, se partió dende Ocaña para Granada, é hizo esto no teniendo pleito ninguno, sino solo porque su majestad estaba allí. Y como fuése llegado á la corte, para el bastimento de su casa mandó comprar mucho trigo y cebada, y dentro de quince dias su majestad se partió para Valladolid, y este don Gutierre vendió el bastimento que tenia comprado, en que perdió la mitad, y se volvió con su majestad, adonde pasó hartos malos

1 Buda, (A.)—Brusa, (B. y C.)
2 cosas (A.) costas (B.)
3 Oropesa (C.)
4 Oropesa, (A.)
5 Laxao (A. y B.)
6 Trullera (A. y C.)
7 Ginebra. (C.)
8 Elebol (A.)—Bonica (B.)
9 Niza; (C.)—mi casa; (B.)

dias en ir y venir, y hay algunos oradores que quieren decir que en todo el camino este don Gutierre nunca habló al Emperador, sino una vez que, llegando el Emperador á Martos, le dijo: «Señor, vuestra majestad debia de procurar saber el romance que dice: En Martos estaba el Rey; que aquí murieron despeñados los Carvajales.» E por este buen dicho que dijo don Gutierre al Emperador, el adelantado de Canarias, su padre, como el Rey llegase á Ocaña, hizo un banquete á todos los de la cámara, y á la sazon hacia el mayor frio del mundo, y para los manjares no hubo salsa ni para los que comian lumbre; ansí que, temblando y dando carrilladas, se acabó el convite.

CAPITULO LXX.

Cómo llegado el Emperador á Valladolid, vinieron procuradores de todas las ciudades y villas de estos reinos para consultar con su majestad los males y daños que el Turco habia hecho en Hungría.

En este dicho año de 1527, á 28 de hebrero, el buen Emperador entró en Valladolid, y allí fueron los procuradores de todas las ciudades y villas de estos reinos, y los grandes y perlados y los comendadores de las órdenes, para dar órden cómo el Turco, enemigo de nuestra santa fe católica, fuese destruido, y su poder no fuese mas adelante. El cristianísimo Emperador, celoso de la fe católica, como él fuese el principal remedio della, acordó consolar á los sobredichos procuradores y darles larga cuenta de las cosas.

Luego adelante, á los 17 de marzo de dicho año, mandó venir á palacio á los procuradores, grandes é perlados, é mandóles leer todo lo pasado con el rey de Francia y con el papa Clemente de Médicis y con otros señores de Italia, y como siempre habia guardado lo que con ellos habia puesto, y como á todo el mundo fué notorio cómo habia soltado al rey de Francia de la prision en que lo tenia en Madrid; y porque la amistad fuese mas firme, y que Dios fuese servido, y por el bien de la cristiandad, le dió á su hermana, doña Leonor, por mujer, y no embargante estas buenas obras, como el rey de Francia se viese libre, ninguna cosa de las que con él puso, guardó, y no temiendo á Dios y á los grandes juramentos que habia hecho, ni á la vergüenza de las gentes, tramó tales ligas, que se siguió mucho mal á la cristiandad, así en tratos dañosos con el Papa, como con otros señores de Italia y con otros príncipes. Demás desto, dió lugar á que el Turco entrase en el reino de Hungría, y destruyese aquel reino y matase muchas gentes, y tornase á las gentes inocentes á la seta mahomética. Demás desto, dió cuenta cómo dió lugar é trató con el papa Clemente (poco menos que este rey de Francia), que, en lugar de poner paz, se mostraba banderizo con mano armada.

Oidas estas y otras cosas, que el Coronista, de deleznable memoria, no se acuerda de las escribir, salvo que acabado este razonamiento que el muy alto Emperador les hizo, los grandes que allí se hallaron respondieron lo siguiente.

CAPITULO LXXI.

De lo que algunos grandes y señores del reino respondieron á su majestad.

Don Alvaro de Mendoza, conde de Castro, dijo que si su majestad su parecer tomase, que él iria al Turco, y llevaria consigo al conde de Siruela para que le hablase, y que viendo el Turco la muchedumbre de reverencias que el dicho conde le haria, no seria tan crudo, que no le provocase á devocion. Y como el Emperador esto oyó, le dijo: «Conde, no en balde pareceis ciruela-pasa ó queso enjuto al humo.»

Luego habló el conde de Benavente, don Alonso Pimentel, y dijo á su majestad: «Señor, si mi voto se tomase, darianme á Pedraza de la Sierra, porque quiero mucho aquel lugar, por haber sido de mi suegro; y demás de esto, yo y don Juan de Vivero, mi mayordomo mayor, y don Hierónimo de Padilla y la condesa de Buendia queremos quietud é no entender en guerras.»

Luego vino al voto don Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, y dijo: «Yo, Señor, soy flemático, por cuya causa no sé tantas maldades como don Pedro de Guevara ni tantas letras como el conde de Miranda, ni soy tan leido en *Terencio* y *Catilinario* como el conde de Haro; mas soy deseoso de vuestro servicio, y si hobiese quien por mí pagase mis deudas y me remediase á los hermanos, mi voluntad es que me holgaria de ello, y no haria poco. Demás de esto, parezco atun fresco atravesado sobre acémila, presentado á don Francisco de Mendoza, obispo de Zamora, melancólico, adusto, que parece hijo de ballenato que lo movió la tormenta.

Luego vino al voto don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, el cual, meneándose mucho, dijo: «Señor, monsieur Emperador, ya sabeis lo que yo os quiero, y que vuestra voluntad es para mí precepto que no puedo dejar de cumplir; ordenad lo que quisiéredes, que juro á Dios y por el cuerpo de Dios, que lo cumpliré, y juro á Dios que si fuere menester que se mueran en vuestro servicio mi cuñada la marquesa de Ayamonte y el conde de Benalcázar, su yerno, no se me dará mucho, y no tengo mas que decir.»

Luego habló don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, segundo de este nombre, y dijo con grande entonamiento: «Señor Emperador, yo soy recien casado, y si mi voto se tomase, mas há de veinte años que seria muerto mi padre, y tengo el estómago grande y la complexion flaca, y en vuestro servicio la tengo mas recia que Diego García de Paredes ó Dia-Sanchez de Quesada, y con todo esto, cumpliré vuestros mandamientos, como de rey y señor.» Demás de esto, dice don Francés que parezco lengua colgada en la despensa del conde de Lémus, ó uno de los de *Liber generationis*; é yo digo que parezco acedia colgada por la cabeza ó pescada cecial ahumada.

Esta habla acabada, don Juan Pacheco, marqués de Moya, dijo á su majestad: «Señor, el arzobispo de Santiago, presidente de esta corte, es mas trasijado que yo, é si algo de pequeño tengo, me viene de mi tio, el almirante de Castilla; y pues vuestra alteza es tan justiciero, déme el dañador; é si no, apelo á las mil é quinientas necesidades que don Antonio Manrique tiene.»

Luego vino al voto don Pedro Giron, el cual parescia toro que pacia en la ribera de Jarama, y que no pacia de toda yerba, ó menestril del duque de Calabria, é dijo al Emperador: «Señor, yo no tengo ninguna voluntad, sino lo que vuestra majestad mandare. Verdad es que si mi voto se tomase, darmeian el marquesado de Villena, aunque no tengo derecho á él, y el ducado de Medina, que me tienen usurpado, segun me afirman muchos letrados y bachilleres.»

Don Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, inquisidor mayor; con él iban (otros dicen que iban tras él) Diego de Valladolid, mercader, y Pedro de Portillo, y harta parte de la Costanilla de Valladolid, y otros procuradores de las Cuatro Calles de Toledo, y otros de Guadalajara y Almazan y Soria, y algunos parientes suyos, *Manriques*, é dijo al Emperador: «Vuestra majestad sabrá cómo los de mi linaje venimos por línea recta del diablo, que son los *Manriques*, y si á vuestra majestad pluguiere, *sinite eos abire*, y estos otros *accipite* con vos, *et judicate* que me dejen.»

Don Bernaldino de Mendoza, conde de Coruña, dijo á su majestad: «Yo, Señor, en cuanto hombre parezco buey viejo que lo llevan á la carnicería por fuerza, y por otra parte parezco fuelles grandes de los órganos de la iglesia de Toledo; y si mi voto se tomase, el duque del Infantazgo no ternia tanto como yo. Y tambien sepa vuestra majestad que yo soy un perdido por acrecentar mi casa, mas tambien me acreciento la barriga.»

Acabadas las Cortes, lo que en ellas se concluyó esotro lo sabe, salvo que el lúnes despues del domingo de Ramos todos los procuradores, grandes y perlados demandaron á su majestad licencia para se ir á sus casas, adonde tuviesen la Pascua. Su majestad se la dió con alegre cara y les dijo: «*Ite, maledicti;* que escrito está: *Maledictus est qui confidit in populis.*»

CAPITULO LXXII.

De cómo la muy alta Emperatriz parió un hijo, y lo demás que sucedió.

Dende á pocos dias, á 20 de mayo de 1527, la muy alta Emperatriz, por la miseracion divina é por hacernos Dios merced, parió un hijo, que fué llamado don Felipe; y como fué nacido, el muy alto Emperador salió á la sala, y allí todos los grandes y perlados que se hallaron, de regocijo que hobieron, saltaron é bailaron; entre los cuales se señalaron don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, y don Juan Tabera, arzobispo de Santiago, presidente del Consejo Real de su majestad; y como saltaban estos dos perlados, fueron apodados por el autor don Francés que parecian gamos que saltaban, hartos de yerba.

Venian muchas gentes por besar las manos al Emperador, y de los primeros que vinieron fueron don Francés de Mendoza, obispo de Zamora, é Juan de Lanuza, visorey de Aragon, y dijeron: «Señor, ansí nos alumbre Dios como hemos holgado con el parto de la Emperatriz, nuestra señora;» y como esto dijeron, al uno le vinieron los dolores de parto, é antes que del palacio saliesen, parió una hija, la cual dicen que fué la beata Petronila; y por el placer que todos hubieron del nacimiento del Príncipe, el Rey salió á dar gracias á Dios y á san Pablo por las grandes mercedes de él recibidas. E dende á pocos dias el Príncipe fué baptizado en san Pablo, y por las grandes mercedes muchos fueron ricamente vestidos, y el conde don Francés mas piedras llevaba que Antonio de Fonseca y el marqués de Cenete.

Fueron padrinos la serenísima reina de Francia y don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, y don Iñigo de Velasco, condestable de Castilla, el cual llevó al Príncipe en los brazos, é el duque de Alba se lo ayudaba á llevar.

Baptizólo el reverendísimo arzobispo de Toledo, que estaba vestido de damasco colorado, que parecia lanza jineta en almagrada; y como el Príncipe fué baptizado, un rey de armas, que se llamaba Castilla, que en un cadahalso estaba, á grandes voces dijo: «Viva, viva el príncipe don Felipe;» y este coronista dijo: «Muera, muera, muera el rey de armas, porque es necio.»

CAPITULO LXXIII.

Cómo se aparejaron grandes fiestas por el nascimiento del Príncipe, y cómo ciertos caballeros se partieron para Italia, y de cómo se entró Roma por fuerza de armas.

Como el alto Príncipe fué vuelto á palacio, fueron hechas muchas fiestas y alegrías, porque á la verdad, en todas las gentes de España é en todos los reinos del Emperador se criaron muchos placeres en los corazones de todos.

Y estando en estos regocijos vinieron nuevas á este alto Emperador que Roma se entró por fuerza de armas, y el duque de Borbon determinó de morir por ir á dar cuenta á Dios de lo que la gente de guerra habia de hacer en el saco de Roma. La gente de guerra entró en Roma y la saqueó, y á los romanos y cardenales les desplugo de lo que pasaba, mas por lo que les tomaron que por la honra, aunque á Juan de Urbina no le desplugo; y las cosas que allí pasaron adelante las diré; y beato quien allí no se halló, que mas le valiera hallarse en Simancas ó en el Espinar de Segovia, segun lo dejó escrito el príncipe de Orange en una glosa que hizo al romance que dice:

Triste estaba el Santo Padre.

CAPITULO LXXIV.

Cómo monsieur de Millau, criado de su majestad, caballero flamenco, docto en aires, aunque muy ancho en caderas, su majestad lo envió á Roma, é lo que sucedió.

Dende á ocho dias, don Alvaro de Zúñiga, hijo del conde de Aguilar, sobrino del duque de Béjar, y don Cárlos de Arellano, mancebo de sortijados ojos, suelto de colodrillo, alivianado de la frente, y don Alonso Manrique, doto en Caton, Virgilio é *Metamorfóseos*, amigo de navegar con viento solano, que parecia corza que habia malparido, hijo del marqués de Aguilar, y don Bernaldino de Arellano, comendador de Ceclavin, que parecia mora labradora recien traida á la villa, asimismo hijo del conde de Aguilar, y don Iñigo de Guevara, hijo de don Pedro Velez de Guevara, el cual dicen que parecia y pareció perro que con necesidad habia salido por albañal angosto, llegaron á su majestad á le pedir licencia para ir á Italia; su majestad respondió: «No mas, asaz teneis de ella; mas si quereis dineros, perdonad, que no los hay.»

Y estos caballeros, como fuesen deseosos de honra y esforzados y ganosos de servir al Rey, luego se partieron; que ni miedo de la mar ni consejos de deudos y amigos les pudieron estorbar su camino.

A la verdad, estos caballeros eran tan necesitados, que á ninguna villa é lugar llegaban, que no les levantaban que venian de lugar en que morian de pestilencia, y lo que de ellos se hizo en su lugar se dirá.

CAPITULO LXXV.

De lo que su majestad hizo despues de esto pasado.

Poco tiempo antes de esto el Emperador tenia concertados torneos y aventuras de la manera que Amadís lo cuenta, y muy mas graciosos, y todo lo que en aquel libro se dice, se habia de hacer acá de veras. Ello es ansí, que antes ni despues se vieron, ni se verán de los que despues de nos vinieren, otras tales fiestas.

Y como la nueva vino á este emperador de las cosas acaescidas en la entrada de Roma, y de las cosas acontecidas en aquella ciudad, hubo de ello gran pesar, é hizo tan gran sentimiento, que luego mandó su majestad cesar en las fiestas é aventuras que otro dia se habian de comenzar, y mandó derrocar todos los tablados é castillos é palenques, é otros edificios grandes que para las dichas fiestas se habian hecho, aunque en ellos se habian hecho grandes gastos y gran suma de dineros; su majestad dió tal ejemplo, que á ninguno pareció sino ser obra de Dios lo que el Emperador hizo, é mas en cesar las fiestas.

Al que de esto mas pesó fué á Lope García de Salazar, preboste de Portugalete, porque tenia hecho para estas fiestas un sayo de damasco é un caparazon amarillo, que parecia chamarra de Juan Rodriguez Mausino, ó paramento de cama de fray Pedro Berdugo; pareció cocinero del Bayboda ó sana-potras flamenco ó pregonero en Ambéres.

CAPITULO LXXVI.

De cómo don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, escribió á este don Francés á la corte, rogándole que le escribiese y diese nuevas de las que habia en la corte, ansí de su persona como de las otras; y don Francés le escribió, la cual carta es esta.

«Muy magnífico Señor: Micer Angelo Solícito [1] me »dió una carta de vuestra señoría, en que me man»dais os dé nuevas de la corte, y por una parte parece »que vuestra señoría está de mí enojado, y por otra no »parece nada á Salazar el grande [2]; y esto digo, porque »todos los ratones son coléricos por la mayor parte.

»De no haber escrito á vuestra señoría no se espante, »porque la señora condesa de Módica era muerta poco »habia, y por ser el mal agudo é de mala digistion no »me atreví á escribir á vuestra señoría consuelos; que »mas necedades dijera que el adelantado de Cazorla »en su tierna edad, de gloriosa instancia [3].

»Y vuestra señoría esté cierto que la liga y amistad »que hicimos, por mí no se quebrará; y mucho menos »por vuestra señoría, que nunca grillo quebró lanza ni »otra cosa; y tambien porque la sangre sin fuego hier»ve, segun el deudo que yo é vuestra señoría tenemos.

»Y si por malos de nuestros pecados, el Emperador »viniese á estar con vuestra señoría, *non te negabo*, an»tes os acudiré con mi casa é deudos, que son mas que »hay en la Costanilla é Astúrias [4].

»Las nuevas que acá hay, son que dicen que vuestra »señoría se mete fraile; de mi consejo no lo debe hacer, »por muchas razones: la primera es, porque al que el »mundo merece gobernar, no es justo que se le sujete »á un guardian, que por dicha no será tan esforzado »como don Pedro Velez de Guevara, ni tan sábio co»mo Hernando de Vega [5], ni tan doto en letras como el »conde de Miranda, ni tan santo como el conde don »Fernando de Andrada. Lo segundo, por lo que toca »á vuestra casa é herederos, y porque con el hábito »parecerá vuestra señoría duende de casa ó escobilla »redonda sin palo ni asta sobre bufete, ó á lo menos »turma de toro, y si no, obispillo de puerto ahumado.

»Otrosí, el duque de Béjar mi amo y yo servimos en »el medrar mucho. *Tu autem, Domine, miserere nobis.*

»El Emperador y Felipico, su hijo, están buenos, y »Juan Rodriguez Mausino está malo de unos divie»sos. Dicen que se los pegó don Donís de Portugal, »que Dios haya.

»Ruy Tellez, mayordomo mayor de la Emperatriz, »está enfermo y parece cabra montés que está de par»to, ó calzas viejas del arzobispo don fray Francisco »Jimenez, que Dios haya.

»Los mancebos que en esta corte hay se quieren »dar, unos dicen que de hambre, otros dicen que al »diablo.

»Al arzobispo de Toledo dicen ha hecho mal el frio »de esta tierra, é porque no peligrase y las nieblas no »le dañasen, los médicos le mandaron meter en una »cerbatana ó en archero del maese-escuela de Braga; »otros dicen que en una funda de longaniza ó caña fis»tola: no se acaban de resolver cuál destas cosas sea »mejor.

»El dotor Carvajal murió. Sus oficios pide don Pe»dro de la Cerda. Créese que no se los darán, porque »hallan que no es letrado, aunque él dice que estudia »en las comedias de Terencio, é hallan que de nin»guna cosa sabe nada.

»Al dotor Beltran le tomaron jugando con el con»fesor al anequin de blancas. Al Dotor detuvieron »en casa de Enrique Aleman, y al Confesor en casa »del gran Chanciller, porque se quieren mucho, é »son tan conformes como la condesa de Aguilar y sus »cuñados. Al señor don Fernando Enriquez me enco»miendo, porque parece veneciano que se le anegó la »carraca en Barcelona [6].

»Dada en Búrgos, en mi cámara.—*El conde don »Francés de Zúñiga.*»

[1] vuestro criado, (añade X. II.)
[2] ni menos á don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo; (X. II.)
[3] y tambien porque hiciera mayor necedad que la que hizo el adelantado de Cazorla en su tierna juventud, (Id.)
[4] con mi casa é deudas, que son mas de las que quisiera, y de las cuales algo os podrá decir Juan de Truxillo, el platero. (X. II.)
[5] Francisco Gonzalez de Medina (id.)
[6] que se le anegó la carraca con el caudal en Valladolid. (Id.)

CAPITULO LXXVII.

Cómo el Emperador mandó aparejar grandes fiestas por el nascimiento del Príncipe, é por qué causa se desbarataron otra vez.

En el mismo año de 1527, á 20 dias de mayo, estando el Emperador en Valladolid, despues de haber nascido el Príncipe, y haberse dejado las fiestas por lo que dicho es, Dios, por nuestros pecados, dió pestilencia en la villa, é su majestad salió del lugar, porque morian de varias enfermedades, los de la villa de pestilencia, los cortesanos de hambre; é como llegasen á Búrgos, fueron rescebidos en un lugar cinco leguas antes, que se llama Ciudad-Ancha, que es del duque de Béjar.

Pasando por allí la alta Emperatriz, este coronista don Francés hizo un recibimiento á una dama suya, que se decia doña Felipa Enriquez. Iban docientos labradores del dicho lugar, vestidos todos con armas y sábanas blancas y con calderas en las manos, y en las otras majaderos dando en ellas; é aunque los del lugar eran muchos, con los de la corte en este caso poca honra ganaron. Llevaron un paño de jerga viejo atado en seis picas[1]. Los timbres de este paño eran ramos de ajos y de cebollas, é detrás del paño iban los alcaldes con un presente de seis varas de pellejas de conejos é liebres é carneros llenas de paja, y todas las llaves del lugar. El presente é llaves fueron presentados á la misma dama, diciendo: «Viva, viva doña Felipa, amiga de nuestro amor.»

CAPITULO LXXVIII.

De cómo estando el Emperador en Búrgos, vinieron embajadores de los reyes de Francia é Inglaterra, é de cómo desafiaron á este alto Emperador, y cómo el Emperador acetó el desafío.

Estando el Emperador en Búrgos, como dicho es, vinieron allí los embajadores de Francia é Inglaterra, y reyes de armas de los dichos reyes, con tratos no conformes á Dios ni para paz é concordia de la cristiandad. El católico Emperador, por evitar muertes é escándalos é desasosiegos, concedió mucho de lo que pidieron. E como estos dos reyes estoviesen dañados de las voluntades, habiéndose hecho nuevos amigos, de ser el uno Heródes y el otro Pilátos, en nada vinieron; y andando en estos conciertos en el año 1528, á 10 dias del mes de enero, los embajadores de estos reyes enviaron á decir á su majestad que los oyese á otro dia siguiente.

Como el Emperador fuese animoso é discreto, luego pensó lo que querrian, é mandó aderezar una sala grande y un tablado de tres gradas, en que estaba puesta una silla real é un paño de brocado, é muchos perlados é señores estaban en torno de la silla, los cuales eran don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo; don Pedro Sarmiento, obispo de Palencia; don Juan Tabera, arzobispo de Santiago, presidente del Consejo Real, y don Diego Maldonado, obispo de Ciudad-Rodrigo, que parecia funda de don Jerónimo Xuarez, obispo de Badajoz, que parece perra que anda viendo cómo morderá á todos los zancajos.

[1] en seis astas de pica, con goteras de ristras de ajos, detrás del cual palio iban (X. II.)

Estaba tambien allí el cura de San Felices de los Gallegos é el obispo de Tuy, é el cura de Valdestillas, con una beca puesta, é otros muchos perlados, que seria prolijidad contar.

De los grandes estaban don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, y don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, sobidos sobre los hombros de Simonete, y el marqués de Cenete, y el conde Nasao, é un solicitador del marqués de Comares, que se llamaba Chillon, y don Francisco de Zúñiga, conde de Miranda, y un enano de don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, é un criado de Enrique Aleman.

E luego que el Emperador fué asentado, llegaron los reyes de armas con las cotas de armas en los brazos, é el faraute del rey de Francia se llamaba Guiana, é el del rey de Inglaterra se llamaba Arancaus, y el del rey de Francia hizo la plática en que desafiaba al Emperador y á todos sus reinos é señoríos, porque ellos entendian entrar en ellos, é sacar de prision á los hijos del rey de Francia por fuerza de armas, é que le harian guerra á fuego é á sangre por todas partes.

El Emperador respondió al faraute del rey de Francia, é le dijo: «No es cosa nueva que vuestro amo me envie á decir que me quiere hacer guerra, que antes que en España viniese me la hizo, é lo que en ello ganó él lo sabe, y aun todos lo saben. Decidle que yo espero en Dios é su bendita Madre, en cuya justicia yo pongo mis cosas, que no nos ganará agora, aunque traiga por valedor al rey de Inglaterra, que yo tengo esperanza en Dios é en los grandes de mis señoríos que le haré á él guerra, y gane lo que suele en las otras.»

Al faraute del rey de Inglaterra dijo: «A vos os responderé aparte para el Rey vuestro amo;» y otro dia le respondió, no pone el autor qué, porque luego otro dia se imprimió.

Dende á pocos dias los farautes se despidieron, y los embajadores demandaron á su majestad que los mandase poner en salvo é seguro, é el Emperador lo mandó hacer así como se lo suplicaron, é mandó dar á cada uno de los farautes una cadena de á mil ducados, é mas trescientos ducados á cada uno.

E á los embajadores de Francia é Inglaterra é otros sus consortes mandó estar en un lugar que se dice Poça, á siete leguas de Búrgos, hasta que viniesen los embajadores de su majestad que estaban en Francia é Inglaterra. E si don Pedro de la Cueva é Juan Baptista Gastaldo, é don Pedro de Mendoza, el de Guadix, á la sazon que los farautes las cadenas llevaban, los toparan, de creer es que no pasaran en Francia las cadenas, lo cual á estos caballeros les era de agradescer; que eran celosos de guardar las leyes de estos reinos, y no dejar pasar oro ni plata fuera de ellos.

CAPITULO LXXIX.

De muchas cosas que acaescieron en las Españas en este dicho año.

En este dicho año mandó el Emperador como administrador perpétuo de las órdenes de Santiago, Calatrava é Alcantara, que los comendadores diesen memorial de los bienes que tenian.

Luego don Luis de Avila dió el suyo, en que decia

que tenia cuatro camisas, y que las tres eran para traer, y que la otra estaba rota; que demás de esto, tenia ochenta mil maravedises de deudas, y que tenia mucho mas deseo de heredar, y que tenia cuatro pajes, y no tenia qué les dar de vestir ni que comer, y que tenia un rocin que no veia, especialmente cebada, y que queria mucho que el Rey le pagase todos estos tratos.

Don Pedro de Guzman, hermano del duque de Medina-Sidonia, dió otro memorial, en que decia que aunque era hijo tercero de la casa de Medina-Sidonia, tenia gran deseo de ser el primero y suceder en ella; y que demás de esto, de las joyas que de su padre le quedaron no sacaria tanto valor como ahora cincuenta años.

Fray Pedro Verdugo, hijo tercero de un botiller de Nuño Rasura, hijo en la edad, é no en la mollera, dijo en su memorial que él comia lo mas del tiempo en casa del duque de Béjar, é que cuando este le falleciese, que el Emperador, como administrador perpétuo era obligado á le alimentar; si no, que se haria mesonero en la Puente de Duero, donde se aposentase la cocina é botillería de su majestad cuando pasase por allí.

Don Bernaldino de Arellano, hermano del conde de Aguilar, dió un memorial en que decia tener un paño, un peine é unas horas en que rezaba el psalmo *Quicumque vult*, é unas calzas de Martin-gala, é cien mil maravedís de mohatras que debia.

Don Juan de Arellano, su hermano, comendador de Calatrava, dió un memorial de quinientos mil pecados que habian hecho él y don Alvaro, su hermano.

CAPITULO LXXX.

De cómo el rey de Hungría don Fernando, hermano de este emperador, fué electo rey de romanos, é cómo el Bayboda se levantó contra él, juntándose con el Turco.

En este mismo año de la Encarnacion de 1528 murió Luiz Tirazo, secretario caduco, y por su angostura fué enterrado en un junco de las Indias; y mandó su majestad secuestrar su hacienda y sus bienes corporales, y no se halló diente ni muela en su persona: hízose esto con el fin de proveer de ellas al duque de Béjar y á don Antonio de Fonseca, comendador mayor de Castilla.

En dicho año el infante don Fernando, hermano de este emperador, fué elegido por rey de Hungría é de Bohemia, é contra él se levantó en Transilvania un bayboda [1], natural de Hungría, hombre bullicioso é ancho de conciencia. E como el rey de Hungría viese la mala intencion de este bayboda, dijo: «Juro á Dios y por vida de mi madre, á mal me tiene el ojo este bellaco.» E viendo esto, ayuntó sus huestes é fué contra él, é muchas veces se peleó con él é contra sus gentes. E como este rebelde el gran poder de este don Fernando viese, envió al Turco á decir que viniese al reino de Hungría á le ganar. E como el Turco las cartas del bayboda viese, entró muy poderosamente, é tomó la ciudad de Buda, é mató muchos cristianos é muchas mujeres, é los niños de hasta cuatro años mandólos llevar á Turquía, é tornarlos turcos.

Despues de esto, el rey don Fernando ahuyentó sus huestes, é peleó muchas veces con este bayboda é con sus amigos, é puso todo el reino de Hungría sobre su mano, é fué pregonado por rey de Hungría é de Bohemia.

[1] Juan Baiboda (X. II.)

CAPITULO LXXXI.

Cómo el Emperador se salió de Valladolid por causa de la pestilencia, é de las cosas que en aquel tiempo acaescieron.

En el año de 1529 hubo pestilencia en Valladolid, adonde el Emperador estaba, é fuéronse para la villa de Peñafiel. Y doña Ana de Castilla, de parlante memoria, é el licenciado Santiago, é el licenciado Aguirre, é doña Beatriz Fenollet, é fray Juan de Salamanca, del órden de Santo Domingo, é fray Pedro Verdugo, comendador del órden de Alcántara, é el doctor Palacios-rubios, é la beata Petronila, é maestre Liberal, é don Luis de la Cueva, hicieron tantas devociones, que por los pecados de las Españas murieron dos oidores de la Chancillería é un despensero de don Pedro Portocarrero, é una madre del ama de Francisco Alcázar, el de Sevilla, diciendo á su marido: «Guárdate para vestir *vestris filiis;*» é un ayo de don Antonio de Fonseca, el de Toro, é un solicitador de don Luis, señor del Carpio, é un hijo de Almau, el boticario, é el dotor Villasandino.

CAPITULO LXXXII.

De lo que en este mismo tiempo acaesció, de ciertos hombres muertos que se quisieron levantar de los sepulcros adonde estaban.

En este mismo tiempo acaesció que don Francisco de Mendoza, obispo que fué de Zamora, ancho de caderas, y Cristóbal Suarez, vecino de Salamanca, é Martin Sanchez, guipuzcuano, vecino de San Sebastian, hombre muy leido en la crónica de Ultramar é en las *Bucólicas* de Virgilio é en las de Gomez de Buytron oñazino, que escribió á los de Bermeo é de Portugalete, é Sancho de Paz, el de Llerena, é Francisco de los Cobos, secretario del consejo de la Hacienda, é el arzobispo de Bari, tuvieron aviso cómo don Rodrigo de la Rua, contador por Antonio de Fonseca, contador mayor de Castilla, é Hernando Alvarez Zapata, secretario de la esclarecida reina doña Isabel, é el dotor Talavera, vecino de Salamanca, é fray Pascual, obispo de Búrgos, é el secretario Almazan, é Conchilos con el secretario Villegas, se querian levantar de donde estaban enterrados, contra los del consejo de Hacienda, é la causa que para ello daban, era que sabian que lo mas del tiempo estaban ociosos. E como por estos señores de la Hacienda fué sabido, luego se fueron para San Pedro de Cardeña, donde el Cid Ruy Diaz está enterrado. E luego todos llegados, hablaron secretamente con el Cid, rogándole que su reverendísima señoría les quisiese ayudar, é que se acordase que eran criados de su padre, Diego Lainez, é Lain Calvo, su abuelo. El Cid les respondió en secreto; lo que entre ellos pasó, ó no se sabe, ó ellos no lo han querido decir.

CAPITULO LXXXIII.

De muchas cosas que en este tiempo acontecieron en la ciudad de Búrgos y en Aragon y en Castilla.

En este tiempo don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, despues de la muerte de la condesa de Módica, su mujer, pareció con el luto raton con gualdrapa.

Mas como el Emperador entró en Búrgos, mandó detener al dean de Búrgos é al Arcediano é á algunos canónigos de dicha iglesia, sobre algunas palabras que habian dicho sobre el aposento. E como estos canónigos salieron fuera de estos reinos de Castilla, algunas mozas é doncellas que eran aficionadas á dichos canónigos suplicaron á su majestad que perdonase á los dichos canónigos por los trabajos pasados con ellas, porque reposasen algun tiempo. Y como el Emperador fuese magnánimo, á ruego de ellas y de algunos grandes, los perdonó.

En estos tiempos, en el reino de Aragon, en la villa de Belilla, á pesar del duque de Segorbe, se tañó una campana de yugo, dicen que con consentimiento del obispo de Sigüenza, otros dicen que miraglosamente; otros dicen que porque el marqués de Aguilar deseaba el acrecentamiento del marqués de Denia, é porque Juan de Lanuza, virey de Aragon, propuso en su corazon de querer bien á don Juan de Aragon, arzobispo de Zaragoza, é le ayudar en todas sus adversidades, porque acaso ¡oh desdicha! don Juan de Cárdenas, adelantado de Granada, pagó en este año sus deudas, promesas é libranzas; de manera que todos sus criados é otras gentes fueron dello mal contentos. Así que, por estas cosas é otras muchas se tañó la campana ya dicha.

Este adelantado de Granada, yendo el Emperador á la Coruña, le mandó un caballo que le estimaba en dos mil doblas, é que no habia nascido tal de las yeguas, é nunca le vió el Emperador.

Este mismo año don Alfonso Enriquez de Sevilla, de livianos cascos, é Ventura Beltran, hijo del dotor Beltran, hubieron batalla en palacio. Quieren decir algunos contemplativos que hubo entre ellos mojicones, é demás de esto, se llamaron *asturianos*. Si yo allí me hallara, yo les dijera : *Populus meus quare rixatis?* Entrambos á dos eran conformes en la conciencia ancha.

Esto ansí pasado, maestre Liberal, médico de su majestad, dió al dotor Alfaro, y harto contra su voluntad, una ropa de chamelote aforrada en pellejas coloradas, al modo de la de monsieur de Beure, caballerizo de su majestad. Dice este coronista que esta ropa se hizo cuando nasció su padre de Pedro Zapata, señor de Barajas, vecino [1] de Madrid ó cuando nasció Gonzalo del Rio, regidor de Segovia, que fueron en tiempo en que reinaron en Castilla don Fruela y don Favila.

CAPITULO LXXXIV.

De una monstruosidad que en este tiempo paresció en una cueva, é de las grandes maravillas é espantos é cosas que allí fueron vistas.

En este tiempo, en este mismo año de 1520, don Luis Sarmiento, conde de Salinas, y don Diego Sarmiento, su primo, criado de su majestad, y Juan de Cartagena, vecino de Búrgos, y Alonso de Padilla, hijo de Juan de Saldaña, veedor de la muy alta Emperatriz, y Sancho Cota, secretario de la Emperatriz, é fray Antonio de Guevara, predicador parlerista é coronista de su majestad, *in magnam quantitatem*, é don Hierónimo de Padilla, é un solicitador de don Jorge de Portugal, é el licenciado Aguirre, é doña Ana Manrique, hermana del duque de Nájera, é la beata Petronila, é don Benito de Cisneros, é el adelantado de Cazorla, é la abadesa de las Huelgas de Búrgos, é el obispo Garay, é fray Juan de la Cadena, é Blas Caballero, canónigo de Toledo, é un predicador de el órden de san Benito, é Robles, caballerizo del comendador mayor Francisco de los Cobos, é Pero Hernandez de Córdoba, tio que fué del alcaide de los Donceles, é don Diego de Carvajal, señor de Jodar, de revoltosa memoria; todos estos hubieron nuevas cómo á tres leguas de Búrgos, en un lugar que se llama Atapuerca, adonde fué una batalla del rey don Sancho de Castilla é el rey don García de Navarra, habia una boca de una gran cueva, admirable é espantosa de ver, que se creia ser hecha por manos de Dios, é no de hombres, é que nadie se osaba á llegar á ella, segun las cosas temerosas que allí estaban ; é demás de esto, se pensaba que allí habia secretos de diversas maneras, los cuales creian que los mónstruos los guardaban, é que habia muchas revelaciones de gentes que en el aire de dentro andaban, y se formaban voces que respondian á los que algo les preguntaban ó demandaban cuando algunos se osaban llegar á la cueva; é que dentro estaban estatuas de deformes cuerpos, con rótulos é letras griegas que decian: «Cuando en algun tiempo nosotros fuéremos vistos, crean que somos los hermanos del conde de Cabra, é monsiur de Prata, é la mujer de don Luis de la Cerda, é Motezuma, é Rodrigo de la Rua, teniente de Antonio Fonseca.

Y esta nueva dió un labrador á don Luis de Sarmiento, conde de Salinas, é á don Diego Sarmiento, su primo, é á fray Juan de Salamanca ; é como esto fué oido por estos caballeros, hablaron en lo que se debia hacer, é acordaron de ir á la cueva é llevar las personas ya dichas, é que seria bien que con ellos fuesen algunas buenas personas é de buena vida; é luego fueron llamados el obispo fray Trece, de la Merced, é fray Bernaldino Gentil, siciliano, coronista parlante de su majestad, é fray Antonio de Guevara, gran decidor de todo lo que le parecia ; é todos juntos fueron al lugar de Atapuerca, é como á la cueva llegaron, sin estorbo alguno entraron, y oyeron voces de los hermanos del conde de Cabra; é como en la cueva hobiese muchas concavidades é apartamientos é estancias, de seis en seis se apartaron por la cueva; é como el conde de Salinas fuese dentro de ella á tres millas, oyó una voz que le dijo : «Conde, ¿qué demandas? No pases mas adelante ni tus compañeros.»

Y el Conde, espantado de la voz, como fuese esforzado, dijo : «Sepas, voz, que soy aquí venido por saber muchas cosas, é de algunas querria ser cierto.

»Si el ánima de don Diego de Villandrando, conde de Ribadeo, ha arribado al purgatorio.

»Si los dineros que el duque de Béjar presta hacen operacion.

»Si don Francisco de Mendoza, obispo de Zamora, é Reinoso, veedor de Melilla, é el conde de Coruña, é Rodrigo de la Rua, teniente de contador por Antonio de Fonseca, é las *antifonas* de la reina Germana, si tomaron la mitad del campo de Josafat.

[1] Señor de Barajas y la Alameda, el cual parecia donado antiguo de los de Santa Catalina de Madrid, y que el hábito de Santiago que traia se lo habian dado porque no se le atravesase en el Ayuntamiento Pedro Puelles, cuando se desposó con doña Isabel Castaña, condesa de Rivadeo. Otros pretenden que se hizo cuando nasció, etc. (X. II.)

»Si don Iñigo de Velasco, condestable de Castilla, será continente.

»Si don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, matrimoniará, é si hará fiestas por el casamiento don Hernando, su hermano.»

Otrosí dijo: «Señora voz, si al conde de Nasao se le muriese el licenciado Pisa, y á Antonio de Fonseca ratones le comiesen sus escrituras, *quid juris.*»

»Item si por caso doña Teresa Enriquez pagase las libranzas é prometimientos de su hijo el adelantado de Granada, si quedarán las ánimas del purgatorio satisfechas,

»Otrosí, si cuando en las bodas de doña Francisca de la Cueva, estando en las mis casas de Búrgos la marquesa de Cenete, meneándose é queriéndose sentar, quebró un estrado é hundió un entresuelo, é no me fué hecha justicia, de lo cual apelé al alcalde Virviesca con las mil é quinientas arrobas de caderas del dicho alcalde, ¿por qué fué?

»Item, si don Francisco de Zúñiga, conde de Miranda, pudiese hacer é fabricar mas cuerpo, é ensanchar su villa de Miranda, ¿si quedaria por él?

»Item, si don Juan de Aragon, arzobispo de Zaragoza, é don Juan de Lanuza muriesen en vida, si seria el uno san Simon é el otro Júdas. — E si el comendador mayor de Leon, don Fernando de Toledo, paresce murciélago blanco muerto con pantuflos, ó pisada de gato en levadura, que así lo afirma don García de Toledo, en los Proverbios que escribió á la ciudad de Jerez de la Frontera, emendándoles sus jinetas; dime, voz, si ha de porfiar en la otra vida tanto como en esta.»

Fray Antonio de Guevara, obispo de Guadix, dijo: «Querria saber, señora voz, si tengo de ser mejorado en algun obispado, é que fuese presto; é si mi hermano Pero Velez ha de tener algun tiempo confirmado el seso, é si aprovecharia depositarlo en don Antonio de la Cueva, gobernador de Galicia, é si han de creer todo lo que yo escribo.

»Y si doña Ana Manrique ha de ser casada con el conde de Lémos ó con el duque de Calabria, ó si ha de ser la hada Morgana, ó Juan de Espera-en-Dios.»

Pero Hernandez, tio del alcalde de los Donceles, dijo: «Señora voz, quisiera saber si han de tornar á entrar en España los árabes; porque querria que fuese en mi tiempo, porque se tornasen á usar los tahelíes é quijotes.»

CAPITULO LXXXV.

Del camino del Emperador á Italia.

El camino de este invictísimo emperador á Italia escribiré brevemente, aunque no me hallé presente, é la causa es porque al tiempo que su majestad partió de Toledo yo estaba en la cama enfermo de la carne, é del espíritu no nada dispuesto, porque desde niño me da catarro el olor de la pólvora, é todo miedo é sobresalto me empece. Allende de esto, el doctor Villalobos, mi hermano en armas é médico donoso de su majestad, me aconsejó no me allegase á su majestad, porque no me alejase del reino, porque si el dicho reino se alborotase pudiésemos favorecer al arzobispo de Sevilla é á la fe católica, é porque ya no era el tiempo de Maricastaña, cuando los mares se pasaban á pié enjuto; é despues de esto, de una herida que yo tuve, siendo niño, en el prepucio, me quedaron tales reliquias, que en mudando el tiempo padezco.

CAPITULO LXXXVI.

Este es un conjuro que don Francés hizo á la galera capitana en que iba el Emperador á Italia.

«Conjúrote, galera, de las tres partes de España, que vuelvas á ella; conjúrote, galera, con la honestidad é santidad de las monjas de Barcelona, especialmente de Junqueras; conjúrote, galera, con la conciencia de Andrea Doria, é con la rectitud é buena razon de Portundo, é con el amor que le tienen sus capitanes, é con la potestad de Cobos, é con la presuncion de sus criados, é con la hipocresía de su capellan, é con los setecientos mil ducados del obispo de Sigüenza; conjúrote, galera, con la mala respuesta de don García de Padilla, con la soberbia del conde Nasao, é con la codicia de monsiur de Laxao, é con los deseos del confesor Loaisa, é con el capelo del gran Canciller, é con la lujuria del obispo de Sigüenza, é con la barba leonada é impotencia de don Beltran de Robles, é con el gesto de don Pedro, su hermano, é con las órdenes del obispo de Nicea; conjúrote, galera, con los dados y naipes de don Felipe de Castilla, é con la miseria del duque de Cardona, é con el cuidado é plato del conde de Saldaña, é con la caperuza é carta de marear del duque de Arcos é con su figura; conjúrote con los cuatro vientos de las mangas de los pajes del marqués de Astorga, é con el tesoro del monsieur de Laxao, é con la largueza é gala del marqués de Moya, é con la fe del conde don Hernando, é con la barba é bravosidad de don Pedro de la Cueva, é con la buena condicion é humildad de don Luis de la Cueva, é con las cartas que el Almirante escribió sin parecer á las Quincuagenas; con la esperanza de mercedes que tiene don Pedro Laso é con la gravedad de su hermano; conjúrote, galera, con las arquetas de don Alvaro de Córdoba; conjúrote, galera, con la bondad del mayordomo mayor, é con los pantuflos leonados del duque de Alba, é con la inocencia de Antonio de Fonseca; conjúrote, galera, con el placer que sintió su madre cuando concibió á don Enrique de Rojas, é con la fuerza de don Pedro de Guzman; conjúrote, galera, con la que lleva don Hurtado, é por el derecho que tiene á buenas quijadas, é con la solicitud de don Sancho Martinez de Leiva, é con el deseo que tiene el obispo de Ciudad-Rodrigo, é con los alcorques de don Manrique de Silva, é con los aborrecibles principios de don Sancho de Velasco, é con la fuerte conciencia de don Francés de Beamonte; conjúrote con la espera de esta armada de Alvar Perez de Soria, é con el pleito de don Pedro de Mendoza, é con los banquetes del arzobispo de Bari, é con el alegría de don Alonso Osorio, é con los pasatiempos de don Pedro Bazan, é con la pérdida de micer Juan Reina, é con la gracia de maestre Enrique, é con las hazañas de Quintanilla, é con el alarde de Rivadeneyra, é con la retórica de Menéses de Bobadilla, é con la inocencia de don Juan de Cardona, é con las alcahuetas del comendador Ludueña, é con el pleito de don Galceran, é con la hoquedad de Gutierre Lopez de Padilla, é con los amores é coplas de Boscan, é con la miseria é pobreza de don Alvaro de Bobadilla, é con la

vida de don Juan de Mendoza, é con el reposo de don Alonso Manrique, é con los amores é vanidad de don Diego Osorio, é con la enfermedad del doctor Narciso, é con los libros del doctor Villalobos é con los del doctor Avila, é con la santidad de los deanes de Jaen, Búrgos é Plasencia; por las quijadas de congrio ahumado de Juan de Astudillo, por la grasa del bonete del racionero Pedrosa, por los dos orinales que lleva de camino Alarcon, el arcipreste de Calahorra, por la tos gatuna del sacristan mayor, por la nariz de toronja del secretario de la embajada de Inglaterra, por las orejas de elefante del protomédico, por el zamarro del duque de Tuy, por las martingalas ribeteadas de Garci-Tello, é trescientas cosas mas, que me digas, galera, qué fin tendrá, á tu parecer, esta jornada; que, dando fin á mi crónica, aguardo tu respuesta entre Cantimpalos é Galisteo.»

FIN DE LA CRÓNICA DE DON FRANCESILLO DE ZÚÑIGA.

COMIENZA EL EPISTOLARIO

DEL MISMO

FAMOSO CORONISTA DON FRANCÉS,

Y SON CARTAS ENVIADAS A DIVERSAS ILUSTRES PERSONAS.

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL

CARTA QUE PUSO DON FRANCÉS Á LAS PUERTAS DE PALACIO.

Don Francés, por la gracia de Dios, reformador de los locos y enemigo de necios, extramuros de miserables, salud y gracia: Sepádes cómo el Emperador, nuestro señor, me hubo hecho merced de la putería de Arjona, y por nuestros pecados en la dicha casa de adulterio ogaño no ha quedado mujer que no haya muerto. Movido á caridad, digo que cualquier señora ó caballero que hija tuviere y no la pudiere casar tan á su honra como ellos quisieren, que yo don Francés la recibiré en la mi casa de Arjona para que cada dia haga cincuenta pecados mortales, que allí la absolverán *totiens quotiens;* con tanto que la señora que allí entrare sea primero obligada á examinarse con el chantre don Hernando de Córdoba y con don Francisco Gonzalez de Medina, que se parece al desierto en que anduvo san Juan, y con que sepa el cantar de Pedro Aguiloche, y «so los álamos vengo, madre»; y con que lleve una cama de ropa y una libra de cera y cinco mil maravedises. Allí la serán guardadas sus buenas costumbres y previlegios y órdenes, y para ello damos por fiadores á Carazo, zancajo de cabra cecinada, y al regidor de Segovia, gusano de seda muerto, y á Soria el secretario, que parece buey aguado; y porque lo dicho es y será ansí, lo firmo de mi nombre, y para que sea notorio á todos, venga cada uno firmando por lo que hubiere de hacer.—*Don Francés de Zúñiga.*

CARTA DE DON FRANCÉS AL REY DE PORTUGAL.

Muy reverendo Señor: El otro dia escribí á vuestra alteza haciéndole saber la mucha voluntad que siempre he tenido á la casa de Portugal, especialmente á vuestro padre de gloriosa memoria, por quien yo he de mirar, ansí por vuestra alteza como por vuestros hermanos, que en verdad no os miro yo con menos ojos que á mi hijo el mayorazgo; y por esto que dicho tengo he trabajado de os casar con la mas gentil moza que hay en el mundo, sino que á la sazon que llegó este vuestro paje fidalgo y algo morenete, la señora vuestra mujer tenia tanto reuma, que era maravilla. Ella decia á todos que era romadizo; mi fe, para con vuestra alteza, hablando á la clara, ellos son mozos cotidianos, heredados de padres y agüelos. El embajador Pedro de Correa es tan honrado y hace tanto en vuestro servicio, que su majestad y cuantos buenos somos en este reino le tenemos en mucho. Han querido decir algunos que parece el dicho embajador al Lias[2], que está depositado en los Algarbes hasta el novísimo dia. El doctor que teneis es muy buen caballero y gran servidor; sabe toda aritmética, es gracioso y mas apacible que el mapa-mundi; ha dado tan buena cuenta en esta Castilla de su persona, que viudas y doncellas le querian detener hasta que Dios las alumbre, y dícenle á grandes voces: «*Domine doctor*, ¿por qué nos quereis hacer batanar?» Ansí que una dellas le dijo con enojo que parescia porron de piedra en pilar de agua ó imágen en medio de camino, vuelto el rostro hácia regañon. Y porque á vuestra alteza le placerá del bien de doña Elvira de Mendoza, que es muy vuestra servidora, la desposamos víspera de San Francisco con mosiur de Laxao; y dice doña Elvira que la causa por qué mas se casó con él, fué por la gran solicitud suya; y la noche que la desposaron salió muy bien vestida con una ropa de zorros, y una espada de á dos manos, cantando dolorosa. Danzó la marquesa de Cenete con el mayordomo mayor, y el duque de Béjar, vuestro amigo, con doña Ana Manrique, y en medio de la danza decia el Duque á doña Ana: «Juro á Dios y por el cuerpo de Dios, que se me ha olvidado;» y doña Ana contaba al Duque de la ferocidad de su padre y de la antigüedad de sus pasados; ansí que para bien danzar no era menester nada desto. Y la noche que á vuestra alteza desposamos salieron hechos momos el gran duque de Alba y el almirante y don Hernando, su nieto del Duque; y como este mancebo sea largo y bien dispuesto, y estotros señores no tanto, parescia que iban nadando con alabar-

[1] De cuantos códices hemos examinado, solo el X, II de la Biblioteca Nacional, tiene completo este *Epistolario*, el cual se inserta aquí como obra de DON FRANCÉS ó quien quiera que sea el autor de esta crónica; pero debe advertirse que la copia, que no es muy antigua, está plagada de errores que no es posible rectificar mientras no parezca otra mas auténtica y fidedigna.

[2] Así en la copia.

das; y porque á esta hora se hundió un entresuelo con el Doctor y otras dos dueñas, la una de las cuales se llamaba Sancha de Ardaz, no alargo mas, sino que quedo á lo que cumpliere á vuestra honra.—*Don Francés.*

CARTA DE DON FRANCÉS AL MAYORDOMO MAYOR DE SU MAJESTAD; DONDE PONE EL BLASON DE SUS ARMAS DEL MISMO DON FRANCÉS.

Lo que de mis pasados se sabe, y cómo ganaron sus armas, es esto: En la ciudad de Samaria habia un caballero que se llamaba Abued, el cual caballero tenia un castillo que habia por nombre Ninive, frontera de luengos tiempos con Nabucho-Donosor, y al tiempo que Titus y Vespasiano fueron á cercar la ciudad de Jerusalen, temiéndose de aquel castillo, en el cual estaba por alcaide un mi agüelo de parte de padre, el dicho Titus y Vespasiano enviaron gentes de guarda sobre el castillo; y como esta gente se aprontase á combatir el castillo, y mi agüelo no pudiese defenderse por la poca gente que dentro tenia, acordó de armarse, y sobre las armas, en el costado izquierdo, llevaba un corazon de paño colorado, y abrió las puertas del castillo, y peleó con los enemigos de tal manera, que á los primeros golpes que vió la gente, cayó de miedo muerto en el suelo. Y por esta hazaña le fueron dadas por armas, á la mano izquierda un roel colorado á guisa que los mardoqueos antiguos traian, y á la mano derecha una torre; quieren buenas lenguas que este roel sea epítima, y la torre coluna.

Otrosí, en Castilla hubo un rey que se llamó Sancho Abarca, el cual fué avisado de algunos caballeros cómo la provincia de Vizcaya se queria levantar contra su servicio, y con enojo que este rey tuvo, de presto tomó la mas gente que pudo, y entró por la provincia por les quebrantar sus costumbres y previlegios; y en este tiempo un bisagüelo de parte de mi madre, natural de Garnica, llamado Perote de Lezogunes, como vió estragar la tierra, apellidó los mas parientes que pudo, y puso al Rey en tanta necesidad, que capituló con él desta manera: que les guardaria sus previlegios; y porque mi agüelo, andando peleando, habia dejado un capote en el campo antes que entrase el Rey, al modo que él y sus parientes estaban en piernas, y un dardo en la mano y un pié descalzo, por eso le fueron dadas por armas una lanza, con la cual dicen que despues se halló en la de Hierusalen.

Otro mi agüelo, viviendo con el rey Melquisedech, por hacer fiesta al Rey, le convidó al monte, y en el monte le aderezó de comer para él y los suyos; y como este mi agüelo anduviese cansado de aderezar la comida, adurmióse; y estando durmiendo, un puerco montés medio rabioso, herido, se soltó de la enramada y pasó por donde estaba este mi agüelo adormido, y el puerco, con la rabia de la muerte, no sabiendo lo que hacia, le comió el prepucio, y por esto nos fué dado por armas que, en lugar de prepucio, de camino trajésemos papahigo, y de rua muceta; así que estas son las armas que vuestra señoría ha de poner en la planzada del oro para mí, segun por este blason mas claro paresce.—*Don Francés.*

CARTA DE DON FRANCÉS PARA EL MARQUÉS DE PESCARA

Señor primo: Aquí anda Gutierrez mas trasijado que el año de 23, y muriendo por vuestros negocios y solicitando mas que Pedro Mártir, sus juicios qué se han hecho. Yo hubiera ido á ver á vuestra señoría, sino por miedo; que me han dicho quo os han hecho capitan general contra Francia. Soy tan mal amigo de quijotes y guarda-brazos, que en vellos se me acuerda de aquella escaramuza de Jerusalen. Cada dia digo al Emperador lo mucho que mereceis, y su majestad responde que se verá en Consejo. El solicitador del duque de Sesa anda tras mí para que en muriendo tenga cargo de sus casas, pues que lo tengo ya de las de Gutierrez; yo le he dicho: «Escudero muy chiquito, vade enhoramala, que solo el marqués de Pescara me da pan que chillo [1].» A vuestra señoría hago saber cómo há tres meses que estoy fuera de la corte, y si el Emperador por mí no enviara, tarde volviera; y la razon es, porque los que aquí andan son pocos y pobres de ánimo y traen los gaznates secos de codicia; hasta el novísimo dia os mando que estéis como estabais. Luego vuestra señoría me envie de allá unas sortijas con piedras que parezcan buenas y no valgan nada, y un joyel del mismo jaez; en tal manera que el oro tengan grueso. El conde de Nasao se casó, y razonablemente, y llámase marqués de Cenete; la señora novia es ganosa de pelear. El Emperador y la reina de Portugal fueron padrinos, y yo subdiácano, y el conde de Ginebra, que paresce horno metido entre paredes, y marqués cuanto Dios querrá y cuanto vuestra señoría se mostrará colérico, hizo de monacillo; Antonio de Fonseca ha holgado mucho de las bodas; el duque de Béjar, mi amo, no ha hecho en sus negocios mas que el dia primero. El prior de San Juan tiene encargo en Barcelona de setenta y tres virgos, amen de muchas casadas disfamadas, y el gobernador de Breda cada luna nueva tiene pasiones nuevas de sus almorranas. El gran Chanciller trae cabellera, y el otro dia tuvo ciertas palabras delante de su majestad con el Presidente, en tanta manera, que llegaron á las manos, y quedó tal, que parecia madre de maestre Liberal, físico. El embajador de Portugal habla muchas veces á su majestad sobre la especería, que creo que la habrá de venir á comprar acá Portugal. Por el capitan Corbera me preguntó el otro dia su majestad, y me dijo si le conocia; yo diciendo que no sabia por quién decia, me dijo su majestad que era uno que parecia osa nueva embarrancada en arroyo. Hablará vuestra señoría al Papa, y decirle ha que si como come lonjas de tocino, comiese garbanzos, que otro gusto le darian.

A mi señora la Marquesa, mi prima, dirá vuestra señoría que Hernando de Vega muere por amores suyos, y que cuando no se casare, correrán las postas á besarla las manos él y don Juan Manuel, y será como cuando van á caza galgo y podenco. Y el señor don Rafael de Guardiola, mi embajador de Florencia, hace tanto por Gutierrez, que si no fuera por su señoría, estaria mas angosto que una anguilla cecial; quiere al Rey tambien, y mas que á don Antonio de Córdoba, el obispo de Búrgos. Fué el otro dia á palacio como le parió su madre y la mano puesta atrás, y lo que iba di-

[1] Así en la copia, pero debe haber error del copiante.

ciendo era: *Estella fiel gatho die*[1]; y porque se me alborota el seso, no digo mas sino hacer saber á vuestra señoría que gobierno al Emperador. Al visorey de Nápoles dará mis encomiendas, y de mi parte le diga que nunca medre su señoría, porque no me escribe, y que digo yo que paresce acerola que no ha madurado ó carne de membrillo hecha en Toledo. De Búrgos, á lo que cumpliere á vuestra honra. Yo digo que soy vuestro pariente, y que lo entiendo de probar.—*Don Francés.*

CARTA DE DON FRANCÉS PARA LA REINA DE FRANCIA, DOÑA LEONOR.

Desasosiego de mi vida: Lo que yo os puedo escribir es que noramala os conocí para vos y para mí; y si Adan, nuestro padre, penó tanto por Eva, maldito sea su merced; y desto que os escribo, no solamente lo callaréis, mas guardáos del diablo, no lo sienta el Emperador; y por me hacer merced no os altereis, porque buen ejemplo tenemos que los hombres quieren bien á las mujeres; hasta los bueyes y animales; que el buey quiere á la vaca, y el mono á la mona, y el duque de Calabria á doña Ana Manrique, y don Gomez á doña Elvira de Mendoza, y Antonio de Fonseca al conde de Nasao, y el duque de Béjar al duque de Alba, y el duque de Nájera al Condestable; y esto he dicho porque sin amor ninguna cosa se puede hacer; y no de balde dijo el obispo de Coria que si Sancho Cota viniere con su cruz, díganle de mi parte que paresce botijon en casa de boticario con rétulo; y si el embajador de Portugal os hablare en el camino sobre la especiería, respondelde muy mesurado: «Por la mi vida, Embajador, *nescitis quid petatis.*»

Don Luis de Rojas ha hecho muchas fiestas á su majestad aquí en Lerma; la primera fué que le presentó medio cuarto de ternera y tres docenas de huevos, y tras esto le dió una peticion contra su suegro, que le hiciese pagar la mitad. El duque de Béjar, viérnes en la tarde, dió tantos de palos á su hijo, que dijeron que les parescia que le dejó medio muerto, y esto hizo porque le pareció que era obligado á alimentarle. Diréis al duque de Alba que su nieto me ha hecho media copla, y como el marqués de Villafranca lo oyó, dijo á grandes voces á Boscan: «Cuánto os debemos la casa de Alba, pues que á nuestro mayorazgo habeis hecho trovador!»

Al arzobispo de Toledo dirá vuestra alteza que parece cisne ahorcado, y don Hernando de Córdoba, boticario de acónito; y si fuere menester dejar al Emperador por vuestra merced, *non te negabo.* ¡Oh mujeres! que no de balde dijo por vosotras Salomon, estragadoras de ciencia, complexiones del diablo; y aunque lo disimulé el otro dia, cuando dí paz á Guiomar, bien vi que se os saltaron las lágrimas, y Dios no quiere del pecador mas sino que se arrepienta. Ayer tarde acaeció una gran desdicha, y fué que maestre Liberal, médico del Emperador, cabalgó á la brida, y por saltar de un cerrillo cayó en medio del rio, y queriéndose ahogar en presencia de todo el pueblo, dijo: «El diablo me emporte;» ansí que dió tanta devocion á las gentes, que nos hizo llorar de contricion.—El mas triste, *Don Francés de Zúñiga.*

CARTA DE DON FRANCÉS AL MARQUÉS DE PESCARA.

Inexpugnable señor primo, el marqués de Pescara, capitan general, porque parece hijo bastardo de Villalta, caballerizo de su majestad.

Inexpugnable señor primo: Tengo en tanto vuestra persona, que por honrado me tengo en que tengais deudo conmigo. A Dios doy muchas gracias que en mis dias vea yo hombre de mi linaje valer tanto. Bien pareceis á vuestros antepasados Melquisedech y Júdas Macabeo. El prior de San Juan está doliente de vuestra merced, y por parecer que está en guerra, ha dado batería á dos de vuestras fortalezas que hay en Barcelona, que se llaman Junqueras y Valdoncellas, y ha sido de tanta y tan buena manera, que si la pólvora de la potencia no le faltara al mejor tiempo, se le dieran todas cuantas casas hay en aquella comarca. El capitan Bracamonte y Gutierrez andan muy juntos, como perdices cuando se venden en la plaza, una flaca con una gorda; el cual capitan, haciendo una habla muy de propósito delante del duque de Béjar y de don Juan Manuel y de la marquesa de Cenete y de otros muchos caballeros, le dijeron: «De la cernadera[2] mandaréis abreviar ó volveros á Marsella.» Quedó tan enojado, que revolví y le dije que parecia sobrino de canónigo que le habia su tio puesto en las guardas.

El Emperador está mejor de su cuartana, y fué por una purga que yo le ordené, que es la cosa mas probada y averiguada que para los cuartanarios se puede dar, y fué que le mandé que cuando le viniese el frio, que le leyese el *Amadis* el duque de Arcos, porque tiene gentil lengua, y le contase cuentos el marqués de Aguilar, y que cuando le viniese la calentura le cantasen un *pater ¿quid faciendum?* á tres voces Rui Diaz de Rojas y don Pedro de Zúñiga, hijo del duque de Béjar, y que el contralto llevase el conde de Haro; y para que no se durmiese mandóse que le trajesen para hablar con él en negocios á don Berenguel Domo y á setecientos negociantes, y al conde de Noguerol con sus epigramas, y de rato en rato quejándose el obispo de Niza y diciéndole: *Monseñor, en echinaton do me è maçato la mia testa que oy dada es en Napoli, como desea el micero*[3],» que sea un cuento de renta mas de lo que tenia. Respóndele el Emperador: «*Vade pasa mato*, que teneis gesto de ternera vieja atada á escalera.» Su majestad lo hizo, y á Dios gracias, se ha hallado mejor.

Las nuevas que hay son, que, como el Rey vió á lo quinque tan luengo y angosto, pensó que era liebre fiambre, y el mayordomo mayor dijo que era avitranca del arzobispo de Santiago, y yo dije que parescia criado de ginovés con tercianas. Al presidente de Valladolid hicieron arzobispo de Santiago y presidente en la corte; está tan ufano, que las mas veces me llama vos; mire vuestra merced qué sintiera el solicitador del duque de Sesa. El duque de Béjar, mi amo, está en menearse más que suele, y no menea negocio suyo que

[1] No es fácil atinar qué diria el original en este lugar; así se lee en la copia.

[2] Así en la copia.

[3] Debe faltar algo; el sentido no está completo.

valga un maravedí. El conde de Siruela, como trae pleitos, acordó de tener cuartana, pensando de echar cargo al Emperador, diciendo que él es cuartanario y que suplica á su majestad mande hacer sus negocios á su voluntad; fuéle respondido por su majestad: «Conde, cuanto á lo de la cuartana, vos tendréis mal ivierno por merced que Dios os haga, y cuanto á lo de los pleitos, verse han por justicia. El gran Chanciller y Hernando de la Vega, como no tienen qué hacer, muéstranse á esgremir y á danzar, y Juan de Bracamonte, vuestro huésped, resucitó. ¡Guay de vuestra merced! Al señor marqués del Guasto dirá vuestra señoría que no gaste tanto, si no, que le llamaran «el del Gasto», y á vuestra señoría del engasto, porque no me ha inviado los joyeles. El duque de Alba anda mas enamorado que Galeno, y el obispo de Mallorca mas hipócrita que Hipocrás, pensando que el Rey le ha de mudar el obispado. Al gobernador de Brescia hallaron esta semana en una cama desnudo con la del licenciado Bernaldino, y hovo tanto enojo de ello maestro Liberal, que decia á grandes voces: *Nostra dona di Loreto me saque el alma, mi parte por la gamba que se me vian più agora dieci años.*

A don Juan Manuel han puesto á deprender gramática, porque de muchacho no le hallaron tal habilidad en el mundo, y hanlo hecho ansí, porque hallaron en un juicio que le echaron, que desque fuese grande no seria chico.

Al duque de Borbon dirá vuestra señoría la gran voluntad que le tengo de hacer bien y merced, y que aunque me hubiera escrito, no hubiera perdido nada en ello, porque lo hubiera sentido en la mano; mas no embargante esto, no puedo dejar de ser su amigo por muchas razones. La primera, por lo mucho que esa su casa debe á la mia, y porque soy tanto vuestro carísimo. El Emperador le quiere en tanta manera, que parece loco inglés; es tan privado y tan vano de la cabeza, que si Dios me llevase desta presente vida, no dejaria á otro encomendado mis cosas y las Españas sino á él, no por otra cosa sino por la mucha habilidad que tiene. César Ferramosca é yo nos preciamos de una misma cosa y manera, *panem nostrum quotidianum*, y Bauvri es muy buen caballero y alegre hombre; el Emperador le ama con demasía.

Fray Securo, yendo en una carreta de Valladolid á Simancas, junto á Duero se quebró la carreta, y cayó en el rio y ahogóse; y dicen muchos que le oyeron decir al tiempo que se ahogaba: «¡Oh infelice marqués de Mántua y nietos del duque de Alba, ya quedaréis sin el Salustio Catilinario!» Y holgara de ir á Marsella, sino porque al marqués de Villafranca le dieron á entregar cinco mercaderes, y no le hallaron en su casa bienes de hasta dos mil maravedís. Mosieur de Borcarmen hallan que está enamorado, y en las palabras que á su amiga decia, subíala con un diurnal y con la oracion de san Leon papa; así que, los amores mas quieren piñones mondados que no devociones. Otrosí, porque no gasteis mas tiempo sobre Marsella, quiero decir cómo la habeis de tomar, y sea desta manera: Lo primero que os abran la puerta, lo segundo que salgan los enemigos por la otra, lo tercero que mojen la pólvora, lo cuarto que os entreguen la artillería, lo quinto que entreis dentro, lo sexto que entreis á grandes voces diciendo: «¡España, España!» Lo sétimo que pongais por inventario todo lo que dentro halláredes, lo otavo que sea confiscado para mi cámara ó cámaras que os tomaren, cuando dentro fuéredes. Dada en Gutierrez, mi villa, que parece que la han sacado las lechugas del rostro, para hacer manjar blanco en Anianago, donde ha tomado mal de ijada y de cámara á cuantos allí están. Testigos que fueron de esta carta, don Luis de la Cerda, mozo de mula alcoholada, y el señor duque de Calabria, que no lo vió, y don Juan de Zúñiga, que parece buharro, cosidos los ojos para tomar otros. Fecha de otubre de 513, cuando Vozmediano arrenó la creceada[1] á España.

Yo digo que seré vuestro amigo cuando no hubiere guerra.—*Don Francés.*

CARTA DEL MISMO DON FRANCÉS AL MISMO MARQUÉS DE PESCARA.

Muy magnánimo señor primo: Con cuidados que tengo de gobernar estos reinos, no he podido hacer saber á vuestra señoría, ansí de mi persona como de muchas cosas que pasan; de que yo vaya donde está, tendrá paciencia.

Ofrécense tantas cosas que decir, que casi no diré nada, sino nuevas que vuestra merced puede saber. El Papa es muerto, y el obispo de Niza no tardará mucho en morir. El duque de Béjar prestó á su majestad cincuenta y cuatro mil ducados; si le plugo ó le pesó, determínelo Dios, que él harto decia que los dineros para eso eran, para servir á su rey y señor. Y el de Benavente y otros señores están aquí en Navarra, los cuales estarán presto (así plazca á Dios) en la otra vida eterna; y no porque se metan en lo duro de la batalla, sino porque se les afloje el corazon, como al profeta Ezequías cuando hacia planto á los cortesanos.

En esta corte ha venido nuevamente una enfermedad que se llama sobresalto, que da á los hombres sin pensallo. De esta enfermedad el arzobispo de Santiago, que lo hicieron de Toledo, está mas angosto que vuestra señoría lo dejó, y el Obispo, de placer que le dió, se volvió mas negro que un carbon. El señor arzobispo de Barri llegó á esta corte, y su majestad lo recibió y mostró la voluntad que mostraba á su padre, si le viniera á quitar el reino de verdad; que le tiene tan buena voluntad, que este otro dia se partió en postas para su casa. César es gran privado, y tanto, que debe en la corte mas de cinco mil ducados. Las cosas de la guerra van de bien en mejor, y esto hace Dios por su majestad, porque es buen cristiano, y véolo por experiencia, que un padre que yo perdí, como era un desesperado, las cosas de Dios tenia tan delante los ojos, que á la hora de la muerte nunca le pudieron hacer decir el *Credo*. Yo mandé al Emperador, y en tanta manera, que por vagamundo me han dado cien azotes, y no por capeador, que maldito lo que puedo quitar á nadie.

En Pamplona estamos mi serenísima persona y Gutierrez. Este anda muy bueno y echa largamente la silla de lo que vuestra señoría le mandó, aunque no de quijadas, que mas desventuradas las tiene que cuando vuestra señoría se partió. Yo hago cada dia memoria de vuestra merced á su majestad, lo que es razon y lo que yo debo. El hermano del marqués de Mántua anda

[1] Quizá quiso decir *cebada.*

aquí abierta la boca, tan espantado, que paresce labrador que le han metido por fuerza en iglesia catedral; y los que comian á la mesa de vuestra señoría, la mitad han sido desorejados por ladrones. Y porque vuestra señoría parece sardo, que le han desterrado de su natural, no me alargo mas.

A la señora mi prima, vuestra mujer, dirá vuestra señoría que cuanto á lo de Dios, tan disfamada está conmigo en esta corte como la duquesa de Frias, de malaventurados cuadriles. Su majestad ha querido haber informacion de tales personas para pasar en ellos trigo de Secilia para este real; yo hice memoria del capitan Cerbera [1], al cual mandan que en sus caderas sea obligado de traer á España setenta mil hanegas de trigo; el cual cabrá cuatrocientos toneles. A esos señores de Italia, mis amigos y deudos, dará vuestra señoría mis encomiendas.

¡Oh Marqués! Malas dádivas te maten, pues que tan malaventurado me dejaste, y maldito sea el hombre que parece que está cocido con especias, y tanta falta me hace; y si Dios por Josué hizo detener el sol fuera de naturaleza, ¿por qué á mí no me volverá el propósito ó me pondrá en casa de vuestra señoría en dos horas? Y porque á esta hora negó san Pedro, no digamos mas. De Pamplona, á lo que vuestra merced me mandare.—*Don Francés.*

OTRA CARTA DE DON FRANCÉS PARA EL MISMO MARQUÉS.

Ilustrísimo señor primo: Una epístola de vuestra merced me dieron acerca de Portugal, y de holgar yo con ella mas que los de Capadocia con las de san Pablo, no hay duda. Ellas eran pocas palabras, y no me haciendo saber de vuestras buenas andanzas, mal hace vuestra merced; porque si consejo habeis menester, ¿quién mejor que yo le podrá dar, pues por mis pecados tanto me cuesta? En España he sabido lo que vuestra señoría hizo al rey de Francia cuando le mató los cuatrocientos hombres de armas y otras gentes y soldados. Bendito sea Dios porque me dió deudo con vuestra señoría, tan valerosa persona. El parabien de vuestras venturas todos vienen á mí á dármelo, y yo lo recibo alegremente; y en verdad, los que quieren saber de mí las nuevas, las saben, y quien no las quiere saber, yo se las digo; y si vos habeis muerto á diez, yo mato á ciento con esta lengua que Dios me dió; ansí que, bueno es tener parientes en la corte.

Yo fuí á Portugal con la reina doña Catalina, y no con mucha voluntad del Emperador; y pues á vuestra señoría tengo por señor y padre, no puedo excusarme de darle cuenta de todo. Han querido decir algunos que á esta señora reina la conocí yo siendo muchacha, y que no sé qué pasion tuvo ella de liviandades, que por mi honra no lo digo; y por atajar malas lenguas y tirar sospechas acordé de ir este camino con ella. No sé si á vuestra señoría le parescerá bien; que acá yo me aconsejé con el doctor Beltran y con don Francisco Pacheco, y les pareció bien.

Mucho me pesó cuando el capitan Corbera llegó á la corte y no me hallé yo allí; lo uno porque él padesciera por sus culpas, y lo otro porque supiera por entero las cosas de vuestra señoría.

[1] Quizá Corbera.

Al obispo de Niza le han dado cien azotes por vagamundo, y al duque de Calabria porque está en el mundo y no aboga.

Micer Hernando, hermano del marqués de Mántua (bendito sea de Dios), ya ha ablado á su majestad víspera de la Candelaria, y díjole: *Micero, yo me andarò una volta para mi may; plora por mi cada dia; y aquesto me a aconsejato lo mio fratello Pandolfo*, que paresce muchachuelo dormido sobre peña. Su majestad está mejor, á Dios gracias; Dios le guarde, porque es el mejor rey que nunca fué. El alcalde de Herrera es muerto; digo que es muerto, porque caduca y morirá, si place á Dios, para el primer de Cuaresma. El Próspero Colona vino á la corte por besar las manos al Presidente y al licenciado Aguirre, á los cuales dicen que habló mas de cuatro horas, y lo que les dijo no se sabe, mas de que se sospecha, segun Juan de Vosmediano dijo, que este Próspero Colona habia dicho que en la refriega que vuestra señoría habia hecho en los franceses, qu'él se habia hallado primero en aquella trasnochada y que él los habia acometido primero; de lo cual hubo tanto enojo el embajador de Florencia, que parece perro bermejo de los del conde de Ginebra, que dijo á grandes voces: «Empórtete el diablo.» El duque de Béjar, vuestro caro amigo, llevó á la señora Reina, y como entrásemos en la raya, nunca á la Reina quiso entregar, hasta que los portugueses se desdijeron de lo de Aljubarrota, y que los Algarbes era la mas ruin tierra del mundo para tener en ella ejército de alemanes. Los portugueses estuvieron gran rato en confusion, y en esto se levantó el marqués de Villareal y dijo: «Duque de Béjar, ¿habédes perdido ó seso, ó pensádes que en Portugal no cogen vino ni pan, y que non comemos? Pois fázovos saber que comemos terra é facemos cagar ferro.» A Gutierrez, vuestro solicitador, ruego á Dios que nunca le falte papel, porque escribe mas que Tolomeo y que Colon, el que halló las Indias. Pedrarias está en tierra firme, y fray Severo no la tiene, porque pienso que con él se ha de hundir la tierra.

Dejadas estas cosas aparte, os hago saber á vuestra señoría cómo en esas partes hubo pasado un hermano de mi mujer, que se llama Alvaro de la Serna, y se halló en las de Génova, y despues fué doblado, y acá su hermana y madre le tenian por muerto; y junto con la carta de vuestra señoría, me escribió este mi cuñado, en que me rogaba que por amor de Dios le encomendase á vuestra señoría; y ansí, ruego á vuestra merced lo haya por encomendado de tal manera, que este no se pueda quejar; y si quisiera ser por la Iglesia, pues que ella es de vuestra señoría, encamínele como haya de comer por ella antes que por otra via; y si por otra via, como bobo quisiere hablar, á vuestra señoría le encomiendo, como él se ha valido por mí; y por vida vuestra y del Emperador, que en él quepa toda cosa, porque es buen hidalgo.

A la señora Marquesa, mi prima, me encomiendo, y plega á Dios que dé hijos á vuestra señoría, y que á mí me traiga á tiempo que le muestre buena crianza y los artículos de la fe. Gutierrez es muy buen servidor y muy cierto; tiene algo de Madalena y de Marta. Este mi cuñado se llama Alvaro de la Serna; otrosí, su hermano Alonso y otro Juanico, que es bobo, y otro Simon, que es el menor de todos, y tiene una tia, her-

mana de su madre, casada en Béjar, que se llama Teresa Gomez; y esto digo porque si fuere allá, vuestra señoría le pida las señas; no sea otro. Una corónica he hecho desque la reina de Portugal partió de Tordesillas hasta la raya; y entendidas las personas, es la mas alta escritura que se ha visto; enviéla al Emperador, y escrebí al duque de Calabria que la trasladase y la enviase á vuestra señoría. Mi hija desposé en Madrid; á Dios gracias, díla nicho; yo quedo solitario, sin dinero; por eso *tibi Deo surge*. De Badajoz, á lo que vuestra señoría mandare.—Vuestro primo, *Don Francés*.

CARTA DE DON FRANCÉS PARA EL VISOREY DE NÁPOLES.

Muy noble Señor: Un breve de vuestra merced recebí, y si como era breve fuera Biblia, no me osara desamenazar con Fiol. El cual, venido en España por vuestro amor, yo le haré que como me vea y me oiga, diga: *Domine, nolite obdurare corda vestra*, cuanto mas que á un caballero semejante que yo, y de la parte donde vengo, no le han de afrentar con el advertimiento de un loco. Por respecto de vuestra señoría, él será bien tratado, y no solo haré esto, mas darle he reverencias de loco, para que pueda curar en esta corte y cinco leguas al rededor á todo gran señor que tenga torozon de cuitado, y á todo caballero bozal, recien venido de casa de su padre; y para que pueda meter cisma entre amigos y descasar casados é infamar religiosos, y pueda ir aquí y decir allí; y si fuere cristiano viejo, le anularémos y quitarémos las necesidades y le harémos confeso, para que mejor pueda hablar y decir lo que quisiere. Y en lo que vuestra señoría dice del marqués de Pescara, mi primo, que os ha informado de mi persona, no era yo raposa para que pueda ese dar cuenta de mí, y vuestra señoría bien me conocia, que aun deudo tengo yo por mis pecados con el marqués de Cenete, conde de Nasao, porque mi madre y su agüela fueron de Vórmes, donde el rey Salamon hizo banquete á su madre del Almirante. Y en lo que vuestra señoría dice, que le tenga por deudo y servidor, lo del servidor aceto, y en el deudo no plega á Dios que por ninguna cosa yo dañe mi sangre.

Las nuevas que acá hay son, que maestre Liberal se apuñeó con monsiur de Bauvri delante de su majestad, y maestre Liberal, como se viese repelado, dijo á Bauvri: «El diablo te emporte; que pareces pija rascada de perro sarnoso.» Su majestad y yo somos tan amigos, que el que primero ha visto y leido vuestra carta fué él, y César Fieramosca, que ahí se halló, tomó tanto regocijo en la venida de Fidel, que lo favoreció mucho, y yo volví sobre César y dije: «Visorey de Nápoles, hosana fili de ternera berméja, vén agora, porque César parece todo purga de cañafístola para dar al conde de Cabra.»

Otrosí, el obispo de Niza gasta su hacienda, y no solo esto, mas el seso; el cual sea en gloria. El señor Fernando Lorencio, hermano del marqués de Mántua, es buen mancebo, muy honrado, y su majestad le tiene buena voluntad. Nunca habla sino pocas palabras, y cuando á hablar delante de su majestad se atreve, tírale de la capa Pandolfo, su ayo, que paresce almorrana del conde de Anquete, y dícele: *Nostro micero, non parlate più asta otra volta, perque alli parlate mas de cinco veces*. El de Venecia anda por aquí que parece ansaron que le han dado de palos en las alas.

Aquí vino el embajador del Sofí, con gestico de melecina, para echar al comendador Hernando de Vega. Disputamos un dia sobre la fe en casa del gran Chanciciller, y dímonos tan buen recaudo el señor Embajador y yo, que si no fuera por algunos teólogos que allí se hallaron, nosotros lo habriamos hecho como la mala ventura.

A la señora mosiura, vuestra mujer, daré yo mis encomiendas. Gutierrez, el del marqués de Pescara, y el Turco se parescen en tanta manera, que Gutierrez está para renegar la fe, sino porque quiere mucho al Marqués, y porque á esta via andaba revuelta *anzilla ostiaria* con san Pedro. No digo mas. Plegue á Dios que de tal manera vaya vuestra señoría al campo, que haga ir infinitos franceses al de Josafat. Al marqués de Pescara, mi primo, ternéis por hermano, porque desta manera serémos amigos. Dada en la cámara de Meteney, á ruego de Monfalcon, que tiene el seso extramuros. A lo que, Señor, os cumpliere.—*Don Francés*.

CARTA DE DON FRANCÉS PARA ANTONIO DE LEYVA.

Contrito y satisfecho Señor: Con los trabajos y gobernacion destos reinos, no he podido escribiros; basta que he escrito mas que Tito Livio en decir cuánta honra habeis dado en la casa de vuestro padre, donde yo vengo por partes de mi madre; y como, Señor, esta negra honra tenga mas rabos que pulpo y mas circunstancias que pecados tuvo Juan Jordan, no os he escrito, esperando que vos me escribiérades primero; ansí que, señor pariente, esto os he dicho porque de aquí adelante no cayais en sentencia de necesidad; y si algo os cumpliere escribir en ello, lo hagais; que en verdad yo lo haré tambien; porque vuestras nuevas han dado ocasion á que yo publique cómo sois mi deudo; y pues ansí es, mirad que trabajeis por hacer siempre lo que hasta aquí; y cuando otra cosa fuere, el mundo es tal, que luego se conoce. Acuérdaseme que siendo mochacho, me decia mi padre que no queria honra, por no sostentarla, y paréceme que no lo dejó á bobo. Este vuestro criado es muy leal, y no le cabe el corazoncito en el cuerpo, contando vuestras indulgencias plenarias, en tanta manera, que aun trabaja porque yo os tenga por servidor, y ofréceseme cada dia de vuestra parte mirra y encienso. Yo le digo: «Señor Herrera, otro metal se os olvida, que hace mucho á mi caso de me ofrecer á mí, que yo quedo prendado porque sé cuán amigo sois de mi primo, el marqués de Pescara;» y porque Morales parece tintero desposado, y Arana, monazo de mercader, no alargo mas. Plegue á Dios de conservar tan buen caballero como vos sois, que en verdad muchos Cides Rui Diaz y Laines Calvos hay. Dada en Toledo, en la plaza mayor de Zocodover, hablando con don Francisco de Mendoza, tio del duque de Sesa, y con un puntero de cadena de palacio. A lo que querais.—*Don Francés*.

CARTA DE DON FRANCÉS Á UN SU AMIGO LABRADOR.

Señor: Por la presente sabeis lo que en vuestro servicio se ha hecho. Despues que de allí vine, como vi-

ne, fuí á la aldea de Balendillo, y hallé á vuestro casero ido, y para entrar dentro en casa fué necesario entrar yo y otros dos por el vivero, porque andando el uno arriba, anduviesen los dos abajo. Desquicióse la puerta, y traspellóse el postigo, y hallé tanto desconcierto, que no lo sé decir: las herramientas, cada una por su parte, los mazos en el trascorral, y los picos en el sumidero, y los escoplos en el caño; y porque no se perdiesen y estuviesen á mano, púseos los mazos tras las puertas, y los escoplos en el estiércol, y los picos en La Granja [1] con armellas; y púseos las dos á la puerta de enmedio, y las dos á la puerta falsa, y las otras dos en el postigo; traspúseos el puerro y paleéos los higos de la vuestra higuera, que con la mucha seca no son tantos ni tales como los de antaño, á causa que andan muchos topos por bajo, que se los comen todos; cogí maestros y recogíos el caballete de la trazera, porque se mójaba la cal que está ahí. Y esto hecho, adrecé lo necesario para las vendimias; cogí cincuenta peones, púselos de dos en dos por los pagos, puse dos de ellos en lo hondo del valle, y dos en el Cascajar, y dos en el Cigüeñal, y dos en el Valjuncal, y dos en el majuelo de á par del monte, y dos en el lagar, y dos con los que acarrean el mosto, y dos en la viña del cerro, y dos en el majuelo redondo, y dos en el valle del Mango, y dos en la Gazapera; y con los que quedaron adrecéos el lagar, y puse el cestillo por drecho, de manera, que la viga os apretará bien el mosto. A vuestro criado Antonillo tengo emplazado porque soltó aguatrechos de agua caliente por vuestra canal maestra. Los alcaldes de la Mesta os prenderán el ganado, porque lo tomaron en el egido de trasterriego, y tuviéronle tres dias en el corral, y estaba tan esperecido de sed, que cabra está ahí que no vale dos maravedís; yo os lo saqué del corral, y metíoslo por entre las dos cañadas abajo del Salmeron; cabalguéos el potro voci-prieto, y echéos el tranquillo á la ballesta, y echéos (los bodoques) por el agujero, de manera que ya no bamboleaba el birote, porque os le tengo metido por medio del blanco; pero hágoos saber que este cura del aldea me demanda el diezmo de los pollos y me arrienda el del vino, é yo los dí á Diosdado el ventero, que es buen creyente; enviadme á decir á cuál quereis que se dé. Vuestra casera, la vieja, se os encomienda é os hace saber cómo su hija mayor rabió de sed y es perdida, y no parece aunque la pregonamos cada dia. Yo estoy mal dispuesto á causa de un enojo que hube con aquesa puta viejo de Perosago, porque tiene tanta envidia como os lo hago saber, y tambien que dice que despues que yo ando sobre vos, anda vuestra hacienda por derecho; yo no puedo mas de procuraros vuestra honra y de metérosla lo mas adentro que pudiere. De acá no hay mas que haceros saber; daréis mis encomiendas á Anton Riégoos y á Pero Pásoos y á Alonso Tópeos, vuestros parientes, y al vainero y Gaspar del Molino, vuestros amigos, y á Pero Lumoso, el zorzuelo.—*Don Francés.*

[1] Así en la copia, aunque tambien podria leerse *Loranca*.

OTRA CARTA QUE EL DICHO CORONISTA Y CONDE DON FRANCÉS ESCRIBIÓ Á SU MAJESTAD.

Sacra, cesárea, católica majestad [2]: Si pensara, señor Emperador, que tan mal me habia de suceder, y que tan poco habia de medrar, y que mis amigos habia de perder, y tantos enemigos cobrar, y tantas sobarbadas llevar para una santiguada; y por merced de los hijos de doña Sancha, que mal amenazado me han, que ni auctor me hiciera ni coronista me llamara. Mas no me maravilla, que negocio es muy usado que quien mucho habla su pago lleva y muy poco medra, digo de riquezas y bienes comunes; porque de palos y pescozones, en su mano es dallos, y mi trabajoso cuerpo recibillos.

Sé decir á vuestra majestad (así mi mujer goce de mí mas tiempo que doña Sancha de Guzman, condesa de Benavente, gozó del Conde, su marido, y así á mi hijo vea yo poseer la prebenda que á nuestro muy santo papa yo pedí, si se la enviare) que desmandado ó desmayado no acierto á hablar, y de dar gritos sin que me oya vuestra majestad, estoy ronco. Por amor de quien sois, sea yo oido, y en oyéndome, sea luego en bienes como los perros de Bauvri aprovechado, cuando se hartaban por la necesidad que tenian de las ollas de sus vecinos, que yo me contentaré con dos mill ducados de pension sobre el arzobispado de Sevilla, aunque al dicho señor arzobispo le pese de me los dar, que ya conozco de mí no se me dará nada de los recibir. Porque la tal pension me podrá sacar de laceria, y mi persona y casa tener autoridad, y *sic de medico non contrarias ad me*; porque, como me veo rucio viejo y tan rucio como caballo, ternia por mejor estarme yo en mi casa con mi mujer é hijos, descansando como otros hacen, sin haberos servido, como yo, de silla y albarda, y no andar como ando, flaco y trasijado, siguiendo el palacio, con voluntad de ser aprovechado, como otros quinientos amigos mios, y criados de vuestra majestad. Y sé destos caballeros por cosa muy averiguada, y conmigo lo han tratado, no una vez, sino muchas, que se obligaran de tener de comer, si vos, señor Rey, se lo diésedes, sin hacer conciencia de ello. Y que de ser esto no es maravilla, porque no hay hombre en lo criado que no desee verse mejorado, aunque fuese en tercio y quinto de los bienes de Rafael Vanco, de esta corte.

Yo quedo, sacra cesárea majestad, oleado ó para espirar, ó por mejor decir, para esperar mercedes vuestras. No permitais, Señor, mi alma llevar á cargo, ni que salga de mis carnes de hambre; porque solo el cuerpo no le pueden llevar treinta acémilas de las mas señaladas de esta corte. Porque todos los que me ven me llaman camellazo del rey de Tremecen, harto de andar caminos, acebadado de panizo; yo les respondo que mas parezco salchichera gorda de Medina del Campo, que murió pidiendo á Dios le pagasen lo que le debian, que era mas de lo que debe hoy dia Gonzalo Chacon, del juego de pelota. Sea lo que fuere, que *non te negabo*, en desear tener é recebir hasta verme con

[2] Esta epístola no se halla entre las del códice de la Biblioteca Nacional, señalado X. II, pero está en uno de la real Academia de la Historia que fué de los Jesuitas de Madrid y tiene la marca de *Varios*, núm. 20.

lo que espero; no mas, porque si se ha de aprovechar basta lo ya dicho, y si no, la misericordia de mi Dios es grande.

De lo demás, sé decir que el duque de Béjar no me mira, aunque pase por junto á él, y el Condestable me guiña, el marqués de Cenete me amenaza, musiur de Laxao me las jura, y Sancho Bravo me las pega. *Domine, adjuva me.*

Del puerto del Pico, donde quedo desnudo como besugo de Laredo, el ojo abierto, esperando buena venta. —*El infante don Francés*, vuestro amigo y criado.

FIN DEL EPISTOLARIO DE DON FRANCESILLO DE ZÚÑIGA.

LA TEBAIDA, DE ESTACIO,

TRADUCIDA

POR EL LICENCIADO JUAN DE ARJONA.

DE LA TRADUCCION DE ESTACIO.

Por tan estrecha senda quiere Ciceron que camine el que traduce de una lengua en otra, que le obliga á interpretar palabra por palabra; y por no haber guardado él mismo esta ley, no se llama intérprete en algunas cosas que tradujo de los griegos, y aunque le fué necesario, dice, acommodar sentencias á sentencias, eligiendo las mas verisímiles y conformes. Algunos romancistas dicen que Horacio dió mas anchura á este camino, y que el intérprete no está obligado palabra por palabra, tomando aquel verso del arte poética:

Nec verbum verbo curabis reddere fides interpres.

Y engáñanse, que antes Horacio estrecha mas esta ley, y aquel verso trae dependencia desde arriba, *Publia materies privati juris, etc.*, donde dice que el que de un argumento de historia muy sabida y comun, que otro haya escrito, quisiese escribir y hacer suyo el trabajo, que no la traduzga palabra por palabra (como debiera hacer un fiel intérprete), sino que aquello de que se aprovechare lo varie por modos diferentes, de suerte que lo pueda publicar por suyo, y aun si imitare á algun autor, no le aconseja que se entre donde no pueda salir á su salvo. Mas libertad concedió Plinio Cecilio á su amigo Tusco, que se ocupaba en este ejercicio, diciéndole que en sus traduciones eligiese lo mejor, y escogiese de lo elegido, procurando antes exceder al autor que seguirle; porque de igualarle se daban pocas gracias, y de no alcanzarle se caia en grande afrenta, y sin ella no se podrá excusar el que traduce de que se engañó en la materia y argumento, debiéndola saber consumadamente. Pero, aunque unos limitan esta ley y otros la amplian, no se puede negar sino que haria cosa ridícula y desabrida el que se atreviese á traducir una lengua en otra, si de entrambas no supiese bien la propriedad de las voces y elegancia de las frases, que á pocos es concedido, por ser imposible juntarse las lenguas sin confusion, habiéndose dividido con ella. Cualquiera libro, dice san Hilario, es en la variedad de los vocablos como una ciudad de muchas casas, que para cada puerta tiene su diferente llave; y si estas atasen juntas, no acertaria abrir sin confusion el que no supiese cuál llave es de cada cerradura. Conociendo esta dificultad, llamó Boscan traicion á la traducion, porque el que interpreta en otra la lengua que no sabe, á entrambas hace injuria, mayormente si de la lengua rica y abundante traduce en lengua pobre y estéril. En esto excedió tanto la griega á la latina, que tal vez con muchas palabras juntas, segun Agelio, no se puede interpretar lo que el griego dice en una sola. Y si dijese que hay la misma desigualdad entre la latina y castellana, no seria deficil de probar; porque, aunque la nuestra no es corta ni falta de conceptos, está acostumbrada á variar los vocablos con el uso, y medir con ellos los de otra lengua antigua que no ha tenido semejante variedad; seria querer ajustar un enano con un gigante; y por huir desta deformidad, ha sido forzoso á muchos usar de la paráfrasis, que es, segun Quintiliano, una version ancha que no mira

á las palabras, sino á solo el sentido, imitándole por lo mejor; idioma que la lengua de cada uno permite; de que se pudieran poner muchos ejemplos, y sea uno la sentencia de Terencio, *Obsequium amicos, veritas odium parit*, que la interpretaria bien conforme al sentido el que dijese: «Mal me quieren mis comadres porque les digo las verdades.» Pero Terencio en su adagio no se acordó de comadres, aunque usó con elegancia del verbo *parit*. Ni de este le estuvo bien usar al castellano, aunque se acordó tan á propósito de comadres. Mas no por causa alguna de las dichas la traducion ha de ser atrevida, ni el oficio del intérprete es decir lo que á él le parece, sino lo que pareció al autor, que declara libre; y si en alguna ocasion tiene licencia, es traduciendo cualquier poeta, en que se agravan las dificultades, por ser, como dijo Erasmo: *Plurimum negotii carmen carmine reddere, versum versu, verbum verbo*. Y así por constar la poesía castellana de número y armonía, como la latina, y tener mas la precisa obligacion de consonantes, no se puede encarecer lo que se debe al trabajo que el licenciado Juan de Arjona ha tenido en traducir la Tebaida de Estacio, pues en él, guardando las leyes de intérprete fiel, ha mejorado en muchas partes las sentencias, añadido ornato á las palabras, illustrado lugares obscuros, facilitado los dificultosos y suplido en muchos los conceptos necesarios para su buen sentido, mostrándose en todo tan superior deste argumento, que pudiera llamarse, no intérprete, sino autor de la historia de Tébas, en que descubre bien la erudicion que tuvo en la lengua latina y la propriedad que guardó en la castellana, adornándola con la hermosura de sus versos, como se podrá ver confiriéndolos con los de Estacio. El mas insigne poeta de nuestros tiempos, Lope de Vega Carpio, cuyo abundante ingenio, que agora experimentamos, ha de ser memorable en los venideros, y para mayor alabanza suya, en los unos y los otros increible, correspondiéndose en muchas ocasiones con el licenciado Juan de Arjona, en una, entre otras alabanzas, le llama alma de Estacio latino, significando la fidelidad que guardó en traducirle, que consta desta carta:

CARTA DE LOPE DE VEGA.

Nuevo Apolo granadino,
Pluma heróica, soberana,
Alma de Estacio latino,
Que con tu voz castellana
Haces su canto divino;

Luz y gloria del Parnaso,
Que, con ser difícil caso
Que antiguas hazañas loes,
Has de exceder al Camoes
Y poner silencio al Tasso;

A tanta gloria me llama
El verme por ti subir
A la verde ingrata rama,
Que inmortal pienso vivir
A la sombra de tu fama.

Pues para que al mundo asombre
Ver que en el tuyo, mi nombre
Cobra el ser que no ha tenido,
Mi Deucalion has sido,
Que de piedra me haces hombre.

Mas, ya que tus plumas bellas,
Con que á mil fénix te igualas,
Me suben á las estrellas,
No me pongas tantas alas,
Que me perderé con ellas.

El Dédalo desta gloria
Al cielo de tu memoria,
Hecho un Icaro, me sube,
Donde en la primera nube
Me cuenta el viento su historia.

Miro las esferas altas
De tus virtudes y ciencias,
Con que su máquina esmaltas,
Y al sol de tus excelencias
Voy descubriendo mis faltas.

De tus letras el crisol
Hoy hace, Ovidio español,
Las mias puntos y tildes;
Que mis átomos humildes
Hacen mas puro tu sol.

Fué tu discurso elegante
(Cuando quien soy considero)
Benignidad de elefante,
Que has apartado el cordero
Para pasar adelante.

Cuando pisarme pudiste,
En tus hombros me subiste,
Gran acto de fortaleza,
Pues tu profunda grandeza
Con mi bajeza creciste.

De tal suerte me aficiona
Con sus ingenios Granada,
Erudictísimo Arjona,
Viendo en cumbre tan nevada
Tan excelente Helicona,

Que por lo que me aventajo,
Mas quisiera, aunque soy bajo,
Para vuelo tan subtil
Ser un jaspe de Genil
Que el mejor cisne del Tajo;

Al cual para vuestro lauro,
Si el alto cielo me torna,
Cuando torne el sol al Tauro,
Diré de qué suerte adorna
Su verde ribera el Dauro.

Y llegando al monte nuestro,
Vos veréis cómo les muestro
Qué ingenios está criando;
Mas ¿qué mejor que mostrando
Aqueste discurso vuestro?

Tajo, en oyendo que os nombro,
De tal suerte crecerá,
Que dando en su monte asombro,
Para rompelle pondrá
En sus peñascos el hombro.

Dirán *Arjona* las aves
Entre sus picos suaves,
Las ruedas os harán salva,
Dando de la noche al alba
En sus aguas vueltas graves.

Las ninfas, entre las faldas
De su vega, que serán
Un tapete de esmeraldas,
Pardas algas teñirán
De azules granas y gualdas.
Y subiendo de quilates
Su valor, á las que Eufrates
Tiene en sus indias alcobas
Harán seda de las ovas,
Y de la arena granates.
De sus cumbres envidiosas
Guadarrama por la sierra
Que brota hielos y rosas,
Hechas de nieve á la tierra,
Esparcirá mariposas.

En fin, el verde distrito
De oro y de cristal escrito
Los arroyos dejarán
De jaspes no, que serán
Como los sábios de Egito.
Vivid, pastor de Bandalia,
Mil lustros, para dar lustre
A España, á Apolo, á Castalia,
Pues es por vos mas ilustre
Que fué por Virgilio Italia;
Que por vuestro voto solo
Alzaré mi fama al polo;
Que es mas justo que lo sea
A quien Arjona laurea
Que á quien califica Apolo.

No acabó de traducir el licenciado Arjona toda la *Tebaida*, por su temprana muerte, aunque trabajó en ella mas de seis años, con ser en componer facilísimo y en el decir tan agudo, que por antonomasia le llamaban sus contemporáneos el fácil y el subtil; y en este modo, sin declarar su nombre propio, se le hizo á su muerte este epigrama:

Aquel ingenio subtil
Que á Estacio latino asombra,
A quien ofreció Genil
De sus márgenes alfombra
Y coronas de su abril,

Yá por la via Lactea
Del Eridano pasea
La ribera sacrosanta,
Y goza su frente y planta
De Ariadna y de Amaltea.

Quien suplió la falta de lo que dejó por traducir, que son los tres últimos libros, ha tenido por buena suerte imitarle en algunas cosas, y porque en muchas no le puede igualar, oculta su nombre en este suplemento, por ser la menor parte la en que ha trabajado, y porque solo fué su intento que esta historia no quedase cortada, aunque se hubiese de parecer lo zurcido de mano ajena.

En el lugar que Estacio, al principio del primer libro, dedica á Domiciano su *Tebaida*, la dedica el licenciado Arjona al señor....., con cuyo nombre no quedarán sus herederos poco favorecidos, aunque él no pudo gozar de los favores que dignamente pudiera esperar; y los versos que se entresacaron de la dedicatoria de Domiciano, que son diez y siete, y comienzan desde el hemistiquio *Quando itala nondum, etc.*, porque allá interrumpieran la tela, se traducen aquí para que de todo el Estacio se tenga noticia en nuestra lengua castellana, y porque el curioso no le halle en esta parte sin traducir.

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL * JAEN *

LA TEBAIDA[1].

DEDICATORIA DE ESTACIO

AL EMPERADOR DOMICIANO.

Puesto que yo cantar no he merecido
Triunfante á Italia tremolar banderas
Dos veces al flamenco, y dos vencido
Al que del Istro ocupa las riberas,
Ni al godo rebelado, compelido,
Dejar al monte, habitacion de fieras,
Ni cuando tiernos años, raro ejemplo,
Defendieron de Júpiter el templo.

Y tú, gloria de Italia, que á su fama
Nuevo esplendor y nueva luz aumentas,
Y al valor de tu padre, que te llama,
No menos digno hijo te presentas;
De tí, que de su estirpe clara rama,
En las hazañas imitarle intentas,
Imperio eterno Roma se desea
Y que un monarca solo en tí posea.

Y aunque, Señor, te ofrezcan las estrellas
Lugar entre los rayos que despiden,
Y porque quepa tu grandeza entre ellas
La suya estrechen si á la tuya impiden,
Y aunque por digno de sus luces bellas
Con la region los cielos te conviden
De Llibias libre, y donde, por sublime,
Ni el rayo abrasador ni Bóreas gime;

Y aunque Apolo su clara luz serena
Te comunique al fin tan igualmente,
Que los rayos que adornan su melena
Imprima por diadema de tu frente,
Y aunque de los caballos que él enfrena
Te entregue el freno en su carrera ardiente,
Y aunque te dé que tengas en gobierno
Su medio cielo Júpiter eterno;

Contento goza el cetro merecido,
Poderoso señor de mar y tierra,
Y al cielo vuelve el don que te ha ofrecido,
Que no en aqueste honor tu honor se encierra;
Y tiempo habrá que yo, mas instruido,
Cantando hazañas en ajena guerra,
Las tuyas cante en laureada trompa,
Que con fuerza mayor los aires rompa.

[1] Al imprimir este poema se han hallado algunos versos y pasajes de muy difícil lectura, por estar el original roto ó manchado; y aunque se ha procurado leerlos con ayuda de otro códice que nos ha sido franqueado por el excelentísimo señor don Serafin Estevanez Calderon, no siempre se ha logrado su completa inteligencia: en tales casos hemos impreso el verso en bastardilla.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Edipo, rey de Tébas, habiéndose sacado los ojos y retirado á vivir en una cueva del monte Citeron, en pena de haber muerto á su padre Layo, sin conocerle, y casádose con su madre, llamada Yocasta, de quien tuvo dos hijos, Eteócles y Polinices, sintiéndose el Rey despreciado dellos y excluido del reino, invoca á Jesifonte, furia del infierno, contra ellos, y maldícelos como á generacion incestuosa. La furia siembra discordia entre los dos hermanos, y acuerdan de reinar por suertes cada uno un año. Cupo la primera á Eteócles, y sale Polinices desterrado de Tébas. Júpiter junta concilio de dioses, y determinando destruir á Tébas y á Argos, manda á Mercurio que baje al infierno por la alma de Layo, padre de Edipo, para que incite á Eteócles que, pasado el año, no permita que le suceda Polinices en la vez de reinar, al cual en este tiempo, que discurria por la Beocia, sobrevino de noche una tempestad, y compelido de la misma fortuna Tideo, príncipe de Calidonia, aportan juntos al alcázar de Larisa, corte de Adrasto, rey de los argivos; y recogiéndose en los zaguanes de su palacio, riñen los dos sobre la posada. Al rumor baja Adrasto y los pone en paz. Juzgándoles por personas nobles, los aposenta. Lleva Polinices vestido el despojo del leon Nemeo, y Tideo el del jabalí de Calidonia. Repara Adrasto en ello, y certifícase de un oráculo antiguo de Apolo, que le dijo que dos hijas suyas casarian una con un leon y otra con un jabalí. Hácelas venir á un convite que hizo á los forasteros, y en la mesa cuenta la causa de un sacrificio que este dia se celebraba en Argos al dios Apolo.

Las armas, el furor de dos hermanos,
En pertinaz discordia divididos,
Contra ley natural, odios profanos,
Reinos á veces entre dos regidos,
Delitos sin disculpa, de tebanos,
Por injuria del tiempo, no sabidos,
Para que al mundo su memoria espante,
Me incita Apolo que renueve y cante.

¿Por dónde, oh musas, del Parnaso gloria,
Mandais que dé principio al triste cuento?
Cantaré en el principio de mi historia
Desta gente feroz el nacimiento,
Trairé el robo de Europa á la memoria,
La ley inviolable y mandamiento
De Agenor, y forzado del destino
A Cadmo, navegante peregrino.

Largo fuera el discurso si dijera,
Tomando tan de léjos la corriente,
De aqueste labrador la simentera,
Que tuvo por cosecha armada gente,
Cuando, no sin temor de que naciera
El fruto semejante á la simiente,
Dientes sembró en los surcos desta tierra;
Que guerra nace donde siembran guerra.

Ni es bien agora que de espacio cante
Con cuál pudo Anfion dulce armonía
Cercar de muros la ciudad triunfante,
Si tirios montes á su voz traia,
Ni el triste fin de Semel ignorante,
Obra de Juno, que celosa ardia,
Ni por cuál ocasion, con rigor grave,
Al propio hijo dió la muerte Agave.

Ni diré contra quién, con desatino,
Arco flechó Atamante desdichado,
Ni cómo, por huir sus furias, Ino
Las olas no temió del mar hinchado,
Y en los brazos del Jonio cristalino
Fiada, mas que del marido airado,
Se arrojó con su hijo, do Neptuno
Dió nueva vida y nombre á cada uno.

Por tanto pues, de Cadmo dejar quiero
La contraria fortuna ó suerte buena,
El mal presagio ó el feliz agüero,
La causa de su llanto y de su pena;
Que si otra lira le cantó primero,
La morada de Edipo, siempre llena
De confusos gemidos y de llanto,
Han de ser el principio de mi canto.

Agora pues mi mal templada lira
Armas de Tébas bástará que cante,
Cetro de dos tiranos, cuya ira
No halló en la muerte límite bastante;
Llama que juntos abrasar no aspira,
Reyes muertos en odio semejante;
Vivos sin reino, y sin sepulcros muertos,
Pueblos de gente viudos y desiertos.

Digo en aquel infausto y triste dia
Cuando con griega sangre sus raudales
Tiñeron, Dirce bella, que solia
Adornar sus corrientes de cristales,
Y el claro y manso Ismeno, que corria
Mojando apenas secos arenales,
Que á Tétis admiró cuando á su seno
Llegó de tanto estrago y muertes lleno.

Musa, con cuyo aliento los afanes
Renovar de la antigua Tébas quiero,
Decidme á quién de tantos capitanes
Daré en mis versos el honor primero.
¿Al destemplado en iras y ademanes
Tideo, ilustre, si soberbio y fiero,
O al sacerdote que en la injusta guerra
Armado, vivo le tragó la tierra?

De Hipomedon me llama el gran trofeo,
Contra el rigor de un rio opuesto en vano,
Y del de Arcadia el pertinaz deseo,
Que su muerte obligó á llorar temprano,
Y el soberbio furor de Capaneo,
Despreciador de Jove soberano,
Sugeto digno de inmortal memoria
Y de cantarse en mas heróica historia.

Ya el lecho incestuoso habia dejado
De Layo el sucesor, y á noche obscura
El mismo habia sus ojos condenado,
Quitando con sus manos su luz pura;
Y dando nombre de infernal pecado
A lo que fué ignorancia y desventura,
En parte obscura y lóbrega vivia
Con larga muerte, aborreciendo el dia.

Allí donde esconder piensa su afrenta
Y llorar, aun sin ojos, sus delitos,
El triste dia se le representa
Principio de sus males infinitos;
Y allí con viva muerte se atormenta,
Porque siempre en el alma dando gritos
Le está, hecha verdugo, la conciencia.
¡Duro castigo, extraña penitencia!

Y viendo que con ánimo insolente
Trunfan sus hijos de su pena y llanto,
Con la rabia y dolor que el alma siente,
Venganza pide al reino del espanto;
Y al fin, hiriendo la arrugada frente,
Sus ojos enseñando al cielo santo
(Castigo de su error), de luz vacíos,
Así dijo, haciéndolos dos rios:

«Escuchad, negra Estige y Flegetonte,
Y vosotras, deidades infernales,
Que gobernais el reino de Caronte,
Angosto reino para tantos males;
Tú, mi siempre invocada Jesifonte,
Para alivio en mis penas inmortales
Tu auxilio en mi cruel intento pido,
Si algun bien de tu mano he merecido.

»Tú, que cuando nací, mi cuerpo tierno
De la tierra en tu gremio recebiste,
Y despues el amparo y el gobierno
De mi desamparada vida fuiste;
Tú, que con aguas de tu lago Averno
No esperada salud y fuerza diste
A mis heridas plantas traspasadas,
Porque seguir pudiera tus pisadas;

»Tú, que de Cirra en la corriente fria
Para buscar mi padre diste aliento,
Con Polibo pudiendo, á quien tenía
Por padre (aunque fingido), estar contento;
Y en Fócida, llevándote por guia,
La vida con injusto atrevimiento
Quité á mi viejo padre deseado,
Con daño suyo, por mi mal hallado.

»Si el enigma intricado y los rodeos
Vencí por tí de Esfinge, y satisfecho
Con nobles, aunque infames himeneos,
Alegres furias escondí en mi pecho;
Si hijos te engendré que son trofeos
De tu maldad, y si el infausto lecho
De mi madre ocupé mil noches frias,
Con triste error gozando alegres dias;

»Despues, por castigar mi vida errada,
Si con mi mano, un tiempo tan temida,
Entre las de mi madre desdichada
Dejé mis ojos, luz aborrecida,
Oye mis ruegos, pues sin ser rogada,
Tan conforme á tu gusto y á mi vida
Es lo que pido, si aunque no me oyeras,
Por ser venganza, tú la concedieras.

»Aquellos que engendraron mis pecados,
Que no me excusa la ignorancia en esto,
Hijos propios al fin, pero engendrados
En lecho infame de nefando incesto,
Viendo mis ojos de la luz privados,
Y á mí del reino, que ocuparon presto,
En tanta pena ¡ay triste! y dolor tanto,
Alegres trunfan de mi amargo llanto,

»No los puede ablandar mi desventura;
Antes, menospreciando mis gemidos,
Tratan ya de mi muerte y sepoltura,
Soberbios mas que nunca y atrevidos.
De mis hijos tambien ¡ay suerte dura!
Mis años han de ser aborrecidos;
Y ¿no hay castigo para tanta ofensa?
¡Oh flojedad de Júpiter inmensa!

»De tí, furia, de tí justicia espero,
Si no la hay en los dioses soberanos;
Mueve el infierno en mi venganza fiero
Contra estos insolentes dos hermanos;
Y la corona que manché primero
Con sangre de mi padre, tú en tus manos
Recibe, y con veneno del infierno
Pon en ella discordia y odio eterno.

»Vea yo ¡oh reina del tartáreo seno!
La ejecucion que mi deseo encierra;
Siembra en ellos furor de ambicion lleno,
Que de armas hincha la heredada tierra;
Ni has menester gastar mucho veneno,
Que en la facilidad con que esta guerra
Aceptarán, verás en pocos dias
Cuán tuyos son; que al fin son prendas mias.»

Dijo; y la voz horrenda y lastimera
Llegó al infierno apenas, cuando oidos
Con grande agrado de la Diosa fiera
Fueron del ciego Edipo los gemidos.
Estaba de Cocito en la ribera,
Los cabellos, serpientes, esparcidos,
Dejándolos beber á su albedrío
Ardientes aguas del funesto rio.

Al punto mueve la ligera planta,
Que no la vista tan veloz se aleja,
Ni ardiente exhalacion con fuerza tanta
De polo á polo deslizar se deja,
Ni el rayo con que Júpiter espanta,
De quien las altas torres tienen queja,
Cuando dorado chapitel injuria,
Baja con tanta ligereza y furia.

Y al salir de los campos infernales,
Aquel sin vida vulgo miserable
Huye y le da lugar; que nuevos males
Aun teme en su tormento perdurable.
Ya ocupa de Tenaria los umbrales,
Y fácil el portero inexorable,
Aunque á nadie al salir abre la puerta,
Franca á la furia la ofreció y abierta.

Apenas puso en la region del dia
Las plantas, cuando el mundo alborotado,
Al sol, que entonces claro amanecia,
Vido en un punto de su luz privado;
La negra noche, que del sol huia,
Habiendo vuelto atrás con pecho osado,
Llena de admiracion, aunque contenta,
Mirando estuvo al sol con cara exenta.

De sus hombros la máquina pesada
Ya casi estuvo por dejar Atlante,
Que á tanto miedo la cerviz cansada,
Y á tanto peso apenas fué bastante;
Siguiendo pues la senda mas usada
de Tébas la infernal furia arrogante,
Atrás se deja el valle de Malea,
Qu'en larga punta sobre el mar campea.

Ni otro camino con mejor aliento
Qu'este de Tébas, della apetecido,
Atravesara con mayor contento;
Porque un retrato de su infierno ha sido.
Cerastas mil que eriza por el viento,
Le hacen sombra al rostro denegrido,
Y de los ojos arrojar parece
Fuego, que mas las sombras le escurece.

Tal suele entre las nubes vez alguna
Con la fuerza de mágico veneno
Mostrar su rostro la encantada luna,
De negras sombras y de manchas lleno,
Y por la boca de infernal laguna
Encendido vapor lanza del seno,
Que engendra en los que toca de una suerte,
Sed, rabia, hambre, enfermedades, muerte.

Todo es veneno desde el pié á la frente
Cuanto la triste tez fogosa encubre,
Ni es del talle el vestido diferente,
Que hórrido y negro sus espaldas cubre.
Al pecho se le añuda una serpiente,
Que parte esconde y parte dél descubre,
Con que siempre Proserpina la adorna
Cuando al infierno vitoriosa torna.

Viva culebra en una mano esgrime,
Que azota el viento, y con esotra mano
Rayo fúnebre arroja, con que oprime
La tierra, que su injuria llora en vano.
Desta suerte la cumbre mas sublime,
Por donde mas al cielo soberano
El Citeron soberbio se avecina,
Alegre ocupa, y toca su bocina.

Triste señal de su venida al suelo
Con fieros silbos sus culebras dieron,
Y cual si rayos enviara el cielo,
Llenas las fieras de temor, huyeron;
Las aves, olvidadas de su vuelo,
Atónitas de espanto se cayeron,
Y oyóse, al son con que amenaza guerra,
Turbarse el mar y retumbar la tierra.

Vióse el reino de Pélope alterado,
Creció Eurota, Parnaso alborotóse,
Con ser centro del mundo, y al un lado
Heta, de dos collados, trastornóse,
Y el Ismo, de dos mares azotado,
De suerte al fiero son estremecióse,
Que si menos pudiera reportarse,
Llegaran ambos mares á juntarse.

Las nereidas, turbadas y huyendo,
Miden ligeras la menuda arena.
Cayó Palemon al terrible estruendo
Desde un delfin que navegando enfrena;
La madre al punto, su peligro viendo,
De gran temor y sobresaltos llena,
Abrazada con él entre las ondas,
Se fué á esconder en las cavernas hondas.

Apenas puso en el umbral la planta
Del palacio de Cadmo, cuando luego
De los Penates la presencia santa
Inficionó el vapor de infernal fuego;
Engendra en los hermanos ira tanta
El nuevo movimiento y furor ciego,
Que cada cual en el soberbio pecho
Fabrica en daño ajeno su provecho.

Siembra la envidia triste su veneno,
Nace el torpe temor, que el odio cria,
Rompe el deseo de mandar el freno,
Con que el fraterno amor la paz regia;
De impaciente ambicion cada cual lleno,
No admite ya en el reino compañía;
Salió al fin la discordia á la batalla;
Que donde reinan dos siempre se halla.

Cual suelen dos novillos escogidos
Del cauto labrador para el arado,
Que rasgando la tierra, al yugo unidos,
Si aun no bien las cervices han domado,
Dificilmente del gañan regidos,
Discordes, cada cual hácia su lado
Tirar del peso con rebelde pecho
Y confundir los surcos que habian hecho;

No de otra suerte la discordia lleva
A despeñar los míseros hermanos;
Condena el uno lo que el otro aprueba,
Causando mil motines inhumanos;
Resolviéronse al fin con traza nueva,
Por no venir á ensangrentar las manos,
Que uno solo reinase, y que el gobierno
Cada año se mudase y fuese alterno.

Que en tanto que uno reina el otro viva
En destierro, de Tébas apartado;
Y en cumpliéndose el año, que reciba
El cetro, y salga el otro desterrado.
¡Oh dura condicion, fortuna esquiva,
Con qué pension el reino les has dado!
¡Que venga un rey á gobernar por tasa,
Contando el año, que ligero pasa!

Esta fué su piedad, su amistad esta,
Falsa, pues que durar aun no podia
Hasta el segundo rey; tregua molesta,
Que con nombre de paz discordias cria;
Y aun no el oro, que tantas vidas cuesta,
Soberbios techos adornar solia,
Ni salas de brocado entapizadas
En bello jaspe estaban sustentadas.

Aun no habia de marfil soberbio lecho
En el palacio, aunque real, pequeño,
Donde adornaba al mal polido techo
Humilde y sin primor desnudo leño;
Y aun no el temor entonces habia hecho
Que estuviese á su rey guardando el sueño,
Siguro de asechanzas de traidores,
Escuadron de vasallos veladores.

De nadie adulterados habian sido
Los frutos de la tierra, aun no cansada,
Ni aun entonces el gusto habia sabido
Guisar engaños con industria osada;
No el metal mas precioso, derretido
Se vido en los manjares, no adornada
La mesa con vajilla de oro fino,
Ni rica perla deshacerse en vino.

Un dominio desnudo, un pobre estado,
Un reino humilde, en infinitos males
La paz de dos hermanos ha trocado,
Y la amistad en odios inmortales;
Parece que á la tierra han trasladado
Su morada las furias infernales,
Mientras la suerte, en quien el pleito para,
Con destierro del uno al otro ampara.

La traicion y mentira florecieron,
No quedó sin usarse algun engaño;
Con la vergüenza y la razon murieron
La justicia y verdad con igual daño.
¿Qué pretensiones poderosas fueron
Para engendrar con odio tan extraño
El furor que á la muerte un reino entrega?
¡Oh hermanos miserables! ¿quién os ciega?

¿Qué mayor ira con delito tanto
Vuestros pechos indómitos moviera,
Si cuanto cubre el estrellado manto
Vuestro ciego furor os prometiera,
Si con las armas pretendierais cuanto
Ve el sol desde que empieza su carrera
Hasta que llega á descansar adonde
Tétis lo abraza y su carroza esconde?

Y ¿qué, si conquistara esa fiereza
Desde el suelo del sol mas abrasado
Hasta donde el Bóreas la aspereza
Con soplo eterno aflige al cita helado?
¿Qué, si de Troya y Grecia la riqueza
Se hubiera para el uno amontonado,
Y tanto imperio á la fortuna avara
Con la muerte del otro se comprara?

Un infame lugar, ciudad maldita,
Con infelice agüero fabricada
Cuando ciego furor, ira infinita
Al fiero Cadmo señaló morada,
¿Para tantas maldades os incita,
Que la silla de Edipo desdichada
Por fuerza ha de manchar sangre de hermanos?
¡Oh maldad de los hados inhumanos!

Y Polinice, á quien la desventura
El imperio negó, su Tébas deja,
Y de haber puesto en suerte su ventura
En vano y tarde se arrepiente y queja;
Mas tú, soberbio, que con alma dura
Miras tu hermano, que de tí se aleja,
¡Con qué nueva arrogancia y alegría
La silla ocupas, de émulo vacía!

Ya nadie ves igual, todos menores
Son cuantos acompañan tu persona;
Tuyo es todo el gobierno y sus favores,
Sola tu frente ciñe real corona;
Mas ya comienza á haber nuevos rumores;
Que el vulgo, que á sus reyes no perdona
Si una vez pierde el miedo y la vergüenza,
Del nuevo rey á murmurar comienza.

Ya el año es largo y ya el imperio es duro,
Y el insolente pueblo lo aborrece;
Mas noble, mas piadoso y mas siguro
Y amado el venidero rey parece;
Y alguno, adevinando lo futuro,
Cuya mala intencion siempre le ofrece
Decir del que mas vale alguna mengua,
Así soltó la venenosa lengua:

«Con sentencia tan áspera los hados
Vuelven de nuevo á perseguir á Tébas,
Con tan varios temores y cuidados
Hacen de nuevo en su paciencia pruebas;
Siempre hemos de servir á desterrados,
Sujetas siempre á voluntades nuevas
Nuestras cervices, con temor eterno
Las tiene de oprimir un yugo alterno.

»¿Tal novedad te agrada y tal violencia,
Oh gran Retor del cielo cristalino?
Mas ¡ay! que esta sin duda fué la herencia
Que de su agüero antiguo á Tébas vino
Desde que, obedeciendo la sentencia
Del fiero padre, el tirio peregrino
El mar Carpacio navegó, buscando
Del toro celestial el peso blando.

»Halló reino, y sembró de la serpiente
Los dientes llenos de fraterna guerra,
Pues un fiero escuadron de armada gente
Produjo luego la preñada tierra,
Y hoy de aquel triste agüero Tébas siente
El triste efeto que su paz destierra,
Y hasta hoy los nietos heredaron
El furor con que tantos acabaron.

»Este á quien hoy la suerte favorece,
Despues que igual ninguno ve delante,
¿No veis con qué rigor se ensoberbece?
¿Qué intratable se ha hecho y qué arrogante?
¿Con qué gravedad mira, que parece
Que amenazando está con el semblante?
¿Con cuánta majestad, acaso injusto,
Hace y deshace leyes á su gusto?

»¿Es posible que al fin del año espera
Al nuevo sucesor este tirano?
Es posible que el cetro dejar quiera
Que ahora ocupa su soberbia mano?
Pluguiera al cielo de su hermano fuera,
Qu'era, al fin, mas piadoso y mas humano,
Y de aplacar mas fácil si enojado;
Mas ¿qué mucho? Reinaba acompañado.

»Nosotros, pueblo vil, vulgo oprimido,
Siempre hemos de vivir avasallados;
Siempre de uno soberbio y atrevido
Sujetos, de otro siempre amenazados,
Cual leño de dos vientos combatido,
Que soberbios, contrarios y obstinados,
Le hacen embestir con igual pena,
Ya en los peñascos altos, ya en la arena.»

Júpiter en su alcázar entre tanto
Concilio de los dioses ha juntado,
Senado insigne, venerable y santo,
De mil varias deidades ilustrado.
Los que del cielo el estrellado manto
Adornan, los primeros han llegado,
Luego con su colegio soberano
El gran retor del húmido Oceano.

Cuál desampara el monte y cuál la fuente;
Nadie, aunque muy remoto, se detiene,
Ni el que vive en los reinos del Oriente,
Ni el que al ocaso su morada tiene;
Tan presto allega el de la Libia ardiente
Como el que de la helada Citia viene.
Tantos fueron al fin, qu'el viejo Atlante
A tanto peso apenas fué bastante.

Júpiter ocupó su rico estrado,
Y estando un poco los demás atentos,
Licencia que se asienten les ha dado;
Porque antes no ocuparan sus asientos.
Los sátiros y faunos se han sentado,
Callan de miedo al derredor los vientos,
Y al fin los rios á sentarse vienen,
Que con las nubes parentesco tienen.

La rica sala de oro se estremece,
De tanta majestad y dioses llena,
Y en columnas y techo resplandece
Secreta luz, mas pura y mas serena;
Calla asombrado el mundo y enmudece,
Ningun rumor entre los dioses suena;
Y viendo el orbe todo tan atento,
Así propone Júpiter su intento.

Graves son y desnudas de clemencia
Las palabras que dice al gran Senado,
Y por ejecutor de su sentencia,
Tras de ellas sale inexorable el hado.
«De los mortales, dice, la insolencia
Es tal, que habiendo en vano procurado
Domar mil veces sus rebeldes cuellos,
Solo os junté para quejarme de ellos.

»¿Hasta cuándo su pena merecida
Tiene de alborotar mi santo pecho?
Nunca para enmendar su infame vida
Tienen de ser mis rayos de provecho;
Ya á Vulcano, que es cosa nunca oida,
Falta el fuego, de tantos como ha hecho;
Y de lo que han sudado y padecido
Cansados los cíclopes, se han rendido.

»Por esto tuve tanto sufrimiento
Cuando el carro del sol Faeton regia,
Aunque vi por su loco atrevimiento
Que en cenizas el mundo se volvia;
Mas ni el rayo ni el húmido elemento
Con que cubrió los montes otro dia
El gran Neptuno, mi segundo hermano,
Nada enmendaron al linaje humano.

»Castigar á dos casas determino,
Aunque de mí descienden (no lo niego):
Argos y Tébas son, que ya el destino
Irrevocable está soplando el fuego.
¿Quién no sabe de Cadmo peregrino
La muerte y de su casa el furor ciego,
Contra quien tantas veces el infierno
Ha hecho guerra con rigor eterno?

»Los infames placeres y locuras
De las tebanas madres ¿quién ignora?
Culpas de mas de un dios, y travesuras
Que yo por su respeto callo ahora;
Dejo otras tan inormes desventuras,
Que muchas veces se corrió el aurora
De verlas; y son tantas, que en un dia,
Si quisiese contarlas, no podria.

»¿Qué pena, qué castigo habrá que cuadre
A este, de los hombres mónstruo fiero,
Temerario homicida de su padre,
Aunque de su corona el heredero?
Pues con infame incesto de su madre
El lecho profanó, y donde primero
La vida que aborrece ha recibido,
Hijos de sus maldades ha tenido.

»Mas ya paga á los dioses su pecado,
Pues no goza la luz de nuestro cielo;
Que él mismo, á noche eterna condenado,
Sus tristes ojos arrojó en el suelo,
Y luego (¡extraño ejemplo!) que aumentado
Del afligido padre el desconsuelo,
Sus hijos atrevidos los pisaron
Y el cetro infame alegres heredaron.

»Mas, presto ¡oh viejo mísero! cumplido
Has de ver tu deseo y tu esperanza,
Presto verás tu reino destruido;
Que no puede en el hado haber mudanza.
Ya, ya tu noche oscura ha merecido
Que Júpiter procure tu venganza;
Yo mismo arrancaré con nueva guerra
Tu maldito linaje de la tierra.

»Adrasto y uno y otro casamiento,
Hechos con infelice y triste agüero,
El principio serán y el instrumento
Que para aquesta guerra elegir quiero;
Que aun no olvido el maldito atrevimiento
De Tántalo, y su mesa; y así, espero
Con esta nueva pena merecida
Castigar esta gente aborrecida.»

Así dijo el gran Padre omnipotente,
Y del peligro de Argos lastimada
Juno, que en su inflamado pecho siente
Nuevo dolor y pena no esperada,
«¿Cuál hado, respondió, cuál dios consiente,
Oh Júpiter justísimo, que armada
En las batallas entre mi persona,
El oficio usurpándole á Belona?

»Ya sabes cuánto debo al pueblo argivo,
Cuánto en fuego inmortal humo sabeo,
Cuántas honras y fiestas dél recibo,
Cuánta sangre en mis aras siempre veo;
Y así, contra el rigor del hado esquivo,
Porque temo su mal, su bien deseo,
Lo debo socorrer, cual siempre he hecho,
Con armas, con valor y osado pecho.

»Aunque por tí á la guarda vigilante
De mi enemiga, en vaca convertida,
Tu cauto ejecutor, nieto de Atlante,
Cerró los ojos y quitó la vida;
Y aunque entres hecho pluvia rutilante
Adonde en vano Danae fué escondida,
Mis agravios perdono, aunque celosa;
Que entraste al fin en forma mentirosa.

»Mas, que ofenderme quieras revelando
Tu gran poder y majestad inmensa,
Cercado de mis rayos y tronando,
No hay para tanto agravio recompensa.
Siempre de Tébas me estaré quejando,
Donde aun duran señales de mi ofensa;
Tébas lo pague, á Tébas aborrezco,
Y el daño que le ordenas te agradezco.

»Mas ¿por qué el instrumento de su llanto
Argos tiene de ser á costa mia?
Si en tan poco me tienes, y si tanto
Aborreces mis cosas cada dia;
Si en el que siempre fué tálamo santo
Nuevos enojos la discordia cria;
Si al fin te pueden alegrar mis penas,
Asuela á Esparta, á Sámos y á Micénas.

»No quede en todo el mundo pueblo mio,
Que altares me levante y templos haga,
Donde con sangre y con encienso pio
Al honor de tu esposa satisfaga.
Mejor merece aquestas honras Io,
Pues nunca el fuego de su altar se apaga,
Y del Nilo lloroso en la corriente
Siempre su nombre resonar se siente.

»Si porque te ofendieron sus pasados
Han de pagar las gentes su insolencia,
Y de antiguos delitos ya olvidados
Quieres tomar al mundo residencia,
¿Cuándo (si son aquestos tus cuidados)
Se ha de acabar tan larga penitencia,
Pues no habrá pueblo que inocente sea
En cuanto abraza el mar y el sol rodea?

»Si la inocencia pues á nadie excusa,
A ejecutar comienza tu deseo
Desde donde siguiendo á su Aretusa
Ligero corre el peregrino Alfeo;
Allí verás tu Arcadia, á quien acusa
La memoria de algun delito feo;
Y ¿no te da vergüenza ni reparas
Que en infame lugar te hagan aras?

»Allí el pisano rey, digno por cierto
De vivir entre fieros animales
O del bárbaro Heta en el desierto,
O de Libia en los secos arenales,
Tanto rival dejó en el campo muerto,
Que aun duran de su estrago las señales;
Y ¿entre huesos de tantos no enterrados
Te agrada ver tus templos levantados?

»A Creta mentirosa y atrevida,
¿Cómo no das la pena que merece,
Pues ha hecho mortal tu inmortal vida,
Y con tu sepoltura se ennoblece?
Cómo te agradan los curetes de Ida,
Si el mundo sus maldades aborrece?
Argos sola pecó; ¡qué desventura!
Su triste fin y mi dolor procura.

»Otros reinos malditos y otras gentes
Dignas de tu rigor tiene la tierra;
Lleven allá esos yernos insolentes
El estrago y furor de tanta guerra;
No paguen mis argivos inocentes.
Mira el dolor que aqueste pecho encierra,
O mira al menos que de tí descienden,
Que son tuyos tambien y no te ofenden.»

Esto con libertad responde Juno;
Ya ruega humilde, y ya arrogante y fiera
Dice otras mil injurias, que ninguno
Para decirlas libertad tuviera.
Júpiter, que al hablar tan importuno
Estuvo cual si dura roca fuera,
Con menos gravedad y mas airado
Esta áspera respuesta á Juno ha dado:

«Siempre de tu soberbia he presumido
Que sola osaras oponerte á cuanto
Tiene de Argos el hado establecido
Con justísima causa y celo santo;
Y sé que (si les fuera permitido)
Baco y Vénus hicieran otro tanto
Por Tébas; pero callan, que en efeto
Reverencia me tienen y respeto.

»Y porque de los dioses inmortales
Ninguno como tú con pecho osado,
Procurando el remedio á tantos males,
Ose contradecir lo que he hablado,
Yo juro por las aguas infernales
Que ha de cumplirse lo que ordena el hado,
Y que solo el furor de dos hermanos
Ha de asolar argivos y tebanos.

»Por tanto, alado mensajero mio,
Diligente ministro de mi intento,
Vuela con tanta ligereza y brio,
Que atrás se quede, aunque te lleva, el viento.
Baja al profundo infierno, y á tu tio,
Retor de los lugares del tormento,
Dile que al viejo Layo dé licencia
Para que haga del infierno ausencia.

»Está agora de Lete á la ribera,
Que despues de su muerte miserable
Pasar allende, por su ley severa,
Le prohibe el Erebo irrevocable
Vuelva á Tébas de nuevo, á quien espera
Con tanto estrago el hado inexorable;
Y porque lo ordenado tenga efeto,
Aquesto diga al arrogante nieto:

»Que á Polinice, ahora desterrado,
No consienta jamás que á Tébas llegue,
Aunque pida, en su suegro confiado,
Que el cetro al fin del año se le entregue;
Y pues el reinar solo ha deseado,
De su reino el alterno honor le niegue.
Este principio á tanto mal pretendo,
Por su órden lo demás se irá siguiendo.»

Obedeció al gran Padre soberano
Mercurio, y á sus plantas luego añide
Ligerísimas alas, con que ufano
Deja los cielos y los vientos mide;
La vara lleva en su derecha mano,
Con que sueño provoca y sueño impide,
Y por quien el infierno le permite
Que los muertos que quiere resucite.

El sombrero se pone que deshace
Las tempestades y serena el viento,
Adorno usado cuando ausencias hace
De su estrellado y cristalino asiento;
De aquesto prevenido, satisface
Del gran Retor del cielo el mandamiento,
Y con ligero y presuroso vuelo,
Cortando nubes, se avecina al suelo.

Y de Beocia Polinice en tanto
Vagando pasa la desierta tierra
Que tanta sangre humana y tanto llanto
Ha de beber en la vecina guerra;
Que el sol en cada sino se esté tanto
Siente en el alma, porque en ella encierra
Cuidado eterno con inmenso daño
Del mal debido reino al fin del año.

Este, que nunca un punto de su pecho
(Esté velando ó duerma) se desvia,
Siempre, á pesar del tiempo libre, ha hecho
Larga la noche y perezoso el dia;
Solo con mil engaños satisfecho,
Que inventa su engañosa fantasía,
Con fingida esperanza y bien dudoso
Hace dulce el cuidado venenoso.

Finge que el año largo se ha cumplido,
Que á Tébas vuelve y que á su hermano aleja,
Y que dándole el cetro prometido,
Él mismo humilde el reino y patria deja;
Ya se alegra de verse rey temido,
De verse desterrado ya se queja,
Y así entretiene en esperanza larga
De su deseo la pesada carga.

Y mientras llega el plazo deseado
Ir á pasarlo en Argos determina,
O en Micénas, do el sol, avergonzado,
Un tiempo les negó su luz divina;
O que esto ordena el inmudable hado,
O Erimnis que á su pena así lo inclina,
O que Atrópos le enseña este camino,
A Argos al fin lo lleva su destino.

Ya de Ogige se deja atrás las cuevas,
Albergue de aulladoras bacanales,
Y el alto Citeron, que á un lado á Tébas
Y á otro mira del mar los arenales,
Pasa por donde hizo tantas pruebas
De su crueldad Sciron, que aun las señales
Se ven en los peñascos y en la arena,
De sangre tintos y de huesos llena.

Llega al reino de Niso, á quien pudiera
Eternamente asegurar la vida
El cabello encantado, si tuviera
Hija mas casta y menos atrevida;
Los campos pasa donde Scila fiera
Lloró su ceguedad mal conocida,
Y al fin deja á Corinto, donde oyendo
Estuvo de dos mares el estruendo.

Ya el fugitivo sol habia escondido
Entre las nubes del ocaso el dia,
Y habiendo sus tinieblas esparcido,
El aire adelgazó la noche fria;
Calla el ganado ya, ningun ruido
En las ciudades ni en el campo oia;
Solo se hace de la tierra dueño,
Lleno de olvido y de silencio el sueño.

Mas, dura tempestad prometió al suelo
Al esconder el sol su rubia frente,
Cubriendo el carro de funesto velo,
Escasa luz ofrece al nuevo oriente;
Tendiendo largos rayos por el cielo,
Llegó lleno de luto al occidente,
Y apenas se escondió en el mar profundo,
Cuando la noche triste ocupó el mundo.

Espesa y negra mas que nunca encubre
La hermosura y luz del cielo santo,
Ninguna estrella al mundo se descubre,
Que la salida impide el negro manto;
El torpe miedo vuela, el suelo cubre
Silencio, oscuridad, horror y espanto;
Y ya con ronco son, confusa y ciega,
La tempestad amenazando llega.

Los vientos, mal regidos y enfrenados
Del animoso rey que los gobierna,
Furiosos mas que nunca y enojados,
Piden su libertad con rabia eterna;
Viéndolos tan soberbios y obstinados,
Las puertas les abrió de su caverna,
Estrecho albergue para tanta furia,
Y al fin salen haciendo al mundo injuria.

El confuso tropel la tierra hiere,
Tiembla el eje del cielo cristalino,
Cada uno alzarse con el mundo quiere,
Gime el mar, brama el fiero torbellino;
Triste del marinero que tuviere
Fuera del puerto el leño peregrino,
Pues ha de verse en tanto sobresalto,
Lleno de miedo y de esperanza falto.

Con espesos relámpagos el cielo
Por mil partes parece que se enciende,
Truena con brava furia y tiembla el suelo,
A quien tanto enemigo á un tiempo ofende;
De las nubes preñadas rasga el velo
El fiero rayo, y con rigor desciende,
Y en el mas rico chapitel agravia
De Siria el cedro y el metal de Arabia.

Con mas violencia el austro hace guerra,
Y de Arcadia las cumbres humedece,
En negras nubes su humedad encierra,
Y espesas gotas á la tierra ofrece;
Mas primero que lleguen á la tierra
El Aquilon las cuaja y endurece,
Cubre la nieve ya los montes frios,
Entran hinchados en el mar los rios.

Mil humildes arroyos que se vieron
Secos ayer, pasados á pié enjuto,
Ricos de tantas aguas, hoy pudieron
Quitar al campo el mal siguro fruto;
Inaco y Erasino al mar corrieron,
Llevándole ya guerra, y no tributo,
Y de Lerna tambien el hondo seno
Derramó por los campos su veneno.

A las silvas su honor y hermosura
Quita la tempestad con furia brava,
Yace midiendo ya la tierra dura
Planta que ayer al cielo amenazaba;
No aprovechó á Liceo su espesura,
Donde apenas la luz del sol entraba;
Que ya la tempestad desembaraza
En sus obscuros senos ancha plaza.

El mancebo tebano, que oprimido
Se ve en tanto peligro, ya suspira
Con no usado temor, cada ruido
Flechas de miedo al corazon le tira;
Ya escucha de los vientos el bramido,
Ya desgarrarse un medio monte mira,
Y atónito y confuso queda, oyendo
De fugitivas peñas el estruendo.

Oye el rumor de algun arroyo fiero,
Y mientras mas se acerca, mas se espanta,
Cuando mira nadando un monte entero
Donde apenas mojara ayer la planta;
Nada la choza y huye el ganadero,
Dichoso al fin en desventura tanta,
Y el humilde ganado va nadando
Donde andaba la yerba ayer buscando.

Mas no por esto su camino deja,
Aunque entre tanta confusion dudoso,
Que el temor del hermano es quien le aqueja
Mas que el temor del tiempo riguroso;
Cual marinero incauto que se aleja
De la tierra, y al viento mas furioso
Entrega de sus velas el gobierno,
Con el rigor del erizado invierno.

Combatido del viento en noche oscura,
No puede ver el norte, ni la luna
Le puede dar en tanta desventura
Alguna lumbre ni esperanza alguna,
En vano en tanta oscuridad procura
Remedio contra la áspera fortuna,
Pues contra la tormenta en mar tan alta
Faltan las fuerzas y el gobierno falta.

Y mientras mas está léjos del puerto,
Del viento teme mas la rabia fiera,
O ya de algun peñasco que encubierto
Las ondas tienen su naufragio espera;
A cada parte ve el peligro cierto,
Que mas se enoja el mar y mas se altera,
Y al fin deja su vida y su navío
Del enemigo viento al albedrío.

Tal el tebano incierto va siguiendo
Por donde el hado y su rigor le lleva,
Ya espesos matorrales va rompiendo,
Adonde hace de sus fuerzas prueba;
Ya fiera se le opone, que huyendo
Va por el monte á la sigura cueva;
El ancho escudo embraza y cubre el pecho,
Que ya animoso su temor le ha hecho.

En esto, de Larisa en la alta cumbre,
Alcázar de Argos y del rey morada,
Resplandeció un farol, que con su lumbre
Descubrió la ciudad tan deseada;
Guardaba el pueblo argivo esta costumbre,
Tanto en lo paz como en la guerra usada,
Y como alivio en desventura tanta,
El tebano adoró la lumbre santa.

A la antigua Prosina á un lado deja,
Rico templo de Juno, y á otro lado
A Lerna venenosa, que se queja
De Alcides, que sus aguas ha infamado;
Con esperanza nueva el miedo aleja,
Y vuela ya con paso acelerado;
Al muro llega al fin y á nadie encuentra,
Sigue la amiga luz y en Argos entra.

Del Rey en el palacio suntuoso
Halló el ancho zaguan desocupado,
Contra el furor del tiempo riguroso
Siguro albergue y sitio acomodado;
En él pensó tener algun reposo,
Y así, tendiendo el cuerpo fatigado,
Convida al blando sueño en cama dura,
Si haberle puede en tanta desventura.

El noble rey Adrasto aquí vivia,
De agüelos rico, en majestad temida,
Que gobernando en paz pasado habia
Ya la mitad del curso de su vida;
Del mayor de los dioses descendia
De ambas partes su sangre esclarecida,
Mas no tiene, y en vano lo desea,
Hijo varon que su heredero sea.

Dos bellísimas hijas le dió el cielo,
Que han de heredar su reino y su nobleza,
Mas por lo que esperaba algun consuelo
Vive con mas dolor y mas tristeza;
Que el Dios que avisa lo futuro al suelo
Amenazada tiene su belleza:
«De una, dijo, un leon será su esposo,
Y de otra un fiero jabalí cerdoso.»

Cual si se hubiera visto ya el efeto,
Gime el padre infelice el caso duro;
Ninguno de sus sábios el secreto
Pudo alcanzar de aquel enigma obscuro,
Ni el mismo Anfiarao, á quien sujeto
Apolo hizo todo lo futuro,
Lo pudo penetrar, y un caso raro
Hizo despues aquel enigma claro.

Al portal que ocupaba ya el tebano
Vino acaso á parar el gran Tideo,
Que en el mismo rigor del tiempo insano
A Argos tambien le trujo un caso feo;
Huyendo, por la muerte de su hermano,
De Calidonia y de su padre Eneo,
Adonde estaba Polinice para,
Siguiendo del farol la lumbre clara.

Turbóse luego, y de la tierra dura
Se levantó con ira acelerada,
Y porque de ninguno se asegura,
Quiso negarle la comun posada;
Era grande el tebano de estatura,
De persona fornida y bien trazada,
Pequeño el calidonio, en vaso chico
Tiene de gran valor tesoro rico.

Cada cual fugitivo y desterrado,
Perseguido del tiempo, de ira lleno,
Huésped en tierra ajena, recatado,
Rompe atrevido al sufrimiento el freno;
Con amenazas el temor osado
Armó á entrambos las lenguas de veneno,
Las manos de furor, de injurias hecho,
De fuego el corazon, de rabia el pecho.

De tantas amenazas ofendidos,
Ya con rabia y furor llegan á asirse,
Con piernas y con brazos atrevidos,
Queriendo en fiera lucha preferirse;
Ya con desnudas manos desasidos,
Con tanta priesa llegan á herirse,
Que no el granizo de la nube espesa
Con tanta furia baja y tanta priesa.

Tal de valientes mozos deseada
Ve lucha el sacro Olimpo semejante,
Cuando el tiempo con planta acelerada
Sus lustros restituye al gran Tonante;
Arde la tierra, de sudor bañada,
Muestra la juventud pecho arrogante,
Y entre tanto las madres desde afuera
Cada una el premio y la vitoria espera.

Con no menos valor, si con mas ira,
Aunque sin esperar premio ni gloria,
Cada uno destos insolente aspira,
Bañado ya en su sangre, á la vitoria;
Este con rabia gime, aquel suspira,
Pierden con el enojo la memoria,
Pues sin echar de ver que traen espadas,
A bocados se ofenden y á puñadas.

A sacar las espadas, el tebano
Medido hubiera ya la tierra dura,
Muriera al fin por enemiga mano,
Que fuera menos mal y desventura;
Fuera al menos llorado de su hermano,
Y aun vengara su muerte por ventura;
Mas la maldad del enemigo hado
Para mas triste fin lo ha reservado.

Al estruendo á tal hora nunca oido,
Que retumbaba en el soberbio techo,
No menos admirado que ofendido,
Pide el Rey lumbre y desocupa el lecho;
Hallóle recordado el gran ruido,
Que un cuidado inmortal, que se habia hecho
De su memoria y de sus ojos dueño,
Le ahuyentaba el deseado sueño.

Las puertas abre, y con antorchas luego
Por el alto palacio discurriendo,
De los que perturbaron su sosiego
El miserable estrago estuvo viendo;
Encendidos en rabia, en ira, en fuego,
Dos furias infernales (¡caso horrendo!),
Mónstruos de sangre llenos y furiosos,
Desgarrados los rostros y espantosos.

»¿Qué ocasion, oh extranjeros, dijo, ha sido
Bastante á tal furor, á ira tan loca?
Que no sois de Argos, pues me habeis tenido
Poco respeto y reverencia poca;
pero decid de dónde habeis venido,
Quién sois, adónde vais y qué os provoca
A usurparle á la noche su derecho,
Para el reposo de los hombres hecho.

»¿Es tan pequeño por ventura el dia,
Y el sueño y breve paz tan triste cosa,
Que en las tinieblas de la noche fria
Derramais sangre ilustre y preciosa?
Tal imagino qu'es, que no se cria
Tal valor sino en sangre generosa,
Y en la que habeis vertido me parece
Que una oculta grandeza resplandece.»

«Oh príncipe el mejor del pueblo aqueo,
Ya ves que nuestra sangre el suelo baña,
¿Qué importará saber el caso feo,
Si enojo de algun dios nos acompaña?»
Esto responden ambos; y Tideo,
Deseando consuelo en tanta saña,
Mirando al noble rey con rostro fijo,
Ya mas humilde y suspirando dijo:

«Del reino y campos fértiles que riega
Aqueloo calidonio, aquí he venido,
Donde el error de aquesta noche ciega
Por extraña desgracia me ha traido;
Y este, lleno de rabia, á quien se entrega,
La posada comun me ha prohibido,
No sé con qué derecho ó con qué fuero,
Sino es decir que aquí llegó primero.

»Aunque fieros y de ánimo impaciente,
Juntos ya los Centauros se albergaron,
Y los bravos cíclopes, si no miente
La fama, en Etna juntos habitaron,
Tal vez rabiosas fieras juntamente
En la secreta cueva se hallaron;
Y este la comun cama de la tierra
Quiere estorbarme con funesta guerra.

»Pero ¿qué me detengo? Hoy de mi muerte,
Quien quiera que eres, trunfarás ufano,
Si no ha embotado la enemiga suerte
El antiguo valor de aquesta mano;
Verás que soy del tronco de Eneo fuerte
Generoso renuevo, y que no en vano
El dios Marte es mi agüelo verdadero,
Ya que de su valor no degenero.»

«Yo, respondió tambien, ¿qué me detengo
Escuchando arrogancia tal á un hombre?
Que no de sangre tan humilde vengo,
Que de la tuya y de tu honor me asombre;
Tronco tambien de que preciarme tengo.»
Dijo; mas de su padre calló el nombre,
Que pudo de su error la infamia y mengua,
Al pronunciarlo, enmudecer la lengua.

«Antes, dijo el rey noble, oh caballeros,
A quien ira ó virtud demasiada
Encendió de los pechos los aceros
O el rigor de la noche no esperada,
Cesen las amenazas y los fieros,
Y entrad ambos conmigo en mi morada;
Juntad las diestras, que tras ira tanta,
Nobles prendas serán de amistad santa.

»Tal vez se ha visto ya de un odio inmenso
Una inmensa amistad haber nacido;
No sin misterio me teneis suspenso,
Que algun Dios á mi casa os ha traido;
Que de un amor inseparable pienso
Ira tan grande el fundamento ha sido,
Y que siempre del caso la memoria
Aumentará de la amistad la gloria.»

Llenas de verdadera profecía
Del viejo sábio las palabras fueron,
Porque despues de aquella noche fria
Tanta amistad se dice que tuvieron,
Que no del Quersoneso en la porfía
Muestras mayores de amistad se vieron
Entre Oréstes y Pílades, ni creo
Fué tal la de Perito con Teseo.

Con esto cada cual menos airado,
Aquel furor, mas no del todo, deja,
Cual suele cuando Bóreas enojado
Con brava tempestad el mar aqueja,
Que aunque ya su rigor ha mitigado,
Al despedirse entre las velas deja,
Despues de su furor soberbio y loco,
Viento fácil, que muere poco á poco.

Entrambos pues siguiendo al Rey han ido
Al real palacio, que el alcázar era,
Donde el talle, las armas y el vestido
De ambos de espacio Adrasto considera;
Cubre al uno de un fiero leon temido
El gran despojo, vestidura fiera,
Que horrible á cada lado está pendiendo,
Inculta selva del cabello horrendo.

Era aqueste despojo horrible y feo
Del leon á quien Hércules dió muerte
De Teumeso en la selva, y por trofeo
Cubrió siempre con él el pecho fuerte;
Hasta que dando muerte al Cleoneo,
Trocó el despojo y mejoró la suerte,
Y en el primero sucedió el tebano,
Con que espantoso se mostró y ufano.

Y cerdosa piel del otro era el vestido,
Con que apenas cubrir los hombros pudo,
De un fiero jabalí que retorcido
Muestra en cada mejilla el diente agudo;
Fué en Calidonia en grande honor tenido,
Y por blason de su real escudo
Lo heredó con el reino el padre Eneo,
De que arrogante se vistió Tideo.

Al punto el noble rey, lleno de espanto,
Conoce del oráculo divino
La verdadera voz que temió tanto,
Que ya lloró el rigor de su destino;
Trueca su pena y su pasado llanto
En un horror alegre y peregrino,
Que por sus miembros presuroso vuela,
Y al pronunciar la voz la lengua hiela.

Siente que no sin órden han venido
Del cielo y de sus dioses soberanos
Los dos yernos que Apolo ha prometido
Con nombre de dos mónstruos inhumanos;
Estuvo un grande rato enmudecido,
Y al fin, alzando al cielo entrambas manos,
Rompiendo aquel silencio tan prolijo,
Lleno de admiracion, aquesto dijo:

«Noche, que abrazas en tus sombras frias
Del cielo y de la tierra las fatigas,
Que con ligero movimiento guias
Estrellas vagas, de inquietud amigas,
Y á los mortales tu reposo envias,
Alivio en sus congojas enemigas,
En tanto qu'el dorado carro suyo
Lleva, huyendo el sol del negro tuyo.

»Noche, á cuya deidad están sujetos
Los misterios de Apolo soberano,
Que aclaras de su enigma los efetos
Y pones fe en su voz, buscada en vano;
Tú, que del hado antiguo los secretos
Que no pudo alcanzar ingenio humano
Sola descubres, antes que te alejes
Tus agüeros confirma y no me dejes.

»Será en aquesta casa eternamente
Cada año tu memoria respetada,
Y será tu deidad de gente en gente
Con mil honras y fiestas celebrada;
Por ti cada año el toro mas valiente
Dejará suspirando su manada,
Y siempre nueva leche, si hoy me amparas,
Y ofrenda negra quemaré en tus aras.

»Salve, caverna y voz irrevocable,
Antigua fe y oráculo divino,
Y tú tambien, fortuna variable,
Qu'el rigor has trocado del destino.»
Aquesto dijo el viejo venerable,
Y luego con los dos guerreros vino,
Habiendo á cada cual la mano dado,
A un aposento oculto y retirado.

El fuego en un altar aun todavía,
Guardado entre cenizas, vivo estaba,
Y una ofrenda que en él ardido habia,
No gastada del todo aun, humeaba;
Y aunque ya el carro de la noche fria
De la mitad del curso declinaba,
Renovar el banquete manda luego,
De nuevo olor enriqueciendo el fuego.

Al punto con un gusto extraordinario
Cada ministro alegre y diligente
Acude á prevenir lo necesario
A tanta fiesta y majestad decente;
El gran palacio con tumulto vario
A cada parte resonar se siente;
Quién previene las mesas, que es su oficio;
Quién la comida y quién el sacrificio.

Cuál la víctima ofrece al santo fuego,
Que otro ya de oloroso cedro enciende;
Cuál acude despues, y al humo ciego
Con vario olor enriquecer pretende;
Este las mesas pone, y otro luego
Tapetes de oro y seda encima tiende,
En el aparador otro previene
Rica vajilla, que á su cargo tiene.

Los lechos otro en tanto aderezando,
Colchas tiende con oro recamadas;
Otro, la noche negra ahuyentando,
Bálsamo enciende en lámparas doradas;
De las muertas ovejas otro asando
Las entrañas está ya desangradas;
Este va, viene aquel, el otro torna,
Otro de blanco pan la mesa adorna.

Alegre el noble Rey, que obedecido
Con tanta diligencia ve su intento,
Venerable de rostro y de vestido,
Ocupa de marfil un rico asiento;
Los huéspedes tambien, que ya habian sido
Curados con precioso y rico ungüento,
Limpios de tanta sangre, se sentaron,
Y del Rey ambos lados ocuparon.

Mírase el uno al otro, y satisfecho
Del gran valor que á cada cual admira,
Perdonan los agravios que se han hecho,
Convirtiendo en amor la mortal ira;
Crece la gloria en el piadoso pecho
Del noble Rey, que su concordia mira,
Y porque su esperanza efeto tenga,
Manda que Acéstes á la mesa venga.

Era una vieja sábia, que criaba
Sus hijas con cuidado y santo celo,
Y su sagrada honestidad guardaba
A los esposos que les diese el cielo;
Viniendo pues adonde Adrasto estaba,
Lleno, sin esperarlo, de consuelo,
Oye al oido lo que el Rey le ordena,
Y vuelve atrás, de nueva gloria llena.

Al punto con primor y con presteza,
Porque á su rey obedecer desea,
De honestas galas, llenas de riqueza,
Las infantas bellísimas arrea;
Con ellas viene luego, y su belleza
Con tanta honestidad se hermosea,
Que á los ojos de todos (¡raro ejemplo!)
Diosas parecen, y el palacio templo.

Si ojo mortal á Pálas y á Diana
Alguna vez acaso vió en la tierra,
Esta de Apolo cazadora hermana,
Persiguiendo las fieras de la sierra,
Con lanza aquella y con escudo ufana,
Bella diosa abogada de la guerra,
Fuera de aquel terror que tienen ellas,
Tales pienso que son las dos doncellas.

Con simple honestidad, luego que vieron
Que eran de los dos huéspedes miradas,
Ya pálidas, ya rojas se pusieron,
De una vergüenza nueva salteadas;
Los ojos á su padre revolvieron,
Vergonzosas, humildes y turbadas,
Y en tanto que se da fin á la cena,
Esperan lo que el padre les ordena.

Vencida ya la hambre, el rey aqueo
Pide una rica taza, dedicada
Para los ministerios de Lieo,
Y de varias figuras adornada;
De Danao fué y del viejo Foroneo
En tales sacrificios siempre usada,
Hecha con tal primor y tal decoro,
Que vence en ella el artificio al oro.

Caballo alado, volador ligero,
En ella está rompiendo el aire vano,
Regido de un osado caballero,
Con la cabeza de Medusa ufano;
Tan al vivo se ve, que el monstro fiero,
Lánguido, ensangrentando el verde llano,
Con graves ojos, el color perdiendo,
Parece qu'en el oro está muriendo.

El cazador troyano arrebatado
Tambien se ve de un águila ligera,
Y monteros y perros, que han quedado
Atónitos, mirando al ave fiera;
Uno ladra á las nubes enojado,
Otro sigue á la sombra y no le espera;
Al vivo todo, y tal, que parecia
Que Ida se abaja y Troya se desvia.

La taza rica de figuras tales
Corona el Rey de vino generoso,
Invocando á los dioses inmortales,
Pero primero á Febo poderoso;
Con himnos y alabanzas celestiales
A Febo, á Febo invoca el Rey piadoso;
Febo, responden todos, coronados
Con ramos de laurel, de Febo amados.

Era de Febo aquel alegre dia
A él dedicado en todo el reino aqueo,
Y ansí, honrando á su nombre, enriquecia
El fuego de su altar humo sabeo;
«La causa, dijo el Rey, de esta alegría
Ya por ventura os pedirá el deseo,
Viendo con tanta fiesta y placer tanto
A Febo celebrar el nombre santo.

»Sabed pues, oh mancebos, que no han sido
Aquestos sacrificios comenzados
(Sin que bastantes causas haya habido),
De santa religion aconsejados;
Mil desventuras son que ha padecido
El pueblo argivo en años ya pasados,
De aqueste sacrificio el fundamento:
Atentos escuchad, y os diré el cuento.

»El gran Fiton el mundo amenazaba,
Bestia fiera, engendrada de la tierra,
Que á Délfos con sus roscas rodeaba,
Haciendo á la ciudad y al campo guerra;
La gente y el ganado ahuyentaba,
No hay seguro lugar en llano ó sierra,
Pues cubierto de escama y dura concha,
Derriba muros y arboledas troncha.

»Si alguna vez alimentar queria
A la insaciable sed de su veneno,
No de Castalia la corriente fria
Bastante era á henchir el ancho seno;
Toda con lenguas tres se la bebia,
Asolándole en pago el sitio ameno;
Mas no sufriendo Apolo aquesta injuria,
Osó oponerse solo á tanta furia.

»Con una y otra flecha al monstro hiere,
Que su concha y rigor no le aprovecha;
Apúntale primero, y donde quiere
La jara voladora va derecha;
Vacia toda el aljaba, el monstro muere,
Llegando al corazon mas de una flecha;
Tiéndese al fin, vencido por su mano,
Ocupando de Cirra todo el llano.

»Apenas tuvo muerto al monstro fiero,
Cuando tomando de Argos el camino,
De nuestro rey Crotopo el rubio arquero
Al no rico palacio á parar vino;
Tenia una sola hija el rey Severo,
De hermosura y ejemplo peregrino,
Ya de perfeta edad, pero doncella,
Honesta por extremo como bella.

»Dichosa si de Febo nunca fuera
Para tanta desdicha conocida,
Y de su amor y hurtos no tuviera
Tanta noticia á costa de su vida;
Febo pues de Nemeo en la ribera
Gozó la flor, en vano defendida;
Forzó su honestidad, venció su llanto,
Y ofendió el hospedaje sacrosanto.

»Con lágrimas y ruegos importuna
Se rindió, ya cansada, á su porfia;
Que mal pudiera haber defensa alguna
Bastante á resistir tanta osadia;
Y ya que nueva luz la blanca luna
Diez veces en sus cuernos visto habia,
Acudiendo Tucina al grande aprieto,
Parió á luz á Latona un bello nieto.

»Temiendo de su padre la ira insana,
De quien en tal error nunca alcanzara
Perdon, por ser en él disculpa vana
Aunque de un dios la fuerza le halagara,
Sigue los ejercicios de Diana,
Clavando ya con voladora jara
Al ciervo vividor que va volando,
Ya engaños á las aves fabricando.

»Y por cubrir mejor su desventura
El niño dió á un pastor secretamente
Para que lo criase en la espesura,
Entre el ganado, oculto de la gente;
¡Oh fortuna enemiga, oh suerte dura!
¡Bello hijo del sol, niño inocente,
Que entre los cabritillos resplandeces,
Y apenas has nacido y ya padeces!

»No tuvo lino en desventura tanta
Que le defienda del calor paterno,
Desnudo en cama vil, humilde planta
Con hojas le cubrió su cuerpo tierno;
Bala el ganado humilde y no se espanta,
Sujeto á suerte igual y igual gobierno;
Crece con él al fin, y en su bajeza
Su cuna fué de un tronco la corteza.

»Goza albergue comun con el ganado,
Y al son de una zampoña, en lecho duro
Le halla el blando sueño descuidado,
En tanta desventura aun no seguro;
Que la maldad del enemigo hado,
Por dar triste principio al mal futuro,
No pudiendo á mas mengua derribarlo,
De aquel pequeño bien quiso privarlo.

»Dejado á solas temerariamente,
Estaba entre unos céspedes durmiendo,
La boca abierta al sol, que su mal siente,
En ella el aire fresco recibiendo;
Dieron perros en él con rabia ardiente,
Y antes que recordase al grande estruendo,
Con la insaciable hambre que traian,
Medio vivo en sus vientres lo tenian.

»A la infanta afligida el nuevo espanto
De aquesta dura nueva echó del pecho
La vergüenza y temor, que en dolor tanto
No hubo consuelo alguno de provecho;
Baña la tierra con prolijo llanto,
Hiere con voces el paterno techo,
Y llena de furor, buscando al padre,
Su error confiesa á la infelice madre.

»No se movió á piedad, aunque pudiera
Una roca mover helada y dura,
Y ablandar las entrañas de una fiera
Tanto dolor y tanta hermosura;
Con injusto rigor manda que muera,
Aunque ella, en tanto mal y desventura,
Tambien la muerte elige, que la muerte
Sola podrá acabar su dolor fuerte.

»Tarde se movió Apolo á la defensa,
Aunque turbó el dolor su luz serena;
Mas ya el castigo de su agravio piensa,
Vano consuelo para tanta pena;
Un monstro horrendo de crueldad inmensa
De Flegeton en la abrasada arena,
De un demonio engendrado y de una furia,
Vino á la tierra á castigar su injuria.

»El rostro y pecho de mujer tenia,
Pero con un eterno silbo horrendo,
Una culebra en su cerviz nacia,
Al rostro sus cabellos esparciendo;
En el silencio de la noche fria,
Cuando ya todo el mundo está durmiendo,
Este monstro infernal, fiero y horrible,
Entraba en nuestras casas invisible.

»El niño tierno, que durmiendo estaba,
Recien nacido en el materno seno,
Con terrible furor arrebataba,
Y dél alimentaba su veneno;
Con hambre eterna allí se lo tragaba,
Dejando de su sangre el lecho lleno;
Llora la madre triste en dolor tanto,
Y el monstro fiero engorda con su llanto.

»Viendo el daño comun y la ruina
Del pueblo argivo, en lágrimas bañado,
A morir ó vengar lo determina
Corebo, un noble caballero osado;
Y cuando ya la noche se avecina,
Consigo algunos mozos ha juntado,
Amigos de morir ó ganar fama
Cuando el peligro ó la ocasion los llama.

»Y estando ya la gente sosegada,
De armas y de valor apercebido,
Cerca la ciudad triste y desdichada,
Con gran secreto y sin hacer ruido;
Buscando, al fin en una encrucijada
De dos niños cargado al monstro vido;
Hincando ya las uñas y los dientes
En los recien nacidos inocentes.

»Al punto de los suyos rodeado,
Al monstro arremetió en el paso estrecho,
De un asta veloz que le ha tirado
El hierro todo le escondió en el pecho;
Y habiendo al triste corazon hallado,
Para aposento de la vida hecho,
La puerta al alma fugitiva abriendo,
Restituyó á Pluton su monstro horrendo.

»La fama pregonera vuela al punto,
Hierven las calles con alegre espanto,
Que nunca tanto vulgo se vió junto,
Ni en Argos vimos regocijo tanto;
Salen á ver el monstro ya difunto,
Principal ocasion de nuestro llanto,
Y tal era el temor de sus enojos,
Que apenas tienen crédito los ojos.

»No libre aun de temor la gente, mira
Los colmillos, el vientre, el pecho y boca,
Y aquel extraño horror (que aun muerto admira)
Al mas cobarde á mas furor provoca;
Muestra en un muerto el vulgo inmortal ira,
En tan grande dolor venganza poca,
Y ninguno se tiene por honrado
Si no llega á herir el monstro helado.

»El mostro, de Aqueronte en las riberas
Engendrado, en el campo se dejaron;
Mas ni el lobo hambriento ni otras fieras
Su rabia y hambre en él alimentaron;
Huyeron dél las aves carniceras,
Con miedo extraño al derredor ladraron
Los perros, que sintiendo su veneno,
A su hambre y furor pusieron freno.

»No en aquesto paró la desventura,
Pues della otra desdicha nació inmensa
A la ciudad, del mostro aun no segura,
Que ya aliviarse en sus trabajos piensa;
Que Febo con mayor rigor procura
Vengar al que tan bien vengó su ofensa,
Y desde la alta cumbre de Parnaso
Dió infelice principio al duro caso.

»A la ciudad, al campo, al llano y sierra
Flechas tiró que el aire inficionaron;
Mueren hombres y fieras, y á la tierra
Nieblas, de muerte llenas, ocuparon;
Igualmente la muerte hace guerra,
Las parcas sus estambres le entregaron,
Y ella desplegó en Argos sus banderas
Al triste son de quejas lastimeras.

»Primero los humildes animales
A sentir comenzaron la inclemencia
Del crudo mal, y en cuerpos desiguales
Igual fuerza mostró la pestilencia.
Muere el perro fiel en los umbrales
Del amo, que ignorando la violencia
De aquel veneno que invisible hiere,
Lo llega á halagar, y con él muere.

»El soberbio animal, que ya se vido
Argentando de espuma el rico freno,
El cuello humilde ya gime herido
Con fuerza oculta de mortal veneno;
El pajarillo, que al amado nido
Vuelve alegre, de cebo el pico lleno,
Rendido en la mitad de su camino,
Flojas las alas, á la tierra vino.

»Humilde el jabalí terrible y fiero,
El pecho ofrece al cazador osado,
Y cuando llega el enemigo acero
Halla ya muerto el corazon helado;
El ciervo, antiguo volador ligero,
Que en vano de los perros se ha escapado,
Rinde en el monte al fin la amada vida,
Con pié ligero en vano defendida.

»Tal vez al yugo unidos mansamente
Tiraban dos novillos del arado,
Y cayó el uno dellos de repente
Sin acabar el surco comenzado;
Afloja la coyunda de su frente
De presto el triste labrador, turbado
Y tímido del otro, y mal siguro
Descarga su cerviz del peso duro.

»Pues no porque el rigor de algun veneno
Probó en tazas de vino coronadas,
O enemigo manjar, de muerte lleno,
Entre ricas comidas regaladas;
Su pasto fué la yerba y blando heno,
Aguas bebió entre peñas quebrantadas,
Y por vivir en desdichado suelo
Probó el rigor del enojado cielo.

»Tal vez tambien la víctima escogida
Por la mejor en toda la manada,
Cayendo en tierra muerta, aun no herida,
Del ministro burló la mano alzada.
La malicia del mal ya conocida,
En la ciudad renueva desdichada
Tristes quejas y lágrimas, que en vano
La gente ofrece al cielo soberano.

»De cuerpos no enterrados se ven llenas
Las calles y del monte la espesura,
Que en pueblo y campo ofrece iguales penas
En suerte desigual la desventura;
Tanta es al fin la mortandad, que apenas
Bastante es para tanta sepoltura
Todo el suelo que ve nuestro horizonte,
Ni para tanto fuego todo el monte.

»Riñen por los sepulcros no ocupados
Los pocos vivos que la muerte esperan,
Y otros en los sepulcros heredados
Se encierran á morir antes que mueran.
Si al fuego son algunos entregados,
Ni parientes ni amigos hay que quieran
Llevar al venerable monumento
Las cenizas, que al fin se lleva el viento.

»Tal de un muerto atizaba el santo fuego,
De religion y de clemencia lleno,
Y cayendo dió el último sosiego
A su infelice cuerpo en fuego ajeno.
Lleno de espanto el vulgo, siembra luego
Un temor general mortal veneno;
Huyen todos al fin, sin que allí quede
Quien su piedad y religion herede.

»Huye la madre triste y desdichada
Del hijo, y el hermano del hermano;
Huye el marido de la esposa amada,
Que afligida, socorro pide en vano;
Doncella tierna, en vano recatada,
Descubre sin recato al cirujano
(Desnudo el cuerpo honesto) flor hermosa,
Que ya marchita estrella rigurosa.

»Ríndese el arte al mal, y sin provecho
Los remedios se ven y la experiencia;
Que mas ofende en esta lo que ha hecho
Que algun efeto en otra pestilencia;
Del sénico mortal que esconde el pecho,
Señales da del rostro la aparencia,
Que encendido color en él resulta
Del fuego que está ardiendo en parte oculta.

»Crece en el pecho el ávido elemento,
Enciéndese la sangre en cada vena,
Da el pulmon y recibe poco aliento,
Vese la lengua de vejigas llena;
La boca, abierta siempre al fresco viento,
Dél refrigerio espera en tanta pena,
Y mas la enciende el aire, porque luego,
Mudando calidad, se vuelve en fuego.

»Nunca sin escuchar funesto llanto
Al mundo amaneció sereno dia,
Ni en la tierra tendió jamás su manto,
Que no oyese gemir la noche fria.
No con tanto rigor el cielo santo
Castigue gente religiosa y pia;
Use de otros azotes y castigos,
Padezcan tanto mal los enemigos.

»Viendo el rigor del mal contagioso,
Ricas prendas da al fuego la justicia
Antes que el heredero cudicioso
Del mal herede en ellas la malicia;
Trunfa de todo el fuego poderoso,
Puede mas el temor que la avaricia,
Pues nadie hay tan avaro, que defienda
Del fuego y su rigor la mejor prenda.

»En vano el sábio, de expiriencia lleno,
Defensivos antidotos previene;
Que á la inclemencia del mortal veneno
No hay diligencia alguna que refrene;
Y en mal tan grande, de remedio ajeno,
Pensando que el lugar la culpa tiene,
No del autor de tanto mal se quejan,
Mas culpan el lugar y dél se alejan.

»Salen huyendo dél, y donde quiera
Los sigue con rigor la suerte dura;
Que no puede haber planta tan ligera
Que alcance no le dé la desventura.
Dejan, huyendo de la muerte fiera,
La ciudad convertida en sepoltura,
Y hallan tambien llenos los desiertos
De muertos animales y hombres muertos.

»El Rey, de tantos males fatigado,
Rey ya de muros y ciudad vacía,
De poco y triste pueblo acompañado,
De Cirra visitó la fuente fria;
Y hecho el sacrificio acostumbrado,
Remedio pide al que el azote envia,
O al menos, si el remedio es imposible,
Descubra la ocasion del mal terrible.

»Responde el mismo dios que en sacrificio
Ofrezcan los que al monstro muerte dieron,
Pues ellos con osado maleficio
De tanta mortandad la causa fueron.
¡Oh mancebo animoso, á quien propicio
Fué siempre el cielo y sus deidades fueron,
Digno que en todo el mundo eternamente
Tu gran valor y tu piedad se cuente!

»No por ver que el oráculo responde
Que él muera, se turbó, ni acobardado
Con ver la muerte tan cercana, esconde
Las armas con que al monstro muerte ha dado;
Antes, entrando con valor adonde
El santo altar está, con labio osado,
Que á Febo á mas furor mover pudiera,
Desde el umbral habló desta manera:

»—No vengo porque alguno acá me envia
A pedirte remedio en tantos males,
No á aplacar tu rigor, si al fin se cria
Rigor tan grande en pechos celestiales;
Mi valor, mi virtud, la piedad mia
Me han forzado á venir á tus umbrales;
Que si libro á mi patria con mi muerte,
¿Qué mas bien pudo pretender mi suerte?

»Yo soy quien, dando muerte al mostro horrible,
Eché del mundo tu maldad y afrenta;
Que afrenta tuya fué, si ya es posible
Que un pecho celestial deshonra sienta;
Y por vengarlo con rigor terrible,
Que mas tu infamia y tu maldad aumenta,
Con nubes que inficionan á la tierra
A un inocente pueblo haces guerra.

»Si es tan amado un mostro, que parece
Que mas lo estima el soberano cielo
Que al humano linaje, pues perece
Y no hay piedad para el humilde suelo,
Argos ¿qué mereció, que así padece?
Qué culpa tiene en tanto desconsuelo?
Yo, soberano Dios, yo solo he sido
El que tanto rigor he merecido.

»¿Es tu deleite ver sin moradores
Una insigne ciudad desamparada,
Y mirar viuda ya de agricultores
La tierra, de ninguno cultivada?
Pero ¿qué te detengo? Mis errores,
Mi atrevimiento y culpa confesada,
Mi muerte merecieron, y hablando,
Mi muerte estoy en vano dilatando.

»Ya las argivas madres en mi muerte
Esperan su remedio, y cobardía
Podrán juzgar en mí si desta suerte
Con mis palabras entretengo el dia.
Mueve ya el arco, y á este pecho fuerte
Flechas mortales de tu aljaba envia,
Y en ocasion tan noble y tan piadosa
Salga del pecho el alma vitoriosa.

»No merece perdon mi atrevimiento,
Pues de tan grande mal la causa ha sido;
La nueva gloria que en mi muerte siento
Es lo que mi piedad ha merecido.
Aqueste globo que inficiona el viento,
Vapor mortal sobre Argos detenido,
Solo que apartes de mi patria ruego,
Pues yo por su salud la vida entrego.—

»¡Oh cuánto un pecho noble y virtud rara,
No fingido valor, estima el cielo!
Pues Febo en sus enojos no repara,
Viendo en Corebo aquel piadoso celo.
La vida le otorgó y el aire aclara,
Purga el contagio que asolaba el suelo,
Y á Argos alegre se volvió Corebo,
Lleno de admiracion dejando á Febo.

»Desde entonces cada año celebramos
La memoria de aqueste beneficio,
Y con alegre fiesta renovamos
La cena y el solene sacrificio,
Donde con nuevas honras aplacamos
A Febo porque siempre esté propicio,
Y esta, por dicha, la ocasion ha sido
Que á esta tierra á tal tiempo os ha traido.

»Decid quién sois, pues muerta ya la saña
En vuestros pechos generosos veo,
Aunque si la memoria no me engaña,
Vos decendeis del calidonio Eneo;
Y vos, puesto que sois de tierra extraña,
Quién sois y á qué venis saber deseo,
Ya que es esta hora, al levantar de cena,
Para gastarla en varios cuentos buena.»

Aquesto apenas escuchó el tebano,
Cuando los ojos en la tierra dura,
Lleno de miedo y de vergüenza, en vano
Callar su infamia y su dolor procura;
Pero viendo que ya no está en su mano
Encubrir su pesar y desventura,
Venciendo su temor y su vergüenza,
Mirando al calidonio, así comienza:

«No en fiestas de tan grande reverencia,
En tan alegre y tan solene dia,
Se debiera contar mi descendencia,
Mi sangre, antigo tronco y patria mia;
Mas, pues es tan forzosa la obediencia,
Porque menos se ofenda la alegria
Y el honor destas honras celestiales,
Con brevedad os contaré mis males.

»Orígen y principio de mi casta
Cadmo, de Tiro desterrado, ha sido;
Tébas mi patria, y me parió Yocasta,
Si ya acaso su nombre habeis sabido.»
«No mas, respondió Adrasto; aquesto basta,
Que no á nuestras orejas ha venido
Tan dudosa la fama y sus rumores,
Que ignoremos de Tébas los errores.

»Los ojos arrojados en el suelo,
Las furias, de ese reino el llanto y pena,
¿Qué tierra los ignora en cuanto el cielo
Comunica su luz pura y serena,
Desde de Citia el riguroso hielo
Hasta de Libia la abrasada arena,
Y desde el rubio Gánges hasta adonde
El fugitivo sol su carro esconde?

»Al fin en Argos todo se ha sabido;
Pero no os sea el contarlo tan amargo,
Pues los errores que otro ha cometido
No los debeis poner á vuestro cargo;
Yerros tambien en nuestra sangre ha habido,
Que aun no puede borrar el tiempo largo;
Mas no de los agüelos la memoria
A los nietos usurpa alguna gloria.

»La piedad, el valor y bondad vuestra
Disculpe de los vuestros el pecado;
Que esta es obligacion y deuda nuestra,
Pues no habemos sus culpas heredado;
Mas ya, flojo el timon, sin luz se muestra
A los mortales el portero helado
De la Osa fugitiva, y ya la noche
Declina al occidente el negro coche.

»Por tanto, los cantares renovemos
De Febo, en quien ponemos la esperanza;
Nuestro conservador, por quien podemos
No temer de los hados la mudanza.
Vino en el fuego santo derramemos,
Y mientras yo pronuncio su alabanza
El vino derramando en sus altares,
Mis voces repetid y mis cantares:

»Febo, ya estés de nieve rodeado
De Licia en el collado Patareo;
Ya en Troya, do serviste al rey osado
Y donde el mundo te llamó Trimbeo;
Ya en el materno Cintio levantado,
Que cubre con su sombra el mar Egeo,
O ya de tu Castalia en la corriente,
Pues no Delo te agrada solamente;

»¡Oh tú, que de enemigos vitorioso
Con flechas de tu aljaba siempre fuiste,
Y por favor el cielo piadoso
De eternas flores tus mejillas viste;
Tú, que á pesar del hado, el fin dudoso
Presente ves cual lo pasado viste,
Y antes que vengan sabes sus efetos,
Y de Júpiter sabes los secretos;

»Tú, que sabes del hilo de la vida
Cuándo han de echar las Parcas la tijera,
Cuál año es de cosecha mas florida,
Cuál reino apunta la cometa fiera;
No vió Marsias tu cítara vencida,
Ni tu madre el castigo en Ticio espera,
Qu'en su honor y en venganza del delito
Extiendes en la arena de Cocito;

»Tu siempre vitoriosa armada mano
Dió la muerte á Fiton, y á la tebana
Soberbia madre, orgullecida en vano,
Castigo justo á su jatancia insana,
Porque abrasó tu templo soberano,
Megera aflige, en tu venganza ufana,
A Flegia, ayuno siempre en mesa llena,
Donde es mayor la hambre que su pena.

»Ten en memoria siempre, oh sol piadoso,
Este palacio tuyo, que algun dia
Te sirvió de hospedaje venturoso,
Honra que lo ennoblece todavía;
Con rostro alegre y con amor piadoso
A estos campos de Juno amparo envia,
Flechero poderoso, Apolo santo,
Que en tierra, infierno y cielo puedes tanto.

»O rosado Titan llamarte quieras,
Cual de Aquemenia te llamó la gente,
O Osiris, cual de Nilo en las riberas
Te llaman los que beben su corriente,
O cual de Persia entre las gentes fieras,
Que adoran por su dios tu llama ardiente,
Te llames Mitra, y con rigor eterno
Tuerzas del toro el indomable cuerno.»

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Mercurio saca el ánima de Layo del infierno por una senda del monte Tenaro, qu'es promontorio de Caconia. Llega á Tébas hasta el palacio del rey Eteocle, qu'está durmiendo, y tomando Layo la forma de Tiresias, adivino, le amonesta que se arme contra su hermano y resista á la pretension que trae, del reino. Adrasto en Argos ofrece sus dos hijas en casamiento á Polinice y Tideo. Celébranse los desposorios de Polinice con Argía y de Tideo con Deifile, y entrando en el templo de Minerva, se manifestaron ciertos agüeros desgraciados, de que fué causa el collar de Harmonia, que llevaba puesto Argía. Píntanse los efetos y orígen de este collar. Despues de acabadas las fiestas, Polinice, con deseo de reinar, platica con Argía su pretension, y aunque ella se lo estorba, se resuelve en ello y de pedir el reino á su hermano; y con parecer de Adrasto y su consejo sale Tideo con esta embajada. Siendo mal recebido y negada su pretension, se vuelve amenazando de guerra á Tébas. Eteocle manda que le salgan á matar cincuenta soldados de noche. Hacen la emboscada junto á la peña de Esfinge, donde le acometieron. Tideo los vence. Vuelve á Tébas, y alegre de su vitoria, cuelga todos los despojos de una nave, y canta un himno en alabanza de Minerva, á quien lo dedica.

Llevando del gran Jove el mandamiento
De Maya el hijo alado, deja en tanto
Las sombras y lugares del tormento,
Lleno de horror, de confusion y llanto;
Donde un inficionado y triste viento,
Que del callado reino del espanto
Nace, sopla en sus alas flojamente;
Que céfiro jamás allí se siente.

De nubes perezosas rodeado,
No ya tan presuroso el paso mueve;
Que un húmido vapor, turbio y helado,
Humor pesado entre sus alas llueve;
Ya estorba su camino comenzado
Estige, que humedece campos nueve,
Y ya, arrojando llamas de sus senos,
Cocito y Flegeton, de espanto llenos.

Sigue tras dél la sombra temerosa
Del viejo rey tebano, aun todavía
Por su antigua herida perezosa,
Por quien dolor eterno padecia
Desde que con espada rigurosa
Su hijo mismo aquel infausto dia
La vida le quitó, con cuya injuria
Sufrió de Tesifo la primer furia.

Va al fin, y del alado mensajero
La vara el paso débil le ha alentado;
Déjase atrás el bosque horrible y fiero,
Solo de tristes almas habitado;
Y en ver que vuelve al mundo tan ligero,
El mismo bosque se quedó pasmado,
Y la tierra, que abierta atrás se deja,
Se admira en verse tal y que él se aleja.

La envidia, aun entre muertos atrevida,
Sembró entre aquellas sombras su veneno;
Que invidiosas miraban su salida
Las tristes almas del tartáreo seno;
Y alguno, que viviendo en esta vida
Le afligió el corazon el bien ajeno,
De envidia lleno, suspirando en vano,
Dijo á la sombra así del rey tebano:

«Vé, sombra venturosa, ó ya llamada
Del mismo Jove soberana seas,
O vengativa Erimnis, enojada
Te apremie á que la luz del cielo veas,
O ya de sus conjuros ayudada,
Tesala, maga, con palabras feas
Del sepulcro te saque, venturosa;
Que al fin verás del sol la luz hermosa.

»Vuelve dichosa á ver del santo cielo
Las estrellas hermosas y regado
De puras fuentes el alegre suelo,
De bellísimas flores matizado;
Mas poco gozarás de ese consuelo;
Que al fin, del mundo en vano deseado,
Volverás á vivir en llanto eterno
Entre aquestas tinieblas del infierno.»

Llegando ya á las puertas infernales,
Sus pasos siente el velador Cerbero,
Que de la ciega puerta en los umbrales
Estaba recostado, horrible y fiero.
Ladrando, lleno de iras inmortales,
Tres bocas abre el infernal portero,
Tres negros cuellos alza, el pelo eriza
Y al pueblo que va á entrar atemoriza.

Los huesos esparcidos por la tierra
De humanos cuerpos trilla con estruendo;
Pero Mercurio aquel furor destierra
Tocando con la vara al mostro horrendo.
Tres cuellos inclinó, seis ojos cierra,
Tres lenguas enmudece, y no pudiendo
Al sueño resistir, que ya le oprime,
En lugar de ladrar, durmiendo gime.

Hay un monte de altura no creida,
Que Ténaro llamó la gente griega,
Donde Malea espumosa su temida
Cumbre, de nadie vista, al cielo entrega;
Nunca de aguas ó vientos ofendida;
Que nunca el agua ó viento al cielo llega;
Y así mira sereno el monte exento
Llover las nubes y bramar al viento.

En su cumbre, de alguno no pisada,
Descansa de luceros muchedumbre;
Los fatigados vientos su morada
Pusieron mas abajo de su cumbre;
La falda está de nubes rodeada,
Por do pasan los rayos con su lumbre;
No hay ave que á su cumbre haya subido,
Ni aun llega allá de truenos el ruido.

Mas hácia donde el sol, cuando declina,
Del monte sobre el mar la sombra alarga,
Y nadando parece que camina
Al paso que va el sol, siempre mas larga;
En un seno que forma en la marina
Tan altas olas quiebran de agua amarga,
Que parece, aunque el puerto se las bebe,
Que á igualarlas el monte no se atreve.

Aquí del mar Egeo, fatigados
(Como en lugar oculto y mas caliente),
Sus caballos sacar suele mojados
El gran retor del húmido tridente;
Caballos poderosos y alentados
En brazos, en cabeza, en pecho y frente,
Y desde el medio cuerpo al fin postrero
Peces de escama y conchas como acero.

De aquí es fama que va al tartáreo seno
Un oculto camino no pisado,
Lugar de sombras amarillas lleno,
De espíritus desnudos ocupado,
Donde labran las furias su veneno;
Y Pluton, que estos reinos ha heredado,
Ve llenos sus alcázares vacíos
De negros y funestos atavíos.

Mil veces del infierno los clamores
En medio de estos campos se han oido,
Si dicen la verdad los labradores
De Arcadia, de quien esto se ha sabido;
Los gemidos de penas y dolores,
De las furias las voces y el ruido
En medio oyeron del sereno dia
Y en el silencio de la noche fria.

Muchos, que los ladridos escucharon
Del informe infernal portero airado,
Huyeron los gañanes, y dejaron
Los bueyes en el campo y el arado;
Por aquí pues al mundo al fin llegaron
El rey de Tébas con el dios alado,
Las nubes del infierno sacudiendo,
Obscuras sombras que le van siguiendo.

Con vivos aires del alegre suelo
Serena el rostro, y mueve presuroso,
Con el silencio de la luna, el vuelo
Por medio del Arcturo perezoso;
Lleno de olvido y sin ningun recelo
Encontró con el Sueño poderoso,
Que echado flojamente en negro coche,
Llevaba los caballos de la noche.

Al punto se levanta, y bostezando,
El carro aparta, y con honor divino
Reverencia á Mercurio, y en pasando,
Vuelve á acostarse y sigue su camino.
Tras del alado dios pasa volando
El rey tebano, al suelo mas vecino,
Mirando de los cielos las estrellas,
Y su principio conociendo en ellas.

Deja atrás la alta Cirra levantada,
Y con dolor en Fócida suspira,
Viendo que de la sangre está manchada
De su cuerpo, que aun no enterrado mira.
Al fin, de Tébas llega á su morada,
Y luego el paso del umbral retira,
Reacio, por no entrar con mil gemidos
Donde están sus penates conocidos.

Al fin entró; mas luego que colgado
Vió su famoso arnés, y en su presencia
Su carro aun con su sangre matizado,
Aquí perdió del todo la paciencia;
Turbado vuelve atrás, tan enojado,
Que apenas resistió tanta licencia
La vara que á Mercurio abre el camino
Ni el mandato de Júpiter divino.

La fiesta acaso entonces habia sido
A Baco dedicada desde el dia
Que Júpiter el hijo aun no nacido
Al muslo suyo trasladado habia;
Y así, el pueblo tebano entretenido,
Gastaba, sin dormir, la noche fria
En regucijos de uno y otro juego,
Rompiendo su silencio y su sosiego.

Coros del pueblo alegre, derramados
Por calles, plazas, campos, fuentes, rios,
Se ven á cada paso recostados
Entre frascos de vino ya vacíos;
Llenos del dulce Baco, y ya cansados
De vencer en su honor mil desafíos,
Tendidos, descuidados y anhelando,
Por todo el cuerpo al mismo dios sudando.

Oyense de zampoñas los acentos,
Música solo usada en fiestas tales,
Y de liso metal mil instrumentos,
Que vencen sonorosos atabales.
Ofrece el Citeron frescos asientos
A las tebanas madres bacanales,
Que discurren por él mas sosegadas,
De vino mas doncel embriagadas.

Tales de Osa en los valles se hallaron,
O en Ródope nevado, los bistones
Cuando en grande concurso se juntaron
A algun banquete en varias ocasiones,
Para el cual de la boca arrebataron
Medio vivo el manjar á los leones,
Usando por bebida regalada
Sangre con nueva leche aderezada.

Pero si Baco enciende con su fuego
Alguna vez sus pechos inhumanos,
Volar tazas y piedras se ven luego
Y sangre derramar de sus hermanos;
Y ya que han aplacado el furor ciego
Con ver sangrientas sus airadas manos,
En la mesa, de sangre humedecida,
Renuevan mas alegres la comida.

En noche y ocasion de fiesta tanta,
En pueblo tan alegre y descuidado,
Entró el cilenio dios con libre planta
Del palacio real al rico estrado,
En reverencia de la fiesta santa
Con tapetes de Asiria aderezado;
Donde el Rey, retirado de la gente,
Durmiendo estaba descuidadamente.

¡Oh ciego y torpe entendimiento humano,
Y de sus hados ignorante y rudo!
¡Qué sin recato alguno está, qué ufano,
Pues que puede dormir y comer pudo!
La sombra pues del viejo rey tebano,
Contra sus nietos mensajero crudo,
El divino preceto obedeciendo,
Se llega adonde el Rey está durmiendo.

Y porque de sus males ignorante,
No imaginase, sepultado en vino,
Que era, á sueño engañoso semejante,
Vana fantasma que á engañarle vino,
La voz fingió, y sin ojos el semblante,
Del gran Tiresia, en Tébas adivino,
No el pálido color ni barba cana,
Que ese él lo tuvo en su vejez anciana;

Pero finge el ornato y la persona,
La venda á los cabellos rodeada,
Y de pálida oliva una corona,
Siempre del viejo sacerdote usada;
Y como sacerdote que pregona
De los hados la voz con lengua osada,
Parece que en el pecho un ramo ha puesto,
Que abre la boca y que pronuncia aquesto:

«No es tiempo de dormir, recuerda luego,
¡Oh flojo y descuidado rey tebano!
Que de la noche gastas el sosiego
En el lecho, siguro de tu hermano.
Deja ya el sueño perezoso y ciego;
Que há mucho que te llama el hado infausto.
Gran novedad te espera, y no lo sabes;
Grandes impresas y negocios graves.

»Y tú, como piloto descuidado,
Que en medio del mar Jonio mal seguro,
Cuando mas lo alborota el austro airado,
En el cielo poniendo un velo escuro,
Reposa y el timon deja olvidado,
Sin prevenir remedio al mal futuro,
¿Tan descuidado duermes, olvidando
Las armas que te están amenazando?

»Tu hermano, segun fama, ya insolente
Del nuevo casamiento no esperado,
Fuerzas adquiere y apercibe gente
Para quitarte el reino deseado.
¿Quién se lo ha de estorbar, si osadamente,
De tantos escuadrones rodeado,
En la silla que pide, y tuya ha sido,
Descansada vejez se ha prometido?

»Su atrevimiento anima y su deseo
Su fatal suegro Adrasto poderoso,
Y la argiva nacion, donde Himeneo
Le ha dado dote rico y venturoso.
No esperanza menor le da Tideo
De verle rey de Tébas, deseoso
Desde que de amistad le dió la mano,
Manchada con la sangre de su hermano.

»De aquesto solo la ambicion le viene,
Que léjos ya del reino te destierra;
Mas el amor, la piedad que tiene
El Padre de los dioses á esta tierra,
Porque su gran soberbia se refrene
En el rigor de la vecina guerra,
Me manda á tí venir para que vivas
Recatado y con tiempo te apercibas.

»Del fiero hermano la ciudad defiende,
Osa lo que ha de osar si á reinar llega;
Goza tú solo el reino que pretende,
Pues la cudicia de reinar le ciega;
Y no á las redes que á tu vida tiende,
No á sus engaños tu corona entrega,
No sufras que de Cadmo en las almenas
A ser reina con él venga Micénas.»

Dijo; y porque mostraba ya marchita
Su luz con la del sol cada lucero,
Venda y corona de la frente quita,
Y muestra ser su agüelo verdadero,
Y echando, al parecer, sangre infinita
Por la herida que encubrió primero,
Sobre el dormido y descuidado pecho
Del nieto injusto, se acostó en el lecho.

Rómpese el sueño, y de sudor bañado
Recuerda el Rey, y con medrosa mano
Llega á tentarse el pecho no mojado,
La vana sangre sacudiendo en vano;
Ya del agüelo huye alborotado,
Y ya buscando el enemigo hermano,
Tal ira y rabia tal su pecho encierra,
Que ya quisiera comenzar la guerra.

Tal, si de cazadores el ruido
Tigre parida oyó desde su cueva,
Rabia, y el sueño torpe sacudido,
Las uñas tiempla y los colmillos prueba;
Y habiéndolos despues acometido,
Medio vivo en la boca uno se lleva
A ser, que nadie su furor resiste,
De sus hijuelos alimento triste.

Ya del albergue de Titon saliendo,
Ahuyentaba la tiniebla fria
La Aurora, y todo el campo humedeciendo,
Los mojados cabellos sacudia;
Y tanto su beldad iba creciendo
Con la lumbre del sol, que le seguia,
Que parece por todo el horizonte
Lleno de oro y rosolado el monte.

Con ella en un caballo perezoso,
Cubierto de carbuncos, de oro y grana,
Sale el lucero alegre y amoroso,
Con su vista alegrando la mañana;
Y cuando ya del todo el sol hermoso
La luz prestada le quitó á su hermana,
Cubrió la alegre suya flojamente,
Las espaldas volviendo al rojo oriente;

Cuando de Jalaon el hijo anciano
En Argos deja el perezoso lecho,
Y luego el calidonio y el tebano,
Alegre cada cual y satisfecho;
Que cansados de haber con dura mano
El uno al otro mil agravios hecho,
El sueño, lleno de oportuno olvido,
Sobre ellos todo el cuerno habia vertido.

Poco el argivo rey dormido habia,
De un cuidado importuno fatigado,
Que siempre á la memoria le traia
El hospedaje nuevo comenzado;
Del cielo los misterios revolvia
Y el no esperado fin del libre hado;
Y así, tuvo en su pecho poco abrigo
El sueño, de cuidados enemigo.

Despues que juntos otra vez se vieron,
Habiendo con debida reverencia
Saludado al buen Rey, los dos se dieron
Las manos otra vez en su presencia;
Y al fin á un aposento oculto fueron,
Do suele el Rey tener secreta audiencia;
Y habiéndose sentado el viejo sábio,
Movió primero desta suerte el labio:

«Nobles mancebos, á quien ha ofendido
El rigor de los vientos enojosos,
No la confusa noche os ha traido
Sin órden de los cielos poderosos;
Que Febo estos ñublados ha movido,
Lluvias mezclando y rayos luminosos,
Porque el rigor de aquesta noche fuese
La causa que á mis reinos os trujese.

»No en Grecia tan humilde soy, ni creo
Que es tan poco mi nombre conocido,
Que ignore alguno en todo el reino aqueo
Cuántos mi parentesco han pretendido;
Que herederas del cetro que poseo
Dos hijas me dió el cielo, que han crecido
Con favorable estrella, que asigura
Alegres nietos á mi edad madura.

»Cuánta su gravedad y cuánta sea
Su honestidad, de hermosura llena,
Pudistes ver (al padre no se crea)
De aquesta noche en la pasada cena;
Destas el dulce tálamo desea
El príncipe mas rico, el rey que enfrena
Mas pueblos y adquirió mas heredades,
Mas campos labra y goza mas ciudades.

»Largo fuera contar del reino aqueo
Cuántas madres por nueras las quisieron,
Y cuánto Evalio, príncipe, ó Fareo
Su casamiento en vano pretendieron;
No tantos yernos despreció tu Eneo
Ni Enomao cruel, á quien hicieron
Suegro temido á mil competidores
Sus pisanos caballos voladores.

»Pero no lo permite el libre hado
Que rey de Elide ó príncipe espartano,
Aunque con mil industrias procurado,
Deste bien goce, pretendido en vano.
Solo para vosotros ha guardado
Esta ventura el cielo soberano;
Qu'este reino, mi sangre, y mas si puede,
El órden de los hados os concede.

»Gracias doy á los dioses inmortales,
Que sus respuestas han favorecido;
Pues no esperados á mi casa tales
De sangre y de valor, habeis venido.
Aqueste bien de los pasados males
El rigor desta noche os ha adquirido,
Y esta de vuestra sangre derramada
Es la paga y merced no imaginada.»

Ya que atentos y alegres escucharon,
En tanto que esto el noble Rey hablaba,
Mudos el uno al otro se miraron
Por ver el responder á quién tocaba;
Callando un breve espacio, porfiaron
Que aquel honor el uno al otro daba,
Y al fin Tideo, en todo mas osado,
Esta respuesta al sábio Rey ha dado:

«¡Oh cuán escaso, oh noble Rey, te ha hecho
Tu edad madura en pregonar tu fama!
Oh cuánto tu virtud doma en tu pecho
La fortuna, que al cielo te encarama,
Aunque no es mi alabanza de provecho!
¿Qué rey, en cuanto el sol su luz derrama,
Aventajarse á tu grandeza puede?
¿Quién en imperio y majestad te excede?

»¿Quién ignora en el mundo que tuviste
Tu antiguo Sycion, reino heredado,
Donde querido de los tuyos fuiste
Y de los extranjeros respetado,
Hasta que á gobernar á Argos veniste,
Pueblo siempre en el mal desenfrenado,
Donde tus leyes son freno siguro,
Que en paz gobierna siempre el pueblo duro?

»Y ya pluguiera al cielo sacrosanto
Que solo rey de toda Grecia fueras,
Y que del Istmo gobernaras cuanto
Junta y aparta el mar con dos riberas;
Que no Micénas se infamara tanto,
Ni al sol huyendo della visto hobieras,
Ni estuviera manchada, horrible y fea
Con tanta sangre la campaña elea.

»Ni otro algun reino hubiera padecido
El rigor de las furias inhumano,
Como, mejor que yo, puede haber sido
Testigo el noble príncipe tebano;
Con alma, al fin, y pecho agradecido,
Oh sábio Rey, ponemos en tu mano
La voluntad, que ya por tuya tienes,
Porque de entrambos á tu gusto ordenes.»

Aquesto dijo; y Polinice luego
Del gran Tideo el parecer aprueba.
«¿Quién, dice, podrá ser tan loco ó ciego,
Que á tales suegros despreciar se atreva?
Y aunque á los dos con tal desasosiego
Huyendo de la patria el hado lleva,
Que apenas da lugar donde el contento
En nuestras almas tenga algun asiento;

»Mas ya, aunque siempre ha estado tan asido
A nuestros pechos el dolor, nos deja;
Qu'el bien que tu bondad nos ha ofrecido
Cualquier tristeza y pesadumbre aleja;
Y no menor nuestro consuelo ha sido
Qu'el de la nave á quien el viento aqueja
En medio el mar, y al fin de su fatiga
Llega á siguro puerto en tierra amiga.

»Así que, por dichosos nos tenemos
De haber en este reino tuyo entrado
Con tan buenos agüeros, pues habemos
Lo que nunca esperamos alcanzado.
Con bien ó mal, en guerra ó paz, queremos
Vivir en tu fortuna en cuanto el hado,
Ya nos sea favorable ó ya enemigo,
Vida nos diere que gastar contigo.»

Sin detenerse mas, aquesto oyendo,
El noble padre alegre se levanta,
Sus abrazos á entrambos ofreciendo,
Que lazos han de ser de amistad santa;
Sus promesas confirma, prometiendo
De armas, gente y dinero ayuda tanta,
Que el uno y otro, ya mas animoso,
Verse espera en su patria vitorioso.

El cuento al punto en Argos se ha sabido,
Que toda la ciudad corrió ligero,
Y en alegres corrillos esparcido,
El caso cuenta el vulgo novelero.
Dicen que al Rey dos yernos le han venido
De gran fama y valor, y que al primero
Ya por esposa prometido habia
El noble Adrasto á la hermosa Argía;

Y que al segundo ofrece por esposa,
No menos bella ó menos alabada,
A Deifile, honestísima y hermosa,
De ya madura edad para casada;
Vuela al punto la fama presurosa,
Publicando la nueva deseada
De los pueblos amigos en las calles
Y en los vecinos comarcanos valles.

A los montes Partenios y Liceos,
Aunque apartados, brevemente llega,
Con los nunca esperados himeneos,
Y lo que allí publica aquí lo niega;
A los valles y campos Efereos,
Ya con mas variedad la nueva entrega;
Al fin por Tébas se entra alborotada,
Llena de mas horror y mas turbada.

Las alas en sus muros bate apriesa,
Atemoriza al vulgo, al Rey espanta,
Pues semejante al sueño, la promesa
Del reino, el hospedaje y bodas canta;
Llena de horror, las calles atraviesa.
¿Quién á un mostro le dió licencia tanta?
¿Qué nueva furia es esta de la tierra?
Apenas llega, y ya publica guerra.

Ya de las bodas el alegre dia,
Tanto del pueblo argivo deseado,
Llena de gente la ciudad tenia,
Que á ver la rica fiesta se ha juntado;
Crece el tumulto, el pueblo no cabia
En el real palacio aderezado,
Donde los simulacros se pusieron
De antiguos reyes que en la tierra fueron.

Allí, á pesar del tiempo fugitivo,
Llena la antigüedad de verdad era,
Pues mas de un (ya pasado) rey argivo,
Sin nombres, pudo conocer cualquiera;
Que, aunque de bronce, estaba tan al vivo,
Que con lo vivo competir pudiera;
Dicen los rostros lo que no los nombres:
Tanto pueden las manos de los hombres.

Sobre la urna Inaco sentado,
Con dos cuernos disforme, horrible y feo
Está, y el viejo Jasio, y á su lado
El agradable y sábio Foroneo;
Vese el guerrero Avante, y enojado
Con Júpiter, Acrisio, á quien Perseo
En piedra convirtió con ira inmensa,
Vengando de su madre así la ofensa.

Del bravo Danao, con sus yernos crudo,
La fiera imágen tan al vivo estaba,
Que della conocer cualquiera pudo
Que alguna gran maldad imaginaba;
Corebo, que fué de Argos firme escudo,
Parece que la espada desnudaba.
Vense, sin estos, otros mil famosos
Reyes y capitanes valerosos.

Del vulgo entre la turba sediciosa,
Llena de confusion, rumor y estruendo,
Cual agua detenida, que furiosa
Rompe el estorbo y sale al fin corriendo,
La gente mas granada y poderosa
Estaba junto al Rey, primero habiendo
A cada uno dado el Rey licencia,
Segun su calidad y preminencia.

El lugar del palacio mas oculto
Están los sacerdotes ocupando,
Y en los altares, con divino culto,
Está el fuego sagrado humeando;
En otra parte el mujeril tumulto
La deseada fiesta celebrando,
Con mayor gravedad y mas decoro
Hace (corona casta) alegre coro.

Aquí de honestas madres rodeadas
Las doncellas se ven, que unas diciendo
Están la nueva ley á que obligadas
Quedan, el nuevo estado obedeciendo;
La obediencia y la fe que las casadas
Deben á sus maridos; y otras, viendo
Su pena y turbacion, las asiguran
Y sus temores aplacar procuran.

Las dos, entre casadas y doncellas,
Venerables de rostro y de vestido,
Callando están, y sus mejillas bellas
De un rosado color se habian teñido;
Que aumenta mas la hermosura dellas,
Aunque es color de su temor nacido,
Fe cierta, último amor, secreta nube
De su virginidad, que al rostro sube.

Hace la confusion clara aparencia,
Aunque el miedo en los pechos la sepulta;
Que pensando que es culpa su inocencia,
Confunde el rostro una modestia oculta;
Y al fin, hallando poca resistencia
El temor, tierno llanto dél resulta;
Pero alegran sus lágrimas en tanto
Al padre, enternecido con su llanto.

No de otra suerte Pálas y Diana
Se pueden ver, si el estrellado cielo
Dejan alguna vez, y les da gana
De decender á nuestro humilde suelo;
Que con sus armas cada cual ufana,
Cubierta cada cual de un rojo velo,
Ambas fieras, aquella á su Aracinto,
Y esta sus ninfas lleve al monte Cinto.

Y si á vista mortal se concediese
Mirarlas, afirmar nadie pudiera
Cuál mas honesta ó mas hermosa fuese,
Mas parecida á Jove ó mas severa;
Y sin alguna duda, si las viese
Con las armas trocadas, ¿qué dijera?
Que á Pálas le parece bien la aljaba
Y que á Diana el yelmo bien le estaba.

En cada casa están con alegría
El sordo cielo importunando en vano;
Porque en cada lugar se concedia
Sacrificar al cielo soberano;
Y alguno, que en ofrenda dado habia
El animal ya muerto por su mano,
Contempla sus entrañas, y procura
Saber por ellas la verdad futura.

Otro en desnudo altar encienso ofrece,
No menos de los dioses recebido;
Que mucho un limpio corazon merece,
Y siempre de los dioses es oido;
Otro alegre las puertas enriquece
De ramos y de flores que ha traido
De las selvas vecinas, que gimieron
Cuando herirse y destrozarse vieron.

Tal se hallaba la ciudad árgiva,
Cuando un triste prodigio de repente
(Cual quiso alguna furia vengativa,
Que bien tanto en la tierra no consiente)
Con nunca visto sobresalto priva
De aquel breve placer la alegre gente;
Y quitándole al vulgo su alegría,
Turbó las bodas y el solene dia.

Estaba de Larisa en las almenas
Un rico templo, á Pálas dedicado,
No menos estimado que el de Aténas
Ni menos de la diosa visitado,
Donde los padres de Argos y Micénas,
De uso antiguo, de nadie quebrantado,
Al tiempo que casarlas pretendian,
Sus castas hijas presentar solian.

Sus cabellos aquí sacrificaban,
Cual la antigua costumbre les obliga,
Y sus primeras bodas disculpaban
Con la diosa de bodas enemiga;
El Rey pues y sus hijas aquí entraban,
Y otra gran multitud de gente amiga,
Haciendo todos el debido oficio
En el usado siempre sacrificio.

Apenas al altar habia subido,
Cuando un escudo grande que colgado
Estaba en lo mas alto, y habia sido
Del fuerte Enipo en otro tiempo usado,
Cayó en el suelo con tan gran ruido,
Que retumbó del templo cada lado,
Las hachas apagando en un instante,
Fuego nupcial que ardiendo iba delante.

Vuelve el pié atrás la gente alborotada,
Que detenerse alguno fué imposible,
Cuando de alguna cueva desviada
Una trompeta resonó terrible.
La gente al punto, del temor helada,
Vuelve á mirar al Rey con vista horrible,
Casi diciendo, aunque con muda boca,
Que el triste agüero á las esposas toca.

Mas luego, porque al Rey no es de provecho,
Niegan todos el son terrible y fiero,
Aunque en lo oculto cada cual del pecho
Revuelve con temor el triste agüero.
¡Oh cortes de los reyes, do se ha hecho
Hasta el vulgo inorante lisonjero,
Y donde siempre la lisonja oprime
A la verdad, que siempre hollada gime!

Turbóse al fin aquel alegre dia;
Mas ni milagro fué ni cosa nueva,
Pues ha nacido de un joyel que Argía
(Infausto don de su marido) lleva.
Fué primero de Harmonia, que ya habia
Visto de su rigor la primer prueba;
De otras despues, que en desventura y llanto
Pararon por la fuerza de su encanto.

Terribles é infinitos son los males
Que del triste joyel han procedido,
Y solo contaré los principales,
Porque es el cuento largo y muy sabido;
Mas primero diré de efetos tales
Cuál la ocasion tan poderosa ha sido,
Aunque para la historia que aquí toco
Fuerza será volver atrás un poco.

Dícese que Vulcano, no pudiendo
Disimular de Marte el adulterio,
Gran tiempo oculto padeció, gimiendo
De su enemiga el riguroso imperio;
Y al fin sus redes sin efeto viendo,
Que acrecentaron mas su vituperio,
Perdida ya del todo la esperanza,
Procuró traza nueva á su venganza.

Del adulterio y su deshonra habia
Nacido Harmonía, y ya de edad madura,
Del casamiento se llegaba el dia
Por Vénus concertado en suerte dura.
El dios celoso pues, que pretendia
Vengarse en ella, á Vénus asigura,
Mandando que en su fragua se hiciese
Un joyel rico, que á su hija diese.

A labrar en efeto comenzaron
El oro sus cíclopes cudiciosos,
Y con manos amigas ayudaron
Los telquines, artífices famosos;
Y no ellos solos son los que sudaron;
Que aunque en cosas mayores ingeniosos,
Quiso tambien el mismo dios Vulcano
Poner en su joyel su industria y mano.

Mezcla con esmeraldas que ha labrado,
Llenas de oculto fuego radiante,
Cenizas que en su yunque se han quedado
Cuando rayos fabrica al gran Tonante;
Y entre infaustas figuras que ha entallado,
Sobre mas de un durísimo diamante
Puso el infame rostro de Medusa,
Cuya crueldad inmensa Libia acusa.

Del infausto joyel el oro fino
(Aunque no era de aquel qu'el Tajo cria)
Era de aquel dorado vellocino
Que en Colcos tanto mal causó algun dia,
O del que á las Hespérides contino
Un terrible dragon guardar solia;
Oro de escamas duras, relucientes,
Que tienen los dragones en las frentes.

Entretejido con el oro bello,
Lleno de alegre, aunque mortal veneno,
De Tesifon cortó el peor cabello,
De muerte y varias pestilencias lleno;
Echó la espuma de la luna el sello,
Que mano astuta la cogió al sereno
De alguna muda noche, que se halla
Presente á tanto mal, y siempre calla.

No se halló presente Pasitea,
Ni Eufrosina ni Aglaye se hallaron;
Que mientras el joyel Vulcano arrea,
El placer y el amor se retiraron;
Ira, llanto, dolor y muerte fea
A la ciega Discordia acompañaron;
Porque ella puso su derecha mano
Y trabajó en la yunque de Vulcano.

Hizo Harmonia primero la experiencia,
Que, casada con Cadmo, ambos sintieron
Del joyel enemigo la potencia,
Cuando en culebras convertir se vieron;
Y dejando á su triste decendencia
El reino suyo y el joyel, se fueron,
Los cuellos y los pechos alargando,
De Iliria por los campos arrastrando.

De Jove estando Sémele preñada,
Desvergonzada y sin temor alguno,
Apenas del joyel se vió adornada,
Cuando entró á verla la celosa Juno,
Y en traje mentiroso disfrazada,
Dándole la ocasion tiempo oportuno,
Con su apariencia la engañó de suerte,
Que vengó sus agravios con su muerte.

Fué despues de Yocasta poseido,
Triste reina tebana, sin ventura,
Que ufana del joyel mal conocido,
Su beldad aumentaba mal sigura;
Mas ¡ay incauta! ¿para qué marido
Procuras aumentar tu hermosura?
¡Ay desdichada, que el joyel te pones
Y para el propio hijo te compones!

Al fin en otras muchas, que seria
Cosa prolija detenernos tanto,
Sin reservar alguna, hecho habia
Su triste efeto el poderoso encanto;
Aqueste pues llevaba agora Argía,
Amenazada ya de triste llanto;
Y adornada con él, excede ufana
El vil y pobre ornato de su hermana.

Vió acaso este joyel, aun no temido,
La mujer de Anfiarao, de invidia llena,
Y luego ni á los juegos ha podido
Estar alegre, ni en la mesa ó cena;
Solo imagina ya, si concedido
Le fuera el joyel rico, prenda ajena,
¡Qué ufana que se viera! mas ¡ay triste!
¡Qué poco del agüero el fin temiste!

¡Qué de muertes y estragos de tu gente
Deseas, qué de penas y dolores!
Qué de llanto y gemidos neciamente,
Debido galardon á tus errores!
Mas ¿qué tu hijo mereció, inocente,
Que ha de pagar sin culpa tus furores?
Qué tu adivino esposo, á quien tu engaño
Buscó la muerte y procuró tu daño?

Despues que ya del vulgo se acabaron
Las fiestas, los placeres y alegrías,
Pasadas ya las bodas, que duraron
De juegos y banquetes doce dias,
De nuevo los cuidados comenzaron,
Llenos de mil temores y agonías,
A afligir al tebano, y ya procura
Para cobrar su reino coyuntura.

Presente la memoria está en su pecho
Del infelice dia en que excluido
Se vió de Tébas, y á su hermano hecho
(Del reino que era de ambos) rey temido,
Cuando huyendo del paterno techo,
A los que sus amigos habian sido
Dejó afligidos, sin defensa alguna,
Sujetos al rigor de su fortuna;

Y salió de ninguno acompañado,
Que aun una hermana suya, que atrevida,
Llena de su dolor, con pecho osado
Le quiso acompañar en su partida,
En el primer umbral habia dejado,
Llorando su destierro y su caida,
Donde pudo el dolor y su ira tanto,
Que en las entrañas encerró su llanto.

Acuérdase de haber en aquel punto
Notado en sus vasallos la aparencia;
Cuál muy alegre, y con su hermano junto,
Celebrando su suerte y nueva herencia;
Cuál, afligido y de color difunto,
Le vió gemir en su forzosa ausencia.
Todo esto en la memoria revolvia,
Sin descansar de noche ni de dia.

Tiene la ira en su memoria asiento,
Crece el dolor con la esperanza larga,
Qu'es de los hombres el mayor tormento,
Mas insufrible mientras mas se alarga.
Aquesto revolviendo el pensamiento,
Nube de confusion, pesada carga,
Se determina al fin con pecho osado
De volver á su reino deseado.

Cual toro que el amado valle deja
Despues que, vitorioso su enemigo,
La amada vaca le quitó, y lo aleja
Del campo de su bien y mal testigo,
Celoso brama y con dolor se queja,
Ausente de su vaca y campo amigo,
Hasta que nueva furia y sangre nueva
La antigua fuerza en su cerviz renueva;

Entonces, por vengar con pecho fiero
Su afrenta y su destierro mal sufrido,
Mejor de pié y de cuerno y mas ligero
Vuelve al ganado y campo conocido;
Témele el vencedor, y el ganadero,
Que conocerlo apenas ha podido,
Viendo de nuevo en él fiereza tanta,
Atónito lo mira y dél se espanta.

Tal Polinice en su callado pecho
Atiza su dolor y su ira ardiente;
Mas su afligida esposa, que en el lecho
Siente su pena y sus congojas siente,
Haciendo de su abrazo un lazo estrecho,
Casi temiendo ya de verse ausente,
Ya que la aurora á su balcon salia,
Así le dijo, suspirando, un dia:

«¿Qué partida, qué nuevo movimiento
(Que de helado temor mi pecho cubre)
Siempre estás maquinando? Bien lo siento;
Que nada á los amantes se le encubre.
Conozco tu importuno pensamiento,
Que tu misma inquietud me lo descubre;
Pues aun durmiendo, avivan tus gemidos
Veladores suspiros encendidos.

»¡Cuántas veces en lágrimas bañado
Este rostro, halló mano medrosa!
Y ¡cuántas en tu pecho alborotado,
Adonde nunca el corazon reposa,
Del importuno y velador cuidado
La fuerza he conocido poderosa!
¿Qué mucho que á temer me obligue tanto
Suspiros, ansias, inquietud y llanto?

»No el juramento ni la fe quebrada,
Ni esta mi juventud pudo moverme,
Aunque al principio de mi edad dejada,
Eternamente viuda habré de verme;
Ni el lecho me ha movido, aunque obligada
Pudo ya en él el crudo amor hacerme;
Pero tan poco en él dormido habemos,
Que aun apenas caliente le tenemos.

»Tu vida sola y tu salud me obliga;
Confieso mi temor y desventura.
Solo á tierra (aunque patria) ya enemiga
Y desarmado vas. ¿Quién te asegura?
Pues cuando buen efeto no consiga
Tu justa pretension y mi ventura,
Claramente se ve que te habrás puesto
A peligro de muerte manifiesto.

»La fama pregonera, que en olvido
Nunca tiene á los reyes, de tu hermano
Dice cuán ambicioso siempre ha sido,
Cuán difícil contigo y qué inhumano,
Y aun no entonces el año habia cumplido;
Agora ¿qué hará, que ya es tirano,
De mas rigor y mas soberbia lleno,
Injusto usurpador del cetro ajeno?

»Y sin esto, adivinas de mis males
(En mas cuidado y confusion me han puesto)
Las entrañas de muertos animales,
Sacrificados para solo aquesto,
De algun nuevo dolor me dan señales,
Ya de las aves el cantar funesto,
Ya alguna vez, en tanto que dormia,
Turbada imágen de la noche fria.

»No sin causa me acuerdo, vez alguna
Soñando, haberme Juno aparecido,
Que con mil aparencias importuna,
A turbarme estas noches ha venido.
¿Adónde vas? ¿Qué imperio, qué fortuna
Este nuevo furor te ha prometido?
¿En qué fundada tu esperanza llevas?
¿Qué mejor suegro has de hallar en Tébas?»

Con breve risa, aunque fingida en vano,
Con que el cuchillo á su dolor afila,
A su esposa bellísima el tebano
De su temor las causas aniquila;
Y bebiendo el aljófar soberano
Que por sus ojos el amor distila,
Tras mil besos y abrazos, en que escondo
Su pena y su dolor, así responde:

«Desata ¡oh solo bien del alma mia!
De tu hermoso pecho el miedo helado;
Que al fin mi pretension y mi osadía
Han de llegar al puerto deseado.
Vendrá sin duda el esperado dia;
Olvida, aunque importuno, este cuidado;
Que por ventura el cielo lo gobierna,
Y es grave pecho para edad tan tierna.

»Si el Padre eterno, que los cielos huella,
La tierra mira y la razon ampara,
Mire él mi causa y juzgue mi querella;
Que en su justicia mi defensa para.
Y vendrá por ventura, esposa bella,
El tiempo que en mi reino y patria cara,
Ya sin temores, te verás ufana
Reina de dos ciudades soberana.»

Esto dijo; y con paso arrebatado
Va luego al aposento de Tideo,
Que tiene parte igual de su cuidado,
Y amigo y compañero en su deseo.
Tanto ha podido amor, que se ha trocado
En inmensa amistad el odio feo;
Juntos de allí se fueron, y despacio
Hablan al suegro Adrasto en su palacio.

Junta consejo el Rey sábio y severo,
Y habiendo varios pareceres dado,
Todos determinaron que primero
(Porque aun no es enemigo declarado)
Vaya al tebano rey un mensajero,
Que en nombre del hermano desterrado
Le pida, pues el año ya es cumplido,
Seguridad y el reino prometido.

Pide la impresa el calidonio dura,
Y ser embajador della se encarga,
Aunque estorbarlo Deifile procura,
Llorando en vano su partida amarga;
Mas, viendo que su padre le asegura
De que la ausencia no será muy larga,
Y que es siguro embajador, se allana,
Rendida al justo ruego de su hermana.

Luego el viaje comenzó atrevido
Por ásperos caminos, y pasando
Mas de un arroyo lleno de ruido,
Y mas de un monte y selva atravesando,
A Lerna allega, que temida ha sido
Con la abrasada sierpe aun humeando,
Y á Nemea, en que apenas han osado
Acercar los pastores su ganado.

Por donde el Euro á Efiris hace guerra
Se deja atrás el puerto Sisifeo,
Y el agua, que enojada con la tierra,
Entre peñascos encerró Tequeo;
Pasaje halla en la empinada sierra,
Y dando priesa siempre á su deseo,
A la ciudad que á Niso llora en vano
Y á Eleusis deja á la siniestra mano.

Ya de Teumeso la arboleda espesa,
A quien Alcides tan famosa ha hecho,
Se deja atrás, y al fin se da tal priesa,
Que entra por Tébas con osado pecho;
Sus calles y sus plazas atraviesa,
Y al alcázar de Cadmo va derecho,
Donde al fiero Eteocle vió sentado,
De armados escuadrones rodeado.

Oyendo diferencias de su gente,
Contra la ley y término del año,
Justicia administraba injustamente,
Solicitando así su propio daño;
Mas el semblante y su orgullosa frente
Daba de su crueldad indicio extraño,
Pues solo con mirar su horror, cualquiera
Que era traidor tirano conociera.

Hablando estaba acaso de su hermano,
Y lleno de ambiciosa confianza,
Llamando sin razon su intento vano,
Celebraba con risa su tardanza,
Cuando mostrando en su derecha mano
Ramo de oliva, y no derecha lanza,
Señal de embajador, á su presencia
Entra Tideo sin pedir licencia.

Párase en medio, y luego manifiesta
Su nombre y la ocasion de su venida;
Pero no con retórica y compuesta
Oracion grave, humilde y comedida;
Que es rudo de lenguaje, y así, aquesta,
Desnuda de lisonjas y atrevida,
Con alta voz y con soberbia mucha
Dice, y en tanto el Rey rabiando escucha:

«Si hubiera fe en tu pecho, y si cuidado
Del concierto y promesa en tí viviera,
En cumpliéndose el año concertado,
Tú mismo (que justicia y razon fuera)
A tu hermano le hubieras enviado
Embajador que el reino le ofreciera,
Dejando luego sin tardanza alguna
Tu alegre reino y próspera fortuna.

»Y el pobre desterrado, que ha sufrido
Mil indignos trabajos por el mundo,
Volviera al fin al reino prometido,
Y descansara un año, rey sigundo;
Mas, porque dulce cosa siempre ha sido
El amor de reinar (sueño profundo),
Vengo á pedirte, argivo mensajero,
Lo que debieras ofrecer primero.

»Ya el padre de Faeton del ancho cielo
Los signos ha corrido, y ya estuvieron
Llenos del sol los valles, ya del hielo,
Y oscuras sombras ocupar se vieron,
Despues que ausente del paterno suelo
Tu pobre hermano, á quien los hados fueron
Tan rigurosos, afligido ha andado
Por no sabidos pueblos desterrado.

»Ya el mismo tiempo y la razon te obliga
A pasar al sereno algunos dias
Y á probar en tus miembros la fatiga
De noches largas del ivierno frias;
Vuelva tu hermano ya á la patria amiga,
Deja el palacio y salas ya vacias;
Y pues has dado un año á Tébas leyes,
Vé agora á obedecer á extraños reyes.

»Pon modo á tu alegría y tu riqueza,
Pues de oro rico y púrpura cubierto,
Reiste de tu hermano la pobreza
Mientras fué un año peregrino incierto.
Aconséjote al fin que esa grandeza
Renuncies, pues cumpliendo así el concierto,
Su año apenas estará cumplido,
Cuando á tu reino vuelvas merecido.»

Así dijo; mas ya en su pecho airado
Estaba el Rey el corazon ardiendo,
Cual sierpe á quien tiró pastor osado
Furiosa piedra, y se alejó huyendo;
Que el pecho de la tierra levantado,
Do larga sed estuvo padeciendo,
Su veneno y furor muestra, enojada,
En el cuello escamoso y boca airada.

«Si antes de agora, dice, no tuviera
De mi hermano el intento conocido,
Y si tan manifiesta no me fuera
La enemistad que siempre me ha tenido,
Bastante indicio de su pecho diera
La arrogancia y furor con que has venido.
Parece que en tu pecho al mismo tienes;
Tan bravo y lleno de arrogancias vienes.

»Si los muros de Tébas coronados
Batieran ya enemigos escuadrones,
O en sus montes y campos ya abrasados,
Tremolando estuvieran sus pendones,
¿Qué mas furor tuvieras si entre helados
Bistones ó entre pálidos gelones
Estuvieras? Hablaras por ventura
Con mas comedimiento y mas cordura.

»Pero no (porque al fin mandado fuiste)
Culparé tu furor y atrevimiento;
Mas, pues tan á la clara descubriste
De mi enemigo hermano el fiero intento,
Y lleno de amenazas me pediste
El reino con furor libre y exento,
Casi empuñando el hierro vengativo,
Esto dirás al nuevo rey argivo:

»El cetro y el honor que á mí debido,
Por ser mayor de edad, me dió la suerte,
Tengo con justa causa; lo he tenido
Y lo pienso tener hasta la muerte.
Goza tú en tanto, pues dichoso has sido,
De Argos, ciudad mas rica, grande y fuerte,
A tí amontone tus riquezas ella,
Dote famoso de tu esposa bella.

»Que yo, ¿por qué á tu suerte venturosa
He de tener envidia? En paz gobierna
Y en buen agüero tu ciudad famosa
Y cuanto baña la abrasada Lerna;
Reines en Grecia, al fin tierra dichosa,
Y haga el cielo tu ventura eterna;
Que yo con mi bajeza, rey tebano,
Sin envidiar tu gloria, estaré ufano.

»Yo los hórridos campos que humedece
La humilde Dirce gozaré, y la tierra
Cuya orilla ensangosta y enflaquece
De Euboea el mar con tan eterna guerra;
Y en tanto que ese honor te ennoblece,
Nuestra infamia y dolor de tí destierra;
Que yo, que tanto bien no participo,
Confesaré por padre al ciego Edipo.

»A tí Pélope y Tántalo, que han sido
De la nobleza de tu esposa autores,
O Jove, de quien ellos la han tenido,
Te ennoblezcan allá con sus favores;
Que una reina que en Argos ha vivido
En la grandeza, al fin, de sus mayores,
¿Cómo podrá venir de esa grandeza
A sufrir deste reino la pobreza?

»¿Será razon que en el paterno techo
Nuestras hermanas por criadas tenga,
Y aunque quiera humillar su altivo pecho,
A ser humilde reina en Tébas venga?
Mi madre, á quien el llanto ha ya deshecho,
¿Querrá que al lado suyo se entretenga?
O ¿sufrirá que ofendan sus oidos
De un suegro miserable los gemidos?

»El vulgo ya á mi imperio no pesado
Está hecho, y contento está en efeto,
Y es vergüenza tambien que este senado
Siempre á incierto señor esté sujeto.
Dél soy obedecido y respetado,
Y yo tambien le trato con respeto,
Y ha de ofenderle nuevo rey, si viene,
De quien ignora la intencion que tiene.

»No reyes libres son, pero tiranos,
Los que un año gobiernan solamente,
Pues no perdonan sus avaras manos
En cosa alguna la afligida gente;
Mira entre los confusos ciudadanos
Murmurando el rumor que ya se siente;
¿Téngolos de entregar á quien ya ordena
En su inocencia rigurosa pena?

»Airado, hermano, vienes, pero advierte,
Segun el pueblo la aficion me tiene,
Que, aunque yo quiera el reino concederte,
El Senado dirá que no conviene.»
Mas quisiera decir, pero de suerte
(Sin que haya quien su cólera refrene)
La rabia al calidonio fué creciendo,
Que las palabras le atajó, diciendo:

«Daráslo á tu pesar, que ya te espera
El castigo debido á tanta ofensa;
Darás el reino, digo, aunque estuviera
De hierro duro un monte en tu defensa;
Y aunque con otro canto Anfion ciñera
De tres murallas, fortaleza inmensa,
Esta ciudad, ni el fuego ó hierro duro
De nuestras manos te harán seguro.

»Y por aquesta espada vengativa,
Pues ya la paz de Tébas se destierra,
Que has de tocar con tu diadema altiva
El duro suelo y abrazar la tierra;
Pagarás con razon, que al fin se priva
Tébas por tí, ocasion de aquesta guerra,
De la paz, quien sus campos hoy florece;
Pero esta pobre gente ¿qué merece?

»Dellos me pesa, oh rey piadoso y bueno,
Que han de perder sus hijos y mujeres,
Pues entregarlos, de injusticia lleno,
A tanto mal y desventura quieres.
Tú, si de sangre tinto, oh claro Ismeno,
Llena de muertes tu corriente vieres,
Que es aquesta, dirás al Océano,
Una gran piedad de un rey tebano.

»Mas ¿qué me admiro, si el delito ha sido
De padres y de agüelos heredado?
¿Qué ha de esperarse de quien ha nacido
De tal incesto en lecho profanado?
Aunque no herencia igual, de sangre habido,
Ni todos heredaron su pecado;
Tú solo, el mas injusto de la gente,
Eres del ciego Edipo decendiente.

»Tú el premio llevarás, pues por tu daño
Eres de su delito el heredero;
Yo agora solamente pido el año
Debido á Polínice; mas ¿qué espero?»
Aquesto dijo, y con furor extraño
Desocupa la sala osado y fiero,
Y dando voces, se partió volando,
Aquí y allí la gente atropellando.

No de otra suerte el jabalí cerdoso
Que de Diana castigó la ofensa,
Todo erizado, arremetió furioso
Contra el griego escuadron con rabia inmensa,
Ya mostrando el colmillo riguroso,
Ya peñas arrancando en su defensa,
Y ya quebrando como frágil caña
Las plantas que en su orilla Aqueloo baña.

Este se ve animoso, aquel huyendo
Del fiero jabalí por llano y sierra,
Ya deja á Telamon allí gimiendo,
Y aquí al bravo Igion tiende en la tierra;
Al fin, á Meleagro arremetiendo,
Paró en su lanza y concluyó la guerra,
Pues abierto con ella el hombre fiero,
Humilló su cerviz al duro acero.

Con furia tal el calidonio deja
Temeroso al Senado, y cual si fuera
Suyo el cetro que pide, así se queja
De que negado el reino se le hubiera;
De olivo el ramo humilde de sí aleja,
Y de nuevo los pasos aligera,
Dejando los tejados y ventanas
Llenos de las atónitas tebanas.

Echanle rigurosas maldiciones,
Y en su callado pecho temeroso
Al cielo dan las mismas peticiones
Contra el tirano injusto y ambicioso.
Mas él, que para engaños y traiciones
Nunca tuvo el ingenio perezoso,
A cincuenta mancebos ha escogido,
Los que mejores en la guerra han sido.

Con dádivas aquel, y este obligado
Con alguna promesa mal sigura,
Obedece al injusto rey airado,
Que así su infamia y perdicion procura;
Tantos contra uno solo se han armado,
Solo y embajador en noche oscura,
Y el nombre ofenden respetado tanto
En todo el mundo religioso y santo.

¿Qué vileza no intenta el que es tirano,
Si el deseo de reinar le enciende el pecho?
Si en vez del mensajero, al mismo hermano
Tuviera en su poder, ¿qué hubiera hecho?
¡Oh grande ceguedad del hombre insano,
Que busca con infamia su provecho!
Pues su misma maldad, de temor llena,
Es en su pecho rigurosa pena.

Cual campo que presenta la batalla
A otro enemigo campo armado y fiero,
O cual el que á batir va la muralla
Del que en el campo le huyó primero;
Así, vestidos de menuda malla,
Contra uno solo sale un pueblo entero,
Y aunque no al son de cajas alistados,
En órden salen por la puerta armados.

¡Oh flor de aquella edad y el mas valiente,
Pues tanta fama y crédito tuviste,
Que ves contra tí solo tanta gente,
Y de tantas espadas digno fuiste!
Sigue el camino pues calladamente
El escuadron tebano en suerte triste,
Para ocuparle el paso á toda priesa
Por el atajo de una selva espesa.

Para traicion tan grande han escogido
Un valle algo de Tébas apartado,
Estrecho á las entradas y ceñido
De un altísimo monte á cada lado,
Por cuya eterna sombra nunca ha sido
Del claro sol el valle visitado,
Y la selva escurece al lugar tanto,
Que añide en él horror, miedo y espanto.

Parece que el lugar insidioso
Fué de natura para engaños hecho,
Ciego, inútil, oculto y temeroso,
Solo para asechanzas de provecho;
A un lado el monte es áspero y fragoso,
Y entre sus peñas va un camino estrecho,
Debajo un campo llano y apacible
A las faldas se ve del monte horrible.

Al otro lado un gran peñasco habia,
Mas áspero y mas alto, en cuyo seno
Esfinge en otro tiempo estar solia,
Alado monstro, fiero, de horror lleno;
Horrible el rostro y pálido tenia,
La boca llena siempre de veneno,
Los ojos como brasas encendidas,
Y las alas de sangre humedecidas.

De allí, sobre los güesos mal roidos
De los que muertos en la cumbre estaban,
Miraba por los campos extendidos
Si algunos caminantes asomaban,
O ya del hado por error traidos,
Porque de animosos le buscaban,
Queriendo con ingenio mal siguro
Vencerlo y desatar su enigma escuro.

Y apenas al enigma oscuro y ciego
El engañado güésped dado habia
No acertada respuesta, cuando luego
Pagaba al mostro fiero su osadía;
Por los ojos echando vivo fuego,
Con uñas y con dientes lo heria,
O bajaba escapando de sus brazos,
Por las peñas haciéndose pedazos.

Duró aquella crueldad hasta que vino
Edipo con dichoso atrevimiento,
Y con sutil ingenio y peregrino
Desató su escurísimo argumento;
Y el mostro, vitorioso de contino,
Sin usar de sus alas, al momento
Se despeñó, y sus huesos divididos
Quedaron por las breñas esparcidos.

Quedó todo el lugar inficionado,
Tanto, que no hay novillo que apetezca
Los pastos de aquel campo, ni ganado
Que sus yerbas odiosas no aborrezca;
No las ninfas ó faunos han osado
Hacer sus coros á la sombra fresca,
Ni osan entrar en él algunas fieras,
Ni entran en él las aves carniceras.

A este infame lugar, en triste agüero,
Con secreto y silencio, á la ligera,
El escuadron llegó perecedero,
Y al enemigo descuidado espera;
Cuál se arrima á una pica, y cuál ligero
La vega corre, el campo y la ladera;
Coronan valle, monte y arboleda,
Y nada al fin desocupado queda.

Ya al occidente el sol se retiraba,
Y de la noche el húmido vestido
Sus sombras en la tierra derramaba,
Mojadas en las aguas del olvido;
Cuando, ya que á las selvas se acercaba,
Escuchó el calidonio algun ruido
De armas que entre los árboles parecen,
Y al rayo de la luna resplandecen.

Pero no, aunque admirado, se detiene,
Mas, porque algun peligro ya imagina,
De dos dardos que lleva se previene,
La espada tienta, y sin temor camina,
Y al fin, sin miedo, que ninguno tiene,
Ya que un poco á la selva se avecina,
«¿Quién sois? pregunta, y ¿qué esperais, soldados?
¿Por qué os escondeis estando armados?»

Nadie de responder tuvo osadía,
Pero en aquel silencio sospechoso
Vido la paz sigura que podia
Esperar de un tirano cauteloso.
En esto el fiero Cromio, que venia
Por capitan del escuadron furioso,
Puso en el arco una ligera punta,
Y el un extremo con el otro junta.

La flecha vuela, pero no ha podido
Alcanzar el efeto deseado,
Que fortuna, que suele al atrevido
Dar favor, esta vez se lo ha negado;
Al pellejo del puerco que vestido
Llevaba, el hombro izquierdo le ha pasado,
Y rayendo la carne al fin la flecha,
A herir en un tronco fué derecha.

Al punto, con furor de inmortal ira,
Fuego de enojo en sus entrañas arde,
Aquí y allí descolorido mira,
Por ver de cuántos ó de quién se guarde;
Con rabia gime y con dolor suspira,
Y sin saber que el escuadron cobarde
De tantos juntos es, verlo desea,
Y erizado el cabello, así vocea:

«¿Qué os acobarda tanto ó qué os detiene?
Mostrad ya el rostro infame descubierto;
Salid; que nadie en mi defensa viene;
Solo espero; salid en campo abierto.»
Cual suele, cuando ya en el campo tiene
Puesta la red el cazador experto,
Que salen, de su voz amedrentadas,
De aquí y de allí las fieras á manadas;

Tal á su voz el escuadron tebano
El valle desocupa y la espesura,
Resplandeció con armas todo el llano,
Y el peso estremeció la tierra dura.
Turbado en ver que con armada mano
De tantos es el escuadron, procura,
Por herirlo mas bien y asigurarse,
Al peñasco de Esfinge retirarse.

Rompe con piés y manos, atrevido,
Los matorrales, de aspereza llenos,
No de sus enemigos bien seguido,
Que pocos son allí sin alas buenos;
Y sobre un peñon alto se ha subido,
Que las espaldas le asegura al menos,
Desde donde mas bien y sin trabajo
Puede ofender á los que están debajo.

Una peña de esotras arrancada,
De tanto peso, que difícilmente
Pudiera por lo llano ser llevada
De el par de novillos mas valiente,
Sobre sus fuertes hombros levantada,
Donde mas espesa ve la gente,
Con tal furia arrojó, que no ofendiera
Tanto si un muro encima se cayera.

Cual el vaso que Eolo tiró un dia
A los lapitas bárbaros, airados,
Tal, y con mas vigor, bajar se via
La peña á los tebanos admirados;
Deja deshechos en la tierra fria
Pechos de hierro duro en vano armados,
Escudos, brazos, piernas y cabezas
Ya divididos en menudas piezas.

Debajo de la peña padecieron
Cuatro, que allí enterró su desventura,
Aunque por su virtud y sangre fueron
Dignos de mas honrada sepultura;
Dorilo fué y Teron, que descendieron
De aquellos que parió la Tierra dura
Cuando sirvió en sus surcos de simiente
Aquel de Cadmo serpentino diente.

Halis, que el mas famoso en Tébas era
Domador de caballos, fué el tercero
Que quiso la fortuna que á pié muera,
Si anduvo siempre en corredor ligero;
Y el cuarto, cual si fuera blanda cera
Que en la tierra selló el peñasco fiero,
Edimo es, de Penteo descendiente,
Que heredó la desgracia del pariente.

Con escarmiento y con temor helados,
Apagado el furor, la sangre fria,
Huyen del escuadron los mas osados
Con nunca imaginada cobardía;
Viéndolos divididos y apartados,
Tirándoles dos dardos que tenia,
Los hizo contra dos volar de suerte,
Que le sirvieron de alas á la muerte.

Y viendo en la empezada infame guerra
No tan espeso el escuadron tebano,
El gran peñasco y la fragosa sierra
Desocupa de un salto y baja al llano,
Donde el famoso escudo vió en la tierra
Que al ya muerto Teron armaba en vano,
Que, arrojado ó rodando por ventura,
Pudo escaparse de la peña dura.

Embrazólo, y así con él se via
De todo punto armado y mas siguro,
Pues ya el pecho y espaldas le cubria
Del fiero jabalí el despojo duro;
Vuelve á hacer la gente que huia,
Cerrándose, de nuevo un fuerte muro,
Y viendo el temor que la acobarda,
Afirma el pié y al enemigo aguarda.

Saca la espada al punto el gran Tideo,
Que tinta en sangre de bistones era,
Que en premio ofreció Marte al fuerte Enco
Cuando trunfó de aquella gente fiera.
Con esta, que era igual á su deseo,
Embiste al escuadron, que junto espera,
Y aquí y allí la esgrime tan ligero,
Que despedaza el mas templado acero.

Tantos son, tan espesos y cerrados,
Que unos de otros impiden las heridas,
Y algunos, en los hierros arrojados
De hermanos, pierden las amadas vidas;
Otros, ya por el suelo derribados,
Reciben daño en armas conocidas,
Y tal tiñó en la sangre del amigo
La flecha que tiraba al enemigo.

Y él, con ajena sangre ya teñido,
Resiste á tantas armas invencible,
Lleno todo el escudo y el vestido
De flechas, que le hacen mas horrible.
Tal la gética Flegra, embravecido
(Si ya tal caso puede ser creible)
Vió al inhumano y grande Briareo,
Armado contra el cielo, horrible y feo.

Ya Apolo con las flechas de su aljaba,
Ya con las suyas Delia el arco tiende,
Ya el escudo gorgonio, airada y brava,
Esgrime Pálas, que la vista ofende,
Ya Marte el pino que teñido estaba
En sangre de bistones, y ya enciende
Jove el suelo, cansándose Vulcano
De darle tantos rayos á la mano.

Y con ver tanto rayo y tanto trueno,
Y á un tiempo tantas armas, le parece
Que es todo poco, y que su inmenso seno
Mas armas y enemigos mas merece;
De furia igual el calidonio lleno,
A mil heridas el escudo ofrece,
Ya se retira un poco, y ya mas fiero,
Da nueva sangre al ya manchado acero.

Armas le da su escudo y su vestido,
Con mil flechas y dardos enclavado,
Y ya arrancando alguno, ha sucedido
Que al propio dueño el hierro muerte ha dado;
Ya en mil partes tambien está herido,
Mas no ha sido algun hierro tan osado,
Que llegue á penetrar con su herida
El secreto aposento de la vida.

Deiloco, que airado arremetia,
Mortalmente herido va rodando,
Muere con él Egeo, que venia
Con una gran segur amenazando;
Con un volador dardo mata á Gia,
Con otro á Licofonte, que sacando
Estaba agudas flechas de su aljaba,
Y el fuerte brazo en el pecho enclava.

Ya se buscan y cuentan temerosos,
No con tanto furor y amor de guerra,
Viendo que los mas fuertes y animosos
Muertos ocupan ya la dura tierra;
Temen del escuadron los mas famosos,
En cada pecho igual temor se encierra;
Solo Cromio, de Cadmo decendiente,
Tuvo valor para animar la gente.

Dicen que este nació de una tebana,
Hermosísima ninfa, que preñada,
Estando ya á su parto muy cercana,
A las fiestas de Baco fué llevada,
Y viendo el baile de la gente ufana,
De esotras bacanales incitada,
Olvidada del vientre, entró en el coro,
Y asió, bailando, por el cuerno á un toro.

El por soltarse, y ella, de atrevida,
Porque no se le fuese porfiando,
Al fin del animal fué sacudida
Léjos, en tierra un grande golpe dando;
Y allí, no sin peligro de la vida,
Turbada, sin sentido y anhelando
Parió un infante en la desnuda tierra,
Que fué despues famoso por la guerra.

Este pues, mas que esotros animado,
La cobardía de los suyos viendo,
Con el despojo de un leon armado,
Y una nudosa lanza sacudiendo,
«Volved, dice, volved con pecho osado,
Volved, que un hombre solo os va siguiendo;
¿No hay honra ya? No hay armas ya ni manos?
¿Adónde vais, oh míseros tebanos?

»Que un hombre solo vitorioso sea
De tan lucida y tan famosa gente,
¿Quién en Argos habrá que se lo crea
Cuando su gloria y nuestra infamia cuente?
No sin que el rostro el enemigo os vea
Volved á Tébas, oh Cidon valiente,
Oh noble Lampo. ¿A aquesto acá venimos?
¿Es esto lo que al Rey le prometimos?»

Así de cada cual el nombre invoca,
Cuando un dardo llegó, que en la espesura
Se cortó de Teumeso, y por la boca
Entró, lleno de muerte y amargura;
En los dientes halló defensa poca,
Y rompe el paladar la punta dura,
De donde al fin la lengua desatada,
Perdida ya la voz, en sangre nada.

Estábase aun en pié, y un mortal hielo
Del paladar al pecho decendiendo,
Le hizo que midiese el duro suelo,
Con la mordida lanza enmudeciendo.
Levante por mi voz la fama el vuelo,
Pues no vosotros la perdeis muriendo,
Hijos de Tespio; que si puedo tanto,
Aunque muertos, tendréis vida en mi canto.

Perito el cuerpo de su hermano alzaba
De la tierra, á la muerte ya cercano,
Con la derecha el lado sustentaba,
Y el flojo cuello con la izquierda mano.
No se vió igual piedad; llorando lava
El ya pálido rostro de su hermano,
Sin que el almete, aunque cerrado, impida
A sus lágrimas tiernas la salida;

Cuando llegó una lanza á su costado,
Y tan furiosa entró la dura punta,
Que pasando del uno al otro lado,
El un hermano con el otro junta.
Con lazo mas estrecho ya abrazado,
Muere aquel, y la cara ya difunta
Parece que á su hermano está esperando,
Que al fin muere con él, así hablando:

«Dénte, fiero enemigo, abrazos tales
Tus hijos, si los hados te los dieron.»
Con esto entrambos mueren, y así iguales
En muerte son como en la vida fueron;
De un vientre, de una edad, de unas señales,
Juntos, iguales en amor, crecieron,
Con esperanza igual, y al fin la suerte
Tambien los hizo iguales en la muerte.

Huye Meneto con ligera planta
Del enemigo airado y vitorioso;
Mas cayó por estar de sangre tanta
Húmido todo el suelo y resbaloso;
Sobre él el fiero vencedor levanta
Con una lanza el brazo riguroso,
Y asiéndola con una y otra mano,
Así le ruega el mísero tebano:

«Perdona aquesta vida desdichada,
Deten por Dios la mano poderosa,
Por las estrellas y la sombra helada
De aquesta noche, para tí dichosa;
Deja que esta vitoria no esperada
Cuente en Tébas mi lengua temerosa,
Donde luego, á pesar del Rey infame,
Por las lenguas del vulgo se derrame.

»Así en la tierra caigan sin provecho
Las armas nuestras y jamás te hieran,
Y vitorioso y sin herida el pecho
Vuelvas á los amigos que te esperan.»
Dijo; mas él, inexorable hecho,
Cual si de piedra sus entrañas fueran,
Responde: «En vano, sin provecho y tarde
Derramas esas lágrimas, cobarde.

»Que tú al injusto Rey, si no me engaño,
Mi cabeza tambien le prometiste;
Mas fué promesa bárbara, fué engaño,
Pues á pagarlo con morir veniste.
¿Qué buscas dilaciones á tu daño?
¿No ves que aquesta espada que hoy temiste,
Mañana ha de volver con nueva guerra
Contra aquesta perjura, infame tierra?»

Así dijo; y del pecho ya teñida
Sacó la dura lanza, y en saliendo,
La muerte helada entró por la herida,
Y él siguió á los demás, así diciendo:
«Pensastes, gente infame, aborrecida,
La oscuridad de aquesta noche viendo,
Que era de las de Baco deseada,
Y de tres á tres años celebrada.

»No penseis que de Cadmo son los juegos,
Donde al son de lascivos atabales
Usais incestos bárbaros y ciegos
Con vuestras propias madres bacanales;
Otros son, otras músicas y fuegos
Son los destos funestos matorrales;
No con hembras la guerra aquí se tiene,
Ni aquí con tirsos frágiles se viene.

»Otro furor es este y otra guerra,
Hecha al son de instrumentos temerosos;
Morid, infames, ocupad la tierra,
O cobardes, ó pocos y medrosos.»
Esto diciendo, el llano, el valle y sierra
Discurre, no con piés tan presurosos,
Que cansada la sangre ya en las venas,
En ellos puede sustentarse apenas.

Ya con menos furor y menos brio
La espada esgrime, y ya pesado hecho
El escudo, de hierros no vacío,
Le hace ya mas daño que provecho,
Y ya un helado y húmedo rocío
Cansancio añide al fatigado pecho,
Y de sangre enemiga humedecido,
Del cabello á los piés está teñido.

Tal suele de Masilia entre el ganado,
Despues que á su pastor con pié ligero
Ahuyentó, hallarse fatigado
Entre muertas ovejas leon fiero,
Que vencida la hambre, y sosegado,
Menos hambriento y menos carnicero,
No ya erizado el cuello, ni tan alta
La cerviz coronada, á nadie asalta.

Párase en medio del ganado muerto,
Anhelando, cansado y ya vencido
De sus mismos manjares, y cubierto
De la ya helada sangre que ha vertido;
A nadie sigue ya por el desierto,
Y en la secreta cueva al fin tendido,
Sin que el hambre á mas furor lo llame,
Las blandas piernas con la lengua lame.

No con aquesto el vencedor contento,
Lleno de los despojos, bien quisiera
Volver á la ciudad, y que sangriento
El Rey y el pueblo atónito le viera;
Y cumpliera sin duda el fiero intento,
Si otro mejor consejo no le diera
Pálas, que, su cansancio conociendo,
Le sosegó el furor, así diciendo:

«¡Oh decendiente del famoso Eneo,
A quien agora concedido habemos
Vencer á Tébas, y con tal trofeo
La fama de tu sangre ennoblecemos!
Enfrena tu furor y tu deseo,
Que aun en el bien son malos los extremos;
Vuelve á Argos á contar tu gran vitoria,
Baste ya tanto bien y tanta gloria.»

Ya todo el escuadron de tanta gente,
Que tan soberbio y confiado vino,
Muerto estaba, quedando solamente
Vivo Meonte, en Tébas adivino;
Bien el estrago y mortandad presente
Con tiempo adevinó, mas el destino
No quiso que algun crédito tuviese,
Por mas veces que al Rey se lo dijese.

Aqueste, no cobarde ó fugitivo,
Pues vivo á su pesar quedado habia,
Perdona solo el vencedor altivo,
Y á la ciudad, diciendo así, lo envia:
«Oh tú, quien quiera que eres, á quien vivo
Verá la luz del venidero dia,
Libre de mi furor á Tébas parte,
Y esto di al rey tebano de mi parte:

»Ciñe de foso tu ciudad, perjuro,
Todas sus puertas cierra diligente,
Armas busca, renueva el viejo muro,
Y junta sobre todo mucha gente;
Mira de sangre aqueste campo duro
Bañado por mi espada solamente,
Y en este fiero estrago el tuyo advierte,
Que tal cual vine he de volver á verte.»

Pártese aquel, y luego el gran Tideo,
A la tritonia diosa agradecido,
Del despojo levanta un gran trofeo,
Honor por sus favores merecido;
De muertos un monton horrible y feo
Del espacioso campo ha recogido,
Y en él alegre sus hazañas mira,
Y viendo tanta mortandad, se admira.

Estaba fuera de la selva escura,
En medio un campo, de otras apartada,
Una robusta encina, antigua y dura,
Ya de su mocedad muy olvidada,
De no vista grandeza y espesura,
Espaciosa de ramos y intricada,
Cuyos torcidos brazos á la alfombra
Hacen del verde campo eterna sombra.

De aquí cuelga por órden las espadas,
Trozos de lanza, yelmos, morriones,
Dardos, escudos, golas y celadas,
Arcos y aljabas llenas de arpones;
Y viendo así las ramas adornadas,
Y de armas y de cuerpos los montones,
Este, en honra de Pálas, himno santo
Dice, y el valle escucha y calla en tanto:

«Guerrera diosa, ingenio peregrino
De tu gran padre al fin, y honra primera,
Que con semblante airado, aunque divino,
En guerras eres poderosa y fiera,
Y á cuyo rostro el yelmo de oro fino
Añide horror y majestad severa,
No menos que el gorgonio escudo fuerte,
Lleno de tanta sangre y tanta muerte.

»Tú, qu'entre las batallas, de horror llenas,
Cual Marte y cual Belona has encendido
Igual furor en las heladas venas
De aquellos á quienes has favorecido,
Esta ofrenda recibe, ó ya de Aténas
A ver aqueste estrago hayas venido,
O de los coros del Iton aonio,
O de tu antiguo líbico tritonio.

»Aquí solo te ofrezco por trofeo
Tristes despojos, rotos y bañados
En sangre de hombres; mas, si al fin poseo
Los partaonios campos deseados,
Y á Pleuron, mi querida patria, veo
No ya tan perseguido de los hados,
Te haré un rico templo de obra bella,
Dorado todo, en el alcázar de ella;

»Desde donde el Jonio proceloso,
Y en medio dél la peregrina flota
Alegre mires, golfo ignoroso,
Que con cualquiera viento se alborota;
Y lo que por Alcides tan famoso
Aquello levantando el mar azota,
Hasta donde su túrbida corriente
Baña á las cinco Equinadas la frente.

»De mis pasados los famosos hechos
En él por órden se verán pintados,
Y los reyes vencidos y deshechos,
Bravos de rostro, al vivo retratados;
En sus columnas y dorados techos
Armas y escudos se verán colgados,
Y algunos adquiridos por mi espada,
A costa de mi sangre derramada.

»Las ricas armas que quitarle espero,
Con tu favor, de Tébas al tirano,
Aquí colgadas se verán primero,
Ganadas y ofrecidas por mi mano;
Y al fin, colgando el vencedor acero,
Ya en paz alegre descansando ufano,
Servirán en tus aras cien doncellas,
De toda Calidonia las mas bellas.

»Emplearán en tejer su hermosura,
Y no habrá tela alguna que no sea
De color varia y varia de pintura,
Donde su industria y tu poder se vea;
Sacerdotisa allí de edad madura,
Que ya sigura honestidad posea,
Tendrá de tus altares el gobierno,
Guardando el fuego velador eterno.

»Al fin, en paz y en guerra, de contino
De mí recebirás ofrenda rica,
Sin que se enoje por tu honor divino
La bella diosa que á cazar se aplica.»
Dijo; y tomando de Argos el camino,
Pasa pueblos y campos, y publica
Por donde pasa la vecina guerra,
Tiembla debajo de sus piés la tierra.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Aflígese Teócles en ver que se tardan los cincuenta que envió á matar á Tideo. Llega Meonte, sacerdote, á dar la nueva de la vitoria de Teseo y muerte de sus compañeros; habla con libertad al Rey, reprehendiendo su maldad. Levántanse Flegias y Labdaco para castigar su atrevimiento. Saca Meonte la espada, y atraviésásela por el pecho. Manda Teocle que no se le dé sepoltura. Salen los tebanos á sepultar y llorar sus muertos. Júpiter manda á Marte que incite á guerra á los argivos contra Tébas. Baja Marte. Sálele al encuentro Vénus pidiendo no destruya á Tébas. Consuélala y obedece á Júpiter. Tideo llega á Argos. Cuenta la traicion de Teócles. Provoca á guerra á los de Argos. Adrasto los procura sosegar, ofreciendo la venganza para su tiempo. Marte va por toda Grecia, incitando los pueblos á guerra contra Tébas. Adrasto consulta sus agoreros. Anfiarao y Melampo, sacerdotes, hacen sacrificio á los dioses. Hallan contrarios agüeros. Previénense los griegos de armas. Procura Anfiarao desistirles del propósito de guerra. Capaneo le reprehende, atribuyendo su ciencia á cobardía. Argía, esposa de Polinice, pide á su padre Adrasto apresure la guerra por consuelo de su esposo. Consuélala Adrasto, prometiéndole brevedad en la jornada.

Dormir en tanto en Tébas no podia
El Rey, que á su pesar yelando estaba,
Aunque ya el carro de la noche fria
De la mitad del curso declinaba;
Faltaba mucho para el nuevo dia,
Y así en tanto su pecho atormentaba
Cuidado velador, que trae consigo
De la maldad que cometió el castigo.

Mucho un temor helado le molesta,
Que en negocios de duda es agorero,
Pues sin saber lo mucho que le cuesta,
Ni que es tan bravo el enemigo fiero,
«¡Ay de mí! dice, ¿qué tardanza es esta?
Que ya de esperar tanto desespero;
¿Si por tomar camino diferente,
Ha podido alejarse de mi gente?

»¿Si adivinando allá el furor tebano,
A socorrer los de Argos han venido,
O acaso de algun pueblo comarcano,
Adonde mi maldad ya se ha sabido?
Si por ventura ¡oh Marte soberano!
Pocos y flojos son los que he escogido
Para asir la ocasion de los cabellos,
Cromio pues y Dorilo fué con ellos?

»De Tespio el uno y otro decendiente,
Cual dos torres que en vano azota el viento,
Pues nadie mas osado ó mas valiente,
Fueron tambien á ejecutar mi intento;
A Argos estos cuatro solamente
Pudieran derribar por el cimiento;
Pues ¿qué harán de tantos ayudados,
Todos en casos árduos aprobados?

»No el enemigo, de diamante hecho,
Es tan impenetrable y tan siguro,
Para que no haya sido de provecho
Acero tanto y tanto hierro duro.
¡Oh gente floja y de cobarde pecho,
Aunque de Tébas sois el fuerte muro!
¿Tanto, si al fin sacastes los aceros,
Un hombre solo puede deteneros?»

Aquesto discurriendo está consigo,
Juzgando por sigura aquella impresa,
Porque no el gran valor del enemigo
Al número de tantos contrapesa;
No espera á su maldad tan gran castigo,
Mas culpase á sí mismo, y ya le pesa
De no haber con su espada dado muerte
En su palacio al mensajero fuerte.

Pésale de que pudo en su enemiga
Sangre satisfacer ira tan fea,
Contraviniendo á la razon, que obliga
Que tan siguro el mensajero sea;
Desta suerte se aflige y se fatiga,
Ya teme y ya la luz del sol desea,
Ya de lo comenzado se arrepiente,
Y ya tiene vergüenza de la gente.

Cual compele al experto marinero
La estrella Olenia con su luz mas pura
Que saque el leño calabrés ligero
Del puerto amigo al agua mal segura,
Y luego de repente el viento fiero
Comienza amenazarle en noche escura;
Los polos inclinando Orion le oprime,
Truena el cielo, el mar brama, el viento gime;

Y viéndose acosado y tan remoto
Del dulce puerto, de quien ya se aleja,
Quisiera atrás volver el leño roto;
Mas mientras mas la tempestad le aqueja,
Y hiriendo la popa el fiero Noto,
El arte y el timon gimiendo deja,
Y al fin, turbado, su salud entrega
Al viento y al rigor del agua ciega;

Desta suerte el tirano congojoso
Culpa el lucero porque tanto tarda,
Para quien no le espera, presuroso,
Y flojo para el triste que le aguarda;
Con un prodigio en esto temeroso,
Que mas lo atemoriza y acobarda,
Indicio claro dió la tierra dura
De su no imaginada desventura.

Ya que iba al ocidente recogiendo
La noche su tiniebla y sombra fria,
De la hermosa luz del sol huyendo,
Que ya el alba avisaba que venia,
Tembló la tierra con tan grande estruendo,
Que Tébas pareció que se hundia,
Y el alto Citeron su antigua nieve
Sacudió de su cumbre en tiempo breve.

Arrancados parecen de su asiento
Los techos á las nubes levantarse,
Y en Tébas con ligero movimiento
Correr las siete puertas á encontrarse;
Cerca estaba la causa del portento,
Y así fué luego fácil de aclararse;
Es Meonte, que triste vuelve á Tébas,
Embajador de desdichadas nuevas.

Airado viene por haberle el hado
A su pesar la muerte prohibido,
Pero tan diferente y tan trocado,
Que fué dificilmente conocido;
No quién es aun de cerca ha declarado,
Mas el llanto, el sollozo y el gemido
Daban, ya que á los muros se avecina,
Indicio claro de una gran ruina.

Tal el triste pastor vuelve, gimiendo
Del estrago cruel de su manada,
Cuando nocturna tempestad huyendo,
O nieve de los montes desatada,
Aquí y allí turbada fué corriendo,
Donde de lobos fué despedazada,
Y al fin, de aquel rigor y noche fria
Descubre el daño el venidero dia.

Teme ofender del dueño los oidos,
Llevándole antes nuevas que la fama;
Y así, llenando el campo de alaridos,
Tierra en su rostro y lágrimas derrama;
Echa menos sus toros conocidos,
A quien en balde por sus nombres llama,
Y del tinado en que vivir solía
El silencio aborrece y mas porfía.

Las madres, que en la puerta amontonadas,
Le vieron venir solo y tan horrible,
Espantosas reliquias desdichadas
De un escuadron que pareció invencible,
Nada osan preguntar, de miedo heladas,
Y al fin levantan un clamor terrible,
Cual se oye en el navío que se anega
O en ciudad asaltada que se entrega.

Entrando pues airado, horrible y feo,
Ante el infame rey, con voz turbada,
«Aquesta sola, dice, el gran Tideo,
Anima aborrecible y desdichada,
Reliquia sin ventura del empleo
De tu maldad, de nadie imaginada,
Lleno de gloria, ufano de tu afrenta,
De un escuadron tan grande te presenta.

»O ya sentencia fué del hado fiero,
O fortuna ó del cielo fué castigo,
O el gran valor (y confesarlo quiero,
Aunque vergüenza es) del enemigo;
Que apenas, aunque soy el mensajero,
Puedo crédito dar á lo que digo;
Todos, todos han muerto, ¡ay dura suerte!
Y solo soy aviso de su muerte.

»Testigos hago estrellas y luceros
De aquesta temerosa noche escura,
Y las almas de tantos compañeros
Que ocupan, muertos ya, la tierra dura,
Y de las malas aves los agüeros,
Por quien vuelvo á contar mi desventura,
Que no fué aquesta infame y triste vida
Con lágrimas ó ruegos merecida;

»Ni en piés ligeros la escapé, queriendo
Deshonrado vivir eternamente;
Mas quedé vivo, al cielo obedeciendo,
Que quiere que este mal en Tébas cuente,
Y porque Atropos fiera, que huyendo
Va del que mas desesperado siente,
Dándome vida infame y desdichada,
Me quitó aquella muerte deseada.

»Y para que conozcas que en mi pecho
No cabe de la muerte miedo insano,
Y que amor de la vida no me ha hecho
Honrosa muerte dilatar en vano,
Tú con el mas injusto y torpe pecho
Que jamás tuvo bárbaro tirano,
Moviste por tu gusto solamente
Guerra cruel en odio de tu gente.

»El reino usurpas, y á tu hermano en tanto
Destierras de la patria deseada,
Y desprecias, injusto, el honor santo
Del juramento y de la ley sagrada;
Y así, el eterno y miserable llanto
De tanta casa ya desamparada
Te tiene de afligir, pidiendo al cielo,
En la venganza, de su mal consuelo.

»Cincuenta almas, en torno de la tuya
Volando con horror de noche y dia,
Te han de seguir para venganza suya,
Y entre ellas cuento aquesta triste mia;
Que antes que á mi honra se atribuya
Alguna mancha vil de cobardia,
Cumpliré con mi muerte y con tu afrenta
El número cabal de los cincuenta.»

Esto dice con lengua libre y sábia
El tebano adivino osadamente,
Y el fiero Rey, movido con la rabia,
Mostró el rostro teñido de ira ardiente;
Y en ver que de esta libertad se agravia,
Flegias y el siempre en males diligente
Labdaco se levantan de su asiento
Por castigar aquel atrevimiento.

Cada cual destos, insolente y fiero,
Del Rey las veces y el poder tenia;
Y viéndolos venir el agorero,
La espada desnudó con osadía.
Ya al Rey airado y ya al desnudo acero
Los ya mortales ojos revolvia,
Y al fin, en el tirano el rostro fijo,
Con nueva libertad aquesto dijo:

«No en la sangre de aqueste osado pecho,
Aunque mi lengua á mas furor te llame,
Procures tu venganza sin provecho,
Qu'en mí no cabe amor de vida infame;
No en ella has de tener algun derecho,
Ni es bien que por tu mano se derrame
Sangre que ha perdonado el gran Tideo,
Si ya en vano esta espada no poseo.

»Yo muero alegre al fin, y el hado sigo,
Término del discurso de mis males,
Pues ya las almas de uno y otro amigo
Me esperan en las sombras infernales;
Queda tú vivo en Tébas, enemigo
Del cielo y de los dioses inmortales,
Que á su rigor remito tu osadía,
Y al de tu hermano la venganza mia.»

Esto postrero apenas dijo, cuando
Sobre su misma espada atravesado,
Cayó en el duro suelo, derramando
La sangre por el uno y otro lado;
Con el dolor el alma agonizando,
Dejó el cuerpo, en su sangre revolcado,
Al suelo, de sus venas ofrecida,
Ya por la boca, ya por la herida.

Los nobles senadores, que presentes
Se hallaron al caso sucedido,
Atónitos quedaron, y entre dientes
Murmuraban, hablándose de oido;
Y la amada mujer y los parientes,
Que apenas alegrarse habian podido,
De ver que á Tébas vivo se volvia,
En lágrimas trocaron su alegría.

De semblante, aunque muerto, venerable,
Al son lo llevan de un cantar funesto,
Mas del airado Rey la ira indomable
Sosegar no ha podido con aquesto;
Que á los ruegos y al llanto inexorable,
Manda que en medio el campo quede puesto
Sin honra alguna y sin la paz segura
Del fuego y mal negada sepultura.

Y tú, de Apolo sacerdote santo,
Digno de fama y de inmortal memoria,
Que en desprecio del Rey, con valor tanto
Ganaste con morir tan gran vitoria,
¿Qué nuevos nombres te daré en mi canto,
Que puedan igualar á aquella gloria
Que tú adquiriste con tu propia mano,
En tu muerte triunfando de un tirano?

No en balde Apolo coronó tu frente
Del sagrado laurel, y los secretos
Te descubrió del cielo abiertamente,
A que están los mortales tan sujetos;
Cirra y Dódona en bosques eminente
De hoy mas en sus oráculos y efetos,
Muerto tú, callarán, porque sin duda
Eras la viva voz de su voz muda.

Vé pues, no á los lugares del infierno,
De sombras infelices habitados,
Sino al descanso y al regalo eterno
De los elisios valles apartados,
Sin que el injusto Rey algun gobierno
Tenga en aquesos campos, no gozados
De alma alguna tebana; que á tí solo
Tan grande bien ha concedido Apolo.

Quedó privado al fin de sepoltura,
Pero no de su adorno despojado,
Reverenciado de la tierra dura,
Y de aves y animales respetado;
Mas ya para buscar su desventura
Los huérfanos y viudas se han juntado,
Tristes dejan sus casas, y esparcidos
Corren, llenando el campo de gemidos.

Salen acompañando su tormento,
Unos por consolar las afligidas,
Otros por ver del enemigo exento
Hazañas de una noche aun no creidas;
Resuena el campo triste y gime el viento,
Llevando sus querellas esparcidas,
Y el valle, que en sus senos las esconde,
Lleno de horror á su dolor responde.

Ya que á la selva, á la ciudad tan cara,
Y al infame peñasco se acercaron,
Cual si la causa entonces comenzara,
Las lágrimas de nuevo comenzaron;
Que viendo ya su desventura clara,
Nuevo clamor al cielo levantaron,
Y llenos de ira y de furor extraño,
Llorando corren á abrazar su daño.

Pálido del dolor y estrago hecho,
Presente el duelo atroz estaba en tanto,
Suelto el cabello y lastimado el pecho,
Convidando á las madres á otro tanto;
Cuál del rostro ya helado el yelmo estrecho
Desata y lo calienta con su llanto,
Y cuál hinche, del mucho que vertia,
La herida, de sangre ya vacía.

Cuál mancha en el del muerto el rostro bello,
Sin culpa por sus manos ya herido,
Y cuál en sangre tiñe su cabello,
Por limpiar la del muerto conocido;
Cuál junta la cabeza al roto cuello,
Y cuál al hombro el brazo dividido,
Y cuál haciendo de sus ojos rios,
Los muertos cierra, ya de luz vacíos.

Corre la turba airada y presurosa,
Buscando al padre, al hijo y al hermano,
Y á su marido la afligida esposa,
Que vivo y vencedor esperó en vano;
Y tal de la herida rigurosa
El hierro arranca con osada mano,
Quedan de pena y de correr cansados,
Sobre propios ó ajenos arrojados.

Mas Ida, madre de los dos hermanos,
Los ya blancos cabellos ofendiendo,
El campo corre, y con osadas manos
Su miserable rostro va hiriendo;
Busca entre esotros míseros tebanos
Sus dos hijos, de suerte humedeciendo
Cada cuerpo que encuentra, que su llanto
No ya á lástima obliga, sino á espanto.

Tal despues del rigor de una batalla,
Que de cuerpos el suelo dejó lleno,
Cuando cesa el rumor y el campo calla
En noche escura y cielo mal sereno,
Entre ellos maga tésala se halla,
Y alma de alguno del tartáreo seno,
Con su fuerte conjuro y canto usado,
Quiere volver al cuerpo no enterrado.

A la lumbre del cedro, antiguamente
Usada como fuego mas seguro,
Pasa buscando entre la muerta gente
El que ha de obedecer á su conjuro;
Su canto empieza al fin, y su voz siente,
No sin grande alboroto, el reino escuro;
Muérdese el negro rey de enojo el labio,
Quejándose las almas deste agravio.

Estaban los hermanos apartados,
Entre unos matorrales encubiertos,
Juntos al pié del monte y abrazados,
Los pechos de una misma suerte abiertos,
Por una misma lanza atravesados,
Y de una mano á un mismo tiempo muertos.
¡Dichosos, que abrazándose murieron,
Pues tambien abrazándose nacieron!

Como los vió, enjugando un poco el llanto,
Dando á la voz lugar el dolor fuerte,
«¡Que abrazos miro, dice, oh cielo santo!
Qué besos vengo á ver, ay dura suerte!
¿Qué fiera mano tuvo ingenio tanto,
Que así pudo juntaros en la muerte?
¿Cuál antes besaré en dolor tan fiero?
¿A cuál herida llegaré primero?

»Mi gloria sois vosotros, invidiada,
Y de mi parto la feliz fortuna,
Con que á los altos dioses comparada
Creí que fuera tan dichosa cuna.
Vosotros sois por quien viví estimada,
Que nunca me igualó tebana alguna;
¡Ay gloria! mas no gloria, sino infierno,
Por quien tiene de ser mi llanto eterno.

»¡Dichosa aquella estéril que, gimiendo,
Nunca invocó á Lucina, ni en su lecho
Los pequeñuelos hijos vió creciendo,
Ni colgados jamás del libre pecho;
Que yo mi propio mal parí en pariendo!
Y desdichada el mucho bien me ha hecho,
Pues que fué tanta gloria y honor tanto
Causa de mi dolor y de mi llanto.

»Aun ya si en campo abierto á luz del dia
O en otra guerra aqueste daño fuera,
Adonde el valor vuestro y osadía
Nombre inmortal y fama eterna os diera,
Pudiera ser menor la pena mia,
Y algun consuelo en mi dolor tuviera;
Pero mi no temida desventura
En guerra infame fué y en noche escura.

»Y pues tan sin honor, en todo iguales,
Os ha postrado la enemiga suerte,
No es bien que yo divida abrazos tales,
Ni el amor que os tuvistes en la muerte;
Id juntos á las honras funerales
Antes que á mí me acabe el dolor fuerte,
Ambos cuerpos reciba un solo fuego,
Y una urna sola las cenizas luego.»

No con menos dolor ni menos llanto
A Cronio su mujer, y á su Penteo
La madre llora, y con igual espanto
Marpisa, aun no casada, á su Fileo;
Lavan las dos hermanas de Acamanto
El cuerpo, de la sangre horrible y feo,
Lloran sus hijos á Tidemo en vano,
Que aprendieron á estar sin él temprano.

Mientras unos aparte están llorando
Su pena, su dolor y desventura,
Otros con duro hierro están quitando
A la selva su honor y hermosura;
Tristes gemidos por el aire dando,
Caen sus plantas en la tierra dura,
Que ya testigos de la noche fueron,
Y tanto estrago y tantas muertes vieron.

Enciende aparte cada cual su fuego,
Poniendo en medio dél al muerto amado,
Y alguno encima se arrojara luego,
Si no fuera de esotros estorbado;
A las estrellas sube el humo ciego;
Y en tanto el viejo Alétes, que ha dejado
Un siglo atrás con su vivir prolijo,
Por consolarlos, desta suerte dijo:

«Del hado ejercitada de contino
Fué mal en diversos males nuestra gente,
Desde que aquel sidonio peregrino,
Arrojado del mar infaustamente,
A sembrar los aonios campos vino,
Y vió nacer de aquel sembrado diente
Un escuadron que con armada diestra
Principio fué de la desgracia nuestra.

»Mas ninguna fué á aquesta semejante:
Ni cuando vió el real palacio ardiendo,
Engañada por Juno, la ignorante
Sémele, que su mal pagó muriendo;
Ni aquel llanto fué igual, cuando Atamante
Furioso por el monte fué corriendo,
Llevando con alegre regocijo
A despeñar el medio muerto hijo.

»Ni Tébas escuchó clamores tales,
Como cuando movida á los clamores
Y lágrimas de esotras bacanales,
Venció Agabe, cansada, sus furores;
Solas aquellas lágrimas iguales
Pudieron ser, y iguales los dolores,
Cuando su gran soberbia al fin pagando,
Niobe estuvo su dolor llorando,

»Cuando vió de sus hijos el estrago,
Dolor ni imaginado ni temido,
Y el suelo de su sangre hecho un lago,
Y el fuego para tantos encendido;
Que aunque este fué su merecido pago
De haberse con los dioses atrevido,
Nadie hubo en la ciudad que no culpase
De los dioses la envidia, y no llorase.

»Todos á la ciudad desamparon,
Llenos de admiracion, horror y espanto,
Todos despues á la ciudad tornaron,
Gimiendo el caso con inmenso llanto;
Por cada puerta á un mismo tiempo entraron
Dos lechos funerales, y era tanto
El tropel de las gentes que venian,
Que por las siete puertas no cabian.

»Y aunque yo tan pequeño entonces era,
Que algun dolor ó pena no sentia,
Y conocer entonces no pudiera
La desventura grande de aquel dia,
Sin que del llanto la ocasion supiera,
Como llorando á todo el mundo via,
Lloraba yo tambien, y lloré tanto,
Que igualaba á mis padres con mi llanto.

»Grande tambien la turbacion tebana
Fué entonces, mucho el llanto y el gemido,
Cuando por el enojo de Diana
Quedó Acteon en ciervo convertido;
Y luego de sus perros la ira insana,
No pudiendo ser dellos conocido,
Dió muerte á su señor incautamente,
Solicitada de su propia gente.

»Mucho en Tébas tambien se lloró cuando
Su reina Dirce, en fuente convertida,
Hecha agua de su sangre, fué regando
La tierra de quien era obedecida.
Todas estas desdichas que llorando
Tuvieron la ciudad tan afligida,
Fueron (que al fin es este algun consuelo)
Castigo de algun dios, ira del cielo.

»Mas esta que presente aquí tenemos,
Excede á las demás por un tirano,
Por cuya culpa todos padecemos,
Perdiendo tanto noble ciudadano;
Que aun no la guerra comenzado habemos,
Y al mal que llegar puede vemos llano,
Ni aun en Argos la fama ha dado nuevas
De la fe que ha quebrado el rey de Tébas.

»¡Oh cuánta sangre humana en su corriente
Al mar ha de llevarle cada rio,
Y de hombres y caballos juntamente
Cuánto sudor cairá en el suelo frio!
Vea otra edad robusta y mas valiente
Aquesto, y no el cansado cuerpo mio,
Y antes en propio fuego en paz sosiegue
Que á ver el mal de aquesta guerra allegue.»

Esto, sin que algun miedo le refrene,
Dijo, llamando al Rey, con labio osado,
Cruel, tirano, injusto, y que al fin tiene
De pagar su maldad y su pecado.
¿De dónde tanta libertad le viene?
De ver cerca su fin, y haber dejado
Muchos años atrás, y desta suerte
Procura algun blason para su muerte.

Aquesto en Tébas Júpiter miraba
Con el enojo que en su pecho encierra,
Y viendo cómo ya encendida estaba
Con la primera sangre aquella guerra,
Manda venir á Marte, que llegaba
Ufano y victorioso de la tierra,
Trunfando de las bárbaras naciones
De los vencidos getas y bistones.

Lleno el yelmo de rayos rigurosos,
Resplandece y con oro su armadura,
Sembrada de animales espantosos,
Añadiéndole horror cada figura;
Hacen tronar los polos temerosos
Sus ruedas, y del sol la lumbre pura
Turba con la sangrienta de su escudo,
Emulo que con él competir pudo.

Y viéndolo que airado, horrible y feo
Está representando aun todavía
De la guerra sarmática el trofeo,
Donde su horror y tempestad se via,
«Tal, dice, ¡oh hijo! como aquí te veo
Vuelve á sembrar tu furia y tu osadía,
Y con aquesa espada mal enjuta
Mi voluntad en Argos ejecuta.

»Baja del cielo, y corre presuroso
Por los argivos campos, de ira lleno,
Y al pasar alborota el pueblo ocioso,
Rompiendo de la paz el blando freno;
Pida ya guerra el menos belicoso,
Las treguas rompe y siembra tu veneno,
Abrasando sus pechos, porque insanos
Sus ánimas te ofrezcan y sus manos.

»¡Qué mucho qu'esto puedas en la tierra,
Si puedes con enojo y furor ciego
Mover entre los mismos dioses guerra
Y perturbar mi paz y mi sosiego!
El ocio, indigno á tu valor, destierra,
Que ya he dado principio á aqueste fuego,
Pues desta guerra lleva al pueblo aqueo
Con sangre escrita la ocasion Tideo.

»El infame principio que ha tenido,
La traicion, el engaño y la asechanza
Publica adonde fueres, y que ha sido
Del Rey tan sin disculpa la venganza.
Sépase que las treguas ha rompido,
Y que no hay de mas paces esperanza;
Da crédito á Tideo, cuyas pruebas
Podrán decir la gran maldad de Tébas.

»Vosotros, moradores soberanos
Del cielo, y de mi sangre decendencia,
Dejad los odios ciegos y profanos;
No entre vosotros haya competencia
Ni conmigo os valgais de ruegos vanos,
Que aquesta es de los hados la sentencia
Desde el principio de las cosas dada,
Y de las negras parcas ya jurada.

»Y si agora en los nietos insolentes
No consentis ¡oh dioses! que castigue
Los antiguos delitos de las gentes,
Queriendo al fin que mi rigor mitigue,
Testigos hago á las elisias fuentes,
Porque nadie en rogarme se fatigue,
Que en Tébas, á pesar del rey perjuro,
Con esta mano asolaré su muro.

»Y por la misma vengativa mano
Ha de ver sus castillos coronados
Argos tambien, favorecida en vano,
Sobre sus altas casas derribados;
Sus estanques serán un Oceano,
Con un diluvio de aguas aumentados,
Aunque se abrace sin provecho alguno
A sus castillos y á su templo Juno.»

Esto diciendo, estremecióse el cielo,
Y atónitos los dioses, olvidaron,
Cual si fueran mortales y de hielo,
La voz, en gran silencio se quedaron;
Suspenso así tal vez se quedó el suelo
Y el mar cuando los vientos lo dejaron,
Que el sol de julio y su vigor temieron,
Y á su caverna á refrescarse fueron.

Hace callar al monte el flojo estío,
Calla el ave, sus alas olvidando,
Vese el cielo de nubes ya vacío,
Silencio, sueño y llamas derramando;
El estanque, la fuente, el lago, el rio,
Agotados del sol, están callando,
Y el mar, con larga paz enmudeciendo,
Parece que en su orilla está durmiendo.

Alegre y arrogante el fiero Marte,
A Jove obedeciendo, ocupa ufano
El pértigo aun no frio, y luego parte,
Torciendo el carro á la siniestra mano;
Ya que llegaba á la postrera parte,
Luciente umbral del cielo soberano,
Sin miedo alguno á Vénus vió parada
Delante de su carro, alborotada.

Retrechan los caballos, y al instante
Las erizadas clines abajaron,
Y mitigando su feroz semblante,
El fuego ardiente y el furor templaron;
Los espumosos frenos de diamante
Tascando humildes, á sus piés postraron,
Y ella en tanto así dice al dios guerrero,
Enjugando sus lágrimas primero:

«¿A Tébas guerra anuncias? ¿Guerra á Tébas?
Hermoso suegro para Cadmo eres.
¿Contra tu misma sangre guerra llevas?
¿De tus nietos borrar el nombre quieres?
Y ¡que tan poco á mi dolor te muevas!
¿Posible es que á mi llanto no te alteres?
¿Ni Harmonia ni mi amor pueden moverte,
Ni lástimas ni llanto detenerte?

»¿Aqueste el galardon y el premio ha sido
Del adulterio que la fama cuenta?
Aqueste el de mi honor, por tí perdido,
Y el de la red testigo de mi afrenta?
Pero mucho tu curso he detenido;
Véte, no hagas de mi llanto cuenta,
Que de otra suerte, si ocasion se ofrece,
Vulcano, aunque ofendido, me obedece.

»Si le mandara yo que eternamente
En la yunque sudara, obedeciera,
Y por hacerme galas nuevamente
Las noches desvelado consumiera;
Labrárame mil joyas obediente,
Y aun armas para tí si yo quisiera;
Y tú... mas ¿qué me canso? Si tu pecho
Es de metal y de peñascos hecho.

»Solo quiero que adviertas, como es justo,
Que eres tú la ocasion de mi tormento,
Pues que yo solamente por tu gusto
Hice aquel desdichado casamiento;
Si nunca imaginaste, agüelo injusto,
Favorecer tus nietos, ¿con qué intento
Al sidonio marido en suerte triste
A Harmonia, nuestra amada hija, diste?

»¿No me dijiste entonces que seria
Famosa por la guerra aquesta gente,
Que, aunque de una serpiente decendia,
Era tambien de Jove decendiente?
Si en tu nevada Tracia ó Citia fria,
De Bóreas azotada eternamente,
Casara yo mi hija, por ventura
Viviera mas contenta y mas segura.

»Fué pequeño dolor, fué afrenta poca
Ver hecha sierpe á Harmonia y arrastrando
Por el campo esclavon, y por la boca
Veneno entre las yerbas derramando;
Y que agora esta gente te provoca
Sin culpa á que la estés amenazando,
Y que tú...» Pero Marte, enternecido,
Sufrir su llanto y pena no ha podido.

La lanza, que la diestra le embaraza,
Trueca y del carro se arrojó ligero,
Lastimando á la diosa, aunque la abraza,
Del fuerte escudo el descortés acero;
Para aplacarla el yelmo desenlaza,
Queriendo renovar su amor primero,
Y el semblante feroz al bello opuesto,
Tras de muchos halagos dijo aquesto:

«¡Oh trunfo de mi guerra y paz dichosa,
Unico bien y gloria de mis penas,
Mas que todos los dioses poderosa,
Pues mi braveza y mi furor refrenas,
Y en medio de la guerra mas furiosa,
Cuando mas encendido está en las venas
Mi fuego, puedes sola, si te agrada,
Parar mi carro y detener mi espada!

»No tu fe ni los nietos de mi yerno,
Tuyos al fin y decendientes mios,
Puedo olvidar; enjuga el llanto tierno,
Que no en balde has mostrado esos desvíos;
Primero, aunque soy dios, en el infierno
Pena me dén los cenagosos rios,
Y desarmado, ocupe las orillas
De Cocito entre sombras amarillas.

»Mas si el destino y Jove soberano
Por fuerza, con rigor y ley severa,
Me eligen para aquello que Vulcano
Ni suficiente ni elegido fuera,
¿Puedo no obedecer? ¿Está en mi mano
Estorbar esta guerra que se espera?
¿He de contradecir con pecho osado
Lo que Jove mandó y ordenó el hado?

»A cuya voz agora vi temblando
Ancho cielo, mar hondo y dura tierra,
Y tanto dios atónito y callando,
Que nadie osó contradecir la guerra;
Mas mitiga el dolor que te está helando,
Tu pena tiempla y tu dolor destierra;
Que no en la guerra inútiles serémos,
Si del todo estorbarla no podemos.

»Y cuando con los nuestros á las manos
Lleguen los enemigos escuadrones,
Verásme ensangrentar los campos llanos,
Sus armas destrozar y sus pendones;
Los mas flacos y inútiles tebanos,
Llenos de mi furor, serán leones,
Que el ser al que quisiere favorable
No me prohibe el hado inexorable.»

Dijo; y habiendo con algun consuelo
Mitigado el temor del pecho amado,
El carro ocupa, y desocupa el cielo,
De muerte, ira y furor acompañado;
No con menos rigor deciende al suelo
Que el rayo, ira de Jove, si enojado
Desde Osa y desde Olimpo hace guerra
Con armados nublados á la tierra.

Deciende la fogosa pesadumbre,
El mandato del dios obedeciendo,
Y al cielo atemoriza con su lumbre,
En tres ramos su cola dividiendo;
Y en ver salir de la nevada cumbre
Tras del horrible trueno el rayo horrendo,
Teme en el mar el leño mal seguro
Y en fértil campo el fruto ya maduro.

Lleno en tanto de sangre el gran Tideo,
Vuelve por su camino fatigado,
Y va con priesa igual á su deseo,
Habiéndose á Prosina atrás dejado,
Espantoso de rostro, horrible y feo,
Con el cabello espeso y erizado,
Todo lleno de polvo y sangre fria,
Llenos tambien los labios de sequía.

Sus ojos, como brasas encendidos,
Añaden á su rostro mas espanto,
Airados, soñolientos y hundidos
De haberlos sin dormir tenido tanto;
Bajan arroyos de sudor crecidos
A sus grandes heridas, y él en tanto
Mirándolas, á honor mas alto aspira,
Como el que en ver las sus hazañas mira.

Tal toro vencedor que vuelve airado
Al verde pasto en la dehesa amena
Despues de la batalla, fatigado,
Manchado de su sangre y de la ajena,
Arrogante y soberbio, aunque cansado,
Se goza en ver qu'en la desierta arena
Gime el competidor su grande afrenta,
Sin que el dolor de sus heridas sienta;

Tal vuelve el calidonio, aunque gimiendo,
Que ufano y arrogante de contino,
En odio las ciudades encendiendo
Que encuentra desde Asopo en el camino,
Cuenta á todos, el caso encareciendo,
Que embajador de Polinice vino
A pedir la corona al rey tebano,
Por ley debida al desterrado hermano;

Y que al volverse, habiendo injustamente
El Rey á su embajada respondido,
Le esperó un escuadron de armada gente
En noche escura y paso mal sabido;
Que le embistió á traicion y de repente,
Que vuelve vencedor, aunque herido,
Y que, en efeto, el rey perjuro habia
Negado la corona que pedia.

Muévese al punto el vulgo novelero,
Maldiciendo del Rey la fe perjura,
Y del mal recebido mensajero
Marte el agravio encarecer procura;
Danle crédito al fin, qu'el dios guerrero
Todo lo facilita y lo asegura;
Aquí y allí la fama el caso cuenta,
Y cada vez los miedos acrecienta.

De muchos capitanes rodeado
En Argos halla al Rey entretenido,
Y apenas al umbral habia llegado
Cuando desde él, no visto antes que oido,
«¡Armas! á voces dice, ¡armas, Senado!
Y tú, siempre famoso rey temido,
Si en tí el valor de tus pasados vive,
Tus armas y tus gentes apercibe.

»No hay piedad ni justicia ya en la gente,
Ni hay fe ni religion sino en el cielo;
Si al ávido saurómata inclemente,
Siempre afligido con eterno hielo,
O al bosque de Bebricia, que caliente
Tiene de humana sangre yerto suelo,
Y no al reino de Tébas, ido hubiera,
Mas respetado y mas siguro fuera.

»Y no me pesa, no, ni me arrepiento
De haber ido á hablar al rey tebano;
Alegre estoy, pues hice á mi contento
Experiencia de Tébas con mi mano;
Escuchadme y dad crédito á mi cuento:
Cual si fuera yo torre, aquel tirano,
O cercada ciudad, de aquesa suerte
Armó contra mí solo un campo fuerte.

»Entre los mas valientes escogido,
Salió vestido un escuadron de acero,
De máquinas de guerra apercebido
Y bien impuesto en la traicion primero;
De tantos fuí, en efeto, acometido,
Y solo, desarmado y mensajero,
Del camino inorante y descuidado,
Me vide sin pensarlo rodeado.

»Mas ya dí el galardon á su osadía
Y el debido castigo á su locura;
Todos delante la ciudad vacía
Muertos quedaron en la tierra dura;
Agora pues qu'el miedo los enfria,
Y mi mano aun se está en la empuñadura,
En sepultar se ocupan tanto amigo,
Es tiempo de embestir al enemigo.

»Que aunque tan fatigado de haber hecho
A cincuenta morir con esta espada,
Y con estas heridas de mi pecho,
Donde apenas está la sangre helada,
Perdonando el regalo de mi lecho,
Armado iré el primero á la jornada.»
Pero no sin temor, oyendo aquesto,
Corrieron todos á abrazarle presto.

Pero primero el príncipe tebano
Alborotado llega y afligido;
«¿Qué es esto? dice; ¡oh cielo soberano!
¿Tanto de Jove soy aborrecido?
¿Yo puedo ver exento, libre y sano
Heridas que yo solo he merecido?
¿Este es el cetro, hermano, que me dabas
Y este recebimiento me guardabas?

»¿Contra mí aquesta gente apercebias?
Oh vil deseo de vivir, sediento,
Qué estorbé la maldad que pretendias,
Por temer un dudoso detrimento;
Quédese pues en paz eternos dias
Vuestra ciudad en tanto que me ausento;
Que huésped soy, y no es razon que vea
Tumulto en ella y que la causa sea.

»Ya sé cuán triste y miserable cosa
Es arrancar al hombre de su tierra,
De sus hijos al padre, y de su esposa
El triste esposo que se va á la guerra;
No es bien que alguna madre congojosa,
Viendo que el padre ó hijo se destierra,
Llamándome ocasion de sus enojos,
Me mire mal y con airados ojos.

»De grado voy á la segura muerte,
Sin que el respeto de mi suegro anciano,
Ni de mi bella esposa el llanto fuerte,
Me puedan detener, que será en vano;
Aquesta es la sentencia de mi suerte,
Aquesto debo á Tébas y á mi hermano,
Y esto debo tambien al gran Tideo,
Que sin culpa y por mí herido veo.»

Así de cada uno mueve el pecho,
Y cada cual sin ruegos se enternece;
Hierve el dolor, con lágrimas deshecho,
Y mas la ira con las quejas crece;
Y tal efeto su humildad ha hecho,
Que ya todo el Senado se le ofrece;
No solo los mancebos esforzados,
Pero los viejos, de vivir cansados,

A una voz piden guerra á sangre y fuego,
Vese un deseo en todos de venganza,
Quieren luego partir y hacer luego
Con los vecinos pueblos alianza;
Mas viendo el noble Rey su furor ciego,
Lleno de mal segura confianza,
Con lengua sábia y de experiencia llena
Así les dice, y su furor refrena:

«Remitid á los dioses inmortales
La pena que merece este pecado,
Y el castigo debido á agravios tales
Remitildo tambien á mi cuidado;
Pon tregua tú á tus ansias inmortales,
Que de tu hermano te verás vengado,
Y vosotros, amparo desta tierra,
No de esa suerte apreciaréis la guerra.

»No perderá ocasion nuestro deseo,
Que brevemente se verá cumplido;
Mas cúrese primero el gran Tideo,
Cobre la mucha sangre que ha perdido;
Descanse agora y logre su trofeo,
Pues vencedor á tanta costa ha sido;
Que el dolor general que nos alcanza
Sabrá trazar la forma en la venganza.»

Turbados los amigos con aquesto,
Y mas que todos, la hermosa Argía,
Cércanle en torno, y vióse manifiesto
La multitud de heridas que traia;
Mas él, en medio de la sala puesto,
Porque el cansancio ya lo requeria,
Las espaldas arrima á una coluna,
Nunca ofendidas de herida alguna.

Mientras el Epidauro Idmon famoso
Le lava las heridas y le cura,
Ya con hierro liviano riguroso,
Que la larga experiencia lo apresura,
Ya con yerbas, mas blando y mas piadoso,
La medicina aligerar procura,
El á todos de nuevo el caso cuenta,
Y á la amada mujer, que escucha atenta.

La causa entre los dos ya referida,
Que fué principio de la ira ardiente,
Le cuenta la respuesta desabrida
Del Rey y la emboscada de su gente;
Cuál le puso á mas riesgo de la vida,
Cuál le cubrió de mas sudor la frente,
Y el lugar engañoso que ocuparon
Para la gran traicion que ya pagaron.

Y cómo al fin, de industria, solamente
Dejó vivo á Meonte el agorero,
Porque de tanto capitan valiente
Volviese á Tébas triste mensajero.
Llena de admiracion oye la gente,
Y atónito escuchaba el Rey severo,
Y el desterrado Polinice en tanto
Saca fuego mayor de aquel espanto.

Ya el sol al mar de Hesperia habia llegado,
Donde ya sus caballos desataba,
Y el rostro ardiente y de sudor bañado
Entre las frescas ondas regalaba;
Ya de hermosas ninfas rodeado,
Del trabajo ordinario descansaba,
Y ya corriendo y sin algun sosiego
Llegan las horas á servirle luego.

Cuál quita el rico adorno de su frente,
Tejido de oro y de luceros lleno,
Y cuál con los caballos diligente,
En los pisebres pone el blando heno;
Esta enjuga el sudado pecho ardiente,
La cincha afloja aquella y cuelga el freno,
Y otra, en tanto que pasa el de la noche,
Alza el rollizo pértigo del coche.

La noche de una negra vestidura
Cubrió el suelo y los polos celestiales,
Y en dulce sueño universal procura
Sepultar los cuidados inmortales;
Llena de piedad su sombra escura,
Hace dormir los hombres y animales,
Mas no al argivo rey ni al triste yerno,
Vencidos ambos de un cuidado eterno.

Descansa el calidonio vitorioso,
Que un largo y dulce sueño en la memoria
Le formaba, aumentando su reposo
Sombras de su virtud y de su gloria;
Y en tanto el dios guerrero, bullicioso,
Encareciendo la feliz vitoria,
Entre las sombras de la noche espesa,
De Grecia los confines atraviesa.

Déjase atrás la Arcadia, y pasa luego
La cumbre de Tenaro, y cuanta tierra
Riega Nemeo en todo el campo griego,
Y el llano de Teramnas y alta sierra;
Y sacudiendo de sus armas fuego,
Llena de un general amor de guerra
Los pechos mas cobardes y mas frios,
Llenos de ira, y de temor vacíos.

Del yelmo le componen el plumaje
La Ira y el Furor, su compañero,
Llévale, hijo de ambos, el Coraje
El grande escudo de templado acero;
Es el Asombro de su lanza el paje,
Y el Espanto le sirve de cochero,
Y de todos la Fama vigilante,
Vestida de novelas, va delante.

Vuela delante el carro, y del aliento
De los mismos caballos compelida,
Con gran rumor sacude por el viento
Las torpes plumas de que está impedida;
Volar la hace el aguijon sangriento
Del cochero enojado, y dél herida,
Publica por los campos y ciudades
Con vario son mentiras y verdades.

Y desde el alto carro la compele
El mismo dios y acusa la tardanza,
Y porque con mayor presteza vuele,
La aguija á las espaldas con la lanza;
No de otra suerte el gran Neptuno suele
Llevar delante, con veloz pujanza,
Los vientos que soltó de prision dura,
Cuando al Egeo decender procura.

Al rededor del cual suena gimiendo
La triste escuadra del invierno frio,
Nubes y torbellinos despidiendo
Por cada lado un caudaloso rio,
Mil truenos y relámpagos ardiendo;
Y al fin la tempestad, con mayor brio
Que entre las nubes de su espuma blanca,
Ya sube al cielo y ya la tierra arranca.

Tal, que las firmes Cícladas turbadas,
Viendo revuelto con el mar el cielo,
Dudan de su firmeza, y derramadas
Temen de verse en peregrino suelo;
Teme tambien de ver desapartadas
A Giaro y Micon la antigua Delo;
Y asi, del grande Apolo, en temor tanto,
Pide el favor y invoca el nombre santo.

Ya siete veces de Titon la esposa
La negra noche ahuyentado habia,
Desde el oriente, alegre y amorosa,
A la tierra trayendo el nuevo dia;
Y ni el tebano príncipe reposa,
Ni el rey argivo reposar podia,
Agora mas que nunca fatigado
De un importuno y velador cuidado.

Mil cosas piensa y nada determina,
Mirando sus dos yernos abrasados
En fuego de la guerra ya vecina,
Y á las armas los pueblos inclinados;
Ya la venganza y ya á la paz se inclina,
Incierto si estos fuegos comenzados
Será bien atizar, ó poco á poco
Del vulgo refrenar el furor loco.

Ya la paz con regalos y sosiego
Lo mueve, y ya de nuevo le parece
La paz infame y vergonzosa, y luego
Su descanso y regalos aborrece,
Y tanto mas el comenzado fuego
Con la memoria de la injuria crece
Que mal la paz persuadirá á su tierra
A quien ceba ya el gusto de la guerra.

Por última eleccion y mas segura
Eligió consultar los agoreros;
Ya sacrificios comenzar procura
Para saber los casos venideros;
Y á Anfiarao, á quien la edad madura
Y la larga experiencia en los agüeros
Le hizo en toda Grecia respetado,
Le encomendó que mire el fin del hado.

No léjos dél sus pasos sigue ufano,
Qu'el mismo intento averiguar queria,
El gran Melampo, que aunque mas anciano,
Robusta fuerza en su vejez tenia;
En ambos sábios con tan larga mano
Su espíritu infundido Apolo habia,
Que hay duda cuál bebido en Cirra hubiese
Mas agua, ó mas espíritu tuviese.

Primero, con debida reverencia,
De los sacrificados animales
Miran en las entrañas la sentencia
Que han dado ya los dioses celestiales;
Pero en esta primera diligencia,
En manchadas entrañas ven señales
Tristes y temerosas, y las venas
Llenas de horror y de amenazas llenas.

Turbado cada cual y arrepentido,
Viendo de grandes males venideros
Tanta señal, al campo se han salido
A mirar de las aves los agüeros;
Hay un monte tan alto y atrevido,
Que á besar llega estrellas y luceros,
Llamado de las gentes Afesanto,
En Argos siempre venerable y santo.

Dicen que desde aquí, rompiendo el viento,
Salió Perseo en el caballo alado,
Dejando con no visto atrevimiento
El pecho de su madre alborotado;
La cual, desde una peña sin aliento,
Viendo cortar el aire al hijo amado,
Le siguió con la vista, y le siguiera
Con pecho osado si volar pudiera.

Coronados aquí de blanca oliva,
Y de vendas las sienes adornadas,
Los adivinos llegan, y allá arriba
Suben al fin por sendas no pisadas,
Al tiempo que el dorado Apolo priva
Las yerbas, del rocío aljofaradas,
De aquel humor helado, que desata
Su nueva luz cual fugitiva plata.

Con su oracion usada á Dios primero,
Anfiarao, adivino, así procura;
«Júpiter, dice, eterno y verdadero,
Pues á las aves, con tu lumbre pura,
Del caso mas oculto y venidero
Descubres siempre la verdad futura,
Haz que dellas agora conozcamos
El fin de aquesta guerra que esperamos.

»Que no mayor verdad Cirra dijera,
Ni á los Molosos su robusta encina,
Por mucho que la fama pregonera
Su paloma encarece peregrina;
Ni el árido Hamon decir pudiera
Mayor verdad, ni Branco así adivina
Futuros casos, aunque tenga él solo
La misma honra que su padre Apolo.

»Ni pueden á las aves igualarse
Las suertes que da Licia, ni ha podido
El buey que adora el Nilo aventajarse,
Ni Pan de noche en Licaonia oido;
Solo rico de espíritu llamarse
Puede aquel á quien has favorecido,
Enviando por aire alegre y puro
Aves que le revelen lo futuro;

»Quién de las aves el ligero vuelo
Tanto favoreció, de dónde vino,
No sin muy grande admiracion del suelo,
Aqueste honor antiguo y peregrino;
O fué que el mismo Formador del cielo,
Con sábia mano y con poder divino,
Cuando deshizo el cáos tan confuso,
De materia mas noble las compuso;

»O ya son cuerpos de hombres transformados,
Que al cielo de la tierra se huyeron,
Y sus claros ingenios alentados
Con acercarse al cielo enriquecieron,
O porque de la tierra desviados,
Aire mas puro en su favor tuvieron,
Y olvidando del cielo las maldades,
Allí aprendieron á decir verdades.

»A tí solo, Criador de cielo y tierra,
Este grande misterio está sujeto;
Que de aquesta verdad que en tí se encierra
Nosotros no alcanzamos el secreto;
Solo queremos que de aquesta guerra
Agora nos descubras el efeto,
Y los trabajos que promete el hado,
Que Argos los teme ya, y aun no han llegado.

»Si acaso el hado inexorable y duro
A Argos permite que con dura lanza
Las puertas rompa á Tébas, y en su muro
Tome de nuestro agravio la venganza,
Da un trueno al lado izquierdo, que siguro
Haga el dudoso bien de esta esperanza,
Y aves tras dél, alegres mensajeras,
Vengan con dulce murmurar ligeras.

»Y si Argos en vano aquesto intenta,
Aquí repara, y del derecho lado
Vuelen aves que anuncien nuestra afrenta
Y escurezcan la luz del sol dorado.»
Esto diciendo, á descansar se asienta
Sobre un peñasco en alto levantado,
Dioses no conocidos invocando,
Del mundo inmenso desde allí gozando.

Partieron luego entre los dos el cielo,
Y cada cual, á su mitad atento,
Ya el cielo mira, y ya el humilde suelo,
Y ya con vista seguidora el viento;
Pero lleno de un nuevo desconsuelo,
Y salteado de un temor violento,
Habiendo el aire líquido y el campo
Considerado bien, dijo Melampo:

«¿No ves de tantas aves, que ninguna
Del aire en la region mas levantada
Vuela serena, y torpe cada una,
Parece que del cielo está colgada?
Y si les es contraria la fortuna,
Pues no hay alguna que no esté turbada,
¿Cómo no huyen? que en efeto fuera
Agüero en quien remedio alguno hubiera.

»Ave ninguna en todo el aire veo
Que con vuelo sereno ó dulce canto
Pueda favorecer nuestro deseo
Tras tanta dilacion y esperar tanto;
Ni la que á Febo el adulterio feo
Dijo, ni aquella que en el cielo santo
Rayos ardiendo á Júpiter ofrece,
Ni el ave de Minerva aquí parece.

»Nocturnas aves por el aire gimen,
Cernícalos y buitres van volando,
Que, alegres con sus robos, en mí imprimen
Un no usado temor que me está helando;
Aves no miro algunas que me animen,
Todas gran daño están pronosticando,
Móstruos vuelan al fin, y el buho triste,
Entre ellos ave funeral, asiste.

»De aquesta suerte, oh Febo verdadero,
Las desventuras por venir ordenas;
¿Cuál hemos de seguir de tanto agüero
Que han ya helado la sangre de mis venas?
¿No ves cómo con pico carnicero
Se hieren, de furor y rabia llenas,
Y cómo hacen con terrible espanto
Un son las alas que parece llanto?»

Replicó Anfiarao: «¡Oh padre mio!
Grandes cosas he visto desde el dia
Que, comenzando con la edad el brio,
Seguí del gran Jason la compañía;
Que aunque era tan pequeño, que vacío
Del nuevo bozo el rostro parecia,
Aquellos medio dioses fuí admirando,
Casos del mar y tierra adevinando.

»¿Dónde tan verdaderos y dichosos
Mis pronósticos fueron, que no oido
Fué Mopso en casos por venir dudosos
Con mas aplauso, aunque famoso ha sido?
Mas nunca agüeros vi tan prodigiosos,
Ni temor semejante me ha vencido,
Y aun temo de mayores los enojos;
Vuelve á esta parte los atentos ojos,

»Y mira cuántos cisnes se han parado
En la region mas clara al aire puro,
Que representan escuadron formado
O cercada ciudad de fuerte muro;
O ya los arrojó con soplo airado
Bóreas del Estrimon y helado Arcturo,
O del templado Nilo ya vinieron;
Al fin allí su curso detuvieron.

»A Tébas en aquestos considera,
Porque están sin moverse y sosegados,
Callando en dulce paz, como si fuera
Ciudad con foso y muros levantados;
Mas mira otro escuadron y otra hilera
Que muestra mas valor en los soldados;
Aguilas siete son, que van armadas,
Mas alegres volando y confiadas.

»Estos los capitanes representan
Que Argos ha de juntar en esta guerra,
Y ya romper la escuadra blanca intentan,
Y ella por defenderse mas se cierra;
Mira cómo las uñas ensangrientan
Las águilas, y mira ya la tierra
(Ya que el blanco escuadron se desordena),
De blancas plumas y de sangre llena.

»Mas mira de repente el duro estrago
Que hace en los soberbios vencedores
El enojado cielo, y mira el pago
Que da Jove á sus iras y furores;
Aquel que sube por el aire vago,
Quizá para intentar cosas mayores,
Ya pierde el gran valor que en vano tiene,
Y abrasado del sol, al suelo viene.

»Aquel que en tierna edad quiso, atrevido
Competir con el mas osado y fuerte,
Al fin sus tiernas alas no han podido
Hacer defensa á la temprana muerte;
Aquel tambien, al enemigo asido,
Muerto baja, igualándole en la suerte,
Y aqueste vuelve atrás, desamparado
De su cuadrilla, á quien acosa el hado.

»A aquel derriba un torbellino, y luego
Las alas pierde, y ya mortal deciende;
Muere aquel, y al morir, con furor ciego
Al vencido enemigo, aun vivo, ofende;
No el llanto disimules, que es un fuego
Que ya me hiela ¡ay triste! y ya me enciende;
Que ya, noble Melampo, he conocido
Aquel que al suelo baja aun no herido.»

Así de tantos males venideros,
Llenos de miedo, el caso están gimiendo,
Pues en su pecho son tan verdaderos
Cual si los estuvieran padeciendo;
Pésales ya de haber en sus agüeros
Consultado las aves, inquiriendo
La voluntad del cielo, y ya quisieran
Que no escuchados de los dioses fueran.

¿De dónde así á los míseros mortales
Este amor de saber les ha nacido?
¿Fué dado de los dioses celestiales,
Ó de los mismos hombres adquirido?
Sin duda que produce efetos tales
Nuestra cudicia, que insaciable ha sido,
Que apenas nace el hombre, y ya procura
Saber los casos de su edad futura.

¿De qué sirve saber el fin del hado,
Y los planetas que al nacer tuvieron,
Y lo que de su vida y de su estado
Cloto y el Padre eterno establecieron?
De aquí el muerto animal fué escudriñado,
Y al canto de las aves atendieron,
Y en Tesalia, á la mágica importuna,
Y contados los pasos de la luna.

No en aquella dichosa edad dorada,
Que sus primeros hombres producia
Hechos de tronco duro ó peña helada,
Tan temerario atrevimiento habia;
La selva era su amor y su morada,
Su gloria el cultivar la tierra fria,
Teniendo por maldad y impresa vana
Querer saber lo que será mañana.

Nosotros, vulgo flaco y miserable,
Escudriñar el cielo pretendemos,
Y lo que ordena el hado inexorable,
Antes que venga, adevinar queremos;
De aquí nace temor, ira indomable,
Traiciones y asechanzas que tenemos,
Y el nadie contentarse en este suelo,
Queriendo mas, importunando al cielo.

El sacerdote pues arrepentido,
Arrojando el adorno de su frente,
Baja del alto monte aborrecido
Sin corona y sin vendas, indecente;
Y habiendo solo á la ciudad venido,
Vió á Tébas en los pechos de la gente
Creciendo de la guerra los furores
Al son de las trompetas y atambores.

Mas él en una estancia tenebrosa,
Del Rey, del vulgo y príncipes se esconde,
Ni osa á nadie mirar, ni hablar osa,
Y aunque mas le preguntan, no responde;
Léjos Melampo en soledad reposa,
Que al campo huye vergonzoso, adonde
Divirtiéndose, olvida sus enojos,
Ya que no puede desmentir sus ojos.

Ya doce veces de la tierra habia
La noche ahuyentado al sol hermoso,
Despues que el sacerdote al Rey traia
De un plazo en otro plazo, mentiroso;
Mas de las armas el amor crecia
Con el furor del vulgo bullicioso,
Y al nuevo son de la vecina guerra,
No tiene labradores ya la tierra;

Que obedeciendo á Jove el fiero Marte,
Llenos de su furor delante lleva
Mil escuadrones, que de cada parte
Salen corriendo á la primera nueva;
El recien desposado alegre parte,
Sin que el amado tálamo le mueva,
Y el duro padre al hijo, que se queja,
En el primer umbral llorando deja.

Descuélganse las armas que dejaron
Sus agüelos fijadas en el techo,
Y aun carros que á los dioses dedicaron
Sacan del templo con osado pecho;
Los cansados aceros renovaron,
Que ya es cualquiera hierro de provecho,
Y la piedra al alfange corvo añide
Los filos que el antiguo moho impide.

Cuál el yelmo renueva y la celada,
Cuál el escudo de pesado acero,
Cuál la coraza antigua y abollada,
Llena de orin, ajusta al pecho fiero;
Cuál de malla mohosa mal usado
Vestido hace al corredor ligero,
Y cuál el arco renovar se via,
Y enriquecer la aljaba, ya vacía.

La azada que labraba ayer la tierra,
La hoz que segó el pan y el corvo arado,
En duros instrumentos de la guerra
En las fraguas y yunques se han trocado;
Tanto el temor de todos se destierra,
Que á las sagradas plantas han osado
Herir sin el respeto que les deben,
Cortando lanzas que á la tierra lleven.

Y alguno por cubrir su viejo escudo
Al inocente buey la vida quita,
Que ya favorecer arando pudo
Al que ingrato su muerte solicita;
Al palacio del Rey el vulgo rudo
Corre armado y furioso, y ¡Guerra! grita;
Suben las voces á herir el cielo,
Y al confuso clamor retumba el suelo.

Así suele bramar el mar Tirreno
Cuando el soberbio Encélado, enojado,
Lleno de ira y de impaciencia lleno,
Quiere mudar el peso al otro lado;
Etna vomita llamas de su seno,
Vese el mar de Peloro retirado,
Y Sicilia, otro tiempo dividida,
Verse espera otra vez á Italia unida.

Entre otros aquí venido habia,
Siguiendo á Marte, el fiero Capaneo,
Enemigo de paz, que decendia
De la sangre mejor del suelo aqueo;
Pero con sus hazañas excedia
De sus agüelos él el mayor trofeo,
Impaciente, soberbio, injusto, insano,
Despreciador de Jove soberano.

Fácil, si está enojado, de arrojarse,
Sin temor de la muerte, á mil aceros,
Tanto, que en el furor pudo igualarse
A los centauros bárbaros y fieros;
Y aun pudiera entre aquellos señalarse,
Que llenos de amenazas y de fieros,
Amontonando montes en la tierra,
Al mismo cielo le hicieron guerra.

Mas luego que parados á la puerta
De Anfiarao vió tantos soldados
Que aguardaban saber la verdad cierta
Y el fin de los agüeros y los hados,
«¿Qué infamia es esta, dice, gente muerta?
¿Cómo no estáis corridos y afrentados
De esperar tantos de uno la respuesta?
¿Qué flojedad, oh griegos, es aquesta?

»¿A un sacerdote armada gente espera,
Colgada de su boca mentirosa?
Si el mismo Apolo la respuesta diera,
Fingido dios de gente temerosa,
Y si de Cirra en la caverna oyera
Su doncella amarilla y engañosa,
No pudiera esperar un punto solo
Que ella mintiera y que gimiera Apolo.

»No hay dios alguno á quien respeto tenga;
Mi Dios es mi valor y aquesta espada,
Aquí delante el sacerdote venga
Con su falsa respuesta deseada;
No inventando mentiras se detenga;
Que hoy tiene de quedar averiguada
La potestad que un pájaro ligero
Tiene para saber lo venidero.»

Dijo; y el vulgo, vario en el instante,
Con voz alegre en su furor consiente;
Creció el clamor y pareció delante
El sacerdote, que su infamia siente;
«No, dice, mi reposo, aunque importante,
Me ha estorbado el salir, oh griega gente,
Ni las blasfemias de un mancebo loco;
Que su furor profano estimo en poco.

»Aun no el fin de mis años ha llegado,
Libre de su furor está mi vida;
Muerte mas noble me promete el hado,
Y no á mortales armas concedida;
Pero el amor que os tengo me ha obligado
Para que la verdad no agradecida
Que (al fin amarga) á mi pesar descubra,
Pues ya no quiere Apolo que se encubra.

»Oid al fin los venideros males
Que ha de ofreceros el rigor de Marte,
Si ya para estorbar desdichas tales
Mis avisos no son alguna parte;
Pero tú desocupa estos umbrales,
Pues ya fuera maldad aconsejarte,
Y no me escuches tú, pues que á tí solo
Tiene de callar siempre nuestro Apolo.

»¿Adónde, miserables, vais armados?
¿Qué infernal furia os alborota y ciega,
¿Quién, á pesar del cielo y de los hados,
A tantas desventuras os entrega?
¿Tanto estáis de la vida ya cansados,
Y vuestra ceguedad á tanto llega,
La dulce patria es ya tan enfadosa,
Que no hay en Argos agradable cosa?

»Si no os daban cuidado los agüeros,
¿Por qué al monte quisistes que subiese,
Para que de los dioses verdaderos
O nuestro bien ó nuestro mal supiese?
Como supe los casos venideros,
Tambien pude inorarlos, sin que viese,
Para mayor dolor y mayor pena,
El mal principio qu'este dia ordena.

»Que cosas vide, pues que aun no han venido,
Por los secretos deste mundo os juro,
Y por aquellas aves que han traido
Triste embajada deste mal futuro,
Y por Apolo, que jamás ha sido
Tan temeroso para mí y tan duro,
Que vi con luz, á mi pesar, divina
Prodigios ciertos de una gran ruina.

»Maldades de los dioses vi en el cielo,
Y al mundo con las suyas vi confuso
Volar Megera con alegre vuelo,
Y Laquesis vaciar apriesa el huso;
Arrojad vuestras armas en el suelo,
Las fuerzas aplicad á mejor uso;
Ved que refrena, oh miserables griegos,
Algun dios el furor que os tiene ciegos.

»¿Qué gloria os será, oh griegos mal regidos,
Hartar de sangre la tebana tierra
Y los surcos infames y temidos
Donde de Cadmo la maldad se encierra?
Mas ¡ay, que están del hado establecidos
Los venideros casos desta guerra!
Mal los podrá estorbar ingenio humano;
Al fin irémos, y os aviso en vano.»

Esto gimiendo dijo, y Capaneo,
«Tu furor, le responde, ó cobardía
Tu paz conserve y logre tu deseo,
Sin que agravies con él nuestra osadía;
Y tú, sin gloria ó militar trofeo,
Ampara solo la ciudad vacía,
Y nunca el son de belicosa trompa
Tu paz estorbe y tu silencio rompa;

»Mas no dilates con astuto labio
Nuestro mejor y mas honrado intento;
Que no se ha de olvidar el grande agravio
De la fe y mal cumplido juramento;
Porque tú, como astuto ó como sábio,
Con las aves hablando y con el viento,
Goces en blando lecho y paz ociosa
El tierno hijo y la mujer hermosa.

»Y porque aquesta guerra no te ofenda,
Vé nuevo embajador al rey tebano,
Que allí aquesa corona y esa venda
Darán la paz, aconsejada en vano;
Bueno es que quieras tú que el mundo entienda
Que á tí te avisa el cielo soberano
Las cosas por venir, y que sujetos
A tí están sus misterios y secretos.

»Grande lástima tengo al cielo santo,
Que no está de los hombres bien seguro,
Pues mover á sus dioses puede tanto
La rigurosa fuerza de un conjuro;
A otros pechos podrás poner espanto,
Que mal se imprimirá en el nuestro duro;
Que yo sé bien qu'el miedo fué el primero
Que hizo dioses y inventó el agüero.

»Aquí puedes hablar, mas cuando en Tébas
De la enemiga Dirce el agua fria
O la de Ismeno en la celada bebas,
No cures de enfrenar nuestra osadía;
Que no consentiré que allí te atrevas
A suspender las armas solo un dia,
Y aunque mas aves por el viento veas,
No allí me enojes, si vivir deseas.

»Que no allí ablandará mi pecho fiero
Tu Apolo ni ese adorno de tu frente;
Yo allí seré adivino y agorero,
Y conmigo el que fuere mas valiente.»
Dijo; y el vulgo luego lisonjero
Otra vez con aplauso alegremente
Su voz repite y su temor refrena,
Y el confuso clamor el aire atruena.

Estruendo tal crecido arroyo frio
Lleva cuando al furor de su avenida
Las aguas del invierno añaden brio,
O nieve de los montes sacudida;
Y ya trocado en caudaloso rio,
Sienten su furia, en vano resistida
De altos vallados y peñascos duros,
Campos, aunque apartados, no seguros.

Lleva desvergonzado y atrevido
Las chozas, el ganado y los pastores,
Hasta que de algun monte detenido
Mayor estruendo hace y mas rumores;
Así el confuso vulgo embravecido
A los cielos levanta los clamores,
Viendo favorecido su deseo
Y el resuelto furor de Capaneo.

Puso treguas la noche á aquel estruendo,
Y aqueste tiempo la hermosa Argía,
De Polinice el desconsuelo viendo,
Cuyo dolor el sueño le impedia,
A buscar á su padre va gimiendo,
Que menos qu'ella reposar podia,
Suelto y enmarañado su cabello,
Y de lágrimas lleno el rostro bello.

Y al tiempo que al Océano espumoso
Bajaban á bañarse las estrellas,
Quedando con Bootes perezoso
Calixto sola y invidiosa dellas,
Rompe del padre el sueño y el reposo,
Con llanto acompañando sus querellas;
Y habiendo en brazos del agüelo puesto
Al pequeño Tevandro, dijo aquesto:

«Si el tálamo á estas horas he dejado,
Y sin mi esposo vengo á tus umbrales,
Bien sabes la ocasion, oh padre amado,
Pues sabes el orígen de mis males;
Y porque ya conoces mi cuidado,
Yo juro por los dioses celestiales,
Por tí y por el respeto que te tengo,
Que no mandada de mi esposo vengo.

»Pero desde la noche desdichada,
Desde que en hora triste encendió Juno
Las hachas de mi boda no esperada,
No hay para mí reposo ó bien alguno;
Siempre estoy con mi esposo desvelada,
Y lleno de congojas, importuno,
El velador cuidado que lo aqueja
Nunca dormir ó descansar lo deja.

»Si yo tuviera de una tigre el pecho,
O si de alguna roca helada y dura,
Donde el mar siempre bate, fuera hecho,
No pudiera sufrir su desventura;
Tú eres solo en aquesto de provecho,
Algun remedio á tanto mal procura,
Haz que la guerra y tu favor anime
Al yerno humilde, que abatido gime.

»Mira este infante pequeñuelo y triste,
Tierno renuevo de infelice planta,
De un desterrado al fin, á quien ya diste
Mano y jurada fe de amistad santa;
Aqueste el huésped es que recebiste
Con tanto regocijo y gloria tanta,
Queriendo por su honor que le saliera
A recebir mi honestidad primera.

»Que este es aquel del hado irrevocable
Y de tu mismo Apolo prometido;
Que no yo, desdichada y miserable,
Con ciego amor me procuré el marido;
Tu gusto y mandamiento venerable,
Que obedecí, á tal punto me han traido;
¿Qué mucho, si es mi esposo, que me ablande
Su desconsuelo y su desdicha grande?

»Bien sabes que de amor el blando fuego
Mas en las desventuras va creciendo,
Y yo triste demando un don que luego
Lo he de gemir y ya lo estoy temiendo;
Que bien sé que el efeto de mi ruego
Y lo que estoy con lágrimas pidiendo,
Despues de haberte importunado tanto,
Nueva ocasion será de mayor llanto.

»Pues cuando llegue el dia temeroso
Y la gente se halle apercebida,
Y el son de la trompeta riguroso,
Que ha de ser la señal de la partida;
Cuando aparte los brazos de mi esposo,
Entonces, de mayor temor herida,
Te rogaré de nuevo, por ventura,
Que estorbo pongas á la guerra dura.»

Dijo; y besando sus mejillas bellas,
Responde el viejo padre: «Yo no puedo
Culpar, oh hija amada, tus querellas;
Dignas son de alabar, enfrena el miedo;
Justicia pides y razon con ellas,
Y si de espacio has visto que procedo
A disponer la guerra, no te admires,
Ni por aquesta dilacion suspires.

»Qu'el miedo y de mis reinos el cuidado,
Carga pesada y puesta ya en balanza,
Y los dioses tambien que he consultado
Han sido la ocasion de mi tardanza;
Mas vendrá al fin el medio deseado,
No pierdas por aquesto la esperanza,
No en vano habrás tus lágrimas vertido;
Pero en tanto consuela á tu marido.

»No por esto reciba tanta pena,
Su desconsuelo y su dolor reporte,
Que con aquesta dilacion se ordena
El aparato que á la guerra importe.»
Dijo; y porque del sol la luz serena
Los bélicos rumores de la corte
Ya renovaba, desocupa el lecho;
Que sus cuidados levantar le han hecho.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Belona publica la guerra. Despídense los soldados de sus casas. Hácese memoria de los capitanes y naciones que fueron á la jornada de Tébas. La mujer de Anfiarao recibe de Argía su hijo y el de Harmonia. Atalanta procura estorbar la ida á su hijo Partenopeo. Atemorízase Tébas con la nueva de la venida de los griegos. Viene de los montes una sacerdotisa. Auméntales el temor, profetizando la muerte de los dos hermanos. Temeroso Eteócles, comunica á Tiresias, agorero, el cual, con ayuda de Manto, su hija, conjura las furias infernales. Salen las almas del infierno á su llamada, y entre ellas la alma del ayo, la cual les declara oscuramente los sucesos de la guerra. Marcha al campo griego. Viene Baco en su carro, y viendo el campo que va contra su patria, pide á las ninfas y dioses de las aguas que por algun tiempo sequen las fuentes, rios y lagunas de la tierra de Nemeo, por donde marchan los griegos. Obedécenle, y sécanse las aguas. Padece el campo argivo cruel sed. Envia Adrasto á buscar aguas al fin de grandes fatigas. Hallan á Hisípile, ama de Ofeltes, hijo del rey Licurgo; la cual les enseña el rio Langía. Con agua bebe el campo griego y satisface la sed, y agradece el Rey á las aguas el beneficio recibido.

Tres veces ablandado el duro invierno
Febo con mansos céfiros habia,
Y dando vuelta con su curso eterno
Por el Tauro, alargaba el breve dia,
Cuando ya de la paz roto el gobierno,
Venciendo de los hados la porfía,
Al gran rigor de la temida guerra
Se dió principio y pregonó en la tierra.

Dió de la guerra la señal primera
Belona, cual lo tiene de costumbre,
Con una hacha ardiendo airada y fiera,
Subida de Larisa en l'alta cumbre;
De allí una lanza sacudió ligera,
Llena (cual rayo) de espantosa lumbre,
Que rechinando por el aire frio,
En Dirce fué á parar, tebano rio.

Luego entre las escuadras ya formadas,
Donde el hierro y el oro resplandece,
Corre, llena de lanzas y de espadas,
Armando al que las armas apetece;
Brama y llama á las puertas no cerradas,
Mueve caballos, y al pasar, ofrece
Ingenio al animoso, y al cobarde
Un furor que (aunque breve) tambien arde.

Llegado el plazo al fin de la partida,
El sábio sacerdote ve primero
En cada altar la víctima ofrecida
A la deidad mayor y al dios guerrero;
Y aunque halla en la sangre ya vertida
Y en las entrañas infelice agüero,
Disimula el temor que lo atormenta
Y con vana esperanza el campo alienta.

Cercan á los que tienen de partirse
La esposa, el padre, el hijo y el pariente,
Y ya ninguno acierta á desasirse
Con el dolor que en la partida siente;
Vese el mas duro pecho derretirse,
Y en cada rostro una abundosa fuente,
Sin que hablar al despedirse pueda
El triste que se va ó el que se queda.

Golas y escudos humedece el llanto,
Y suspendida está de cada armado
La triste casa, que con nuevo espanto
Vuelve á besar, el yelmo ya cerrado;
Y los que ayer con gusto y placer tanto
La misma muerte hubieran abrazado,
Quebradas ya las iras y rendidos,
Llorando dan sollozos y gemidos.

Tal suele estar del mar á la ribera
La familia de aquel que ha de embarcarse,
Cuando ven que alza ferros la galera
Y las velas al viento desplegarse;
Hace otro nuevo mar la pena fiera,
Y apenas hay lugar para hablarse;
Dánse besos y abrazos mal formados,
Que nudos son aprisa desatados.

Vase la nave, y la afligida gente
Sobre algun alta roca está siguiendo
Con ojos y con alma atentamente
Las blancas velas que se van huyendo;
Y en aquel breve gusto enojo siente,
Porque va el viento en su favor creciendo;
Estáse al fin en el peñasco frio,
Saludando con señas al navío.

Fama, que conservada en tu memoria
Tienes la antigua edad y sus secretos,
Por dar á nobles muertos nueva gloria,
Si una vez fueron á morir subjetos,
Para que resuciten en mi historia
Préstame de tu pluma los efetos,
Y di, pues tú los vistes y te sirvieron,
Qué capitanes á esta guerra fueron.

Tú, del sonoro monte reina santa,
A quien dió Febo aqueste honor divino,
Caliope, al son de tu vigüela canta
Qué gente y cuánta en esta guerra vino,
Qué armas bastaron para impresa tanta
Y qué pueblos quedaron sin vecino,
Pues de tu sacra fuente el licor santo
A otro ninguno ha dado favor tanto.

El noble rey Adrasto fué el primero
Que, tras de tantos años ya olvidados,
Salió vestido de pesado acero
Sobre el peso mayor de sus cuidados;
Incierto del succeso venidero,
Y como amenazado de los hados,
Tan triste va, que pudo ver cualquiera
Que sigue á su pesar la guerra fiera.

Sin lanza va, sin yelmo y sin escudo,
Pero llévale un paje cada pieza,
Que por dejarse ver lleva desnudo
El rostro y desarmada la cabeza;
Y en tanto que él anima al vulgo rudo,
Del carro los caballos le adereza
Delante del alcázar su cochero,
Y mas que todos, á Arion ligero.

Síguenle aquellos que Larisa arrea
De armas y galas para aquesta guerra;
Los de la alta Prosinne y de Midea,
Buena para novillos, por su sierra;
Los de File tambien, que se recrea
En el mucho ganado de su tierra,
Y los que están temiendo eternamente
Del Caradro espumoso la corriente.

Los que Cleone torreada envia,
Con el trabajo de Hércules ufanos,
Y los que Néris entre selvas cria,
Aunque siguiendo á fieras, no inhumanos;
Síguenle los de Tire, que algun dia
Beberá mucha sangre de espartanos,
Y aunque el premio tendrá de la vitoria,
Comprará á mucha costa aquella gloria.

Pasan en una escuadra juntamente
Los de Sicion y Drépano erizado,
Que ambos á dos decienden de una fuente,
Aunque el uno del otro está apartado;
Aqueste padre de robusta gente
Y de peñascos altos rodeado,
De entrar difícil, áspero y terrible,
Y aquel fértil de olivos y apacible.

Siguen los que al pasar baña Langia,
Callado arroyo, oculto y perezoso,
Y los que beben la corriente fria
De Elisio, por su infamia tan famoso;
Dicen que en él las furias cada dia
Suelen bañar el rostro venenoso,
Cuyas culebras su corriente beben,
Aunque á pesar de Flegeton se atreven.

Y despues que en los traces han movido
Algun furor y miran sus almenas
Y casas derribadas, ó encendido
El fuego en las de Tébas ó Micénas,
Vanse á bañar en él; pero ofendido,
Viendo sus aguas de veneno llenas,
Su grande injuria y su deshonra viendo,
Mas presuroso al mar se va huyendo.

Pasaron los de Efire, que piadosa
Consoló un tiempo las desdichas de Ino,
Y luego los de Concre poderosa,
Que ofreció á Meliserta honor divino,
Y los que el agua beben tan famosa
Donde el caballo alado á herir vino,
Y nació aquella fuente cristalina
Que por él se llamó la Cabalina.

Y al fin van los del campo que, ceñido
De dos riberas, en el mar se encierra,
Digo, donde del istmo dividido
Entre dos mares se asentó la tierra;
De todos estos pueblos han venido
Para servir á Adrasto en esta guerra,
Tres mill son escogidos y valientes,
De armas vestidos y lenguas diferentes.

Cuál al arco y aljaba mas se aplica,
Cuál la espada y rodela va empuñando,
Y cuál sin hierro una ñudosa pica
Con la punta tostada en fuego blando,
Y cuál, desnudo de armadura rica,
La honda á la cabeza rodeando,
Al que mas del peligro se desvia
La muerte en piedra voladora envia.

Delante el venerable Adrasto viene,
Con su cetro temido y respetado,
Cual toro antiguo, á quien el campo tiene
Respeto y reverencia su ganado;
Que aunque el furor nativo le refrene
Su mucha edad y tenga ya arrugado
El viejo cuello y la cerviz cansada,
Va al fin por capitan de su manada.

No hay novillo en el campo que se atreva,
Viendo tantas heridas en su pecho
Y cicatrices que en la frente lleva,
Y en cada cuerno inútil ya y deshecho,
A entrar con él en peligrosa prueba,
Y él, con aquesto ufano y satisfecho,
Con la cerviz enhiesta y arrogante,
Seguido de sus vacas va delante.

Tras del argivo rey luego parece
Polinice gentil, su yerno ufano,
A quien el campo todo favorece
Por castigar á su enemigo hermano;
Entre la gente que favor le ofrece
Pasa primero un escuadron tebano,
Que habiéndose salido de su tierra,
A Polinice sigue en esta guerra.

Unos, de amor ó de piedad movidos,
Que la fe en los trabajos aumentaron,
Y algunos que á ensalzar los abatidos
Y á derribar sobérbios se inclinaron;
Unos por ser del Rey aborrecidos,
Y otros con mejor causa, porque amaron
La justicia y razon, que muchas veces
Han servido en las guerras de jüeces.

El suegro, sin aquestos, porque fuese
De mas gente seguido y mas honrado,
Y porque menos el dolor sintiese
De verse de su reino despojado,
Pueblos le dió que cual señor rigese;
Y así, tras de él por órden han pasado
Los de Egion y Arane populosa
Y de Trecena, por Teseo famosa.

Las mismas armas lleva y el vestido
Que trujo aquella horrible noche obscura
Cuando entró, de los vientos perseguido,
En Argos con dichosa desventura;
Lleva, sin el teumeso leon temido,
Que sirve de vestido y de armadura,
Dos dardos y la espada, que sangrienta
El gran horror de Esfinge representa.

Ya le parece que de hecho alcanza
El reino suyo y tierras mal negadas,
Y ya abraza con nueva confianza
Su madre y sus hermanas deseadas;
Mas luego olvida el bien de esta esperanza,
Volviendo á ver las torres coronadas
De Argos, adonde la hermosa Argía
Mirando el campo atónita se via.

Al punto tal mudanza en él ha hecho
Con el dolor de ver que así se ausenta,
Que atrás le vuelve el alma, y de su pecho
La amada y dulce Tébas le ahuyenta;
Amor las glorias de su viudo lecho
De suerte en la memoria le presenta,
Que, vuelto de soldado en tierno amante,
Apenas puede echar el pié delante.

Tras de él con sus escuadras bien regidas
En órden pasa el sin igual Tideo,
Alegre y sano ya de sus heridas,
Bien manifiestas, por mayor trofeo;
Que con las nuevas fuerzas adquiridas,
Le hizo mas que nunca su deseo
Que cualquier dilacion y estorbo rompa
Al primer son de la sonorosa trompa.

Tal del pellejo antiguo despojada,
Al blando sol de abril deja su cueva
Sierpe de escamas nuevas adornada,
De nueva fuerza y vestidura nueva;
¡Triste de aquel pastor que su manada
A apacentar por aquel campo lleva,
Si es el primer encuentro miserable
De su sed y veneno insaciable!

Brava gente le sigue, que la fama
De los campos de Étolia le ha traido,
Que apenas por sus pueblos se derramá,
Cuando á servirle armados han venido;
Pilene ha sido á quien primero llama,
Y sin ella, sus gentes le ha ofrecido
La gran Pleuron, fatal á Meleagro,
Que vido en sus hermanas el milagro.

Viene el fragoso Calidon y Oceno,
Que se ha atrevido á competir con Ida
Sobre cuál fué de Jove cuna y seno
En los primeros años de su vida;
Y Cálcis, de extranjera gente lleno,
En su abrigado puerto defendida
Del mar Jonio, que enojado gime
Porque en sus senos su rigor reprime.

La gente vino que las aguas bebe
Del gran Aqueloo, calidonio rio,
Que alzar la frente al cielo no se atreve
Despues que Alcides le domó su brio;
Y así, en su cueva entra la helada nieve,
Sigura siempre y libre del estío;
Viéndose despojado de el un cuerno,
Gime su afrenta con dolor eterno.

Todas estas escuadras van armadas
Con fuertes armas de bruñido acero
Y voladoras lanzas, que arrojadas,
No aprovecha al contrario ser ligero;
Llevan al fiero Marte en las celadas,
De la sangre real tronco primero;
Iba cercado el capitan valiente
De la mas noble y lucida gente.

Alegre en verse armado va y ufano,
Por gloria sus heridas descubriendo,
Pues en ellas, vengadas por su mano,
Su gran valor se ve resplandeciendo;
Tan igual en las iras al tebano,
La vitoria á los suyos prometiendo,
Que apenas pudo conocer la tierra
Por cuál es de los dos aquella guerra.

Pasa tras de la gente de Tideo
El dórico escuadron bien ordenado,
Los que labran los campos de Linceo,
Que mira en sus orillas tanto arado;
Y los que Inaco baña, rey aqueo,
De todos los arroyos respetado,
Que como capitan las aguas guia
Que Acaya por tributo al mar envia.

Porque ninguno en Grecia mas famoso,
Ni otras algunas aguas tanto crecen,
Cuando visita al Toro el sol hermoso
O al suelo humor las Pléyadas ofrecen;
Que entonces mas hinchado y espumoso,
Lleno de arroyos va que lo enriquecen
Con mayor arrogancia, y mas ufano
Por ser suegro de Jove soberano.

Van los que Asterion veloz rodea
Y los que ofende á veces Erasino,
Que enojado por Julio, el campo afea,
Quitándole sus mieses de camino;
Van los de Dime, estéril tierra aquea,
Que aunque abundante de oloroso vino,
Como Céres allí su ayuda niega,
Nunca rubias espigas ve en su vega.

Pasan los de Epidauria, que rompida
Con espesos arados ve su tierra,
Y de Pileno entonces conocida,
Como despues en la troyana guerra;
Nestor en su segunda edad florida,
Alegre con la paz, aquí se encierra
Sin querer empuñar el duro acero,
Y en el triste escuadron perecedero.

Lleva por capitan aquesta gente,
Su valor imitando y su grandeza,
A Hipomedonte, capitan valiente,
De gran virtud y de mayor nobleza;
Un rico yelmo lleva, que á su frente
Arma y adorna, y con igual riqueza
Blanca pluma, del céfiro herida,
Sobre el yelmo en tres partes dividida.

Ceñido lleva el uno y otro lado
De bien templado acero, á prueba hecho,
Y un fuerte y rico escudo, que embrazado,
Los hombros le defiende y cubre el pecho;
Adonde en campo de oro dibujado,
Para tantas figuras campo estrecho,
Se ve Danao y la noche lastimera,
Testigo triste en su venganza fiera.

Arde en cincuenta tálamos el fuego
Que atizan las tres furias infernales,
Y parece que el sueño y el sosiego
Favor ofrecen para tantos males;
El fiero padre, en su venganza ciego,
Atento está esperando en los umbrales;
Su gran maldad alaba, y lleno de ira,
Tintos en sangre sus cuchillos mira.

De la roca de Pálas baja al llano
Con estas armas y con este arreo,
Corriendo un ligerísimo alazano,
Criado entre las selvas de Nemeo;
Tan veloz, que le sigue el aire en vano,
Y atónito lo mira el campo aqueo,
Y él con furiosa y voladora planta
Del polvo nubes al pasar levanta.

Tal Hileo, gran centauro alborotado,
Con dos pechos y espaldas, mónstruo horrendo,
De los montes bajó precipitado,
Con ligereza y con furor corriendo;
Huye por todas partes el ganado,
Y aun las fieras tambien se van huyendo;
Entre peñas y troncos hace calle,
Y retumba al estruendo el hondo valle.

Mirando al monstro horrible, airado y fiero,
El monte de Osa atónito se espanta,
Y aun los mismos hermanos de Hileo
Temieron, viendo en él fiereza tanta;
Hasta que la corriente de Peneo
Vino á enfrenar su voladora planta;
Que, como el vado tan difícil era,
Se paró á su pesar en la ribera.

¿Qué lengua, si es mortal, qué voz, qué pluma
Podrá decir las armas y banderas
Que lleva Hipomedonte en breve suma,
Y las gentes que van tras las primeras?
La lengua y voz aquí que mas presuma
Se cansara en contar tantas hileras,
La diferencia de armas y vestidos,
Y los nombres de pueblos nunca oidos.

La gente bien armada y animosa
De la antigua Tirinta en órden viene,
Patria de Alcides, y por él famosa,
Pues por patron su mismo hijo tiene;
Fértil, de noble gente belicosa,
Que siempre en duras guerras se entretiene,
Y corre á los peligros la primera;
Que de su gran patron no degenera.

Mas riquezas fortuna no le ha dado,
Que á su grande valor añidan brio,
Porque su estéril campo, mal arado,
De labradores siempre está vacío,
Y de tan pocas mieses adornado,
Que aun apenas se halla en el estío
Quien el alcázar muestre al caminante,
Obra de los Ciclopes arrogante.

Trecientos son los que de aquí pasaron
Sin corazas de acero ó morriones,
Mas cubiertos de pieles que quitaron
Con industria y valor á los leones;
Honra gentil y adorno que heredaron
De Alcides para tales ocasiones;
Mazas llevan tambien, pesada carga,
En vez de espada aguda ó pica larga.

Y por irle en las armas imitando,
Usan tambien el arco y la saeta,
Porque si fuere menester, volando
Muerte al contrario corredor prometa;
Alabanzas de Alcides van cantando,
Y él los escucha de la cumbre de Eta,
Donde con pecho osado y brazo fuerte
A tanto mónstruo fiero dió la muerte.

Pasaron los soldados de Nemea,
Que usan tambien el arco y el aljaba,
Y los que habitan la region Cleonea,
Donde la viña de Molorco estaba;
De fuerte escudo cada cual arrea,
Donde pintada al vivo se miraba
La piedad de Molorco, cuya historia
Dió á su casa, aunque pobre, eterna gloria.

Esta humilde choza en campo de oro,
Con hojas y con ramos mal tejida,
La pobre mesa de ningun tesoro,
Pero de libertad enriquecida;
Las armas de su güesped, que el decoro
Perdió á su voluntad no agradecida,
La maza está y el arco vengativo,
Y el lecho humilde dibujado al vivo.

A pié pasó tras de estos Capaneo,
Disforme y casi al parecer gigante,
Pues á ninguno en todo el campo aqueo
Que le llegue á los hombros ve delante;
Lleno de horror, soberbio, airado y feo,
A sus miembros disformes semejante,
De piel de cuatro bueyes lleva hecho
Un grande escudo, que le cubre el pecho.

De metal una plancha encima lleva,
Y en el campo de plata, dibujada
La hidra con quien en peligrosa prueba
Entró de Alcides la temida espada;
Cada cabeza al vivo se renueva,
Hasta que por Alcides abrasada,
Se ve cómo las uñas encogiendo,
Rendida al hierro y fuego va muriendo.

Al rededor se ve Lerna espumosa
Cómo sus aguas humeando auna,
Y cómo su corriente perezosa
Separó al fin y convirtió en laguna;
Una loriga lleva tan famosa,
Que en todo el campo no le iguala alguna,
Hecha de escamas de menudo acero
En las yunques del cojo dios herrero.

Del sol herida la celada rica,
Parece un alto chapitel su frente,
Y lleva un gran ciprés en vez de pica,
Privado de sus hojas solamente;
Todo su gran soberbia significa,
Y admirada al pasar deja la gente;
Pasando al fin, la gente le seguia
De la fértil y rica Anfigenía.

Los de la áspera Iton luego pasaron,
Y de Mesena llana y apacible;
Los que en los montes de Apis se criaron,
Ciudad, aunque sin muros, invencible;
Los de Elos y Pteleon, que se ocuparon
En seguir siempre al jabalí terrible,
Y los de Dorion, que infausto ha sido
Al gético Tamíris atrevido.

Dicen que este á las nueve musas bellas
Quiso vencer con su atrevido canto,
Pero el seso perdió, vencido de ellas,
Que el premio fué de atrevimiento tanto;
Convirtió sus canciones en querellas,
Y su voz en amargo y triste llanto,
Quedando mudos él y su instrumento,
Porque sirvan, cual Marsia, de escarmiento.

El fatal adivino, en vano sábio,
Que vió los males por venir, y en vano
Quiso estorbar la guerra, y movió el labio
Refrenando el furor del vulgo insano,
Sufrió al fin de los hados el agravio,
Y las furias le armaron de su mano,
Ofuscándole el alma y lumbre pura
Con que alcanzaba la verdad futura.

Y no de culpa su mujer carece,
Llena ya de asechanzas y de engaños,
Mas el oro en su cuello resplandece,
Que fué y será ocasion de tantos daños,
Por quien Erínnis á su casa ofrece
Gran desventura en los futuros años;
Sábelo, pero en vano, el adevino,
Que es mas fuerte el rigor de su destino.

Quiso, en efecto, la mujer traidora
Por el oro trocar á su marido,
Y así arrogante y necia goza agora
El joyel rico que de Harmonia ha sido;
Su esposo el mal futuro en vano llora,
Que su esposa á los griegos lo ha vendido,
Y ya el joyel en su poder tenia,
Infausto don de la hermosa Argía.

Que viendo que esta guerra de su esposo
De solo el adivino está colgada,
Pues los reyes y el vulgo bullicioso
Sin él no quieren empuñar la espada;
Y viendo á Polinice congojoso
Porque se dilataba esta jornada,
Despues de haber entre sus manos puesto
El infausto joyel, añidió aquesto:

«No es tan hermoso ornato conviniente
Para mi soledad y desventura,
Pues no es razon, estando de tí ausente,
Con galas adornar mi hermosura;
Baste que en tanto engañe solamente
El temor, de quien nadie me asigura,
Y con suelto cabello y negro velo
Las aras cerque, importunando al cielo.

»¿Es bien que en tanto que ese yelmo duro
Tu rostro esconde, que mi gloria ha sido,
Me adorne el joyel rico de oro puro,
De Harmonia en otro tiempo poseido?
Tiempo habrá mas alegre y mas siguro,
En que, rica de joyas y vestido,
Con tal primor aderezarme pueda,
Que á las casadas de mi patria exceda;

»Cuando en el templo, vencedor, conmigo
A pagar entres la votiva ofrenda,
Y yo, mujer de un rey, viva contigo,
Y quiera que mi gloria el mundo entienda.
Goce el joyel, de su maldad testigo,
La que no hay larga ausencia que le ofenda,
Pues mientras su marido está en la guerra
Halla regalo y glorias en la tierra.»

De esta suerte de Erífile en el techo
El triste y fatal oro á parar vino;
Que no hay industria humana de provecho
Contra el rigor y fuerza del destino;
La primer prueba que su encanto ha hecho,
Fué llevar á la guerra al adivino,
Y como armado Tesifon lo vido,
Burlando de su ciencia, se ha reido.

Tiran de un carro, adonde va sentado,
Con que la dura tierra estremecia,
Dos caballos que Cilaro ha engendrado,
Caballo que los vientos desafia;
Fué de Castor, y estando descuidado
Acaso dél, el agorero un dia
A una yegua lo echó, y así nacieron
Estos, que iguales á su padre fueron.

Lleva entre plumas rojas blanca venda,
De pálida oliva coronada;
Porque su oficio y dinidad se entienda,
De bien templado acero una celada;
Con la una mano rige escudo y rienda,
Con una lanza esotra va ocupada,
Y sin aquestas armas y este adorno,
Mil dardos voladores lleva en torno.

Lleva al fiero Piton pintado al vivo
En medio del escudo, y la fatiga
De Apolo, que con arco vengativo
Al mónstruo hiere y su rigor castiga;
Sigue la gente al sacerdote argivo
De Pilos y de Amide, á Febo amiga,
Y de Males entre peñascos frios,
Puerto no bien siguro de navíos.

Pasaron los de Caria, cazadores,
Que en su ejercicio alaban á Diana,
Y los de Yaris, duros labradores,
Que dejan ya holgar su vega llana;
De Messe en órden van los moradores,
Por Vénus y sus aves Messe ufana;
Los de Taigete y los de Eurota vienen,
Ricas de olivos que en su campo tienen.

Esta es la mas robusta y dura gente
Que armada pasa en todo el campo griego,
Fiera, atrevida, indómita, impaciente,
Enemiga de paz y de sosiego;
Siguen la dura guerra eternamente,
Tiniendo por virtud el furor ciego,
Y sin vestido en su niñez se cria
Entre polvo abrasado ó nieve fria.

Mercurio les enseña de esta suerte
A sufrir los trabajos de la guerra,
Y así es dura, robusta, osada y fuerte
La gente que produce aquesta tierra;
Nadie conoce el miedo de la muerte,
Porque es infame el que en la paz se entierra;
Y así, los padres hacen regucijos
Con la muerte en la guerra, de sus hijos.

Llora la dura madre al malogrado
Hijo que pierde en su niñez la vida,
Alegre con el lecho coronado
Del que murió en la guerra no temida;
Van á caballo, mas ninguno armado,
Ni es la coraza entre ellos conocida;
Mas usan de pellejos de leones,
De que hacen tambien sus morriones.

Tras de aqueste escuadron horrible y feo,
Siguiendo el carro va del adivino,
De iguales armas y de igual deseo,
La gente que de Elide y Pissa vino;
Y los que nadan en el rubio Alfeo,
De Sicilia en las tierras peregrino,
Que nunca en su profundo curso largo
Del mar recibe algun humor amargo.

Estos en carros van, que siempre usaron,
De admirable labor, industria y arte,
Tirados de caballos que domaron
Solo para servir al fiero Marte;
Costumbre que de Enomao heredaron,
Con que el suelo retumba á cada parte,
De tanta rueda y tantos piés herido,
Y de el blanco sudor humedecido.

Tú la Arcadia tambien, Partenopeo,
Llevas ¡ay mozo incauto! en esta guerra,
Porque la nueva gloria de un deseo
Te saca en tiernos años de tu tierra;
En los bosques, tu madre, de Liceo,
Sigura en tanto, por cazar se encierra,
Que no osaras, estando en su presencia,
Tomar á su pesar tanta licencia.

Ninguno mas alegre ó mas hermoso,
Ni mas gallardo en todo el campo habia;
Ni mas para las armas animoso,
Si igualara su edad á su osadía;
Es su belleza un fuego riguroso,
Pues no hay ninfa de monte ó fuente fria
Que en viendo su beldad no pierda luego
Su paz, su libertad y su sosiego.

Y aun dicen dél que viéndolo Diana
En las sombras de Ménalo durmiendo,
Al pasar, fatigando una mañana
Un herido animal que iba huyendo,
Suspensa á su belleza soberana,
Del ciervo se olvidó que iba siguiendo,
Y dando á su belleza mil favores,
Perdonó de su madre los errores;

Y que el arco y las flechas en su mano
Ella le puso y le colgó la aljaba,
Y le enseñó á tirar tan bien, que en vano
Huyendo el ciervo vividor volaba;
Pero ya qu'el incauto mozo insano
A mayores grandezas aspiraba,
Herido del amor del fiero Marte,
Deja los montes y á la guerra parte.

Regalo al son de las trompetas siente,
Que no hay otro algun son que le entretenga,
Ufano de que ya el cabello y frente
Cubierto de sudor y polvo tenga;
No piensa verse alegre eternamente
Hasta que vencedor á Arcadia venga
En vencido caballo, que la gloria
Aumente de su triunfo y su vitoria.

Ya del monte se enfada y ya se afrenta,
Tiniendo aquella por impresa vana,
De que en ciervos sus flechas ensangrienta,
Sin haber visto en ellas sangre humana;
Alegre al campo griego se presenta
Con un rico vestido de oro y grana,
Donde hiriendo el sol, fuego parece,
Que rayos salen de él y resplandece.

Lleva de Calidonia el puerco fiero
Pintado en el escudo, y ya rendido
A su madre Atelanta, que primero
Que nadie con sus flechas lo ha herido;
Su arco parece de oro y es de acero,
La rica aljaba al hombro ha suspendido,
Que llena de carbuncos y diamantes,
Injuria al sol con rayos semejantes.

Su ligero caballo, acostumbrado
A fatigar el ciervo temeroso,
Viendo mas grave al amo en campo armado,
Lozano va, soberbio y orgulloso;
Oro con blanca espuma, ya argentado,
Va mordiendo en el freno riguroso,
Y es de manchado lince el jaez bello,
Que las ancas le cubre, el pecho y cuello.

Sujetos al rigor de su fortuna,
Al mancebo los árcades siguieron,
Que fueron mas antiguos que la luna,
Y de las peñas y árbores nacieron;
No usaron de mantillas ni de cuna,
Porque luego en naciendo andar pudieron,
Y atónita la tierra y admirada
Quedó, de sus primeros piés pisada.

No el modo de casarse, ni Lucina,
Que invocar al parir se conocia,
Ni casa ni ciudad, ni en la marina
Leño atrevido el agua dividia;
De un fresno, de un laurel y de una encina,
De un solo parto una ciudad nacia,
Y el verde pino que preñado estaba,
Hijos de su color al mundo echaba.

Estos reciennacidos se admiraron,
La hermosura y luz del cielo viendo,
Y al sol, que entonces aun mirar no osaron,
Gran temor le cobraron en naciendo;
Mas luego, como á escuras se quedaron,
Turbados fueron tras el sol corriendo,
Pensando que jamás no volveria,
Hasta que al fin lo vieron otro dia.

Esta la antigüedad de Arcadia ha sido,
Que es el mayor blason de sus soldados,
Y estos agora son los que han seguido
Al mal experto capitan armados;
Los de Partenio y Ménalo han venido,
En armas convirtiendo los arados;
Los de Ripa y de Estracia, y los que cria,
Azotados del viento, Enispe fria.

Vienen los labradores de Tegea
Y los que el campo labran de Cilene,
Dedicada á Mercurio, y los de Alea,
Donde Minerva el bosque y templo tiene;
La dura gente que en pescar se emplea,
En el turbio Cliton, armada viene,
Y la que bebe de Ladon famoso,
Que casi suegro fué del sol hermoso.

Viene de los collados de Lampía
La gente, endurecida del invierno,
Robusta y sufridora, que se cria
Entre la blanca nieve y hielo eterno;
Y la que bebe de Teneo, que envia
Por tributo sus aguas al infierno,
Y la de el monte Azan, que de Ida ha sido
Emulo en los clamores y ruido.

Viudo Epiro quedó de labradores,
Y Nanacria, apacible tierra llana,
Que ya rio, de Jove los amores,
Viéndolo en falso traje de Diana;
Orcomeno se vido sin pastores,
Tierra abundante de ganado y lana,
Y Psofida sin gente su espesura,
Y la fértil de fieras Cinosura.

Vienen los de Parrasia, y quedó en tanto
Su fértil campo sin labrar y ocioso,
Y los de Estinfalon y de Erimanto,
Uno y otro por Hércules famoso;
Montes que con horror y con espanto
Cruzaba el caminante temeroso,
Hasta que Alcides con su esfuerzo vino
A asigurar el paso al peregrino.

Estos son los de Arcadia, antigua tierra
Que es toda un reino solo y una gente,
Rica de vegas y áspera de sierra,
Mas de lengua y de trajes diferente;
Cuál con un arco solo va á la guerra,
Cuál con un corvo tronco solamente,
Cuál de yelmo ó sombrero va cubierto,
Y cuál de un oso por sus manos muerto.

Los pueblos estos y ciudades fueron
Que, llenos del amor de Marte insano,
De toda Grecia armados acudieron,
Favoreciendo al príncipe tebano;
Los de Micénas solos no vinieron,
Que la pasion de el uno y otro hermano
Llena de bandos la ciudad tenia,
Y al sol, ya vuelto atrás, huyendo via.

Ya la fama ligera habia corrido
A turbar á Atalanta con la nueva
De el hijo, en tiernos años atrevido,
Que tras sí á toda Arcadia armada lleva;
Tal sobresalto al punto ha recibido,
Que á tenerse en los piés en vano prueba;
Pero volviendo en sí con nuevo aliento,
El arco arroja y vuela mas que el viento.

Esparcido el cabello, va ligera
Por selvas, por peñascos y jarales,
Sin que estorbarle puedan su carrera
De crecidos arroyos los raudales;
Tal sigue al cazador la tigre fiera,
Mirando las pisadas y señales
Del corredor caballo que le lleva
Los tiernos hijos que dejó en su cueva.

Habiendo ya al ejército llegado,
De horror, de confusion y estruendo lleno,
Su hijo al punto, pálido y turbado,
Ocupa el duro suelo y deja el freno;
Y ella, «¿qué es esto, dice, oh hijo osado,
Pobre de fuerza y de prudencia ajeno?
Qué virtud, si es virtud la de tu pecho,
Tan atrevido en tierna edad te ha hecho?

»¿Tú has de saber, oh incauto, gobernarte
Entre la confusion de una batalla?
Tú has de poder sufrir al duro Marte,
Vestido siempre de pesada malla?
Tú, en efeto, en la guerra has de hallarte,
Donde la muerte y su temor se halla,
Y en tierna edad á gobernar te pones
La confusion de tantos escuadrones?

»¡Pluguiera al cielo que para esta guerra
Fuerza y edad tuvieras conviniente!
Pero no há mucho que te vi en la sierra,
Que acometiendo á un puerco osadamente,
Pusiste ambas rodillas en la tierra,
Y yo con planta al punto diligente
Te socorrí; de suerte que, atrevida,
Al puerco le dí muerte y á tí vida.

»¿A qué guerra pudieras ir agora,
Si allí no te librara de la muerte?
Vuelve á la paz del monte que te adora,
Deja la guerra para edad mas fuerte;
Que no con planta y flecha voladora
Allí podrá tu madre socorrerte,
Ni este caballo, en cuyos piés te fias,
Tendrá valor para alargar tus dias.

»¿Para empresa tan grave y no segura
Tienes, oh hijo, ciego atrevimiento,
En edad para el lecho aun no madura,
De bellas ninfas á quien das tormento?
No sin misterio ¡ay madre sin ventura!
Mis vanas flechas se llevaba el viento,
Y yo, triste, del arco me admiraba,
Porque tan flojo y mentiroso andaba.

»Ni sin causa en el templo una mañana
Vi de repente estremecerse el ara,
Y mudado el semblante de Diana,
Alegre menos y menor de cara.
Deja crecer tu juventud lozana,
Pues tan presto se va la edad avara,
O á lo menos espera, incauto mozo,
Que nazca de tu barba el primer bozo.

»Serás ya de tu madre diferente,
Que no es razon que me parezcas tanto,
Y en siendo ya de edad, no solamente
No estorbaré tu gusto con mi llanto,
Pero yo misma, alegre y diligente,
Las armas te daré; vuélvete en tanto,
Que no tienes edad para la guerra,
A ejercitar las armas en la sierra.

»Vosotros los de Arcadia, si ya puede
Moveros mi dolor y desventura,
No lo dejeis partir, que aunque él se quede,
No vuestra escuadra irá menos segura,
Ni faltará quien su gobierno herede
De mas fuerza y valor y edad madura;
Mas ¿qué piedad ¡ay triste! habrá en los pechos
De piedra helada ó duro tronco hechos?»

Esto, del hijo y príncipes cercada,
Dice, de miedo y desconsuelo llena,
De todos, pero en vano, consolada,
Que no hay consuelo para tanta pena;
En esto la trompeta deseada,
Dando priesa al partir, horrible suena,
Y ella, dificilmente desasida
Del hijo, al Rey encomendó su vida.

Del vulgo en tanto en Tébas afligido
No hay quien el miedo y turbacion refrene;
Que la fama las nuevas ha traido
Del campo argivo, que marchando viene;
Con poca diligencia apercebido
Para guerra tan grande el Rey lo tiene,
Que el no tener razon el hado ha hecho
El amor de la guerra en cada pecho.

Y tanto con el pueblo aquesto pudo,
Que no hay quien acicale el viejo acero,
Ni quien se precie del paterno escudo
O de limpiar el corredor ligero;
El bullicio y placer que al vulgo rudo
Suele siempre infundir el dios guerrero,
En temor convertido y en tristeza,
Ha puesto agora en su furor pereza.

Este recien casado está gimiendo
Los dulces años de su bella esposa;
Aquel los tiernos hijos, que creciendo
Van para aquesta guerra peligrosa;
Igual del padre el desconsuelo viendo,
Llora su edad cansada y enojosa;
Que Marte aqui apagó todo su fuego,
Convirtiendo en temor su furor ciego.

El muro y noble alcázar fabricado
Por Anfion con poderoso canto,
Que ya quiso, de almenas coronado,
Igualar en altura al cielo santo,
Ya muestra su vejez en cada lado,
Cansado ya de haber vivido tanto,
Y como si estuviese en paz sigura,
Nadie el reparo á su vejez procura.

Pero Beocia, que su daño siente,
Con furor vengativo y rabia inmensa,
Mas bien apercebida y diligente,
De Tébas corre armada á la defensa;
Que por favorecer la amiga gente,
No á la crueldad del rey perjuro piensa;
Que, como sus maldades aborrece,
Al reino, y no al tirano, favorece.

Y él, como su conciencia ve manchada,
Anda triste, turbado y congojoso,
Cual lobo que de noche en la manada
Ha hecho algun estrago riguroso;
Y va despues con planta acelerada,
Volviendo atrás el pecho temeroso,
Por ver si lo han sentido los pastores
Y van tras de él sus perros veladores.

La fama, de mentiras pregonera,
Buscando á su propósito testigos,
El miedo aumenta y corre á la ligera,
Alborotando al Rey y á sus amigos·
Quién dice que de Asopo en la ribera
Andan ya los caballos enemigos,
Quién junto al Citeron, y alguno jura
Que los vió de Teumeso en la espesura.

Cuál dice que abrasada vió á Platea,
Rendida ya al rigor del campo griego,
Que en las tinieblas de la noche fea
Pudo de léjos divisar su fuego;
Otro despues, y halla quien lo crea,
Con prodigios aumenta el temor ciego,
Y alguno, entre otros muchos disparates,
Dice que vió sudar á sus penates.

Otros de Dirce la corriente pura
Dicen que han visto en sangre convertida,
Y á Esfinge y otros mónstruos de natura,
Ni vistos ni escuchados en la vida;
Nadie de aquesto la verdad procura,
Que no hay mentira que no sea creida,
Y un caso nunca visto de repente
Acabó de turbar la triste gente.

Una sacerdotisa que solia
Presidir en los coros bacanales,
Y no jamás á la ciudad venia
Sino para avisar algunos males,
Dejando la nevada cumbre fria
De Ogige y sus espesos matorrales,
Entró echando sus cestas por el suelo,
Para significar su desconsuelo.

Dividido en tres partes lleva ardiendo
Pino, que mas horror que lumbre ofrece,
Porque la llama de su fuego horrendo
Sangre á los ojos, y no luz, parece;
Por las calles atónitas corriendo
Pasa veloz, y el alboroto crece;
Que el vulgo que la sigue le responde
A los clamores que en el cielo esconde.

Y con voz ronca y rostro horrible y feo,
Que atemoriza el pecho al mas valiente,
«¿Adónde, dice, estás, padre Niseo,
Que asi tu patria olvidas y tu gente?
Tú con tirsos herrados por trofeo
Domando estás al Ismaro inclemente,
Viendo debajo del Arturo helado
Tu pámpano y tu vino respetado.

»O ya el túmido Gánges te detiene,
Que no hay otro algun reino que se atreva,
Y con armados escuadrones viene,
Y detenerte el paso en vano prueba;
O adonde Tétis su palacio tiene,
O adonde nace el Hérmes, que oro lleva,
Triunfando estás en carro no vacío
De los despojos del oriente frio.

»Y nosotros, tu sangre, no tenemos
Quien nos ampare en desconsuelo tanto,
Que por culpas ajenas padecemos,
Llenos de horror, de confusion y espanto;
¿Qué honras y sacrificios te harémos,
Sino de guerra, de temor y llanto?
Que la maldad de un reino injusto ha hecho
Sin armas y cobarde cada pecho.

»Con grande mal nos amenaza el cielo;
Mas antes, padre Baco, me sepulta
Entre la nieve y el eterno hielo
Del Cáucaso ó de tierra mas inculta,
Que yo diga el dolor y desconsuelo
Que mi pecho entre lágrimas oculta,
Los mónstruos y el horror que aquesta tierra
Tiene de ver en la vecina guerra.

»Mas ¡ay! que en vano ha sido mi deseo,
Tu furor mi silencio ha ya vencido;
Y asi, apremiada dél, de un caso feo
Publicaré el horror jamás oido;
Dos toros de una misma sangre veo,
Semejantes en todo, y que han tenido
Entrambos igual honra; mas ¡ay triste!
Que el uno airado con el otro embiste.

»Ya el uno al otro la cerviz entrega,
Frentes y cuernos mezcla el odio fuerte,
Y ambos, venciendo al fin su furia ciega,
Mueren con ira alterna en igual suerte;
A entrambos la vitoria se les niega,
Mas tú solo eres digno de la muerte,
Que quieres defender el libre prado,
Campo comun de agüelos heredado.

»¡Oh miserables, que vencido y muerto
Con tanta sangre el uno y otro queda,
Y otro que en tanto os mira en el desierto,
De entrambos triunfa y vuestro campo hereda!
Ved que es el fin de la batalla incierto,
No tanto el odio entre vosotros pueda;
Mas ¡ay! que en vano estorbo el mal futuro
Que ordena el hado inexorable y duro.»

Con esto el gran silencio y gran reposo
Quedó con muda lengua y rostro helado,
Sin el furor de Baco poderoso
El corazon y el pecho sosegado;
Mas el Rey, afligido y temeroso,
Y de tanto prodigio alborotado,
A consultar al gran Tiresia vino,
Ciego, sagaz, y en Tébas adivino.

El cual, no las entrañas de animales
Ni el vuelo de los pájaros procura
Para saber los bienes ó los males
Que han de nacer de aquesta guerra dura;
No mira en las estrellas las señales
Que le declaren la verdad futura,
Ni enciencio quiere que en sus aras haya,
Cuyo volador humo al cielo vaya.

Solo quiere que el reino del espanto
Deje salir sus almas desdichadas,
Y abrir con fuerte y poderoso encanto
Sus puertas, aunque siempre están cerradas,
Y suspender sus penas y su llanto
Mientras las tiene en Tébas ocupadas,
Para que alguna el instrumento sea
De la verdad que adivinar desea.

Pero primero al Rey, porque se atreva
A estar á tanto horror de miedo ajeno,
Para limpiarlo del temor lo lleva
A bañar en el manso y claro Ismeno;
Y con humo de azufre y yerba nueva
Lo purga bien al húmido sereno,
Oraciones diciendo acomodadas
Con tono bajo y voces mal formadas.

De gran vejez antigua selva habia,
Donde entrega el Ismeno su corriente,
Tan intrincada, que ni el sol podia
Ni el viento penetrarla eternamente;
El suelo solo un amarillo dia,
Y poco de la noche diferente,
Confusa imágen de la luz, recibe,
Y allí el horror con el silencio vive.

Tiene tambien la selva honor divino,
Que siempre allí cazando está Diana,
Y no hay cedro ó laurel, no hay haya ó pino
Que no guarde su imágen soberana;
Y cuando vuelve con mejor camino,
Por verse léjos de Pluton ufana,
Se oye allí de sus perros el acento,
Y flechas suyas rechinar al viento.

Y cuando el sol altísimo en la tierra
Calor y sueño con su luz derrama,
Cansada entonces de correr la sierra,
Aquí sus ninfas y sus perros llama;
En lo que mas oculto está se encierra,
Haciendo de la yerba blanda cama;
Los dardos en la tierra en tanto enclava,
Y pone la cerviz sobre su aljaba.

Fuera está de la selva el campo arado
Por Cadmo, que de güesos se está lleno,
Y á manchas de la sangre matizado
De los hermanos que engendró en su seno;
Bien fué el primero labrador osado,
Que despues de el húmido terreno,
Aun de aquellos hermanos no siguro,
Labró con mano osada y pecho duro.

Vense en aqueste campo aun todavía,
Sin saber los autores, mil insultos,
Y en el silencio de la noche fria
Salir á vana guerra algunos bultos;
Y aun suelen escuchar en medio el dia
Rumores, alborotos y tumultos;
Huyen los bueyes y el gañan turbado,
Dejándose en los surcos el arado.

Aquí, por ser la tierra acomodada
Para los sacrificios del infierno,
Que solamente del lugar se agrada
Donde hay sangre, crueldad y horror eterno,
Del ganado mas negro una manada,
Color que alegra al rey del lago averno,
El adivino trujo muy lucida,
Y entre muchas manadas escogida.

Tristes sin el clamor de sus ganados,
Llenos de horror, de soledad y espanto,
Dirce y el Citeron, ya despojados,
Se quedaron quejando al cielo santo;
Y sus vecinos valles, asombrados
Y atónitos de ver silencio tanto,
Mudos sus güecos senos ya tenian,
Que á los válidos responder solian.

Para los sacrificios infernales
Con su mano, aunque ciego, el agorero
Los cuernos de diversos animales
De azules vendas adornó primero;
Y puesto de la selva en los umbrales,
Alzando en alto un azadon de acero,
Nueve veces hirió en la tierra dura,
Haciendo en ella un hoyo ó sepultura.

Atica miel y leche del verano
Mezcla con vino y sangre que han vertido
Puercos sacrificados por su mano,
Que lo primero de la ofrenda han sido;
Luego el hoyo y en torno el campo llano
Desta mezcla y licores ha ofrecido,
Antes de dar principio á su conjuro,
Cuanto pudo beber el suelo duro.

Despues de leña encima hace un monte,
Pero primero que le aplique el fuego
Y que su llama ofenda al horizonte
Con olor infernal y humo ciego,
Tres á las negras hijas de Aqueronte
Altares hizo, y otros tantos luego,
Alzados poco de la tierra llana,
Por sus tres formas levantó á Diana.

Otro á Pluton, mas alto, ha dedicado,
Y allí junto á Proserpina levanta,
Aunque no tanto de la tierra alzado,
Otro con honra y reverencia tanta;
Luego de los altares cada lado
Adorna de ciprés, funesta planta,
Y los ya consagrados animales
Ofrece á las deidades infernales.

Caen heridas en la tierra dura
Las mansas fieras, y su hija Manto
En tazas recibió la sangre pura,
Y atento el viejo padre calla en tanto;
Alguna derramó en la sepoltura,
Y otra guardó para el futuro encanto;
Luego en torno tres veces se pasea
Y las aras y víctimas rodea.

Los muertos animales abre luego,
Y las entrañas vivas todavía
Pone en la leña, á quien aplica el fuego
Con negros ramos que encendido habia;
Luego que sintió el viejo el humo ciego
Y el rumor que en la leña el fuego hacia,
Clama, la tierra con rigor hiriendo,
Tiemblan las aras al clamor horrendo.

«Sillas, dice, y ministros inhumanos
Del espantoso reino de la Muerte,
Y tú, que, el mas cruel de tus hermanos,
Las penas riges que te dió la suerte,
Y en ellas puedes con osadas manos
Suspender ó aumentar el dolor fuerte,
Porque á tí solo, rey del negro mundo,
Obedecen las penas del profundo;

» Abrid á mí, que os llamo, y cada pena
Suspended, aunque eterna y perdurable;
Vengan las almas á esta luz serena,
Salga acá fuera el vulgo miserable,
Vuelva Caronte con la barca llena,
Y abra luego el portero inexorable;
Mas no salga de un modo solamente
La venturosa y la perdida gente.

» Los que han vivido en los Elisios prados,
Gente en vida y en muerte venturosa,
Vengan por el cilenio dios guiados,
Su vara obedeciendo poderosa;
Mas á los que murieron en pecados,
Con azote y culebra rigurosa
Sirva la airada Tesifon de guia
Hasta llegar á la region del dia.

» La triste gente que de Cadmo fiero
Fué para desventuras producida
De número mayor, saldrá primero,
Pues della sola importa la venida;
Y no con tres cabezas el Cervero
Salga á ladrar ni estorbe su salida,
Y al fin, á alma ninguna me detenga
Que á obedecer á mi conjuro venga.»

Dijo; y luego su hija y él atentos,
Del sacrificio y del conjuro hecho
El fin esperan, de temor exentos,
Por la deidad que estaba en cada pecho;
Solo el Rey al horror de sus acentos,
Ya sin valor y del temor deshecho,
Temblando está, y al sacerdote asido,
Ya de su loco intento arrepentido,

Pésale de haber sido tan osado
En ver el sacrificio, y ya quisiera
Que no hubiera el conjuro comenzado,
O al menos retirarse, si pudiera;
Tal de Getulia el cazador osado,
Que espera en monte espeso alguna fiera
Con el venablo de templado acero,
Oye bramar de léjos el leon fiero;

Turbado escucha y del rumor se admira,
El pelo se le eriza, y temeroso
Acá y allá con ojos y alma mira,
Sin ver lo que es, atónito y dudoso;
Ya del temor helado, se retira,
Y ya quiere esperar, como animoso,
Ya con el alma la distancia mide;
Que á los ojos la vista el miedo impide.

El ciego sacerdote, ya impaciente
De no haber sido obedecido luego,
«Testigos, dice, hago, oh triste gente,
Infernales cavernas, mundo ciego,
Los dioses que temeis eternamente,
A quien hice estas aras y este fuego,
Que me tiene ofendido la tardanza
Con que ya desmentis mi confianza.

»¿Pensais, gente perdida, que mi encanto
De algun humilde sacerdote ha sido?
Si os lo mandara con rabioso canto
Tésala, maga, hubierais ya venido,
Ni aun os hubierais detenido tanto
Si con veneno infame y atrevido
La cruel maga de Colcos os llamara;
Que ya el infierno pálido temblara.

»Y ¿para mí estáis sordos? ¿Qué osadía
Es esta? ¿Ha procedido por ventura
Porque güesos antiguos de urna fria
O el cadáver de alguna sepoltura
Sacar no quiero á la region del dia,
Ni con osada lengua y voz perjura
A los dioses del cielo y del Erebo
Con mezcla infame á profanar me atrevo?

»¿Es porque no destrozo y rompo el pecho
A los cuerpos de vida ya vacíos,
O porque sacrificio no os he hecho
Con entrañas de humanos cuerpos frios?
Aun se está mi vejez de algun provecho;
No desprecieis aquestos años mios
Ni esta mi ceguedad, que sé enojarme,
Y cuando quiero, á mi placer vengarme.

»Y todo aquello sé, reino Leteo,
Exento del rigor de la fortuna,
Que se suele decir, y el nombre feo
Que temblar hace á la infernal laguna;
Y sé, pero respeto al gran Timbeo,
Turbar su luz y obscurecer la luna,
Y el nombre en los tres mundos respetado
Del mayor Dios, temido, aunque inorado.

»Y cállolo, que al fin respeto tanto
Le debo á mi vejez; mas tengo brio
Para haceros...» En aquesto Manto,
«No mas, dice; esto basta, padre mio;
Ya te obedece el reino del espanto,
Y el vulgo, que de sangre está vacío,
Se acerca, y ya la sombra se destierra
Del cáos abierto y de la oculta tierra.

»Ya se descubre un monte y otro monte,
Llenos de negras selvas infernales,
Y en las tristes orillas de Aqueronte
Los grandes y abrasados arenales;
Y ya el humo se ve de Flegetonte,
Lleno de tantos fuegos inmortales,
Y Estige, que al infierno el paso impide,
Y en nueve campos su raudal divide.

»Veo al mismo Pluton pálido y triste,
Sentado en un sublime y negro asiento;
Con sus hermanas Tesifon le asiste,
De sus funestas obras instrumento;
Y aunque en vano Proserpina resiste
La fuerza del injusto casamiento,
Ya está obidiente á su marido feo,
Y el tálamo y el lecho triste veo.

»La Muerte, que acechando está sentada,
De su callado rey los pueblos cuenta,
Y en alta silla, de almas rodeada,
Minos, tinniente de Pluton, se asienta;
Con amenazas pide y voz airada
De la pasada vida estrecha cuenta,
Y de cada pecado la ganancia,
Hasta la mas pequeña circunstancia.

»¿Quién contará los Scilas y gigantes
De quien tantas cavernas están llenas,
Y los fieros centauros que arrogantes
Están, en menosprecio de sus penas?
Y de estos y otros mónstruos semejantes
¿Quién contará los hierros y cadenas,
O medirá la sombra de Briareo,
Con cien brazos, disforme, horrible y feo?»

«No te canses, responde, oh hija mia,
Báculo firme y único gobierno
De esta ciega vejez cansada y fria,
En publicar las penas del infierno.
¿Quién no sabe la hambre y la sequía
Que en medio el engañoso lago averno
Tántalo está sufriendo, y quién agora
El gran peñasco de Sisifo inora?

»¿Quién no sabe que Ticio por osado
Está de buitres alimento hecho,
Y que le da el horror de su pecado
Para pena inmortal eterno pecho?
De Ixion, que va con paso acelerado
De sí mismo huyendo sin provecho,
¿Quién ignora la rueda del tormento,
Pena que mereció su atrevimiento?

»Cosas son por el mundo muy sabidas
Todas aquesas penas y tormentos,
Y Hecate de esas penas tan temidas
Me llevó á ver un tiempo los asientos;
De mí fueron entonces conocidas
Y escuché los gemidos y lamentos,
Cuando mejor de sangre y mas valiente
Aun no la luz faltaba de mi frente.

»Las almas solamente aquí me llega
Que de Argos y de Tébas han pasado;
A aquestas solas acaricia y ruega,
Que solamente á aquestas he llamado;
A toda la demás canalla ciega,
Habiéndola tres veces rociado
Con leche, manda que de aquí se aleje,
Que atrás se vuelva y que la selva deje.

»Luego de estotra gente, cuya suerte
Es á nuestro propósito importante,
Cuando llegue á beber la sangre advierte
De cada cual el hábito y semblante;
Cuál parece mas flaca y menos fuerte,
Y cuál mas animosa y arrogante,
De cada cosa nota el ser y forma,
Y esta mi ceguedad de todo informa.»

De todo aquesto informacion le pide
El padre; y luego obedeciendo Manto,
A algunas almas el llegar impide,
Y otras algunas llegan á su canto;
Así las almas rige y las divide,
Como Circe á los hombres con su encanto,
Que algunos en la suya detenia,
Y otros en varias formas convertia.

«Cadmo, dice, el primero se adelanta,
Y con su esposa Harmonia á beber viene;
El uno y otro con la vista espanta,
Que en su cerviz una culebra tiene;
Los que llegan despues con priesa tanta,
Que apenas hay quien su furor refrene,
Aquellos son que de la tierra fria
Nacieron, y su edad fué solo un dia.

»Fiero escuadron con armas impaciente,
Que no hay quien del ajeno acero huya,
Y solos ellos, entre tanta gente,
No hacen caso de esta sangre tuya;
Solo quisieran con furor ardiente
Hartarse, si pudieran, en la suya,
Y al fin, ya que á la sangre llegar quieren,
Se estorban, se atropellan y se hieren.

»Hijas de Cadmo y nietas llegan luego,
Antonoe, viuda, y con su hijo Ino,
Que viendo de Atamante el furor ciego,
Huye con Meliserta al mar vecino;
Semele llega, que el divino fuego
Sufrió por pretender honor divino,
Y el vientre, de aquel fuego que le ofende
Con los brazos lo cubre y lo defiende.

»Libre ya del furor, sigue á Penteo
Su madre Agabe, bacanal tebana,
Y él los valles y senos del Leteo
Cruza, huyendo de la madre insana;
Y llega, al fin, despedazado y feo,
Sin haber en su cuerpo cosa sana,
Donde llora su muerte Equion, su padre,
Y el gran furor de la infelice madre.

»Lico se acerca y Sísifo gimiendo,
Cargado el hombro con la piedra dura,
A la espalda los brazos retorciendo,
Y aun trata de su entierro y sepultura;
De sus perros seguido, Anteon huyendo,
Aun no mudado de hábito y figura,
De cuernos adornado, aparta en vano
Los perros y las armas con la mano.

»Ya llega la caterva aborrecida
De Niobe, envidiosa y arrogante,
Que por ser con los dioses atrevida
Muertos catorce hijos vió delante;
Con tanta desventura aun no rendida,
Que mas soberbia y con feroz semblante,
Perdido ya el temor, con lengua insana
Injurias dice á Apolo y á Diana.»

Aquesto Manto al padre le decia,
Cuando el viejo adivino de repente
En su vejez cansada, helada y fria
Aliento nuevo y fuerza nueva siente;
«No mas, dice; esto basta, hija mia;»
Y erizadas las vendas de su frente,
Del suelo se levanta alborotado,
Ni á su hija ni al báculo arrimado.

«No ya tus ojos ni tu luz deseo,
Dice, ni ya mi ceguedad me aqueja;
Ya el nublado enojoso, negro y feo
Libres mis ojos y mi rostro deja;
Cuanto has contado claramente veo;
¿Quién de mí tanta obscuridad aleja?
¿Hame dado esta luz el mismo Apolo,
Ó es favor este del infierno solo?

»Pero ¿qué es esto? ¡Que la gente griega,
Puestos los ojos en el duro suelo,
Tan triste y llena de humildad se llega,
Sin osar levantar el rostro al cielo!
Sin duda la vitoria se les niega;
Que de su turbacion y desconsuelo,
Señales del rigor de su destino,
Mejor suceso á Tébas adivino.

»No igual de miembros, Pélope delante
Viene, y luego tras de él llega Preteo,
El bravo Enomao y el guerrero Avante,
Y el manso y agradable Foroneo;
Mas ¿qué escuadron es este que arrogante,
Lleno de sangre y de heridas veo,
Y con falso clamor y armada mano
Hácia acá viene, amenazando en vano?

»Refrenad el furor que os ciega en vano,
Oh noble gente, en Tébas tan llorada,
Y no penseis que fué consejo humano
Causa de vuestra muerte desdichada;
Orden fué y fué rigor del hado insano,
Que obedeció la parca acelerada;
Fué caso inevitable y suerte dura,
Que vida que es mortal no está segura.

»Rey, sin duda son estos los cincuenta
A quien dió muerte el griego mensajero,
Que ufano y vitorioso con tu afrenta,
A Argos volvió mas arrogante y fiero;
¿No ves que airado Cromio se presenta?
Y ¿no ves á Meonte el agorero,
Que de sacro laurel guirnalda tiene,
Y mas insigne y venerable viene?

»La vuestra muerte y vuestro mal pagamos;
Refrenad el rigor y el odio feo,
No libres de la guerra horrible estamos,
Que otra vez esperamos á Tideo.»
Dijo; y alzando los vendados ramos,
Mojados en las aguas de el Leteo,
La sangre les enseña, y los desvia,
Su furor enfrenando y su osadía.

De Cocito á la orilla estaba en tanto
Layo, que habiendo á Jove obedecido,
Habia ya vuelto al reino del espanto,
Por el cilenio dios restituido;
No lo mueve la fuerza del encanto,
Que habiendo al Rey, su nieto, conocido,
La sangre y el conjuro despreciando,
Con un odio inmortal lo está mirando.

«Rey, el mejor que respetado habemos,
Le dice el sábio, en Tébas deseado,
Por cuya triste muerte padecemos
El gran rigor del enemigo hado,
Pues nunca desde entonces visto habemos
En aqueste tu alcázar desdichado,
A quien el mundo respetar solia,
Algun alegre y favorable dia.

»Baste ya tanta sangre derramada
Y los males que estamos padeciendo;
Ya está tu muerte injusta bien vengada;
¿Adónde, miserable, vas huyendo?
Ya el hijo que aborreces, cuya espada
Te privó de la vida, está sufriendo
Con larga y triste muerte inmensos males,
Mayores que las penas infernales.

»Ya condenado á eterna noche obscura
Yace, muriendo en miserable suerte,
Sin poder ver del sol la lumbre pura,
Rendido ya al dolor el pecho fuerte;
Créeme, que es mayor su desventura
Que la mas desastrada y triste muerte;
Mas si de sola su crueldad te quejas,
Tu nieto ¿en qué pecó, que dél te alejas?

»El enojo y pasion de tí destierra,
No aborrezcas sin causa á un inocente;
Llega á beber la sangre de la tierra,
Pues está tu enemigo hijo ausente;
Y dinos los succesos desta guerra,
Y el bien ó el mal de tu afligida gente,
O ya á piedad y á lástima movido,
O ya como enojado y ofendido.

»Y si dádivas pueden obligarte,
En habiendo cumplido el gusto mio,
Prometo, en premio de esto, de pasarte
En libre barca el prohibido rio;
Y porque tenga efeto, haré darte
En sagrado lugar sepulcro pio,
Y con mis sacrificios funerales
Pasarás á los dioses infernales.»

Con prometidas honras ya aplacado,
Moja en la sangre derramada el labio,
Y viéndose vencido y obligado,
Así responde al sacerdote sábio:
«Oh tú, que á tantas almas has llamado,
¿Por qué á mí solo haces tanto agravio?
Por qué entre tantas almas escogido
Para avisar lo venidero he sido?

»Baste que mi pasado desconsuelo
Eternamente en la memoria tenga,
Que es vergüenza que un nieto al muerto agüelo
Pidiendo avisos tales entretenga;
Aquel traidor, infamia de este suelo,
A semejantes sacrificios venga;
Aquel que, habiendo dado muerte al padre,
Engendró hijos en su propria madre.

»Y aun agora á las furias infernales
Con importuno lamentar fatiga,
Invocando á los dioses celestiales
Porque esta infame guerra se prosigá;
Pero si yo los venideros males
Quieres, al fin, que á mi pesar te diga,
Diré de aquesta guerra, aunque forzado,
Lo que me permitiere el libre hado.

»¡Gran guerra! Viene innumerable gente
De toda Grecia, en Argos conjurada,
De armas, trajes y lenguas diferente,
Y de Marte fatal instimulada;
Pero de tanto capitan valiente
Tébas verá la sangre derramada,
Y en sus grandes estragos y ruinas
Armas de el cielo y muertes peregrinas.

»Privados se verán de sepultura
Mill nobles cuerpos en la dura tierra,
Y Tébas, tras de tanta desventura,
Llevará lo mejor de aquesta guerra;
El hado la vitoria le asigura,
La congoja y temor de tí destierra;
Que el enemigo hermano que te ofende
No ha de alcanzar el reino que pretende.

»Mas ; ay! que ha de vencer el padre fiero
Con doblada maldad y furia fea,
Y al fin, de dos espadas el acero
Le ha de dar la vitoria que desea.»
Dijo; y dejando al Rey y al agorero,
Volvió ligero á la region letea,
Y ellos, sin entender lo que escucharon,
Dudosos y confusos se quedaron.

En tanto el campo griego fatigado
Pasaba por las selvas de Hemeo,
Por Alcides famoso y celebrado,
Como testigo de su gran trofeo;
Tan arrogante viene y confiado,
Que ya imagina el mas humilde aqueo
Que ufano vencedor vuelve á su tierra,
Rico con los despojos de la guerra.

Mas en medio este ardor del campo griego,
Cuando con mas furor y confianza
Por Tébas pensó entrar á sangre y fuego,
Cortó fortuna el hilo á su esperanza;
¿Quién pudo refrenar su furor ciego?
Y ¿qué error fué ocasion de su tardanza?
Tú, Febo, el caso cuenta, y tú descubre
Lo que en su antigüedad el tiempo cubre.

Del ya domado Oriente se volvia
El libre Baco ufano y victorioso,
Ya que sus fiestas enseñado habia
Al trace fiero y geta belicoso;
Ya la siempre nevada tierra fria
Del Otri helado y Ródope famoso,
Verde y rica de pámpanos, dejaba,
Y así á su patria vencedor tornaba.

Su carro, de racimos adornado,
Cerca llegaba del materno muro,
De mansos tigres que domó tirado,
En los frenos lamiendo el vino puro;
Manchados linces lleva á cada lado,
Cuya vista penetra al suelo duro,
Detrás osos y lobos medio muertos,
Cual vencedor de montes y desiertos.

Tras de él desordenados pasan luego
Los Sueños, el Horror y el Desvarío,
Con soberbia mayor el Furor ciego,
Y la fra llena de rebelde brio;
La Virtud y el Ardor llenos de fuego,
Y perdido el color el Miedo frio;
Campo confuso, al fin, bravo y horrendo,
Cual es el capitan que van siguiendo.

Yendo pues hácia Tébas caminando,
Dichosa cuna de su tierna vida,
Divisó el campo griego levantando
Gran polvareda, en nubes convertida;
Las armas viendo al sol reverberando,
Y que Tébas no estaba apercebida,
Turbado de el dolor, el carro para
Al gran peligro de su patria cara.

Y aunque flojo, pesado y soñoliento,
Dispierto del temor de tantos males,
Hace al punto cesar cada instrumento,
El tumulto y estruendos bacanales;
Sosiégase el rumor y calla el viento,
Enmudeciendo flautas y atabales;
Y viendo al campo atento, aunque confuso,
Así su enojo y su temor propuso:

«A mí proprio, á mi gente y á mi tierra
Amenazando aqueste campo viene,
Sin que haya arroyo, valle, llano ó sierra
Que lo detenga y su furor refrene;
Bien léjos la ocasion de aquesta guerra
Su fundamento y su principio tiene;
Que mi airada madrastra sola ha sido
Quien á Argos contra Tébas ha movido.

»¿Tan pequeña venganza fué la muerte
De mi madre, en cenizas convertida,
En cuyo fuego y miserable suerte
Tan cerca estuve de perder la vida,
Que de nuevo con odio eterno y fuerte
Procura de mi sangre aborrecida
Borrar del todo el nombre desdichado
Y acabar las reliquias que han quedado?

»¿Tanto á un pecho divino un odio obliga,
Que por él hace á Tébas guerra dura,
Solo por deshacer de su enemiga
El nombre y venerable sepultura?
Pero en vano se cansa y se fatiga,
Que aunque mas á su ejército apresura,
Yo se lo detendré con mis engaños,
Y de mi patria estorbaré los daños.

»Hácia adonde aquel polvo se levanta,
Oh ministros alegres de mi intento,
Procurad de marchar con priesa tanta,
Que primero lleguemos que no el viento.»
Dijo; y sus mansas tigres su voz santa
De suerte obedecieron al momento,
Que con presteza igual á su deseo
Llegaron á las selvas de Nemeo.

Era cuando mas alto tiene al dia
El sol en la mitad de su jornada,
Y el bosque mas espeso recibia
En sus obscuros senos luz dorada;
Al tiempo que la tierra mas ardia,
Por mil partes abierta y abrasada,
Por ellas exhalando el duro suelo
Un espeso vapor que sube al cielo.

Las diosas de las aguas llama, y luego,
«Ninfas, dice, que libres del estío,
Burlais de su calor y de su fuego,
Y tanta parte sois del honor mio,
Esconded vuestras aguas á mi ruego,
Secad cada laguna y cada rio,
Y de la argiva tierra cada fuente
Por un poco de tiempo solamente.

»Principalmente al campo de Nemeo
Quitad agora el agua cristalina,
Por donde caminando el campo aqueo,
A mi pesar á Tébas se avecina;
El mismo Febo ayuda á mi deseo,
Y cada estrella á mi favor se inclina;
Que agora mas que nunca rigurosa,
Abrasa la canícula espumosa.

»Y yo vuestros bellísimos raudales
Aumentaré despues, y agradecido,
En lugar de agua os volveré cristales
Por este beneficio recibido;
Grande parte en mis fiestas principales
Tendréis si soy agora obedecido,
Y honradas en mis himnos y cantares,
Los dones gozaréis de mis altares.

»Refrenaré del fauno mas osado
El lacivo furor y la violencia,
Y ninguno jamás, por mí obligado,
Para ofenderos tomará licencia.»
Dijo; y obedecido y respetado,
Hizo luego de suerte la experiencia,
Que de sed fatigado, ya quisiera
Que no tan presto obedecido fuera.

Heridas del rigor del nuevo fuego,
Ve secas las guirnaldas de su frente,
Y de sus carros enramados luego
Los pámpanos marchitos de repente;
Sécase el verde humor del campo griego,
Húyese cada arroyo y cada fuente,
Y en cieno los estanques convertidos,
Luego se ven al sol endurecidos.

No le aprovecha al valle su hondura
Ni que de ella jamás el sol se acuerde,
Que al fin su alegre yerba no sigura
Su libertad y su frescura pierde;
Marchítase la mies aun no madura,
No queda en todo el suelo cosa verde,
Vense las plantas de su honor privadas,
Desnudas, amarillas y abrasadas.

Fatigado de sed está el ganado
En algun rio, adonde siempre nada,
Que de sus esperanzas mal burlado,
Bebe en la seca orilla deseada;
Tal cuando vez alguna se ha olvidado
El Nilo de inundar su tierra amada,
Seco, abrasado, estéril y marchito
Suele hallarse el caluroso Egito.

Sus montes y sus valles humeando,
Y la tierra cansada y afligida,
Por mill partes abierta y anhelando,
Del padre Nilo esperan la venida;
Hasta que, al fin, sus ruegos escuchando,
Que aunque castiga Dios, no siempre olvida,
Baña los campos y la tierra empreña,
Y flores pone en la desnuda leña.

Ya al claro Asterion y ya á Lirceo
A pié enjuto los pasa el caminante,
Y Lerna, que de Alcides vió el trofeo,
Sufre tambien desdicha semejante;
Inaco, rey de tanto arroyo aqueo,
Y Caradro, soberbio y arrogante,
Que las plantas y peñas arrancaba,
Ya pobre aquel y aqueste humilde estaba.

Aunque de léjos recordar solia
De noche á los pastores Erasino,
Tan mudo y manso va, que aun no podia
Cubrir menuda arena de camino;
Solo sus aguas conservó Langia,
No sin acuerdo y parecer divino;
Langia, que no entonces conocido,
Noble despues por Arquemoro ha sido.

Mayor fama despues y mayor gloria
Las lágrimas de Hisípile le dieron,
Cuando los griegos, por saber su historia,
De la muerte de Ofelte ocasion fueron;
Y luego, eternizando su memoria,
Juegos y sacrificios le hicieron,
Que cada tercer año eternamente
En su honor celebró la griega gente.

Buscando pues el agua deseada,
Rendido ya de sed el campo argivo,
No hay quien sufra el escudo ó la celada,
Que de las armas sale un fuego vivo;
La lengua sin humor y fatigada,
Entrase al pecho el fuego vengativo,
Y bate apriesa en él con nueva pena,
Secándole la sangre en cada vena.

Cerrado el cuello, ya seca la boca,
Acobardado el corazon, suspira,
Que como el fresco humor el sol le apoca,
No con el aire del pulmon respira;
Hirviendo al gran calor la sangre poca,
A las secas entrañas se retira,
Y de el vapor que exhala cada pecho
Nubes de polvo de la tierra ha hecho.

Al freno y á la espuela no obidiente,
Fatigado el caballo generoso,
Inclina la cerviz y altiva frente
Hasta besar el suelo caluroso;
Ya por peso excesivo al dueño siente,
Y sin que el seco freno riguroso
Tiña de blanca espuma, sin aliento
La lengua saca á su pesar al viento.

El noble rey Adrasto, que sentia
El daño de su campo fatigado,
A los estanques de Licinio envia
Por ver si algunas aguas le han quedado;
Mas ni en el lago de Amimon habia
Ni en ellos el socorro deseado,
Que al fuego general que llueve el cielo
No hay lugar reservado en todo el suelo.

Ni hay esperanza alguna en tanta pena
Que llover pueda el cielo endurecido,
Cual si al seco desierto de Siena,
Nunca de nube alguna humedecido,
O si de Libia á la abrasada arena
En el rigor de julio hubieran ido;
Y al fin, tanto anduvieron, que hallaron
Para mal suyo el agua que buscaron.

En una selva á Hisípile sentada,
Que asi Baco ordenaba su ruina,
Hallan, y aunque al estruendo alborotada,
Su hermosura pareció divina;
Al tierno Oféltes, prenda desdichada,
Cuyo fin riguroso se avecina,
Hijo del rey Licurgo, al pecho tiene,
Y así ocupada por el campo viene.

Una casa de campo cerca habia,
Adonde el Rey alguna vez asiste;
Y así, de ella á la selva se salia
Con el hijo infelice, el alma triste;
Y aunque al infante tierno al pecho cria,
Y ropas llenas de humildad se viste,
Descubre el rostro una real grandeza,
A pesar de sus males y tristeza.

Lleno de admiracion el Rey anciano,
«¡Diosa, le dice, poderosa y santa,
Que no puede caber en pecho humano
Tal majestad y hermosura tanta;
Tú, que alegre, á pesar de el tiempo insano,
No buscas aguas, y con libre planta
Vas por aqueste campo, favorece
A esta gente afligida que padece!

»O ya del casto coro de Diana
Al tálamo dichoso hayas venido,
O de el amor de Júpiter ufana,
Hayas el tierno infante recibido,
Pues no es la primer vez que en forma humana
A tálamos de Grecia ha decendido,
Mira la sed que aqueste campo lleva,
Y el mal de tantos á piedad te mueva.

»Por asolar á Tébas conjurados,
Enemigo comun, venido habemos,
Y con sed por el hado acobardados,
Llevar las duras armas no podemos;
Da á tantos escuadrones fatigados
La vida y el favor que pretendemos,
O clara ó turbia y negra el agua sea,
De bella fuente ó de laguna fea.

»Cualquiera será bien agradecida,
Y pues en vez de Jove á tí acudimos,
Con nuestros ruegos á piedad movida,
Enséñanos el agua que pedimos;
Que á todo un campo le darás la vida
Si de tí bien tan grande recibimos,
Y la fuerza y valor, al sol deshechos,
Volverán á nacer en nuestros pechos.

»Así crecer el peso amado veas
Con buena estrella que tu gloria aumente,
Y todo cuanto esperas y deseas
De Júpiter alcances fácilmente;
Que en mal tan grande nuestro amparo seas,
Que si volver el hado nos consiente,
Prometo de dejarte en esta tierra
Gran parte del despojo de la guerra.

»Con alegres cantares y himnos santos
Tanta oveja tebana he de ofrecerte,
Que igualen con el número de tantos
Como agora librases de la muerte;
Y un ara rica te haré, que á cuantos
Trujere aquí su buena ó mala suerte
Cuente mi obligacion para tu gloria,
Quedando en bronce eterna la memoria.»

Dijo; y apenas alcanzó el resuello
Para acabar de pronunciar aquesto,
Y la afligida voz pegada al cuello
Hizo su gran peligro manifiesto.
Hisipile, inclinando el rostro bello,
Humilde y grave, y como bello honesto,
«No, dice, diosa soy, aunque en el cielo
Puedo decir que tengo algun agüelo.

»Y pluguiera á los dioses celestiales,
Ya que tantos favores no merezco,
No fueran mis desdichas inmortales,
Pues no lo soy y de ese honor carezco;
Pero tal es la fuerza de mis males,
Que es eterna la pena que padezco,
Y aunque os pudo admirar mi hermosura,
Soy una esclava triste y sin ventura.

»Y este pequeño infante que á mi pecho
Alimento recibe, es prenda ajena,
Y no sé ¡ay desdichada! qué se han hecho
Dos que el cielo me dió para mi pena;
Y aunque desdichas en ajeno techo
Me tienen de dolor y llanto llena,
Donde siempre obedezca y otro mande,
Rey padre tuve un tiempo y reino grande;

»Mas ¿de qué sirve la tragedia mia,
Si no mitigo mi dolor con ella
Ni el gran ardor del riguroso dia,
Y os detengo y dilato el agua bella?
Seguidme pues, que cerca está Langía,
Que, aunque á pesar de la abrasada estrella
De el sirio can, conserva en su corriente
Sus aguas de cristal eternamente.»

Así dijo; y por ir á la ligera,
Deja en el suelo al niño desdichado,
Cual lo ordenaba el hado y parca fiera,
A unos céspedes secos arrimado;
Llora el mísero infante, que quisiera
No verse desasir del pecho amado,
Y ella, con mill caricias que le hace,
Su llanto templa y su temor deshace.

Al tierno Jove así dejó en naciendo
Su madre Berecinta, que atrevida
A los curetas lo entregó, quiriendo
En sus clamores amparar su vida.
Ellos con roncos sones tal estruendo
Hacen, que resonaba el monte de Ida,
Y el pequeñuelo Dios lloraba tanto,
Que igualaba al estruendo con su llanto.

Quédase pues el desdichado infante
Sobre la seca yerba retozando,
De sus futuros males inorante,
Ya el rostro atrás volviendo, y ya trepando;
No hay pequeño rumor que no lo espante;
Y así, mil veces con temor gritando,
Con balbuciente lengua y tierno labio
Mudas querellas forma de su agravio.

Tal siendo el fiero Marte pequeñuelo,
De Odrisia andaba entre la nieve fria,
Y así Mercurio, embajador del cielo,
Por el monte Menalio andar solia.
Y de esta suerte en el materno Delo
El rubio Apolo en su niñez vivia,
Antes que administrase aquel la espada,
El carro aqueste, aquel la planta helada.

Siguiendo al ama incauta va ligera,
Mas alentada ya la griega gente,
Y aun ya se queda atrás, que nadie espera,
Con la gran sed, á amigo ni á pariente;
Y ya que cerca están de la ribera,
Escuchan el rumor de la corriente;
Que, como entre peñascos va Langía,
Léjos el agua resonar se oia.

Llegó un alférez abrasado en fuego,
Adelantando su caballo al agua,
Y mojando el pendon en ella luego,
Lo levantó, diciendo á voces: ¡Agua!
Oye la alegre voz el campo griego,
Y luego todos respondieron: ¡Agua!
Agua, repiten, agua, hasta tanto
Que todo el campo corre el nombre santo.

Así, cuando en la orilla alguna ermita
Descubre la galera que navega,
La gente, saludando el nombre, grita
Con alegre clamor que á tierra llega;
El cómitre primero los incita,
Y luego la obediente chusma ciega,
El nombre repitiendo, al son responde,
Y alegres voces en el cielo esconde.

Llega al agua la turba presurosa,
Mezclada sin alguna diferencia,
Que, á todos igualmente rigurosa,
La sed no guarda á nadie preminencia;
La humilde entre la gente poderosa
Se arroja, sin respeto y reverencia,
Y tal puso en alguno osada mano,
Que echó de ver despues que era su hermano.

A echarse al agua van precipitados
Caballos ya furiosos y atrevidos,
Con los dueños encima y enfrenados,
O tirando del carro al yugo unidos;
Y esotros animales ocupados,
No bien en tanta confusion regidos,
Con las pesadas cargas ya ligeros,
Quieren llegar al agua los primeros.

Cuál desde una alta peña osadamente
No duda, viendo el agua, de arrojarse,
Y cuál, atropellado de la gente,
Se ve en ella á peligro de ahogarse,
Y aun temen en mitad de la corriente
Que el agua, y no la sed, ha de acabarse;
Y así, ni al capitan el mochillero,
Ni respeta á su rey el escudero.

Gimen las ondas al estrago duro
Que ven en su cristal hermoso y frio,
En vano defendido, limpio y puro,
Del gran rigor del caluroso estío;
Ya es turbio y pobre arroyo aun no siguro
El que era rico y cristalino rio,
Y no las aguas solamente pierde,
Que no queda en su orilla cosa verde.

Y aunque en cieno trocada el agua bella,
Su curso alegra y su rumor regala,
Y mill veces alguno bebe de ella;
Que para tanta sed no hay agua mala.
Cuál riñe con aquel que lo atropella,
Cuál se ase de una peña, cuál resbala,
Cuál guarda el agua turbia en la celada,
Cuál el escudo pierde y cuál la espada.

Si el gran estruendo alguno acaso oido
Entre dos campos al pasar de un vado,
O al entrar por el muro combatido
Victorioso enemigo campo osado;
Tal imagine que es el gran ruido
Que al beber de estas aguas ha pasado,
Que viva imágen es de una batalla,
Donde la misma confusion se halla.

Parado alguno en la ribera fea,
De tantos piés hollada y ofendida,
El mas piadoso de la gente aquea
Así dijo con alma agradecida:
«Reina de esotras selvas, gran Nemea,
De Júpiter mill veces escogida
Para encubrir sus hurtos amorosos
En tus ocultos senos venturosos;

»Tú, que agora no menos trabajosa
Con sed has sido á todo un campo entero,
Que en otro tiempo á Alcides peligrosa,
Cuando osado abrazó tu mónstruo fiero,
Baste ya tu rigor, y mas piadosa
Nos recibe en el tiempo venidero;
Que al fin el pueblo griego es prenda tuya,
Tuyo es su bien, y tu deshonra suya.

»Y tú, cortés y venturosa fuente,
Que al mar tributo de cristal envias,
Sin que jamás deshaga el sol ardiente
El curso eterno de tus aguas frias,
Corre con tu bellísima corriente
Noches alegres y dichosos dias,
No de extraño caudal ó de agua ajena,
Mas de tí misma eternamente llena.

Que á nadie el agua tu corriente debe,
Pues ni las avenidas del invierno
Ni al sol de julio derretida nieve
Hacen crecer jamás tu curso eterno;
Ni el Euro helado á tu cristal se atreve
Cuando tiene de nubes el gobierno,
Ni el arco aumenta tu corriente bella,
Ni jamás te ha vencido alguna estrella.

Nunca Ladon, ni el uno y otro santo
Serán tan respetados en el mundo,
Ni el gran licor mas celebrado tanto,
Ni Esperquio, que amenaza al mar profundo;
Siempre en guerra y en paz tu nombre santo
Tendrá en mis fiestas el lugar segundo,
Que á Júpiter primero y á tí luego
Ha de reverenciar el pueblo griego.

Con tal que aqueste campo que afligido
En tus aguas eternamente vivas
Agora con amor has recibido,
Despues ufano y vencedor recibas,
Para que, á tanto bien agradecido,
Honras haga á tus ondas fugitivas;
Que si vuelve á beber tus aguas claras,
Conocerás á quien agora amparas.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Habiendo venido el campo griego, comienza á marchar. Ruega Adrasto á Hisípile cuente quién es, y la historia de su destierro. Cuenta Hisípile ser hija del rey Toante, y cómo las mujeres de Lémnos, incitadas de Polijo, mataron á sus maridos por haber estado cuatro años sin ellas en la guerra, y cómo ella libró á su padre y fué alzada por reina. Cuenta asimismo cómo llegó Jason á Lémnos, de quien tuvo dos hijos, y cómo salió huyendo de su tierra, y cautiva de piratas y vendida á Licurgo, rey nemeo; y en tanto que ella cuenta su historia, una serpiente da muerte al niño Ofeltes. Matan los griegos la serpiente. Hacé Hisípile llanto. El rey Licurgo la quiere matar por la falta de su hijo. Defiéndenla Tideo y Capaneo. Revuélvense en batalla los griegos con los vasallos de Licurgo. Adrasto y Anfiarao les refrenan la furia. Conoce Hisípile sus dos hijos. Hace Anfiarao un razonamiento á Licurgo. Ordena que se hagan obsequias al niño muerto, y que se llame Arquemoro, y que toda Grecia le honre y haga fiestas de tres á tres años como á dios.

Rendida ya la sed al manso rio,
Despues que su corriente saquearon,
Pudiendo mas la gente que el estio,
Pues lo dejan menor que lo hallaron,
Con aliento mayor y con mas brio
A marchar las escuadras comenzaron,
Llenas de su primero furor ciego,
Cual si bebieran con las aguas fuego.

Ya alentado el caballo generoso,
Hiere con mas furor la dura tierra,
Y en cada pecho Marte riguroso
Su rigor, su coraje y furia encierra.
Vuelven de nuevo al campo, ya animoso,
Las iras y amenazas de la guerra,
Y otra vez dividido en escuadrones,
Tremolan sus banderas y pendones.

Vuelve cada soldado á su bandera
Y á su primer lugar, y ya obedece
El órden militar y ley severa
Del capitan, que armado ya parece.
Ya se aparta y no suena la ribera,
Y ya la tierra con el polvo crece;
Selva parece el campo que, marchando,
Va siempre en ella el sol reverberando.

Así suele al principio del verano,
De las grullas el número infinito
Pasar volando por el aire vano,
Dejando atrás el caluroso Egito.
Bien concertado el escuadron ufano,
Con alegre clamor y ronco grito,
Ya el mar inmenso y ya la tierra asombra,
Vuelve atrás de él la fugitiva sombra.

Hasta que habiendo el mar atravesado,
Para en los reinos del Oriente frio,
Adonde de los hielos desatado
Hallan ya cada arroyo y cada rio;
En cuyo alegre sitio, acommodado
Para el rigor del caluroso estio,
Pasan hasta que el tiempo les obliga
A buscar la templada tierra amiga.

En tanto pues que el campo va marchando
Por aquella intricada selva obscura,
De nuevo el Rey, de Hisipile mirando
La grave honestidad y hermosura;
Cercado de los grandes, y estribando
De Polinice en una lanza dura,
A la sombra y al pié de un roble puesto,
Con alma y lengua sábia dijo aquesto:

«¡Oh tú, ninfa gentil, á quien la vida
Un infinito número debemos,
Honra que pudo ser apetecida
Del mayor Dios que respetar solemos;
Porque despues con alma agradecida
Beneficio tan grande te paguemos,
Cuéntanos quién aquel tu padre ha sido,
Cuál fué tu patria y cómo aquí has venido.

»Que bien se echa de ver en la apariencia
Y de tu bello rostro en las señales,
Que no debe de ser tu decendencia
Léjos de las deidades celestiales;
Que aunque de la fortuna á la inclemencia,
Que pasa tan de espacio por los males,
Te haya quitado el bien, en tu tristeza
Aun resplandece una real grandeza.»

Hisípile un gemido congojoso
Dió, en lugar de respuesta, oyendo aquesto,
Y de lágrimas lleno el rostro hermoso,
Un poco enmudeció con llanto honesto.
Y al fin ha respondido: «Oh rey famoso,
Renovar mandas un dolor funesto,
Las furias y de Lémnos la caida,
Por una gran maldad jamás oida.

»El desastrado fin de los maridos,
Con armas vergonzosas degollados,
Y en sus lechos y tálamos vencidos,
Campos á mejor guerra dedicados.
Mas ¡ay! que se renuevan mis gemidos,
El horror y temores ya pasados;
Que en pensar en aquel atrevimiento
Un nuevo hielo en mis entrañas siento.

»¡Oh hembras! ¿á quién pudo el hado fiero
Dar para tanto mal tanta osadía?
¡Oh tiempo por mis glorias tan ligero!
Oh cielo, oh padre amado, oh noche fria!
Yo soy aquella (y confesarlo quiero
Porque estimeis en mas la piedad mia)
La que escondió su padre, y pudo tanto,
Que le dió vida con fingido llanto.

»Mas ¿de qué ha de servir mi triste historia,
Si os dan priesa las armas y os detengo,
Y yo fatigo en vano la memoria
Cuando remedio en mi dolor no tengo?
Solo os quiero decir, para mi gloria,
Que aunque á servir al rey Licurgo vengo,
Soy, porque mi bajeza mas espante,
Hisípile, engendrada de Toante.»

Lleno de admiracion el rey aqueo
Y los demás, las cejas enarcaron,
Y digno su valor del gran trofeo
De haber salvado un campo lo juzgaron.
Todos al punto, con igual deseo
De saber sus desdichas, le rogaron
Cuente su pena y su dolor prolijo,
Principalmente el Rey, que así le dijo:

«Antes yo te suplico que prosigas
Desde el principio el desdichado cuento,
Y los gemidos de tu gente digas,
Y glorias de tu noble atrevimiento,
La maldad de las hembras enemigas,
Y deste tu destierro el fundamento;
Que suelen descansar los desdichados
Cuando sus males son comunicados.

»Y en tanto que tu mal y desventura
Contando estás, el campo irá marchando,
Y de aquesta intricada selva obscura
El horror y aspereza atrás dejando.»
Aquesto dijo; y á la tierra dura
Ella los ojos tristes inclinando,
Señal de su dolor y su vergüenza,
Tras de un largo suspiro así comienza:

«A Lémnos (oh famoso rey aqueo),
Isla un tiempo dichosa y respetada,
Y ya por un delito horrible y feo
Desierta, miserable y desdichada,
Con sus olas azota el mar Egeo,
Y con su cumbre, al cielo levantada,
Atos le hace sombra, excelso monte,
El mas alto que ve nuestro horizonte.

»Descansar suele en ella el dios herrero
Cuando del fuego de Etna está cansado,
Asa la tierra enfrente el Trace fiero,
Por fatal enemigo á Lémnos dado.
De aquí nació el succeso lastimero
Y el gran rigor del enemigo hado,
Y ver desierta una isla tan famosa,
Rica un tiempo de hijos y dichosa.

»No fueron sus iguales Samo ó Delo,
Ni cuantas hay en el Egeo espumoso,
Por la fertilidad del rico suelo,
Con favorables aires venturoso;
Mas turbó al fin el enojado cielo
Su gloria, su ventura y su reposo,
No sin alguna culpa de la gente;
Que no castiga el cielo al inocente.

»Nunca algun fuego á Vénus encendimos,
Ni en su nombre algun templo levantamos,
Ni sé si de malicia le ofendimos,
O si con ignorancia le enojamos.
Al fin ningunas honras le hicimos,
Y su furor divino provocamos;
Que es bien que el hombre de pecar se guarde,
Pues tan cierta es la pena aunque se tarde.

»Tanto nuestra malicia ó nuestro olvido,
Y el dolor pudo tanto y sus pesares,
Que se mudó de rostro y de vestido,
Y de Pafo dejó los cien altares.
La cinta conyugal se ha desceñido,
Y sin que puedan himnos y cantares
Tenerla en Chipre, á Lémnos vino un dia,
No con las aves que regir solia.

»A media noche algunos la encontraron
Con grandes hachas de espantoso fuego,
Y que eran encendidas afirmaron
En las cavernas del infierno ciego,
Y que por la ciudad le acompañaron
Megera, Aleto y Tesifon, que luego
Con sus sierpes entrando en nuestros techos,
Inficionaron tálamos y lechos.

»Y con ser á Vulcano dedicada,
Sin alguna piedad de tantos males,
La ciudad entregó la diosa airada
Al rigor de las furias infernales;
Quedó toda la tierra inficionada,
Y al momento ocupó nuestros umbrales
Un helado temor y un grande espanto,
Prodigios tristes del futuro llanto.

»Luego de Lémnos se apartó Himeneo,
Las gracias, el placer y la alegría,
Huyóse el tierno amor, murió el deseo
Y los regalos de la noche fria;
La discordia, el furor y el odio feo
Ocupan cada lecho, y ya no habia
Del matrimonio y de su ley cuidado,
Ni sueño con abrazos regalado.

»El principal amor de los varones
Era ocupar de Tracia la ribera,
Y domar con armados escuadrones
El gran furor de aquella gente fiera,
Sin que en sus tan helados corazones
Memoria alguna de su patria hubiera,
Adonde como huérfanos crecian
Los hijos, que aun apenas conocian.

»Y mas preciaban el invierno duro,
Con tener á sus casas tan vecinas,
Pasar debajo del helado Arturo
Al hielo eterno y nieves repentinas,
Y gozar siempre el sueño mal siguro
Al son de algun arroyo y sus ruinas,
Y en la siempre nevada, inculta tierra
Descansar del trabajo de la guerra.

»En Lémnos las mujeres entre tanto
Las horas largas de la noche fria
Gastaban sin dormir, llorando tanto,
Que siempre vió su pena el nuevo dia;
No yo participaba de su llanto,
Que en tierna edad y en libertad vivia,
Y ellas, mirando á Tracia eternamente,
Trataban del descuido de su gente.

»Claro el cielo, sin nubes y sereno,
Y el sol estaba en medio su carrera,
Y cuatro veces un terrible trueno
Estremecerse hizo la ribera,
Cuatro la tierra de su hondo seno
Vomitó fuego, que subió á su esfera,
Y el mar, sin vientos provocada á guerra,
Con montes de agua fatigó á la tierra.

»Cuando Polijo, ya de edad madura,
No á salir de su casa acostumbrada,
Por la ciudad de tanto mal sigura
Vuela con furia horrenda, acelerada;
Aquí y allí los pasos apresura,
Llamando en cada puerta, aunque cerrada,
Y junta, recordando á las dormidas,
Cabildo de mujeres afligidas.

»Como furiosa bacanal tebana,
Que el ronco son del atabal incita,
Y llena de su dios, va tan ufana,
Que en su mismo furor se precipita;
Así con voz horrible y lengua insana,
Con inflamado rostro airada grita,
Y á sus hijos llevando en compañía,
Corre por la ciudad, de hombres vacía.

»Al punto, oyendo su clamor, salimos,
No menos diligentes y turbadas,
Y de Pálas al templo á parar fuimos,
De su furor y de su voz guiadas;
Donde sin algun órden estuvimos
Viejas, mozas, doncellas y casadas,
Corriendo de aquí veinte y de allí ciento,
Llenas de admiracion y sin aliento.

»En medio pues de un número infinito
Mujeril vulgo, atónito y confuso,
En alto la inventora del delito,
Donde pudiesen escuchar, se puso,
Y dando luego un espantoso grito,
Mandó callar, y su maldad propuso,
Desnudando una espada que ceñida
Trujo aquella, de tantos homicida.

»—Viudas, dice, de Lémnos, que llorando
Gastais la vida y consumis los años,
Entre inútiles quejas esperando
Remedio alguno para tantos daños,
Si os van las esperanzas engañando,
A pesar de tan claros desengaños,
Oid, oid, que el cielo ya os procura
Remedio para tanta desventura.

»Arduo es el caso, mas si os pesa tanto
De estar en soledad eternamente
Y de pasar la mocedad en llanto,
Estéril flor que vuestro daño siente,
Ya por inspiracion del cielo santo,
Que desdicha tan larga no consiente,
He hallado una traza que renueve
Amor y matrimonio en tiempo breve.

»Cobrad valor, esfuerzo y osadía
Que á vuestra pena iguale en la grandeza,
Y dejad vuestra antigua cobardía,
Vuestro temor y natural flaqueza;
Pero primero preguntar querria
Qué lecho en esta general tristeza
Se ha visto alegre y tan dichoso ha sido
Que alguna oculta gloria haya tenido.

»Qué tálamo se ha visto acompañado
Sino de llanto y sueño congojoso,
O qué pecho se ha visto regalado
Al blando fuego del querido esposo;
Que vientre al heredero deseado
Sintió crecer, si fué tan venturoso,
Quien en tres años, y se llega el cuarto,
A Lucina llamó para su parto.

»Crecer las aves y las fieras vemos
Con regalos de amor y paz iguales,
Y nosotras, oh flojas, ¿no podemos
Gozar lo que las aves y animales?
¿Agravio tan injusto padecemos
Y hay sufrimiento para tantos males,
Pudiendo remediar con noble furia
Nuestro dolor y castigar la injuria?

»Dió Danao á sus hijas atrevidas
Traidoras armas para tantos daños,
Y vió romper el hilo á tantas vidas,
Alegre en su venganza y sus engaños;
Y ¿nosotras, cobardes y encogidas,
Vivimos agraviadas tantos años,
Con dolor inmortal y en llanto eterno,
Vulgo en efecto flojo y sin gobierno?

»Y si quereis ejemplo mas cercano,
Ved lo que Progne en su venganza ha hecho,
Pues ella propria con osada mano
Rompió del hijo amado el tierno pecho,
Y despues en la mesa del tirano,
Vengando el grande agravio de su lecho,
Alegre en su crueldad y en su osadia,
Comió del hijo que guisado habia.

»Si al fin os puede dar la desventura
Justo rigor que á la venganza cuadre,
No seré mas piadosa ó mas segura,
Pues soy de tantos infelice madre;
Que á cuatro que he parido en suerte dura,
Regalo un tiempo del ausente padre,
Yo misma muerte les daré en mis brazos,
Sin que me estorben lágrimas ni abrazos.

»Sus pechos pasaré con duro acero,
Y de mis cuatro hijos, homicida,
La sangre mezclaré, y al padre fiero
Encima de ellos quitaré la vida;
Yo la venganza empezaré primero,
¿Cuál para tantas muertes, atrevida,
Tiene valor y me promete ayuda,
De furor llena y de piedad desnuda?—

»Así iba su maldad encareciendo,
Y luego divisamos una armada
En alta mar, que al sol resplandeciendo,
Vimos que era la tanto deseada.
Polijo, la ocasion al punto asiendo,
Prosiguió mas alegre y confiada:
—¿No veis que el mismo cielo os favorece,
Que vió el dolor, y la venganza ofrece?

»Algun dios vengativo y soberano
Ha movido esta armada de repente
Para que con valor y osada mano
Vengueis vuestros agravios en su gente;
No fué la imágen de mi sueño en vano,
Que á Vénus vi en mi lecho claramente,
Que en el silencio de la noche fria
Desnudando una espada, así decia:

»—¿Por qué perdeis la edad que vale tanto
Con inútiles quejas y gemidos?
Vengad la injuria y mitigad el llanto,
Y los lechos purgad aborrecidos;
Que yo despues el matrimonio santo
Renovaré, y os buscaré maridos
Con quien, al fin de tanta desventura,
Alegres viviréis, en paz segura.—

»Esto diciendo aquesta espada, aquesta,
Al apartarse me dejó en la cama;
¿Qué aguardais, si la injuria es manifiesta
Y el mismo tiempo á la venganza os llama?
La armada viene en ocasion funesta,
Donde cada marido, sigun fama,
Porque os aflija mas vuestra desgracia,
Trae la amiga que ha tenido en Tracia.—

»De este mayor estímulo incitada,
Clamó la turba y retumbó la tierra,
Pareció Lémnos otra Scitia helada,
Llena de los tumultos de la guerra,
Cuando en cada amazona alborotada
Marte su fuego y su furor encierra,
Y su armado escuadron la forma tiene
De nueva luna, que creciendo viene.

»Fácil resolucion el caso tuvo;
Tanto su rabia entre los celos crece,
Que nadie en resolverse se detuvo,
Con la ocasion que el tiempo les ofrece;
Al fin, un furor mismo en todas hubo,
Ni (como en otras juntas acontece,
Donde siempre es el vulgo incierto y vario)
Hubo entre tantas parecer contrario.

»Y sin hacer alguna diferencia
De edad ó parentesco el furor ciego,
Quieren que se ejecute la sentencia
De la noche primera en el sosiego;
Con igual rabia y bárbara inclemencia
Todas á muerte condenaron luego
Padres, hijos, hermanos y maridos,
Y á todos igualmente aborrecidos.

»De obscuridad y de espesura tanta
De Pálas junto al templo un bosque habia,
Que no admite del sol la lumbre santa
Y es casa eterna de la noche fria;
Encima un alto monte se levanta,
Que no deja en el bosque entrar el dia,
Y como el monte al sol la entrada impide,
Doblada obscuridad horror le añide.

»Aquí con juramento confirmaron
Su maldad, sus desdichas y sus males,
En el cual á Proserpina invocaron
Y á las demás deidades infernales;
No en este sacrificio horrendo usaron
De sangre acostumbrada de animales;
Que para él con infame regocijo
La mujer de Caropo ofreció el hijo.

»Atiza su furor y atrevimiento
Vénus, facilitando lo imposible,
Ella les da las armas, y al momento
Todas las tiñen con rigor terrible;
Las diestras juntan y hacen juramento,
Con viva sangre en sacrificio horrible,
Y la alma, de su cuerpo desatada,
Volaba en torno de la madre airada.

»¡Cuál me vi al triste caso! ¡qué afligida!
Qué sin color! y el corazon ¡qué helado!
Cual cierva que, de lobos perseguida,
El pecho sin valor y acobardado,
Al veloz curso encomendó su vida,
Y habiéndola el temor precipitado,
Ya escucha de los perros el estruendo,
Y ya, ya piensa que le van asiendo.

»Llega la armada, al fin, á la ribera,
Y de una competencia alegre llena,
No hay nave que no quiera ser primera
En allegar á la enemiga arena:
Dichosa gente si la guerra hubiera
Dado la muerte honrada en patria ajena,
O se la diera el mar entre sus senos,
Piadosa mas y miserable menos.

»Salvos para su mal llegan, y luego
Van á cumplir los prometidos votos,
Sube de cada altar el humo ciego
Entre himnos mill alegres y devotos;
Mas, negro y espantoso cada fuego,
Prodigio fué de nuevos alborotos,
Y los sacrificados animales
Avisos dieron de futuros males.

»Tarde llegó la obscura noche fria,
Que, de lástima Júpiter movido,
Alargó el tiempo al fugitivo dia,
Hasta que fué del hado prohibido;
Y ya que al mundo el sol bajado habia,
No luego las tinieblas han salido
A espacio, el ciego horror salió tras ellas,
Y mas tarde que nunca las estrellas.

»Pero no alguna lumbre á Lémnos dieron,
Por no ver tantas muertes y ruinas,
Paro y Taso á su luz resplandecieron,
Y las espesas Cícladas vecinas;
A Lémnos solamente no pudieron
Ver al pasar las naves peregrinas;
Que encima de sus casas puso el cielo
De niebla espesa un ciego y triste velo.

»Por los templos y bosques derramados,
Gastaron parte de la noche obscura
En juegos y banquetes regalados,
Bebiendo en oro rico y plata pura,
Y en contar, en las mesas recostados,
Los varios casos de la guerra dura,
Lo que en el Emo y Estrimon hicieron,
Y batalla que en Rodope tuvieron.

»Oyendo los trabajos de su gente,
Estaban ricamente aderezadas,
Las casadas con ánimo impaciente,
Aunque de sus maridos abrazadas;
Que Vénus esta noche solamente
En sus últimas horas desdichadas,
Les dió una breve paz y un sueño breve,
Deshecho luego, como al sol la nieve.

»Con el silencio al fin llegó el sosiego,
Instrumentos y músicas callaron,
Sosegó de la noche el rumor ciego,
Y banquetes y juegos se acabaron;
Mojado en Aqueronte salió luego
El sueño, y desde allá le acompañaron,
Por triste comision del hado fuerte,
El horror y las sombras de la muerte.

»Con alas llenas de infernal rocío
Abraza la ciudad perecedera,
Teatro infame, de piedad vacío,
Para la gran tragedia lastimera;
Vierte en ella del cuerno el ocio frio,
Que diferente en los efectos era,
Pues derramado sobre tanta gente;
Durmieron los varones solamente.

»Las mujeres en tanto están velando,
Para la gran maldad apercebidas,
Y las parcas apriesa devanando
La no cumplida edad de tantas vidas;
La hora al fin de tanto mal llegando,
Como infernales furias atrevidas,
Dan muerte esposa, hermana, hija y madre
Al marido, hermano, al hijo y padre.

»No por los campos de la Scitia helada
Fieras hircanas tigres encerraron
De diferente suerte la manada,
Que en habiendo parido, procuraron
Por volver con la presa deseada
A los tiernos hijuelos, que dejaron
Con la primera hambre y sed gimiendo,
Y de las ubres el licor pidiendo.

»De tanto caso atroz y desdichado,
No sé cuál diga ó cuál primero cuente:
Sobre muchos tapetes recostado,
Con guirnalda de ramos en su frente,
Estaba el bello Elimo sepultado
En vino, y Jorge temerariamente,
Desocupando el infelice lecho,
Todo un cuchillo le escondió en el pecho.

»Huye del triste el sueño, y ya despierto
Aun no del todo, aunque mortal rendido,
Turbado abraza al enemigo incierto,
Para mayor dolor ya conocido;
Ella otra vez al cuerpo casi muerto
El hierro en las espaldas le ha escondido,
Pasando al pecho la herida ciega,
Hasta que al suyo con la punta llega.

»El blando, aunque muriendo, todavía,
Y sobre el lecho boca arriba puesto,
Turbada vista á su mujer volvia
Con tierno amor en vano manifiesto;
«Jorge, muriendo dice, Jorge mia,»
Y apenas pudo pronunciar aquesto,
Y lleno ya de muerte el rostro bello,
Soltó los brazos del injusto cuello.

»No el estrago, aunque grande, horrible y feo
Del vulgo contaré, que solamente
Mi pena y mi dolor contar deseo,
La muerte y desventura de mi gente;
Cuál á Cidon y cuál vide á Crineo,
Que por desocupar la blanca frente,
El cabello dorado que tenia
A las espaldas esparcir solia.

»Ambos, pero bastardos, mis hermanos
Conmigo á un pecho mismo se criaron,
De Lémnos los mejores cortesanos,
Y en vida y muerte en todo se igualaron;
Que esta noche los hados inhumanos,
Porque nacieron juntos, acabaron,
Por una mano á un tiempo y de una suerte,
Sus verdes años con injusta muerte.

»Dió muerte Mirmidona al fuerte Gia,
De quien fui un tiempo prometida esposa,
Y rindió el mucho esfuerzo y osadía
Que alguna vez me tuvo temerosa;
A Opopeo, que bailando visto habia,
Por manos de su madre vigurosa,
Entre los instrumentos lo vi muerto,
Con bárbara crueldad el pecho abierto.

»Muestra su amor y su piedad en vano,
Llora Licaste y con dolor suspira,
El rostro viendo á Cidimion, su hermano,
Donde su propria semejanza mira;
Ve el cabello que siempre con su mano
Ella adornaba, y de su error se admira,
Y sin aliento y de piedad cobarde,
Suelta el cuchillo, arepentida, tarde.

»Pero su madre, bárbara, inhumana,
Que de sus tiernas lágrimas se ofende,
Con extraño rigor y furia insana
Le riñe, la amenaza y reprehende;
Despues la anima en su maldad ufana,
Hasta que al fin en su furor la enciende,
Dándole su cuchillo, que teñido
Ella trujo en la sangre del marido.

»Cual fiera muchos años encerrada,
Y ya domesticada y sin fiereza,
Que no quiere volver, aunque incitada,
A su olvidada natural braveza,
Y niega, aun de su dueño amenazada,
El furor que le dió naturaleza,
Hasta que, de temor ó con la injuria,
Cobra su natural antigua furia.

»Tal Licaste, por fuerza ya movida,
Cayendo encima del hermano amado,
Con el cuchillo le quitó la vida,
Habiendo el hierro al corazon hallado;
Y ella, besando luego la herida,
Sobre el difunto cuerpo desangrado
Quedó, tiñendo en sangre el rostro bello,
Despedazando en vano su cabello.

»Quedé, esto viendo, atónita y turbada,
Y luego vi que Alcimide traia
Del padre la cabeza desangrada,
Que casi viva y murmurar se via;
Muda mi voz y al paladar pegada,
Quedé como si fuera piedra fria;
Erizóse el cabello, helóse el pecho,
Cual si yo aquel delito hubiera hecho.

»De mi espada el acero aun no manchado
Volví á mirar temblando, y al instante,
Con el miedo y horror de aquel pecado,
Me acordé de mi padre el rey Toante;
Vuelo al punto con paso acelerado,
Temiendo en él desdicha semejante,
Y hallélo acostado, aun no dormido,
Atónito escuchando el gran ruido;

»Que aunque la casa retirada estaba,
Llegaba, aunque confuso, allá el estruendo,
Y en el real palacio retumbaba,
En suspiros envuelto, un son horrendo;
La causa de las voces inoraba,
Y entre sí mismo estaba revolviendo,
Viendo el sosiego de la noche roto,
Qué rumor fuese aquel ó qué alboroto.

»La causa al punto y la maldad le cuento;
—Sígueme, digo, oh padre miserable,
Que para su rigor y atrevimiento
No hay ya remedio alguno saludable;
Y si nos detenemos, al momento
Vendrá escuadron de gente inexorable,
Y morirémos ambos; huye luego,
Antes que llegue á tu palacio el fuego.—

»¡Cuál quedó el triste viejo con aquesto,
Viendo el peligro y la salida incierta!
Al fin desocupando el lecho presto,
Salió tras mí por una oculta puerta;
Y aunque huyendo del rumor funesto,
Montones vimos de la gente muerta;
Que la tiniebla de la noche obscura
Para encubrirnos fué nube sigura.

»Vense los viejos nobles matizando
Las canas en su sangre derramada,
Y muertos los mancebos que triunfando
Ayer entraron de la Tracia helada,
Y niños inocentes palpitando,
Del cuerpo el alma apenas desatada,
Muertos por madre bárbara, atrevida,
En el umbral primero de la vida.

»Cabezas de sus cuerpos divididas
Se ven, y pechos con rigor rompidos,
Y en otros ocupadas las heridas
De los infames hierros atrevidos;
Rotas lanzas y espadas ya teñidas,
Con hierro destrozados los vestidos,
Y tazas, con el grande desatino,
Llenas de tanta sangre como vino.

»Las tristes almas por el aire vago
En torno de sus cuerpos van gimiendo;
Y ellos de sangre y vino un grande lago
Sobre la dura tierra están haciendo;
Entre la confusion de aquel estrago
Pudieron verse algunos que cayendo
Sobre sus tazas, al morir vertian
El mismo vino que bebido habian.

»Tal de Osa en la nevada cumbre cana
Su pobre mesa alguna vez miraron
Los lapitas teñida en sangre humana,
Que sus proprios hermanos derramaron,
Cuando de los centauros la ira insana,
Ya encendidos de vino, provocaron,
Y arrojando los vasos en la tierra,
Hacen sobre las mesas cruda guerra.

»Yendo, de ver tan grande desventura,
Atónito y medroso mi Toante,
El aire serenó una lumbre pura,
Llena de oculta gloria radiante;
Huyó de entorno la tiniebla oscura,
Y luego habiendo puéstose delante,
Vimos que era el dios Baco claramente,
Aunque de hábito extraño y diferente.

»No de yedra inmortal corona puesta,
Ni el verde adorno de que usó contino
Le vimos, porque en noche tan funesta
Quiso privarse de su honor divino;
Sin pámpanos su frente y descompuesta,
Al gran peligro de su hijo vino,
Y así, delante de mi padre puesto,
Vertiendo indigno llanto, dijo aquesto :

»—Mientras el hado y la enemiga suerte
Te dieron el gobierno de esta tierra,
Isla grande, famosa, rica y fuerte,
De extranjeros temida en paz y en guerra,
Y las parcas, hermanas de la muerte,
Por quien la paz de Lémnos se destierra,
No hilaron estambre diferente,
Tuve de ti cuidado eternamente.

»Testigo me es el cielo soberano,
Que mis llantos y mis ruegos ha sabido,
De todo cuanto hice y dije en vano,
Mas nunca fui de Júpiter oido;
Que á Vénus el rigor del hado insano,
Y Jove de sus lágrimas vencido,
O de su hermosura peregrina,
Le dieron el honor de esta ruina.

»Huye y al hado inexorable y duro
El cetro rinde y majestad primera;
Y tú, para que salga mas siguro,
Lo lleva (oh sangre nuestra verdadera)
Por donde se divide el viejo muro
En dos brazos que van á la ribera;
Que á Vénus en esotra puerta añide
Fuego, rigor y la salida impide.

»Allí mas encendida y mas airada,
Donde retumba aquel confuso estruendo,
Allí entre las mujeres corre armada,
Su rabia y su furor favoreciendo;
¿Qué enojo á Vénus le ciñó la espada,
Y quién le dió de Marte el fuego horrendo?
Tú pues al mar entrega el padre amado,
Que de su vida yo tendré cuidado.—

»Dijo; y volando por el aire vano
Con rastro largo un resplandor divino,
Cual de estrella que corre en el verano,
Alegró el viento y descubrió el camino;
A la luz de aquel rayo soberano
Llegamos brevemente al mar vecino,
Y en llegando, hallamos á la orilla,
Aunque dentro del agua, una barquilla.

»No los abrazos y el alterno llanto
Podré contar; que al tiempo del partirse
Fué nuestra pena tal y el dolor tanto,
Que ninguno acertaba á despedirse;
Y cuando adelgazando el negro manto
La noche, el alba comenzó á reirse,
Entró en el mar, y yo quedando á solas,
De llanto otro mar hice y otras olas.

»A los vientos y al agua lo encomiendo,
Y á los dioses del mar y al cano Egeo,
Que siempre está las Cícladas ciñendo,
Pido que favorezcan mi deseo;
Vuela la barca al fin, que iba huyendo,
Y ya que con los ojos no la veo,
De ellos haciendo un caudaloso rio,
Tras de un sospiro el corazon le envio.

»Mill cosas revolviendo, allí me quedo,
En el dios Baco apenas confiada,
Que no apartarme de la orilla puedo,
Del gran temor atónita y helada;
Ni pude sosegar ni perdí el miedo
Hasta que ya la noche retirada,
Y del todo la aurora manifiesta,
Volví llorando á la ciudad funesta.

»Salió por los balcones del oriente,
Lleno de luto y vergonzoso el dia,
Y el sol de nubes coronó su frente,
Por no ver tanto estrago y osadía;
Vieron todas entonces claramente
El gran furor de aquella noche fria,
Y avergonzadas de su gran delito,
Se vió el gran daño en cada frente escrito.

»Cada mujer atónita y suspensa,
Rendido á tanto mal su furor ciego,
En tierra esconde su maldad inmensa
O la consume en presuroso fuego;
Vénus, ya satisfecha de su ofensa,
Nuestro vencido alcázar dejó luego,
Y las furias volvieron á su infierno,
Dejando en la ciudad un llanto eterno.

»Acabado el furor, el sentimiento
Encendió en otro fuego cada pecho,
Y otro nuevo linaje de tormento
Se vido luego en cada viudo lecho;
Su error, su ceguedad y atrevimiento,
Que conocieron tarde y sin provecho,
Pagan, y vierten lágrimas en vano,
Hiriendo el rostro con osada mano.

»Una ciudad antigua y populosa,
Rica de campos, de armas y varones,
Fuerte de sitio, en guerras venturosa,
Respetada de bárbaras naciones,
Por el triunfo de Tracia mas famosa,
Lleno de armas vencidas y pendones,
Sola quedó, sin hombres, y en un hora
Vencida se halló, de vencedora.

»Todos en sus entrañas los encierra,
No de aire inficionado consumidos
Ni del soberbio mar ó en dura guerra
Por enemigo campo destruidos;
No hay ya quien pueda cultivar la tierra,
Ni enfrenar á los traces atrevidos,
Ni quien pueda sulcar el mar vecino,
Que tanto respetaba el peregrino.

»Llenas de horror las calles y manchadas
De sangre que vertieron tantas venas,
Y solas nuestras casas desdichadas,
Mudas quedaron, de silencio llenas;
Cobardes hembras, en su daño osadas,
Solamente guardaban las almenas,
Y por los techos donde estar solian
Volar las almas y gemir se oian.

»Yo tambien, por fingir con triste pecho
La maldad que no hice, un grande fuego
Levanto, en forma de una tumba hecho,
A quien las armas de mi padre entrego;
El cetro encima y sus vestidos echo,
Y yo en tanto mirando el humo ciego,
Representaba mi fingida pena
Con un cuchillo tinto en sangre ajena,

»Con grande miedo y llanto verdadero
Mi fingido dolor y falso muerto
Lloré, rogando al cielo que este agüero
Fuese, á pesar de mi temor, incierto;
Que el mar y el viento en su favor ligero
Lleven mi padre á mas siguro puerto,
Y que el tiempo jamás para mi daño
Descubrir pueda mi piadoso engaño.

»Tan bien supe fingir, y lloré tanto,
Tal sentimiento y aparencias hice,
Que verdadero pareció mi llanto,
Y acreditada, mi temor deshice;
Causé con esto admiracion y espanto,
Y de manera á todas satisfice,
Que quieren que sea reina y que las mande,
Como quien hizo la crueldad mas grande.

»¿Qué pude yo hacer oyendo aquesto?
Negar no pude, que por fuerza diera
De mi engaño un indicio manifiesto,
Si el reino que me daban no admitiera;
Al fin el cetro recibí funesto,
Y al cielo mi inocencia verdadera
Representé para disculpa mia,
Pidiéndole perdon de mi osadia.

»Ya manifiesto el daño se parece,
Y ya se oyen mas claros los gemidos,
Crece el dolor y el sentimiento crece,
Que velando atormenta los sentidos;
Ya á Polijo la gente la aborrece,
Y son los sacrificios admitidos,
Y es lícito á la viuda desdichada
Jurar por la ceniza sepultada.

»Tal si leon de Masilia al toro osado
Da muerte y viuda á su manada deja,
Atónita en no ver su rey amado,
Triste gimiendo y sin honor se aleja;
Mudo el arroyo, el campo y el ganado,
Con muda voz parece que se queja,
Y que la yerba en su presencia verde
Siente su falta y su verdura pierde.

»Estando así nuestro dolor llorando,
Vimos romper el mar una galera,
Montes de espuma en torno levantando,
Que de los bravos argonautas era;
El mar con muchos remos azotando,
Volando se acercaba á la ribera,
Y era tal, que de léjos parecia
Que algun gran monte por el mar corria;

»O alguna de las Cícladas que siendo
Arrancada ó queriendo mejorarse,
Iba ligera por el mar corriendo,
Buscando algun lugar donde asentarse;
Cesando de los remos el estruendo,
Y comenzando el mar á sosegarse,
Oimos una voz dulce y sonora
Mas que de cisne que su muerte llora.

»Era, como despues se supo, Orfeo,
Que aquellos capitanes animaba,
Con tanta suavidad, que algun timbreo
Cuando ante Jove canta se igualaba;
En torno de la nave el cano Egeo
Con sus ninfas marítimas estaba,
Que suspensas al canto y voz suave,
Hacen corona á la famosa nave.

»Así entretiene el músico divino,
Cantando, aquellos nobles caballeros,
Que olvidan los trabajos del camino
Y no les dan temor los venideros;
Que de Cólcos el rico vellocino
Iban á conquistar aventureros
Y á pasar del Euxino el grande estrecho,
Con tantas islas á su entrada hecho.

»Como acercarse á nuestra orilla vimos
Tan bien armada la veloz galera,
Llenas de miedo y turbacion, creimos
Que de los traces enemigos era;
En gran tumulto atónitas corrimos,
Cual turbadas ovejas, la ribera,
O banda de palomas, que se asombra
Del aire de una voz ó de una sombra.

»A un gran muro que abraza el ancho puerto
Subimos y las torres ocupamos,
Y turbadas, sin órden ni concierto,
Las rocas y castillos coronamos;
Crece la confusion y el desconcierto,
Subiendo allá las armas que heredamos,
Viendo nuestra maldad y gran delito
Con tanta sangre en cada hierro escrito.

»Cuál cargada de piedras sube al muro,
Del trabajo primero fatigada,
Y cuál el tierno pecho en hierro duro
Encierra y ciñe la sangrienta espada;
Cuál el cabello rico de oro puro,
Hecho madeja, esconde en la celada,
Cuál viste al bello rostro un yelmo estrecho,
Cuál embraza un escudo y cubre el pecho.

»Pálas, mirando el escuadron armado,
Colorada se puso de vergüenza,
Y Marte desde el Ródope nevado
Con risa celebró su desvergüenza;
Y como no hay sin pena algun pecado,
Pues uno apenas á pecar comienza
Cuando castiga el cielo su osadía,
Nuestra maldad mas guerra nos hacia.

»No ya nave de Tracia solamente
Parece aquella de enemigos llena,
Sino del cielo, que jamás consiente
Delito alguno sin debida pena;
Y así, viendo en las armas la inocente
Sangre, helada la nuestra en cada vena,
Algun dios nos parece que ha venido
A darnos el castigo merecido.

»Ya estaban cerca de la orilla tanto,
Que de algun arco sacudida jara
Llegara á Lémnos, cuando el cielo santo
En negras nubes escondió su cara,
Con tanto horror, obscuridad y espanto,
Que rendida del sol la lumbre clara,
Y antes de tiempo ahuyentado el dia,
Ocupó el mundo la tiniebla fria.

»Negros parecen ya los elementos,
Y un color mismo el mar y el cielo tienen,
Y luego, llenos de furor los vientos,
Poco en su obscura cárcel se detienen;
Tocando temerosos instrumentos,
Despedazando los nublados vienen,
Rasgan el mar confuso, y á la tierra
Con negros torbellinos hacen guerra.

»Tanto su furia entre las hondas crece,
Que abierto el mar descubre el hondo suelo
O se sube á las nubes y parece
Que está colgado el mar del mismo cielo;
Gime el incierto leño y se estremece,
Y el que no há mucho ufano, de su vuelo,
Dejaba atrás el mismo viento, agora
Teme su furia y su mudanza llora.

»No de los medio dioses ha podido
La fuerza aprovechar; que el agua ciega
Los turba, y de los vientos sacudido,
El árbor á azotar la popa llega;
Los remos de las naves se han caido,
Y ya la nave al agua el lado entrega,
Ya al cielo sube y en un punto mismo
Se halla sepultada en el abismo.

»Nosotras, entre tanto que turbado
Anda en el agua el leño mal siguro,
Viendo enojado el mar y el viento airado
Desde el negado puerto y desde el muro,
Descargamos tambien con pecho osado
Torbellino de piedra y hierro duro;
Que hembras que una vez son homicidas,
¿Qué no harán sus manos atrevidas?

»Contra Peleo y Telamon en vano
(¡Qué temerario error!) nos atrevemos,
Y al mismo Alcides con osada mano
Tiramos flechas y herir queremos;
Ellos, que del rigor del mar insano
No pueden defenderse con los remos,
Divididos, á un tiempo hacen guerra
A los vientos, al agua y á la tierra.

»Parte resiste al gran furor del viento,
Parte del leño el mar en el mar echa,
Otros viendo del puerto el fiero intento,
Tienen de escudos una manta hecha;
Pero con el continuo movimiento
Del mar ningun ardid les aprovecha,
Que con la confusion y el grande aprieto,
Ni hay trazas ni remedio con efeto.

»Por varias partes con rigor deciende
De agua, de piedra y flecha un torbellino,
Que el cielo con sus nubes les ofende,
Y nosotras con armas de contino;
Y aunque mas se repara y se defiende,
Gimen las tablas del turbado pino,
Que con los grandes fuegos que arrojamos
Velas, madera y cuerdas le abrasamos.

»De esta manera el enojado cielo
Con nieve espesa el verde campo hiere,
Mueren las fieras por el blanco suelo,
Y el ave triste en vano volar quiere;
Los sembrados destruye el duro hielo,
Abrásase la flor, la yerba muere,
Resuena cada bosque, y cada rio
Corre furioso al mar con mayor brio.

»Pero luego aquel ánimo perdimos,
Que cayendo un gran rayo, un nuevo dia
Se vió en el mar, y con su lumbre vimos
Toda la gente que en el leño habia;
Los grandes marineros conocimos,
Helóse en cada pecho la osadia,
Y las ajenas armas mal regidas
Cayeron de las manos homicidas.

»Allí los hijos de Eaco se vian,
Y amenazando el muro el gran Anteo,
Iris y Polifemo, que desvian
La nave de las peñas del Egeo;
Falero y Talaon se conocian,
Y el gran Alcides vencedor, Lerneo,
Que lleno de ira, al agua quiere echarse,
Asolar nuestros muros y vengarse.

»Entre todos Jason mas enojado,
Conocido despues para mi pena,
Ligero va del uno al otro lado,
Viendo de confusion la nave llena;
Ya llama á Calain, que está ocupado
En ajustar las velas á la entena,
Ya con la mano y con la voz rogando,
A Ida y Meleagro está llamando.

»Ellos á un mismo tiempo hacen guerra
A los muros y al mar embravecido,
Mas ni ofenden sus armas en la tierra,
Ni refrenar las olas han podido;
Entre dos montes de agua el viento encierra
El fatigado leño mal regido,
Y Tifis, su patron, turbado, en vano
Voces da y hace señas con la mano.

»Esgrimiendo el timon en popa asiste,
Y incierto á cada paso muda intento,
Ya hácia estribor carga, y ya resiste
Hácia babor el gran furor del viento;
Ve que la nave en un escollo embiste,
Y pálido, confuso y sin aliento
El timon tuerce y apartar procura
La nave triste de la peña dura.

»Quitó á Mopso Jason, estando en esto,
De blanca oliva el ramo que traia,
Y en lo mas alto de la nave puesto,
Aunque la paz su gente prohibia,
Treguas pidió, y obedecido presto,
Descubrió alguna de su lumbre el dia;
Cesó la tempestad, cesó la guerra
De los vientos, del mar y de la tierra.

»Luego aquellos cincuenta caballeros
Siguros ferros á la nave echaron,
Y con toda la chusma y marineros
Nuestra ribera alegres ocuparon;
Retratos de sus padres verdaderos
En talle, frente y hábito mostraron;
Cesó nuestro terror y ellos perdieron
Las iras y el enojo que tuvieron.

»Así tal vez por fama se ha sabido
Dejar los dioses su estrellado cielo,
Cuando por su deleite han decendido
Del etiope al abrasado suelo;
Da lugar el arroyo mas crecido,
Suspende cada pájaro su vuelo,
Y en tanto que no vuelve el gran Tonante,
Respira un poco el fatigado Atlante.

»Sale de aquella nave el gran Teseo,
Por la jornada Marotonia ufano.
Luego los hijos de Aquilon y Orfeo,
Que despues á las traces rogó en vano;
Con Meleagro, el yerno de Nereo,
Y Admeto, á quien Apolo soberano
Nobleza mas y mayor fama ha dado,
Guardándole algun tiempo su ganado.

»En los dos hijos de Evalo se via
Tal igualdad en todo y semejanza,
Que no la vista conocer podia
Cuál mas valor ó mas belleza alcanza;
Un mismo adorno cada cual traia,
Y cada cual una fornida lanza,
Sin pelo cada cual el rostro bello,
Y oro parece en ambos el cabello.

»Sale Alcides, honor del campo griego,
Con tanta majestad, que al suelo espanta,
Pues parece que en él enciende fuego
Adonde asienta la pesada planta;
Hilas le sigue, aunque muchacho, luego,
Y apenas dél Alcides se adelanta,
Y aunque sudando, alegre le llevaba,
Por ir honrado, la famosa aljaba.

»Apenas ocuparon la ribera,
Cuando se vido luego convertirse
Nuestro duro rigor en blanda cera,
Y con oculto fuego derretirse;
Que Vénus, que en su enojo persevera,
Y en nuestras nuevas lágrimas reirse
Quiere otra vez, nuestro dolor renueva
Con nuevo amor y desventura nueva.

»Hizo en esto tambien Juno su parte,
Con que mas se ablandó nuestra dureza,
Haciendo con oculta industria y arte
Mayor su majestad y real grandeza;
Parece armado cada cual un Marte,
Y el mismo dios de amor, en la belleza
Y las galas y adorno diferente,
Encendieron el fuego fácilmente.

»Abrense nuestras puertas, y á porfía
Recibe un nuevo huésped cada techo,
Ya nuevo fuego en cada altar se via,
Y no esperada gloria en cada lecho;
Llena ya de quietud la noche fria,
El sueño dulce poderoso hecho,
Las fiestas y banquetes renovados
Hicieron olvidar nuestros cuidados.

»Bien pienso que esta nueva desventura
Por órden de los dioses fué guiada,
Y si entender mi hierro por ventura,
Lleno de mil disculpas, os agrada,
Yo juro por aquella noche obscura,
Por la sangre y ceniza sepultada
De mis mayores, que al amor del griego
No me entregó jamás antojo ciego.

»De esta verdad el cielo es buen testigo;
Mas á engañar doncellas enseñado
Con falso amor estaba mi enemigo
Bello Jason, de tantas deseado;
Pues con aquel vigor que usó conmigo
Poco despues á Fásis ha burlado,
Y en Cólcos su belleza y sus engaños
La causa fueron de mayores daños.

»Del año breve el sol corrido habia
Todos los signos, y el templado cielo,
Con largos soles, de la nieve fria
Habia ya desatado el duro hielo,
Cuando con nuevo gusto y alegría
Se enriqueció de partos nuestro suelo,
Y Lémnos celebró con regocijos
Su nueva gloria y no esperados hijos.

»Yo tambien, ya que diez meses corrieron
De aquel forzoso matrimonio mio,
Dos hijos le parí á Jason, que fueron
Testigos de mi error y desvarío;
Cuatro lustros há justos que nacieron,
Que ya de conocerlos desconfio,
Y jamás he tenido nueva alguna
De su mala ó su próspera fortuna.

»El nombre del agüelo y mi esperanza
En uno renové, y en mi partida
Encomendé á Licaste su crianza,
Y al dios Baco el gobierno de su vida;
Llegó al fin otra vuelta la mudanza
De nuestra gloria, en pena convertida,
Y en lágrimas trocó la desventura
Aquella breve gloria mal sigura.

»Vióse despues el mar tan sosegado,
Tan favorable el viento, que parece
Que ya el leño se ofende en verse atado,
Y que el puerto y los ferros aborrece;
Viendo Jason el viento deseado
Que para su maldad favor le ofrece,
Llama su gente y su partida ordena,
Principio de mi llanto y de mi pena.

»Nunca yo lo hospedara en mi ribera,
Antes pluguiera al cielo soberano
Que de largo pasara y que se fuera,
Soplando en su favor el viento insano;
Pues no pudo ablandar un alma fiera
Su sangre ni su fe, jurada en vano,
Que el dorado vellon que á ganar iba
Apresuró su nave fugitiva.

»Ya que dejado al mundo el sol habia,
Y que en el arrebol del occidente
Serenidad al venidero dia
Pudo prometer Tifis fácilmente,
Otra desdicha y otra noche fria
De nuevo atormentó la triste gente,
Volvió el dolor y fueron los gemidos
En nuestros lechos otra vez oidos.

»Apenas se mostraba algun lucero,
Ya retirado el sol de nuestro mundo,
Cuando en la nave mi enemigo fiero
Su gente llama y rompe el mar profundo;
Asiendo un remo, el mar hirió el primero,
Y nosotras á aquel dolor sigundo,
Ya sin remedio en desconsuelo tanto,
Hicimos otro mar con nuestro llanto.

»Unas á un alto monte nos subimos,
Otras á los peñascos levantados,
Y desde allí volar el leño vimos
Con dos montes de espuma en ambos lados;
Hasta que al fin de vista lo perdimos,
Ya de mirar los ojos fatigados,
Cuando faltó la luz y parecia
Que la nave en el cielo se escondia.

»Poco despues abrió la desventura,
Para otras nuevas lágrimas camino,
Que en aqueste dolor aun no sigura,
Otro mayor á deshacerlo vino;
La fama pregonera en suerte dura
Por la enemiga voz de un peregrino
A Lémnos avisó del padre mio,
Que vivo estaba y era rey en Chio.

»Viendo que hice arder el falso fuego
Sin haber cometido algun pecado,
De nueva rabia instimulado luego,
Monstró en mí su furor el pueblo airado.
—¿Solamente ella (dice el vulgo ciego)
De la muerte á los suyos ha librado,
Y en tan grande delito, solamente
Tiene ella de preciarse de inocente?

»Todas en la ciudad habemos sido
Verdugos sin piedad de tanta vida,
¿Y ella sola entre tantas ha cumplido
Con llorar la maldad no cometida?
No es esto lo que el hado ha pretendido,
Ni ha sido por aquesto obedecida;
Que reina de nosotros la hecimos
Porque á sus falsas lágrimas creimos.—

»Crece el rumor, las voces y el estruendo,
Y llena de furor la gente fiera,
Con algun ejemplar castigo horrendo
Injusto premio á mi inocencia diera;
Mas viendo su rigor, salí huyendo,
De nadie acompañada, á la ribera,
Por donde de la misma desventura
Huyó mi padre aquella noche obscura.

»Pero no como entonces á librarme
Vino el dios Baco, mi paterno agüelo,
Y estando sin tener á quién quejarme,
Con tierno llanto humedeciendo el suelo,
Por donde no esperé vine á librarme
De tanto mal con otro desconsuelo,
Porque allí unos piratas me prendieron,
Y al rey Licurgo esclava me trujeron.»

Así la triste Hisípile contaba
Su mal presente y su pasada gloria,
Y el Rey, enternecido, la escuchaba,
Moviéndolo á piedad la triste historia;
Contando sus desdichas descansaba,
Y tanto ocupó en esto la memoria,
Que de sus nuevos males inorante,
Olvidó el tierno y desdichado infante.

El cual, en tanto que ella entretenia
Al Rey, su historia y su dolor contando,
El rostro y graves ojos revolvia,
Lleno de miedo, aquí y allí mirando;
Al tronco de algun roble ya se asia,
Y ya iba por las yerbas arrastrando,
Hasta que entre ellas se quedó dormido,
Ya fatigado y del temor rendido.

En esto una serpiente horrible y fiera,
De la tierra en sus senos engendrada,
Que santo horror de aquellos campos era,
Temida de la gente y respetada,
Atravesó buscando la ribera,
De la gran sed rendida y fatigada,
Lena la abierta boca de veneno,
Espuma negra de su hondo seno.

Con tres lenguas azota el corvo diente,
En tres blancas hileras dividido,
Lleva corona en la dorada frente
Y fuego en ambos ojos encendido;
Era reverenciada de la gente,
Porque en aquellos campos la han tenido
Por consagrada al Dios que en paz y en guerra
Era conservador de aquella tierra.

Y así con grande libertad corria
Todas aquellas selvas, visitando
Las pobres aras que en el campo habia,
Y de su dios los templos rodeando;
Mill injurias al monte le hacia,
Sus mas robustas plantas abrazando,
Y perdiendo la selva su espesura,
Gimen sus troncos en la tierra dura.

Muchas veces la vieron el estío,
Fatigada del sol, de calor llena,
Ambas orillas ocupar á un rio,
De la una atravesada á la otra arena;
Que mientras por gozar el humor frio
El curso eterno á la corriente enfrena,
Gran parte de su cuerpo atrás se deja
Y la cabeza coronada aleja.

Agora que á los ruegos obidiente
Del padre Baco, su caudal perdiendo
Y su honor cada arroyo y cada fuente,
Sus ninfas entre polvo están gimiendo;
Llena de mas furor la gran serpiente,
Secas sus fuentes conocidas viendo,
De su veneno seco el grande fuego,
En vez de espuma, arroja humo ciego.

Pasa buscando el agua fugitiva,
El estanque, la fuente, el lago, el rio;
Deja los llanos y á los montes iba,
Mas cada valle está de aguas vacío;
Ya incierta de sí misma, boca arriba
Se pone, procurando algun rocío,
Y ya en tierra la seca lengua imprime,
Rayendo el suelo, que abrasado gime.

La sed le aumenta el agua prohibida,
Y paga el campo triste su tormento,
Cae la yerba que, al pasar, herida
Deja el caliente, venenoso aliento;
La planta arranca al suelo mas asida,
Mata las aves y inficiona el viento,
Que es otro fuego que la tierra hiere,
A cuyo gran rigor el campo muere.

Tal es la que de estrellas adornada
Divide el cielo, y del helado Arturo
Hácia el polo contrario atravesada,
Parece que en el cielo pone un muro;
Y tal la que el Parnaso vió abrazada
A sus dos cumbres con estrago duro,
En quien de flechas Febo un monte ha hecho,
Con cien heridas fatigando el pecho.

¿Cuál Dios (niño pequeño) ó hado fiero
Enemigo tan grande te dió en suerte?
¿Tú de la vida en el umbral primero
Mueres á manos de enemigo fuerte?
Mas fué porque en el siglo venidero
Te dé mas fama la temprana muerte,
Pues cada tercer año eternamente
Tu sepulcro honrará la griega gente.

Con la cola al pasar la sierpe fiera,
Sin ver al triste infante que dormia,
Le tocó al tierno pecho de manera,
Que luego lo ocupó la muerte fria;
Mal formada al morir la voz postrera,
Dió un solo grito en que favor pedia,
Y sin ver al autor de sus enojos,
Solo para morir abrió los ojos.

El ama, descuidada y mal segura
De tanto mal, escucha el triste acento,
Y luego adivinó su desventura,
Que un miedo helado la ocupó al momento;
Los piés en vano aligerar procura,
Ya sin valor, sin fuerza y sin aliento;
Que tal es su temor, su pena es tanta,
Que apenas mueve la turbada planta.

Los ojos á mill partes revolviendo,
Y hinchendo la selva de gemidos,
El niño busca, en vano repitiendo
Mill veces los vocablos conocidos;
La sierpe, sin curar de aquel estruendo,
La cola, piés y brazos encogidos,
Sin moverse, enroscada, á nueva guerra
Ocupaba gran parte de la tierra.

Viendo la sierpe el ama desdichada
Pierde el color, rendida ya á la pena,
Y á pesar del dolor la voz turbada,
Con un largo clamor la selva atruena;
Con él la griega gente alborotada,
De turbacion y sobresalto llena,
Por mandado del noble rey aqueo,
El caballo aguijó Partenopeo.

Corriendo el campo osado y diligente,
A contar la ocasion vuelve ligero,
Y luego, llena de furor la gente,
Corre airada á buscar el mónstruo fiero;
Herida con los rayos la serpiente
De tantas armas y de tanto acero,
Al estruendo y rumor de la floresta
Levanta el cuello y coronada cresta.

Echando por la boca un vapor ciego,
Que cual humo obscurece el horizonte,
Y por los ojos arrojando fuego,
Espera el gran furor de Hipomedonte;
El cual llegando al fiero mónstruo, luego
Levantó de la tierra un medio monte,
Digo, un grande peñasco que allí habia,
Y en el campo de término servia.

Cual peña por trabuco sacudida
Sobre las puertas del cercado muro,
Tal con mano robusta y atrevida
Arrojado voló el peñasco duro;
Negó la palma á su valor debida
La fortuna, que el mónstruo mal siguro
Torció el cuello, y del golpe se desvia,
Ya que la peña encima le caia.

Cayó el peñasco en vano, y al estruendo
Retumbó todo el campo de Nemeo;
Mas luego una gran lanza sacudiendo
El inhumano y fiero Capaneo,
«No de este golpe escaparás huyendo,
Dice, si no me engaña mi deseo;
Que aunque algun dios viniese á defenderte,
Y aunque seas algun dios, te daré muerte.

»Y ya pluguiese al cielo soberano
Fueras un dios en forma semejante,
Y vieras lo que puede un pecho humano,
Aunque encima llevaras un gigante.»
La lanza sacudida de la mano
Brava, robusta, osada y arrogante,
Las escamas rompiendo en vano duras,
De la lengua cortó las ataduras.

Rasga el duro celebro el hierro osado,
Y pasándole el cuello fácilmente,
Paró en la seca tierra, y enclavado
El pescuezo quedó de la serpiente;
La asta hecha penacho se ha arrimado
A la corona de la altiva frente,
Y aun no el dolor, aunque tan grande ha sido,
Correr todos los miembros ha podido.

La lanza con mill vueltas abrazando,
Mas se fatiga en vano y mas se aqueja,
Y arrancándola al fin, huyó volando,
Y humilde y ya mortal de allí se aleja;
Y de su dios las aras rodeando,
En su muerte parece que se queja,
Y rendida al dolor, la tierra mide,
Con tristes silbos que al morir despide.

Lloráronlo las ninfas, que de flores
Su altiva frente coronar solian,
Y olvidando los faunos sus amores,
Con ellas tristes lágrimas vertian;
Los dioses de aquel campo moradores
Romper guirnaldas y gemir se oian,
Y al fin toda la selva de Nemeo
Llorando se quejó de Capaneo.

Y ya por castigarlo habia pedido
Algunos de sus rayos á Vulcano
El padre de los dioses, ofendido
Con las blasfemias del guerrero insano;
Pero menor la causa ha parecido
Que el gran castigo de su armada mano;
Y así, los rayos que pedido habia
Los quiso reservar para otro dia.

Solo con un relámpago, que vino
A abrasar el penacho en la celada,
Dió indicio claro del furor divino
A que lo provocó su lengua osada;
En tanto abriendo á un nuevo mal camino,
Viendo la selva ya desocupada,
Hisípile los pasos apresura,
Buscando su dolor y desventura.

De léjos mira un bulto pequeñuelo,
Y yerba en torno, en sangre mal teñida,
Y cual de rayos abrasado el suelo,
Y en ceniza la tierra convertida;
Trueca su curso en presuroso vuelo,
De mayor pena y miedo sacudida,
Y al fin llegó, de nueva angustia llena,
A conocer su imaginada pena.

¿Quién en tan grande mal y en dolor tanto
Acertara á contar su sentimiento?
No tuvo algun humor para su llanto,
Que en sus entrañas lo encerró el tormento,
Ni voz para quejarse al cielo santo;
Mas cayendo turbada y sin aliento
Sobre el niño que estaba boca arriba,
Con besos busca el alma fugitiva.

No en su lugar la boca habia quedado,
Ni el pecho estaba adonde estar solia,
Que de su tierna carne despojado,
Estatua de otro cuerpo parecia;
Solos al fin los güesos ha hallado,
Y tal quedado el tierno cuerpo habia,
Que pudiera afirmar, segun lo vido,
Ser mayor la herida que el herido.

Como cuando culebra cautelosa
Despojado el caliente nido deja,
Y con los pajarillos, perezosa,
Del tronco y nido que robó se aleja;
La madre cuando vuelve, congojosa,
Llena de espanto, en torno del se queja,
Y viendo en él aquel silencio nuevo,
Descarga el pico del inútil cebo.

Ya pendiente del aire está vacío,
Y ya sentada en una y otra rama,
Con triste son y con arrullo pio
A sus amados pajarillos llama;
Ya vuelve á visitar el nido frio,
Y viendo sangre en la desierta cama,
Y volando las plumas por el suelo,
Suelta la voz y se querella al cielo.

Así la triste Hisipile, cogiendo
Las míseras reliquias y despojos
Del infelice infante que, muriendo,
La historia renovó de sus enojos,
A su lengua la voz restituyendo,
Y llenos ya de lágrimas los ojos,
Rompió las fuerzas del dolor funesto,
Y entre muchos sollozos dijo aquesto:

«¡Oh imágen de mis hijos verdadera,
Y alivio en el eterno desconsuelo
De mi negada patria, por quien era
Honra el servir y el padecer consuelo!
¿Cuál enemigo dios, qué parca fiera,
Qué infierno ha hecho, ó qué enojado cielo,
Tal estrago en tu cuerpo y en mi gloria?
¿Quién renovó de mi dolor la historia?

»¿Eres tú aquel que sobre el seco prado
Alegre y retozando dejé agora?
¿Qué es de tu rostro, como el sol rosado,
Y las mejillas que invidió la aurora?
Qué es del hablar risueño, mal formado?
¿Adónde está la voz dulce y sonora
Que muda, mill palabras me decia,
Que nadie ¡ay triste! sino yo entendia?

»¡Qué de veces el largo y triste cuento
De Jason y de Lémnos te contaba,
Y te hallaba á mi dolor atento
Cuando con mis querellas te arrullaba!
Con esto descansaba en mi tormento,
Y así mis desventuras consolaba,
Y ya te daba el pecho, cual si fuera,
Ama no, sino madre verdadera.

»Ya en vano el blanco y húmido rocío
Me sobra para quien ¡ay sin ventura!
Ya conozco el rigor del sueño mio,
Que me pronosticó mi desventura;
No fué vano el nocturno miedo frio
En el silencio de la noche obscura,
Que á Vénus vide al fin, que eternamente
Fué para mis desdichas diligente.

»Mas ¿por qué mi descuido y mi pecado
Atribuyo á los dioses celestiales?
Yo te dejé al rigor del duro hado,
Yo sola fuí ocasion de tantos males,
Quien puso tal olvido en mi cuidado;
Mas ¿han de ser mis penas inmortales?
¿Tienen de ser eternos mis dolores?
¿Qué procuro disculpa en mis errores?

»Si he de morir, ¿qué temo, y no confieso
Desnuda la verdad de mi delito?
Mi ambicion fué el autor de aqueste exceso,
En tanto que mis males resucito;
Yo por contar de Lémnos el proceso
Fuí causa de este mal, que es infinito;
Mi gran piedad ha hecho aqueste estrago,
Con que la gran maldad de Lémnos pago.

»¡Oh griegos capitanes! si ha podido
Enterneceros el dolor presente,
Y si de algun merecimiento ha sido
El mostraros el agua de la fuente,
O dadme aquí el castigo merecido,
O llevadme al rigor de la serpiente;
No vuelva á ver los padres desdichados,
De hijo tal por mi ocasion privados;

»Que aunque no menos siento sus enojos,
Y parte igual de su dolor recibo,
¿De qué manera volveré á los ojos
Del airado materno pecho esquivo,
Llevando solamente los despojos
Del hijo que me dió hermoso y vivo?
Antes me trague el suelo que yo sea
Tan atrevida que su llanto vea.»

Esto la triste Hisípile decia,
Lleno el rostro de tierra, sangre y llanto,
Y al noble rey Adrasto enternecia,
Sin consuelo hallar en dolor tanto;
Ya culpaba las aguas de Langía,
Y ya llamaba injusto al cielo santo,
Y ya despedazando su cabello,
Furiosa maltrataba el rostro bello.

Ya á la ciudad la nueva habia llegado
Que el techo de Licurgo alborotaba,
El cual en sacrificios ocupado,
Y de las armas retirado estaba;
Y entonces, lleno de temor helado,
Del templo y monte á la ciudad tornaba,
Porque vió indicios de futuros males
En los sacrificados animales.

Aqueste en la comun tebana guerra
No quiso acompañar al campo aqueo,
Que un temor de las armas lo destierra,
Aunque lo instimulaba su deseo;
Que cuando Marte alborotó la tierra
Despues de la embajada de Tideo,
Haciendo sacrificio á Jove un dia,
Un oráculo oyó que así decia:

«Licurgo, en esta guerra venidera
Que á Tébas amenaza á sangre y fuego,
Tú la primicia pagarás primera
Por todo el conjurado campo griego.»
El Rey, temiendo aquesto, en paz espera
De la jornada el fin, de envidia ciego,
Porque cuando á la guerra mas se inclina,
Le refrena el furor la voz divina.

¡Oh entendimiento humano, qué inorante
En los futuros casos no esperados
Piensa con vana industria ser bastante
Para estorbar el curso de los hados!
Veis aquí pues la hija de Toante,
Que en aquellos despojos destrozados
Lleva al Rey, de sus males adivino,
La verdad del oráculo divino.

Por otra parte, importunando al cielo
Con mil clamores la infelice madre,
Viene á encontrar su pena y desconsuelo,
Y encontró acaso al animoso padre;
Que aunque no puede haber algun consuelo
Que en tanto mal y desventura cuadre,
Con mayor fortaleza, en dolor tanto,
Venció su pena y refrenó su llanto.

Mas rendido al furor y de ira lleno,
«¿Dónde está, dice, la enemiga mia,
A cuyo injusto y fementido seno
Mi sangre encomendé, ya helada y fria?
¿La que en lugar de lecho dió veneno
Al tierno infante, y vive todavía?
Prended la autora de mi pena inmensa,
Y con su muerte vengaré mi ofensa.

»Yo le haré olvidar eternamente
La fábula de Lémnos, bien compuesta,
Su padre y los blasones de su gente,
Mentira que tan cara ya me cuesta;
Y así la sangre vengaré inocente,
Aunque poca venganza será aquesta.»
Esto diciendo, entre los suyos iba
Desnudando la espada vengativa.

Mas salióle al encuentro el gran Tideo,
Diciendo: «¿Quien así hace atreverte?
Refrena tu furor y tu deseo,
Quien quiera que eres, ó daréte muerte.»
Lo mismo dice el fiero Capaneo,
En alto levantando el brazo fuerte;
Lo mismo Hipomedonte, y mas airado
Llegó el jóven de Arcadia alborotado.

Otros muchos llegaron al ruido,
Llenos de iguales iras y furores,
Y á socorrer su rey luego ha venido
Un armado escuadron de labradores;
Pero el argivo rey, que aquesto vido,
Acudió á remediar estos rumores,
Y con él Anfiarao, que puesto en medio,
Con su elocuencia procuró el remedio.

«Cese, dice, el furor, oh gente griega,
Toda de solo un tronco decendida;
Pueda mas la razon que la ira ciega,
Entre amigas espadas encendida;
Tú primero te aparta, y tú sosiega
El furor de tu gente no ofendida.»
Aquesto dijo; pero el gran Tideo,
No aplacado, así dice al rey nemeo:

«¿Tanta es tu ceguedad y tu osadía,
Que dar la muerte á una mujer pretendes,
Que agora fué conservadora y guia
De toda aquesta gente, á quien ofendes?
Por cierto que será gran valentía
Dar muerte á una mujer; pero ¿tú entiendes
Que somos tan ingratos y villanos,
Que no la librarémos de tus manos?

»¿Tú puedes oprimir una inocente?
¿Rigor hay contra pecho tan piadoso,
Del mismo padre Baco descendiente,
Que reino tuvo y padre tan famoso?
Bástete estar en paz entre tu gente,
Goza solo tu paz y tu reposo
Viendo nuestros armados escuadrones,
Y al aire tremolar tantos pendones.

»Y ya permita el cielo que en volviendo
Con el triunfo y vitoria que esperamos,
En torno de tus túmulos gimiendo
Con el mismo sosiego te veamos;
Sin que de nuestras armas el estruendo
Turbe jamás la paz que te dejamos,
Y sin que los trabajos de la guerra
Te quiten los regalos de tu tierra.»

«Nunca, responde el Rey, imaginara,
Por ser de vuestra sangre y vuestro amigo,
Marchando contra Tébas, que llegara
Vuestro ejército aquí como enemigo;
Mas si tan poco la amistad me ampara,
Usad cualquiera enemistad conmigo,
Comience en mi ciudad la guerra vuestra,
Y apague vuestra sed la sangre nuestra.

»Id y triunfad alegres de mi llanto,
Haced en mí la guerra á sangre y fuego,
Nuestras casas robad, y al templo santo
Del soberano Jove abrasad luego;
Que no entendí que os ofendiera tanto,
Si lleno de dolor, de enojo ciego,
Como señor y como rey quería
Castigar á la que era esclava mia.

»Mas desde el cielo el Padre soberano
Mira esta sinrazon, y aunque se tarda
El debido castigo de su mano,
Viva su ira eternamente guarda;
No del reino heredado amor insano,
Ni temor de la muerte me acobarda;
Mas el hado enemigo me refrena,
Autor de mi dolor y de mi pena.»

Esto diciendo, la alma congojosa
Vuelve al nuevo rumor de una batalla,
Y vido mucha gente belicosa
Con armas ofendiendo su muralla;
Que la fama parlera y mentirosa,
Que en cualquiera rumor luego se halla,
Turbada llegó al campo que delante
Marchaba, de estos males inorante.

De Hisípile contó la pena inmensa,
Y que le quiere el Rey quitar la vida,
Que ya algunos han muerto en su defensa,
Y que morirá al fin, mas defendida;
En la dificultad ninguno piensa,
Que luego fácilmente fué creida;
Vuelven al punto atrás con grande furia,
Jurando de vengar aquella injuria.

Corona la ciudad el campo griego,
Hierve la ira en la engañada gente;
Quién apercibe el hierro y quién el fuego,
Y quién arrima escalas, impaciente;
El reino quieren asolar, y luego
Llevar captivo al Rey, y juntamente
A Júpiter con él, que no hay respeto
En tanta confusion y en tanto aprieto.

Retumba el campo y la ciudad resuena
Al gran clamor y mujeril ruido,
Y rendido al temor y nueva pena,
Casi olvidado el gran dolor se vido;
De confusion y sobresalto llena,
A defender sus muros ha corrido
La gente, que, inorando aquel engaño,
Se admira del rigor del nuevo daño.

Viendo Adrasto en su ejército inorante
Tanto furor, su carro apercibiendo,
Llevando en él á Hisípile delante,
Llegó en un punto á la ciudad corriendo;
«Esta es, dice, la hija de Toante,
Cese ya de las armas el estruendo,
Que nadie la ha ofendido, y no merece
Licurgo aqueste agravio que padece.»

Así cuando en el mar el Austro airado
A su enemigo Bóreas desafía,
Súbese al cielo el mar alborotado,
Reina la negra noche y huye el dia;
Mas si el rey de las aguas enojado,
Sobre un gran carro que Triton le guia,
Al rumor y bramidos de sus hondas
Deja el cristal de sus cavernas hondas;

Apenas el tridente de su mano
Muestra, sentado en cristalina silla,
Cuando el uno y el otro viento insano
Parten huyendo y Tétis se le humilla;
Abaja su soberbia el Occeano,
Descúbrense los montes en la orilla;
Muestra el cielo su cara, el sol se alegra,
Y huye de su luz la noche negra.

Que Dios fué tan piadoso en dolor tanto,
Que á Hisípile, rendida al caso triste,
Pudo alegre y mitigar el llanto
Que en sus ojos eternamente asiste;
Y como agüelo suyo, Baco santo,
Que á Grecia desde Lémnos le trujiste
Los hijos que dejó reciennacidos,
Y fueron de ti siempre defendidos.

La madre era ocasion de su camino,
Y á la casa del Rey habian llegado,
Que por el traje y talle peregrino
Los habia recebido y hospedado;
Cuando la nueva desdichada vino
Del miserable infante mal logrado,
Antes que al rey Licurgo dicho hubieran
De dónde son, qué buscan y quién eran.

Aquestos pues hallándose delante,
Como del Rey el alboroto vieron,
Con pecho agradecido, aunque inorante,
Contra su madre al Rey favorecieron;
Pero luego que el nombre de Toante,
El de su patria y de su madre oyeron,
Turbado cada cual corre impaciente
Entre la amiga y la enemiga gente.

Y mostrando con llanto su alegría,
Se cuelgan del materno amado cuello
Uno y otro mill veces á porfía,
Besando el maltratado rostro bello;
Ella, que de los dioses no se fia,
Apartando del rostro su cabello,
A aquella nueva gloria no esperada
Firme se estuvo como roca helada.

Pero como el retrato verdadero
Del padre en cada rostro vió esculpido,
Y las espadas de famoso acero
Que les dejó al partir ha conocido,
El llanto que causaba el dolor fiero,
En otro mas alegre convertido,
Cayó de nuevo sobresalto llena,
Pudiendo mas la gloria que la pena.

Celebró luego el cielo este contento
Con blando trueno y con serena cara,
Con alegre rumor el sordo viento,
Y mitigado el sol con luz mas clara;
Viendo aquestas señales, al momento
Entre los reyes Anfiarao se para,
Y pidiendo silencio al campo todo,
Alzó la voz y dijo de este modo:

«Escuchad, oh famoso rey nemeo,
Y vosotros, de Grecia los mejores,
Que vais con lo mejor del pueblo aqueo
A castigar de Tébas los errores,
Suspended, aunque os dé priesa el deseo,
Algun tanto las iras y furores,
Y oid la voluntad del mismo cielo,
Que Apolo por mi voz descubre al suelo.

»Este dolor que os ha afligido tanto,
Esta nunca temida desventura,
Aqueste desconsuelo y este llanto,
Que nuestras armas detener procura,
Sabed que traza fué del cielo santo,
Y que no se movió la parca dura
Sin parecer y voluntad divina;
Que viene muy de atrás esta ruina.

»Secarse cada arroyo y cada fuente,
Escondernos las aguas su tesoro,
Nuestra sed y el rigor de la serpiente,
Y este furor que al Rey perdió el decoro,
Y el mal logrado niño que, inocente
Por nuestros hados, se dirá Arquemoro;
Todo aquesto, ya há mucho así trazado,
Lo ordenó el cielo y lo dispuso el hado.

»Aplacad pues las iras inmortales,
Y algun tanto las armas olvidemos,
Porque con nuevas honras funerales
La muerte del infante celebremos,
Que digno fué de sacrificios tales,
Y es deuda aquesta, al fin, que le debemos;
Dejarémos de Grecia á las ciudades
Fiestas que durarán por mill edades.

»Y ya pluguiera al cielo poderoso
Que siempre alguna novedad hubiese,
Que el curso de las armas presuroso
Con su tardanza refrenar pudiese;
Y que, á pesar del hado riguroso,
Nuestra enemiga Tébas se huyese,
Aunque nunca el perjuro rey tebano
El reino diese al desterrado hermano.

»Mas vosotros, famosos caballeros,
Que ya heredastes la virtud paterna,
Y tendréis, de sus glorias herederos,
Siempre nombre inmortal y fama eterna
En cuanto por los siglos venideros
Darán tributo al mar Inaco y Lerna,
Y en cuanto aquesta gran selva nemea
Llena de sombra y árbores se vea,

»No al infante ofended desa manera,
Que hace agravio á un dios el que lo llora,
Y es nuevo dios al fin, y nunca fuera
Tan venturoso con su vida agora,
Aunque mas años que Titon viviera,
Y mas que el viejo amante de la Aurora.»
Así dijo; y la negra noche en tanto
Tendió la sombra y desplegó su manto.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

Publícanse por toda Grecia las fiestas que ordena el campo griego en las obsequias de Arquemoro. Sus padres lloran su muerte. Consuélanlos los griegos principales. Previénense altares. Talan los montes para el fuego funeral. Los griegos traen joyas y dones que arrojar en el fuego. Eurídice, madre del niño, vuelve á renovar el llanto. Pide le dén á Hisípile para vengarse en ella. Dícele muchas injurias. Salen los escuadrones griegos á caballo al rededor del fuego, arrastrando pendones por el suelo. Acuden de todas partes á las fiestas. Dase principio á ellas con el correr de los caballos. Favorece Apolo al sacerdote Anfiarao y Neptuno al caballo Arion. Salen victoriosos Anfiarao y el rey Admeto. Adrasto les da iguales premios. En el segundo juego, de correr á pié, sale vencedor Partenopeo. Comiénzase el tercer juego, de Idisco, que es una bola de metal que se echa á rodar. Gana el premio Hipomedonte. Síguese el cuarto juego, de esgrimir unos pesados cestos. Salen á esgrimir Capaneo y Alcidano. Queda Capaneo vencido, el cual se alborota y quiere matar á su contrario. Manda Adrasto que los aparten, y dales iguales premios. En el quinto juego, de la lucha, vence Tideo á Alcidano. Adrasto tira con un arco á un árbol. La saeta resurte dél y vuelve junto al Rey. Hay varias opiniones y juicios sobre la sinificacion del caso.

Veloz por toda Grecia corre luego
La fama, y con alegre son publica
Las fiestas que celebra el campo griego
En torno de la nueva tumba rica,
Para que sude en uno y otro juego,
Que por ofrenda al nuevo dios aplica,
La griega juventud, á quien la fama
Con premio incita y con pregones llama.

Costumbre antigua fué, de aquesta suerte
Usada en Grecia, entre hombres principales,
Al que era en vida rico, noble ó fuerte
Celebrarlo despues con honras tales;
Y así, Alcides de Pélope en la muerte
Hizo famosas fiestas funerales,
En las cuales, de olivo coronados,
Eran los vencedores celebrados.

Fócis despues, de Apolo en la victoria
Contra el fiero Piton, que la asolaba,
Eternizó con fiestas la memoria
Del arco de sus flechas y su aljaba;
De Palemon tambien honran la historia
En las orillas dos que el Istmo lava,
Y de noche á la luz de muchos fuegos
En torno de sus aras hacen fuegos.

Y aquesta fiesta celebrarse tiene
Cada año que renueva sus gemidos
Leucotoe, y á la orilla amiga viene,
Donde luego sus llantos son oidos,
Y en aquellas riberas se entretiene
Mientras duran los fuegos encendidos,
Y á los clamores que en el cielo esconde,
Resuena el Istmo y Tébas le responde.

Así los capitanes valerosos,
Que igualan la ciudad argiva al cielo,
Cuyos nombres temidos y famosos
Suspirar hacen el aonio suelo,
Y ponen en los pechos temerosos
De las tebanas madres un frio hielo,
Quieren agora alborotar la tierra
Con varias pruebas de fingida guerra.

Así cuando de nuevo se han labrado
Galeras, que á las aguas arrojadas,
Romperán, á pesar del Austro airado,
Las hondas del Egeo alborotadas,
Y antes en un estanque sosegado,
De jarcias y de remos adornadas,
El piloto ejercita sus galeras
En agua mansa y fáciles riberas.

Allí para los casos venideros
Aprenden el remedio y diligencia;
Mas cuando al parecer de marineros
Tienen ya en los trabajos expiriencia,
Rompen el mar, y de los vientos fieros
Desprecian, atrevidas, la insolencia,
Dejan el puerto y no reciben pena
Por no poder ya ver la amiga arena.

Ya por las puertas del oriente frio
La bella esposa de Titon salia,
Y llenos los cabellos de rocío,
Entre aquel oro aljófar parecia;
El sueño con el cuerno ya vacío,
Sus callados ministros recogia,
Y la belleza de la aurora viendo,
Con la noche amarilla iba huyendo.

Resuena ya el palacio con gemidos,
Que del Rey la desdicha significan,
Y léjos en los montes recibidos,
Del eco triste allí se multiplican;
Clamores por las calles son oidos,
Porque allí todos á llorar se aplican;
Que la casa real, de llanto llena,
Hace comun y general la pena.

Lleno el rostro de polvo y de tristeza,
Representaba el Rey su desventura,
No con adorno igual á su grandeza,
Mas con humilde y triste vestidura;
Con mas rigor la Reina y aspereza,
Sentada en la desnuda tierra dura,
Llorando está, y tambien el suelo bañan
Mujeres que en su llanto le acompañan.

Sobre aquellas reliquias arrojada,
Gime, llora, se aflige y se lastima,
Y quiere, aunque mil veces estorbada,
Cumplir sus penas y morir encima.
El mismo Rey, con alma sosegada,
Fingiendo algun consuelo, que reprima
De su esposa el dolor y llanto eterno,
La aparta, á su pesar, del cuerpo tierno.

Mas luego que los griegos principales
Entraron en la sala, cual si fuera
Entonces el principio de sus males,
O algun nuevo infortunio sucediera,
O como si ocupara los umbrales
La sierpe, y con mayor rigor volviera,
Se levantó un clamor de muchos pechos,
Que retumbó por los reales techos.

Viendo los griegos del clamor y llanto
La causa, el suyo apenas refrenaron,
Y luego el noble Adrasto, que algun tanto
Clamores y gemidos sosegaron,
Consuela al Rey en desconsuelo tanto,
Y mil veces los llantos le estorbaron,
Que apenas comenzaba, cuando luego
Alzaba otro clamor el dolor ciego.

Ya de los hados la inclemencia cuenta,
Por ser inexorable tan temida,
Y los grandes peligros representa
A que sujeta está la humana vida,
Y ya con esperanza en vano intenta
Curar el daño de tan gran caida,
Diciendo que otro hijo mas dichoso
Le dará luego el cielo poderoso.

Pero ningun consuelo humano ha sido
Para aplacar sus lágrimas bastante;
Que el triste Rey, á su dolor rendido,
Así escucha consuelo semejante,
Cual suele el mar Jonio embravecido
Los ruegos escuchar del navegante,
Y el caso hace dél que hace un rio
Del ñublado veloz, de humor vacío.

En tanto que en palacio pasa aquesto,
Tejen, no sin oprimir y con cuidado,
Con tristes ramas de ciprés funesto,
Un rico lecho, al fuego condenado;
De yerbas lo primero está compuesto,
Luego de varias flores adornado,
Y encima dellas la riqueza habia
Que la siempre dichosa Arabia cria.

Encienso y cinamomo, conocido
Desde los tiempos del antiguo Belo,
Se ven, y otros olores que ha sabido
Producir aquel rico y fértil suelo;
Al lecho funeral, así tejido,
Un rico paño le sirvió de cielo,
De púrpura de Tiro, en forma hecho
De chapitel sobre el pequeño lecho.

Paño admirable y todo de oro fino,
Con muchas piedras de valor bordado,
Donde al vivo se ve el pequeño lino
Entre flores y perros matizado,
Y por el gran rigor de su destino,
Formando en él agüero desdichado,
Aborreció la madre sin ventura
El paño, su riqueza y su pintura.

Y sin aquesto, en torno dél se vian
De sus agüelos muertos los blasones,
Y el uno y otro lado ennoblecian
Ricas armas, despojos y pendones;
Pasadas glorias que adornar solian
Aquel palacio en otras ocasiones,
Pero agora, mezcladas con sus males,
Leña serán de fuegos funerales.

Como si el lecho y las obsequias fueran
De algun gran capitan famoso en guerra,
O como si mayores se hicieran
Las almas con las honras de la tierra,
O como si volver así pudieran
Los que una vez la muerte los destierra,
Así para consuelo de sus daños
Le honran con dones de mayores años.

Que el padre con alegres esperanzas
Aljabas se habia hecho bien preñadas,
Arcos y flechas y pequeñas lanzas,
Aun no de alguna sangre matizadas,
Y entonces sin temer estas mudanzas
Criaba en sus dehesas y manadas
Potros, en nombre suyo generosos,
De padres conocidos y famosos.

Y otras armas que mas robusto pecho
Y esperaban vestir brazos mayores,
Le hizo antes de tiempo y sin provecho,
Pues no han de verse en béticos furores;
Ropas tambien su madre le habia hecho,
Varias de edad y varias de colores,
De púrpura con oro recamadas,
Por el materno amor anticipadas.

Todo esto con un cetro pequeñuelo
Ofrece al fuego con su propia mano
El padre atroz, buscando algun consuelo
A tanta costa en su dolor insano;
En otra parte ocupa el seco suelo
El ejército griego, armado en vano,
Haciendo, cual lo ordena el agorero,
De leña que ha de arder un monte entero.

Otros la umbrosa Tempe y la Nemea
Cortadas tienden en la tierra dura,
Mostrando á la admirada luz febea
Lo que le prohibió tanta espesura;
Ya de sus brazos despojada y fea,
La una y otra, en larga edad segura,
De tanto mal hermosa y siempre verde,
Su gloria antigua y su belleza pierde.

Ninguna mas hermosa y celebrada,
Ni de mas sombras tuvo el suelo aqueo,
Ni tanto alguna al cielo levantada
Hubo en los altos montes de Liceo;
Sagrada antigüedad mal respetada,
Sombra de los cristales de Nemeo,
Que visto habia con saber profundo
Mil edades y siglos en el mundo.

Que no solo de larga vida humana
El fin y su principio visto habia,
Mas de faunos y ninfas de Diana,
Silvestres dioses que abrigar solia;
Pero como llegó la suerte insana
Y de este estrago el no esperado dia,
Huyeron todos, y con mil gemidos
Dejaron sus lugares conocidos.

No sus antiguos árbores amparan,
Que ya fueron su gloria y su consuelo,
Y aves tambien y fieras desamparan
Las dulces sombras de su amado suelo,
Las altas plantas que en la sierra paran,
Que parar no pensaron hasta el cielo,
Y allí pisados sus cabellos vieron,
Que respetados otro tiempo fueron.

Cae la haya y la robusta encina,
Rindese el borne, con rigor herido,
Cerviz y brazos el ciprés inclina,
Nunca de los inviernos ofendido,
El alno, amigo siempre á la marina,
Cuya cumbre jamás cortada ha sido,
Y el fresno, cuyos brazos en la guerra
Suelen con sangre humedecer la tierra.

No así el Ismaro monte destrozado
Se ve, cuando las puertas de su cueva
Rompe el furioso Bóreas enojado,
Y sale con furor y rabia nueva,
Ni con tanto rigor desenfrenado
Nocturno fuego, á quien el Noto lleva,
El monte corre, y cuanto atrás se deja,
Con muda voz parece que se queja.

Dejan la santa Pales y Silvano
La selva, adonde descansar solian,
Huyen faunos y sátiros del llano,
Adonde tantos coros se hacian,
Y las ninfas bellísimas, que en vano
Sus troncos con abrazos defendian,
Desamparan al fin sus plantas bellas,
Gime la triste selva y lloran ellas.

Como cuando á soldados vitoriosos
Ciudad rendida el capitan entrega,
Que apenas se oye el son cuando orgullosos
La corren con furor y rabia ciega,
Vese el rigor en pechos cudiciosos,
Y la humana cudicia á cuánto llega;
Roban, destruyen, rompen, despedazan,
Matan, ofenden, hieren y amenazan;

Y usan con tal rigor de su vitoria,
Y puede en ellos la cudicia tanto,
Que en un momento apenas hay memoria
De la ciudad ó de algun templo santo;
Así pues se acabó la antigua gloria
De aquesta selva, y con eterno llanto
Lloró sus dioses, que al partir gimieron,
Y á extrañas selvas peregrinos fueron.

Dos aras y dos túmulos iguales
Habia ya el sacerdote fabricado,
El uno á las deidades infernales,
Y el otro á las del cielo dedicado;
Comienza el llanto fuegos funerales
Al son que un ronco cuerno les ha dado,
Música de troyanos aprendida,
De niños en la muerte introducida.

Pélope fué el primero que á su gente
Mostró el son funeral triste y lloroso,
En sacrificios fúnebres decente,
Y á las menores sombras provechoso,
Y dicen que con él antiguamente
Niobe lloró el caso lastimoso
De sus catorce hijos, que la suerte
Igualó con dos arcos en la muerte.

La gente principal del campo griego
Pasa primero, y lleva ricos dones,
Para ofrecer despues al santo fuego,
Lleno de tantas armas y pendones;
Con el reverenciado cuerpo luego
Viene el lecho cargado de blasones,
En hombros de mancebos conocidos,
Y de Adrasto entre todos escogidos.

De otros reyes y de él acompañado
Pasa el triste Licurgo, y luego viene
La madre del infante malogrado,
Que mayor parte en la desdicha tiene.
Hisípile tambien luego ha pasado
Sin que nadie sus lágrimas refrene,
Que sus hijos llorar le permitian,
Mas los osados brazos le tenian.

No menos que la Reina acompañada,
Y de luto y dolor igual cubierta,
Se ve, de sus dos hijos rodeada,
Pálida, sin aliento y casi muerta;
Mas Euridice, reina desdichada,
Apenas salió fuera de la puerta,
Cuando arrancando del dolor prolijo
La fatigada voz, aquesto dijo:

«Nunca ¡oh hijo! esperé que de esta suerte
Conmigo y triste acompañado fueras,
Porque esperé en tu boda, y no en tu muerte,
Acompañarme con argivas nueras;
Que no pude temer dolor tan fuerte,
Ni esperar que jamás así murieras;
Que en paz, entre tus padres y en tu tierra,
¿Por que temiera á Tébas ni á su guerra?

»¿Qué dios tan enemigo bajó al suelo
A empezar esta guerra en sangre nuestra?
¿Quién tan grande maldad le pidió al cielo,
Que solo mueve contra mí su diestra?
Solo es para mi casa el desconsuelo,
Pues que ninguno de la sangre vuestra,
¡Oh fiero Cadmo, oh Tébas enemiga!
A lamentar y suspirar obliga.

»Yo el sacrificio de la guerra hago
Con tanta costa propria y daño tanto,
Y al son de hierro y de trompetas paso
Primicias de dolor, de muerte y llanto;
Yo sola de las armas el estrago
Sufro, y sola me quejo al cielo santo
Por haber entregado al hijo mio
A un pecho ingrato y de piedad vacío.

»Pero ¿qué mucho en confiarme he hecho,
Habiéndonos contado astutamente
Que ella guardó á su padre, y que su pecho
Fué en la maldad de Lémnos inocente,
Y que ella sola el juramento hecho
Osó quebrar á la atrevida gente,
Y al fin, que solamente piedad tuvo
Donde tanta crueldad y rigor hubo?

»Pero gran culpa en su maldad tuvimos,
Pues que fuimos tan ciegos é inorantes,
Que luego entero crédito le dimos,
Sin recelar engaños semejantes;
Mirad su fe y piedad y á quien creimos,
Porque fueron sus lágrimas bastantes
A engañar á dos padres sin ventura,
Que el que es noble, de todos se asigura.

»Que siendo, como dijo, tan piadosa
Entre malditas hembras, ¿quién creyera
Que fuera con nosotros rigurosa,
Y que aquesta piedad y fe tuviera?
Dejó el niño en la selva temerosa,
Ajena prenda al fin, por ir ligera,
Y solo, encomendado á sordas plantas,
Quedó sujeto á desventuras tantas.

»Que no era menester que una serpiente
Con tal rigor la selva atravesara,
Que para darle muerte solamente,
Quedando á solas, su temor bastara,
Las hojas sacudidas de repente,
El aire, el sol, un ave que volara;
Pero aquesta maldad de un ama injusta
Trazó algun dios que de mi llanto gusta.

»Es verdad pues que amor no le tenia,
Solo con ella alegre siempre estaba,
De ella las voces solamente oia,
Que otro cualquier en vano le llamaba;
A mí triste aun no bien me conocia,
Sola ella sus donaires escuchaba,
Y de su voz el murmurar primero
Fué en su pecho traidor y novelero.

»Nunca de ti contento he recibido,
Ni tú mi hijo en los placeres fuiste;
Que ella tu madre solamente ha sido
En tanto, oh hijo amado, que viviste.
Agora lo soy yo, cuando has perdido
La alegre voz, que en su poder tuviste,
Y no se me permite dar castigo
A quien tanta crueldad usó conmigo.

»¿Para qué tantas armas y pendones
¡Oh griegos! arrojais en vano al fuego?
Que no gustan las almas destos dones,
Ni menos de este simple humo ciego;
Pague aquesta enemiga sus traiciones,
Aquesta solamente, aquesta, os ruego
Me deis; que solamente esta traidora
Os pide el alma que aplacais agora.

»Por aqueste principio de la guerra
Que yo parí, y así llantos iguales
Se escuchen siempre en la tebana tierra
En semejantes fuegos funerales,
Que si os mueve el dolor que en mí se encierra,
Me entregueis, para alivio de mis males,
A esta traidora, y pague con su vida
Su fe traidora y su piedad fingida.

»Y no de sangre me llámeis sedienta,
Ni penseis que es crueldad la de mi pecho,
Que yo tambien cuando haya de mi afrenta
Con muerte suya la venganza hecho,
Dejaré el mundo, y moriré contenta
Con haber á mi agravio satisfecho;
Bajen juntas las almas al abismo,
Y ardamos ambas en un fuego mismo.»

Aquesto dice á voces, y volviendo
El rostro, vió que Hisípile venia,
Que, dando mil sollozos y gemiendo,
Su rostro y sus cabellos ofendia;
Al punto con mas ira, no pudiendo
Sufrir en su dolor tal compañía,
«Aquesto al menos, dice, oh capitanes,
Prohibieron mis lágrimas y afanes.

»¿Conmigo ha de venir acompañada,
Porque mayores mis pesares sean?
Si viene con sus hijos abrazada,
¿Qué gloria ó bien sus ojos ya desean?
¿Por qué sigue á la madre desdichada,
O por qué quiere que llorar la vean?
¿Qué parte en nuestra pena y llanto tiene,
O por quién llora y con nosotros viene?»

Enmudeció con esto, y sin aliento
Desmayada en el suelo se ha caido,
Que creciendo el dolor, el sentimiento
Creció tambien, quitándole el sentido;
Con pena igual y menos sufrimiento
Está la vaca afligida que ha perdido
El amado novillo pequeñuelo,
Que en vano busca importunando al cielo.

O ya se lo haya muerto alguna fiera,
O ya el pastor á Jove soberano
Lo haya sacrificado, porque espera
Algun favor de su divina mano;
Al fin no sabe dél, y así ligera
Corre la vega, el prado, el monte, el llano;
Ya se lo pide al valle y ya á los rios,
Y ya á los campos, de piedad vacios.

Vuelve al ganado, y como no lo halla,
Bramidos tristes en el cielo esconde,
Pero todo está mudo y todo calla,
Que solamente el eco le responde;
Y cuando ya el pastor sale á buscalla,
Con pereza á su casa va, de adonde
Sale por la mañana la primera,
Y vuélvese á la noche la postrera.

El triste Rey el cetro y vestidura
Que como sacerdote usar solia,
Pensando así vencer su desventura,
El mismo arroja al fuego, que aun no ardia,
El cabello tambien, que á la cintura
Compuesto y hecho trenza decendia,
Parte cortó, y echándolo en el fuego,
Alzó la voz airada, y dijo luego:

«No yo, pérfido Jove, he dedicado
Mi cabello á tu templo y á tus aras,
Sino con condicion que al hijo amado
Para tu altar y templo lo guardaras;
Mas, pues soy sacerdote no escuchado,
Y ya mis oraciones desamparas,
Llévelo la alma del pequeño infante,
Mas digno al fin de ofrenda semejante.»

Ya el fuego poco á poco comenzaba
De la primera leña á levantarse,
Y el Rey, aunque estorbado, porfiaba,
Y la Reina, queriendo allí arrojarse;
Mas dedicado un escuadron estaba,
Que tiene solamente de ocuparse
Con acciones piadosas y decentes,
En apartar los padres impacientes.

Tanto en un punto el fuego se enriquece,
Que ninguno vió el suelo mas famoso;
Cada vestido ardiendo resplandece;
Que todos sudan oro precioso;
Crujen las ricas piedras, y parece
De Marte algun asalto riguroso,
Y á pesar de la llama enriquecida,
Se ve correr la plata derretida.

Vino espumoso encima se derrama,
Usado siempre en semejante fuego,
Y los jugos que á Asiria le dan fama,
Que añiden calidad al humo ciego;
Gran cantidad de miel entre la llama
Con pálido azafran arrojan luego,
Y juntamente leche y sangre negra,
Que es la bebida que á Pluton alegra.

A caballo despues siete escuadrones,
De á ciento cada cual, de un rey guiado,
Arrastrando en la tierra los pendones,
En torno corren al izquierdo lado;
Tres veces, al compás de roncos sones,
Una lanza con otra se ha encontrado,
Y tres llegaron á parar á una,
Entre todos formando media luna.

Cuatro en torno despues del fuego santo
Hicieron con las armas grande estruendo,
Y cuatro las mujeres con su llanto
Al cielo alzaron un clamor horrendo;
Sacrificando el sacerdote en tanto,
Vario ganado al fuego está ofreciendo,
Suplicando que borre el santo cielo
El agüero de tanto desconsuelo.

Y aunque ve claramente que es en vano,
Y del triste succeso venidero
Ve clara la verdad que el hado insano
Conserva en el rigor del nuevo agüero,
Manda otra vez que á la derecha mano
Vuelva á correr cada escuadron ligero,
Y vibrando las lanzas, en el fuego
Arrojen algo de sus armas luego.

Quién echa el freno y quién un dardo ofrece,
Quién arroja la espuela y quién el freno,
Quién el yelmo, que al fuego resplandece,
Quién una cinta y quién las plumas echa;
Y tanto al fin arrojan, que parece
El fuego poco y la hoguera estrecha,
Y en tanto de las trompas el acento
El monte atruena y enmudece el viento.

Así se ha visto con igual ruido
Que al cielo levantando mil clamores,
A encontrarse dos campos han corrido
Al son de trompetas y tambores;
Y antes que algun acero haya teñido,
Mira alegre sus bélicos furores,
Dudoso, en una nube, el fiero Marte,
Sin haberse inclinado á alguna parte.

Ya se acababa el fuego, convirtiendo
Tanta leña y riquezas en ceniza,
Aunque cebo á las llamas añidiendo,
Muchas veces la gente las atiza,
Y aun no cesa de trompas el estruendo
Que las tristes obsequias solemniza,
Hasta que al fin venció tanta fatiga
La muda noche, de silencio amiga.

Ya nueve veces el lucero habia
A la rosada aurora acompañado,
Y al esconderse en el ocaso el dia,
Otras tantas caballo habia mudado,
Siendo al principio de la noche fria
El mismo que al salir del sol dorado,
Ya recogiendo al alba las estrellas,
Y ya saliendo tras el sol con ellas.

Cuando acabado un templo milagroso,
Obra admirable, insigne mausoleo,
Se ve por sábio artífice, famoso,
Con mano apresurada del deseo,
Donde al vivo el suceso lastimoso
Está por órden, porque el pueblo aqueo
Tenga en mármor guardada la memoria
De aquella triste y miserable historia.

Aquí Hisípile el agua de la fuente
Enseña al campo griego fatigado,
Aquí trepando el niño va inocente,
Y aquí se rinde al sueño, ya cansado;
Y tan al vivo está de la serpiente
El un lado del túmulo ocupado,
Y revuelta á la lanza está de suerte,
Que aun se esperan los silbos de su muerte.

Acabado ya el túmulo, que ha sido
Honra del sábio artífice y del arte,
Gran vulgo á ver las fiestas ha acudido,
Que la fama llamó de cada parte,
Y muchos que jamás habian tenido
Noticia alguna del horror de Marte,
De toda la comarca de la tierra,
Corren al son de la fingida guerra.

Quién deja la ciudad y quién la villa,
Quién desampara el campo y la manada
Por ver de aquesta nueva maravilla
La fábrica con juegos celebrada;
No de Efiro jamás se vió la orilla
De tanto vulgo en fiestas ocupada,
Ni en el llano de Pisa se vió tanto,
A ver la fiesta que paraba en llanto.

Al cielo se avecinan soberano
Dos montes poco á poco levantados,
Como formados por ingenio humano,
De siempre verdes plantas coronados,
Que un valle abrazan espacioso y llano,
A quien sirven de puertas dos collados,
Cuya apacible tierra está vestida
De yerba, de los vientos defendida.

Fórmase en cada falda un ancho seno,
Y así ceñido en torno, parecia
Espacioso teatro el sitio ameno,
Proprio para los juegos de este dia;
Y apenas cada monte estaba lleno
De la lumbre del sol, que ya salia,
Cuando se vió de el valle cada lado,
De mil competidores ocupado.

No era la menor parte de la fiesta
Ver mezclada en un campo tanta gente,
Y ver cómo la suya parte apresta
Cada nacion en galas diferente;
Para cualquiera prueba ya dispuesta
La juventud alegre y diligente,
Ociosa el esperado plazo aguarda,
Culpando á Febo porque tanto tarda.

Entran al fin cien toros en la plaza,
Negros, y en mil manadas escogidos,
Y con cien vacas de la misma traza
Cien novillos tambien aun no crecidos;
Luego haciendo el vulgo grande plaza,
Bueyes de dos en dos al yugo unidos,
Simulacros de príncipes traian,
Que eran de bronce, y vivos parecian.

El valeroso Alcides el primero
Sobre un gran carro entró por la ancha puerta,
Ahogando en sus brazos un leon fiero,
Vueltos los ojos ya, la boca abierta;
Tan al vivo parece y verdadero
El bravo luchador y bestia muerta,
Que no sin miedo el vulgo y pena mucha
Mira en el bronce la fingida lucha.

Entre cañas y juncia recostado,
El padre Inaco alegre se ve luego,
Que de ovas y de juncos coronado,
Derrama un urna y riega el campo griego;
Io, ya á sus espaldas, ya á su lado,
Mira su gran descuido y su sosiego,
Esperando, ya en vaca convertida,
Hasta ser de su padre conocida.

Argos sigue sus pasos donde quiera,
Con cien ojos velando eternamente,
Mas Júpiter, que ve su pena fiera
Y su dolor y desventura siente,
La socorrió del Nilo en la ribera,
Y luego fué adorada en el Oriente,
Que en tanto que su mal Inaco llora,
Reverencia su huéspeda la aurora.

Tántalo se ve luego, no el injusto,
A quien la fruta eternamente engaña,
Y el agua que en su sed y en su disgusto
Nunca su boca fementida baña,
Sino el piadoso, el noble, el bueno y justo,
Que con los mismos dioses se acompaña,
Pues fué por su piedad y santo celo
Convidado mil veces en el cielo.

Pélope entró, que, al parecer ligero,
A los caballos de Neptuno afloja
Las riendas, y del rey pisano fiero
Se ve tambien al vivo la congoja,
Que, culpando á Mirtilo, su cochero,
Deja en su sangre ya la yerba roja;
Acrisio entró despues, y entró Corebo,
De rostro venerable, aunque mancebo.

Culpa al oro, instrumento de su pena,
Danae, y de Amimone diligente
Se ve la turbacion, que, de ira llena,
Culpaba en vano la hallada fuente;
Con el pequeño Alcides entró Alcmena,
Que con tres lunas coronó su frente,
Y llena de esperanzas se ve ufana
Con su pequeña prenda soberana.

Entran despues los dos hijos de Belo,
Que con falsa amistad se dan la mano;
Pero Danao, que apenas mira al cielo,
Su oculta rabia disimula en vano;
Que al fin en su tristeza y desconsuelo
Se ve el intento de su pecho insano,
Bien al revés del inocente Egisto,
En quien alegre majestad se ha visto.

Tras de estos, otros mil despues entraron,
Admiracion del vulgo novelero,
Y ya que al fin los juegos comenzaron,
Aquel de los caballos fué el primero;
Tú, Febo, di qué reyes los guiaron,
Y cuál de ellos ha sido el mas ligero,
Y los nombres tambien, pues no la tierra
Ha visto mejor raza en paz ni en guerra.

No, si la misma competencia hubiera
Entre aves que volasen á porfía,
O de sus vientos Eolo quisiera
Probar la ligereza y la osadía,
Velocidad mayor jamás se viera
Que se vió en los caballos de este dia;
Fué el primero Arion, el que ha salido
Por su fama en el mundo conocido.

El dios Neptuno ha sido, si no miente
La fama, quien domó con freno y silla
El soberbio animal, y osadamente
Correr le hizo en su arenosa orilla;
Mas sin espuela y vara, que impaciente
Era siempre aun llevado de trailla,
Veloz naturalmente y inconstante,
Al mar del duro invierno semejante.

Y de algunos antiguos se ha sabido
Que muchas veces por el mar le vian
Tirar del carro de Neptuno, uncido
Con los caballos que en el mar se crian,
Y romper por las ondas atrevido,
De suerte que alcanzarlo no podian
El Euro y fiero Noto, que admirados,
Se quedaban atrás con los nublados.

Y no pisó despues la seca tierra
Menos gallardo ó fuerte, discurriendo
Del mundo tanto monte y tanta sierra,
Los trabajos de Alcides padeciendo,
Que fué suyo tambien, y en tanta guerra
Al injusto Eristeo obedeciendo,
Se sirvió dél, que otro ninguno hubiera
Que sus trabajos padecer pudiera.

Con la edad y fatigas ya domado,
Mas fácil, mas humilde y menos fiero,
Por merced de los dioses lo ha gozado
Adrasto, que su dueño fué tercero;
Aqueste pues, de un carro al yugo atado,
Fué el que en el campo se mostró el primero;
Que Adrasto, porque fuese mas ufano,
Se lo ha prestado al príncipe tebano.

Pero primero, de experiencia lleno,
Porque con mas seguridad lo rija,
Le enseña á gobernar el duro freno,
Y con cuál arte su furor corrija;
« Ningun azote para aqueste es bueno,
Le dice, que no un rayo tanto aguija;
Hiera esotros la vara como suele,
Que este no querrás tú que tanto vuele.»

De aquesta suerte, arrepentido en vano,
El padre de Faeton con tierno llanto,
Cuando entregó su carro al hijo insano,
Para enseñarlo le diria otro tanto;
Cómo van bien las riendas en la mano,
Cuál zona es la mejor del cielo santo,
De cuál ha de apartarse y de qué estrellas,
Y la inclemencia oculta que hay en ellas.

Que vaya siempre entre uno y otro polo,
Sin declinar del medio su camino,
En quien tantos peligros hay, que él solo
Puede vencerlos con valor divino;
Tales consejos el piadoso Apolo
Al mozo incauto dió, mas el destino
No le dejó aprender, que ya la suerte
Echada estaba en su temprana muerte.

Mientras Adrasto al yerno así decia,
Unce en su carro el agorero argivo
Los caballos que á hurto engendró un dia
Cilaro, mas que el viento fugitivo;
En tanto que con remo dividia
De Scitia el alterado mar esquivo
Cástor, que con Jason por mares largos
A Cólcos iba en la galera de Argos.

Blancos son cual la nieve no pisada
Los caballos que lleva el agorero,
Blanco el vestido y blanca en la celada
Pluma, que azota el céfiro ligero;
Luego el tésalo rey, cuya manada
Guardó Febo, en el campo entró el tercero,
Y unció tambien, competidor bizarro,
Dos estériles yeguas á su carro.

Quieren decir que de un centauro han sido
Hijas, y así, igualando á su fiereza,
A los caballos han aborrecido,
Que nunca humilla Vénus su braveza;
Y así, el furor lacivo han convertido
En fuerza varonil y en ligereza,
Fuertes de pecho y de caderas anchas,
Llenas de blancas y de negras manchas.

Y aun se puede entender que son de aquellas
Que apacentó algun tiempo Apolo santo,
Cuando dejando el cielo y sus estrellas,
Pudo en las tierras humillarse tanto,
Y que tambien oyeron sus querellas,
Su dulce lira y su divino canto,
Cuando el ganado, atento al son que oia,
Olvidaba las yerbas que pacia.

Los dos hijos de Hisípile salieron,
En todo el uno al otro semejante,
Que nueva gloria de la madre fueron,
Consuelo en tantas penas importante;
Solo en los nombres variedad tuvieron,
Que el uno Euneo se llamó, y Toante
El otro, cual su agüelo, que á su madre
Este representó, y el otro al padre.

Iguales, como hermanos, han salido
En carros de una traza y de un arreo,
De un color los caballos y el vestido,
Y ellos de un pensamiento y de un deseo.
Cualquiera de su hermano ser vencido
Quisiera por blasen y por trofeo,
O ser, ganando juntos la vitoria,
Iguales en el premio y en la gloria.

Hipódamo despues, y Cromio luego,
Han salido, de Alcides hijo el uno,
Otro de Enomao, que en el campo griego
Nunca tuvo en crueldad igual alguno;
Llevan algunos que en el mismo fuego
Parece que nacieron, y ninguno
Se atreverá á juzgar, cuando los vea,
Cuál mas osado ó mas furioso sea.

Los carros llevan ambos infamados;
Y así, por todo el mundo aborrecidos,
Con despojos horribles adornados,
Que con humana sangre están teñidos;
Llevan, al fin, en ellos confiados,
Caballos al infame yugo unidos,
Aquel los de Diomédes inhumano,
Y este los de su padre el rey pisano.

Raya de la carrera peregrina
Era una peña un poco levantada,
Y el fin el tronco antiguo de una encina,
De hojas y de ramos despojada;
La tierra es della aquella que camina
Una flecha tres veces arrojada,
O la que el dardo en cuatro veces mide
Cuando valiente brazo lo despide.

En su Parnaso Apolo estaba en tanto,
Gozando el regalado y fresco viento,
Ya de su coro oyendo el dulce canto,
Y ya tocando alegre en su instrumento,
A cuyo son un tiempo á Jove santo
Cantó Flegra el noble vencimiento,
Y el suyo de Piton, muerto á sus manos,
Y los hechos tambien de sus hermanos.

Canta agora qué espíritu divino
El rayo mueve y las estrellas guia,
Y de dónde el arroyo cristalino
Tributo eternamente al mar envia;
Por dónde con el sol hace camino,
Y en qué lugar, en tanto que es de dia,
Escondida la noche está, y de adónde
Vuelve á la tierra cuando el sol se esconde.

De qué manjar oculto y no sabido
El viento se alimenta, y de qué fuente
El mar inmenso vive mantenido
En un estado solo eternamente.
Esto cantó, y habiendo suspendido
La cítara y corona de su frente,
Del sagrado laurel se apercebia
Para escuchar de nuevo á su Talía.

Cuando, al clamor el rostro revolviendo,
Los juegos vió del campo de Nemea,
Y cual para batalla apercibiendo
Tantos carros la noble gente aquea,
Al rey Atmeto entre ellos conociendo,
Y al adivino, á quien honrar desea,
Antes de su temprana y fatal muerte
Habló consigo mismo de esta suerte:

«¿Cuál Dios, qué hados émulos han hecho
Al rey de la Tesalia y mi agorero,
Cuyos nombres escritos en mi pecho,
Ambos merecen el lugar primero?
Pues de ambos obligado y satisfecho,
Si las obligaciones considero,
No sé á cuál que conmigo mas merezca,
Sin ofender al otro, favorezca.

»El noble Rey, en tanto que vivia,
Del cielo, entre los hombres, desterrado,
Encienso y sacrificios me ofrecia,
Siendo humilde pastor de su ganado;
Como á señor al fin me obedecia,
Con ser él el señor y yo el criado;
El otro es mi adivino, y mis altares
Honra con sacrificios y cantares.

»El mérito del Rey es el mas fuerte,
Si considero amor y obligaciones,
Pero de aquel, cercano ya á la muerte,
Razon es escuchar las oraciones;
Larga vejez á Atmeto da la suerte,
Y podré honrarlo en otras ocasiones;
Mas á tí, oh noble sábio, ya vecina
Tébas está, y en ella tu ruina.

»Sabeslo, oh miserable, pero en vano
Del canto de mis aves lo has sabido.»
Así dijo; y el rostro soberano
Se vió de tierno llanto humedecido;
Y al punto, mas veloz que de la mano
De Jove sale el rayo sacudido,
Vino, sin que de alguno visto sea,
Desde Parnaso al campo de Nemea.

Quedó al pasar del resplandor febeo
Sereno el viento, el cielo arrebolado,
Lleno de nueva luz el campo aqueo,
Y cada monte al parecer rosado;
Ya las suertes echado habia Proteo,
Y cada cual su puesto habia ocupado,
Y falto de paciencia, atento espera
El ronco son de la trompeta fiera.

Juntos el miedo osado y la esperanza
En cada pecho están, y acobardada
En él la mas segura confianza,
Pálido ya el color, la sangre helada;
Ya culpan, mal sufridos, la tardanza,
Ya temen la trompeta deseada,
Salta en el pecho el corazon apriesa,
Y un hielo por los miembros atraviesa.

Derraman por los ojos fuego horrible
Los soberbios caballos, de ira llenos,
Y inquietos, tiñen con furor terrible
De espuma y sangre los dorados frenos;
Parece el detenerlos impusible,
Y los relinchos temerosos truenos,
Y de las herraduras el estruendo
Hace, hiriendo el campo, un son horrendo.

Ya el pié herrado estampan, ya impacientes
Borran la ya estampada herradura
Con otras mill señales diferentes,
Haciendo estremecer la tierra dura;
En tanto los amigos y parientes
En torno están, y cada cual procura
De prevenirlo todo de manera,
Que salgan con ventaja á la carrera.

Resuena el ronco son, retumba el suelo,
Y igualmente (que nadie se adelanta)
Del puesto salen con ligero vuelo,
Y un gran clamor al cielo se levanta.
¿Qué flechas por el aire y por el cielo,
Qué nubes llevan ligereza tanta?
Qué ave ligera que huyendo vuela
Va tan veloz? Y por el mar ¿qué vela?

Menos furia cometa que ha caido,
Menos el fuego y menos lleva el viento,
Ni del monte el arroyo mas crecido
Baja con tan ligero movimiento.
Los griegos, que al principio han conocido
Cada competidor, en un momento
Los han desconocido, porque luego
Los sepulta un obscuro polvo ciego.

Y aun ellos conocerse no pudieron,
Que en nube espesa cada cual oculto,
La memoria y las señas se perdieron
Del mas amigo y mas cercano bulto;
Un poco juntos á la par corrieron
En confuso clamor y gran tumulto;
Pero luego esparcidos, ya se via
Cuál va delante y cuál detrás seguia.

Borra el que va siguiendo las señales
Que el otro, mas ligero, va haciendo;
Que el uno tras el otro desiguales
Por una misma senda van corriendo.
El viento de los fieros animales
Las erizadas clines va hiriendo,
Y bebe ya caliente el suelo frio
Del sudor blanco el húmido rocío.

Los cudiciosos dueños ya pendientes
Sobre el yugo se ven, y ya atrevidos
Con azotes y riendas impacientes
Hiriendo los caballos mal sufridos;
Clamores y relinchos diferentes,
Voces, ruedas y azotes sacudidos,
Y de las trompas el horrible acento,
Hacen un son confuso y gime el viento.

Ya el soberbio Arion, cual si tuviera
Adivino furor, sentido habia
Que su rector el rey de Tébas era,
Y que no es su señor quien lo regia;
Luego, como si á Edipo conociera,
Lleno de horror y espanto se desvia,
El carro tuerce y no obedece al freno,
Corrido de la carga y de ira lleno.

Pensaba la engañada gente argiva
Que el soberbio animal así corriendo
Buscando nuevas alabanzas iba,
Tiniendo en poco á quien le va siguiendo.
Mas era que con planta fugitiva
De su mismo rector iba huyendo,
Y busca, amenazando al carretero,
Por todo el campo al dueño verdadero.

Con todo, es el primero y va delante,
Mas como libre al fin y no sujeto,
Mucho despues, siguiendo al arrogante,
Va el argivo adivino y luego Atmeto;
Siguen tras él los nietos de Toante
Casi á la par y iguales, que en efeto
Vence el fraterno amor con grande gloria
A la ambicion, que aspira á la vitoria.

Los otros dos los últimos han sido,
Por no ser sus caballos tan ligeros,
No por falta de industria que han tenido,
Que en ella iguales son á los primeros;
Cromio viene detrás, mas tan asido
Al otro va, que sus caballos fieros
Le manchan las espaldas con los frenos,
De negra sangre, en vez de espuma llenos.

El sacerdote argivo bien creia,
Viéndose ya en la raya deseada,
Que al volver hácia atrás suyo seria
El premio y la vitoria no esperada,
Porque el fiero Arion pasado habia
Gran trecho de la encina señalada;
Y así, ocupar de nuevo no pudiera
El primero lugar de la carrera.

Con la misma esperanza Atmeto vino,
Léjos viendo al caballo mas ligero,
Pues siendo ya primero el adivino,
El por lo menos no será el tercero;
Mas luego aquel caballo peregrino,
Volviendo hácia atrás el rostro fiero,
Vió que corriendo al puesto se tornaban
Esotros, y que atrás se lo dejaban.

Y luego, mas veloz que el pensamiento,
Vuelve á correr con ligereza tanta,
Que pudiera alcanzar al mismo viento,
Y en un momento á todos se adelanta;
Desocupando al punto cada asiento
(Por ver mejor), el vulgo se levanta
Con tal clamor, que se estremece el cielo,
Retumba cada monte y tiembla el suelo.

Mas no pudiendo el príncipe tebano
El azote mover, regir el freno,
Deja al caballo por el campo llano,
De libertad y de arrogancia lleno.
Así el piloto, fatigado en vano,
Rige en el enojado mar Tirreno
La nave, y sin mirar estrella alguna,
Deja vencido el arte á la fortuna.

A la segunda vuelta que volvian
Corriendo, ya perdida la esperanza,
Viendo que ya alcanzarlo no podian,
Pues aun el mismo viento no lo alcanza,
Con ira tal de nuevo se encendian,
Tiniendo por infamia su tardanza,
Que ya que la vitoria no pretenden,
Se estorban, se amenazan y se ofenden.

Llegan ejes y ruedas á ofenderse,
Y alguno se atraviesa en la carrera,
Quiriendo adrede en ella detenerse,
Por vengar su dolor con mano fiera;
No hay paz ni hay amistad, ni pudo verse
Furia mayor en guerra verdadera;
Tanto pequeño honor y gloria poca
Los mueve, los enciende y los provoca.

No es la voz ni el azote suficiente,
Que ya cada caballo, fatigado,
Ni oye las voces ni el azote siente
Del airado señor mal enojado;
Y como si pudiera fácilmente
Ligereza cobrar el pié cansado
Con escuchar su antiguo nombre y fama,
Al suyo cada cual por nombre llama.

A Foloe llama Atmeto, y no lo entiende,
A Iris Toas, y el azote mueve,
El sacerdote á Asqueton reprehende,
Y á Cigno, que es mas blanco que la nieve;
Cromio llama á Estrimon y dél se ofende,
Y así á herirlo con rigor se atreve,
A Calidon Hipódamo, y Toante
A Podarce con ira semejante.

A su Etion Euneo llama en vano,
Y alargando la rienda, afloja el freno,
Solo en su carro el príncipe tebano
Pasa, de miedo y de silencio lleno;
No osa mover la voz ni alzar la mano,
Falto de aliento y de sí mismo ajeno;
Y así, rendido el pecho al miedo frio,
Corre el fiero caballo á su albedrío.

Ya tres vueltas al campo dado habian,
Y con menos furor la cuarta daban,
Porque ya los caballos no podian
Sufrir el gran trabajo que pasaban;
Blancos arroyos de sudor se vian,
Que todos igualmente derramaban,
Y fatigados, anhelando apriesa,
Atrás dejaban una nube espesa.

Ya que iba la fortuna á declararse,
Dudosa hasta entonces y inconstante,
Cayó, quiriendo á Atmeto aventajarse,
Ciego de enojo y de furor, Toante;
Quiso, por socorrerlo, atrás tornarse
Su hermano, que pasaba ya delante;
Mas porque en medio Hipódamo se puso,
Prosiguió el curso atónito y confuso.

Cromio, que siempre el último habia sido,
Viendo el carro de Hipódamo cercano,
Como hijo de Alcides atrevido,
Se asió al timon con una y otra mano;
Los caballos y el carro ha detenido
Con tanta fuerza y tal valor, que en vano,
Azotados de Hipódamo, porfian,
Y dar un solo paso no podian.

Tal nave contra el Austro forcejando
En el mar de Sicilia suele verse,
Que las hinchadas velas aflojando,
Quiere en vano del viento defenderse;
Tanto Hipódamo estuvo porfiando,
Loco de enojo y sin poder moverse,
Que rompiéndose el carro, cada rueda
Cayó, y él revolcado entre ambas queda.

Fuera Cromio adelante, y por ventura
Fuera á los demás émulos venciendo;
Mas sus caballos, que en la tierra dura
Vieron al triste Hipódamo gimiendo,
Para mayor dolor y desventura,
Su hambre antigua y su furor horrendo
Quisieron renovar, de furia llenos,
Y en sangre humana matizar los frenos.

Y ya el uno y el otro arremetia,
La boca abierta, de ira y rabia llena,
Mas luego el fuerte Cromio los desvia,
Y volviéndose atrás, su hambre enfrena;
La palma olvida que ganar podia,
Siendo, para consuelo de su pena,
Mas alabado de esto que si fuera
Suyo el premio y honor de la carrera.

Febo, que por honrar á su adivino
Esperaba ocasion mas oportuna,
A darle el premio al fin del curso vino,
Venciendo con engaños la fortuna.
Formó en el aire un mónstruo peregrino,
Si ya no fué de la infernal laguna
Imágen espantosa, y la mas fiera
Que el pensamiento imaginar pudiera.

De culebras el cuello rodeado,
De extraña forma y tan horrible y fiero,
Que hubiera á las tres furias espantado,
Y diera miedo al velador cerbero;
Y hubiera los caballos asombrado
Del mismo sol y los del dios guerrero;
Aqueste mónstruo pues, así compuesto,
Delante del tebano rey ha puesto.

Como Arion al mónstruo vió delante,
Erizada la clin, turbado el pecho,
Terrible, al mónstruo mismo semejante,
Sobre ambos piés se levantó derecho;
Fuerza es tambien que el otro se levante,
Que compañero un mismo yugo ha hecho,
Y esotros dos tambien se levantaron,
Que unidos á otro yugo le ayudaron.

Cayó en el suelo el príncipe tebano,
Rendido ya al temor, turbado y ciego,
Y libre el carro por el campo llano,
Se aleja dél y vuela como un fuego;
El suyo tuerce el adivino ufano,
El suyo el rey de la Tesalia, y luego
El de Lémnos el suyo, y de esta suerte
Se libró Polinice de la muerte.

Y levantando de la tierra fria,
Lleno de polvo, el cuerpo fatigado,
Ya que por muerto el campo lo tenia,
Al suegro Adrasto vuelve no esperado;
¡Qué ocasion, oh tebano, aqueste dia
Para morir en paz habias hallado!
Que al fin si Tesifon no lo estorbara,
Con tu muerte la guerra se acabara.

Dejaras con tu muerte fama eterna,
Y Tébas y tu hermano te lloraran,
Argos tambien, y con tu esposa tierna
Llanto todos sus pueblos derramaran;
Por tí Larisa y la abrasada Lerna
Sus cumbres y sus plantas humillaran,
Y en honrado sepulcro, si hoy murieras,
Mas celebrado que Arquemoro fueras.

El sacerdote pues mas animoso
Sigue al fiero Arion, y con mas brio
Quiere, por ser del todo victorioso,
Vencer el carro de rector vacío.
Dale favor su dios, y presuroso
Vuela ya tan veloz, que el Euro frio
Nunca velocidad tan grande lleva
Cuando sale enojado de su cueva.

Con azote y con riendas importuno
Los caballos aflige, procurando
De la vitoria el tiempo, que oportuno
Con noble premio se le va acercando.
«Agora, dice, al menos, que ninguno
Va delante de mí, corre volando,
Oh ligero Asqueton, oh Cigno, agora
Aligerad la planta voladora.»

De honras ó de amenazas incitado,
Cobra cada caballo nuevo aliento,
Pasa esparciendo arena á cada lado
El carro, mas veloz que el mismo viento;
Y hubiérase Arion atrás quedado;
Pero el rector del húmedo elemento
No quiso que perdiese aquella gloria,
Ya que es del adivino la vitoria.

Y así ambos dioses vitoriosos fueron,
Pues el uno ayudando á su adivino
Y el otro á su caballo, ambos tuvieron
En la vitoria igual honor divino;
Dos mancebos el premio al fin trujeron,
Que era un gran vaso rico y peregrino
Que del famoso Alcides habia sido,
Y nadie en él despues habia bebido.

Y usaba solo dél cuando habia dado
La merecida muerte á algun tirano,
O despues que escapaba fatigado,
De algun gran mónstruo vencedor ufano;
Que de espumoso vino coronado
Y alzándolo con una sola mano,
Sacrificaba al padre, á quien la gloria
Atribuia de cualquier vitoria.

Vense en el oro al vivo dibujados
Los centauros con ira arremetiendo
A los fieros lapitas, que obstinados,
En sangre propria el suelo están tiñendo.
Piedras con otros vasos arrojados
Entre algunos tisones medio ardiendo,
Y tan al vivo al fin se ve el estrago,
Qne parece de sangre el vaso un lago.

Vese del mismo Alcides el trofeo,
Su valor y su gloria de aquel dia,
Y cómo asiendo al bárbaro Hileo
Por la barba, arrastrando lo traia;
Lleno el mónstruo de sangre, horrible y feo,
Procuraba soltarse y no podia,
Hasta que, de su sangre ya vacío,
Lo ocupó de la muerte el hielo frio.

Aqueste el premio fué de la vitoria,
Y luego el rey Atmeto ha recibido
Por el segundo honor de aquella gloria
Un manto de oro y púrpura tejido,
En que de Ero labrada está la historia,
La alta torre del Sesto, el mar y Abido,
Y entre las fieras ondas del estrecho
Nadando el mozo con osado pecho.

Entre el agua pintada transparente
El cuerpo se parece fatigado,
Fuera de ella se ve la altiva frente
Con el cabello al parecer mojado;
El mar alborotado de repente
Y el un brazo y el otro ya cansado,
Procurando con una y otra mano
Las olas apartar del mar insano.

Está del hondo estrecho á la ribera
La alta torre, y en ella fatigada
Ero, que al triste amante en vano espera,
De la congoja y del temor helada.
Ya pierde la esperanza y desespera;
Que la lumbre, mill veces apagada,
Del enemigo viento parecia
Que su desdicha y su dolor sabia.

Todo pintado al fin estaba al vivo,
Y ufano el uno y otro vitorioso,
Su premio recibió del rey argivo,
Rey justo, liberal y generoso;
Y porque tenga en su dolor esquivo
Algun consuelo el yerno congojoso,
Una esclava le dió sábia y prudente,
Curiosa por extremo y diligente.

Luego al son de trompetas y atambores
Con ricos premios incitar procura
El Rey á los mancebos corredores
Que han de medir á pié la tierra dura;
Ejercicio de grandes y menores
Para los juegos de la paz segura,
Bueno para escaparse de la muerte
Cuando en la guerra se perdió la suerte.

Ida salió el primero osadamente
A la nueva carrera pregonada,
Que ya en el monte Olimpo vió su frente
De vencedor olivo coronada.
Con gran clamor le recibió la gente
De Pisa que Enomao disfamada,
Y la que vive en la campaña Elea,
Que verlo ufano vencedor desea.

Alcon, que de Sicion natural era,
Sale tras de él, y Tédimo ha salido,
Que noble vencedor en la carrera
Del Istmo otras dos veces habia sido;
Dímas salió, que al ave mas ligera
Y al mas veloz caballo habia vencido,
Mas ya con mucha edad, la sangre fria
De su velocidad perdido habia.

Otros muchos salieron de gran fama,
Borrados ya del tiempo en la memoria;
Mas ya á su capitan la Arcadia llama,
Tiniendo por sigura la vitoria;
El bullicioso vulgo se derrama
Por ver el que merece tanta gloria;
Pues nadie hay en el campo que no crea
Que suyo el premio y la vitoria sea.

¿Quién no sabe las pruebas de Atalanta,
Que de tantos en vano pretendida,
Se defendió con voladora planta
Hasta que por engaños fué vencida?
Y así, la madre célebre adelanta
La fama del mancebo conocida,
Pues cual ella, tambien Partenopeo
A pié alcanzó los ciervos de Liceo.

Y aun dicen dél que habiendo sacudido
Ligera flecha por el aire vano,
Yendo luego tras de ella, la ha cogido
En medio del camino con la mano;
Al fin, de todo el campo recibido
Con un alegre aplauso, ocupa el llano,
Derriba el manto que los hombros cubre,
Y de su pecho la verdad descubre.

Tan bello el cuerpo como el rostro bello,
No es menos blanco que la nieve pura,
Ni menos que el cristal su liso cuello
Tiene proporcionada hermosura;
Vence al oro mas fino su cabello,
Que es colmo y perfecion de su blancura;
Mas córrese el mancebo generoso
De que el mundo lo alabe de hermoso.

Untase luego desde el pié á la frente,
Costumbre de famosos corredores,
Y con alegre admiracion la gente
Le da mill alabanzas y favores.
Hacen Tédimo y Dímas igualmente,
Y todos los demás competidores,
Resplandeciente el cuerpo y fugitivo
Con el verde licor del blando olivo.

Así cuando tranquilo y sosegado
Con grande calma el mar está durmiendo,
Y el cielo no de nubes ocupado,
En el está su hermosura viendo,
En el hermoso espejo plateado
Cada lucero está resplandeciendo,
Y cuan grande en el cielo es cada estrella
Se parece en el agua clara y bella.

Casi al varon de Arcadia se igualaba
En la belleza y en los años Ida,
Aunque un dorado bozo le apuntaba,
Flores alegres de su edad florida;
Mas la rica madeja que bajaba
Suelta sobre los hombros y esparcida,
Con su belleza la del rostro encubre,
Tanto, que el bozo apenas se descubre.

Cada cual luego sacudir pretende
Del cuerpo el perezoso encogimiento,
Alza los brazos y las piernas tiende
Aquí y allí con vario movimiento.
Las rodillas afirma, el cuello extiende,
Estira cada cuerda y cobra aliento,
Y toma, sacudiendo la pereza,
En sí mismo licion de ligereza.

El desnudo escuadron resplandeciente,
Puesto con regla igual en la carrera,
Parte al fin tan veloz, que fácilmente
Dieran alcance al ave mas ligera,
Vencieran al caballo mas valiente,
Y creyera sin duda el que los viera
Ser otras tantas flechas que ha arrojado
Fugitivo escuadron del parto osado.

No de otra suerte el curso apresuraron
Amedrentados ciervos que han huido
Por los valles hircanos, si escucharon
De hambriento leon fiero bramido;
Ya que con el miedo se engañaron
Que formó aquel rumor en el oido,
Corren al fin atónitos, haciendo
Con los cuernos y piés confuso estruendo.

Así pues corre el escuadron ligero,
Y ya el de Arcadia á todos se adelanta,
Retrato de su madre verdadero,
Que se alargó con voladora planta;
Ida, enseñado siempre á ser primero,
Corre tras de él con ligereza tanta,
Que lo alcanza el aliento de su boca,
Y con su sombra á las espaldas toca.

Tédimo y luego Dímas lo seguia,
Poco el uno del otro desviado,
Y tan cercano Alcon, que parecia
Que iba de Dímas al izquierdo lado;
Al capitan de Arcadia le cubria
Los hombros el cabello no cortado,
Y así esparcido y suelto lo detiene
El fresco viento que á herirlo viene.

En nombre de la diosa cazadora
La dorada madeja habia crecido,
Y desde su edad tierna hasta agora
Nunca en ella navaja habia caido;
Y cuando ya llegó la fatal hora
Que los montes dejó, la habia ofrecido
En vano á los altares de su tierra
Si vencedor volviese de la guerra.

Del viento á las espaldas descompuesta,
Le fué agora ocasion de un grande daño,
Pues ella trocó en lágrimas la fiesta
Con nunca imaginado modo extraño;
Que viendo la vitoria manifiesta,
Para estorbarla fabricó un engaño
Ida, viendo que en vano se aligera
Y que ya se acababa la carrera.

Y asiendo del cabello con la mano,
Hizo volver por fuerza al pié ligero
Dos pasos hácia atrás, y luego ufano,
De la carrera al fin llegó el primero;
Mas fué su industria y su vitoria en vano,
Que luego el escuadron de Arcadia fiero,
No sufriendo en su rey aquella injuria,
Vengarla quiere con inmensa furia.

Corre, llena de enojo y furor ciego,
La mal sufrida gente alborotada,
Con ira amenazándolo si luego
No alarga aquella gloria mal ganada;
Mas hubo muchos en el campo griego
A quien engaño semejante agrada;
Y así, del sufrimiento el freno roto,
Crece la confusion y el alboroto.

Su justicia con lágrimas defiende,
Que enternecieran una peña dura,
El triste Rey, y su cabello ofende,
Como ocasion de tanta desventura;
La vergüenza y dolor el rostro enciende,
Y en él añide el llanto hermosura,
Y en dos bandos el vulgo dividido,
Crece el furor, las voces y el ruido.

Púsose Adrasto en medio, que no fuera
Otro ningun respecto de importancia;
«Cese, dice, el furor, pues dél se espera
Siguro el daño, incierta la ganancia;
Volved ambos de nuevo á la carrera,
Mas divididos con igual distancia,
Corriendo el uno para el otro vaya,
Y en medio de los dos esté la raya.»

Fué alabado del Rey el noble intento,
Y á todos agradó la nueva traza,
Obedecen del Rey el mandamiento,
Y así el vulgo el lugar desembaraza;
De nuevo cada cual vuelve á su asiento,
Apártase la gente y hacen plaza,
Y ya ocupando cada cual su puesto,
El mancebo de Arcadia dijo aquesto:

«Santa diosa, divina cazadora,
Dueño de este cabello no cortado,
Pues ha nacido mi deshonra agora
Del haberlo á tus aras dedicado;
Si el haberte con planta voladora
Seguido por el monte fatigado,
Para obligarte de importancia ha sido,
O si algo por mi madre he merecido,

»No vaya á Tébas yo con este agüero,
Y no mi Arcadia este dolor reciba.»
Dijo; y dió testimonio verdadero
De aquel favor su planta fugitiva;
Pareció luego á todos mas ligero,
O que en las alas de los vientos iba,
Y el campo apenas siente sus pisadas,
Que aun no deja en el polvo señaladas.

Con alegre clamor, que al cielo llega,
Pisa la raya el vencedor ufano,
Y luego la admirada gente griega
Con gritos hace estremecerse el llano;
Un famoso caballo el Rey le entrega,
Y él mismo lo corona con su mano;
Un arco á cada cual, y un rico escudo
A Ida, que de vergüenza estaba mudo.

Contento cada cual se aparta, y luego
El Rey, viendo la gente sosegada,
Hace que se pregone el tercer juego
Del disco, bola de metal pesada;
Prueba que antiguamente el pueblo griego
Usaba, en nuestros tiempos ya olvidada,
Que la española juventud bizarra
Juega, en vez dél, á la pesada barra.

Pterela, al rey Adrasto obedeciendo,
El redondo metal liso y pesado
Trujo, y con ambos brazos y gimiendo,
En el campo no léjos lo ha arrojado;
Muchos, su peso y su grandeza viendo,
Que pensaron jugar, se han retirado,
Y llenos de valor y de osadía,
Otros muchos salieron á porfía.

Tres salen de Corinto, uno de Pisa,
De Acarnania otro solo ocupa el llano,
De Acaya salen dos, muchos de Nisa,
A quien su antigua gloria incita en vano;
La arena en esto Hipomedonte pisa,
Trayendo un disco en la derecha mano,
Cual no se vió jamás, y en medio puesto,
Mostrólo á los demás, y dijo aquesto:

«Este, oh nobles mancebos, que por tierra
Pensais echar de Tébas la muralla,
Y el fuerte alcázar donde al Rey encierra
De el miedo torpe la primer batalla;
Este disco es mejor, pues de la guerra
El trabajo y fatiga en él se halla,
Que de aquese pequeño la vitoria
¿Qué honor nos puede dar, qué nombre y gloria?»

Dijo; y sin fuerza alguna y fácilmente
El disco arroja, y tanto lo desvia,
Que atónito desiste el mas valiente,
Su orgullo refrenando y su osadía;
Solos quedaron dos, de tanta gente,
Que viendo que sin émulo vencia,
Se avergonzaron de su gran trofeo,
Flegias el uno, el otro Menesteo.

Estos la noble sangre ha detenido,
Juzgando por deshonra y gran vergüenza,
Viendo que los demás han desistido,
Que un hombre sin trabajo á tantos venza;
Flegias es el primero que atrevido,
Recogiendo la fuerza en sí, comienza,
Pero primero refregando en vano
En el menudo polvo el disco y mano.

Y porque mas siguro el tiro sea,
Lo ajusta bien y lo acomoda luego,
Por una y otra parte lo rodea,
No sin admiracion del campo griego;
Mas la pisana gente, que desea
Verlo vencer en el difícil juego,
Con alegre clamor lo favorece,
La industria alaba y su favor le ofrece.

Verse en el disco vencedor espera,
Pues ninguno hay mas diestro que Flegeo,
Que desde sus primeros años era
Ejercitado en él con gran trofeo;
Y mill veces jugando en la ribera
Del peregrino enamorado Alfeo,
Hizo volar con grande maravilla
Al disco desde la una á la otra orilla.

En esta y otras pruebas confiado,
No con ojos atentos mide el suelo,
Mas con el globo de metal pesado
Mira las nubes y amenaza al cielo;
En tierra ambas rodillas ha hincado,
Junta su sangre, y con extraño vuelo
Rodar le hace por el aire vano
Y avecinarse al cielo soberano.

No mas ligero el rayo ha decendido
Cuando á las cumbres altas hace guerra,
Que sube el duro disco, y detenido,
Entre aire y fuego al parecer se encierra;
Al fin desde las nubes ha caido
Menos veloz, y escóndese en la tierra,
Por todas partes derramando fuego,
Con grande admiracion del campo griego.

Tal suele decendir del sol la hermana,
Cuando con el rigor de algun conjuro
Tésala maga, en su vitoria ufana,
Bajar le hace por el aire puro;
La gente, que su lumbre soberana
Avecinarse mira al suelo duro,
Mill trompas y atabales al momento
Tocan por detenerla, y gime el viento.

Pero la maga tésala entre tanto
Burla de su temor y de su estruendo,
Viendo viudo de luna al cielo santo,
Y sus caballos decendir gimiendo.
Llenos de nueva admiracion y espanto
Los griegos, el extraño tiro viendo,
Lo alaban, y con nueva confianza
El pisano alimenta su esperanza.

Con prueba tan extraña y tan notoria,
Que hizo estremecer la tierra dura,
Antes de haberlo visto, la vitoria
Del tiro largo el campo le asigura;
Mas la injusta fortuna, cuya gloria
Es burlar la esperanza mas sigura,
La de tantos burló; que el hombre en vano
Estorba lo que ordena el hado insano.

Para el tiro segundo en prueba larga
Con el disco otra vez se apercebia,
Extiende la cerviz y el brazo alarga,
Y el pié y derecho lado atrás desvia;
Mas deslizóse la pesada carga,
Ya que con todo el cuerpo revolvia,
Y cayendo á sus piés la dura bola,
En vano sacudió la mano sola.

Vióse en un punto el campo alborotado,
Gimiendo el triste caso de Flegeo,
Y luego en su desdicha escarmentado,
Llega á tentar el disco Menesteo;
Y habiéndolo en el polvo refregado,
Ruega á Mercurio ayude su deseo;
Y así, llevado del favor divino,
El disco por el aire abrió camino.

Con fuerza y con industria sacudido,
Pasa el metal del campo un largo trecho,
Y el vulgo, levantando un alarido,
Hinca una jara en la señal que ha hecho;
Mas luego Hipomedonte se ha movido
Con tardos piés y con pesado pecho,
Ya pensando en el caso de Flegeo,
Ya en la felicidad de Menesteo.

Levanta el disco de la tierra dura,
Y á espacio en torno de él la mano lleva,
Que de su gran valor no se asigura,
Aunque tan diestro en la dificil prueba;
Y así, primero acomodar procura
(Añidiendo á su fuerza industria nueva)
El pesado metal á su contento,
Y en tanto el campo está mirando atento.

Huye la dura bola sacudida,
Y rechinando por el aire vano,
Tanto se aparta de él, que ya se olvida
De el gran valor de su derecha mano;
De el otro tiro la señal corrida
Se deja mucho atrás, y pasa el llano,
Y al fin, con grande honor de Hipomedonte,
Paró en los hombros de el opuesto monte.

Tal desde la alta cumbre inaccesible
De el monte de Etna, que vomita fuego,
Con ambas manos el peñon terrible
Tiró el burlado Polifemo ciego,
Cuando de su rigor y hambre horrible
Huyó el astuto peregrino griego,
Y alborotado el mar del peso grave,
Casi anegó la fugitiva nave.

Por premio Adrasto al vencedor ofrece
Una hermosa piel de tigre hircana,
Que el oro en sus orillas resplandece,
Extremo rico, imágen de su lana;
Cada uña en cada mano y pié parece
Menos feroz, y con el oro ufana,
Y habiendo dado un arco á Menesteo
Por consolarlo, así dijo á Flegeo:

«Tú recibe esta espada, aunque la suerte
Te burló con el caso no esperado;
Digna es de tu valor y brazo fuerte,
Aunque en mi mocedad honró mi lado;
Pues con ella en Tébas has de verte,
Como esperamos de tu pecho osado;
En el mayor rigor de tu osadía
Te acordarás que ha sido prenda mia.

»Dése principio al juego de los cestos,
Que el animoso que en su pecho encierra
Honradas esperanzas, en aquestos
Verá una viva imágen de la guerra.»
Así dijo el buen Rey, y luego puestos
Se ven dos grandes cestos en la tierra,
Que cada uno es de un buey el duro lomo,
Con el remate de pesado plomo.

Al punto el uno empuña Capaneo,
Que soberbio gigante parecia,
Y volviendo á mirar al campo aqueo,
De aquesta suerte á todos desafia:
«¿Hay alguno, de tantos como veo,
Que ose esgrimir conmigo aqueste dia?
Y ya pluguiera al cielo soberano
Viniera para aquesto algun tebano.

»Que á nadie diera lástima su vida,
Y al fin muerte mas lícita le diera,
Y manchado con sangre aborrecida,
No tan cruel mi esfuerzo pareciera.»
Dijo; y apenas fué su voz oida,
Cuando la sangre se le heló á cualquiera;
Un general silencio en todos puso,
Y quedó el campo atónito y confuso.

Pero del escuadron de los lacones
Alcidamo saltó libre y exento,
Y atónitos esotros escuadrones,
Se admiran de su extraño atrevimiento;
Mas los suyos, que en otras ocasiones
Vieron su gran valor, desde su asiento
Lo alaban y asiguran la vitoria,
Como testigos de su antigua gloria.

Dicen que el mismo Pólux fué el primero,
De quien él aprendió tanta osadía,
Que con amor de padre verdadero
Le enseñó el arte que tan bien sabia;
Y cuando mas alegre y mas severo,
Gran furor, enseñándolo, fingia,
Por hacer expirencia de esta suerte
Si en él entraba el miedo de la muerte;

Y viendo que con ira semejante
El muchacho animoso le esperaba,
Sin que su enojo y su furor lo espante,
Soltaba alegre el cesto y lo abrazaba;
Agora pues salió, pero el gigante,
Burlando de él, tan arrogante estaba,
Que mostrando que lástima tuviese,
Otro pidió que mas valiente fuese.

Mas viendo que lo espera osadamente,
Despues de instimulado, ocupó el puesto,
Extendió el cuello y levantó la frente,
Y con mas arrogancia empuñó el cesto;
El otro, mas humilde y mas prudente,
Considera el peligro manifiesto,
Y con valor y industria de importancia
Mide de su enemigo la distancia.

Que no Tício tan grande pareciera,
Ni tanto con sus miembros admirara,
Si la ave que lo aflige permitiera
Que alguna vez en pié se levantara,
Y aunque muchacho, Alcidamo lo espera
Con vista alerta y con exenta cara,
Y con madura industria se gobierna,
Freno admirable para edad tan tierna.

Y así, con su prudencia bien regida
Para los años de su edad madura,
Nunca visto valor ha prometido
Con esperanza, al parecer, segura;
Ninguno hay que no tema si herido
Ha de salir de aquesta impresa dura;
Que todo el campo en general desea
Que suyo el premio y victoria sea.

Despues que cada cual con alma atenta
Mide el valor que en su enemigo mira,
Adivinando lo que el otro intenta,
Y ni osa arremeter ni se retira,
Con miedo alterno comenzó la afrenta
A encender el furor, y con mas ira
Se buscan, se amenazan y rodean,
Alzan los brazos y la fuerza emplean.

Este sábio en el arte se detiene
Con alma recatada y temerosa,
Y con varios reparos se entretiene,
Conservando su fuerza provechosa;
Pero el gigante, que vergüenza tiene
De sí mismo, ni para ni reposa,
Y á dos manos esgrime el duro cesto,
Pródigo de su fuerza y descompuesto.

Pero el lacon, astuto y vigilante,
De sangre, al fin, y patria conocida,
Adonde en ejercicio semejante
Gastan la mayor parte de la vida,
A los soberbios golpes del gigante,
En que gasta su fuerza mal regida,
Ya con industria y ya con osadía,
Unos repara y de otros se desvía.

El ojo atento adonde el golpe carga,
Hace que acuda á socorrer la mano,
Ya la cabeza encoge y ya la alarga,
Ya el pié la aparta del jayan insano;
Y así, cuando con mas furor descarga
El duro cesto, al suelo baja en vano,
Obedeciendo con igual presteza
La mano, el pié ligero y la cabeza.

Y alguna vez osado y diligente
(Tanto puede el ingenio y la expirencia),
Para llegar á la enemiga frente
Su industria y su valor le dan licencia,
Y cual ola que azota humildemente
Roca que asombra al mar con su presencia,
Tal parecia en torno del gigante
Enojado, soberbio y arrogante.

Ya los ojos señala y ya al un lado
Y con tanta destreza el cesto esgrime,
Que habiendo alguna vez mal reparado,
Llega á ofender, y el enemigo gime;
Mas una el plomo descargó pesado,
Y en medio de la frente el golpe imprime,
Y de caliente sangre en ella ha hecho
Un arroyo sutil, que bajó al pecho.

No la sintió el airado Capaneo,
Turbado de el dolor y ardiendo en ira,
Mas, viendo alborotado al campo aqueo,
La causa inora y del rumor se admira;
Y subiendo la mano al rostro feo,
Apenas su deshonra en ella mira,
Cuando al nunca esperado atrevimiento
Hizo de enojo extraño sentimiento.

No mayor rabia hircana tigre lleva
Cuando el astuto cazador la injuria,
Llevándole sus hijos de su cueva,
Ni en herido leon se vió tal furia;
Su difícil venganza en vano prueba,
Y abrasado en el fuego de su injuria,
Su fuerza ya cansada resucita,
Y en su mismo furor se precipita.

Perdido ya del todo el sufrimiento,
Arrójase, y con una y otra mano
El mal regido cesto esgrime á tiento,
Y mill golpes sin tiempo tira en vano;
Los unos hieren solamente el viento,
La tierra esotros, y retumba el llano,
Y el lacon, que mill muertes ve delante,
Se aparta cuidadoso y vigilante.

Pero no por aquesto el arte olvida,
Que cuando mas ligero va huyendo,
Vuelve con repentina arremetida,
Ya á tiempo reparando y ya hiriendo;
Mas, de entrambos la fuerza enflaquecida,
Se iba á tanto trabajo ya rindiendo;
Que aquel menos furioso y fatigado,
Y este para apartarse está pesado.

Y ya en pié no pudiendo sustentarse,
Sin aliento y la vista ya turbada,
Con breve paso hubieron de apartarse
A reparar la fuerza ya cansada;
De esta suerte en el mar suelen pararse
Cuando á la ciega chusma fatigada
Hace el patron señal y luego para,
Y con descanso breve se repara.

Pero poco le dura aquel sosiego,
Que sigunda señal voz enemiga
Da fin á aquel descanso breve, y luego
Los remos baja, y vuelve á su fatiga,
Lleno de nueva rabia y furor ciego,
Porque su afrenta y su dolor le obliga;
Sigue al lacon el fiero Capaneo,
Mas él se aparta y burla á su deseo.

Y habiendo ya burlado su braveza
Mill veces, sin perder del arte un punto,
Descubre astutamente la cabeza,
Y el otro el duro cesto esgrimió al punto;
Y apartándose de él con ligereza,
Cayó en tierra, y con él su dueño junto,
Y Alcidamo de nuevo osadamente
El duro cesto le imprimió en la frente.

El golpe y el suceso fué de suerte,
Que él mismo se turbó de su ventura,
Porque para escaparse de la muerte
Piensa que ya no habrá tierra segura;
Levántase del campo un clamor fuerte,
Y en torno retumbó la tierra dura,
Y aunque apartado el mar, desde su orilla
Sintió la no esperada maravilla.

Huye, osado lacon, con libre planta,
Que nadie te asigura la ganancia;
Porque ya tu enemigo se levanta
Con doblado coraje y arrogancia;
Ya su furor al mismo cielo espanta,
No será ya tu industria de importancia;
Pues lleno de el dolor, con nueva rabia
Te busca, y blasfemando al cielo agravia.

El noble rey Adrasto, al caso atento,
Viendo el peligro de el lacon dichoso,
Que de su venturoso atrevimiento
Andaba ya turbado y temeroso;
«Id, dice, oh compañeros, al momento,
Corred, y con socorro provechoso
Refrenad su furor, templad su furia,
Llevalde el premio y consolad su injuria.

»Id y quitadle á Alcidamo delante;
Que tan airado á su enemigo veo,
Que hasta que el celebro le quebrante
No podrá reportarse Capaneo;
No se infame con muerte semejante.»
Dijo; y su voz obedeció Tideo,
Y Hipomedonte y él corriendo fueron,
Y osadamente en medio se pusieron.

Entrambos de sus brazos se han asido,
Varias razones alegando en vano,
Y ambos juntos apenas han podido
Quitarle el duro cesto de la mano.
«Basta, dicen, ¿qué buscas, si has vencido,
Y el que sigues es griego, y no tebano,
Y nuestro compañero en esta guerra?
Baste ya, y el furor de tí destierra.

»Si es honra dar la vida al enemigo
Y gloria perdonar á los menores,
No es mucho al compañero y al amigo
Perdonar la ignorancia y los errores.»
Mas él, viendo que el campo fué testigo
De su dolor, no admite estos favores,
Y airado el ramo y la coraza arroja
(Premio de la victoria), y mas se enoja.

«De este medio hombre, dice, deste infame,
Favorecido al fin por su belleza,
No es justo que la sangre se derrame,
Mal atrevida agora á mi grandeza;
Aunque el cielo y la tierra cruel me llame,
La beldad que le dió naturaleza
La he de manchar con polvo y sangre suya,
Aunque á los cielos y al infierno huya.

»Y pues con larga y favorable arenga
Lo llamais griego y compañero nuestro,
Despues que muerto á mi placer lo tenga
Lo daré á que lo entierre su maestro;
Que no es razon que yo á la guerra venga,
Turbado con agüero tan siniestro.»
Así dijo; mas tanto porfiaron,
Que de el campo ya humilde lo sacaron.

Mas todo el campo, que testigo ha sido,
De Alcidamo celebra el gran trofeo,
Pues haberlo alcanzado y merecido
Efeto fué de un general deseo;
Y en tanto los lacones se han reido
Del vano amenazar de Capaneo,
Atribuyendo á Pólux la vitoria,
Como fuente y autor de aquella gloria.

Ya el gran Tideo, que mirado habia
De tantos el valor desde su puesto,
Aunque tirar el disco bien sabia,
Y mejor esgremir el duro cesto,
De nueva gloria estímulos sentia,
Y al fin, en medio de la plaza puesto,
Alegre hizo pregonar la lucha
En quien tenia valor y industria mucha.

De el calidonio Aqueloo en la ribera
Gastaba en ejercicio semejante
El ocio breve de la guerra fiera,
Y así venció á luchar mas de un gigante;
Pero en los años de su edad primera,
Siendo pequeño y regalado infante,
Dicen que el mesmo Aqueloo fué el maestro
Que le enseñó su industria y hizo diestro.

Siendo ya pues la lucha pregonada,
Antes que algun competidor acuda
Quitó de el lado la temida espada,
Y el pellejo de el puerco se desnuda,
Y cuando mas atenta y sosegada,
Esperando, la plaza estaba muda,
Sale Agileo, gran émulo en efeto,
Hijo de Alcides, de Molorco nieto.

No menor que su padre en forma y talle,
Como de tan gran tronco descendiente,
Que es tan alto, que dudo que se halle
Quien le llegue á los hombros solamente,
Mas no pudo en los hechos imitalle,
Pues no hay algunos que la fama cuente;
Que entre miembros tan grandes repartido,
Menor que el talle su valor ha sido.

En esto el calidonio confiado,
El premio y la vitoria se asigura,
Que era duro de niervos, bien trazado
Y fuerte, aunque pequeño de estatura;
De gran fuerza, animoso y arriscado,
Tanto, que no encerró jamás natura
(Reina de el mundo y de las almas dueño)
Alma tan grande en cuerpo tan pequeño.

Despues de haberse con aceite untado,
Que la tez lisa pareció y serena,
Cada cual, en el arte ejercitado,
Hinchó los puños de menuda arena;
Y habiendo el uno al otro rociado,
Por asirlo mejor con menos pena,
Los brazos encorvando, se ciñeron
Y en los hombros los cuellos escondieron.

Astuto y en sí mesmo recogido,
Con la cabeza el calidonio baja,
El un pié tiene atrás, apercebido
Contra el contrario, que tambien se abaja;
Que como mas robusto y crecido,
Por abrazarlo á su placer trabaja,
Y al fin el cuerpo es fuerza que dobliegue
Porque su pecho al de el contrario llegue.

Tal suele en la mayor montaña Alpina,
Ciprés antiguo á quien el austro hiere,
De suerte amenazar con su ruina,
Que se podrá engañar el que lo viere;
Y cuando tanto la cerviz inclina,
Que ya parece que arrancar se quiere,
Con mayor furia la engañosa planta
Deja la humilde tierra y se levanta.

No de otra suerte se abajó Alcileo,
Y con su cuerpo al enemigo oprime;
Mas no pudiendo alzarse con Tideo,
Doblado en vano, se fatiga y gime;
El uno y otro con igual deseo,
Dejando que el contrario se le arrime,
Con piernas, brazos, frente, cuello y pecho
Su daño estorba y busca su provecho.

No de otra suerte airados han movido
Guerra dos toros y con furia insana
Se hieren, y el amor allí escondido
Los instimula y las heridas sana,
Y la novilla que la causa ha sido
De el celoso furor, con él ufana,
Desvengonzada la batalla fiera
Mirando está, y al vencedor espera.

Con ira semejante así abrazados
Suelen dos osos en el monte verse,
Y de la mesma furia instimulados,
Suelen así dos puercos ofenderse;
Los dos, aunque de celos no incitados,
Procuran ofender y defenderse,
Aspirando al honor de la vitoria
Con generoso estímulo de gloria.

Estaba el calidonio aun todavía
De fuerza entero y de vigor constante,
Que ni al calor ni al polvo se rindia,
Cual si fuera su cuerpo de diamante;
Que tan ejercitado lo tenia
Con dura guerra ó lucha semejante,
Que á los trabajos invencible hecho,
Jamás algun cansancio entró en su pecho.

El otro, mas robusto y mas pesado,
Ya el gran trabajo y la fatiga siente,
Y ya anhelando siempre y fatigado,
Mueve piernas y brazos flojamente,
Ya sin aliento y de sudor bañado,
Mojado estaba desde el pié á la frente,
Y ya la arena que en su cuerpo estaba
Al proprio suelo entre el sudor bajaba.

Al fin hurtando el cuerpo, cobra tierra,
Y un poco se sustenta de esta suerte,
Pero con el calidonio cierra,
Como su pena y su fatiga advierte;
Y amenazando con ardid de guerra
Al alto cuello, con la mano fuerte
Quiso asir la rodilla, mas fué en vano,
Que no pudo abrazarla con la mano.

El enemigo, que se ve tan alto,
Cobrando nuevo aliento, el pecho alarga,
Y dando luego un repentino salto,
Con todo el cuerpo encima de él se carga;
Con el no imaginado sobresalto,
Quedó escondido en la pesada carga,
Y así, oprimido con el peso, gime,
Como si fuera un muro que le oprime.

Así acontece al que en la honda mina
Con hambre de el mejor metal se encierra,
Cuando causando súbita ruina
Se abrió y encima dél tembló la tierra;
El monte desatado se avecina,
Y sobre el oro á su pesar lo entierra,
Adonde su avaricia, interrumpida,
Pagó su hambre de oro con la vida.

Con su osado valor el gran Tideo,
De verse así oprimir avergonzado,
Apartando el un brazo de Agileo,
Se deslizó y salió por el un lado,
Y luego con mayor gloria y trofeo
Por las anchas espaldas lo ha abrazado,
Y sirviendo de ñudo sus abrazos,
Le aprieta los ijares con los brazos.

Las rodillas le arrima, y no pudiendo
Cobrar para soltarse algun aliento,
Aquí y allí lo lleva así gimiendo,
Sin dejarlo parar solo un momento;
Al fin, toda su fuerza recogendo,
Con nunca imaginado atrevimiento
Levantó de la tierra el peso inmenso,
Dejando el campo atónito y suspenso.

No de otra suerte el hijo de la Tierra,
En su gran fuerza, á Alcides atrevido
Alzó de el suelo en semejante guerra,
Habiendo sus engaños conocido;
Y aquel de quien temblaba el llano y sierra,
Al duro abrazo de Hércules rendido,
Muerto quedó, sin que en desdicha tanta
A su madre tocase con la planta.

Llena de admiracion, alzó la gente
Un alegre clamor, que llegó al cielo,
Y luego el vencedor dichosamente
Con la pesada carga dió en el suelo;
Cayó él encima, y sobre el cuello y frente
Puso las manos sin algun recelo;
Luego de piés y piernas se asigura,
Sirviéndole las suyas de atadura.

Corrido de que un hombre así lo venza,
Por resistir al vencedor ufano,
Torciendo el cuerpo, á sacudir comienza
La dura carga, y se fatiga en vano;
Mas rindióse á pesar de su vergüenza,
Y fatigado se quedó en el llano,
Levantóse despues con nueva pena,
Dejando las señales en la arena.

Al vencedor de la famosa lucha
Por premio una armadura rica han dado,
Y enseñándola al campo, que lo escucha,
Aquesto dijo, alegre y confiado:
«¿Qué hubiera hecho aquí si sangre mucha,
Cual ya sabeis, no hubiera derramado
Por aquestas heridas, premio duro
De la traidora fe de un rey perjuro?»

Dijo; y habiendo descubierto el pecho,
Y las heridas de él para su gloria,
Dió el premio á sus amigos, satisfecho
Solo con el honor de la vitoria.
El rey piadoso consolar ha hecho
Al vencido en deshonra tan notoria,
Mandando que le lleve un escudero
Una coraza de templado acero.

Algunos hubo allí del campo aqueo
Con desnudas espadas tan osados,
Que instimulados de un cruel deseo,
Salieron á esgrimir desafiados;
Salió el primero el Epidauro Agreo,
Y luego, aun no movido por los hados,
Lo siguió el desterrado Polinice,
Pero el argivo rey así les dice:

«Mejores ocasiones esperamos;
Guardad ese furor para otro dia,
Que antes de mucho iréis donde veamos
De cada cual la fuerza y valentía;
Y tú, por quien alegres olvidamos
La amada patria, enfrena tu osadía,
Que armas para tu hermano acicaladas
No han de ser con sangre amiga matizadas.»

Dijo; y un yelmo á cada cual ofrece,
Como si hubieran sido vencedores,
Y al afligido príncipe engrandece
Con varias alabanzas y favores;
Y el campo, que su causa favorece,
Al son de mill trompetas y atambores,
Poniéndole de rey una corona,
Por vencedor de Tébas lo pregona.

Las voces por el valle retumbaron;
Pero las parcas, que el pregon oian,
Viendo que rey de Tébas lo llamaron,
De el pregon y corona se reian;
Todos en tanto á Adrasto le rogaron
Que, pues los juegos acabado habian,
A la famosa fiesta satisfaga
Con prueba alguna que su mano haga.

O ya tirando un dardo fugitivo,
O con jara subtil rasgando el viento,
Algun honor añida al dia festivo
De el siempre venerable monumento;
Al punto obedeciendo el rey argivo,
De los suyos alaba el noble intento,
Y con semblante alegre y rostro humano
Desocupó su asiento y bajó al llano.

Un arco su escudero le llevaba,
Y puesta en él una ligera punta,
Por la mejor de la preñada aljaba
Escogida entre mill, aun otra apunta;
Atento el campo todo al caso estaba,
Tira la cuerda y los extremos junta,
Y con curso veloz la aguda flecha
A herir en el tronco fué derecha.

Llega al árbol la flecha, sacudida
Con fuerza grande y con igual destreza,
Y apenas (cosa horrible, nunca oida)
Llegó á herir del tronco la corteza,
Cuando de oculta fuerza reprimida,
Volvió atrás con la misma ligereza,
Y otra vez dando vuelta á su camino,
Junto á su propria aljaba á parar vino.

¿Quién dirá que de causas inoradas
No proceden prodigios semejantes?
Que mil cosas se vieran remediadas
Si los avisos se creyeran antes?
Todas son por el hado reveladas,
Mas hácense los hombres inorantes,
Y por no haber las causas conocido,
Dicen que todo acaso ha sucedido.

De mill varias desdichas y aflicciones
Nadie la causa averiguar pretende,
Y así con semejantes ocasiones
Cobra fortuna fuerza y nos ofende;
Hubo en el campo muchas opiniones,
Pero ninguno la verdad entiende,
La causa atribuyendo (pero á tiento),
Quién á nube contraria y quién al viento.

Algunos atribuyen al madero
Lo que es señal de suma desventura,
Pues era un cierto aviso verdadero,
En quien estaba la verdad futura;
Por quien el hado inexorable y fiero
Daba á entender que de esta guerra dura,
Destrozado su campo, el rey argivo
Volverá solamente á Grecia vivo.

LIBRO SÉTIMO.

ARGUMENTO.

Júpiter se enoja de ver las fiestas de los griegos. Manda á Mercurio baje á la casa de Marte y le diga que incite á los griegos á la guerra. Obedécele Marte. Los argivos prosiguen sus obsequias. Llega Marte al campo. Alborota la gente. Comienzan á marchar. Baco da querellas á Júpiter por el daño que espera Tébas, su patria. Llega á Tébas la nueva de la venida del enemigo. Teócles hace alarde de su gente. Antígone, su hermana, desde una torre pregunta á Forbante, su ayo, qué naciones son las que pasan. Teócles hace razonamiento á los extranjeros que le vienen á ayudar. Agradécele el favor. Abomina la crueldad de su hermano. Reparte su gente. Llega al campo aqueo á vista de Tébas, donde hace su alojamiento. Yocasta, madre de los dos hermanos, sale de Tébas con sus dos hijas. Llega al campo griego. Habla á Polinice. Pídele que deje la guerra y se entre con ella en Tébas. Contradícelo Tideo, provocándolo á la batalla. Alborótase el campo. Los tigres de Baco salen de Tébas. Los tebanos comienzan una cruel batalla. Señálase en ella Anfiarao con ayuda de Apolo, el cual le revela su muerte. Abrese la tierra. Trágase al adivino con su carro y caballos. Va á parar al infierno.

En tanto que, en los juegos detenido,
Dilataba la guerra el campo griego,
Júpiter, enojado y ofendido,
Volvió á mirar su paz y su sosiego;
Y habiendo la cabeza sacudido,
Se alborotaron las estrellas luego,
Los dos polos temblaron al instante,
Estremecióse el cielo y gimió Atlante.

Llama á Mercurio, embajador del cielo,
Y al punto dice: «Oh mensajero mio,
Las alas bate apriesa y baja al suelo,
Hácia á los reinos de el Oriente frio,
Adonde Bóreas con eterno hielo
Tiene á su fuente atado cada rio,
Tierra de los bistones habitada,
Con guerra eternamente fatigada.

»Debajo de la estrella que sedienta
Quiere bajar al mar, y siendo en vano,
Con nubes de el invierno se alimenta,
Por serle prohibido el Occeano,
Tierra nevada, siempre al sol exenta,
Donde jamás se conoció el verano;
Aquí pues en la mas inculta parte
La casa está de el belicoso Marte;

»Adonde agora de la guerra dura
Descansa en paz, las armas arrimando,
Aunque enemigo de ella, ó por ventura
Armas está y trompetas aprestando;
Que nunca el ocio de la paz procura,
Antes humana sangre derramando,
Aqueste es su regalo, aunque funesto;
Allí pues lo verás, y dile aquesto.

»No le mande encender la argiva gente
Y desplegar al aire sus banderas,
Y provocar con ella juntamente
Cuanta detiene el Istmo en dos riberas,
Para que luego á descansar se siente,
Dejando el peso de las armas fieras;
Pues si no acude á proseguir la guerra,
¿De qué ha servido alborotar la tierra?

»Que apenas dejó el campo sus umbrales,
Y ya dirán que vitorioso viene,
Pues inventando juegos funerales,
En torno de un sepulcro se detiene;
¿Nacen de su furor efectos tales?
¿Quién tan suspenso su coraje tiene,
En tanto que uno con el disco gime,
Y otro en vez de la espada el cesto esgrime?

»Y si la rabia natural no olvida,
Y de las armas el amor insano,
De pueblos inocentes homicida,
Dará mill muertes de linaje humano;
Derribará la fuerza mas temida,
Y invocarán al mismo Jove en vano,
Y el orbe, dando en vano mill gemidos,
Verá en polvo sus pueblos convertidos.

»Y agora, que la guerra yo procuro,
¿Deja las armas y la paz le agrada?
Lleve á los griegos al tebano muro,
Y acelere la guerra comenzada;
Vuelva á vestir de nuevo el hierro duro,
Y si ya por ventura de él se enfada
Y los descansos de la paz desea,
Dios mas benigno y mas humilde sea.

»Haga ya de costumbres diferencia,
La espada, el carro y los caballos deje,
Olvide con el ocio su inclemencia,
Y de la guerra dura en paz se aleje;
Descansará la gente con su ausencia
Y nadie habrá en el mundo que se queje;
Porque yo eterna paz daré á la tierra,
Y basta Pálas para aquesta guerra.»

Dijo; y al punto alegre y diligente
Los vientos rompe el mensajero alado,
Y bajando á los reinos de el Oriente,
Hácia las puertas de el Arturo helado,
La inclemencia y rigor de el suelo siente,
Con tempestad eterna fatigado,
Que luego el Aquilon descomedido
Encima de él su nieve ha sacudido.

Y de espeso granizo un torbellino
Sobre sus alas con rigor le ofende,
Y así en vano apresura su camino,
Que apenas el sombrero le defiende;
Al fin al Emo celebrado vino
Y á sus selvas estériles deciende,
Y en ver su soledad y su aspereza
Sintió su horror y recibió tristeza.

A la falda de el monte fabricado,
Lugar por su aspereza inaccesible,
Está el palacio triste, rodeado
De mill furores, escuadron terrible;
No de ordinario material labrado,
Que todo es hierro en el palacio horrible,
Arcos, ventanas, la pared y el techo,
Y todo al fin está de hierro hecho.

Con almenas de hierro coronada
La gran pared de el invencible muro,
Está por todas partes sustentada
En columnas tambien de hierro puro;
Teme la misma luz allí la entrada,
Y el sol, hiriendo en él, parece obscuro,
Y un triste resplandor que el hierro ofrece
La luna y las estrellas entristece.

Habita en el palacio extraña gente,
Que cual la casa son los moradores;
Está á la puerta el ímpetu impaciente
Que alborota el lugar con sus rumores;
Mill iras, una de otra diferente,
Y pálidos, sin sangre, mil temores,
Ciega está la Maldad y el Odio ciego,
Y la Soberbia vomitando fuego.

Están las asechanzas cautelosas
Con aparencias de amistad fingidas;
Pero tienen espadas engañosas
Debajo de los mantos escondidas;
Dentro mill amenazas rigurosas
Corren, dando mill voces no entendidas,
Y tiene la Discordia alborotada
En cada mano una desnuda espada.

Alegre está el Furor, loco y exento,
Y la Virtud, muy triste y amarilla,
Y con rostro, aunque pálido, sangriento,
La Muerte está sentada en negra silla;
En cada ara y altar, que hay mas de ciento,
Arden maderos de abrasada villa,
Y en vez de los tributos de la tierra,
Humana sangre derramada en guerra.

Estaban las paredes adornadas,
El techo y las columnas igualmente,
Con despojos de tierras conquistadas,
Donde su estrago y su rigor se siente;
Vense en hierro mill puertas dibujadas,
Grillos, cadenas y captiva gente,
Naves que por la mar y por los rios
Hicieron guerra, y carros ya vacíos.

Cabezas de sus cuerpos divididas,
Y rostros con las ruedas ofendidos;
Se ven ya tan al vivo las heridas,
Que casi están pintados los gemidos;
Lanzas en sangre, al parecer, teñidas,
Banderas y trompetas de vencidos,
Y en mil partes armado el fiero Marte,
De un mismo talle y rostro en cada parte.

Tal con arte divino el dios Vulcano
La milagrosa fábrica habia hecho,
Y con su industria y poderosa mano
La habia adornado del cimiento al techo,
Antes que hubiese el rayo soberano
Del rubio Apolo en su ofendido lecho
Descubierto al adúltero, que ciego
En red subtil se vió enlazado luego.

Apenas á buscar habia empezado
El diligente embajador de el cielo
Al belicoso dios, siempre enojado,
Cuando tembló por cada parte el suelo;
Obscurecióse el sol, y alborotado
Bramó el Euro debajo de su hielo,
Y relinchó el ganado que en la sierra
Esperaba el furor de alguna guerra.

Montes, heladas aguas y animales
De la siempre nevada tierra fria,
Todos con vario aplauso dan señales
De el belicoso dios, que ya venia;
Al punto se estremecen los umbrales,
Y cada quicio rechinar se oia,
Y abriéndose las puertas de diamante,
Sale Marte, soberbio y arrogante.

Salió en un carro en sangre humedecido,
Sangre por todas partes derramando,
Cargado de despojos y seguido
De mil captivos, que se ven llorando,
De selvas y alta nieve obedecido,
Que todos se le humillan en llegando,
Y gobernado de Belona ufana,
Con la mano teñida en sangre humana.

Al horrible espectáculo inhumano
Se heló Mercurio, y si posible fuera
No obedecer á Jove soberano,
Cesara de su intento y se volviera;
Mas viendo Marte al conocido hermano,
Primero le habló desta manera:
«¿Qué manda Jove? O ¿cuál, hermano, ha sido
La causa que á estos montes te ha traido?

»Que no entre tanta nieve me buscaras
En un lugar tan áspero y terrible,
Ni de tu gusto y voluntad llegaras
A ver mi corte y mi palacio horrible,
Ni tu agradable Ménalo dejaras,
Fértil, templado, alegre y apacible,
Si, de el gran Padre embajador alado,
Desde el cielo no fueras enviado.»

De Júpiter al punto el fiero intento
Mercurio manifiesta, y Marte luego
Pone en ejecucion el mandamiento,
Ofendido tambien del campo griego;
El carro mas ligero que no el viento,
Vertiendo á cada lado sangre y fuego,
Parte veloz, sirviendo mill furores
De azote á los caballos voladores.

Vió Jove desde el cielo su obediencia,
Y luego, obedecido y satisfecho,
Dió señales de el rostro la aparencia
De el sosiego y piedad de el santo pecho;
Tal si del Euro helado la inclemencia,
Que al reino de Neptuno guerra ha hecho,
Deja el vencido mar la paz ufana,
Libre y alegre vogar la agua cana.

Acabados los juegos funerales,
Haciendo el noble Adrasto insigne coro
Con himnos y alabanzas inmortales,
Vino derrama en honra de Arquemoro;
En torno de él los griegos principales
Callando están, guardándole el decoro;
Y al fin el Rey, sobre una peña puesto,
Alzó la alegre voz y dijo aquesto:

«Concede ¡oh nuevo dios, niño inocente!
Que cada tercer año celebremos
Esta solemne fiesta eternamente,
Que hoy á tu nombre dedicado habemos,
Y que dure este honor de gente en gente;
Que si este dia eternizar podemos,
Pélope, aficionado á tan gran fiesta,
Las de su Arcadia olvidará por esta.

»Ni serán las de el Istmo celebradas
Con mas honras jamás ni con mas gloria,
Ni esotras de Catalia, aunque inventadas
Por aquella de Apolo gran vitoria;
Estas, depriesa agora comenzadas,
Hagan en Grecia eterna tu memoria;
Y así, como de campo peregrino,
Recibe este pequeño honor divino.

»Que si con tu favor, que ya invocamos,
Vencemos al tebano rey perjuro,
Y por tí estas banderas tremolamos
Sobre las torres de el vencido muro,
Aquestas que depriesa hoy levantamos
Pequeñas aras entre hierro duro,
Grandes serán, y entonces adorado
Serás por todo el mundo y celebrado.

»Que no solo de Grecia en los lugares
Serás reverenciado y recibido;
Pero Tébas tambien te hará altares,
Donde serás por dios reconocido.»
Dijo; y luego con himnos y cantares
Su alegre voz el campo ha repetido,
Y cada cual en su devoto pecho
El voto confirmó que el Rey ha hecho.

Ya Marte en veloz carro, en sangre tinto,
Con que obscurece el sol y el mundo espanta,
Llegaba á las riberas de Corinto
Sin haberse mojado en agua tanta;
Déjase atrás al alto Acrocorinto,
Que á las estrellas la cerviz levanta,
Y con alterna sombra eternamente
Cubre dos mares, donde ve su frente.

Uno de sus ministros vigilante,
El mas fácil de todos y ligero,
Que se llama el Pavor, envia delante,
Como astuto, eficaz y novelero;
Aqueste, á su propósito importante,
Proprio para engañar un campo entero,
Desmiente la verdad, finge rumores,
Y en un momento engendra mill temores.

Mónstruo de manos y de lenguas lleno,
Con mas rostros y formas que Proteo,
Y para revolver un reino bueno,
Que es su mayor y principal trofeo,
Finge una trompa, un atambor, un trueno,
Ya parece escudero y ya correo,
Mentiras evidentes acredita,
Y lo mas imposible facilita.

Dirá que vió dos soles y que el cielo
Con sus estrellas á la tierra viene,
Que andan las selvas, que se muda el suelo
Y que el curso de el agua se detiene;
Que ha visto el fuego helarse, arder el hielo,
Y crédito seguro en todo tiene.
Hoy pues con mas astucia y con mas arte
Mostró su ingenio obedeciendo á Marte.

Déjase el campo atrás, y de algun llano
Levanta una engañosa polvareda,
Y con falso clamor, tumulto vano,
Que acobardar al mas osado pueda;
Como el campo lo ve de mano en mano
Buscando la ocasion, la gente queda
Llena de confusion, y el Pavor luego
Toma la mano y acrecienta el fuego.

Relinchos finge y de armas el ruido,
Y esparce mill gemidos por el viento,
Y en corrillos el vulgo dividido,
El extraño rumor escucha atento.
«¿Qué estruendo (alguno dice) aqueste ha sido,
Si ya no me ha engañado el pensamiento?
Pero ¿de dónde polvareda tanta
De el suelo á las estrellas se levanta?

»¿Si es el campo tebano el que allí viene?
El es. Y ¿en Tébas hay tanta osadía,
Y el nuestro honrando muertos se detiene?
¡Oh flojedad, si ya no es cobardía!»
De esta suerte el Pavor al campo tiene,
Y vano miedo entre las armas cria;
Muda talle, semblante, voz y forma,
Aquí oye, acá pregunta y allí informa.

Ya finge que es lacon, y ya pisano,
Corre en un punto el campo y no sosiega,
Y ya jura que cerca está el tebano,
Y crédito le da la gente ciega;
Y cuando mas atónito y insano
Estaba el campo, el mismo Marte llega,
Que envuelto en un furioso torbellino,
Al valle adonde está la gente vino.

Tres veces los caballos revolviendo
Vibró la dura lanza, y tres al pecho
El escudo arrimó, y un son horrendo
Con el escudo y con el peto ha hecho;
El campo al punto, el gran rumor oyendo,
De que es el enemigo satisfecho,
Grita al arma, y al son de sus rumores
Responden las trompetas y atambores.

Las gentes, á aquel son alborotadas,
A armarse corren en tropel confuso,
Truécanse escudos, yelmos y celadas,
Ya casi de ellos olvidado el uso;
Vense escuadras apriesa mal formadas,
Crece la confusion, y alguno puso
Sus caballos tambien alborotados
En un ajeno yugo, aun no enfrenados.

Ni conoce el infante su bandera,
Ni acierta el escudero su estandarte,
Y en cada pecho la trompeta fiera
Resucita el amor del fiero Marte.
Al fin, mal ordenado, á la ligera,
Precipitado el campo apriesa parte,
Apenas divididas las naciones,
Y aun no al aire tendidos los pendones.

Así, cuando en el mar comienza el viento,
Que esperó alguna armada detenida,
Toca luego á partir cada instrumento,
Alzan ferros, dan priesa á la partida;
Nada ya por el húmedo elemento
Cada nave, del viento sacudida,
Y viendo quedo el puerto, ya se alejan,
Vuelven los ojos donde la alma dejan.

Viendo de nuevo proseguir la guerra,
Y la priesa y furor del campo griego,
Volvió Baco á mirar su amada tierra,
Turbado de el dolor, de enojo ciego;
Mira el lugar que la ceniza encierra
De su querida madre, en cuyo fuego
Acabara la vida aun no nacido,
Si no fuera de el padre socorrido.

Y viendo que estorbar procura en vano
El gran peligro de su amada gente,
Cayósele su tirso de la mano,
Y la hiedra y las uvas de la frente;
Y descompuesto, al Padre soberano,
Sin adorno y con hábito indecente,
Llorando, de rodillas se presenta,
Y así su pena y su dolor le cuenta:

«¿Mi amada patria, tu querida Tébas,
Asolar quieres, soberano Padre?
¿Contra tu gente estrago tanto llevas,
Sin que algun ruego en su defensa cuadre?
¿Que al llanto de tu pueblo no te muevas?
Que olvides las cenizas de mi madre?
¿Tanto puede tu esposa, que esto ha hecho?
¿Tal odio cabe en tu divino pecho?

»En otro tiempo el fuego disculpaste
Que á mi inocente madre dió la muerte;
Y así fué que forzado la abrasaste
Por el rigor de su enemiga suerte;
Pero agora, que el fuego renovaste,
Sin obligarte el juramento fuerte,
Y sin ser de tu esposa persuadido,
¿Cuál la ocasion de tanto enojo ha sido?

»¿Cuándo se ha de acabar tanto castigo?
¿Solo tus rayos son para mi gente?
Solo el tebano pueblo es enemigo,
Y él ofendió á tu esposa solamente?
Solo conserva su rigor conmigo?
¿Fué el Parrasio lugar mas inocente,
Adonde en falso traje de Diana
Ofendiste á tu esposa soberana?

»Hecho oro, en la alta torre mal guardada
¿No fuiste ya de Danae recibido?
Y de Leda, de Juno ya olvidada,
¿No fuiste amante, en cisne convertido?
¿Cómo estos viven siempre en paz amada,
Yo solamente soy aborrecido;
Yo, que á tu muslo santo trasladado,
Fuí dulce peso un tiempo y regalado?

»¿Tú, que mi padre y que mi madre fuiste,
Y el camino estorbado de mi vida,
Falto de meses, reparar pudiste,
Tienes mi casa y sangre aborrecida?
Si de mi pueblo miserable y triste
No fué jamás la guerra conocida,
¿Cómo podrán sufrir armas pesadas
Manos á tirsos frágiles usadas?

»Solo al son de mis flautas y atabales
Saben coros hacer en honra mia;
Que aun temen de mujeres bacanales
Los tirsos el furor y la osadía;
¿Cómo con enemigos desiguales
Podrán guerra tener ni un solo dia,
Y sufrirán de Marte los furores
Al ronco son de trompas y atambores?

»¿Es verdad pues que para aquesta guerra
Cobarde y poca gente ha conjurado
Contra una á quien el miedo solo encierra
En flaco muro, en guerras no probado;
Contra quien conjuró toda la tierra,
Que apenas tus curetas ha dejado?
¿No basta que Argos á la guerra viene,
Que antigua enemistad á Tébas tiene?

»Y aquesto es lo que mas nos atormenta;
Que aquesta guerra en nuestra casa ordenas
Para que de ella, para mas afrenta,
Riquezas lleven Argos y Micénas;
Y Juno, en tanto mal aun no contenta,
Triunfe de nuestras lágrimas y penas;
Mas es tu esposa, obedecerla es justo;
Que pende al fin el tuyo de su gusto.

»Pero si Tébas miserablemente
Se acaba, ¿adónde me harán altares?
Perdida la ciudad, muerta su gente,
¿Adónde oiré mis himnos y cantares?
Y desterrado y de mi patria ausente,
¿Adónde para alivio en mis pesares
Llevaré las reliquias desdichadas
De mi madre, en su túmulo guardadas?

»¿Iré á Tracia vencido y fugitivo,
Y de Licurgo á la enemiga tierra,
O al indio inculto volveré captivo,
Habiéndolo domado y hecho guerra?
Dame (pues mi enemigo rey argivo
De mi querida Tébas me destierra)
Algun propio lugar y asiento alguno,
Donde pueda vivir libre de Juno.

»¿A Delo pudo Apolo dar asiento,
Y de su Aténas apartado tiene
Al enemigo líquido elemento
Pálas, que nunca á combatirlo viene?
Pafo vive en paz, de Juno exento,
Y nunca guerra ven Ida y Cilene,
Donde á Mercurio y Minos favoreces,
Y solos mis altares aborreces.

»Y si á mí solamente aborreciste,
Tébas tiene sin mí sus valedores;
Que aquí las noches de Hércules tuviste,
Ya que fueron de Antiopia los amores.
El linaje de Tiro aquí trujiste,
Y Europa aquí gozó de tus favores,
No cual mi madre, en infelice suerte,
Pues no hubo rayos que la diesen muerte.

»De tanto hijo y tanto dios tebano
¿Ningunos son para aplacarte buenos?
Ya que me canse y te fatigue en vano,
Los nietos de Agenor defiende al menos.»
Sintió la envidia el Padre soberano,
Y con alegre voz y ojos serenos
Al hijo arrodillado humildemente
Le dió la mano y le besó en la frente.

«No como piensas, dice, oh hijo amado,
Es por órden de Juno ó por su ruego
Aquesta guerra que te da cuidado,
Y á Tébas amenaza á sangre y fuego.
Esto lo ordena el inmudable hado;
Que no mi voluntad y gusto entrego
Tan fácilmente al gusto de mi esposa,
Ni ella pidiera aquesto, aunque celosa.

»Ya há muchos años que trazó el destino
Por graves causas esta guerra dura,
Y al fin el señalado tiempo vino,
Que alguna vez Erímnis lo apresura.
No fácilmente á castigar me inclino,
Ni me alegra la humana desventura,
Pues no tiene planeta alguno el cielo
Que así regale y favorezca al suelo.

»Este polo y palacio, que conmigo
Eterno permanece y soberano,
Puede, pues ya lo ha visto, ser testigo
De mi piedad para el linaje humano,
Y cuántas veces mereció castigo,
Y dejé el fuego y rayo de la mano;
Que si no es violentando el gusto mio,
Nunca á la tierra algun trabajo envio.

»Tambien quisiera yo la paz tebana,
Que con lágrimas tantas solicitas,
Por no ver derramar la sangre humana
Con tanto estrago y muertes infinitas;
Que cuando entregué á Marte y á Diana
La antigua Calidonia y los lapitas,
Fué menester para vengar su ofensa
Forzar mi natural piedad inmensa.

»Siento al fin de los hombros la caida,
Porque en su daño la fatiga siento
De volver tantos cuerpos á la vida
Y mudar tantas almas de su asiento;
Pero el hado la sangre aborrecida,
Por enormes delitos que no cuento,
De Pélope y Labdaco de la tierra
Quiere borrar con rigurosa guerra.

»Y ya que el señalado plazo vemos
Tan de atrás por el hado establecido,
A castigar delitos procedemos,
Que el uno y otro pueblo ha cometido;
Y porque de los griegos no hablemos,
¡Cuántas veces en Tébas han querido
Tus hombres y mujeres bacanales
Injuriar á mis dioses celestiales!

»Pues tambien acordársete podria,
Aunque ya sin tu cólera te veo,
Cuando en el Citeron tu santo dia
Despedazado profanó Penteo;
Y aun no tan atrevido hijo habia
Que con paterna sangre, horrible y feo,
Engendrase en el lecho de su padre
Hijos y hermanos en su propria madre.

»¿Cómo, tebano dios, piadoso y santo,
Entonces no dejaste de vengarte?
Cómo entonces no usaste deste llanto
Ni de estos ruegos el ingenio y arte?
Que yo, si con rigor y estrago tanto
He encomendado aquesta guerra á Marte,
No es por proprio dolor ó propria ofensa,
Aunque haya sido la de Edipo inmensa.

»Que la piedad, el cielo, y fee quebrada,
La natura, las furias y la tierra,
La verdad y justicia despreciada
Me piden que apresure aquesta guerra;
Mas, aunque á Tébas ves amenazada,
Esos miedos y lágrimas destierra,
Que aun no llega su fin, y el noble muro
Quedará en libertad, si no siguro.

»Que otro tiempo vendrá mas sospechoso,
Otra guerra, otras armas y furores;
Aqueste para Juno es peligroso,
Y ella puede tener esos temores.»
Aquesto oyendo el hijo congojoso,
Restituye á su rostro los colores,
Las lágrimas enjuga, el miedo pierde,
Y alza el tirso y corona siempre verde.

Tal hermoso rosal en campo ameno,
A quien el viento, el hado y la agua fria
Tiene marchito y de tristeza lleno,
Falto de hermosura y de alegría,
Y apenas ha salido el sol sereno,
Prometiendo á la tierra alegre dia,
Cuando deja alentado la tristeza,
Cobra su honor y torna á su belleza.

Ya el aviso al turbado rey perjuro,
Del campo que marchaba, habia venido,
Y que no léjos del tebano muro
El enemigo estaba, habia sabido;
Cada vecino pueblo, no siguro,
Que lástima de Tébas ha tenido,
Teme su proprio daño y desventura;
Que en tanto mal ninguno se asigura.

El Rey, disimulando el miedo helado,
Llama al ya aborrecido mensajero,
Y vuelve á preguntar lo que escuchado,
Pena le da, si lo afligió primero;
Al fin todos sus hombres ha juntado,
Manda al tebano y ruega al extranjero,
Y porque el vulgo y la ciudad se aliente
Hace en el campo alarde de su gente.

Que obedeciendo á Jove el fiero Marte,
La Euboca despojó de labradores,
La Aonia y Fócis, y de cada parte
Hizo á Tébas venir los moradores;
Sale al campo de el Rey el estandarte
Al vario son de trompas y atambores;
Y luego, tremolando sus pendones,
Salen tras de él armados escuadrones.

Cerca de la ciudad un llano estaba
Ya para aquesta guerra condenado,
Que el furor de las armas esperaba,
Y se ha de ver de sangre matizado;
Y así, cuando el alarde comenzaba,
Sobre el muro de almenas coronado
Subieron las mujeres temerosas,
Sin ver al enemigo, congojosas.

Entre la gente que á su rey socorre,
Madre afligida al hijo pequeñuelo
Muestra al padre, que armado el campo corre,
Escondido en las armas de su agüelo;
Sola, en una apartada y alta torre,
Cubierta con un triste y negro velo,
Está la bella Antígone, tebana,
Tierna de edad, de el Rey menor hermana.

Con ella estaba un viejo venerable,
Que un tiempo de el rey Layo fué escudero,
En fortuna infelice ó favorable
Siguro amigo y noble compañero;
A aqueste, que en su estado miserable
Respeta como á padre verdadero,
Viendo tantas banderas tremolando,
Dice así la doncella, suspirando:

«¿Podrán, padre, estas armas y banderas
A Grecia resistir, pues toda viene?
Que si han sido las nuevas verdaderas,
¿Qué fuerza habrá que su furor refrene?
Y porque muchas gentes extranjeras
El Rey mi hermano entre la nuestra tiene,
¿Cuál de tantos pendones como veo
Es el de mi pariente Menesteo?

»¿Cuál es el de Creon? ¿Qué gente guia,
Que tanto ha sido en Tébas celebrada?
Y ¿cuál de tantas es la compañía
De Emon, que á Esfinge lleva en la celada?»
Así la bella Antígone decia
Con lengua ruda y de el temor turbada,
Y el viejo noble, en tanto que ella esconde
Su mal sufrido llanto, así responde:

«Estos mil que con arcos van delante
Son de Tanagria valerosa gente,
Y su gallardo capitan Driante,
Que es su blason el rayo y el tridente,
Es nieto de Orion, bravo gigante,
De Jove y de Neptuno decendiente;
Aquel que, por su mal, con furia insana
Se atrevia á la belleza de Diana.

»No quiera el cielo que de el triste agüero
Efeto desdichado el nieto vea,
Y pues no es de sus culpas hereder
No de el castigo celestial lo sea;
Siguele como á rey, sin el primero,
Un escuadron de Tisbe y de Ocale
Y la gente de Nisa y de Medonte,
Cercadas de un espeso y rico monte.

»Este es Eurimedon, bravo y membrudo,
Para las selvas cazador terrible,
Fiero de talle y de lenguaje rudo,
Y dicen que es su padre un fauno horrible;
Por armas lleva un pino en el escudo,
Y hará con las armas lo imposible;
Que armado no será menos temido
En las batallas que en el monte ha sido.

»Siguen los de Etenon á su bandera,
De peña en vez de muro coronados;
Los que viven de Hile en la ribera
Y los de Eritne, rica de ganados;
La gente de Esquenon es la postrera,
Que labran en los campos celebrados
Donde con libre y voladora planta
Corrió la ligerísima Atalanta.

»Usan para ofender y defenderse,
Cual lo suelen usar los macedones,
De escudos y de picas, que atreverse
Pueden á los mas bravos escuadrones,
Tan gruesas y ñudosas, que al romperse
Se hallan convertidas en bastones;
Armas que, con dos manos bien regidas,
Saben herir y reparar heridas.

»Pero escucha el clamor de los de Onquesta
Y los de Micaleso, sus vecinos,
Que á entrambos enriquece una floresta
Llena de grandes y erizados pinos;
Gente para cualquiera mal dispuesta,
De rostros y de trajes peregrinos,
En paz y guerra osados y insolentes,
Y todos de Neptuno decendientes.

»Con ellos van los que Gargafia cria,
Fuente de Hecate siempre visitada,
Y los que beben la corriente fria
De el claro Mela, á Pálas dedicada,
Y los que el Aliarto húmedo envia
A tierra, por ser muy fértil, desdichada,
Pues nunca ve maduras sus espigas,
Oprimidas con yerbas enemigas.

»Llevan todos ñudosos troncos gruesos,
Que siempre armados van á la ligera,
Y despojada de su carne y güesos,
Por yelmo la cabeza de una fiera;
Estos cinco escuadrones tan espesos
Siguen de Anfion el nombre y la bandera,
Que á ser regidos del tebano vienen,
Porque proprio señor y reino tienen.

»Mira la lira y el insigne toro
Que guarda de su agüelo la memoria,
Ennobleciendo al nieto en campo de oro
De el blason rico la heredada gloria;
Y así, agora guardándole el decoro,
Honrado de él, aspira á la vitoria,
Ofreciendo al peligro el noble pecho
Por este muro que su agüelo ha hecho.

»Tambien los de Olmio y de Helicona santo
Vienen á socorrer la amiga gente,
Y de Permeso, celebrado tanto
Por el divino son de su corriente,
Escucha su agradable y dulce canto,
Rico favor de su famosa fuente;
Y así, parece el escuadron ufano
De cisnes que saludan al verano.

»Id, noble gente, insigne y venturosa,
Que alegres y cantando habeis venido,
Sin miedo á aquesta guerra peligrosa,
Pues buen agüero vuestro canto ha sido;
Id, que memoria dejaréis famosa,
Sigura de las aguas del olvido,
Porque en verso las nueve musas bellas
Subirán vuestra fama á las estrellas.»

De todo daba relacion Forbante;
Mas fué así por Antigone rompida:
«¿Qué hermanos son los dos que van delante,
Que mayor igualdad no vi en mi vida?
De unas armas, de un traje, de un semblante,
De un talle y de una mesma edad florida;
Ya pluguiera á los cielos soberanos
Que esta concordia hubiera en mis hermanos.»

«No son hermanos, respondió; que miente
Esta aparencia de igualdad extraña;
Que padre y hijo son, y eternamente
El uno con el otro se acompaña.
La igualdad ha engañado mucha gente;
Que no eres la primera que se engaña;
Pero escucha, y sabrás un caso extraño,
Que ha sido la ocasion de aqueste engaño.

»De su padre una ninfa enamorada,
Lo llevó, siendo niño, á una espesura,
Y en su fuego la fuerza anticipada,
Recibió de él la fruta aun no madura;
Mas, aunque tal, quedando dél preñada,
Parió un niño de inmensa hermosura,
Traslado natural de el tierno padre,
Para mayor consuelo de su madre.

»Alitreo se llamó, y apresurando
El curso de sus años voladores,
Alcanzó los paternos en llegando
De su primera mocedad las flores;
Y así, siempre se fueron igualando
En armas, en vestidos y en colores;
Y viendo que los tienen por hermanos,
Alegres van, en su igualdad ufanos.

»Siguiendo al padre van de Coronea
Trecientos de á caballo, y de Glisanta
Otros tantos al hijo, porque sea
Mayor la admiracion de igualdad tanta;
En una rubio trigo se desea,
De Baco en otra la dichosa planta;
Mas siempre á aquella Céres enriquece,
Y Baco siempre á estotra favorece.

»Pero vuelve á mirar hácia esta parte
Carro y caballos del famoso Ipseo,
Y los que van siguiendo su estandarte,
Que rayos han de ser del campo aqueo;
Insigne capitan, tebano Marte,
Que armando el noble pecho, nunca veo
En su espalda armadura por defensa,
Porque morir y no volverla piensa.

»Con siete vueltas del pellejo crudo
De un viejo toro al yugo nunca asido
Hizo para cubrirse un grande escudo
Con tres planchas de hierro guarnecido;
Su lanza él solamente usarla pudo,
Pues en fuerzas á todos ha excedido,
Porque es un tronco de grandeza tanta,
Que honró la selva en tanto que fué planta.

»Jamás á aquesta arroja que no hiera,
Ni hiere sin quitar luego la vida;
Que es el mas duro acero blanda cera,
Pues no hay alguno que su entrada impida.
Cuéntase de él que Asopo en su ribera
Lo engendró en una ninfa, que exprimida
Por fuerza fué de el engañoso amante;
Y así, es el hijo al padre semejante.

»Que no menos furor tiene en la guerra
Que el padre, cuando crece, y tanto abraza,
Que hasta que en el ancho mar se encierra
Cuantas puentes encuentra despedaza;
O el que mostró cuando dejó la tierra
(Para tanto furor pequeña plaza)
Y subió á hacer guerra al mismo cielo,
Lleno de admiracion dejando al suelo.

»Que una hija se cuenta que tenia,
Llamada Egiria, de beldad inmensa,
A quien, estando léjos de él un dia,
Jove forzó y al padre hizo ofensa;
Y así, salió de su caverna fria
Con tal furor (porque vengarse piensa),
Que subió, habiendo montes de agua hecho,
Sobre las nubes con helado pecho.

»No era ni aun á los dioses permitido
Hacer injusta fuerza á las doncellas,
Y así Asopo, en sus aguas atrevido,
Hasta el cielo llegar quiso con ellas;
Y con ser solo, y sin haber tenido
A quien pedir favor en las estrellas,
Amenazando al cielo airado sube,
Sin que pueda estorbarlo alguna nube,

»Hasta que Jove su furor refrena
Con los truenos y rayos que usó en Flegra,
Que aun hoy ve las cenizas en su arena
Y en la memoria de su mal se alegra;
Y todavía soberbio en tanta pena,
Entre llamas exhala niebla negra,
Con que obscurece el sol y el cielo ofusca,
Y así de nuevo su venganza busca.

»Tal será el hijo en esta guerra lleno
De los mismos furores heredados,
Si con Jove el amor de Egina es freno
Para que olvide enojos ya vengados;
Siguenle los de Iton y Alalcomeno,
Entrambos á Minerva dedicados,
Adonde muchas veces se entretiene;
Que allí sus coros hace y templos tiene.

»Pasan tambien con él los de Midea
Y de Arne, eternamente humedecida;
Los que en los montes fértiles de Grea
Siembran y los que labran en Aulida;
Los que en los verdes campos de Platea
Pasan alegre y regalada vida,
Y los que de Petona la dureza
Rompen arando y doman su aspereza.

»Los que gozan de Euripo en la espaciosa
Tierra, que azota una y otra villa,
Y los soldados de Antedon, famosa
Ciudad que de este mar está á la orilla,
Adonde está la yerba milagrosa
Por quien la nunca vista maravilla
En sí vió Glauco, de Antedon vecino,
Un tiempo pescador, ya dios marino.

»Que apenas la gustó, cuando en su frente
Color azul en su cabello mira,
Y saltando en las aguas de repente,
Se asombra de sus piernas y se admira;
Hondas usan aquestos solamente,
Mas tales, que no tanto un arco tira,
Porque vuelan sus piedras de manera,
Que alcanzaran la flecha mas ligera.

»De sus tierras tambien envió Cefiso
Los duros y robustos moradores,
Que apenas de la guerra oyó el aviso,
Cuando el campo dejó sin labradores;
Y nos diera tambien á su Narciso,
Si no estuviera convertido en flores;
Y así, el padre infelice en sus orillas
Al hijo baña en flores amarillas.

»Vuelve á mirar el escuadron febeo;
Mas ¿quién la gente contará que viene
De Fócida, de Aulido y Panopeo,
Y quién habrá que tanta gente ordene?
Cipariso y el valle Labadeo
Y Ampolin, que una peña encima tiene,
Desiertos imagino se quedaron,
Segun la mucha gente que enviaron.

»Vinieron los de la alta Enemogea,
Los de Coricia el bosque se han dejado,
Sola ha quedado la region Cirrea,
Y sin gente el Parnaso celebrado;
Vino la de la sierra de Lilea,
Que es nacimiento de el céfiro helado,
Donde el fiero Piton en la agua fria
Vencer la sed y su calor solia.

»En sus banderas lleva aquesta gente,
En honra de su dios y su memoria,
Divisas una de otra diferente,
Testigos todas de su antigua gloria;
Uno á Ticio, otro lleva la serpiente
Que fué de Apolo la mayor vitoria;
Otro las flechas, de quien tiembla el suelo;
Otro el verde laurel, y alguno á Delo.

»El bravo Hito aquesta gente guia,
Cuyo padre Naubolo agora ha muerto,
Güésped de Layo cuando Dios queria,
Y algunas veces su cochero experto;
Y aun lo fué aquel amargo y triste dia
Cuando vi sin cabeza, el pecho abierto,
Al infelice Rey. ¡A Dios pluguiera
Que yo tambien allí con él muriera!»

Con la memoria de tan gran caida
El triste viejo desmayóse tanto,
Que la voz con sollozos impedida,
El rostro humedeció con largo llanto;
Sobre su pecho Antígone afligida
Le hizo recostar, llorando en tanto,
Y vuelto en sí de aquel dolor prolijo,
Así, de nuevo suspirando, dijo:

«¡Oh mi cuidado y gloria postrimera,
Por quien me huelgo de alargar mis años;
Y quizá para ver antes que muera
Otras maldades y mayores daños,
Hasta que el cielo esposo darte quiera,
Ya libre de infortunios tan extraños,
Entonces dé la parca dilatada
Alegre fin á mi vejez cansada!

»Que no es bien que mis años adelante
En viendo el dulce fin de mi cuidado;
Mas ¡oh cuántas banderas van delante,
Que sin saber sus dueños se han pasado!
Ni te he dicho los dos hijos de Avante,
Ni á Cromio, el gran tebano, te he mostrado,
Y ya delante van, y no hemos visto
El capitan y gente de Caristo.

»Los de Egas y de la alta Coronea
Muy adelante van, y al fin, en vano
Cansada vista distinguir desea,
Si está apartado, al güésped del tebano;
Mas ya acabó el alarde, y ya rodea
Su gente y la extranjera el Rey, tu hermano,
Y ya el silencio con el dedo encarga;
Mira la gente que á escucharlo carga.»

Esto dijo á su Antígone querida,
Cuando el tebano rey, en alto puesto,
Alzó la voz con alma agradecida,
Y á los reyes del campo dijo aquesto:
«Príncipes valerosos, que la vida
Ofreceis al peligro manifiesto,
De vuestra natural piedad movidos,
Que no con ruegos ó interés traidos,

»Y á quien de buena gana obedeciera,
Hecho soldado, á Tébas defendiendo,
Si alguno el cargo recibir quisiera
Que estoy agora á todos ofreciendo;
No os junté aquí porque animaros quiera,
Honra, premio y vitoria prometiendo,
Pues sobrado valor y ánimo tiene
El que con libre voluntad se viene;

»Ni para daros gracias y loores
Por haber acudido á mi defensa,
Pues gracias, alabanzas y favores
No fueran suficiente recompensa;
Los dioses han de ser los premiadores
De esta insigne piedad, que ha sido inmensa,
O vuestras proprias manos, que el castigo
Darán, cual lo merece el enemigo.

»Conmigo á defender habeis venido
Una antigua ciudad, vecina vuestra,
Con quien eternamente habeis tenido
Verdadera amistad, cual hoy se muestra;
El que nos hace guerra aquí ha nacido,
Y es tambien hijo de la patria nuestra,
Que no es extraño, ó vienen sus pendones
De vencer y robar otras naciones.

»Al fin, quien á asaltar á Tébas viene,
De extraña gente capitan ufano,
Aquí su madre y sus hermanas tiene,
Aquí su padre y aun aquí su hermano;
Y ¡que todo esto junto no refrene,
Fiero enemigo, tu furor insano!
¿Con agüeros tan tristes haces guerra
A tu rey, á tu sangre y á tu tierra?

»La Aonia toda en mi defensa veo,
Que de su voluntad quiere ayudarme,
Que estabas loco y te engañó el deseo
Si solo imaginaste de hallarme;
De estos, primero que con odio feo
Quisieras á las armas provocarme,
Y antes que desplegaras tus banderas,
Saber el pecho y la intencion debieras.

»El cetro que pretendes y te niego
Todo el reino lo estorba, y no consiente
Que te dé la corona, y vienes ciego
Si quitármela piensas fácilmente.»
Aquesto dijo solamente, y luego
Comienza apriesa á repartir su gente
Y á concertar infantes y caballos,
Dando armas á extranjeros y á vasallos.

»Parte de el muro á la defensa pone,
Y de la mas robusta y mas osada
Mangas ordena y batallon compone
Con la animosa frente mas armada;
Todo así lo previene y lo dispone,
Cual pastor que levanta la manada,
Y en bordando al oriente la alba bella,
Partir á otra region quiere con ella.

»Pone en la frente, como mas osados,
Los padres, y delante al que los guia,
Otros detrás y algunos á los lados,
Y en medio las ovejas y la cria;
Y él á los cabritillos, ya cansados,
Lleva en sus brazos hasta que entra el dia,
Y ayuda á las paridas y preñadas,
Ya con las llenas ubres fatigadas.

En tanto el engañado campo griego,
Que el fingido rumor por cierto tiene,
La noche y dia sin algun sosiego,
Armado siempre, caminando viene,
Sin pararse jamás, de furor ciego,
Que la comida apenas lo detiene,
O el breve sueño; tal efecto ha hecho
La gran ira que hierve en cada pecho.

Siempre, cual si huyeran, van corriendo,
A pesar de prodigios y de agüeros,
Que con voz muda, la verdad diciendo,
Publicaban los hados venideros;
Grandes arroyos hácia tras volviendo,
Mill mónstruos, fieras, aves y luceros,
Todos daban avisos á la tierra
Del triste fin de la infelice guerra.

Truena Jove y con rayos resplandece,
Las obscuras cavernas dan bramidos,
La humilde tierra tiembla y se estremece,
Las fieras y las aves dan aullidos;
Cada templo cerrado se aparece,
Y oyen dentro rumores nunca oidos,
Y el mismo cielo, que á piedad se mueve,
Ya duras piedras y ya sangre llueve.

Los cuerpos á sus túmulos dejaron,
Y corrillos de agüeros, ya olvidados,
Por las calles y campos encontraron
Llorando con gemidos mal formados;
Cirra y otros oráculos callaron,
Y Eléusis en los meses nunca usados
Hizo con el furor de sus mujeres
Nocturna fiesta y sacrificio á Céres.

En Arcadia por montes y por llanos
Ladrar de noche á Licacon oyeron,
Y los de Esparta entre los dos hermanos
Rota la paz en cada templo vieron;
Espantados de Enomao los pisanos,
Rigiendo su carro, á la ciudad huyeron,
Bramó Aquebo con uno y otro cuerno,
Y á la Acarnania dió temor eterno.

El Inaco gimió con rumor tanto,
Que asombró la comarca y labradores,
Y de el tebano Palemon el llanto
Oyeron los de el Istmo pescadores;
Vióse de Juno el simulacro santo,
En Micénas trocado de colores,
Y sudando la estatua de Perseo,
Como sintiendo el mal del campo aqueo.

Esto el argivo campo escucha en vano,
Que bélico furor de cada pecho,
Sordo á la voz de el cielo soberano,
De mónstruos y prodigios burla ha hecho;
Sin miedo, en fin, al término tebano
Llegan por el camino mas derecho,
Mas llegando de Asopo á la ribera,
Se paró á su pesar cada bandera.

O ya nube en los montes sacudida,
O ya aumentase el arco su corriente,
O de su mismo natural movida,
Juntase todo su caudal la fuente,
Grande bajó con súbita avenida,
Por detener á la enemiga gente,
Y bañó el temeroso campo amigo,
Refrenando el furor del enemigo.

Mas de esto Hipomedonte avergonzado,
A su caballo el acicate arrima,
Y con él á las aguas se ha arrojado,
Sin miedo que el raudal su curso oprima;
De tanto hierro el animal cargado,
Apenas puede sustentarse encima;
Y luego Hipomedonte, en medio puesto,
El rostro volvió atrás y dijo aquesto:

«Pasad, que este es el vado mas siguro
Y el camino de Tébas en efeto,
Adonde el enemigo rey perjuro
Presto verá sus torres en aprieto;
Que yo las puertas del cerrado muro,
Porque podais entrar, abrir prometo.»
De esto corrido el campo y de ira ciego,
Al agua sin temor se arroja luego.

Tal suele á la ribera de algun rio,
A quien dieron caudal por ensancharse
Las avenidas del invierno frio,
Vacada grande alguna vez pararse,
Que de el temor acobardado el brio,
No hay quien ose á las aguas arrojarse,
Pareciéndole al toro mas osado
Léjos esotra orilla y hondo el vado;

Mas cuando el capitan de la manada
Deja desde un ribazo la ribera,
La mas tímida vaca es mas osada
Para arrojarse al agua la primera;
Ya les parece blanda y sosegada
La que tan brava y tan dificil era,
Mas bajo el vado, y que el raudal se humilla,
Y no tan apartada esotra orilla.

Habiendo ya el ejército pasado,
Y dejando de Asopo las arenas,
Brevemente llegaron á un collado
Que descubre de Tébas las almenas;
Para alojar un campo acomodado,
Por ser la entrada y la salida llenas
De peñas altas, en lugar de muro,
Que hacen el lugar fuerte y siguro.

Poco trabajo necesario ha sido
Para fortalecer lo que natura
De tal manera lo ha favorecido,
Que de cualquier asalto lo asigura;
De un foso, acaso hecho, está ceñido,
Y de un pinar antiguo la espesura,
Tambien nacido acaso, lo rodea,
Porque mas fuerte y mas siguro sea.

Y si algo le faltaba, brevemente
Suplieron ellos con industria y arte,
Y aquí á su gusto se alojó la gente,
Centinelas puniendo en cada parte;
Y estando ya del mundo el sol ausente,
Cesó el estruendo y el furor de Marte,
Y derramó su olvido y su reposo
Sobre la gente el sueño poderoso.

¿Quién contará la confusion que tiene
Tébas aquesta noche y sus temores,
Mirando el campo que á cercarla viene
Y oyendo sus trompetas y atambores?
No hubo allí sueño alguno que refrene
Importunos cuidados veladores,
Pasóse sin dormir la noche fria
Con el temor de el venidero dia.

Requieren la muralla y cada torre
Y el noble alcázar, celebrado tanto,
Que no habrá tiempo tan veloz que borre
La fama de Anfion y de su canto;
Turbado el vulgo, á cada parte corre,
Lleno de confusion, de pena y llanto,
Que ya parece flaco el fuerte muro,
Y de antiguo, el alcázar no siguro.

Miran tanta bandera tremolando
Y en torno de las tiendas tanto fuego,
Y con temor sus fuerzas apocando,
Mayor se les antoja el campo griego;
Turbados á los templos van llorando,
Sube de cada altar el humo ciego,
Y mientras vino en ellos se derrama,
Quién llama á Baco y quién á Marte llama.

Cuál se despide de la amada esposa,
Y cuál reparte en vida su hacienda,
Y con alma adivina y temerosa
Sus obsequias cercanas encomienda;
Y aun en el mismo sueño no reposa
Quien duerme, que no hay sueño que no ofenda;
Pues los ojos alguno apenas cierra,
Cuando ensueña algun caso de la guerra.

Crecen las ansias y el temor de suerte,
Que hacen que la vida se aborrezca,
Y con la confusion del miedo fuerte,
Ya temen y ya ruegan que amanezca;
Megera, con las sombras de la muerte,
Con dos sierpes añide al fuego yesca,
Ya las sacude en una y otra torre,
Y ya con ellas por el campo corre.

Al uno representa al otro hermano,
A ambos al padre, que en dolor eterno,
Sin ver la luz de el cielo soberano,
Gime de el reino triste el mal gobierno;
Y así, con rabia y con furor insano,
Invocando las furias del infierno,
Como el son oye de la guerra agora,
Sus ojos pide y su desgracia llora.

Ya de la nueva luz del sol huia
La noche, con tinieblas importuna,
Y iba apocando el temeroso dia
Las estrellas, que apenas se ve alguna;
Ya con su nueva lumbre obscurecia
Entrambos cuernos á la blanca luna,
Y el mar, que con los rayos resplandece,
Hecho escaño de el sol, se ensoberbece;

Cuando Yocasta con horror y espanto,
Con los blancos cabellos esparcidos,
Y los ojos, de haber llorado tanto,
Ya sin luz, retirados y escondidos,
Cubierta de un obscuro y triste manto,
Flaca, dando sollozos y gemidos,
A las puertas llegó de el campo argivo,
Mostrando un ramo de amarillo olivo.

Cual una de las furias infernales,
La mas antigua de las tres, que airada
Sale con grande majestad de males
Alguna vez de la infernal morada;
Tal allegó de el campo á los umbrales,
De sus dos bellas hijas rodeada,
Que, aunque de edad mejores, su belleza
Se ve afligida con igual tristeza.

Cada cual por su parte le sustenta
Los miembros que el furor le precipita,
Y allí, á pesar de su vejez, se alienta,
Aunque su edad no tanto le permita;
Así al campo enemigo se presenta,
Llama luego y la entrada facilita,
Mostrando el pecho y rostro descompuesto,
Y con voz temerosa dijo aquesto:

«Dejadme entrar, oh griegos, que no viene
Quien os pueda ofender con mano dura;
Mujeres somos, y quizá os conviene
Mi entrada á tal sazon y coyuntura;
Que, aunque enemigo, en este campo tiene
Gran parte aqueste vientre sin ventura,
Y para que sepais la que en él tengo,
Madre soy de esta guerra, y de paz vengo.»

Su vista causó espanto al mas osado,
Pero mayor su voz, aunque afligida,
Y habiendo un mensajero al Rey llegado
Que el aviso le dió de su venida,
Vuelve al punto con paso acelerado,
Mandando que el entrar nadie le impida;
Y así luego, seguida de la gente,
Pasa entre las espadas libremente.

Y habiendo adonde estaba el Rey venido,
Furiosa levantó un clamor horrendo,
Y su furor, en llanto convertido,
Alzó la airada voz, así diciendo:
«¿Dónde está el enemigo que he parido,
Con quien mi perdicion nació en naciendo?
¿Debajo de cuál yelmo, oh capitanes,
Hallaré al hijo autor de mis afanes?»

Al punto el hijo, en lágrimas deshecho,
Lleno de admiracion, de amor y espanto,
Con humildad la abraza, y baña el pecho,
Mezclando el de su madre con su llanto;
Ya las hermanas con abrazo estrecho
Y ya enlaza á la madre, y entre tanto,
«Madre,» le dice, y el piadoso nombre
Hace que mas se enoje y mas se asombre.

Y así, airada, lo aparta con la mano,
Diciendo: «¿Por qué finges, enemigo,
Aquese nombre venerable en vano,
Y viertes blandas lágrimas conmigo,
Si ya eres rey argivo, y no tebano,
Y no vienes á verme como amigo?
Por qué abrazas la madre aborrecida
Con pecho armado y alma endurecida?

»¿Tú eres aquel que, pobre, en tierra ajena
Andabas desterrado y peregrino,
El que lástima tanta y tanta pena
Dabas con el rigor de tu destino?
¿Qué armado agora vienes, y qué llena
Tienes de ricas joyas y oro fino
A cada lado la armadura fuerte,
Y qué de gente acude á obedecerte!

»¡Ay madres miserables, cuántos dias
Con vosotras lloré su desventura,
Y desvelada qué de noches frias
Me tuvo su destierro y suerte dura!
Si acaso de mis lágrimas te fias,
Y mi amor y palabra te asigura,
Vén conmigo entre tanto que suspensa
Tiene la guerra mi piedad inmensa.

»Yo, que tu madre soy, lo mando y ruego;
Verás los templos que han de arder primero
Que los vuelva en ceniza helada el fuego
De tantas iras y de tanto acero;
Vén, y verémos á tu hermano luego;
¿Por qué vuelves atrás el rostro fiero?
A tu hermano verémos, que conmigo
No te ha de recibir como enemigo.

»Y pedirásle el reino mal negado,
Y quizá por haberte visto ausente,
Y yo seré el juez no apasionado,
Pues soy madre de entrambos igualmente;
Que, cuando pertinaz y porfiado,
Quiera contigo ser tan inclemente,
Que no te deje en paz la amada tierra,
Con mas razon prosiguirás la guerra.

»¿Temes de madre propria algun engaño?
No tanto la piedad y la justicia
Han faltado de Tébas, que en tu daño
De mí se pueda presumir malicia;
No en mi desamor cabe tan extraño,
Ni pudieras temer tal injusticia
Y una crueldad tan bárbara, aunque fuera
El mismo Edipo el que por tí viniera.

»Caséme al fin con él, mi esposo ha sido,
Y los dos hijos sois de mis errores,
Y aunque tales, amor os he tenido,
Y disculpo tambien vuestros furores;
Pero si aqueste amor con que he venido
No te puede ablandar, si mis dolores
Te agradan y te alegran mis enojos,
El triunfo yo te traigo y los despojos.

»Atrás las manos ata á tus hermanas,
En duros hierros pon sus manos bellas,
Que tus captivas son, pues son tebanas,
Y échame una cadena á mí con ellas;
Y si es pequeño el triunfo de mis canas,
Para hacer mayores mis querellas,
Con que agora á las suyas me anticipo,
Trairé tambien al miserable Edipo.

»A vosotros mi llanto y mis gemidos
Vuelvo, oh griegos insignes, porque entiendo
Que en la patria dejais hijos queridos,
Padres y esposas, que estarán gimiendo;
Y estos mismos suspiros encendidos,
De la dudosa guerra el fin temiendo,
Se escucharán en cada casa agora;
Que este peligro allá tambien se llora.

»Si el poco tiempo que lo habeis tratado
Le habeis cobrado amor, que eterno sea;
Yo, que su madre soy, que lo he criado
A aqueste pecho, que su bien desea,
¿Podrélo aborrecer? No tal pecado
De la madre mas bárbara se crea;
Mis entrañas os pido y sangre mia;
¿Dónde esto de una madre no se fia?

»¿A qué mónstruos tan fieros y inhumanos
No moverá el amor en que me fundo?
¿Qué gentes tan incultas, qué tiranos
Negarán esto á mi dolor profundo?
No odrisios, aunque bárbaros, no hircanos,
O si otros mas feroces tiene el mundo;
Si mi dolor vuestra dureza ablanda,
Oh reyes, consentid en mi demanda;

»O licencia me dad para que muera
En aquestos abrazos regalados,
Antes que el fin de aquesta guerra fiera
Vean mis ojos, de llorar cansados.»
Así dijo; y su voz en blanda cera
Volvió los corazones mas helados,
De suerte que sus lágrimas piadosas
Bañaban ya las armas rigurosas.

Cual suelen vez alguna los leones,
Que con rabia y furor despedazaron
Armas, perros, caballos y varones
Que acometerlos en el monte osaron,
Ablandar los airados corazones
Cuando el estrago y mortandad miraron,
Y con ira menor, piadosamente
No osar comer de la vencida gente;

Así los griegos, á piedad movidos,
Iban los corazones ablandando,
Y con piadoso llanto enternecidos,
El amor de las armas olvidando;
Y dando mil sollozos y gemidos,
Ya humilde las hermanas abrazando,
Ya besando la madre, está dudoso
Entre ellas el tebano congojoso.

Ya parece que el reino amado olvida,
Que obedece á la madre, y su deseo
Quiere cumplir y aventurar la vida,
Y no lo estorba el noble rey aqueo;
Mas, como está la injuria recibida
Tan fresca en la memoria de Tideo,
En medio puesto, «A mí, dijo, primero
Ofreced á las armas del rey fiero;

»A mí, que de la fe del rey tebano
Hice con daño suyo la experiencia,
Con ser embajador, y no su hermano,
Ni de este reino pretender la herencia;
Mirad en este pecho, apenas sano,
La paz, la fe, el amor y la clemencia,
La amistad, la justicia y el siguro
Que se puede esperar de un rey perjuro.

»¿Dónde estabas, oh madre tan piadosa,
Que con la mal sigura paz nos cebas,
Aquella noche horrible y temerosa
Que tuve el hospedaje rico en Tébas?
A ciudad, aunque patria, cautelosa
¿Con tal peligro al proprio hijo llevas?
Llévalo al campo, aun lleno todavía
De güesos vuestros y de sangre mia.

»Y ¡tú la seguirás muy confiado!
¡Oh demasiadamente blando y justo,
Y mucho de los tuyos olvidado!
Véte, síguela en paz y haz su gusto;
Que al tiempo que de espadas rodeado
Te halles en poder de el Rey injusto,
Aunque llore tu madre, grande parte
Sus lágrimas serán para librarte.

»¿Piensas que, si una vez dentro de el muro
Te ve á su gusto y voluntad sujeto,
Que al campo argivo has de volver siguro?
Mal piensas, y te engañas en efeto;
Primero, sacudiendo el hierro duro,
Aquesta lanza que en mi mano aprieto
Llena de hoja y flores podrá verse,
Y nuestro Aqueloo hácia atrás volverse.

»Y si quiere hablarte, y si procura
Con la debida paz algun concierto,
Aquí tendrá la entrada mas sigura
Y aquí hallará siempre el campo abierto;
Venga él, y si de mí no se asigura,
Por ser ya su enemigo descubierto,
Luego me voy y su intencion abono,
Y mi sangre y heridas le perdono.

»Con sus hermanas y su madre venga,
Porque lo favorezcan con su llanto;
Salga de la ciudad, no se detenga,
Que ya digo que ausente estaré en tanto;
Mas cuando efeto su venida tenga,
Y haciéndote rey, se humille tanto,
¿Has de volverle el reino que deseas
Despues que un año breve lo poseas?»

Así dijo; y el campo ya trocado,
Muda de pareceres y de intento,
Y corrido de haberse así ablandado,
Vuelve otra vez á su furor exento;
Tal si contra Aquilon el Austro airado
Sopla, todo se trueca en un momento,
Obscurécese el sol, retumba el suelo,
Súbese el mar alborotado al cielo.

La infernal furia que atizado habia
El furor nuevo que la paz destierra,
Asiendo la ocasion que pretendia,
Dió principio á las iras de la guerra;
De Dirce en la ribera cada dia
Andaban, respetadas de la tierra,
Dos mansas tigres, que otro tiempo fueron
Las que en su carro á Baco le sirvieron.

El cual, domado el indo Gánges frio,
Y habiendo ya triunfado de el Oriente,
Despues que con el carro no vacío
Ufano vencedor volvió á su gente,
En las selvas del uno y otro rio
De los aonios campos libremente
Dejó las tigres que le habian traido,
Premio por sus servicios merecido.

De su ira natural muy olvidadas,
Libres andaban por el campo ufano,
Las pacíficas frentes adornadas
Con bellísimas flores del verano;
Que de las bacanales respetadas
Y de su mismo sacerdote anciano,
Para su adorno procuraban flores,
Varias de olor y varias de colores.

Ya de yedra y de pámpanos tejidas,
De rosas, de azucenas y claveles,
Llevan coronas ricas, ya ceñidas
Con rojas cintas las manchadas pieles;
De el mismo campo amadas y queridas,
Viendo que en él no saben ser crueles,
Y aun el ganado las respeta y ama,
Y en torno de ellas el novillo brama.

De cualquier mano su manjar reciben,
Y su favor lamiéndola agradecen,
Y boca arriba echadas, se aperciben
Para el vino tambien que les ofrecen;
Siempre en las selvas en descanso viven,
Y si en Tébas alguna vez parecen,
Dirán que el mesmo Baco es el que viene,
Sigun el gran placer que el pueblo tiene.

Abrese cada casa, y en cualquiera
Huelgan de recibirlas, y entre tanto,
Como si el mesmo Baco allí estuviera,
Sube de cada altar el humo santo;
Viéndolas pues de Dirce en la ribera,
La infernal furia con horror y espanto
De suerte las hirió, que el dolor fiero
Volver les hizo á su furor primero.

No conocidas en el campo griego,
Cual dos rayos que á un tiempo arroja el cielo,
Y con igual, aunque distinto fuego,
Bajan con ira y presuroso vuelo;
Así, llenas de rabia y furor ciego,
Corren airadas el amado suelo,
Con un mismo rigor y de una suerte,
Hiriendo, atropellando y dando muerte.

Del adivino de Argos al cochero
Dan muerte con rigor y furia brava,
Que atrevido, á pesar de un triste agüero,
Sus dos caballos á beber llevaba;
Huye cada caballo tan ligero,
Que dijeran de léjos que volaba,
Que al viento el veloz Ida y Atamante
Lo suelen alcanzar si va delante.

Como las vieron desde el campo aqueo,
Y de las tigres el estrago horrible,
Atrevido tras de ellas Aconteo
Sale, que detenerlo fué impusible;
Era gran cazador, y por trofeo
Tuvo seguir la fiera mas terrible,
En los montes de Arcadia conocido,
Y no menos ligero que atrevido.

De dardos prevenido, va siguiendo
A las dos fieras, que al amado muro,
Cansadas de correr, iban huyendo,
Como á lugar y albergue mas siguro;
Mas él un dardo y otro sacudiendo,
Hace que les alcance el hierro duro;
Y así, cuando llegaron á las puertas,
De sangre y de sudor iban cubiertas.

Por muchas partes con rigor heridas,
Los dardos arrastrando, al fin llegaron
Dando gemidos, y al rendir las vidas
A la tebana puerta se arrimaron;
Y apenas son en la ciudad oidas,
Cuando todos así se alborotaron,
Que no mayor rumor se levantara
Si en la ciudad el enemigo entrara.

Quisieran mas que el tálamo de Alcmena,
El de Harmonia ó de Sémele cayera,
Y no Tébas tomara tanta pena
Si cada casa y cada templo ardiera;
Clama la gente al cielo, de ira llena,
Porque su dios aquella afrenta oyera,
Y estando ya sin dardos Aconteo,
Corre á vengarlas el bacanal Tegeo.

Con la desnuda espada va el tebano,
Y los de Arcadia, que el peligro vieron,
Desordenados, con furor insano,
En gran tropel á socorrerlo fueron;
Mas fué el socorro y su favor en vano,
Que ya al tebano dios, cuando acudieron,
Sacrificado el mísero yacia
Sobre las tigres que herido habia.

Al punto se alborota el campo griego,
Y acudiendo el Senado al gran estruendo,
Con sus dos hijas la tebana luego
Entre los enemigos va huyendo;
Y el que mas blando estuvo, de ira ciego,
Las hace á rempujones ir corriendo;
Y viendo tan conforme á su deseo
La presente ocasion, dice Tideo:

«Id, griegos, y esperad la paz agora,
Que esta es la fe que el Rey os prometia;
¿Aun su maldad no dilatara un hora
Mientras su madre aquí se detenia?»
Así dijo; y su espada vengadora
Sacó, y de nuevo á Tébas desafia,
Llama á su gente, y lleno de ira y fiero,
Llega á los enemigos el primero.

Salen en gran tropel de cada parte,
Y un gran clamor de entrambas se levanta,
Y con las iras y el furor de Marte
El un campo y el otro se adelanta;
Mas, revueltos, sin órden y sin arte,
Tal es la confusion, la priesa tanta,
Que ni el soldado al capitan espera,
Ni el proprio capitan á su bandera.

Corren sin apartarse las naciones
Entre la amiga y la enemiga gente,
Los carros, los caballos, los peones,
El vulgo y capitanes igualmente;
No hay quien pueda formar los escuadrones,
Que en vano se fatiga el mas prudente,
Y con el gran rumor se lleva el viento
La voz del capitan y del sargento.

De ambas partes la sangre el campo riega,
Y mezclándose argivos y tebanos,
Tan apretada está la gente ciega,
Que apenas se conocen los hermanos;
Tales están, que el que á la postre llega
Halla luego enemigos á las manos,
Léjos se quedan las trompetas fieras,
Y atrás los estandartes y banderas.

Tanto con poca sangre en un momento
Crecen de el fiero Marte los furores;
Así comienza alguna vez el viento,
Que apenas mueve las menudas flores;
Pero creciendo con furor violento,
Con mayor libertad y iras mayores,
Troncos derriba y selvas despedaza,
Y en los montes espesos hace plaza.

Agora, diosas de Helicona santo,
Favor os pido y vuestro nombre imploro,
Pues no guerra extranjera agora canto,
Sino vecina á vuestro santo coro;
Testigos sois al fin de furor tanto,
Pues Marte entonces os perdió el decoro,
Que vistes su rigor, y vuestras liras
Callaron al horror de tantas iras.

A Pterela, un tebano, que atrevido
Encima de un caballo desbocado,
Mal obediente al freno, habia corrido
Aquí y allí con libertad llevado,
Tideo á su pesar lo ha detenido,
Que á su mismo caballo lo ha enclavado
Con una lanza, y ya de muerte lleno,
Suelta la suya y deja libre el freno.

El herido animal huye ligero,
Y con la nueva libertad se aleja,
El dueño encima y dentro el duro acero,
Que dentro pesa mas y mas le aqueja;
Tal muerto alguna vez centauro fiero,
Sobre su misma espalda caerse deja,
Llevándose la humana forma fria
Medio animal aun vivo todavía.

A Perifanto, que atrevido quiere
Señalarse, da muerte Meneseo,
A Sibarin Hipomedonte hiere,
A Itis hace morir Partenopeo;
Con una lanza atravesado muere
De parte á parte Perifanto aqueo,
Sibarin con espada rigurosa,
Itis con una jara insidiosa.

Corta el tebano Emon, nieto de Marte
A Ceneo la cabeza, insigne griego,
Y del cuerpo apartada, en otra parte
Buscan los ojos á su cuerpo luego,
A su cabeza la alma, que ya parte
Libre de tanta guerra y tanto fuego,
Mas, triste por dejar en su partida
De el cuerpo la cabeza dividida.

El necio Avante, de cudicia lleno,
Lo despojaba ya, cuando una flecha
Llegó, llena de muerte y de veneno,
Al cudicioso corazon derecha;
Deja al punto su escudo y el ajeno,
Que al que es mortal ninguno le aprovecha,
Y sale de su propria sangre un rio
Sobre el no despojado tronco frio.

¿Quién te ha engañado, oh bacanal Euneo,
Para dejar los bosques y las aras,
El templo y sacrificios de Liceo,
Donde en sigura libertad pasaras?
¿Qué loco pensamiento, qué deseo
Tan fuerte fué que hizo que te armaras?
O ¿á qué enemigo tu cobarde mano
Pensó dar muerte, sacerdote insano?

A su hábito y estado conviniente
Es de el ligero escudo la pintura,
Donde pámpanos puso solamente,
Y entre yedra amarilla uva madura;
Lleva una roja cinta por la frente,
Que los cabellos apartar procura,
Y así van esparcidos á la espalda,
Y sobre ellos de yedra una guirnalda.

Apenas pelo alguno se parece
En sus mejillas, que en edad florida,
A los peligros de la guerra ofrece
La mal lograda y mal sigura vida;
Sobre coraza débil resplandece
Túnica de oro y púrpura tejida,
Con largas y anchas mangas, que á los brazos
Sirven, en lugar de armas, de embarazos.

Un capotón, de lazos de oro hecho,
Lleva, y un rico manto de oro y seda,
Que una esmeralda se lo abrocha al pecho,
Porque del viento defenderse pueda;
Arco y aljaba de ningun provecho,
Aunque en valor á la mas rica exceda,
Que la bordada piel de un lince cubre,
Donde flechas inútiles encubre.

Lleno pues de su dios, si no siguro,
Con este adorno el sacerdote insano
Corre, mas sin usar el hierro duro,
Y dando voces se fatiga en vano.
«Cesad ¡oh griegos! dice, que este muro,
Formado con agüero soberano,
Lo mostró Apolo al tirio peregrino
Con la novilla que de Cirra vino.

»Y para levantarlo de la tierra
Las piedras se vinieron libremente;
No á Tébas le hagais injusta guerra,
Que es soberana y celestial su gente;
Dos nobles hijos en el cielo encierra,
Por todo extremo cada cual valiente,
Que hijos suyos son el gran Alcides
Y el padre Baco, que halló las vides.

»Su suegro es Marte, y Júpiter su yerno,
Y en nuestra ayuda al uno y otro veo,
Que ambos en paz y en guerra su gobierno
Tienen, y favorecen su deseo.»
Así hablaba efeminado y tierno,
Y oyéndolo el soberbio Capaneo,
Con una lanza, á entena semejante,
Viene á herirlo airado y arrogante.

Como leon, que está en amaneciendo
Despierto con furor y hambre nueva,
Y la pereza inútil sacudiendo,
La cama deja y sale de su cueva,
Baja á buscar alguna caza, y viendo
El novillejo que en la frente lleva
Para tanto furor poca defensa,
Corre á hartar en él su hambre inmensa;

Y aunque la presa en otra parte vea,
De el lebrel, de el caballo y de el montero,
Y no de tanto honor estotro sea,
Al novillejo humilde va primero;
Así el bravo gigante, que desea
Dar muerte al sacerdote, airado y fiero,
Con una lanza de ciprés funesto
A él solamente hiere, y dice aquesto:

«Con voces mujeriles y temores
Nos piensas espantar de esa manera,
Y vencer de la guerra los furores,
Y la muerte no ves que ya te espera;
Muere pues, y conoce tus errores,
Y ojalá Baco en tu favor viniera,
Y castigara con osada mano
En él ese furor que te dió en vano.

»Eso á mujeres bacanales canta,
Donde hay menos furor y menos ira.»
Así dijo; y airado se levanta
En los estribos y la lanza tira;
Vuela el duro ciprés con priesa tanta,
Que de escudo y coraza se retira,
Todo lo pasa, y con furor se aleja,
Y abierto el pecho y las espaldas deja.

En la tierra cayó disfigurado,
Y con sollozos despedida la alma,
Dejó el oro con sangre matizado,
Y helado el cuerpo miserable en calma.
Mueres al fin, ah mozo desdichado,
De el fiero matador desigual palma,
Regalo de tu dios, dolor agora,
Que vé tu muerte y tu desdicha llora.

Tu muerte llora Nasos y Timolo,
Tesea y Nisa su desdicha siente,
Tébas se aflige, y llora por tí solo
Mas que por los peligros de su gente.
Llora tambien el siempre helado polo,
El Ródope y el Ismaro inclemente,
Y Gánges por tu muerte lloró tanto,
Que aumentó la corriente con su llanto.

Entre la argiva gente el rey tebano
Pasa, teñido en sangre, armado y fiero,
Y dando muertes con osada mano,
Se arroja á los peligros el primero;
Mas Polinice, su enemigo hermano,
Mueve con menos ira el duro acero,
Haciendo el grande amor que á Tébas tiene,
Que en sus tebanos su furor refrene.

Corriendo por el campo aborrecido,
Por donde va, cual rayo, muerte ofrece
El adivino de Argos ya temido,
Y delante de todos resplandece;
Vuela cada caballo sacudido,
Y Apolo, que en su fin le favorece,
Por hacerlo en su muerte mas famoso,
Lo hace mas osado y riguroso.

Marte, aunque tarde, á ruego de su hermano,
Lo hace duro, impenetrable y fuerte,
Porque ni hierro ni atrevida mano
Pueda jamás preciarse de su muerte;
Un resplandor y rayo soberano
Pone en su escudo y yelmo, y desta suerte
Reserva para el reino inexorable
Un santo entierro insigne y venerable.

Lleno pues de favor y luz divina,
Con que su muerte ve, libre y exento
El campo corre, y todo lo arruina,
Conociendo en su pecho un nuevo aliento;
El sentir á su muerte tan vecina,
Fuerzas le añide y pone atrevimiento;
Ya parece mayor de cuerpo; tanto
Lo trocó de su dios el favor santo.

Jamas gozó de tan alegre dia
Con favores del cielo su alma ufana,
Ni en su pecho jamás sentido habia
Tanto calor de lumbre soberana;
Mejor que nunca adivinar podia,
Pero como su muerte ve cercana,
De sí mismo olvidado, á cada parte
Va lleno de el amor de el fiero Marte.

Del calor nuevo que en su diestra siente,
Goza, y corre soberbio y atrevido
Donde mas apretada ve la gente,
Bien diferente del que siempre ha sido;
Que en paz por ejercicio eternamente
Ablandar los cuidados ha tenido,
Y contrastar del hado inexorable
El curso y la sentencia irrevocable.

El que los desconsuelos y pesares
Siempre curó con celestial prudencia,
Y guardando de Febo los altares,
De él fué enseñado en su divina sciencia,
Y del pájaro libre en los cantares
Conoció de los hados la sentencia,
Olvidado de oficio tan piadoso,
Hace en la gente estrago riguroso.

No viento corrompido ó dura estrella
Hace en el vulgo estrago semejante;
Hiere, destroza, rompe y atropella
A cuantos se le ponen de delante;
Tira una lanza á Flegias, y con ella
En la tierra lo tiende, y á Talante,
Soberbio y de sí mesmo satisfecho,
Le abre con dardo volador el pecho.

Al pasar deja, con el carro armado,
A Cromio por los lomos dividido,
Y al rubio Cremiton al otro lado
Sin piernas en la arena lo ha tendido;
A Fineo con un dardo muerte ha dado,
Con otro á Sage el pecho le ha rompido,
Y con igual rigor la muerte á Egía
En otro dardo volador envia.

Dió muerte á su pesar á Licoreo,
Que era de Apolo sacerdote ufano,
Y así culpa, aunque tarde, su deseo
De haberle muerto arrepentido en vano;
Pero no vió la venda y santo arreo
Hasta que habia salido de la mano
El dardo fugitivo, que en el seno
El hierro le escondió, de muerte lleno.

De una pedrada Alcatao muerto deja,
Que de Caristo en los estanques era
Humilde pescador, y ya se queja
De haber desamparado su ribera;
Hijos dejó y mujer, que mas le aqueja,
Que era hermosa, y verla nunca espera;
Y así, alaba, culpando sus errores,
Los peligros del mar, que eran mejores.

Viendo tal mortandad el fiero Ipseo,
Hijo del bravo Asopo, aunque triunfaba
Con no estrago menor del pueblo aqueo,
Que con igual furor despedazaba,
Menor se le ha antojado su trofeo,
Viendo que el adivino le igualaba;
Y así, porque mayor su fama sea,
Lo llama, lo procura y lo desea.

Con una gruesa lanza, que cortada
Fué en la orilla del padre, armado viene,
Mas la gente, confusa y apretada,
Lo embaraza, lo estorba y lo detiene;
Prueba en fin si de léjos arrojada
Algun efecto venturoso tiene;
Pero primero á su padre aquesto dijo,
Tiniendo en su contrario el rostro fijo:

«Rey de las aguas del aonio suelo,
Famoso y no menor que los gigantes,
Pues tu furor el enojado cielo
Lo reprimió con fuegos semejantes,
Pon en mi lanza el deseado vuelo,
Porque así mis blasones adelantes;
Tu hijo es quien te ruega y se te humilla,
Y ella tambien es hija de tu orilla.

»¿Qué mucho que desprecié á Febo un dia,
Si al mayor de los dioses te atreviste,
Pues la temeridad de mi osadía
Es hija de la inmensa que tuviste?
Su adorno ofrezco á tu corriente fria,
Sin el muerto agorero, adorno triste,
Y las armas tambien; que el premio y gloria
Tú solo has de gozar de esta vitoria.»

Oyó el padre la voz; pero el destino
Hizo, aunque no del todo, el voto vano,
Que por favorecer á su adivino,
Torció la lanza Apolo soberano;
En fin, á su cochero á parar vino,
Y soltando las riendas de la mano,
Muere allí, y con fingido traje nuevo
Ocupa su lugar el mismo Febo.

Al punto los cerrados escuadrones,
Desbaratados con temor y espanto,
Desamparan banderas y pendones,
Sin saber la ocasion de miedo tanto.
La muerte á los helados corazones
Sin heridas alcanza, y entre tanto
Hay duda si en el carro el gran cochero
Peso añide ó lo hace mas ligero.

Tal monte que á los cielos se avecina,
Del agua y de los vientos desatado,
O del tiempo, que todo lo arruina,
Suele al campo bajar precipitado;
Llévase la robusta y dura encina,
Las peñas, los pastores y el ganado,
Y hecho un valle nuevo en su vacío,
Ataja la corriente de algun rio.

No de otra suerte el carro ya ligero,
Gobernado de un dios tan poderoso,
Y cargado tambien de un gran guerrero,
Hace en el campo estrago riguroso;
El mismo dios que sirve de cochero
Dardos le da á la mano, y cuidadoso,
Los que le vienen á herir desvia,
Dándole siempre aliento y osadía.

A Ménalo, de á pié, herido tiende,
Que no por ser humilde le perdona,
Ni Antifo su caballo lo defiende,
Que ya ganó del corredor corona;
Muere Etion, que dicen que deciende
De un fauno y de una ninfa de Helicona,
Y el osado Polites, un tebano,
Infame con la muerte de su hermano.

Muere el injusto Lampo, que atrevido
Quiso forzar á la adivina Manto,
Y á aqueste el mismo Febo lo ha herido,
Porque osó profanar su templo santo;
Y así, habiendo una flecha sacudido
Al pecho, adonde cupo furor tanto,
La muerte le ocupó con rostro feo,
Y echó fuera el sacrílego deseo.

Mas ya están los caballos tan cansados,
Que no hay azote que moverlos pueda,
Y siempre van pisando en ambos lados
Herida gente que muriendo queda;
Solo en humanos miembros desdichados
Tristes surcos imprime cada rueda,
Y entre ellos pueden ya moverse apenas,
De carne y seso y de sangre llenas.

A alguno medio vivo el carro oprime,
Que no para apartarse esfuerzo tiene,
Y con la muerte apresurada gime,
Viendo que el carro encima ya le viene;
El pié cada caballo en sangre imprime,
Y así por fuerza el carro se detiene,
Por estar con los muertos ocupada
La tierra, y cada rueda mas pesada.

En tanto alza del suelo el agorero
Sus dardos y sus lanzas homicidas,
Y teñido con sangre el duro acero,
Deja desocupadas las heridas;
Corre el campo de nuevo osado y fiero,
Gimen tras dél las almas afligidas,
Y al fin, en traje y rostro manifiesto,
Apolo á su adivino dijo aquesto:

«Goza tu luz en la ocasion presente,
En tanto que la muerte irrevocable
Aquesta breve dilacion consiente,
Respetando á mi nombre venerable;
Deja fama que dure eternamente;
Mas ¡ay! que vence el hado inexorable,
Y á revolver la parca no se atreve
El roto estambre de la vida breve.

»Vé pues, oh eternamente deseado
De las elisias gentes venturosas,
Adonde en paz descanses, apartado
De el rigor de las armas enojosas,
Sin que jamás el enemigo hado
O Creonte con leyes rigurosas
Te priven de sepulcro merecido,
Que será á tantos griegos prohibido.»

Responde el agorero, y entre tanto
Descansa del trabajo padecido:
«Ya há mucho, oh venerable padre santo,
Dice, que tu favor he conocido.
¿De qué á los miserables honor tanto
Les puede aprovechar? Y si ya ha sido
De los hados mi muerte establecida,
¿De qué ha servido entretener mi vida?

»De Flegeton, de Estige y de Cocito
Oigo el triste rumor que ver espero,
Y amenazando á un número infinito
Con lenguas tres al infernal portero.
Toma esta venda que á mi frente quito,
Y de laurel los ramos; que no quiero
Llevar conmigo al reino del espanto
(Pues ya fuera maldad) tu adorno santo.

»Solo, si algun favor en mi partida
Merezco, mi venganza te encomiendo,
Y de mi esposa injusta y atrevida
La pena igual á su delito horrendo;
Que si vendió por un joyel mi vida,
Justo es que pague su maldad muriendo;
Y así, cuando de edad mi hijo sea,
Dale el furor que mi dolor desea.»

Dijo; y enternecido, el carro deja
Apolo, y disimula el tierno llanto;
Gimen carro y caballos, y él se aleja,
Dejando en su lugar horror y espanto;
No de otra suerte en medio el mar se queja,
Cuando tiende la noche el negro manto,
Perecedera nao, que espera en vano
La santa luz del uno y otro hermano.

Ya empezaba por todo el horizonte
La tierra poco á poco á menearse,
Sacude su cabeza cada monte.
Tanto, que al parecer quiere arrancarse;
Hierve el polvo, y de Estige y Flegetonte
El gran estruendo comenzó á escucharse,
Y piensan todos que rumor de guerra
Era aquel del infierno y de la tierra.

Crece el temblor, y atónita la gente,
De aquella grande novedad se admira,
Que apenas halla adonde el paso siente,
Que el pié que echa adelante se retira;
Baja el caballo á su pesar la frente,
Y con miedo y horror la tierra mira;
Tiemblan los muros altos, y el Ismeno
De su orilla huyó, de espanto lleno.

Al extraño rumor el campo calla,
Cesan las iras y el furor de Marte,
Y en el estado mismo en que se halla,
La gente se apartó de cada parte;
Así en el mar tal vez naval batalla
Suele cesar, haciendo que se aparte
Piadosa tempestad cada galera,
Que otra batalla diferente espera.

Hace paz el temor, y en un momento
Dejan las armas de la guerra dura,
Y cada cual al enemigo viento
Con otras armas resistir procura;
Tal pues el campo atónito y atento,
Temiendo alguna nueva desventura,
Hincaron, sin osar mirar al cielo,
Las temerosas lanzas en el suelo.

O ya á la tierra carcomido hubiese
Agua oculta de fuente no sabida,
O ya Neptuno revolver quisiese
De el gran mar toda el agua detenida,
O ya la rabia de los vientos fuese
Del centro en las entrañas escondida,
Y quisiese la tierra echarla fuera
Por no sufrir aquella guerra fiera;

O ya fuese que el cielo cristalino
Su máquina pesada reclinase
A aquesta parte, ó ya que al adivino
De aquesta suerte el centro saludase,
O ya á los dos hermanos el destino
Con aqueste prodigio amenazase;
Que á veces los prodigios, aunque en vano,
Avisos son del cielo soberano;

O ya otra fuese la ocasion incierta,
Tembló en efeto cada monte, y luego
Con inmenso rumor la tierra abierta,
Vomitó el hondo abismo un humo ciego,
Y por aquella horrible y ancha puerta
Pudieron las estrellas ver su fuego,
Y las almas tambien que en él habia
El cielo vieron y la luz de el dia.

Los dos caballos, en sudor bañados,
Llegando al márgen de la boca horrible,
Se vieron en un punto sepultados,
Que quisieron saltarla, y fué impusible;
Miró al bajar los cielos estrellados
Al adivino con dolor terrible,
Y armado todo y sin perder el freno,
Al reino decendió, de llanto lleno.

El centro de la tierra tenebrosa
Pasa, y los ojos tristes revolviendo,
Goza de aquella poca luz hermosa
De el sol, que poco á poco va perdiendo,
Hasta que al fin, con alma congojosa,
En obscuro lugar paró gimiendo,
Y volviendo á cerrarse el duro suelo,
Fuera quedó la clara luz de el cielo.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Alborótase el infierno con la bajada del adivino. Pluton manda á las furias acudan á la venganza. Satisfácele Anfiarao, con que templa su enojo. El campo griego queda medroso y alterado viendo cómo se abrió la tierra y tragó al sacerdote. Provoca Balemoro al rey Adrasto á que se vaya. Cuéntale el prodigio del adivino. Los tebanos se regocijan con la desgracia de los griegos. Edipo se alegra. Anímale á que prosiga la vitoria. Adrasto ordena afligido que se dé sucesor al sacerdote. Eligen á Tiodamante, el cual hace sacrificio á la tierra. Salen los tebanos por todas las siete puertas de Tébas. Trábase una cruel batalla. Señálase en ella Tideo. Da muerte á muchos, y entre ellos á Atis, esposo de Ismene. Llévanselo á su esposa casi espirando. Ella hace cruel llanto por su muerte. La furia Tesifon vuelve á atizar el fuego de la guerra. Tideo encuentra á Teócles. Tiene con él batalla. Socórrenle los suyos. Muere Tideo, y en el tránsito mata al que le hirió. Pide se lo traigan delante. Tráenle la cabeza. Véngase mordiéndola, y acaba su vida.

Como al confuso infierno de repente,
Rompiendo el centro de la tierra, vino,
Armado todo desde el pié á la frente,
Por nunca usada puerta, el adivino,
Turbóse el reino de la muerta gente,
Viendo succeso nuevo peregrino,
Dos caballos de Estige á las orillas,
Y un cuerpo nuevo entre almas amarillas.

Que no al fuego, en ceniza convertido,
Ni en urna venerable estado habia,
Mas vivo, caluroso y encendido,
Del calor de las armas decendia,
Y manchadas las armas y el vestido
Con sangre que ya blanca parecia,

. . . . . .
. . . . . .

Ni con llamas Letejo (infernal sito),
Megera, para el mal siempre dispierta,
Lepurgo á la ribera de Cocito,
Por no pasar por la ordinaria puerta,
Ni Ecate en la columna la habia escrito,
Donde suele escribir la gente muerta,
Ni la parca, turbada á aquel ruido,
De su vida el estambre habia rompido.

Fué al fin con priesa y sobresalto roto,
Y aunque el rumor siguros escucharon
De aquel nunca escuchado terremoto,
Los del elisio campo se turbaron;
Y si hay otro algun reino mas remoto,
Donde con otra obscuridad reinaron,
Las sombras de la noche allí lo oyeron,
Y alguna grande novedad temieron.

Al temblar en la tierra cada monte
Con estruendo tan nuevo y prodigioso,
Gimió Estige, Cocito y Flegetonte,
Cada laguna y lago perezoso;
El pálido barquero de Aqueronte
Quejóse de que al reino tenebroso
Haya pasado un alma libremente
Por otro rio en barco diferente.

Acaso en alto tribunal sentado,
Donde á juzgar el triste rey se asienta,
Estaba de los suyos rodeado,
A cada alma pidiendo estrecha cuenta,
Igualmente con todos enojado,
Tanto, que con mirar solo atormenta,
Y en torno dél ministros de sus penas,
Con gran rumor de grillos y cadenas;

Mill muertes diferentes y amarillas,
Por órden, si allí puede haber alguna,
Minos y Radamante en bajas sillas,
Con mas piedad, que al Rey es importuna;
Cocito y Flegeton, cuyas orillas
Vomitan fuego, y la infernal laguna
De los dioses, temida y respetada,
Y por sus juramentos celebrada;

Tres furias y tres parcas sin respeto,
Hilando y devanando libremente
Las vidas de los hombres, y en efeto
Toda la corte estaba allí presente;
Y viendo el negro rey el grande aprieto,
El miedo y alboroto de su gente,
La luz, un hombre vivo y tanto estruendo,
Sacudió la cabeza, así diciendo:

«¿Qué imperio celestial, qué tiranía
Trujo al infierno el enemigo viento,
Vida á la muerte y á la noche dia,
Gloria á la pena y treguas al tormento?
¿Quién me amenaza? Quién me desafia?
¿En mis hermanos hay atrevimiento
Para ofenderme y provocarme á guerra?
Perezca el mundo y rómpase la tierra.

»¿Provocado no soy? ¿quién me detiene?
¿No es dulce para mí la guerra dura?
¿Qué busca Jove, que á herirme viene
En tanta obscuridad con lumbre pura?
Sepultado la suerte aquí me tiene,
Reino que al fin me dió mi desventura,
Lleno de inmenso horror, de luz vacío,
¿Y aun aquesto no quiere que sea mio?

»¿Qué viene á escudriñar ó qué pretende?
Qué prueba hace así de mi paciencia?
Que si ha sido tentarme, y si deciende
Por hacer de mis fuerzas experiencia,
Brevemente verá que á un rey ofende
Que se puede igualar á su potencia;
Que aquí tengo conmigo á los gigantes,
Soberbios, aunque presos, y arrogantes.

»Están los hijos de Titan conmigo,
Y entre ellos nuestro padre desdichado,
Que desea dar á su maldad castigo,
De su injuria y dolor aun no olvidado;
¿Qué me viene á tentar como enemigo?
Y si él está de estrellas rodeado,
¿Qué busca en mis tinieblas ó qué quiere,
Que aquesta obscuridad con lumbre hiere?

»No me rompa mi paz y mi sosiego,
Que abriré el hondo abismo de repente,
Y eclipsará mi obscuro humo ciego
El sol, luna y estrellas igualmente;
Abrasaré la tierra con mi fuego,
Y si Mercurio alado y diligente
Viniere alguna vez con embajada,
Lo echaré fuera y negaré la entrada.

»Y detendré tambien con libre mano,
Pues me ha sido tan mal agradecido,
A los hijos de Tindaro, aunque en vano
Me aleguen el concierto establecido;
¿Por qué respeto á mi enemigo hermano,
Si él la paz tantas veces ha rompido?
Y ¿por qué, á su pesar, luego no queda
Libre Ixion de su pesada rueda?

»¿Por qué la fruta á Tántalo no espera,
Y la agua huye de él con priesa tanta?
Pena en que eternamente persevera,
Porque ofendió una vez su mesa santa;
Y tantas veo en mi infernal ribera,
Hollada con desprecio y viva planta,
Profanadas las leyes de el Erebo,
¿Y á vengar mis injurias ne me atrevo?

»Aquí tuvo Perito atrevimiento
Para entrar, ayudado de Teseo,
Que á todo con la ley del juramento
Favoreció su bárbaro deseo;
Y aquí tambien, al son de su instrumento,
Pudo las penas suspender Orfeo;
Que aunque es mengua decir bajezas tales,
Yo vi llorar las furias infernales.

»Paráronse las parcas, y con ellas
Vertieron torpe llanto, y aun yo estuve
Casi movido al son de sus querellas,
Mas luego de vergüenza me detuve;
Y Alcides á la luz de las estrellas,
Que es cuando yo mayor paciencia tuve,
Sacó el portero velador, y abierta
Vió libremente á mi pesar la puerta.

»Y porque yo mi esposa deseada
Del campo de Sicilia robé un dia,
Que no al cielo subí con planta osada,
Han culpado mi amor y mi osadía;
Pues Júpiter con tasa limitada
No deja la que ya es esposa mia,
Y su madre, que el tiempo me limita,
Me cuenta el año y la mitad me quita.

»Mas ¿qué hago? A vengar aquesta afrenta,
Tesifonte atrevida, al punto corre,
Y tu furor y mi venganza sienta
La mas exenta y mas segura torre;
Alguna gran maldad de nuevo inventa,
Cuya memoria el tiempo nunca borre,
Prodigio inmenso, horrible y sin segundo,
Que eternamente no haya visto el mundo.

»Tal en efeto que me cause espanto,
Envidia á tus hermanas, y á la tierra
Dolor, gemidos, confusion y llanto,
Pues todo aquesto en tu poder se encierra;
Corran, para principio de horror tanto,
Los hermanos autores de esta guerra
A herirse con odio y furor ciego,
Y caigan muertos en la tierra luego.

»Haya quien muerda con furor insano,
Como rabiosa fiera embravecida,
De el enemigo en quien se venga en vano,
La cabeza, del cuerpo dividida;
Y alguno haya tambien tan inhumano,
Que á los difuntos sepultura impida,
Porque, de cuerpos muertos lleno el suelo,
El aire suba inficionado al cielo.

»Y Júpiter alegre aquesto vea,
Si al fin se alegra con prodigios tales,
Y porque no el furor humano sea
Solamente atrevido á mis umbrales,
Sin miedo alguno de la muerte fea,
Guerra haga á los dioses celestiales,
Y reparar con el escudo quiera
Los rayos con que Júpiter le hiera.

»Sabrá con esto la atrevida gente
Que es mas difícil en el reino mio
Entrar con vivas plantas libremente
Que cargar sobre el Osa al pino frio.»
Aquesto dijo, y sacudió la frente,
Y al horror de aquel nuevo desafío
Tembló la tierra, estremecióse el mundo,
Y gimieron las almas del profundo.

No con fuerza mayor, si está enojado,
Júpiter mueve el cielo cristalino;
Y al fin, habiendo todos aprobado
Su parecer, volvióse al adivino:
«¿Qué causas, dice, oh triste, ó qué pecado
Te hicieron abrir nuevo camino,
Y bajar á esta obscura cárcel mia,
Lleno de luz y aun vivo todavía?»

En tanto habia quedado el agorero
A pié, desnudo de armas y vestido,
Libre de aquel horror de Marte fiero,
Y en espíritu solo convertido;
Mas no su majestad y honor primero,
Aunque pálido estaba, habia perdido,
Que aun guardaba la venda de su frente,
Y el ramo, aunque de olivo, diferente.

«Si es lícito, responde, en el infierno
Hablar las almas justas y dichosas,
Oh del mundo tercero rey eterno,
Fin forzoso y remate de las cosas;
Si ya pudo ablandarte un llanto tierno
Y un dulce son de quejas amorosas,
Deja el rigor, que si oyes mis querellas,
Tus amenazas cesarán con ellas.

»Tú solo eres mi orígen, y en la vida
De cada causa conocí el efeto,
Alcancé la verdad mas escondida
Y de los elementos el secreto;
Aplaca tu rigor, tu enojo olvida,
Que no es digno un mortal á tí sujeto
De tu furor; que al reino de la muerte
No vine, como Alcides, á ofenderte

»Ni amor me trujo á aquesta corte tuya;
Da crédito á este adorno y él te mueva,
No tema tu Proserpina ni huya
El Cerbero á su oculta y negra cueva;
A quien comunicó la lumbre suya
Apolo no es pusible que se atreva,
Que fuí su sacerdote celebrado,
Con tierno amor del mismo Apolo amado.

»Y porque mi conciencia me asigura,
Yo juro por aqueste cáos confuso,
Pues aquí por Apolo no se jura,
Que no delito alguno aquí me puso,
Ni merecí perder la lumbre pura
Tan presto, aunque así el hado lo dispuso;
Minos de esta verdad testigo sea,
Y á mí, parte en efeto, no se crea.

»Vendido fuí por mi traidora esposa,
Que quiso, en vano habiéndome excusado,
Entregarme, del oro cudiciosa,
Al campo contra Tébas conjurado,
Y en la primer batalla rigurosa
Del campo donde vine, aunque forzado,
No pocos muertos por mi mano han sido,
De tantas almas como aquí han venido.

»Y andando en el rigor del fiero Marte,
Entre la griega y la tebana gente,
El suelo retumbó de cada parte,
Y abrióseme la tierra de repente;
No sé si el caso acertaré á contarte,
Sigun el gran horror que mi alma siente;
A mí al fin solo me tragó la tierra,
De tantos como andaban en la guerra.

»No sé cuál fuese allí mi sentimiento,
En tanto que pendiente el aire vano,
Por las entrañas de la tierra á tiento
Bajaba con las riendas en la mano;
Nada de mí, y aquesto solo siento
De este nuevo rigor del hado insano,
Dejo á mi amada patria ni á mi gente,
A quien no veré mas eternamente.

»Ni por despojo de la guerra dura
Muerto mi cuerpo entre enemigos queda,
Que consolar en tanta desventura,
Hecho ceniza, al triste padre pueda;
Sin lágrimas, sin fuego y sepultura,
Entero y cual estaba allá me hereda
Aqueste reino, adonde armado vine,
Sin que ofender á alguno determine.

»No pido que me vuelvas á la vida,
O que la antigua gracia de adivino
Me sea de nuevo aquí restituida
Con nueva luz y espíritu divino;
Que fuera sin provecho concedida,
Donde te sirve el hado y el destino,
Donde dudas algunas no se ofrecen,
Y donde las tres parcas te obedecen.

»Solo pido, si puede alguna cosa
Concederse en tu reino á los mortales,
Que tengas en mi suerte rigurosa
Mas piedad que los dioses celestiales;
Y cuando venga mi enemiga esposa,
Que sola fué ocasion de tantos males,
Muestres tus iras y tu inmensa furia;
Vengarás tus enojos y mi injuria.»

Oyó Pluton sus ruegos, y movido,
Aunque se ofende, y por bajeza siente
El ablandarse, al fin le ha concedido
Cuanto pidió con humildad prudente;
Cual libico leon, que habiendo sido
Del cazador buscado osadamente,
Viendo resplandecer el duro acero,
Lo sale á recebir airado y fiero.

Mas si en el suelo, arrepentido luego,
Echa el venablo, y á sus piés se tiende,
Refrena el vitorioso el furor ciego,
Y ufano, convencerlo no lo ofende;
En tanto que esto pasa, el campo griego,
Como de el caso la verdad no entiende,
Lleno de confusion, por todo el llano
Al temido agorero busca en vano.

Y como el noble carro no parece,
Ni el rico yelmo, cuya luz vencia
Al sol, el mas osado se estremece,
Quedando de el temor la sangre fria;
Crece la confusion y el miedo crece,
Y atónita la gente se desvia,
Teniendo en la infelice y triste guerra
Por sospechosa á la tebana tierra.

Y apenas osan estampar la planta
En la enemiga tierra mal sigura,
Reverenciando como á tierra santa
La que es de el adivino sepultura;
Mas Palemon, que en desventura tanta
Testigo fué, las plantas apresura,
Y adonde sus escuadras animando
Está el argivo rey, llega volando.

Hallóse al márgen de la tierra abierta,
Y vió el triste succeso claramente,
Y temió por aquella horrible puerta
Bajar al reino de la muerta gente;
Y así, testigo de la nueva cierta,
Pálido, triste y con turbada frente,
«Huye, dice, Señor, y no te atrevas
A ofender mas á la enemiga Tébas.

»Vuelve á tu patria y reino mal dejado,
A tu alcázar famoso y noble muro,
Si por ventura el enemigo hado
Nos ha dejado allá lugar siguro;
En vano estás de escuadras rodeado
Y esgrimes el inútil hierro duro,
Porque si no nos sufre ya la tierra,
¿Qué pretendemos en aquesta guerra?

»Abrese y traga, en fin, la tierra fria
Armas, carros, caballos y varones,
Y aun parece que huye todavía
Aqueste suelo adó las plantas pones;
Yo, cuando mas furioso descurria
Tu campo entre enemigos escuadrones,
Vi el hondo centro de la tierra dura,
Y el triste albergue de la noche obscura.

»Y por aquel camino tenebroso
Vi bajar con las riendas en la mano
A tu Anfiarao turbado y congojoso,
Con triste voz llamando á Febo en vano;
Aquel en paz y en guerra tan famoso,
Tan querido del cielo soberano,
Que ninguno jamás por sus agüeros
Así alcanzó los casos venideros.

»Historia prodigiosa estoy contando,
Aunque de tanto horror, de verdad llena;
Vuelve á mirar el campo humeando,
Y de el carro señales en la arena,
Que está contra nosotros peleando,
Y solos nos ha hecho en tanta pena,
Pues perdonando á la tebana gente,
Se abre para nosotros solamente.»

El Rey al triste caso nunca oido
Tan suspenso quedó, que no le diera
Crédito si uno solo hubiera sido
El que tan grande novedad trujera;
Pero luego turbados han venido
Mopso y el fuerte Actor á la ligera,
Y atónitos, sudando y sin aliento,
Volvieron á contar el triste cuento.

La fama novelera y atrevida
El daño y los temores acrecienta,
Pues ya, no de uno solo la caida,
Mas la de muchos mentirosa cuenta;
Finge nombres y patria conocida;
Y la gente, que el caso escucha atenta,
Vuelve huyendo atrás desordenada,
Sin ser de las trompetas avisada.

Lleno de confusion, de horror y espanto,
Se desconcierta el campo alborotado,
Y invocando el favor del cielo santo,
Cual si el cielo se abriese á cada lado;
Tanta es la turbacion y el miedo tanto,
Que allí se precipita el mas osado,
Y así la gente á amontonarse vino,
Que apenas para tantos hay camino.

Y aun los mismos caballos sin aliento,
Sin espuela ni azote así corrian,
Que se pudo afirmar que sentimiento
De aquella extraña novedad tenian;
Los tebanos, tomando atrevimiento,
Con mas furor corriendo los seguian;
Pero la oscura noche, puesta en medio,
De tanta desventura fué el remedio.

Puso pequeña tregua en tanta priesa,
Que enfrenando las iras y furores
Al campo griego su tiniebla espesa,
Trujo, en vez de reposo, mill temores;
Que aunque el peligro de las armas cesa,
Guerra hacian cuidados veladores;
Y así, por todo el campo mill gemidos
Con mayor libertad fueron oidos.

¡Cuál se vé en el presente desconsuelo,
El campo todo atónito y turbado!
¡Qué de lágrimas tristes hasta el suelo
Bajan de cada yelmo desatado!
No hay para tanta pena algun consuelo,
Que en el mas fuerte pecho el miedo helado
Con el nuevo dolor borrado habia
Las glorias y hazañas de aquel dia.

Vense rodando por la tierra dura,
Aunque llenos de polvo y sangre helada,
Rendidos á la nueva desventura,
El noble escudo y la famosa espada;
Nadie al caballo alaba ni procura
Componer el penacho en la celada,
Ni hay quien alce las armas de la tierra,
Cual si hubiera acabádose la guerra.

Y apenas hay quien cure la herida,
Ni aun quien eche de ver que está herido,
Que es tan grande el dolor, que aun la comida
Aborrecen y tienen en olvido,
Con ser deuda á las armas tan debida,
Al cansancio y trabajo padecido,
Pues sin esto, acordársela debiera
Temor de la batalla venidera.

Todos con alma y lengua en alabarte,
Noble Anfiarao, se ocupan solamente,
Y en cada pabellon y en cada parte
Tus glorias cuenta la afligida gente;
Perdida la esperanza de hallarte,
Pierde la de el vencer el mas valiente,
Creyendo que contigo se huyeron
Todos los dioses que favor le dieron.

«¿Dónde, dicen, está el carro famoso,
De laurel siempre verde coronado?
Dónde el escudo siempre vitorioso?
Dónde el yelmo de vendas adornado?
¿Esta es, Apolo ingrato y riguroso,
Tu cueva, lago y templo celebrado?
¿De esta suerte á los tuyos favoreces,
Y la fe que en tí puso así agradeces?

»¿Quién dirá ya á los míseros mortales
De la estrella ó de el rayo los efetos?
Y en los sacrificados animales
¿Quién verá en las entrañas sus secretos?
Quién, en efecto, los futuros males,
A quien sin él quedamos ya sujetos?
Y las aves ¿á quién con sus agüeros
Avisarán los hados venideros?

»Tú las horas del tiempo repartias,
Pues con tu parecer sábio, adivino,
Paraba el campo, y cuando tú querias
A proseguir tornaba su camino;
Por tí se armaba, en fin, y aunque sabias
Claramente el rigor de tu destino,
Nuestro campo infelice acompañaste,
Que no por eso en Argos te quedaste.

»Tanta virtud y tanto amor estaba
Encerrado en tu pecho soberano,
Donde el valor á entrambos se igualaba,
Cual hoy mostró tu vencedora mano;
Pues cuando el fatal tiempo te llamaba,
Mas espantoso al escuadron tebano
Te vimos todos, mas osado y fuerte,
Y mas temido en medio de la muerte.

»¿Qué es de tí? ¿Dónde estás? ¿Quién te detiene?
¿Qué tierra agora venturosa habitas?
¿Podrás volver, pues nadie de allá viene,
A ver nuestras congojas infinitas?
¿Estás donde Pluton su alcázar tiene,
Y adonde con las parcas te ejercitas,
Sucesos por venir adivinando,
Ya de ellas aprendiendo y ya enseñando?

»Ya te entretengas en el lago averno,
Ya estés en el elisio valle santo,
Y léjos de las penas del infierno,
Veas otras aves y oigas otro canto;
Donde quiera que estés, dolor eterno
Siempre serás de Apolo y nuevo llanto,
Y Délfos, que no pudo socorrerte,
Gran tiempo mudo llorará tu muerte.

»Tenedo eternamente, Branco y Delo
Sus templos cerrarán aqueste dia,
Y no sin daño de su amado suelo,
Secará Cirra su corriente fria;
Ninguno á consolar su desconsuelo
A Licia irá ni adonde todavía
La paloma responde á los molosos,
Por ella y por su bosque tan famosos.

»A Claros irá en vano el peregrino,
Y al templo de Hamon tan celebrado;
Que el uno y otro oráculo divino
Mudo será y en vano preguntado;
Cada laurel, llorando á su adivino,
Deseará verse de su honor privado,
Y de su verde hoja despojarse,
Y aun los arroyos desearán secarse.

»Ya ninguna verdad de el cielo santo
Sabrémos, ni de el aire, enriquecido
Con tantas aves, que su obscuro canto
Ni será preguntado ni entendido;
Pero tiempo vendrá tras de este llanto
En que serás por dios reconocido,
Y tendrás templo adonde eternamente
A consultarte acudirá la gente.»

Esto en su honor el campo repetia,
Y en tanto que llorando honrar procura
Su muerte, el miedo torpe descubria
De el fin dudoso de la guerra dura;
Y cual si entonces en la tierra fria
Dieran al adivino sepultura,
Así cuentan sus glorias, ya cansados
De la infelice guerra y quebrantados.

No de otra suerte en el famoso pino
Donde los argonautas se hallaron
Rompiendo con Jason al mar Euxino,
Con la muerte de Tifis se quedaron;
Fin el mas peligroso aquel camino
Parece, y que los remos se tornaron
Mas pesados, y el mar mas turbulento,
Mas perezoso el leño y flojo el viento.

Mas ya con los gemidos se ablandaba
Poco á poco el dolor, á los cansados
Dando lugar, y en tanto desterraba
La noche los temores y cuidados;
El sueño, que las alas se mojaba
En los húmedos ojos desvelados,
Trujo al fin poco á poco al campo griego
Su reposo, aunque tarde, y su sosiego.

No de otra suerte en Tébas desvelada
Toda la gente resonar se oia,
Que en varios regucijos ocupada,
Gastaba sin dormir la noche fria;
No en toda la ciudad casa cerrada
Ni templo sin alegre baile habia;
Las centinelas solas sobre el muro
Gozaban al rumor sueño siguro.

Mill flautas, una de otra diferente,
Mill cuernos, mill panderos y atabales
A un tiempo hace resonar la gente,
Y otros mill instrumentos bacanales;
Y alguno canta al son alegremente
Mill himnos y alabanzas inmortales
En honra de los dioses, sus patrones,
Contando sus hazañas y blasones.

Con guirnaldas de pámpanos gritando
Corren el extranjero y el vecino
Por calles y por plazas, coronando
Las anchas tazas de oloroso vino;
Con risa alguno en tanto celebrando
El no esperado fin del adivino,
A Tiresias alaba, su agorero,
Llamándolo mas sábio y verdadero.

Otro de los pasados la memoria
Vuelve á cantar y el regucijo aumenta,
Y de Tébas tambien, para su gloria,
Canta el principio á la ciudad atenta;
De Europa la famosa antigua historia,
Y el nunca visto atrevimiento cuenta,
Pues el mar, con peligro de la vida,
Corrió sobre el gran toro, á un cuerno asido;

Y cómo Cadmo, su famoso hermano,
Buscándola por una y otra orilla,
Fué, ya cansado, el fundador tebano,
Señalándole el sitio una novilla;
Cantó tambien que del arado llano
Nació con nunca vista maravilla,
De aquel sembrado serpentino diente,
Un furioso escuadron de armada gente.

Otro renueva de Anfion el canto,
Cómo tras de él las peñas se vinieron
Al dulce son á amontonarse tanto,
Que los famosos muros se hicieron;
De Sémele otro canta el fuego santo,
Por quien su padre Baco merecieron,
Y otro en tanto celebra en otra parte
Los amores de Vénus y de Marte.

Otro canta de Harmonía el casamiento,
Que de muchos amores rodeada,
Sus hermanos, en fin, con gran contento,
Como reina fué en Tébas coronada;
Cada mesa, en efeto, oye su cuento,
Y la ciudad, que ufana y obligada
Se ve con la memoria de sus hijos,
Renueva por su amor los regucijos.

Como si entonces de el vencido órriente
Triunfando Baco, á la ciudad volviera,
Y tras de el carro la admirada gente
Los negros nunca vistos indios viera;
Tal regucijo en la ciudad se siente,
Y aun dicen qu'esta fué la vez primera
Que el ciego Edipo, que solia esconderse,
Salio de su aposento y dejó verse;

Y que el largo cabello enmarañado,
Con que cubrir su ceguedad solia,
De el rostro ya sereno se ha apartado,
Mostrando al parecer nueva alegría;
Que de los tristes ojos ha quitado
La sangre que aun helada se tenia;
Y que aunque siempre aborreció el consuelo,
Agora consoló su desconsuelo.

Come ya y alza la arrugada frente,
Disimulando su dolor eterno,
Y habla á todos el que solamente
Hablaba con las furias de el infierno;
Y el que á su bella Antígone inocente,
Que de su ceguedad tiene el gobierno,
Asombraba con gritos, ya se deja
De cualquiera tratar y no se queja.

Admira su quietud y su sosiego,
Mas de nadie es la causa conocida,
Que no se alegra el inhumano ciego
Por aquella vitoria recebida,
Sino por ver airado al campo griego,
Y la esperada guerra ya encendida;
Y sintiendo sus armas tan vecinas,
Espera nuevas muertes y ruinas.

Y así, al hijo exhortó que prosiguiese
Con valor la vitoria comenzada,
Aunque le diera pena si tuviese
De el todo la vitoria deseada;
Solo quisiera que la guerra fuese
Con muertes de ambos reyes acabada;
Y por esto, encubriendo sus pesares,
Se alegra y halla gusto en los manjares.

No de otra suerte se halló Fineo
Despues que ahuyentadas las arpías,
Vió con el gusto igual á su deseo
Llenas las tazas, hasta allí vacías;
Y así á la mesa, por mayor trofeo,
Siempre estaba las noches y los dias,
Tratando los manjares con la mano,
De aquella nueva libertad ufano.

En tanto el campo griego, fatigado
De importunas congojas y temores,
Estaba en blando sueño sepultado,
Rendidas ya sus iras y furores;
Adrasto solamente desvelado,
De la ciudad escucha sus rumores,
Que aunque viejo y cansado, lo desvelan
Cuidados tristes que en el alma velan.

Los alegres clamores y alaridos,
Al son de el atabal, que ronco suena,
Con tanta infamia de su campo oidos,
Le atormentan el alma y le dan pena;
Los fuegos, poco á poco consumidos,
Que tuvieron de luz la tierra llena,
Los ve acabarse, y con dolor suspira,
Viendo que en ellos su deshonra mira.

De esta suerte la chusma de la nave,
Quedando sin el sol la tierra obscura,
Rendida de un igual sueño suave,
De los vientos y mar duerme segura;
Solo el patron, que de experiencia sabe
La inconstancia del mar, no se asigura;
Y así, teniendo con el norte cuenta,
Vela con ojos y con alma atenta.

Era ya la sazon cuando Diana,
Sintiendo los caballos de su hermano
Muy cerca, y con la luz de la mañana
Las cavernas bramar del Oceano,
Deja los montes y la caza ufana,
Y esgrimiendo con blanda y fácil mano
Blando azote, destierra las estrellas,
Antes que encuentre el nuevo sol con ellas.

Junta consilio el Rey, triste y severo,
Y cada capitan gimiendo vino,
Y juntos procuraron lo primero
De darle sucesor al adivino,
Que, como sacerdote y heredero
De la corona y del laurel divino,
Aplaque al cielo y sacrificios haga,
Y á los dioses airados satisfaga.

Todos juntos al punto al Tiodamante
Eligen, que era hijo conocido
De el gran Melampo, al padre semejante,
Con reverencia igual obedecido;
Modesto, cuidadoso y vigilante,
Con quien mas de una vez habia partido
Los vientos y las aves Anfiarao,
Desde que de Jason dejó la nao.

Y era tal su bondad, que se holgaba
De que toda la gente le tuviese
Por su igual, ó á lo menos que quedaba
Poco detrás, cuando su igual no fuese;
Viendo pues que el Senado así lo honraba,
Como si tanto honor no mereciese,
Colorado y atónito se puso;
Que la gran honra lo dejó confuso.

Y así, adorando humilde el laurel santo,
Turbado con la gloria no esperada,
Niega tener merecimiento tanto,
Ni fuerzas para carga tan pesada;
Causó con esto admiracion y espanto,
Con que fué su humildad mas ensalzada,
Pues mereció por ella ser rogado,
Y así admitió el laurel, aunque forzado.

Como de muerto rey hijo pequeño,
Entre los fieros partos, que quisiera
Que, como antiguo y mas siguro dueño
De tanto reino, el padre le viviera;
Que aunque ve lisonjero y halagüeño
Al vulgo, sus mudanzas considera,
Y mientras se resuelve y determina,
Los pechos de los grandes examina.

Confuso en el gobierno y temeroso,
No acaba de elegir á quien envie
Que guarde el puerto Caspio peligroso,
O á quien el lado de el Eufrates fie,
Ni á quien tendrá por menos sospechoso,
De quien la vida y la salud confie,
Ni toma, por el miedo en que repara,
El cetro ni se pone la tiara.

El sacerdote pues qué recibido
De todo el campo fué con mil favores,
Por el real en hombros fué traido
Con alegres tumultos y clamores;
Y luego, como el campo ve afligido,
Quiere, porque se acaben sus temores,
Con sacrificios aplacar la tierra
Antes que vuelva á proseguir la guerra.

Fué su intencion de todos alabada;
Y así, luego de céspedes compuso
Dos aras, una de otra algo apartada,
Donde de todo á su placer despuso;
Gran multitud, para esto reservada,
De flores y de fruta en ellas puso,
Pues de cuanto la tierra humilde cria
En todos doce meses allí habia;

Y derramando leche en ambas aras,
«Oh, dice, de los dioses inmortales
Y de los hombres madre, que reparas
Las semillas del mundo y los caudales;
Que eternamente con amor amparas
En tu gremio las aves y animales,
Y á pesar de el rigor de los estios,
Das humor á las selvas y á los rios;

»Tú, siempre poderosa, que criaste
De Prometeo las manos atrevidas,
Y de Pirra las piedras engendraste,
De tí en formas humanas convertidas;
Tú, que luego á los hombres procuraste
El primer alimento de sus vidas,
Que el mar abrazas y su furia enfrenas,
Sirviéndote de muros sus arenas;

»Tú, que eres desde aquella edad primera,
Ya de la luna y ya del sol servida,
Pues dan por tí mill vueltas á su esfera,
Y así es de tí su lumbre agradecida;
Tú, de todas las cosas medianera,
Siempre al aire pendiente, á nada asida,
Que, aunque pendiente estás al aire exento,
Eres de todo el mundo el firme asiento;

»Tú, á quien los tres hermanos nunca osaron
Por suertes dividir tu libre suelo,
Cuando los tres por suertes heredaron
El infierno profundo, el mar y el cielo;
Tú, sobre quien mill pueblos se fundaron,
Y sin quejarte en tanto desconsuelo,
Ya encima y ya debajo, eternamente
Sufrès la carga de infinita gente;

»Tú, en fin, que sufres al pesado Atlante
Y su máquina inmensa con paciencia,
Y para tanto peso eres bastante,
Solo en nosotros hallas diferencia;
Si á nadie das castigo semejante,
¿Por qué usas con nosotros tal violencia?
¿Tanto pesamos, que ofender podimos
La piedad que jamás cansada vimos?

»Si algun pecado habemos cometido,
De ignorancia será, no de malicia;
Y así, por él no habrémos merecido
Este nuevo rigor de tu justicia;
Y si á Tébas los griegos han venido,
Piedad los mueve sola, y no cudicia,
Y extranjeros no son, pues donde quiera
Eres madre de todos verdadera.

»No como á humildes extrañarnos quieras,
Con fin no visto, arrebatado y triste,
Sufre de entrambas partes las banderas,
Y neutral y comun en medio asiste;
Y aquestas belicosas almas fieras,
De quien jamás ofensa recibiste,
Por órden de la guerra al cielo vuelvan,
Y en tí despues los cuerpos se resuelvan.

»No arrebates con súbita caida
Estos cuerpos, aun vivos todavía,
Que luego ó tarde á tí, madre querida,
Todos vendrémos por la usada via;
No por tí falte el curso de la vida
Ni de la parca se apresure el dia;
Solo, en fin, ruego que la griega gente
Camine sobre tí seguramente.

»Pero tú, de los cielos prenda amada,
Y de sus dioses estimado tanto,
A quien mi mano, mi enemiga espada
Se atrevió á despojar del mortal manto,
Sino la alma natura, que, abrazada
A tu siempre dichoso cuerpo santo,
Sus senos desató para encerrarte,
Cual si quisiera en Cirra sepultarte.

»Comunícame á mí tu sciencia obscura,
Que de el cielo y de Apolo has aprendido;
Sabrá este campo la verdad futura
Que pensabas decirle, y no has podido;
Y yo, como tu intérprete y hechura,
Ministro y sacerdote agradecido,
Te haré sacrificios, y á tí solo
Llamaré eternamente, en vez de Apolo.

»Y desde hoy, por tu honor será mi cielo,
Este, que te escondió, lugar dichoso,
Ni en tanto estimaré á Cirra ni á Delo
Ni á otro ningun oráculo famoso.»
Esto diciendo, levantó del suelo,
Con variedad de flores oloroso,
En vez de tumba un gran monton de arena,
Y en torno de él el sacrificio ordena.

Toros y ovejas, de color obscuro,
Muertos ocupan la adorada tierra,
Y empapando en su sangre el suelo duro,
Vivas algunas en la arena encierra;
Pero en aquesto en el tebano muro
Comenzó á resonar un son de guerra,
Hiriendo las estrellas mill clamores
Al son de cuernos, trompas y atambores.

Retumbó al gran estruendo el horizonte,
Y luego sus cabellos sacudiendo
De Teumeso en la cumbre Tesifonte,
Mayor con silbos hizo el son horrendo.
Respondió el Citeron, tebano monte,
Turbado con aquel no usado estruendo,
Y las tierras, tambien alborotadas,
A mas alegre son acostumbradas.

Corre Belona, airada y diligente,
Abre las siete puertas, y al instante,
Coriendo al campo, salen juntamente
El carro, el escudero y el infante;
Toda á un tiempo salir quiere la gente,
Juzgando por deshonra el no ir delante;
Mas estorba el caballo al mas ligero,
Que sale á pié, y el carro al caballero.

Dijera quien los viera que huian
Del campo griego, que les sigue airado,
Pues por las siete puertas no cabian,
Y á su pesar en ellas se han parado;
Las escuadras que á Teocle seguian
La puerta de Neita han ocupado,
La de Ogige á Creon le cupo en suerte,
Y la Emolaida á Emon, gallardo y fuerte.

La de Prétida ocupa el gran Ipseo,
Y el membrudo Driante la Electrea,
La Hipsista Eurimedonte, y Meneceo
Con su gente salió por la Dircea;
Así que, á un tiempo y con igual deseo
De acabar de romper la gente aquea,
Por todas siete puertas los pendones
Salen de siete airados escuadrones.

No de otra suerte el Nilo, cuando crece,
Va con las lluvias del Oriente frio,
Y rompiendo sus fuerzas, humedece
Las tierras abrasadas de el estío;
Tal va por siete campos, que parece
Un caudaloso mar el que es un rio,
Tanto, que de su furia y de su estruendo
Las deidades de el mar se van huyendo.

Sale de esotra parte el campo aqueo,
Triste y no con orgullo semejante,
Principalmente el escuadron eleo,
Y los demás que rige Tiodamante,
Que llenos de dolor, con triste arreo,
En no llevar á su Anfiarao delante,
Pasan mal ordenados y impacientes,
Al nuevo capitan aun no obidientes.

Y aun todo el campo atónito y turbado
Menor sin su adivino parecia,
Cual se ve marinero que ha contado
Las estrellas del carro en noche fria;
Que si una acaso encubre algun nublado,
Contándolas mill veces á porfía,
Y no viendo cabales las estrellas,
Las mira, y nunca piensa que son ellas.

Pero ya el fiero Marte apriesa llama.
Agora, musa favorable, agora
De espíritu mayor mi pecho inflama,
Dándome nuevo aliento y voz sonora;
Porque con tu favor eterna fama
Quede de la infelice y fatal hora,
En uno y otro campo ejecutada,
De ambos con igual rabia procurada.

Sale la muerte de el Estigio lago
A presidir en la cruel batalla,
Corre el campo y ocupa el aire vago,
Y en cualquier parte con furor se halla;
Hace de gente miserable estrago,
Y á su inmenso rumor el viento calla,
Y no en gente vulgar su mano imprime,
Solo entre nobles su guadaña esgrime.

Al de menos edad, al mas valiente,
Al que es mas conocido y mas famoso
Por su nombre y valor mas excelente,
A ese hiere con golpe riguroso;
Delante van entre la airada gente,
Dando furor al menos animoso,
Las furias, que con sed, con rabia y hambre
Despojaron las parcas de su estambre.

Entre uno y otro campo el fiero Marte
Armado asiste, derramando fuego,
Y corre sin moverse á cualquier parte,
Llevándose delante al furor ciego;
Hace que léjos el amor se aparte,
Que sangre y amistad se olvide luego,
Que de su hijo, que cayó, se aleje
El padre, y que á su padre el hijo deje.

Casas, patrias y esposas olvidadas
Quedan, y el fiero Dios, alegre de esto,
Arroja lanzas y desnuda espadas,
Dando aliento mayor al son funesto;
La ira, que á mill muertes deseadas
El uno y otro campo ve dispuesto,
Ciega por todas partes va corriendo,
Ya lanzas y ya espadas esgrimiendo.

Brotan fuego los ojos, y en el pecho
No cabe el corazon alborotado,
Y ya aparece cada yelmo estrecho,
Anhelando el espíritu cansado.
¿Qué mucho que en los hombres haya hecho
Este ordinario efeto el dios airado,
Si los mismos caballos parecian
Que de los dueños el furor tenian?

El mismo dios les da conocimiento,
Y así, cada caballo embravecido,
Con sus relinchos atronando el viento,
Embiste al enemigo conocido.
Ni basta á corregir su atrevimiento
El freno, en blanca espuma ya teñido;
Y así, sin el temor de aquel castigo,
Muchas veces derriba al enemigo.

Ya acercándose van con priesa tanta
Entrambos campos, que de el breve suelo
Que entre los dos se apoca, se levanta
Gran polvareda, que obscurece el cielo;
Ya alguno mas osado se adelanta,
Y de ambas partes con ligero vuelo
Mas de una flecha al aire rechinando
Pasa, y mas de una lanza va volando.

Júntanse al fin espada con espada,
Yelmo con yelmo, escudo con escudo
Y pié con pié, que la ira acelerada
Juntarlos tanto brevemente pudo;
Enciéndese la sangre mas helada,
Anímase el cobarde vulgo rudo,
Y aun en cada celada todavía
La rica pluma al sol resplandecía.

Cada arco y cada aljaba resplandece,
Y cada escudo, en sangre aun no manchado,
Agradable á los ojos vista ofrece,
De piedras y blasones adornado;
Y cada cosa en su lugar, parece
Que nada en ningun campo se ha mudado,
Sobre el carro se ve cada cochero,
Y sobre su caballo el caballero.

Mas cuando á la crueldad en tiempo breve
La pródiga virtud soltó la rienda,
Haciendo que la rabia en fuego lleve,
Que á un punto ambos ejércitos encienda,
No al Ródope el Arcturo con su nieve
Azota así, ni hay trueno que así ofenda
La Ausonia cuando Júpiter se enoja
Y rayos con horrible estruendo arroja.

Ni el helado Aquilon granizo tanto
En las sirtes sacude por otubre,
Cuando lleva de Italia el negro manto
De nubes, con que el Africa se cubre;
Vuelan nubes de hierro al cielo santo,
Y el sol turbado apenas se descubre,
Y tantas se han juntado en un momento,
Que para tanta flecha es poco el viento.

Muere este con un hierro sacudido,
Vuelve él mismo, y con él su dueño muere;
Hácese con las hondas gran ruido,
Y cada piedra un enemigo hiere;
Entre dardos tal vez ha succedido
Que porque dar lugar ninguno quiere,
Los unos á los otros se detienen,
Y sin herir á nadie al suelo vienen.

Llevan, cual aves, con ligero vuelo
La muerte entre sus alas escondida
Las flechas, y ninguna baja al suelo,
Que cada cual se queda en su herida;
A alguno acaso ocupa el mortal hielo
Cuando mas descuidado, y de la vida
Otro le priva con herida incierta,
Que acertó acaso, sin pensar que acierta.

Usurpa el caso á la virtud su gloria,
Porque él alguna vez su oficio imita,
Anda incierta y dudosa la vitoria,
Que ya la pierde aquesta, y ya la quita;
Ya se deshace cuando mas notoria,
Ya, cuando mas perdida, resucita,
Ya aqueste pierde tierra y ya la cobra,
Y ya á aquel falta lugar y ya le sobra.

Tal, cuando al Aquilon y al Austro airado
Júpiter da licencia y libre freno,
El mundo, con su guerra alborotado,
Se ve confuso y de mudanzas lleno;
Ya el cielo con el uno está añublado,
Ya luego con el otro está sereno,
Hasta que vence el agua y baña el suelo,
O la serenidad ya alegra al cielo.

Dió principio al estrago el gran Ipseo,
Rompiendo el escuadron de los lacones,
Que con su capitan con gran trofeo
Iban ahuyentando sus pendones;
Solo él, con gloria igual á su deseo,
Rehizo sus vencidos escuadrones,
Corre, y al capitan Menalca alcanza,
Y el pecho le pasó con una lanza.

El gran lacon, que en medio de la muerte
No la nobleza de su sangre olvida,
Por la espalda sacó de el pecho fuerte
La entera y dura lanza ya teñida;
Por dos partes la sangre á un tiempo vierte,
Y habiéndole quedado alguna vida,
Volvió á tirar la lanza, pero en vano,
Porque la muerte le aflojó la mano.

De el arco sacudió ligera flecha
Amintas, un tebano gran flechero,
Y al griego Fedimon llegó derecha,
Habiéndole escogido por terrero.
¡Oh brevedad de muerte! ¿Qué aprovecha
Para librarse de ella el ser ligero,
Pues rechinaba el arco todavía,
Y ya sin alma Fedimon yacia?

Cortó de un golpe el calidonio Agreo,
Que era de los de Etolia un fuerte muro,
El brazo diestro al mísero Fegeo,
Y aun no soltó la mano al hierro duro,
Cayó en tierra, dejando el tronco feo,
Y Acétes, que no piensa está siguro,
De la empuñada espada al brazo hiere,
Y á un mismo tiempo con su cuerpo muere.

El hombro hiende á Ifitis Atamante,
A Argos Ipseo barrena el pecho fuerte,
Y con lanza de Féres muere Avante,
Todos tres diferentes en la suerte;
Caballero el primero, el otro infante,
Y esotro carretero; mas la muerte
A todos tres á un tiempo hizo iguales,
Habiendo sido en vida desiguales.

Dos nobles griegos que, por ser hermanos,
Nunca un momento estaban apartados,
Dieron á un tiempo muerte á dos tebanos,
Que eran tambien hermanos desdichados;
Llegan á despojarlos muy ufanos,
Y viendo ya los yelmos desatados,
Que eran hermanos, de piedad movidos,
Quedaron de su error arrepentidos.

Tiende el pisano Iton, que en carro andaba,
Al bello Dafnis en la tierra fria,
De Cirra natural, que procuraba
Espantar los caballos que regia;
A Dafnis llora Apolo, y Jove alaba
De el pisano el valor y valentía;
Que la fortuna ilustra y favorece
Al que por sus hazañas lo merece.

El bravo Emon, de Cadmo descendiente,
Hace en los griegos mortandad terrible,
Y el gran Tideo en la tebana gente
Hace por otra parte estrago horrible;
A aqueste favorece eternamente
Pálas, y así se atreve á lo imposible,
De Alcides es Emon favorecido,
Y así es con su favor mas atrevido.

Vense así de los montes desatarse
Dos rios, de avenidas ayudados,
Y con igual furor al mar llevarse
Puentes, árbores, hombres y ganados;
Mas si en un llano llegan á encontrarse,
Con mas furor, soberbios y enojados,
Se hacen cruda guerra, y si pudieran,
Las ya mezcladas aguas dividieran.

Idas, de Onquesto natural, corria
Con un gran tronco de encendida tea,
Que el fuego, en vez de hierro, usar solia,
Desordenando así la gente aquea;
Cada griego turbado se desvia;
Pero Tideo, que apagar desea
El fuego que á los suyos descompone,
Con una lanza enfrente de él se pone.

Habiéndola con rabia sacudido,
El hierro la escondió en la frente, y luego
En la tierra de espaldas ha caido,
Cayendo encima de él su mismo fuego;
«Muere en el mismo fuego que has traido,
Le dice el vencedor, verás que un griego
Sabe tener piedad, pues te concede
Lo mas que á un muerto concederse puede.»

Parte de allí cual tigre desatada,
Que en la primera sangre embravecida,
Apenas deja vaca en la manada,
Que á tal rigor su rabia le convida;
Mata al tebano Anon de una pedrada,
Con otra á Cromio le quitó la vida,
De un revés con la espada á Folo hiere,
Que lo abrió por el hombro, y luego muere.

Hiere con lanza á dos mozos que Mera
Parió, á pesar de Vénus, en un dia,
Que su sacerdotisa entonces era
De el templo egeo, y lo era todavía;
Mueren ambos con una lanza fiera,
Y en tanto Mera, que su fin temia,
Rogaba por su vuelta deseada
Delante de la Diosa aun no aplacada.

Por otra parte Emon, airado y fiero,
Entre los griegos hace estrago horrendo,
Ya al escuadron de Calidonia entero,
Ya los de Pile y de Pleuron rompiendo;
Una gran hacha de templado acero
Esgrime, y todos dél se van huyendo,
El calidonio Bútis solamente
Procura en vano detener su gente.

Era de poca edad, gallardo y bello,
Que venciera en beldad la nieve pura,
Rubio y jamás cortado su cabello,
De no menos valor que hermosura,
Y hasta el tierno y mal logrado cuello,
Cuando él la gente detener procura,
De Emon la dura hacha no esperada
Le partió la cabeza, en vano armada.

Cayó sobre los hombros, dividida
Del inhumano hierro en dos pedazos,
Y la rubia madeja, ya teñida,
Dividida tambien, paró en sus brazos;
Entró la muerte por la gran herida,
Y el cuerpo, que pudiera en sus abrazos
A Vénus regalar, helado y frio,
Hizo de sangre un caudaloso rio.

Al rubio Ipar, tambien de Febo amado,
Dió con la misma hacha Emon la muerte,
Y habiéndolo en los hombros alcanzado,
Muere Polites de la misma suerte;
De un golpe Iperion cayó á su lado,
Y Dámaso, temiendo el brazo fuerte
Y el no visto furor de el gran tebano,
Las espaldas volvió, pero fué en vano;

Que el enemigo airado, no quiriendo
Sin castigo dejar su gran bajeza,
Una lanza pesada sacudiendo,
Le dió alcance y castigo á su vileza;
Entró por las espaldas, y saliendo
De el pecho con la misma ligereza,
No á pararla el escudo fué bastante,
Y así, enclavada en él, pasó adelante.

Tan bravo andaba Emon, que él solamente
Bastaba ahuyentar el campo aqueo,
Que en su inmenso valor él mismo siente
Que favorece Alcides su deseo;
Pero vino á encontrarlo frente á frente,
De Pálas ayudado, el gran Tideo,
Y Alcides, que presente al trance fuerte
La Diosa ve, le dice de esta suerte:

«¿Qué fortuna, oh querida hermana mia,
Al gran valor de tu divino pecho
Ha querido oponerme aqueste dia?
Juno tan gran maldad sin duda ha hecho.
Antes castigue Jove mi osadía,
Y con rayos por él me vea deshecho,
Y antes mis aras abrasadas vea
Que yo enemigo de tu gusto sea.

»Favorezco á esta gente, pero quede
Cual si nunca lo hubiera conocido,
Porque el respeto que te debo excede
A amor y obligacion que le he tinido;
Y si volver de el lago Estigio puede
Hilas, con tanto amor de mí querido,
Por tí lo olvidaré, y al padre mio
Dejaré solo en este desafio.

»Tengo, y eternamente en la memoria
Tendré lo que le debo á aquesta mano,
Pues tantas veces vi para mi gloria
Sudar aqueste escudo soberano;
Y no sin tí jamas gané victoria,
Ni invoqué tu favor jamás en vano,
Y mientras peregrino anduve errando,
Me fuiste por el mundo acompañando.

»Solamente á las cuevas infernales,
Cuando allá entré, con libertad no fuiste,
Por no poder los dioses celestiales
Bajar, sino es Mercurio, al reino triste;
Tú el cielo y tú mil honras inmortales,
Y en fin por padre á Júpiter me diste;
Por tí soy cuanto soy y cuanto he sido;
¿Quién pondrá tantas cosas en olvido?

»Caiga Tébas y venza el gran Tideo,
Pues en su pecho tu valor se encierra;
Que obedecerte es el mayor trofeo
Que yo puedo sacar de aquesta guerra.»
Así dijo; y venciendo su deseo,
Suspirando dejó la amada tierra,
Y la Diosa, de honor y gloria llena,
Serena el rostro y su furor refrena.

Ya de Alcides Emon siente la ausencia
Con nueva flojedad en cada mano,
Y en sí mismo de sí tal diferencia,
Que la espada y la lanza esgrime en vano;
Y así el torpe temor toma licencia
Para ocupar el pecho al gran tebano,
Y aunque de tanta novedad se admira,
Se encoge, y sin vergüenza el pié retira.

Viéndolo así volver, deja la espada,
Mas bravo el calidonio y mas osado,
Y tomando una lanza muy pesada,
La arrojó al enemigo acobardado;
Señala entre la gola y la celada,
Donde el cuello parece mal armado;
Mas Pálas, por respeto de su hermano,
Torció, piadosa, al sacudir, la mano.

Y así, solo al pasar el hierro duro
Rayó el hombro siniestro á la ligera,
Que á entrar un poco adentro, al reino obscuro
Bajado el alma desatada hubiera;
No por esto el tebano, mas siguro,
Se atreve á acometerlo ni le espera;
En repararse solamente entiende,
Que no poco hará si se defiende.

Cual fiero jabalí, que ve herida,
Vertiendo sangre, su erizada frente
Con el hierro de lanza sacudida
De suelto cazador osadamente,
Que aunque no es tal el golpe que la vida
Pueda quitar, con la herida siente
Quebrado su furor, y á un lado mira,
Que ni osa acometer ni se retira.

En fin, á Emon el calidonio deja,
Y volviendo á mirar el gran ruido,
Vió al atrevido Proto, que se aleja
De muchos que á caballo le han seguido,
Y que volviendo cuando mas le aqueja
La gente que le sigue, ha sacudido
Tantas flechas cargadas de veneno,
Que el campo está por él de muertos lleno.

Sacude al punto en él con brazo fuerte
Una pesada lanza, un pino entero,
Con tan dichosa y no esperada suerte,
Que al caballo hirió y al caballero;
El feroz animal, lleno de muerte,
Al triste dueño sacudió primero,
Y cayendo él encima brevemente,
Con la celada le abolló la frente.

Y sobre el mismo escudo arrodillando,
Se lo escondió en el pecho, y ya cubierto
De sangre y de sudor, y porfiando
A querer levantarse, cayó muerto,
Y de sangre un arroyo derramando,
En la que el dueño por el pecho abierto
Vierte, ya que la muerte se avecina,
Junto á la humana su cabeza inclina.

No el olmo, con la vid enmarañado,
Que pensó alguna vez llegar al cielo,
De el rigor de los vientos arrancado,
Mide de otra manera el duro suelo;
Que solamente al tronco enamorado
Le aflige de su vid el desconsuelo;
Y así, cayendo encima en tierra dura,
Maltrata á su pesar la uva madura.

Contra los griegos empuñado habia
Corebo, humano cisne, el duro acero,
Natural de Helicona, que algun dia
Fué á las musas amado compañero,
A quien Urania, que en los astros via
Como el presente el hado venidero,
Mil veces le rogó que se estuviese
Entre ellas, y que á Tébas no viniese.

Y con ver que su muerte le avisaba,
Con todo, á la infelice guerra vino.
Quizá por ver lo que escribir pensaba,
Pero la muerte le salió al camino;
Digno, ya que muriendo á nadie alaba,
De que le alabe el mundo, y que el divino
Coro de las hermanas de el Parnaso
Lloren su triste y miserable caso.

Atis, de estirpe illustre y noble gente,
Por su valor y esfuerzo mas famoso,
Nacido en Cirra, en Tébas asistente,
Y ya de Ismene prometido esposo,
Que no fué para aquesto inconveniente
De el triste Edipo el caso lastimoso,
Por verla habia venido de su tierra
Antes que comenzase aquesta guerra.

Y aunque el llanto, el dolor y desventura
Pudiera su belleza haber deshecho,
Fué tal su honestidad y hermosura,
Que encendió de el mancebo el noble pecho;
Y era tal su beldad y compostura,
Que amor el mismo efeto en ella ha hecho;
Ambos el casamiento deseaban,
Y con amor recíproco se amaban.

Mas, como de la guerra la mudanza
Les iba dilatando el casamiento,
Convirtió en ira inmensa la esperanza,
Y en rabia el ya cansado sufrimiento;
Ya con espada corta, ya con lanza
O ya con flechas azotando el viento,
Ya á caballo, ya á pié, de cualquier modo
Usa la guerra y se acomoda en todo.

Su madre propria le bordó el vestido
Con que del pecho la armadura encubre,
Y es de grana con oro guarnecido
El rico manto que los hombros cubre;
Mas pendiente de suerte y así asido,
Que el brazo diestro á su placer descubre.
Dirá que es de oro el yelmo el que lo nota,
Y en él dorada pluma el viento azota.

Arco dorado lleva y rica aljaba,
De ricas flechas llena, y tan costosa,
Que es el oro lo menos que llevaba,
Sigun es su valor maravillosa;
Que siempre en paz y en guerra procuraba
Parecer á los ojos de su esposa,
Con su riqueza, con su industria y arte,
Cupido en paz alegre, en guerra un Marte.

Armado y adornado de esta suerte,
En la batalla andaba procurando
Lo menos peligroso y menos fuerte,
Su poca y tierna edad acomodando;
Y en habiéndole á alguno dado muerte,
Al punto hácia atrás volvia volando,
Ufano con despojos de enemigos,
Al siguro escuadron de sus amigos.

Como nuevo leon, que de la cueva
Há poco que salió la vez primera,
Que ni en las garras ni en las uñas lleva
Su nativo furor y fuerza entera;
Solo en ganado humilde hace prueba,
Que ni acomete á un toro ni le espera;
De esta suerte el mancebo generoso
Se aventura á lo menos peligroso.

Mas viendo entre los griegos á Tideo,
Juzgando su valor por la estatura,
Cudició de el pellejo el gran trofeo
Que sirve de vestido y de armadura;
Y así, con vano y juvenil deseo
Su fuerza prueba en él y su ventura,
Pero solo de léjos ofendiendo,
Ya una flecha y ya un dardo sacudiendo.

De sus débiles tiros provocado
Tideo, puso acaso en él los ojos,
Andando en grandes cosas ocupado,
Donde son mas honrados los despojos,
Y dice: «Ya, mancebo desdichado,
Há rato que conozco tus antojos,
Y que procuras, cual si fueras hombre,
Ganar con muerte honrada un nuevo nombre.»

No con espada ó gruesa lanza quiere
Herirlo, mas con golpe mas ligero;
Y así, con dardo volador le hiere,
Por no manchar en él su noble acero.
Mortal fué la herida, aunque no muere
Luego; y el calidonio, airado y fiero,
Sin hacer caso de él, pasó adelante,
Despreciando el despojo, de arrogante.

«Que no Marte ni Pálas de mi mano,
Dice, recibirán despojos tales;
No tal deshonra el cielo soberano
Permita entre mis hechos inmortales;
No estoy desta vitoria tan ufano,
Que apenas, si dejado sus umbrales
Mi bella esposa por seguirme hubiera,
Alzar despojo tal le permitiera.»

Dijo; y airado cual leon que viene
A embestir gran vacada en campo raso,
Que no en flacos novillos se detiene
Ni de vacas humildes hace caso;
Que el darles muerte por deshonra tiene
Cuando se le atraviesa alguno acaso,
Y solamente la cerviz le agrada
De el toro, que es el rey de la manada;

Tal buscando ocasiones va Tideo,
Que solamente emprende las mayores,
Y en tanto, oyendo de Atis Meneceo
Los míseros gemidos y clamores,
Y viendo que á quitarle el rico arreo
Llegaban ya de Arcadia los mejores,
Salta de el carro, y con furor insano
Dice gritando á un escuadron tebano:

«¿Dónde huyendo vais, oh descendientes
De Cadmo y de los hijos de la Tierra,
Bien de vuestros agüelos diferentes,
Pues infame temor así os destierra?
¿Ya no teneis vergüenza de las gentes,
Que así desamparais en propria guerra
A un noble güesped, que muriendo muestra
Que amparó con ardor la sangre nuestra?

»Muerto por nuestra causa en tierra vemos
A Atis, que solo obligacion tenia,
En la infelice guerra que tenemos,
A su esposa, aun no suya todavía;
Y ¿tantas prendas olvidar podemos?
No tal se cuente en Tébas algun dia.»
Avergonzados de esto, atrás volvieron
Y al mal herido mozo defendieron.

Llorando en tanto en la ciudad estaban
Las dos hijas de Edipo desdichadas,
Que en su desdicha á solas se quejaban,
A un aposento oculto retiradas;
Todas sus desventuras lamentaban,
Las que presentes ven y las pasadas;
Una los ojos de su triste padre,
Y otra llora las bodas de su madre.

Una gime al que en Tébas reina agora,
Esotra al desterrado hermano ausente,
Y cada cual el mal presente llora,
Que ambas la guerra temen igualmente;
De el uno ó de los dos la fatal hora
Gimen cual si estuviera ya presente,
Sin que ninguna declarado hubiese
Cuál de los dos quisiera que venciese.

Ninguna se declara ó determina,
Aunque tácitamente y en su pecho
Al desterrado cada cual se inclina,
Por tener mejor causa mas derecho;
De esta suerte llorando su ruina,
Despues que vuelven al amado techo
De Pandion las aladas hijas bellas,
Repiten sobre el nido sus querellas.

Allí renuevan su pasado llanto
Y desde su principio el triste cuento,
Y piensa el güesped que las oye en tanto,
Que simples voces son que lleva el viento;
Mas en aquel sonoro y dulce canto
Hay conocida causa y fundamento,
Y en aquellas canciones lastimeras
Hay quejas y palabras verdaderas.

Llorando así las miseras hermanas
Con suspiros y lágrimas iguales,
«¿Qué, Ismene dice, furias inhumanas
Pueden así afligir á los mortales?
¿Qué fe burlada ó qué sospechas vanas,
Con tan claras imágines de males,
Pueden atormentar con su cuidado
A quien duerme siguro y descuidado?

»Yo, que aunque Tébas de su paz gozara
Y de las armas el temor no hubiera,
Nunca en tratar mis bodas me ocupara,
Ni aun sé si á imaginarlo me atreviera,
Esta noche entre sueños vi á la clara
La imágen de mi esposo verdadera,
Esposo solamente prometido,
Visto apenas y apenas conocido.

»Vi en efecto entre sueños claramente
La ciudad con mis bodas alegrarse,
Y luego alborotarse de repente,
Y las hachas nupciales apagarse;
Y á su madre entre todos impaciente,
No quiriendo con nada consolarse,
Que iba tras mí y el hijo me pedia
Con gritos que en el cielo los ponia.

»¿Qué lágrimas ó nueva desventura
Aqueste triste ensueño trae consigo?
Qué nuevos casos de la guerra dura
Tan poderosos han de ser conmigo?
Que á mí, como haya en Tébas paz sigura
Y nuestros campos deje el enemigo,
Y haga con nuevo amor amistad firme
En mis hermanos, ¿quién podrá afligirme?»

Aquesto Ismene á Antígone decia,
Cuando oyen de repente un son horrendo,
Que les dejó la sangre helada y fria,
Sin saber la ocasion del gran estruendo;
El real palacio resonar se oia
De los muchos que en él entran gimiendo
Con Atis infelice y mal logrado,
No muerto, aunque del todo desangrado.

Entró sobre su escudo el mozo bello,
Puesta la débil mano en la herida,
Erizado en la frente su cabello,
Madeja de oro en sangre ya teñida,
Ya casi dando el último resuello,
Parece que entra á despedir la vida
Entre los brazos de su esposa amada,
Prenda de el alma en vano deseada.

Y así, ruega á la suegra congojosa,
Que es la primera que á encontrarlo viene,
Le deje ver á su querida esposa,
Y solo acierta á pronunciar Ismene;
Ismene, Ismene, dice, y no otra cosa,
Con las reliquias que de vida tiene;
La voz por el palacio se derrama,
Y Yocasta á su hija á voces llama.

Turbada la doncella con aquesto,
Alzó las manos, con la grande pena,
Por herir el hermoso rostro honesto;
Pero su gran vergüenza las refrena,
Y corre, herida de un dolor funesto,
Y helada y de mortal angustia llena;
Llega donde el mancebo sin aliento
Esta esperando este último contento.

Aquesto le permite solamente
La suegra, y él oyendo el nombre amado,
Alzó algun tanto la pesada frente
Y abrió los ojos, que ya habia cerrado;
Y con la gloria que en mirarla siente
Entretiene el espíritu cansado,
Hasta que, en fin, quedando el cuerpo en calma,
Envuelta en un suspiro salió la alma.

Y porque no su madre estar podia
Presente al triste oficio congojoso,
Ni el venturoso padre, que ya habia
Muerto, en no ver su muerte venturoso;
Ya que la alma del todo despedia,
Dieron á Ismene el cargo de su esposo,
Y ella, el dolor disimulando en vano,
Los ojos le cerró con débil mano.

Mas cuando se vió á solas, no impedida
De alguno que estorbar pueda su llanto,
Con libertad lo llora, ya rendida
Al gran dolor, disimulado tanto;
Con lágrimas le lava la herida,
Y la hermosa Antígone entre tanto
Procura consolarla, mas no puede,
Que el sentimiento á su consuelo excede.

En tanto que esto en la ciudad pasaba,
La airada Tesifon con otro fuego
Y con otras serpientes renovaba
La guerra entre el tebano y campo griego;
Parece que de nuevo comenzaba,
Y que cobrando aliento el furor ciego,
Hace con nuevos y mayores brios
Montes de muertos y de sangre rios.

Principalmente en pié tiene la guerra
El bravo hijo de el famoso Eneo,
Y con sus flechas, que ninguna yerra,
Hace gran mortandad Partenopeo;
De muertos cubre la infelice tierra
Con una lanza fiero Capaneo,
Y Hipomedonte, con igual estrago,
Hace por donde va de sangre un lago.

Pero de el calidonio airado y fiero
Parece que es la gloria de aquel dia;
Que él solo atemoriza al campo entero,
Pues ninguno con él tiene osadía;
Todos se alejan de él con pié ligero,
Y viendo su temor y cobardía,
«Volved, grita, y venid otros cincuenta;
Os vengaréis de la pasada afrenta.

»Y si es poco cincuenta, venid ciento,
Que yo soy el de aquella noche oscura,
Que dí con nunca visto atrevimiento
A cincuenta tebanos muerte dura;
¿Tan presto os olvidais del triste cuento,
Que no vengais aquella desventura?
¿Padres, deudos ó hermanos no tuvieron
Aquellos desdichados que murieron?

»¿Vergüenza no teneis de que se entienda
Que á Micénas volví libre y seguro?
¿No hay otra gente que de mí defienda
Con mas valor el encantado muro?
¿A tan viles soldados encomienda
Su guerra vuestro infame rey perjuro?
Y él, pues le hice tal agravio, ¿adónde
De mi furor y de mi voz se esconde?»

En esto vió que el Rey al otro lado
Habia corrido á detener su gente,
Que en el famoso yelmo coronado
Vió que era el rey tebano claramente;
Corre al punto con paso acelerado,
Cual águila que vió junto á la fuente
Al blanco cisne cuando mas desea
Presa que alivio de su hambre sea.

Dice primero: «Injusto rey tebano,
Ya que veo la ocasion tan deseada,
Aquí á la luz de el cielo soberano
¿Tendrás valor para probar mi espada,
O quieres, temeroso de esta mano,
Esperar á la noche acostumbrada,
Por tener con traiciones mas segura
La vida infame en su tiniebla obscura?»

De aquesto la respuesta el Rey le envia
En una lanza, que volando vino;
Mas de ella el calidonio se desvia,
Ya que llegaba al fin de su camino;
Y aun no pasado el duro tronco habia,
Cuando Tideo el mas pesado pino
Que despidió jamás su brazo fiero
Tiró, que aunque pesado, iba ligero.

Volvieron las deidades celestiales
Los ojos por no ver la lanza fiera,
Que iba ya á poner fin á tantos males;
Pero el golpe torció la cruel Megera,
Porque de aquellas iras inmortales
Nuevas maldades el infierno espera;
Y así, la muerte dilató al tirano
Para que se la dé su propio hermano.

Fué la lanza á parar, llena de muerte,
A Flegias, que de el Rey era escudero,
Y un escuadron, que el gran peligro advierte
De el Rey, á socorrerlo fué ligero;
Que ya porque mejor la espada acierte,
La habia sacado el enemigo fiero,
Y ya le iba á herir, mas su remedio
Fué mucha gente que se puso en medio.

Cual lobo que de noche ya rendido
Al mal armado novillejo tiene,
Y oyendo los vaqueros el ruido,
Un gran tropel á socorrerlo viene;
Mas él, desvergonzado y atrevido,
En nada se repara y se detiene;
Que, aunque ciego de hambre, á nadie hiere,
Que solamente al novillejo quiere.

No de otra suerte airado y arrogante,
Ciego de enojo, al Rey busca Tideo,
Que aunque á muchos tebanos ve delante,
Ninguno satisface á su deseo;
En fin el rostro le rompió á Toante,
Con punta un lado barren á Clineo,
A Deiloco en el pecho, y en la ijada
A Spotado escondió la media espada.

Vuelan llenas celadas por el viento,
Esparce miembros en la tierra fria,
Y ya de armas y cuerpos sin aliento
Delante una estacada hecho habia;
El solo es de la guerra el fundamento,
Y en él se gasta solamente el dia;
Todo el campo tebano le desea
La muerte, y todo junto lo rodea.

Vuela de hierro un torbellino crudo,
Y de lanzas y flechas sacudidas
Grande parte se queda en el escudo,
Y algunas son de Pálas detenidas;
Otras que á un tiempo reparar no pudo,
A ensangrentarse llegan atrevidas,
Que ya por muchas partes está abierto
El gran pellejo de que está cubierto.

Ya pobre y sin adorno la celada,
Su no temido fin le pronostica
Con infelice agüero, despojada
De Marte, que sirvió de pluma rica;
Ya con el grande peso fatigada,
Su fuerza á reparar solo se aplica,
Y en cualquier parte de su cuerpo un rio
Hace, mezclado en sangre, el sudor frio.

El yelmo, que de amparo le ha servido,
Le hace ya mas daño que provecho;
Que de tantas pedradas sacudido,
Está abollado todo y muy estrecho;
Los suyos, que ayudarlo no han podido,
Voces le dan en vano, y ya deshecho,
Cansado, sin aliento y anhelando,
Ve á Pálas, que se aparta de él llorando.

Iba al cielo por ver si con el llanto
Que por su amado calidonio vierte,
Puede mover á Júpiter, y en tanto,
Viéndola ausente, se atrevió la muerte;
Que una lanza de fresno pudo tanto,
Que encaminada en venturosa suerte,
Aunque de mano infame sacudida,
Le abrió el costado y le quitó la vida.

Fué Menalipo el que dichosamente
El fresno sacudió, que bien quisiera,
Con el temor que de la muerte siente,
Que de el golpe el autor no se supiera;
Mas mostrólo el contento de la gente,
Que en celebrar su gloria persevera;
Gimen los griegos, y del caso ufanos,
Un gran clamor alzaron los tebanos.

Y mucha gente habiéndose juntado
De Calidonia, á socorrerlo llega,
Y él, de que le socorran enojado,
Despreció su favor con ira ciega;
Y viendo á Menalipo acobardado,
Que la mano escondió y el golpe niega,
Alcanzó de él el último trofeo
Con una lanza que le ha dado Opleo.

Fué, en fin, aqueste su blason postrero;
Que las pocas reliquias de su vida
Para arrojarla recogió primero,
Y así voló con rabia sacudida.
Rotas las venas, un arroyo entero
Arrojaron de sangre detenida,
Y aun otra lanza con furor pedia,
Sin ver la mucha sangre que perdia.

Los tristes compañeros, que su muerte
Ven á la clara, y que por cada parte
Un grande arroyo de sangre vierte,
Por fuerza le hicieron que se aparte,
Diciendo que despues con mejor suerte
Volverá al gran rigor de el fiero Marte;
Y así, salen con él, habiendo hecho
Con dos escudos un pequeño lecho.

Mas él ya poco á poco conocia
Obscurecerse el cielo y apartarse,
Y con el hielo de la muerte fria
El valor de sus miembros acabarse;
Y con la rabia que en morir sentia,
Estribando en la tierra por pararse,
«Tened lástima, dice, oh gente griega,
Que ya mi muerte apresurada llega.

»No pido que estos miembros desdichados
A Argos á mi afligida y triste esposa,
O á Etolia al viejo padre sean llevados,
Adonde estén en sepoltura honrosa;
Que no pena me dan esos cuidados,
Pues siempre aborrecí como enfadosa
Esta carga mortal que queda en calma
Y fácilmente desampara la alma.

»Pero si yo tan venturoso fuera
Que tu cabeza alguno me trujese,
Oh fiero Menalipo, y que te viera
Antes que el cuerpo al alma despidiese,
Menos mi muerte y mi dolor sintiera,
Que aunque al morir mi lanza sacudiese,
Muerto estás ya, que no pudo engañarme
La virtud que cobré para vengarme.

»Tú, que con sangre del famoso Atreo,
Oh Hipomedonte, osado te ennobleces,
Corre por ella; y tú, Partenopeo,
Que tanta gloria en tierna edad mereces;
Tú, el mayor de los griegos, Capaneo,
Que mas con tu valor nos favoreces,
Reciba yo esta gracia de tu mano,
Si ya, muriendo al fin, no ruego en vano.»

Movidos desto, con ligera planta
Todos á obedecerle van volando;
Mas Capaneo á todos se adelanta,
Y halló á Menalipo ya espirando;
Al punto de la tierra lo levanta,
Y el grande peso en la cerviz cargando,
La mano izquierda en sustentarlo entiende,
Y en tanto la derecha lo defiende.

No de otra suerte Alcides vitorioso,
Aunque sudando, en Argos entró un dia,
Cargado con el puerco riguroso
Que de Arcadia los campos destruia;
Al rumor alentado y animoso,
Con rostro lleno de ira y de alegría,
Tideo á ver la tanto deseada
Levantó su cabeza fatigada;

Y viendo el rostro al despedir la vida
Cerrar los ojos y que á helarse empieza,
Se conoció á sí mismo en la herida,
Y mandó que le corten la cabeza;
Y viéndola del cuerpo dividida,
Por mirarla á su gusto se endereza;
Algun tanto, mirándola, respira,
Y con mas gusto la contempla y mira.

Luego con furia insana y rabia fiera,
De verla ya sin alma aun no contento,
La comenzó á morder cual si tuviera
La cabeza sin alma sentimiento;
Tanto lo instimuló la cruel Megera,
Que estando ya sin vida y sin aliento,
Muchos que su inhumana hambre vieron,
Quisieron estorbarlo y no pudieron.

Pálas en esto se tornaba al suelo
A dar honra inmortal al cuerpo amado,
Habiendo solamente este consuelo
De el Padre de los dioses alcanzado;
Y viendo con extraño desconsuelo
Con viva sangre el rostro ensangrentado,
Volvió el divino suyo, no pudiendo
Sufrir el inhumano caso horrendo.

De su inhumanidad formó querellas,
Y erizadas las sierpes de su escudo,
Todas se levantaron, y con ellas
Cubrir su rostro soberano pudo;
Y antes que se volviese á las estrellas,
De aquel acto inhumano, torpe y crudo
Se purgó en agua elisia y santo fuego,
Y al cielo á descansar se volvió luego.

LIBRO NOVENO.

ARGUMENTO.

Oféndense los tebanos de la crueldad de Tideo. Teócles incita á los suyos á la venganza. Llega la nueva de la muerte de Tideo á oidos de Polinice. Hace gran sentimiento sobre su cuerpo. Quiérese matar. Apártalo su suegro Adrasto. Acuden los tebanos con su rey á impedir la sepultura de Tideo. Defiéndelo Hipomedonte, dando muerte á muchos. Hácelo retirar la furia Tesifonte, fingiendo que llevan preso al rey Adrasto. En tanto se llevan los tebanos el cuerpo de Tideo. Vuelve furioso Hipomedonte á vengar la injuria de Tideo. Sube en el caballo de Tideo, y arrójase al rio Ismeno en siguimiento de los tebanos. Da muerte á muchos dellos, y entre ellos á Creteo, hijo de una ninfa de aquel rio. Aumenta Ismeno sus aguas. Vese Hipomedonte perdido entre ellas. Juno se queja á Júpiter por el peligro de Hipómedonte. Júpiter manda á las aguas que se recojan. Sale Hipomedonte á la orilla, donde un escuadron de tebanos lo acaba de matar. Quítale Ipseo la celada, y pónela en una lanza, mostrándola al campo, publicando su muerte. Capaneo acude á la venganza. Atalanta pide á Diana favorezca á su hijo Partenopeo. Acude la Diosa á darle favor, con el cual hace valerosos hechos, quitando las vidas á muchos, y no le puede defender la suya, pues muere á manos de Anfion.

Publicada la rabia de Tideo,
Amigos y enemigos se ofendieron
De aquel acto inhumano, injusto y feo,
Y los tebanos mas se embravecieron;
Los mismos griegos en el campo aqueo
Menos gemidos por su muerte dieron,
Culpando su furor, con que ha deshecho
La ley de un odio justo y el derecho.

Y aun Marte, el mas soberbio y riguroso
De los dioses de el cielo soberano,
Aunque entonces andaba mas furioso,
Ya ofendiendo al argivo y ya al tebano,
Dicen que torció el carro poderoso,
Ofendido de aquel acto inhumano,
Que aun sus mismos caballos impacientes
Al cielo alzaron las airadas frentes.

Viendo de Menalipo profanado
El honor justo de el debido fuego,
Corre á vengarlo el campo alborotado,
Y á estorbar el sepulcro al fiero griego;
No menos ofendido y enojado
Que si de sus agüelos el sosiego
Y los sepulcros profanado hubiera,
Los güesos dando á la ave y á la fiera.

El mismo Rey, que la ocasion entiende,
Que tanto á su propósito desea,
Los provoca á furor y los enciende,
Y corriendo delante, así vocea:
«¿Quién de esta gente la amistad pretende,
O quién habrá que tan piadoso sea,
Que piedad tenga de la gente griega,
Que ya al extremo de inhumana llega?

»¡Oh rabia y furor bárbaro! ¿Aun no habemos
Con nuestra sangre en tantas ocasiones
Hartado sus aceros, que así vemos
Destrozar los ya muertos corazones?
No penseis que la guerra aquí hacemos
Sino con fieras, tigres ó leones,
Pues muerto aquel, aun muerde todavía
De su enemigo la cabeza fría.

»Gentil consuelo en medio de la muerte,
Con inhumana y bárbara comida
Satisfacer al gusto, y desta suerte
Vengar su ofensa y despedir la vida;
Basta si el odio en ellos es tan fuerte,
Y la rabia y crueldad tan recibida,
A servirles de espadas, solamente
Las armas use la tebana gente.

»Venza su rabia, y con furor insano
De la vitoria alcancen el consuelo,
Con tal que mire el Padre soberano
Semejantes maldades desde el cielo;
Si tal crueldad no cabe en pecho humano,
¿De qué se admiran si los traga el suelo?
Que de su propria tierra ya me espanto
Cómo los ha podido sufrir tanto.»

Esto diciendo, airado se abalanza,
Hiriendo aprisa al corredor ligero,
Y blandiendo una gruesa y dura lanza,
Enciende en su furor al campo entero;
Todos, con igual furia y esperanza
De privar de sepulcro al griego fiero,
Corren en gran tropel, con gran ruido,
A hacer guerra al cuerpo aborrecido.

Así banda de cuervos va rompiendo
El aire, cuando el viento inficionado
Los lleva adonde algun estrago horrendo
Gran multitud de muertos ha dejado;
Resuena el güeco cielo al gran estruendo
De el hambriento escuadron desordenado,
Y el campo con su estruendo y sus clamores
Desocupando van de aves menores.

Corre apriesa la fama pregonera,
Y por el campo griego el cuento lleva,
Que siempre entonces corre mas ligera
Cuando va á dar alguna mala nueva;
Atónito al pasar deja á cualquiera,
Y con fuerza mayor la voz renueva,
Llegando adonde estaba Polinice,
Descuidado de fin tan infelice.

Helóse, y cual si fuera piedra fría
Mudo quedó, sin alma y sin aliento,
Pegóse el llanto, que salir quería,
Con un nuevo linaje de tormento;
De Tideo el gran valor le persuadia
Que no creyese el infelice cuento,
Y él mismo le aconseja que lo crea,
Que no hay mal cuento que verdad no sea.

Pero luego que el caso lastimero
Y la verdad mas clara y entendida
Se supo de uno y otro mensajero,
Poco faltó para perder la vida;
Helado el corazon de el dolor fiero,
Ciegos los ojos y la voz perdida,
Retróse la sangre de las venas,
Tanto, que pudo en piés tenerse apenas.

Sale en efeto el llanto detenido,
Y arroyos de agua por el yelmo llueve,
Y luego sin aliento y sin sentido
Los ya turbados piés despacio mueve;
Cual si con mill heridas impedido,
Esperara la muerte en tiempo breve;
Tal iba, que aun la lanza no podia
Llevar, y así arrastrando le seguia.

Amigos le acompañan, que gimiendo
Le muestran el amado cuerpo frio;
Suelta al punto las armas, y cayendo
Sobre el cuerpo de espíritu vacío,
Mudo le da mill besos, y vertiendo
Sobre la sangre de su llanto un rio,
Contra la fuerza de el dolor prolijo
Soltó la triste voz, y aquesto dijo:

«¿Es este el premio, y la merced es esta,
Por tantas amistades merecida?
¿Así te pago en guerra tan funesta,
Oh suprema esperanza de mi vida?
¿Tanto mi loca pretension me cuesta,
Corona infame, en vano pretendida,
Que en aquesta enemiga tierra mia
Muerto estás, y yo vivo todavía?

»Agora desterrado soy de veras;
Agora, que el mejor de dos hermanos,
Por quien yo desplegaba mis banderas,
Me han quitado los hados inhumanos;
Cese el rigor de aquestas armas fieras,
Haya paz entre argivos y tebanos;
Que no quiero ya el reino, ni deseo
Cetro que no me puede dar Tideo.

»Volvéos, oh griegos, y dejad la guerra,
Que ya no es menester el duro acero;
Dejadme solo en la perjura tierra
Por presa á mi enemigo hermano fiero;
No tan vana ambicion en mí se encierra,
Que muerto el que era hermano verdadero
Quiera reinar; pues ¿qué podrá alcanzarse,
Que pueda á tan gran pérdida igualarse?

»¡Ay suegro amado, ay Argos, y ay contienda,
Ira breve de aquella noche obscura,
Que de un amor eterno fuiste prenda
Para acabar en tanta desventura!
Pluguiera á Dios que aquella noche horrenda
Me dieras, pues pudiste, muerte dura,
Y que de el viejo Adrasto en los umbrales
Muriera la ocasion de tantos males.

»Y no solo tu noble y fuerte mano
Me perdonó la vida, que es tu muerte;
Pero despues á mi enemigo hermano
Fuiste por mí con pecho osado y fuerte;
¿Quién, sino tú, volviera tan ufano
De peligro tan grande? ¡Ay dura suerte!
¿Qué mas, si la corona pretendieras
Para tí mismo, en tu favor hicieras?

»Ya la fama, á Peritoo y á Teseo,
Y ya al piadoso Telamon callaba,
Que con nuestra amistad, oh gran Tideo,
La de ellos poco á poco se olvidaba;
Agora ¡cuál estás y cuál te veo,
De tanta flecha aguda hecho aljaba!
¿Qué escuadron tan osado fué contigo?
¿Cuál sangre es tuya y cuál de tu enemigo?

»¿Quién tan grandes heridas pudo darte?
¿Y á cuál de tantas llegaré primero,
Pues no hay sana en tu cuerpo alguna parte?
¿Serviste á todo el campo de terrero?
Antes, si no me engaño, el mismo Marte,
Que no fuera bastante el campo entero,
De envidioso, te puso desta suerte;
El sacudió su lanza y te dió muerte.»

Aquesto dijo; y pensativo y triste
Un arroyo de lágrimas hacia,
Y cuando mas al gran dolor resiste,
Besando aquella helada sangre fria,
Vuelve á decir: «¿Que tanto aborreciste
Por mi amor la enemiga patria mia,
Y yo, ingrato á tal odio y amor tanto,
Solo te pago con inútil llanto?»

La espada, esto diciendo, habia sacado
Para darse la muerte; pero luego
Sus amigos con él se han abrazado,
Que allí estaba la flor de el campo griego;
Principalmente Adrasto, que, turbado
Viendo de el triste yerno el furor ciego,
Cuenta, por consolar su desventura,
Mill varios casos de la guerra dura.

Luego de su furor le reprehende,
Quitándolo de allí porque no vea
Aquel fiero dolor, que así lo enciende,
Que por librarse de él morir desea;
La espada envaina al fin, y aunque pretende
Quedarse allí hasta que muerto sea,
De el cuerpo amado á su pesar se aleja,
Y de su suegro y su piedad se queja.

Tal iba, como toro que ha perdido
Al compañero suyo, prenda amada,
Que estando bueno, á un mismo yugo asido,
Muerto cayó sin acabar la obrada;
Vuelve solo al cortijo conocido,
La cerviz con el yugo fatigada,
Aunque dando bufidos, y á su lado
Le lleva el medio el labrador cansado.

En esto un escuadron de armada gente
Trujo el tebano rey á aquella parte,
Tan grande, tan osado y tan valiente,
Que pudiera embestir al fiero Marte;
Y el bravo Hipomedonte solamente
Para enfrenar su furia ha sido parte,
Que sin mover los piés parado aguarda,
Y á los mas atrevidos acobarda.

Tal levanta de el mar peñasco exento
La alta cabeza, en vano combatida,
Ya del agua enojada y ya del viento,
Ya con rayos de Júpiter herida;
Bátela con rigor cada elemento,
Y de agua, viento y rayos sacudida,
Firme está siempre, y nave peregrina
De léjos mira y teme su ruina.

Primero que ninguno el rey tebano,
Sacudiendo una lanza, que ligera
Salió de su atrevida airada mano,
A los griegos habló de esta manera:
«En presencia de el cielo soberano,
¿No os correis de amparar aquesa fiera?
Que si es infamia eterna de la guerra,
¿Por qué sepulcro le ha de dar la tierra?

»Por cierto gran virtud, hazaña honrosa,
Ponerse á defender un mónstruo horrendo,
Y llevarlo á los brazos de su esposa
Porque lo lleve á sepultar gimiendo;
Yo os asiguro al menos de una cosa,
Si lo estáis por aquesto defendiendo,
Que ni el lobo hambriento ni otra fiera
Comerán de él, ni la ave carnicera.

»Y aun estoy por decir que el mismo fuego,
Cuando con él quisieseis abrasarlo,
Huirá tambien del inhumano griego;
Así que, no cureis de sepultarlo.»
Aquesto dijo solamente, y luego
Sacudió el duro pino, que enclavarlo
Creyó en la altiva y orgullosa frente,
Pero llegó al escudo solamente.

De siete duras planchas era hecho,
Y en la segunda se quedó enclavado;
Féres y Lico con osado pecho,
Cada cual una lanza le ha arrojado;
Fué la que tiró Lico sin provecho,
Que en medio de el camino se ha quedado;
Pero esotra de Féres, mas osada,
Las plumas le quitó de la celada.

El, inmovible y sin mover la planta,
A un tiempo de mil golpes se defiende,
Que ni un pié vuelve atrás ni se adelanta,
Mas con un dardo alguna vez ofende;
Y con valor y diligencia tanta
En defender su amado cuerpo entiende,
Que ya atrás, ya á los lados, ya delante,
Lo mira cuidadoso y vigilante.

No de el lobo defiende de otra suerte
Vaca parida al novillejo tierno,
Y esgrime, por librarlo de la muerte,
En torno de él el uno y otro cuerno;
Y cual si fuera un toro bravo y fuerte,
Con no menos valor y igual gobierno,
Sin temor, y ligera como el viento,
Anda mirando al animal hambriento.

En esto, aunque de tantos ofendido,
Para ofender tambien halló camino,
Que con Alcon robusto y atrevido
Ida el pisano á socorrerlo vino;
Y habiéndole otros muchos acudido,
Sacudió una gran lanza, un grueso pino,
Que volando salió con tal presteza,
Que una flecha igualara en ligereza.

De parte á parte pasa en un instante
A Polites, y en él no detenida,
Mata á Cidon, á Mopso y á Falante
La dura lanza, en tantos no rompida;
A Erice tambien llega, que, inorante,
Sin miedo estaba de perder la vida,
Y algunos dardos que tirar pedia,
Y para aquesto el rostro atrás volvia.

Entró por la cerviz el hierro agudo,
Pasa á la boca, y de ella sale al punto,
De suerte que al salir mirarla pudo,
Lleno de admiracion, aun no difunto;
Murmura solamente helado y mudo,
Escupe sangre, y ya á la muerte junto,
Los dientes y la vida á un tiempo pierde,
Y con rabia al morir el hierro muerde.

Con atrevida mano Leconteo,
Que entre otros muchos escondido andaba,
Asió por los cabellos á Tideo,
Y de ellos arrastrando lo llevaba;
Y ciego y pertinaz en su deseo,
Por mas que Hipomedonte amenazaba,
Cuando iba con su muerto mas ufano,
Perdió de un golpe la derecha mano.

Y Hipomedonte habiéndola cortado,
«El muerto dice que arrastrando llevas
Esa mano atrevida te ha quitado
Para que á los difuntos no te atrevas;
Teme el rigor del enemigo hado,
Y lleno de escarmiento vuelve á Tébas,
Adonde contarás por caso cierto
Que te quitó la mano un hombre muerto.»

Tres veces los tebanos se llevaron
Aquel aborrecido cuerpo frio,
Y tantas los argivos lo cobraron
Con doblabo furor y mayor brio;
Tal vez de aquesta suerte arrebataron
En el mar de Sicilia algun navío
Dos vientos, y á pesar del marinero,
Ya adelante y ya atrás corre ligero.

No al bravo Hipomedonte, argivo Marte,
Si todos los tebanos se juntaran,
Para quitarle el cuerpo fueran parte,
Ni de él un solo punto lo apartaran;
No instrumentos, ingenio, industria y arte
Contra su gran valor aprovecharan;
Que á tanto asalto impenetrable y duro
Está, como si fuera un fuerte muro.

Mas, como tanto en la memoria tiene
Su promesa la airada Tesifonte,
Y que para obedecer su rey conviene
Que se aparte primero Hipomedonte,
Con una estratagema al campo viene,
Haciendo estremecerse el horizonte,
Y al punto un nuevo horror sintieron luego
Los de el tebano y los de el campo griego.

No el riguroso azote ha sacudido,
Fuego como otras veces derramando,
Y sus cabellos, sin hacer ruido,
Obedecen su voz y van callando;
Finge que es allí un griego conocido,
Con tierno rostro, aleminado y blando,
Que de el temor turbado y descompuesto,
A Hipomedonte corre y dice aquesto:

«¡Oh el mas famoso de la griega gente!
Con pecho valeroso y fuerte mano
A un muerto defendiendo solamente,
¿A qué el tiempo gastando estás en vano?
Y en tanto Adrasto, con turbada frente,
Preso en poder de un escuadron tebano,
A tí te llama, á tí, con mano y lengua,
Pidiéndote favor en tanta mengua.

»¡Cuál lo vi, ay duro caso, sin corona,
Que las canas en sangre ya teñia,
Sin honor, descompuesta la persona,
Que el tebano mas vil se le atrevia!
Pues todo el mundo tu valor pregona,
Socorre al noble rey, que aun todavía
Estará vivo, y no muy léjos queda,
Que aquí está en esta grande polvareda.»

Temblando aquesto dice, y llora en tanto,
Y el valeroso príncipe le mira
Con miedo oculto, con horror y espanto,
Y de tan grande novedad se admira;
Ya la sigue y da crédito á su llanto,
Ya mira al cuerpo amado y se retira;
Honor le llama, pero amor lo impide,
Y la furia infernal aquesto añide:

«¿No vamos? ¿Quién te estorba? ¿En qué reparas?
¿Un cuerpo helado basta á detenerte?
¿A un vivo rey captivo desamparas,
Y defiendes á un muerto desta suerte?
¿Qué has de sacar de aquí si al Rey no amparas,
Pues que todo se pierde con su muerte?»
Oyendo aquesto, á su pesar se aleja,
Y á otros encomendado el cuerpo deja.

Corre siguiendo á su engañosa guia,
Y triste de que el cuerpo se dejase,
De rato en rato el rostro atrás volvia
Para tornar si alguno lo llamase;
Tras de ella en vano aquí y allí corria,
Y como ya muy léjos se quedase,
El cuerpo amado, en vano defendido,
Perdió de vista el rostro fementido.

Las armas deja, el hábito y semblante
La infernal furia, y derramando fuego,
Todas sus sierpes sacudió al instante
En la celada de el famoso griego;
Los ojos abre al punto, y ve delante
Con los suyos á Adrasto en gran sosiego
Sobre su carro, en libertad sigura,
Y sin temer alguna desventura.

Los tebanos en tanto habian ganado
El cuerpo, y publicando su contento,
Un gran clamor al cielo han levantado,
Al inmenso rumor resuena el viento;
El bravo Hipomedonte, que apartado
Oyó en aquel clamor el triste cuento,
De el dolor y coraje que recibe,
Gime y á la venganza se apercibe.

¡Oh gran poder de el hado riguroso!
Con libertad el vulgo vil se lleva
Al gran Tideo, en armas tan famoso,
Ni hay alguno que ya no se le atreva;
Aquel que á todos fué tan espantoso,
Ya á caballo de ti haciendo prueba,
Y ya corriendo á pié, con varios modos
Todos lo buscan y le ofenden todos.

Locos de el gran contento los tebanos,
Lo despedazan, y por grande gloria
Tienen en él las armas y las manos,
Cual si en esto estuviera la vitoria;
El fuerte y el cobarde, muy ufanos,
Guardan como blason de ejecutoria
Aquella noble sangre en sus aceros,
Nobleza de los nietos venideros.

No africanos pastores de otra suerte
Celebran su placer y su alegría,
Si alguno por engaños dió la muerte
A gran leon que el campo destruia,
A quien el toro mas osado y fuerte
Y el mas valiente cazador temia,
Tanto, que aunque hambrientos, encerrados
Siempre en la choza estaban los ganados.

Las manadas, el campo y labradores,
Ya sin temor de el animal terrible,
Se alegran, dando al cielo mill clamores,
Y aun les parece á muchos increible;
Todos lo están mirando, y los pastores
Cuentan sus daños y su estrago horrible,
Y los demás, que atónitos lo miran,
Con atencion escuchan y se admiran.

Hipomedonte, aunque á la clara siente
Que va tarde y en vano á socorrerlo,
A vengarlo corrió ligeramente,
Ya que otra vez no pueda defenderlo;
Entre la griega y la tebana gente,
Como alguno se atreva á detenerlo,
No hace diferencia; que su acero
Abre lugar por donde va ligero.

Mas con la mucha sangre humedecida,
La tierra toda resbalosa estaba,
De armas, cuerpos y carros impedida,
Y á su pesar el paso le estorbaba;
Y él en el muslo izquierdo una herida
De mano de el tebano rey llevaba,
Que hasta entonces no la habia sentido,
O la disimulaba, de corrido.

Y de ella alguna sangre derramando,
El daño siente; pero en esto Aopleo
Lo vió triste, parado y sollozando
Por la infelice muerte de Tideo;
Fué su fiel compañero desde cuando
Huyendo vino de su padre Eneo,
Y agora de escudero le sirvia,
Y el caballo de riendas le traia.

Aun no sabe el caballo generoso
Que es muerto el amo, y con furor relincha,
Y aunque á pesar de el freno riguroso,
Los dientes muestra y las narices hincha;
Batiendo apriesa el corazon furioso,
Hace alargar á la pretada cincha,
Corrido de que el dueño en la batalla
Gusta de andar sin él y á pié se halla.

Subir Hipomedonte en él queria;
Mas el bravo animal, soberbio y fiero,
Que otro alguno jamás sufrido habia,
Sino á Tideo, su señor primero,
Da bufidos, se empina y se desvia,
Respetando á su dueño verdadero;
Y como de esto la ocasion entiende
Hipomedonte, así lo reprehende:

«¿Qué huyes, infelice, pues ya esperas
De tu señor el dulce peso en vano?
No ya verás de Aqueloo las riberas
Ni pacerás de Etolia el campo llano;
Ya que te han muerto á tu señor, no quieras
Ir captivo á servir á algun tebano,
Que su alma agraviarás de aquesta suerte,
Mas vén conmigo y vengarás su muerte.»

Como si lo entendiera, humilde luego
Bajó los brazos y inclinó la frente,
Toma las riendas el famoso griego,
Y con él pasa como rayo ardiente;
Fiero Centauro así, de furor ciego,
De el Osa por sus nieves inclemente
Baja, que el animal la tierra espanta,
Y el hombre atemoriza á cada planta.

Ciérranse los tebanos escuadrones,
Mas él entre ellos con furor se encierra;
Armas, carros, caballos y varones
Destroza y tiende en la enemiga tierra;
Vense desamparados los pendones,
Y él solo á todo un campo hace guerra,
Dejando muchos cuerpos sin cabezas,
Y otros deshechos en menudas piezas.

Los tebanos con planta fugitiva
Llegan á la ribera del Ismeno,
Que, aunque pequeño arroyo, entonces iba
Mas que otras veces bravo y de agua lleno;
Las peñas y los árbores derriba,
Escóndense los campos en su seno,
Y al rumor y bramidos de sus ondas
Retumba el eco en sus cavernas hondas.

Atónito y turbado el mas valiente
De aquella nunca vista maravilla,
Temiendo el gran furor de la corriente,
No osó pasar y se quedó en la orilla;
Y tanto allí se amontonó la gente,
Que el mismo rio se asombra y maravilla
De ver que en tantas armas y banderas
El sol hiere, que enciende sus riberas.

Pero poco la gente allí sosiega;
Que una pesada lanza sacudiendo
El fiero Hipomedonte, á la cual llega,
Y todos alzan un clamor horrendo;
Turbada de el temor, la gente ciega
Se arroja á la corriente, y no quiriendo
Que la agua los defienda de su fuego,
Tras de ellos salta Hipomedonte luego.

Cuál arroja el escudo y cuál la espada,
No pudiendo con ellos defenderse,
Y cuál se quita el yelmo y la celada,
Quiriendo entre las aguas esconderse;
Y así, con la cabeza desarmada
Con peligro mayor deja caerse,
Y en cuanto le permite su resuello,
El cuerpo esconde desde el pié al cabello.

Alguno que pensó escaparse á nado,
Se ahoga, ó de las armas impedido,
O de la espada, que ceñida al lado,
Le añidió peso y le apretó el vestido;
No de otra suerte el mar se ha alborotado
Algunas veces, que delfín temido
De los menores peces va nadando,
Los secretos de el mar escudriñando.

Huyen de él todos con temor y espanto,
Y escóndese en las peñas cada pesce,
O entre las verdes algas, hasta tanto
Que encima de las ondas resplandesce,
Adonde, ó ya mirando al cielo santo
Gusto recibe, ó ya que se le ofrece
Leño veloz que el mar sulcando viene,
Mirándolo se para y se entretiene.

Desta suerte, á pesar de la corriente,
El griego á los tebanos ahuyenta,
Rige el freno y las armas juntamente,
Y encima de las aguas se sustenta,
Y con los piés y piernas diligente
Gobierna al animal, que en vano intenta
Asentar en la arena deseada
La planta, á pisar tierra acostumbrada.

A Ion da muerte Cromio, y luego muere
Cromio á manos de Antifo, insigne griego;
Ipseo con una lanza á Antifo hiere,
Y Astiage tras de Antifo muere luego;
Lino muere tambien, que en agua quiere
Que sus años acabe el hado ciego;
Y así, ya que llegaba á la ribera
Hizo una lanza que ahogado muera.

Huyen de Hipomedonte los tebanos,
Y los argivos del famoso Ipseo,
Y de ambos teme las airadas manos
El turbio Ismeno, ya sangriento y feo;
Que en medio están de su corriente ufanos,
Haciendo estrago con igual trofeo,
Y ninguno volver quiere á la tierra
Sin morir y acabar allí la guerra.

Mil cabezas y miembros desdichados,
Nadando, unos con otros se revuelven,
Y brazos de sus cuerpos apartados
Por volver á juntarse al agua vuelven;
Ricos arcos y escudos destrozados
Las fieras olas en la arena envuelven,
Y corren las celadas sobre el rio,
Sirviendo cada pluma de navío.

Lanzas y dardos por encima andaban,
Que sumirse en las aguas no podian;
Mas lo hondo los cuerpos ocupaban,
Y allí guerra de nuevo se hacian;
Adonde, aunque la muerte deseaban,
Con heridas mortales no morian,
Porque llegaban, al salir la vida,
Las olas y cerraban la herida.

Agrio, un muchacho, á un olmo se habia asido,
Y aquí se lo llevaba la corriente,
Mas Meneceo los brazos le ha partido,
Y al agua abajó el cuerpo solamente;
Tronco solo en efecto no regido
De mano que nadando lo sustente,
Y viendo el olmo, con dolor suspira,
Como sus brazos en su tronco mira.

Ipseo á Sage hirió con dura mano,
Y entre las aguas ya mortal se esconde;
Llamábalo Agenor, su amado hermano,
Pero sola su sangre le responde;
Y viendo el triste que lo llama en vano,
Y que le avisa aquella sangre adónde
Fi cuerpo amado está, se arroja al rio,
Lleno de amor y de temor vacío.

Hállalo ¡ay miserable! en dura suerte,
Pues á hallar su desventura viene,
Que el triste Sage con abrazo fuerte,
Muriendo, entre las aguas lo detiene;
Y aunque los brazos le aflojó la muerte,
Y lugar Agenor y fuerza tiene
Para dejar su hermano y desasirse,
Por no salir sin él quedó á morirse.

Galeto á un enemigo amenazaba,
Y ya la espada desnudado habia,
Y cuando el fiero brazo levantaba,
Hizo un gran remolino la agua fria;
Tragóselo en el proprio ser que estaba,
De suerte que ya el rostro se escondia,
Ya el brazo, ya el cabello y ya la espada,
Que en vano estaba en alto levantada.

Mill diferencias una muerte ha hecho,
Que allí mill modos de morir ordena;
Iba Agirtes nadando sin provecho,
Y una lanza llegó, de muerte llena;
Entró por un riñon y salió al pecho,
Y revolviendo el rostro en tanta pena,
Ningun contrario vió; que solamente
Lo hirió el gran furor de la corriente.

Hizo otra dura lanza sacudida,
Aunque incierta, con brazo valeroso,
En las espaldas una gran herida
Al caballo de Etolia generoso;
Pendiente azota, al despedir la vida,
El aire y agua el animal furioso,
Deja la silla Hipomedonte presto,
No turbado, aunque triste por aquesto.

Pero de un gran dôlor atravesado,
Sintiendo de el caballo la ruina,
De la herida el hierro le ha sacado,
Y dando un gran gemido, á pié camina;
Y fiero mas que nunca y enojado,
O morir ó vengarlo determina;
Y así, con esta furia dió la muerte
A Nomio el flojo y á Mimanto el fuerte.

Hiere á Lica y Liceto á un mismo punto,
Este de Euboea, pero aquel tebano;
Deja á un hijo de Tespio allí difunto,
Sin querer ofender al otro hermano;
Que viendo lo que estaba al muerto junto,
Y que la muerte procuraba en vano,
«Vive, le dice, y solo vuelve á Tébas,
Y allá darás de mi piedad las nuevas.

»Y no podrás, pues solo te has quedado,
Engañar con la grande semejanza
Al padre tantas veces engañado,
Y esto quiero que debas á mi lanza;
Gracias le doy al cielo, que ha ordenado
Esta batalla aquí, donde esperanza
No tendréis, en tan grande desventura,
De dar á vuestros muertos sepultura.

»Todos iréis al reino de Nereo,
Y á tanto mónstruo como el mar encierra
Serviréis de comida, y así creo
Que tendréis en el mar segunda guerra;
No envidia al menos os tendrá Tideo,
Que aunque sin honra en la desnuda tierra
Se queda, al fin en tierra se resuelve,
Y aunque sin fuego, á su principio vuelve.»

Con estos y otros dichos los aflige,
Dolor á las heridas añidiendo,
Y ya el escudo y ya la espada rige,
Ya tiempo reparando y ya hiriendo,
Y ya nadando alguna vez corrige
La corriente furiosa, recibiendo
Lanzas que iban nadando, arrebatadas
De el rigor de las aguas enojadas.

Mata á Teron, que acompañar solia
Por los montes la diosa cazadora,
A Erse de un tajo, y de un revés á Gia,
Un tiempo labrador, soldado agora;
A Ergino hiere, que pescando habia
Gastado el tiempo, y ya la fatal hora
Lo halló á punto que á morir se encierra
Entre los peces, á quien hizo guerra.

Muere Creteo, un tiempo marinero,
Despreciador de el mar, y tan osado,
Que el mar de Euboea, en el rigor de enero,
En un barco mill veces ha pasado.
¿Qué no puede hacer el hado fiero,
Si el que nunca ha temido al mar airado
Ni á los rigores de el invierno frio,
Naufragio hace en un pequeño rio?

Llegaba ya Tarsalio á la ribera
Encima de un gran carro, que nadando
Tiraban dos caballos, y ligera
Llegó una dura lanza rechinando;
Heridos ambos de una punta fiera,
Unidos con un yugo, y derramando
Sangre por dos heridas igualmente,
Los acabó tambien una corriente.

Con tan dura concordia mal heridos,
Empinándose, el carro trastornaron,
Y cayendo de espaldas ya rendidos,
Debajo al dueño triste sepultaron;
Musas, contad qué brazos atrevidos
De vida á Hipomedonte despojaron,
Y por cuál ocasion, de furor lleno,
Le hizo nueva guerra el turbio Ismeno.

Vosotras, que del piélago Leteo
La fama defendeis y su memoria,
Y que de el tiempo con igual trofeo
Triunfais, resucitad aquesta historia;
Con los tebanos se halló Creneo,
Que siempre se preció por grande gloria
Que una hija de Ismeno era su madre,
Ninfa inmortal, y un sátiro su padre.

Nació entre aquestas aguas, y ellas fueron
Su amada patria y casa conocida,
Y siempre ambas orillas le sirvieron
De cuna en los principios de su vida;
Las ninfas como á dios le obedecieron,
Y él creyó que jamás fuera atrevida
La parca, ni que en él poder tuviera
Estando de su agüelo en la ribera.

El mismo Ismeno, alegre y lisonjero,
Por sus aguas lo lleva libremente,
Ya agua abajo con él corre ligero,
Y ya vuelve agua arriba diligente;
Y cual si fuera el dueño verdadero,
De suerte le obedece la corriente,
Que la huella con pié libre y siguro,
Como si fuera por el campo duro.

No pasa Glauco con mayor presteza
Por el mar de Antedon, ni en el verano
Con mayor libertad y ligereza
Suele Triton romper el Occeano;
Ni lleva Palemon mayor firmeza
Sobre el delfin que rige con su mano,
Cuando tras de una tempestad pasada
Corre á besar su madre deseada.

Matizada con oro la armadura,
Vencer á la mejor del mundo pudo,
Y añide adorno y gracia la pintura
En el dorado campo de el escudo,
Donde de la tebana gente dura
Así pintó al principio el pincel mudo,
Que faltó solo que bramidos diese
Para que el toro verdadero fuese.

Sobre él pintada al vivo la doncella
Se ve mas animosa y atrevida,
Ya sin temor y por extremo bella,
Que no se cura de ir al cuerno asida;
Alegre se ve el mar en torno de ella,
Porque dél es tambien favorecida,
Y sus olas de tanta humildad llenas,
Que el pié le llegan á besar apenas.

Dirá quien ve el escudo que camina
El falso toro, cauteloso amante,
Que apriesa á la ribera se avecina,
Y que va el mar sirviéndole delante;
Añide á la pintura peregrina
Fe no pequeña la agua, semejante
A las olas de el mar, que en la apariencia
Hace el color muy poca diferencia.

Corriendo pues con planta presurosa,
De el favor de las aguas ayudada,
Creteo á Hipomedonte herir osa,
Diciéndole con voz desvergonzada:
«No pienses que esta es Lerna venenosa,
De las serpientes de Hércules morada;
Aguas sagradas son las de este rio,
Padre de mas de un dios y agüelo mio.

»Y yo espero en el cielo soberano
Que presto lo sabrás con expiriencia,
Y que de ese furor ciego y profano
Has de hacer debida penitencia.»
Así con libertad dijo el tebano,
Y perdida del todo la paciencia,
En vez de voz, con una lanza dura
Respondió Hipomedonte á su locura.

Ismeno, al sacudir el brazo fuerte,
Bramando, de sus aguas hizo un monte,
Creyendo así librarlo de la muerte,
Y tembló á su bramido el horizonte;
Púsose en medio, pero no de suerte
Que el fresno detuviese á Hipomedonte;
Y así, aunque reprimido, llegó adonde
Está la vida y la ánima se esconde.

Viendo tan gran maldad, corre ligera,
Con nuevo horror turbada, la corriente,
Gimiendo murmuró cada ribera,
Y lloró el monte, que su daño siente;
El mancebo al morir la voz postrera
Soltó, diciendo *madre* solamente;
Y la agua, amontonada al triste acento,
Cayó con presuroso movimiento.

Deja al punto la madre alborotada
La cueva de cristal hermoso y frio,
Y de otras muchas ninfas rodeada,
Furiosa va por el hinchado rio,
Y llena de temor, con voz turbada
Busca el cuerpo, de espíritu vacío,
Rasga el verde vestido, y su cabello
Esparce al aire y hiere el rostro bello.

Creneo dice mil veces, pero en vano,
Que llevado de la agua estaba, adonde,
Pagando su tributo al mar insano,
Ismeno el curso acaba y la agua esconde;
Llámalo con la lengua y con la mano,
Mas solamente el eco le responde;
Y en esto sobre la agua vió el escudo,
De su inmenso dolor testigo mudo.

No de otra suerte escucha el marinero
Gemir al alcion, cuando afligido
Busca con triste canto lastimero
Entre las peñas su mojado nido,
Que se lo ha arrebatado el Austro fiero
Ó se lo esconde el mar embravecido,
Y así espera con triste sentimiento
Que el mar se aplaque y que sosiegue el viento.

Zabúllese otra vez la triste madre,
Corriendo ya agua abajo y ya agua arriba,
Y sin que alguna diligencia cuadre,
Buscando al hijo entre las aguas iba;
Mira todos los senos de su padre,
Oculta en la corriente fugitiva,
Y debajo de la agua llora tanto,
Que aumenta la corriente con su llanto.

Muchas veces, de sangre y de horror lleno,
Le estorba el paso y su favor le niega,
Puniéndose delante el mismo Ismeno,
Mas ella ni se para ni sosiega;
Busca en cada rincon y en cada seno,
Y entre lanzas y espadas corre ciega;
Ni deja cuerpo alguno que no mire,
Ni muerto alguno ve que no suspire.

Y aun entrara en el mar si prohibido
El paso por sus dioses no le fuera;
Y así, algun tanto allí se ha detenido,
Llorando tristemente en la ribera;
Pero de las nereidas sacudido,
Que, llenas de piedad, lo echaron fuera,
Volvió á los brazos de la madre amada,
Ya de correr y de llorar cansada.

Cual si estuviera vivo, así lo abraza,
Dale mil besos y lo arrima al pecho,
Y en la ribera, de admirable traza,
Hace con flores un pequeño lecho;
Con furor sus cabellos despedaza,
Que son para limpiarlo de provecho,
Y habiendo sobre el lecho al hijo puesto,
Con triste y ronca voz le dice aquesto:

«¿Tal dolor vengo á ver y tanta pena?
¿Y esta en tu propia casa ¡ay madre triste!
No esperada merced, de infamia llena,
De el inmortal agüelo recibiste?
Mas piadosa te fué la tierra ajena,
Y mas de el mar favorecida fuiste,
Pues cual si me estuvieran esperando,
Sus olas te trujeron en llegando.

»¿Es aqueste el hermoso rostro bello
Que de este ya afligido y triste mio
Traslado fué? ¿Y aqueste es el cabello
Tan parecido al de el amado rio?
¿Es aqueste el nevado y liso cuello,
Transparente cristal, ya helado y frio?
¿Estos los ojos son y este el semblante,
Tanto al de el padre en todo semejante?

»¿Tú de las aguas y de el monte has sido
La gloria ¡ay mal lograda prenda mia!
Por quien tan estimada siempre he sido,
Que reina de las ninfas parecia?
¿Qué se ha hecho el donaire no aprendido
Con que ibas á mi cueva cada dia,
Adonde las napeas te esperaban,
Porque todas de tí se enamoraban?

»¿Dónde te llevo, ay triste, ó qué procuro,
Si te voy á enterrar y no alegrarme?
Que estando así me fuera mas siguro
Morir contigo y en el mar quedarme.
¿No te corres de aquesto, oh padre duro,
Si estás adonde puedas escucharme?
Mas pues ni al nieto ves ni me respondes,
¿En qué laguna de mi voz te escondes?

»Y mi enemigo Hipomedonte en tanto,
A pesar de tus hondas atrevido,
Tan bravo está triunfando de mi llanto,
Que tu orilla y tus aguas le han temido;
Y con razon, pues te ha agraviado tanto,
Que ya de nuestra sangre vas teñido,
Y es tal tu flojedad y tu sosiego,
Que no te vengas del osado griego.

»Ya que no acudas á vengar tu afrenta,
A las obsequias de tu nieto acude,
Porque sin tí mi soledad no sienta,
Si ya obligarte con mi llanto pude.»
Así la triste madre se lamenta,
Y entrambas manos con furor sacude,
Hiriendo el rostro, y sus hermanas bellas
Repiten sus gemidos y querellas.

De esta suerte de el Istmo á la ribera
Lloraba al hijo entre las peñas Ino,
Antes que el mar, de compasion, le diera
Con la nueva deidad nombre divino;
Mas por llorar mejor su pena fiera
Y el injusto rigor de su destino,
Retirádose en tanto un poco habia
El padre Ismeno á su caverna fria;

Donde entre el hielo y congelada nieve,
Que es el caudal eterno de su fuente,
Su ordinaria humedad el Noto bebe,
Y se alimenta el Arco eternamente;
Aquí pues lloró tanto en tiempo breve,
Que aumentó el gran furor de su corriente,
Y aunque el viento en su cueva retumbaba,
Oyó los gritos que su hija daba.

Al punto lleno de ovas se levanta
Con mas furor de el cristalino suelo,
Holló la nieve con pesada planta
Y sacudió de su cabeza el hielo,
Y turbado salió con priesa tanta,
O por vengarse ó por quejarse al cielo,
Que con la turbacion se le ha caido
El peñon que en su mano habia crecido.

La urna se le cayó, y por ambos lados
Dos montes de agua con furor salieron,
Que á las selvas y campos apartados
Con el terrible estruendo espanto dieron;
Los menores arroyos, admirados,
Atónitos mirándolo estuvieron,
Que de la barba y del cabello frio
Cada pelo brotaba un grande rio.

De espuma y barro la corriente ciega
Entre las peñas va precipitada,
Y en esto una afligida ninfa llega,
De romper por las ondas fatigada;
Y aunque en silencio el gran rumor le niega,
Contó á voces la historia desdichada,
Mostrando al triste agüelo con la mano,
Lleno de sangre, al matador ufano.

Paróse, y mas soberbio, airado y fiero,
La cabeza con rabia ha sacudido,
Con ella estremeciendo un monte entero,
Y al fin se queja así con gran gemido:
«¿Este es el galardon que de tí espero,
Tras de haberte mil veces recibido
Y encubierto en mis ondas tus maldades,
Oh gran Retor del cielo y sus deidades?

»¿No te encubrí, y aun me hallé contigo,
Cuando de Alcmena á tu placer gozaste
(Ya sin temor con libertad lo digo),
Y tres soles al mundo le quitaste?
Y yo entonces tambien ¿no fuí el testigo,
Cuando con falsos cuernos adornaste
La mentirosa frente, y tus engaños
Conoció Antiopía en sus mejores años?

»Yo vi el fuego y los rayos rigurosos
Que engañados á Sémele abrasaron,
Y sabes que tus hijos mas famosos
En aquesta corriente se lavaron;
Que aunque agora sean dioses poderosos,
No olvidarán, pues siempre la estimaron,
Baco y Alcides mi corriente fria,
Donde de el uno el fuego apagué un dia.

»Y habiéndote servido de esta suerte,
Me has hecho un triste campo de batalla,
Lleno de tanta sangre y tanta muerte,
De tanto acero y destrozada malla;
Y en aguas que bastaron á esconderte
Hecha señora la maldad se halla,
Y entre ellas, de sus cuerpos despedidas,
Gimiendo van mil almas afligidas.

»Yo, en fin, un manso arroyo, acostumbrado
A músicas sagradas y clamores,
Que de Baco los cuernos he bañado,
Los blandos tirsos y sus bellas flores,
De tantos muertos y armas ocupado,
Oigo agora trompetas y atambores,
Y con dificultad hallo camino
Para poder llegar al mar vecino.

»No tanta sangre el Estrimon famoso
Verá en sus lagos por ninguna parte,
Ni el Ebro tan sangriento y espumoso
Por Tracia va cuando lo aflige Marte;
Y tú, Baco, ya ingrato ó perezoso,
¿Puedes de aquestas aguas olvidarte,
Que á los principios de tu vida fueron
Las que de madre y cuna te sirvieron?

»Cuando el Idáspes y otro cualquier rio
Mas sosegado, cristalino y puro
Va por los reinos del Oriente frio,
¿Yo sin provecho tu favor procuro?
Mas tú, que de un muchacho, en daño mio,
Triunfado ufano vas, si no siguro,
No de Inaco verás ya las arenas,
Ni vitorioso te verá Micénas.

»Ni te has de alabar entre tu gente
De haber puesto en mi sangre osadas manos,
Si ya no soy mortal, y decendiente
No eres tú de los dioses soberanos.»
Aquesto dijo; y sacudió la frente,
Dando aviso á los valles comarcanos,
Y al punto, mas soberbias y enojadas,
Acudieron las aguas conjuradas.

Para darle favor, su antigua nieve
El alto Citeron ha sacudido;
Y Asopo, que mayor favor le debe;
Con todo su caudal le ha socorrido:
Y asi, llegó al hermano en tiempo breve,
Por mil secretas venas escondido,
Y alzando la cabeza en un momento,
Las nieblas chupó Ismeno y secó el viento.

De estanques y lagunas perezosas,
Porque ningunos su favor le niegan,
Las detenidas aguas presurosas
Por las entrañas de la tierra llegan;
Esconden ya las olas rigurosas
Ambas orillas y la tierra anegan,
Y alzar las manos ó fijar la planta
No puede Hipomedonte en furia tanta.

Mientras que á la cintura le llegaba,
Despreciaba sus olas y corria;
Mas ya que de los hombros le pasaba,
Ni defenderse ni ofender podia;
De verse tan pequeño se admiraba,
Viendo que entre las aguas se escondia,
Y arrebatada ya de la corriente,
No halla arena donde el paso asiente.

Tal es la tempestad, que ya es un rio,
Al mar soberbio en todo semejante,
Cuando lo azotan el invierno frio
Las Pléyadas, que hijas son de Atlante;
O cuando su furor sobre un navío
Sacude el Orion, fiero gigante;
Tal iba agora el enojado Ismeno,
De rabia, de furor y de aguas lleno.

Por el un lado el enemigo embiste;
Mas él, no acobardado en tanto estrecho,
De la corriente al gran furor resiste
Con su nunca rendido y fuerte pecho;
No de su loca pretension desiste,
Antes un muro de su escudo ha hecho,
De donde la corriente embravecida
Se levanta, en espuma convertida.

Derríbase sobre él en un momento,
Y lo sepulta miserablemente;
Pero luego con nuevo atrevimiento,
Alza de la agua la animosa frente.
Viéndolo asi el Ismeno, aun no contento
De el inmenso furor de su corriente,
Arranca antiguos olmos y derriba
Sobre él mas de una peña fugitiva.

Nadan los troncos y las piedras ruedan,
De el gran furor de la agua arrebatadas,
Sin que los unos ni los otros puedan
Sus dos plantas mover, allí enclavadas.
Ramas, peñas terribles y aguas quedan
Cansadas de ofenderle y admiradas;
Batalla desigual, furor insano
Entre un dios inmortal y un hombre humano.

Ni vuelve las espaldas ni se espanta
De torbellinos, peñas ni maderos,
Ni con sus amenazas se quebranta,
Antes él mismo al agua hace fieros;
Y tiene en tanto aprieto osadía tanta,
Que cuando montes de agua mas ligeros
Lo embisten, él, burlando de su furia,
Los sale á recibir por mas injuria.

Alza el escudo, y cuando mas le ofende,
El gran furor de la agua en él refrena;
Mas en tanto que de ella se defiende,
Huye debajo de sus piés la arena;
Buscando asiento nuevo, el cuerpo extiende;
Mas no hay tierra segura en tanta pena,
Hasta que, atento, con los piés detiene
Alguna peña que rodando viene.

Y mas embravecido y enojado,
«¿De dónde, grita, Ismeno, te ha nacido
Este nuevo furor precipitado,
Y de dónde estas aguas has traido,
A sangre mujeril acostumbrado
Cuando al infame bacanal ruido
Con sangre las tebanas deshonestas
Suelen de Baco profanar las fiestas?»

Aun no acabó de pronunciar aquesto,
Cuando envuelto en un negro torbellino
Y entre la agua y arena manifiesto,
Airado Ismeno á responderle vino,
Y de su desvergüenza descompuesto,
Un grande tronco de pesado pino
Tres veces descargó sobre su escudo
Con cuanta fuerza un dios descargar pudo.

Pierde pié y el escudo, y ve que en vano
A tanta fuerza resistir procura,
Pues contrastar á un dios el que es humano
Es desesperacion, si no es locura;
Bate la agua con una y otra mano,
Que ya no halla el pié parte segura,
Y vuelve las espaldas poco á poco,
Arrepentido de su intento loco.

Viéndolo que se rinde y que se humilla
Ya de su pecho acobardado el brio,
Ufano de esta grande maravilla,
Lleva siguiendo el vitorioso rio.
Los tebanos tambien desde la orilla,
Subidos sobre un gran peñasco frio,
Flechas tiran y piedras con tal priesa,
Que hacen de ellas una nube espesa.

¿Qué ha de hacer, si á un tiempo de esta suerte
Le están aguas y flechas combatiendo,
Pues no puede esperar honrada muerte
Ni hay ya lugar para escapar huyendo?
Va faltando la fuerza al pecho fuerte,
Las piernas y rodillas, no pudiendo
Sufrir tantos trabajos y fatigas,
Tiemblan ya entre las aguas enemigas.

Arrimado á una peña un fresno habia
Que sobre la corriente se alargaba,
De suerte que no bien se parecia
Si entre las aguas ó en la tierra estaba;
Pero en efeto el agua le hacia
Mas favor que la tierra y mas la amaba,
Y el humor que le daba la corriente
Le pagaba con sombra eternamente.

No sin trabajo á la traidora planta
Mal engañado Hipomedonte llega;
Asela, y sobre la agua se levanta,
Mas luego el árbol su favor le niega;
Que al punto se arrancó con furia tanta,
Que consigo se trujo al agua ciega,
Con terrible fracaso y gran ruido,
Un gran ribazo, adonde estaba asido.

Pareció un espantoso horrible trueno,
Y léjos las riberas retumbaron,
Braman las aguas, y en el ancho seno
Mil ciegos remolinos se formaron.
Y ya de asombros de la muerte lleno,
Al triste Hipomedonte sepultaron,
Y aun no rendido el animoso griego,
De allí á un rato salió turbado y ciego.

Viéndose fatigado y ya cercano
A la forzosa inevitable muerte,
Vencido al fin se confesó, y en vano
Esta voz arrancó del pecho fuerte:
«¿No te corres, oh Marte soberano,
De verme entre las aguas desta suerte?
Este pecho y esta alma generosa
¿No merece otra muerte mas honrosa?

»¿No hay armas, que á perder vengo la vida
En un arroyo miserablemente,
Como bruto pastor que una avenida
Se llevó entre el ganado de repente?
¿Tanto es de mí la guerra aborrecida,
Que, para mayor pena de mi gente,
No muero adonde puedan sepultarme,
Pues sepulcro los peces han de darme?»

Viendo Juno su muerte miserable,
Al mayor Dios enternecida llega,
Y al soberano pecho no mudable
Procurando ablandar, así le ruega:
«¿Tanto, Señor, el hado inexorable
Tiene de perseguir la gente griega?
Tanto el rigor de tus enojos dura?
¿Cuándo se ha de acabar su desventura?

»¿Tal odio en inmortal pecho divino,
Que Pálas aborrece ya á Tideo,
Y calla Délfos ya sin su adivino,
Y aun no en aquesto para tu deseo?
¿En qué mi Hipomedonte á parar vino,
Gloria de Argos y honor del campo aqueo,
El que con reverencia y favor tanto
Honró mis aras y mi templo santo?

»¿Al mar ha de ir la gloria de Micénas
A ser de mónstruos cebo? ¡Ay caso triste!
¿Adónde agora el fuego está de Aténas
Y aquel Teseo que un tiempo me dijiste?
Que para algun consuelo de mis penas
Sepulcro á los vencidos prometiste;
Mas todo falta ya con daño mio,
Pues tal maldad se le permite á un rio.»

Sus ruegos oyó el Padre soberano,
Y sus lágrimas tanto le ablandaron,
Que volviendo á mirar el rio tebano,
Al momento sus aguas se humillaron;
Alegres de no haber venido en vano,
A sus proprios lugares se tornaron,
Y vivo, con extraña maravilla,
Hipomedonte pareció en la orilla.

Como cuando dos vientos enojados
Al mar embravecieron con su guerra,
Hasta que por Neptuno desterrados,
Tambien de el mar la furia se destierra,
Los montes poco á poco levantados
Ya se ven, y descúbrese la tierra,
Y bajándose el mar en un instante,
Las peñas ve en la orilla el navegante.

Mas ¿de qué la ribera le ha servido
Y el salir con la vida no esperada,
Si una nube de hierros le ha llovido
Sobre él, de los tebanos arrojada?
Que luego todo el campo lo ha ceñido,
Y tanto dardo y flecha arrebatada
Ha llegado á herir el pecho fuerte,
Que han hecho en él mill puertas á la muerte.

Mana la sangre ya por mil heridas
Que en todo el cuerpo en cada miembro siente,
Unas entre las aguas recibidas,
Y otras que ha recibido nuevamente.
Con la humedad las cuerdas encogidas,
Ni mover puede el pié ni alzar la frente;
Y viendo en fin que en vano se defiende,
Ríndese al hado y á morir se tiende.

No de otra suerte antigua y gran encina
Que á las nubes llegó con frente osada
Viene al suelo con súbita ruina,
Del tiempo ó de los vientos arrancada;
Que en tanto que no bien se determina
Dónde cairá la planta desdichada,
El monte en torno de ella está temblando,
Y esotras plantas que la están mirando.

Tiéndese en fin, rendido y sin aliento;
Mas no hay allí quien tan osado sea,
Que tenga de acercarse atrevimiento,
Y apenas hay quien á los ojos crea;
Con el espacioso y tardo movimiento,
Y embrazando el escudo el que desea
Acreditarse de animoso y fuerte,
Se acerca, aun muerto, para darle muerte.

Pero entre todos el famoso Ipseo
Llegó al rumor con presurosa planta,
Y viéndolo ya muerto, horrible y feo,
Que al mas osado con la vista espanta,
Le quitó la celada, y por trofeo
Sobre una grande lanza la levanta,
Y por el campo atónito corriendo,
«Este es Hipomedonte, iba diciendo.

»Este es aquel cuyo temido acero,
Ya fuese con espada ó ya con lanza,
Ahuyentaba solo al campo entero,
De Tideo procurando la venganza;
Aquel tan atrevido, horrible y fiero,
Que siendo hombre mortal, tuvo esperanza
De vencer con no visto desafío
La agua enojada de un sagrado rio.»

Capaneo, que á las voces del tebano
Conoció la celada, empuñó presto,
De dolor lleno y de furor insano,
Una gran lanza de ciprés funesto;
Pero primero á su derecha mano,
Que solo ella es su dios, le dice aquesto:
«Agora, diestra favorable, agora
No niegues tu favor al que te adora.

»A tí sola respeto y á tí invoco,
De esta guerra, mi dios, inevitable,
Y pues á los demás estimo en poco,
Muéstrate mas que nunca favorable.»
Dijo; y siguro el temerario loco
Con aquella blasfemia detestable,
Con tal velocidad el tronco tira,
Que al viento, que se deja atrás, admira.

Pasa el escudo, aunque de acero hecho
Y ejercitado en mas de una batalla,
Ni ha sido la loriga de provecho,
Aunque hecha tambien de fina malla;
Llega el agudo hierro al grande pecho,
Y el aposento de la vida halla,
Y habiendo una gran puerta en él abierto,
Salió por allí la alma, y cayó muerto.

No de otra suerte combatida torre,
Tras de allanar el foso, ocupa el llano,
Por mas que con reparos le socorre
Triste ciudad que la defiende en vano:
Capaneo al punto á despojarlo corre,
Y antes que le despoje, «¡Oh gran tebano!
Mírame, dice, si aun te queda vida;
Sabrás quién fué el autor desta herida.

»Yo soy, yo soy.» Y el fiero Capaneo
Los ojos cierra ya, y alegre parte,
«Podrás en el infierno ¡oh gran Ipseo!
De haber muerto á mis manos alabarte.»
Dijo; y tomó la espada por trofeo
Y el roto escudo del tebano Marte,
Y de su Hipomedonte al cuerpo helado
Con su rica celada lo ha llevado.

«Recibe, dice, ¡oh capitan famoso!
El despojo enemigo y tuyo junto,
Mientras al fuego y al sepulcro honroso
No va tu insigne cuerpo ya difunto;
Tendráslo en otro tiempo mas dichoso,
Pues no se puede mas en este punto;
Capaneo, en tanto que vengó tu muerte,
Tus miembros cubre agora de esta suerte.»

Así Marte la guerra entretenia,
Y así dudosa la vitoria andaba,
Que á los tebanos ya favorecia,
Y ya favor á los argivos daba;
Allí por Ipseo Tébas se afligia,
A Hipomedonte el campo aquí lloraba,
Sirviendo en tanta pena y dolor tanto
De algun consuelo el enemigo llanto.

Con ensueños en tanto alborotada
Atlanta, ligera cazadora,
Por los montes andaba tan turbada,
Que sin saber alguna causa llora;
Una mas que otras veces fatigada,
Llegó al Ladon al despuntar la aurora
Para lavar los soñolientos ojos,
Que en durmiendo le daban mill enojos.

Que apenas desvelada y cuidadosa
Los ojos tristes entregaba al sueño,
Cuando el temor de la alma congojosa
Con alguna ilusion se hacia dueño;
Tal está, que aun durmiendo no reposa,
Porque luego le aflige cada ensueño,
Pintando con imágines visibles
En la imaginacion casos horribles.

Ya le parece en una cueva obscura
Entrar de noche con osada planta;
Ya se le representa sepultura,
Y de ver algun muerto allí se espanta;
Que es el templo despues se le figura,
Donde ve sin adorno la ara santa,
Y adonde los despojos ofrecidos
Por su mano, en el suelo están caidos.

Ya el sueño alguna vez le representa
Que léjos de los montes se entretiene,
Que el coro de las ninfas la ahuyenta,
Y no sabe si alguna culpa tiene;
Luego (y aquesto mas su pena aumenta)
La gente ve que de la guerra viene,
Ve el caballo, las armas y despojos,
Pero no al hijo pueden ver sus ojos.

Ya parece que el fuego le abrasaba
Los conocidos simulacros santos,
Ya que de el hombro se le cae la aljaba,
Prodigios todos de futuros llantos;
El ensueño que mas le atormentaba,
Que mas asombros le causó y espantos,
Uno fué tan horrible y peregrino,
Que por purgarse de él á Ladon vino.

Habia una antigua encina venturosa
En los montes de Arcadia, celebrada,
A la triforme cazadora diosa
De el coro de las ninfas dedicada;
Alta, redonda, grande y espaciosa,
De todos igualmente respetada,
Donde colgaba el arco cada dia
Que fatigada de cazar venia.

Aquí tambien de el jabalí terrible
Los colmillos colgaba eternamente,
De los leones el pellejo horrible,
De el ciervo vividor la armada frente;
Y en fin, no hay animal tan invencible,
Cuyo despojo allí no esté pendiente,
Y tantos hay, que apenas rama queda
Donde colgarse algun despojo pueda.

Tanta aljaba, tanto arco y tanta jara
Cuando el sol hiere en ella resplandece,
Que estorban, derramando lumbre clara,
La verde sombra que á la tierra ofrece;
Soñó pues que á esta encina, prenda cara,
Llegó cansada, al tiempo que amanece,
A ofrecer la cabeza al tronco santo
De un oso de las selvas de Erimanto.

Mas, de mano sacrílega herida,
Las armas y despojos arrastrando,
En la tierra la encina vió tendida,
Sangre por cada rama derramando;
Y que la causa de tan gran caida
A una llorosa ninfa preguntando,
Le dijo que el autor de tantos males
Baco fué y sus airadas bacanales.

Dando tristes sollozos y gimiendo,
Sacude al punto el sueño congojoso,
Y enjuga el falso llanto, aborreciendo
El ensueño, la noche y el reposo;
Y como ya la aurora iba saliendo,
Salta apriesa de el lecho perezoso,
Por purgar de Ladon en la agua pura
De el ensueño el horror y desventura.

Tres veces en las aguas plateadas
Bañó el cabello y escondió la frente,
Oraciones diciendo acomodadas
Al desconsuelo y turbacion presente;
Luego con plantas corre aceleradas,
Estando ya á las puertas del Oriente
Manifiesta de el todo la mañana,
A visitar las aras de Diana.

Y hallando en el monte de camino
La encina en su lugar y el tronco sano,
Algo mas consolada al templo vino,
Y arrodillada, aquesto dijo en vano:
«Doncella santa, en cuyo altar divino,
Para seguir tu coro soberano,
Te di mi libertad en sacrificio,
Dedicando mi vida á tu servicio;

»Y aunque en Grecia no usado, eternamente
Así te seguí siempre por la sierra,
Que de Cólcos jamás la áspera gente
Con mas fidelidad siguió tu guerra,
Ni amazona se vió mas diligente
Entre los coros de su dura tierra,
Pues que vencí la natural flaqueza
Con varonil esfuerzo y fortaleza.

»Y aunque en tálamo y lecho aborrecido
Hice ofensa á tus coros virginales,
No por eso los juegos he seguido
De lacivas y torpes bacanales,
Ni jamás á sus bailes he asistido
Ni sus tirsos usé, ni tus umbrales
Dejé; que desde entonces hasta agora
Un alma fuí doncella y cazadora.

»Y despues, de mi culpa arrepentida,
No dejé por aquesto de seguirte,
Ni por cuevas ocultas escondida,
Mi error y parto procuré encubrirte;
Antes perdon, en viéndome parida,
Con un pequeño hijo fuí á pedirte,
Y su vida á tus aras ofreciendo,
Mi ciego error te confesé gimiendo.

»Como tuyo en los montes le he criado,
Y así de tu valor no degenera,
Pues te es desde la cuna aficionado,
Y el arco en su niñez su bordon era;
Despues el arco eternamente ha usado,
Que él, en efecto, fué su voz primera,
Que aun no las plantas afirmaba, cuando
Arco y aljaba me pidió llorando.

»Aqueste pues, con tu favor siguro,
Las banderas siguió de el campo griego,
Que en torno agora de el tebano muro
Está haciendo guerra á sangre y fuego;
Y desde entonces en el lecho duro
No hallo algun descanso ni sosiego,
Que apenas me da el sueño algun reposo,
Cuando ensueño algun caso temeroso.

»Permite que esta madre congojosa
Lo vea, y que vencedor ufano sea;
Y si te pido mucho, oh santa Diosa,
Permiteme á lo menos que lo vea;
Vuelva á pisar tu sierra venturosa,
Vuelva á cazar, y en tanto yo no crea
Mis ensueños, pronósticos y agüeros
De llantos y de males venideros,

»Que, en efecto, desgracias pronostican;
Que aquí las enemigas bacanales,
Con su tebano dios, ¿qué significan,
Si prodigios no son de algunos males?
Siempre mis pensamientos mas se aplican,
En la interpretacion de estas señales,
A algun desastre, pero aquesta encina
Señal fué clara de una gran ruina.

»Sea yo falsa agorera; mas si el cielo
Quiere que estos pronósticos y agüeros
Sean señal de algun grande desconsuelo,
Y que sean mis ensueños verdaderos,
Te ruego por el gran señor de Delo,
Que antes que vea mis males venideros,
Que aquí primero con rigor me hiera
Alguna flecha y que á tus manos muera.

»Por el dolor y miedos que ha pasado
Tu Latona huyendo por el mundo,
Que pases este vientre desdichado,
Como ocasion de mi dolor profundo;
Y antes que muera el hijo mal logrado,
En cuya muerte, aun no sabida, fundo
La pena que me aflige desta suerte,
En Tébas sepa mi infelice muerte.»

Así llorando dijo; y entre tanto,
Habiendo en el altar los ojos puesto,
Vió que lloraba el simulacro santo,
Nueva señal de su dolor funesto;
La Diosa, enternecida con su llanto,
Mientras con el cabello descompuesto
Las aras barre, alzándose de el suelo,
A Tébas parte en presuroso vuelo.

Sobre el Ménalo pasa diligente,
Rompiendo el aire con ligera planta,
Camino de los dioses solamente,
Lleno de resplandor y lumbre santa;
Y cruzando entre la una y la otra frente
De el Parnaso, con ir con priesa tanta,
Se hubo de detener porque en el llano
Encontró melancólico á su hermano.

De Tébas á su monte se volvia
Llorando el triste fin de su adivino,
Que por no usada parte abierto habia
Al reino de Pluton nuevo camino;
Quedó mas claro y mas alegre el dia
Al uno y otro resplandor divino,
Los dos arcos y aljabas se encontraron,
Y con inmenso amor se saludaron.

Mas Apolo primero, «Oh cara hermana,
Ya sé, dice, que vas al campo aqueo,
Adonde de tu ayuda soberana
Necesitado está Partenopeo;
Mas vas en vano á la ciudad tebana,
Y en vano es tu piedad y tu deseo,
Y lo sabes tambien; pero Atalanta
Con lágrimas movió tu piedad santa.

»Pluguiera al cielo que un humilde ruego
Mover pudiera al inhumano hado,
Pero por su rigor del campo griego
Vuelvo, cual ya me ves, avergonzado;
Con estos ojos vi al infierno ciego
Y decender á mi adivino amado,
Y no pude, aunque vi la tierra abierta,
Tener el carro ni cerrar la puerta.

»¿Quién me querrá servir si desta suerte
A quien me sirve en su afliccion ayudo,
Y si es tan poderoso el hado y fuerte,
Que á estorbar su favor en vano acudo?
Cada caverna llora por su muerte,
Y por él cada oráculo está mudo,
Y yo tambien por él llorando quedo,
Pues no pagarle en otra cosa puedo.

»Tú, que ya ves que en vano te fatigas,
Pues todo al libre hado está sujeto,
No te fatigues ni tu intento sigas,
Que tu mancebo morirá en efeto;
Y dan priesa las parcas enemigas,
Y no podrás valerle en tanto aprieto,
Ni te puede engañar tu proprio hermano;
Que esta es la voluntad del hado insano.»

«Cuando el hado, responde, inexorable
Mudar no pueda la sentencia dada,
Honrarélo en su muerte miserable,
Y vengaré su vida mal lograda;
Que tambien es mi flecha irrevocable,
Y no se alabará la mano osada
Que su inocente sangre derramare,
Ni dios habrá que en su maldad le ampare.»

Con aquesto, besándose primero,
Mas triste á la enemiga Tébas parte,
Adonde mas sangriento, airado y fiero
De nuevo andaba el riguroso Marte;
No hay sana espada ya ni escudo entero,
Y se animan de nuevo en cada parte,
Por vengar los de Tébas á su Ipseo,
Y á Hipomedonte los del campo aqueo.

No hay ya quien á la muerte el rostro huya
Por aspirar á la vitoria incierta,
Ni teme alguno de perder la suya,
Como su sangre el enemigo vierta;
Y á trueque de que el otro se destruya,
No hay rey que sienta el ver su gente muerta;
Todos los pechos á la muerte entregan,
Y dan la vida y las espaldas niegan.

Así la gente griega y la tebana
Andaba, y la batalla mas reñida,
Cuando con gran velocidad Diana
Llegó triste á la tierra conocida;
Tiemblan los valles y la tierra llaná,
Que igualmente de todos es temida
Desde que muertos en la tierra fria
A los hijos de Niobe dejó un dia.

Partenopeo por el campo andaba,
Con la poca experiencia mal osado,
Que el cazador caballo lo llevaba,
No bien al duro freno acostumbrado;
Y una manchada tigre le adornaba
Las espaldas, pendiendo á cada lado,
No sin primor, las uñas de la fiera,
Que oro fino parecen desde afuera.

De un jabalí el colmillo y blanco diente
Despojo de los montes, lleva al pecho,
Las clines entrenzadas, y en la frente
De varias cintas un copete hecho;
Y él, de púrpura, al sol resplandeciente,
Hecha de oro una flor de trecho á trecho,
Un rico manto lleva, que, ceñido
Al cuello, en las espaldas va tendido.

Túnica rica, en oro entretejida
(Que ocupó su hilaza y su hechura
Mucho tiempo á su madre), recogida
De un cordon tambien de oro á la cintura,
Y de un dorado talabarte asida
Rica espada, envainada en plata pura,
De oro es la guarnicion y el puño de oro,
Y todo tal, que vale un gran tesoro.

Pendiente al lado izquierdo el fuerte escudo,
Y la aljaba con flechas, de oro llenas,
A las espaldas, pero al pecho un ñudo
Hacen, de oro y de plata, sus cadenas;
Tanta plata, tanto oro y hierro crudo,
Al resplandor diferenciado apenas,
Forma el correr un murmurar sonoro,
Que causa horror, aunque de plata y oro.

Lleno de perlas por extremo bellas,
Responde el yelmo á lo demás de el traje,
Porque en él resplandecen mill estrellas,
Que piedras son que al sol hacen ultraje;
Levántase, haciendo sombra en ellas,
Lleno tambien de piedras, un plumaje,
Hecho de varias plumas y colores,
Que de léjos al sol parecen flores.

Pero cuando se quita la celada
Para limpiar el rostro caluroso,
A la rubia madeja desatada
Esconde el sol la suya, de envidioso;
Cada mejilla, en el sudor bañada,
Rosa es, que mas alegre y mas hermoso
El rostro hace de el gallardo mozo,
Que aun se tiene el primer dorado bozo.

Mas pésale de ver que su belleza
Tan bien parezca á todos, y procura
Turbar con amenazas y aspereza,
Con ira y con furor, su hermosura;
Pero, como fingida, su fiereza
No mucho tiempo en el semblante dura,
Y el furor, como nuevo, fácilmente
Guarda el respeto á su nevada frente.

Suspenso á su beldad, cada tebano
Ir y tornar con libertad lo deja,
Y por no ensangrentar en él su mano,
A otra parte se vuelve y de él se aleja;
Y él, de ver que se apartan muy ufano,
Pensando que es de miedo, los aqueja,
Y paga aquella cortesía piadosa
Con una y otra flecha rigurosa.

Y aun las ninfas tebanas, que lo miran
Desde los valles de el Teumoso umbroso,
Su hermosura alaban, y suspiran,
Y en vano desean verlo vitorioso;
En fin, hombres y ninfas de él se admiran,
Porque el sudor lo hace mas hermoso;
Y la hermana de Febo, aquesto viendo,
Las riendas soltó al llanto, así diciendo:

«¡Ay mal logrado mozo, que á ayudarte
En vano vengo! ¿Adónde tu Diana
Remedio hallará para librarte
Del hado y de la muerte, ya cercana?
¿Tanto pudo el amor de el fiero Marte?
¡Ay pródiga virtud! Ay gloria vana!
Traidoras consejeras, que traerte
En tierna edad pudieron á la muerte.

»Que el Ménalo (creyendo sus engaños
Y sus falsas promesas lisonjeras)
Te era ya angosto, y para tantos daños
Lo trocaste por armas y banderas;
Y me acuerdo que en él no há muchos años
Que por el monte y cuevas de las fieras
No ibas seguro sin tu madre al lado,
Y aun era su arco para tí pesado.

»Y ella con tiernas lágrimas agora
Culpa tu temerario atrevimiento,
Y en tanto que ella en mis umbrales llora,
Alegre aquí tus flechas das al viento;
Y al son de la trompeta, que sonora
Es para ti, corriendo vas sin tiento,
Sin ver que si morir con honra quieres,
Para tu madre solamente mueres.»

Dijo; y en una nube transparente
Llegó volando adonde el mozo estaba,
Donde mas apretada está la gente,
Y mas reñida la batalla andaba;
Todas las flechas invisiblemente
Le hurtó, y en vez dellas, en la aljaba
Puso las suyas, porque siempre hiera,
Y siempre al que hiriere luego muera.

Y porque alguno (en tanto que la muerte
Y el hado irrevocable no lo llama)
Con flecha, dardo ó lanza no le acierte,
Un sagrado licor sobre él derrama;
Así lo hace mas osado y fuerte,
Porque deje al morir eterna fama,
Y tambien al caballo generoso
Hace con el licor mas animoso.

Y luego, porque vaya mas siguro
Mientras dura la vida y la osadía,
Sobre el licor aplica algun conjuro
De los que en Cólcos enseñar solia
Cuando con su favor al aire puro,
En el silencio de la noche fria,
Iban sus mangas con horror y espanto
Buscando yerbas para algun encanto.

Al punto, apriesa el arco sacudiendo,
Como rayo arrojado, abre camino,
Aquí y allí con libertad corriendo,
Conforme se le antoja á su destino;
Por donde quiera estrago va haciendo,
Usando mucho de el favor divino,
Y va tan ciego, que su propria vida,
La de su madre y de su gente olvida.

Como leon á quien manjar sangriento,
Por ser de poca edad, su madre lleva
Hasta tanto que tiene atrevimiento,
Que ve sus uñas y su fuerza prueba,
Sale á buscar él mismo su alimento,
Y luego no se acuerda de su cueva,
Que, viendo de manjar la tierra llena,
Se afrenta de comer por mano ajena.

¿Qué lengua contará, noble mancebo,
Los muchos que á tus flechas se han rendido
Despues que el celestial favor de nuevo
Te ha hecho mas furioso y atrevido?
Natural de Tanagria fué Corebo,
El primero en el cuello mal herido,
Que una jara subtil hallarlo pudo,
Pasando entre la gola y el escudo.

Aun no brotaba sangre la herida,
Y estaba el rostro ya de muerte lleno,
Que hasta adonde la alma está escondida
En un momento penetró el veneno;
La vista perdió luego, y ya sin vida,
Desocupa la silla y deja el freno;
Libre el caballo de su carga amada,
Gimió su libertad no deseada.

Con otra flecha Euricio quedó ciego,
Que por el ojo izquierdo entró ligera,
Y llena de él, con mano osada luego
La rigurosa flecha sacó afuera;
Corre á vengarse en el flechero griego,
Mas él la flecha sacudió tercera,
Y al otro ojo llegando en triste punto,
Quedó ciego del todo, aun no difunto.

Sigue, con todo aqueso, al enemigo
Por donde la memoria lo ha llevado;
Mas sobre Ida cayó, que era su amigo,
Y de otra flecha estaba atravesado;
Y corrido de ver que sin castigo
El que lo dejó á escuras se ha quedado,
A amigos y á enemigos igualmente
La muerte pide con obscura frente.

A Argos hiere tambien, muy conocido
Por su cabello en la ciudad tebana,
Y al infame Cidon, aborrecido
Por los torpes amores con su hermana;
Aqueste en ambas sienes fué herido,
Y descubrió la flecha de Diana,
Hierro por una y plumas por esotra,
Y la sangre salió por una y otra.

A Argos, á quien rompió la ingle derecha
La aguda punta, en vano le desea
Tébas la vida, pero no aprovecha,
Que no hay herida que mortal no sea;
De el gran rigor de la inhumana flecha
Nadie escaparse con industria crea,
Que ni á beldad ni á mocedad perdona
La flecha de la hija de Latona.

No á Lamo le aprovecha el ser hermoso,
Ni la sagrada venda á Ligdo importa,
Ni el ser muchacho á Alon, que el riguroso
Arco la vida á todos tres acorta;
A Lamo el duro hierro venenoso
Hirió en el rostro, á Ligdo el cuello corta,
Y al bello Alon en la nevada frente
Hizo de sangre una copiosa fuente.

De Euboea natural era el primero,
El segundo de Tisbe, que nevada
Está lo mas de el año, y el tercero
De Amictas, verde siempre y nunca helada;
Jamás el arco de templado acero
Descansa, ni la mano está parada,
Ni jamás flecha alguna sacudida
El viento rompe sin hacer herida.

Clavada apenas una flecha queda,
Cuando otra suena por el aire vago;
¿Quién pensara jamás que un arco pueda
Y una mano hacer tan grande estrago?
Tantos cuerpos por él la tierra hereda,
Que ya es de sangre un infelice lago,
Ya de este al otro lado se revuelve,
Ya á los que huyen sigue, y ya se vuelve.

Pero ya avergonzada mucha gente
Para vengar á tantos se juntaba,
Y Anfion, del mismo Jove descendiente,
Que el daño hasta entonces inoraba,
Dice primero así: «¿Tan insolente
Te ha de hacer un arco y una aljaba,
Oh mal osado mozo? ¿Hasta cuándo
Tan libre has de ir la muerte dilatando?

»¿Sola, en efeto, has de dejar, muriendo,
Tu madre triste, que te espera en vano,
Que con tal desvergüenza vas corriendo,
Porque nadie te espera muy ufano?
Si piensas que de miedo van huyendo,
Te has engañado, que ningun tebano,
De lástima, te espera, y se ahuyenta
Porque el reñir contigo sea afrenta.

»Vuélvete á Arcadia, y entre tus iguales
Allí juega á las guerras de burlando,
Que aquí de solo el polvo las señales
A Marte encruelecen peleando;
Pero si honrosas pompas funerales
Con tu temprana muerte estás buscando,
Haré que goces el honor que esperas,
Y que, aunque mozo, entre varones mueras.»

Con nueva furia el mozo despreciado
Dijo, sin esperar blasfemias nuevas:
«De varon son las armas que á mi lado
He traido al ejército de Tébas;
Ni tú eres tan valiente ó tan osado,
Que indignamente contra mí las muevas,
Ni yo tan jóven, aunque mas lo sea,
Que con tales recuse la pelea.

»Al sucesor de Arcadia estás mirando,
No de sangre tebana descendiente,
Ni de madre nacido que celando
El parto, en noche obscura hizo patente;
No adornamos, á Baco celebrando,
Ella ni yo de pámpanos la frente,
No lanzas á traicion tirar supimos,
Vencidos del licor de sus racimos.

»Yo aprendí en las corrientes mas estrechas
Cortar, nadando, el mas hondable rio,
Y en las cuevas del tiempo ya deshechas
Con las fieras entrar á desafío;
Mas ¿qué digo? Mi madre trae de flechas
Siempre tan lleno el hombro como el mio,
Y el arco es siempre alivio de sus males,
Mientras las vuestras tocan atabales.»

Tales afrentas Anfion no pudo
Sufrir, y apercebido á la venganza,
Del pecho aparta el brazo del escudo,
Y con el diestro le arrojó una lanza;
Empero el resplandor del hierro crudo,
Que herido del sol, mill rayos lanza,
Al caballo turbó, y torciendo el pecho,
Dejó pasar el asta sin provecho.

Viendo el efecto en vano, mas le embiste
Anfion con la espada, y mas le acosa,
Cuando de nueva forma se reviste
Dellante dellos la silvestre diosa.
Al lado del mancebo siempre asiste
Dorceo, á quien la madre piadosa
Del hijo encomendó los tiernos años,
Y de la guerra los temidos daños.

Deste tomó el semblante y la figura,
Las armas y la voz la diosa casta,
Y fingiendo del ayo la cordura,
«Basta, le dice, rey de Arcadia, basta;
Mira que en esta guerra mal sigura
Tanto como una flecha vuela un asta;
Ten lástima á tu madre en tantas pruebas,
Y teme el dios que favorece á Tébas.»

No por eso el temor en él se anida;
Antes dice: «Oh carísimo Dorceo,
Déjame que este prive de la vida,
Y otro bien que me hagas no deseo.
Si él lanza empuña y malla trae vestida,
De lanza y malla yo tambien me arreo;
¿Por qué le he de temer, pues que me hallo
Igual con él en armas y caballo?

»Colgar su rica vestidura espero
Del alto umbral del templo de Diana;
Porque los hombros de un tebano fiero
No merecen tanto oro y tanta grana;
Sus flechas á mi madre donar quiero,
A quien siempre el aljaba fué liviana.»
Diana, que el fin sabe de su hado,
Con risa el llanto, oyéndole, ha mezclado.

Vióla ocupada en esto, desde el cielo,
Vénus, que á Marte tiene en su presencia,
Y acordándole el grave desconsuelo
Que Tébas pasa en esta competencia,
Y que es Cadmo su yerno y que es agüelo
Desta comun de todos descendencia,
El dolor que en su pecho oculto tiene,
Con aquesta ocasion á decir viene.

«¿No ves, oh Marte, el loco atrevimiento
Desta vírgen, que en serlo confiada,
En el campo ejercita tu ardimiento,
Sin temer tanta lanza y tanta espada?
Si á los nuestros ofrece fin sangriento,
Como si tu virtud le fuera dada,
Solo te falta ya, si á esto te obligas,
Que ella la guerra y tú las ciervas sigas.»

A las armas saltó ligero Marte,
De las justas querellas obligado,
Y por el aire vago al campo parte
De sola ira mortal acompañado;
Y á los demás furores de su parte
Que en la guerra trabajen ha dejado,
Y la diosa que oficio ajeno emprende
Con tales asperezas reprehende:

«No te ha dado á tí el Padre de los dioses
Poder sobre esta guerra, porque en ella
Tomes las armas y regirlas oses,
Que este no es ejercicio de doncella;
¿Con tu mano es razon qu'el campo acoses,
Donde la mia todo lo atropella?
Véte dél, y verás que no me igualas,
Pues donde Marte está no importa Pálas.»

Diana, oyendo el riguroso bando,
¿Qué ha de hacer, si con semblante fiero
Ve de una parte á Marte amenazando,
Y de otra ve el de Júpiter severo,
Y las parcas, que apriesa están hilando
De la vida del mozo el fin postrero?
Viendo que en vano á su remedio aspira,
Vencida de vergüenza se retira.

Luego de los tebanos escuadrones
El horrendo Driante se ha movido,
De la sangre heredero y las pasiones
De Orion, de Diana aborrecido;
Que aunque fueran los árcades leones,
No bastaran al odio envejecido
Con que en ellos vengar la muerte espera
Que dió á su abuelo la pisada fiera.

Con tanta furia sobre Arcadia viene,
Que á los primeros golpes, de turbados,
Ya mas de un pueblo capitan no tiene,
Y á mas de un capitan faltan soldados;
Mide el suelo la gente de Cilene,
Unos huyendo y otros derribados,
Y los que habitan el umbroso valle
De Tegea le ofrecen ancha calle.

Solo queda el mancebo, y solo espera,
Aunque cansado, ejecutar su ira
En el que á tantos da la muerte fiera,
Qu'esto no le acobarda, aunque le admira;
Va de escuadra en escuadra, y donde quiera
De su desgracia mill presagios mira,
Porque siempre delante dél asiste
La obscura sombra de la muerte triste.

Mira de su escuadron casi acabado
Que ya los raros compañeros cuenta,
Mira á Dorceo el verdadero al lado,
De quien en vano aconsejarse intenta;
Siente el hombro de flechas aliviado,
Y el peso de las armas que se aumenta;
Conoce que es muchacho, y no bastante
Contra la fuerza del feroz Driante.

Y viendo sobre sí grandeza tanta,
Nuevo temor se esparce por sus venas.
Cual blanco cisne que su muerte canta
Del frígido Estrimon en las arenas,
Si al águila que al cielo se levanta
Ve sobre sí, las garras de ira llenas,
Se encoge entre sus alas, y quisiera
Que allí se lo tragara la ribera;

Tal viendo el brazo del gigante fiero,
Que ya los golpes le descarga encima,
El horror, de la muerte mensajero,
Le encoge, le acobarda y desanima;
Y aunque robado su color primero
Con ver que en vano su remedio estima,
Las armas apercibe, el arco embraza,
Invocando á la diosa de la caza.

Y con fuerza mayor que antes solia
El cuerpo encorva y el temor desecha,
Y un brazo de otro tanto así desvia,
Que toca en los extremos de la flecha;
Cuando una lanza su contrario envia,
Cual torbellino, al arco tan derecha,
Que cortando la cuerda retorcida,
Le abrió en el hombro una mortal herida.

Floja con el dolor la diestra mano,
Suelta el arco y el freno juntamente,
Corre el caballo libre por el llano,
Mas no le dan lugar de que se ausente;
Que rechinando por el aire vano
Otra lanza, llegó tan de repente,
Que la huida del caballo estorba,
Cortándole una pierna por la corva.

Y de una y otra lanza sacudida
Apenas vió el efecto deseado
Driante, cuando ajeno de la vida
Lo vieron por el campo revolcado.
¡Caso extraño! sin golpe ni herida
Vino á morir quien tantos habia dado,
Y aunque es el hecho de su muerte incierto,
Bien sospechan las manos que le han muerto.

Luego al mozo de enmedio de la gente
Saca en hombros la suya cazadora;
¡Oh simple edad, que su dolor no siente,
Y del caballo la desgracia llora!
La celada le aflojan de la frente,
Y vese la beldad que Arcadia adora
Andar por sus faiciones fugitiva,
Sin hallar quien la albergue ó la reciba.

No la admite ya el oro del cabello,
Que enmarañado está y descolorido,
Ni el labio amortigado, antes tan bello,
Ni el mirar agradable, ya dormido;
Menos la admite el blanco pecho y cuello,
Que en un rio de sangre convertido,
A tierno llanto y compasion moviera
Al mas cruel tebano que le viera.

Soltó la flaca voz Partenopeo,
Y dijo, aunque en sollozos atajada:
«Yo muero ya, carísimo Dorceo;
Vé y consuela á mi madre desdichada;
Que ya por los presagios que en mí veo
No está inorante de mi muerte airada,
Que no es posible sino que algun dia
Soñando ha visto alguna sombra mia.

»Vé, y antes que le dés la triste nueva,
Entretenla y engáñala de suerte,
Que á muerte repentina no le mueva
El dolor repentino de mi muerte;
Y guárdate, si entonces armas lleva,
Cuando le cuentes mi desdicha; advierte
Que con la pena y el dolor tan fiero,
No guardará respeto al mensajero.

»Y dile, cuando ya forzoso sea
Confesarle mi muerte: ¡Oh madre triste!
Este justo castigo en mí se emplea,
Pues desprecié el consejo que me diste;
Cual rapaz me dispuse á la pelea
Que tantas veces tú me defendiste,
Y con las mismas armas defendidas
No perdoné la tuya en tantas vidas.

»Vive ya, pues mi muerte te ha vengado
Del tiempo que te fuí desobediente,
Y desecha el temor, que ya ha faltado
La ocasion, de ver tu hijo ausente,
Cuando desde Libeo en el collado
Llorabas mi partida tiernamente,
Hasta perder de vista y del oido
De mi escuadron el polvo y el ruido.

»Postrado estoy en esta tierra fria,
Sin gozar del regalo de tu pecho,
Adonde el mio descansar podria,
Ya sin aliento y sin valor deshecho;
Mas, pues quiere la triste suerte mia
Estemos tanto trecho en tanto estrecho,
De aqueste mi cabello gozar puedes,
Que ha sido un tiempo de las ninfas redes.

»Este cabello pues, que tú peinabas,
Y enmarañado ya, cortar consiento;
Este que á mi pesar aderezabas
Con mujeril tranzado y ornamento;
A este por el cuerpo que esperabas
Las exequias harás y monumento,
Y entre ellas, pues la prenda mejor pierdes,
Desto solo te ruego que te acuerdes:

»Que otro brazo mis dardos no ejercite,
Si en tirarlos no fuere ejercitado,
Ni de mis perros las traillas quite
Quien en cazar con perros no está usado;
Y este arco mio, que al primer embite
Fué en la primera guerra desdichado,
Herede el fuego, ó por mayor ejemplo,
De la ingrata Diana ocupe el templo.»

LIBRO DÉCIMO.

ARGUMENTO.

Con la noche se retiran los campos. Salen los tebanos á dar, con la oscuridad, en el real de los griegos. Las matronas de Argos hacen sacrificio á Juno. Baja la Diosa á la casa del Sueño. Mándale que adormezca á los tebanos. Obedécela el Sueño. Salen treinta y tres griegos animados por el sacerdote Tiodamante. Dan en el real de los tebanos dormidos. Hacen en ellos cruel estrago. Retíranse á su real. Quédanse dos dellos buscando los cuerpos de Tideo y de Partenopeo. Habiéndolos hallado, y volviendo con ellos, sáleles al encuentro un escuadron de tebanos, que matan al uno, y el otro se mata con su espada. Embisten los griegos la ciudad. Mueren muchos de ambas partes. Murmuran los tebanos de su rey. Consultan á Teresias, agorero ciego, el cual hace sacrificio á los dioses. Dice que muriendo el postrero decendiente de Cadmo se aplacará la guerra. Meneceo entiende por sí el agüero. Ofrécese al sacrificio. Quiérelo estorbar Creonte, su padre. El lo engaña, y súbese á la muralla, donde con su espada se atravesó el pecho. Capaneo anda furioso entre los tebanos. Sube al muro de Tébas. Blasfema contra los dioses. Ellos piden venganza á Júpiter, el cual le tiró un rayo, con que lo abrasa.

La noche por las puertas del oriente,
Con mayor brevedad que antes solia,
Cubrió la luz del sol resplandeciente,
Que Júpiter mandó abreviar el dia;
Mas no para mostrarse mas clemente
De la griega ó tebana compañía,
Sino por ver á tantos forasteros
Ensangrentar sin culpa los aceros.

De sangre, armas, caballos y heridos
Mostróse al punto la campaña llena,
En que entraron soberbios y atrevidos,
Mas ya desiertos en la seca arena.
Dejan los cuerpos muertos desparcidos,
Sin sepultarlos, como á causa ajena;
Su mismo brazo alguno, ó pié cortado,
Por retirarse se dejó olvidado.

Y luego á las banderas destrozadas,
Rotas con el nublado de las flechas,
Las unas y otras gentes, afrentadas,
Recorrieron sus haces ya deshechas;
Diéronles al volver anchas entradas
Las puertas, que al salir fueron estrechas,
Y despues de unos y otros recogidos,
Iguales se escucharon los gemidos.

Mas tiene por solaz de sus afanes
El tebano en aquestos alborotos
Ver que perdidos van sin capitanes
Cuatro escuadrones de los griegos rotos;
Cual naves combatidas de huracanes,
Sin velas, sin gobierno de pilotos,
De cuyos viudos destrozados leños
La tempestad y el hado son los dueños.

Tomó de aquí el tebano mas aliento,
No ya de repararse de sus males,
Mas de seguir con nuevo atrevimiento
Del fugitivo griego los reales,
Porque volver no pueda tan contento
A pisar de Micénas los umbrales;
Y del secreto aviso con cautela
Fué la voz de una en otra cintinela.

Salir al caso en esta noche oscura
Tocó por suerte al capitan Megeo,
Y de su voluntad, que honor procura,
Alico acompañarle en el trofeo;
Y cual si el tiempo que la noche dura
Fuese de una olimpiada el rodeo,
De armas, lumbres, comidas y soldados
Salen tan prevenidos como osados.

Aprueba el Rey del hecho la osadía,
Y les dice: «Oh tebanos vencedores,
Durar no pueden desta noche fria
Las tinieblas, amigas de temores,
Ni está léjos la clara luz del dia,
Cuyos trabajos no serán mayores;
Igualad vuestros ánimos al hecho,
Cual si llevareis dioses en el pecho.

»Ya de sus haces las mejores dellas
Habeis postrado, y por el suelo alerna
Ya de Tideo cesan las querellas,
De que el infierno os da venganza eterna;
Del que juzgaba, viendo las estrellas,
Lo que por ellas Júpiter gobierna,
Ya visteis, con su muerte arrebatada;
Cómo la muerte se quedó pasmada.

»De Hipomedonte falta el bravo aliento,
Que á Ismeno enriqueció las espadañas;
Falta el jóven de Arcadia, aunque me afrento
Con esta acrecentar vuestras hazañas;
En las manos teneis el vencimiento,
Pues de siete naciones tan extrañas,
Ya de los cuatro capitanes dellas
No resplandecen las celadas bellas.

»Por dicha, en las escuadras que han quedado
Hay que temer en todo el campo aqueo,
¿Daráos de Adrasto la vejez cuidado,
O de mi hermano el juvenil deseo,
O temerá vuestro valor osado
Al insano furor de Capaneo?
Id, no temais, volá, y á sangre y fuego
Seguí el alcance al fugitivo griego.

»A un campo destrozado un campo entero
Acometeis, y en una noche corta
Sus despojos por vuestros considero;
Hacienda vuestra es, guardarla importa.»
Tal supo el Rey decirles lisonjero,
Y con tales palabras los exhorta,
Que con nuevo furor y fuerza nueva
El pasado trabajo se renueva.

Y tales como estaban, polvorosos,
De tanta sangre y de sudor cubiertos,
Revolvieron los pasos presurosos,
Dando apenas lugar á sus conciertos;
Los abrazos desechan amorosos
De los que ya los esperaban muertos,
Y volviendo la espalda al mas amigo,
Cercan de fuego el valle al enemigo.

Tal de hambrientos lobos la manada,
Que á todo, de la hambre atrivimiento,
Busca por varios campos la majada,
Donde oyó del cordero el tierno acento;
Mas su esperanza se halló frustrada,
Que está cerrado el pastoral asiento;
Y así, en la piedra que d'entrar le excluye
Sus uñas rompe y dientes desmenuye.

Y en tanto, con humildes sacrificios
Haciendo á Juno ofrecimientos largos,
De las aras de Pélope en los quicios
Se ven postradas las matronas de Argos;
De su templo le acuerdan los servicios,
Y á vuelta de sus llantos tan amargos,
Enseñan á sus hijos que en las tallas
De las puertas abracen las medallas.

Suplican que á los griegos escuadrones
Libres volver permita á sus lugares,
Y aunque el dia faltó á sus devociones,
Nunca el fuego faltó de sus altares;
Que veladoras llamas en blandones
Vencieron de la noche los pesares,
Tal, que aunque oscura con la luz que habia,
Solo en el llanto noche parecia.

De blanca tela, de oro recamada,
A quien hace la púrpura mas bella,
Obra que ni tejida ni labrada
Se vido en canastillo de doncella,
Ni mano que no fuese de casada
Supo en tres años dar puntada en ella,
Humildes ofrecieron rico manto,
Por casto velo, al simulacro santo.

Pintada allí la Diosa soberana
Se ve de tierna edad, tan vergonzosa,
Que parece que teme, siendo hermana
De Júpiter, venir á ser esposa
De quien, aunque en edad tambien temprana,
Baja el rostro al regalo desdeñosa,
Y dél aun no ofendida, se desvia,
Que dirán que ella huye y que él porfia.

Deste precioso manto, deste velo
La santa imágen de marfil cubriendo,
«Reina, le dicen, del cidéreo cielo,
Que nuestro tierno llanto estás oyendo,
Mira de Tébas el infame suelo,
Que fué de concubinas mónstruo horrendo;
Y pues que puedes, de otro rayo airado
Perezca, cual la madre de tu alnado.»

Confusa Juno en esta diferencia,
De tantos dones obligada, á ruegos,
Y que no hay que esperar en la clemencia
De Júpiter, contrario de sus griegos,
Ni hallando en los hados resistencia,
De la venganza ejecutores ciegos,
El caso le ofreció nueva cautela,
Mirando el valle del tebano en vela.

Y viendo que su ánimo inmudable
Al descanso ni al sueño no perdona,
De ira estremece el rostro venerable,
Que estuvo por caerse la corona;
No en el parto de Alcides indomable
Mostró tan ofendida su persona,
Ni cuando de las dos tebanas bellas
Vido la sucesion en las estrellas.

Al fin, del flojo sueño en la dulzura
Determina ligarlos, de manera
Que sea de sus vidas sepultura
El que descanso de sus vidas fuera;
Y á su Iris en esta conjuntura
Manda lo que ha de hacer, y que ligera,
Porque su intento mas efecto tenga,
De sus arcos y cercos se prevenga.

El mandato obedece, y al instante
Deja la Diosa clara las estrellas,
Y su arco, entre las nubes arrogante,
Opone al sol, que va huyendo dellas;
Al cielo llega el chapitel triunfante,
Cuyas molduras son de listas bellas,
Y en la tierra las basas alargando,
Por ellas se desliza relumbrando.

En una selva oscura y tenebrosa
De espesas ramas y confusas breñas,
De quien la clara luz del sol hermosa
Ni otra estrella jamás pudo dar señas,
Se dilata una cueva temerosa,
Minando un monte por cavadas peñas,
Hácia la parte que la noche oscura
En negro lecho descansar procura.

Aquí del flojo sueño la morada
Labró, floja tambien, naturaleza,
Cuya puerta, al reposo encomendada,
Vela, aunque soñolienta, la pereza:
Mudo el ocio y olvido está á la entrada,
Defendiendo á los vientos la aspereza,
Y el silencio, las alas encogiendo,
Estorba de las ramas el estruendo.

No se oye aquí de pájaros cantores
El dulce canto, que aunque dulce, ofende,
Ni del mar inquieto los rumores
Cuando en las peñas embestir pretende;
No los rayos del cielo tronadores,
Y el rio que con mas furor desciende
Y los campos del sueño fertiliza,
Durmiendo, por peñascos se desliza.

La yerba que produce y alimenta,
De un soñoliento espíritu vencida,
En la raíz apenas se sustenta,
Y al suelo inclina la cerviz dormida;
Negro ganado della se apacienta,
De quien á veces por dormir se olvida;
Tal es la fuerza del lugar y el dueño,
Que deja el pasto por gozar del sueño.

El sueño pues aquí, de olvido lleno,
Sin ocupar el corazon baldío,
De la caverna cóncava en el seno,
Ocupa echado el siempre albergue frio;
De estar tan perezoso en el terreno,
No está el estrado de calor vacío;
Que del vestido y flores del estrado
Exhala sueño de calor pesado.

En la siniestra mano sustentando
Está el cabello y rostro perezoso,
Negro vapor del pecho resollando,
Que mas ofusca el sitio tenebroso;
Y el cuerno, con que infunde el sueño blando,
Que en la diestra apretaba cuidadoso,
Caer deja en la tierra, y dél se olvida
El flojo brazo y mano adormecida.

Diversos sueños, falsos, verdaderos,
Alegres, tristes, blandos y pesados,
Unos se ven volando muy ligeros,
Y otros por las paredes arrimados;
De la noche los ciegos compañeros,
Oscuridad, temor, horror, nublados,
Temiendo el resplandor de la luz nueva,
Atapan los resquicios de la cueva.

Aquí llegó la Diosa refulgente,
El campo matizando de colores,
Y el triste bosque, que venir la siente,
Risueño se mostró á sus resplandores;
La oscura cueva de dormida gente
Casa parece ya de veladores,
Con el reflejo de una y otra cinta,
Que el sitio alegra y los peñascos pinta.

Mas ni la luz que repentina asalta,
Ni el rechinar á la cerrada puerta,
Ni la voz de la Diosa, aunque mas alta,
El sueño de su sueño le despierta;
Así se está, que no se sobresalta,
No hay voz, rumor ni luz que lo divierta,
Hasta que en lleno, con sus rayos bellos
Le rompió de los párpados los sellos.

Él, levantado perezosamente,
La vista apenas en la luz repara,
Cuando, solo en aquesto diligente,
Con ambas manos se cubrió la cara;
Quiso mover la lengua airadamente,
Y ronco acento fué su voz mas clara,
Volvióse de otro lado, y al instante
Así habló la hija de Taumante:

«Dulce sueño, á los dioses agradable,
La rubia engendradora del granizo,
Que mas de un sueño en noche deleitable
Perder con varias tempestades hizo,
Manda que al pueblo y gente detestable
Que al insolente Cadmo satisfizo,
Que desvelados trazan sus enojos,
De sueño agraves los despiertos ojos.

»Que apenas tienen hoy el brazo enjuto
De la sangre de griegos derramada,
Y contra ellos, negándote el tributo,
De noche van con veladora espada;
El mandato de Juno es absoluto,
Y ruega al fin la que ha de ser rogada;
Pues que puedes, no es mucho obedecella,
Y tendrás grato á Júpiter por ella.»

Dijo; y porque su voz no en balde sea,
Estremecióle el cuerpo soñoliento,
Y él, aun no bien despierto, cabecea
Por señas que hará su mandamiento;
Parte la Diosa, y al salir recrea
La selva oscura, serenando el viento,
Aunque, del poco tiempo que allí ha estado,
Con menos luz y vuelo mas pesado.

Y él, su pié volador acelerando,
Por infundir su sueño á sueño suelto,
Los tiempos mas airosos invocando,
Se fué en la capa del invierno envuelto;
El cielo con silencio penetrando
Pasa, en confusa oscuridad resuelto,
Y sobre el campo del tebano vuela,
Que contra el griego en vano se desvela.

Quédanse las palabras comenzadas
De muchos que hablando se adormecen,
Porque ya las pestañas mas delgadas
Son nieblas que los ojos escurecen;
No hay lanzas en las manos apretadas,
Ni en las cabezas yelmos resplandecen;
Que el suelo aquellas miden sin provecho,
Y á aquestos baja el flojo cuello al pecho.

Poco á poco el rumor se va perdiendo,
Ya todo está en silencio convertido,
La antorcha mas lucida que está ardiendo,
Su luz cubierta de cenizas vido;
Y de la trompa el sonoroso estruendo,
A no estar el trompeta ya dormido,
No incita ya caballo ó caballero;
Que pesa mas el sueño que el acero.

No todos los efectos son iguales
Que con su blanda fuerza infunde el sueño,
Pues con estar tan cerca los reales,
Solo al tebano ofrezca su beleño;
Vela el griego, olvidado de sus males,
Hecho del campo y de las armas dueño,
Con que soberbio, de la noche oscura
Blasfema porque el dia no apresura.

En tanto, de los dioses incitado,
De un nuevo horror se enviste Tiodamante,
Que le compele á descubrir del hado
El fin de que su gente está ignorante;
O que Juno este espíritu le ha dado
Porque de Tébas las ruinas cante,
O que obligado al sacerdote nuevo,
Nuevo furor le estimulase Febo,

En medio se presenta de la gente
Con temerosa voz y aspecto grave,
Rebosando del pecho impaciente
Del Dios la furia, porque en él no cabe;
En su rostro el furor está patente,
Que sangre á sus mejillas dar no sabe,
Aquí y allí mirando, y por la espalda
Suelto el cabello, azota la guirnalda.

Así llegó furioso el adivino
Al pabellon de Adrasto, que cercado
Está de tanta insignia, que ayer vino
En las manos de un rey y hoy de un soldado;
Donde, si contra el fin de su destino
Consejo puede haber, el viejo osado,
Aunque el estrozo suyo ve patente,
Consulta en vano la perdida gente.

Cércanle á la redonda los varones,
Que por deudos pretenden mas cercanos
Heredar de los muertos los pendones,
Que no pensaron verse en tales manos;
Y aunque rigen los güérfanos bastones
Que gobernaron reyes, y aunque ufanos
Se ven crecer en dignidad tan alta,
Al fin les duele el capitan que falta.

No de otra suerte en la perdida nave,
Por muerte del patron, aunque remoto,
Sucede á gobernarla el que mas sabe,
Y á veces un grumete por piloto;
Que no le desobliga el cargo grave
A regir con cuidado el leño roto,
Aunque se ve inferior al muerto dueño,
Y aunque la chusma acude tarde al leño.

Y puesto en medio el cónclave, levanta
La voz el agorero alegremente;
«Del cielo, dice, alguna deidad santa
Me manda que os avise, griega gente;
Ajena es de mi pecho fuerza tanta,
De aquel dios es la furia y el torrente,
De quien la toca y el laurel sagrado
Ceñi con vuestro aplauso y con su agrado.

»Para un hermoso engaño, un alto hecho,
Noche es aquesta fértil y oportuna,
A que os llama el valor de vuestro pecho,
Y solo pide manos la fortuna;
Pagando está el tebano su derecho
Al sueño, libre de asechanza alguna;
Agora es tiempo, agora se podria
Vengar la injuria del pasado dia.

»Arrebatad las armas en la mano,
Las coronas vengad, de rey desiertas,
Romped por las trincheas á ese llano,
Si estorbo os hacen al salir las puertas;
Podréis dar al amigo y al hermano
En vivas llamas sepulturas ciertas;
Que hoy aun fuera razon que se hiciera,
Por mas contraria que la suerte fuera.

»Y juro por las mesas de oro puro,
Donde recibe el sacrificio Febo,
Y por el fin de mi maestro juro,
Que fué en el mundo extraordinario y nuevo,
Que vi, volviendo del tebano muro,
En favor del disinio adonde os llevo,
Sereno el cielo, ó el aire retozando,
Y diestras aves sobre mí volando.

»Empero agora estoy certificado
Del fin que este presagio me asegura;
Que el mismo Anfiarao me ha hablado
En el silencio de esta noche oscura;
El mismo, que cual vistes ser tragado,
Lo volvió á vomitar la tierra dura;
Solo su carro no parece; él mismo,
Tiznado con las sombras del abismo.

»No de vanas fantasmas son antojos,
Ni os cuento de algun sueño el fin prolijo,
Que abiertos como agora están mis ojos,
En ellos vide su semblante fijo;
—¿Tú permites perder tales despojos
Del campo griego, airadamente dijo,
Y ves la sangre que al tebano cuesta,
Y que se pase noche como aquesta?

»¿Estos son los secretos que tú sueles
Del cielo escudriñar, de mí enseñado?
No es bien que el aire midas y niveles
De las aves el vuelo acelerado;
Vuélveme mis coronas y laureles,
Y vuélveme los dioses que te he dado,
Si con tanto descuido (cuando importa)
El hado ignoras de una noche corta.

»Vé pues, y de valor apercibido,
Procura, dijo, al menos mi venganza.
Y si la vista engaño no ha tenido,
Diré que contra mí vibró su lanza,
Y que hasta aquí en su carro me ha seguido,
Que excede de los vientos la tardanza,
Donde temo, si el carro entrar no pudo,
Ser de su lanza voladora escudo.

»Por tanto usad con pechos valerosos
de la ocasion que el cielo os encomienda;
Que no con enemigos cuidadosos,
Mas con gente dormida, es la contienda;
Ensangrentad los brazos poderosos,
Que no hay quien os lo estorbe ó lo defienda;
Que al son que duerme el campo descuidado
Duerme la guerra y duerme Marte airado.

»¿Habrá aquí por ventura algun argivo
A quien la fama á engrandecer comience,
Que mientras da lugar el hado esquivo,
Tal gloria de perder no se avergüence?
El vuelo de las aves fugitivo
Otra vez veo ya que me convence,
Y otra vez me amenaza mi maestro;
Solo me voy sin el socorro vuestro.»

Con tales voces rompe el adivino
De la noche el silencio, y ya deshecho,
Como si á todos el furor divino
De un mismo dios les inflamara el pecho,
Siguen tras dél, á fuerza del destino,
Que todo el campo les parece estrecho,
Y aunque el suceso ó bueno ó malo sea,
Quieren acompañarle en la pelea.

Treinta escogió de todos solamente,
Los mas fuertes soldados y lucidos;
Brama la juventud con pecho ardiente,
De ver que ellos no son los escogidos.
«¿Que en el real nos dejen se consiente,
Dicen unos, al ocio vil rendidos?»
Otros: «¿Que ha merecido aqueste ultraje
Mis hechos y el valor de mi linaje?»

Otros quieren que á suertes se remitan;
Otros, que á la eleccion, que es mas segura;
«Suertes, al punto en todo el campo gritan,
Y vaya cada cual por su ventura.»
Y de ver el valor con que se incitan
Se alegra Adrasto, aunque estorbar procura
El fin que teme en competencia tanta,
Y animoso entre todos se levanta.

Cual se alegra de Fole en el collado
Sábio pastor que yeguas apacienta,
A quien la primavera ha renovado
De lozanos potrillos larga cuenta,
De verlos retozando por el prado,
Que uno salta las peñas y otro intenta,
Nadando, ir á pacer otra ribera,
Y otro exceder al padre en la carrera,

Y ocioso está, entre sí considerando,
Conforme en cada uno ve el sugeto,
Cuál tomará mejor el yugo blando
Y cuál tendrá la silla mas quieto;
Cuál saldrá tras la trompa relinchando,
Como nacido para aqueste efeto;
Cuál ganará, corriendo con mas brios,
La palma en los pisanos desafíos.

Tal se alegra con estas divisiones
El viejo Adrasto el campo ver revuelto,
Porque de allí colige, en sus varones,
Cuál será en las impresas mas resuelto;
Y no poniendo al hecho dilaciones,
Dijo, teniendo al cielo el rostro vuelto:
«¿Es posible, deidades celestiales,
Que os acordais tan tarde de mis males?

»En esta sedicion, este alboroto,
Que es señal de un valor esclarecido,
¿Virtud puede quedarle á un campo roto.
¿Sangre le queda, habiéndola vertido?
Y que estando de airarse tan remoto,
De fuerzas y valor enflaquecido,
¿Posible es que á la venganza aspira
Y le dura en los ánimos la ira?

»Alabo el ofrecido beneficio,
Generosos mancebos, y me agrada
Tan noble competencia, que es indicio
Del heróico valor de vuestra espada;
Mas no es negocio aqueste de bullicio,
Que ordenamos secreta la celada;
Y cuando se fabrica oculto engaño
Siempre la multitud ha hecho daño.

»No entre las nieblas de una noche oscura
Cubrais el resplandor de vuestro acero;
Véalo el sol bañado en sangre pura,
Quien relucir al sol lo vió primero;
Guardáos para mas alta coyuntura,
Dejad que llegue el dia venidero,
Donde, sin excepcion, todos irémos;
Que en público es razon que peleemos.»

Así la ardiente juventud reprime,
Templando sus airados movimientos,
Cual en su cueva alborotada oprime
Al Euro ó Noto el padre de los vientos;
Que aunque reviente el uno, el otro gime
Por salir á turbar los elementos;
Volver los hace al centro mas oscuro,
Cerrando el paso de un peñasco duro.

Luego eligió el Profeta nuevamente
(Sobre los treinta que escogido habia)
A Agileo, de Alcides decendiente,
Y al valeroso Artor en compañía;
Aquel, si este se precia de elocuente,
No ser menos que el padre se gloria,
Y entre los tres á cada diez reparte,
Como si fueran treinta mil de parte.

Tal va á la nueva guerra confiado,
Que (aunque pequeño) su escuadron pudiera
Poner al enemigo en gran cuidado,
Supuesto que aun dormido no estuviera.
Las verdes hojas de laurel sagrado,
Honor de su peinada cabellera,
Porque le estorban, la celada quita,
Y en las manos de Adrasto deposita.

Y por honrarle con mayor trofeo
Le vistió Polinice su loriga;
A Artor ciñió su espada Capaneo,
Con cuyo grave peso se fatiga,
Y él no quiso salir aqueste empleo,
Teniendo por afrenta que se diga
Que acometerlos con engaño intenta,
O que él hiciese de los dioses cuenta.

Agileo las armas que llevaba
Trocó por las que Nomio se vestia;
Que aunque el arco es de Alcides y el aljaba,
De noche ¿qué valdrá su puntería?
Salen al fin con arrogancia brava,
Y por si acaso el rechinar se oia
De las herradas puertas y cadenas,
Saltaron del vallado las almenas.

Pero á poca distancia comenzaron
A descubrir riquísimos despojos
De muchos que tendidos encontraron,
Con el sueño olvidando sus enojos;
Cual muertos á cuchillo los juzgaron,
Y tan sin alma ya como sin ojos;
Lo cual mirando el sacerdote sábio,
Dijo á los suyos con callado labio:

«Ea, amigos, ya es tiempo; adonde quiera
Haced sin piedad cruel matanza;
Si hambre os mueve de venganza fiera,
Buen campo se os ofrece de venganza.
Ruego al cielo que piadoso quiera
Que igualeis con las obras la esperanza,
Llenando de los dioses el deseo,
Que en vuestra ayuda favorable veo.

»Un campo en ocio torpe soñoliento
Se os ofrece á la vista; ¡oh qué vergüenza
Que á cercarnos tuviese atrevimiento
Gente dormida, y no haya quien la venza!
Que estos...» dijo; y faltando el sufrimiento,
Con mano airada á desnudar comienza
La espada, que cual rayo ha parecido
Sobre el real, mas muerto que dormido.

¿Quién de los muertos el horrendo estrago
Podrá contar, ó el nombre de los muertos,
A quien dió de su sueño el justo pago,
Quedando antes sin almas que despiertos?
Aquí y allí de sangre hace un lago
De pechos mil hasta la espalda abiertos,
Y en las celadas encerrado deja
El resuello de muchos, vuelto en queja.

Clava en la tierra al que en la tierra echado
Está, y al que en su escudo, en el escudo
Deja, en su misma lanza atravesado
Al que la lanza sustentar no pudo,
Y al que, entre vino y armas sepultado,
Sueña que está hablando, deja mudo,
Y vuelan los espíritus desiertos,
Manchados en la sangre de sus muertos.

Del modo que el vil sueño les ha hecho
Tomar la posesion del suelo duro,
Tendido ó recostado sobre el pecho,
Ninguno de la muerte está seguro;
Que Juno, que á su lado está derecho,
Y armada rompe por el aire puro,
Le muestra las personas una á una,
Sacudiendo los rayos de la luna.

Siente, aunque cela el gozo soberano,
Tiodamante á Juno en la celada;
Ya mueve tarde la homicida mano,
Ya corta el filo menos de su espada;
Y extendiendo la vista por el llano,
Del próspero suceso empalagada,
No ve el destrozo hecho, aunque lo mira,
Ciego con el nublado de la ira.

Cual tigre que rabioso estrago ha hecho
En la manada de novillos nueva,
Las bellas manchas del pintado pecho
Ensuciando en la sangre, en que se ceba,
Que en viendo que su rabia ha satisfecho,
Como le sobra sangre, mas que beba,
Mas carne que destroce y mas ganado,
Le pesa que la hambre le ha faltado.

Tal, despues que en los míseros tebanos
Tan gran destrozo el sacerdote mira,
De no tener cien brazos y cien manos
Con que ejecute su furor, suspira.
Parécenle sus golpes muy livianos,
Por ser gente dormida á quien los tira;
Y ya enfadado, por su honor quisiera
Que todo el campo de despiertos fuera.

Por otra parte, el sucesor valiente
De Alcides, y por otra Artor osado,
Van asolando la dormida gente,
De sus diez cada uno acompañado;
Cubre ya de la sangre la creciente
La verde yerba, empantanando el prado;
Ni hay tienda en el real que esté segura
Donde el caliente arroyo se apresura.

Brota la tierra humo denegrido
De la encendida sangre que se vierte,
Y del calor que igual ha producido
El resuello del sueño y de la muerte;
No hay quien abra los ojos al ruido.
Tan cerrados los tiene el sueño fuerte;
Y si alguno los párpados despega,
Es cuando ya la airada muerte llega.

Desvelado entre todos Alimeno,
Esta noche su cítara ha traido,
La última que estrellas vió al sereno,
Y nunca mas del sol los rayos vido.
Un himno comenzó la voz en lleno;
Mas, del dios soñoliento compelido,
El himno deja, y en la lira carga
Del flojo cuello la pesada carga.

Mas llegó sobre el músico tebano
La lanza de Agileo, como el viento,
Que atravesado lo dejó en el llano,
Y al pecho el hierro pareció sangriento;
Clavó la punta la derecha mano,
Cargada sobre el cóncavo instrumento;
Tembló el asta, y el brazo estremeciendo,
Tocó las cuerdas, y murió tañendo.

Las mesas, de que hicieron almohada,
Ciegos del soñoliento desatino,
Se manchan de la sangre derramada,
Que sin órden se mezcla con el vino;
Y alguno que vació copa colmada,
Tan cerca della á recostarse vino,
Que por la herida el vino, hecho un rio,
Volvió á colmar el vaso, ya vacío.

A Tamiro pasó de parte á parte,
Abrazado á su hermano, Artor valiente;
De Hedo Tago las espaldas parte,
Sin respetar su coronada frente;
De Ebro al infierno el alma alegre parte,
Porque Danao de un golpe dulcemente
El cuello á cercen le quitó y la vida,
Que no sintió el dolor de la herida.

Palpeto, por gozar de cama fria,
Debajo de su carro está durmiendo,
Y resollando, estremecer hacia
Los caballos, que cerca están paciendo;
Y como el vino que en su pecho ardia
Le estaba por la boca revertiendo,
Por la garganta á aquel licor nocivo
Abrió una fuente el sacerdote argivo.

La sangre despidió por la rotura
El vino, en la garganta represado,
Y haciendo sangre y vino una mixtura,
Quedó el resuello entre los dos helado;
Que á Tébas via envuelta en niebla oscura
Soñaba por ventura el desdichado,
Y al sacerdote, que furioso andaba,
Cuando llegó el presagio que soñaba.

Tres partes de la noche habian pasado,
Y ya las nubes sin preñez se vian,
Y con el resplandor acostumbrado
No todas las estrellas relucian;
De Bootes el carro, aunque pesado,
Apriesa los caballos escondian;
Tiempo faltaba ya, y faltaba gente
En que el griego sus manos ensangriente.

Cuando Artor, en los daños prevenido,
«Basta ya, basta, dijo, Tiodamante,
El gozo no esperado que ha tenido
El griego de una noche en el instante;
No sé quién de la muerte haya huido
En todo este escuadron que ves delante,
Sino es aquel de quien huyó la muerte,
Por ser de infame y miserable suerte.

»Pon límite á la ira en tantos males,
Y piensa, aunque el suceso te embravece,
Que no falta en los dioses celestiales
Quien á la airada Tébas favorece;
No pueden ser las suertes siempre iguales,
Menguar tiene sin duda la que crece,
Y en la ocasion mejor podrán dejarte
Los dioses que ahora tienes de tu parte.»

Luego obedece, y levantando al cielo
Las manos, de la sangre humedecidas,
«Desta tu noche, oh gran señor de Delo,
Recibe, dijo, en premio tantas vidas;
Si no con la pureza que yo suelo,
O con lavadas manos ofrecidas,
Cual de un soldado estima aquesta empresa,
O de un fiel ministro de tu mesa.

»Si nunca desdeñé tu mandamiento,
Si siempre á tu obediencia estuve atado,
Vén muchas veces, Febo, á darme aliento,
Rompa mi pecho tu furor sagrado;
Recibe agora aqueste honor sangriento
De estas armas y campo destrozado,
Que cuando ciña mi preciosa venda
Yo te prometo mejorar la ofrenda.

»Y si á mi patria alegre me llevares,
En tu templo, en lugar destas ofertas,
Cuantas armas sin dueño aquí hallares,
Cuantas personas á mis manos muertas,
Tantos toros verás en tus altares,
Tantos dones colgados de tus puertas.»
Dijo; y alegre d'entre los aceros
Sacó los victoriosos compañeros.

Vino en los treinta el calidonio Hopleo
Y Dimante, en Arcadia respetado,
De servir á sus reyes con deseo,
Y de sus reyes cada uno amado;
Mas viendo de sus muertes el trofeo,
La vida les ofende en igual grado,
Y dando de su pena testimonio,
Así incita al de Arcadia el calidonio:

«¿Es posible que no te da cuidado
Dejar tu muerto rey en un disierto,
A quien perros habrán despedazado,
Y aves de nuevo el tierno pecho abierto?
¿Cómo podréis, si á vuestro rey amado
No llevais los de Arcadia, ó vivo ó muerto,
De su madre templar los llantos tristes,
Cuando os demande el rey que recibistes?

»No es tan tierno Tideo, ni la muerte
Le alcanzó, como al vuestro, en tiernos años,
Que aunque así se quedara, el cuerpo fuerte
Pudiera resistir mayores daños;
Mas no le dejaré de aquesta suerte
Sin sepulcro entre bárbaros extraños;
Que me acusa el honor y el pecho inflama
El amor que le tuve, que me llama.

»Ir quiero escudriñando paso á paso
Todo el sangriento campo, y te aseguro
De no volver atrás, sin él, un paso,
Aunque de Tébas atraviese el muro.»
«Basta, le replicó Dimante, paso;
Que por la luz de las estrellas juro,
Y el alma de mi rey, sagrada y pia,
Que ese mismo cuidado me encendia.

»Teníame el dolor acobardado,
Y buscaba un amigo verdadero
Con quien ir; mas teniéndote á mi lado,
Agora iré delante yo el primero.»
Y el camino comienza confiado
En fe del piadoso compañero,
Y el triste rostro alzando á las estrellas,
Así dijo á la mas luciente de ellas:

«Cintia, que de la noche mas escura
Los secretos descubre tu luz clara,
Si en tres formas nos muestras tu figura,
Y al bosque vas con diferente cara,
Aquel tu compañero en la espesura,
Aquel tu jóven á quien fuiste cara,
Buscando estoy; agora solamente
Tu rayo alarga entre esta muerta gente.»

Luego encendió la cazadora bella
De viva luz su rostro sacrosanto,
Su carro inclina al suelo y atrás ella,
Nubes rompiendo de la noche el manto,
Y desasiendo un cuerno de su estrella,
Le muestra el cuerpo deseado tanto;
Vese el campo de Tébas á su lumbre,
Y del excelso Citeron la cumbre.

No de otra suerte vió su luz que cuando
En noche oscura, tenebrosa y fria,
El cielo rompe Júpiter tronando,
Con que le hace que parezca dia;
Y las confusas nubes apartando
Al breve resplandor que el rayo invia,
No hay estrella en el cielo que se esconda
Ni cosa que se encubra á la redonda.

Hopleo, de la luz misma ayudado,
Conoció al resplandor á su Tideo;
Señas se hicieron luego que han hallado
El bien que pretendia su deseo;
Cárgase cada uno el peso amado,
Y con el gozo de tan gran trofeo
Los cargos se les hacen muy pequeños,
Cual si llevaran vivos á sus dueños.

Y sin osar hablar palabra alguna
Ni suspirar, por no hacer estruendo,
Por el triste silencio de la luna,
Callando, á largo paso van corriendo;
Del dia (cuya luz es importuna)
Y del sol la venida están temiendo;
Pésales que se acaben las tinieblas
Y ver descoloridas ya las nieblas.

¡Oh hados, enemigos capitales!
Oh fortuna, enemiga de piadosos,
Raras veces á hechos inmortales
Acompañar supisteis, de invidiosos;
Ya vian de sus griegos los reales,
Ya al parecer llegaban animosos,
Sintiendo ya en los piés, de polvo llenos,
Menos cansancio, y en los hombros menos.

Cuando entre polvo un súbito ruido
Oyeron á la espalda resonando,
De Anfion, que con gritos y alarido
Venia sus caballos alentando;
Por suerte aquesta noche le ha cabido
El campo griego visitar velando,
Y aquí llegó descaminado acaso
Cuando huye la noche á largo paso.

Y como aun no la luz resplandecia,
No sé qué devisó confusamente,
Y aunque dudoso, en ver que se movia,
Le parecieron bultos de repente;
«Tened el paso, á voces les decia,
Quien quiera que seais, si amiga gente
Y si enemiga, detenerlo agora
Os hará aquesta lanza voladora.»

Ser enemigos conoció al momento,
Mas aunque amenazados, no dejaban
De andar, no por ponerse en salvamento
Tanto, como á los reyes que llevaban;
Y una lanza Anfion, perdida al viento,
Les arrojó por ver si se paraban;
Junto á Dimante dió con ella acaso,
Que iba delante y le detuvo el paso.

No de otra lanza en vano fué el empleo
Del fuerte Epito, ni su fuerza en vano,
Que atravesó por el espalda á Hopleo,
Que atrás se queda y lo halló cercano;
Pudiérale servir el gran Tideo
De escudo, á ser el tiro de otra mano,
Mas el golpe fué tal y tan esquivo,
Que enclavó el cuerpo muerto con el vivo.

Luego cayó, mas no olvidó por eso
De su señor los últimos abrazos,
Pues nunca soltar quiso el dulce peso,
Aunque la muerte ejecutó sus plazos;
Dichoso él, si creyó que en tal exceso
Nadie se lo quitó de entre los brazos,
Y si con este honor y triunfos tales
Fué á visitar las sombras infernales.

Volvió Dimante atrás el rostro, y vido
El fin del desgraciado compañero,
Y sobre sí la tropa y el ruido
De todo un escuadron, de un campo entero;
Si se pondrá en defensa ó si á partido
Se entregará dudando está primero;
Armas manda la ira, sangre y fuego,
Y su fortuna no atreverse á el ruego.

Mas de ningun remedio asegurado,
Venció la ira, y por vengar la ofensa,
Tendió á sus piés el cuerpo desdichado,
Resuelto de morir en su defensa;
Y terciando de un tigre manchado
En un brazo la piel con rabia inmensa,
Y la espada en el otro brazo fuerte,
Se opuso contra todos á la muerte.

Como leona á quien cercó en la cueva
Africo cazador sobre su cria,
Que á no desampararla amor la lleva,
Y á defenderse su furor la guia;
Y aunque despedazar los dardos prueba,
Como en su pecho piedad se cria,
En el mayor furor y mayor ira,
Por sus hijuelos recada y mira.

Tal se mostró el mancebo, aunque cortado
Le tenian ya el brazo del escudo,
Y aunque Anfion, de verlo, aficionado,
Lo quiso defender, al fin no pudo;
Mas cuando vió su príncipe arrastrado
Por las manos de un vil tebano crudo,
Templó el furor, bajó la espada luego,
Y postróse, aunque tarde, humilde al ruego.

«Templad la saña, dijo, noble gente,
No le trateis tan mal; que os certifico
Que aquesta que arrastrais hermosa frente
Se vió ceñida del metal mas rico;
Por vuestro Baco y por el rayo ardiente
Que le mudó la cuna os lo suplico,
Por vuestro Palemon, que en tiernos años
Huyó con Juno semejantes daños.

»Y si hay aquí algun padre por ventura,
Tan tierno caso á piedad le llama,
Concédale á este jóven sin ventura
Sepulcro estrecho ó moderada llama;
No yo, su tierna edad, su hermosura
Os ruega que le deis funesta cama.
¿Quién habrá, viendo un rey, que á tanto llegue,
Si tiene dulces hijos, que lo niegue?

»Si el tierno cuerpo suyo en alimento
Quereis dar á las aves carniceras,
En mí tendrán mas pasto y mas sustento,
Dejadme á mí á las aves y á las fieras;
Yo soy el que le puse atrevimiento
De seguir estas armas y banderas;
No es justo que él padezca culpa ajena,
Yo merezco el castigo, yo la pena.»

«Antes, dijo Anfion, si honroso fuego
Le quieres dar y pompas funerales,
El desinio me di del campo griego,
Qué determina al fin de tantos males;
Si se apercibe á la venganza luego,
Mirando de su sangre los raudales;
Y libre puedes irte con la vida,
Sin que el sepulcro de tu rey se impida.»

«Solo faltaba á la desdicha mia,
Dijo el de Arcadia, darte desto cuenta;
¿De mi patria el honor manchar tenia
Por temor de una muerte violenta?
Ni el Rey, cuando pudiese, no querria
Su sepultura á costa de mi afrenta.»
Y de sus lealtades satisfecho,
Se atravesó la espada por el pecho.

El cual, abierto con la gran herida,
Cayó sobre el mancebo rey, diciendo,
Al despedirse el cuerpo de la vida,
Los postreros acentos confundiendo:
«Ya que no puedo, á tu valor debida,
Dar, Rey, la sepultura que pretendo,
De mi pecho el sepulcro no te niego,
Donde arderás en amoroso fuego.»

Tales los dos varones animosos,
El de Etolia y de Arcadia, ambos osados,
Y iguales en los hechos valerosos,
Murieron de sus reyes abrazados;
Partieron sus espíritus gozosos,
De los ilustres cuerpos desatados,
Alegres de haber sido de una suerte
Iguales en la vida y en la muerte.

Y vosotros, sagrada compañía,
Insigne par de nobles voluntades,
Que aunque os cante la humilde lira mia,
Venceréis de mil siglos las edades;
Si ausentes ya de la region del dia,
Hay entre muertas sombras amistades,
Podrán Niso y Euríalo estimaros,
Si iguales buscan dos amigos caros.

Luego el fiero Anfion de todo el hecho
Manda que lleven á su rey las nuevas,
Y los reales cuerpos en un lecho,
Con que pretende entrar triunfando en Tébas;
Ni bastó á los dos griegos haber hecho
Tantas muestras de amor y tantas pruebas,
Para que, como dos empresas ricas,
No lleve sus cabezas en dos picas.

En tanto, victorioso á Tiodamante
Vieron venir los griegos desde el muro,
Tinta en sangre la espada rutilante,
Que hace el vencimiento mas seguro;
No caben de contento, y al instante
Resuena el grito por el aire puro,
Y aguarda cada cual sus aliados,
Del muro y de sus márgenes colgados.

Tal de golondrinillos la manada
Volver la madre desde léjos vido,
Que á recibirla sale desalada,
Abierto el pico, hasta el umbral del nido;
Tanto se alarga, del amor llevada,
Que hubiera de sus límites caido
Si la piadosa madre desde fuera
Las amorosas alas no extendiera.

Y mientras el secreto están contando,
Y el breve espacio del feliz suceso,
Los hombros de los suyos agravando
De abrazos dulces con alegre peso,
De Dimante y de Hopleo recelando
(No viéndolos volver) algun exceso,
Llegó Anfion no léjos con su gente,
De su victoria alegre solamente.

Vió de los suyos la ruina apenas,
Y el campo, de los muertos ocupado,
Y en sangre hervir del suelo las arenas,
Cuando suspenso se quedó y helado;
Cuajósele la sangre de las venas,
Iba á hablar y se quedó pasmado,
Perdió el color del súbito desmayo,
Como al que asombra el vengativo rayo.

Y su mismo caballo, del espanto,
Revolvió á la ciudad á rienda suelta,
Y su escuadra tras él hace otro tanto,
Dejando atrás el polvo en que iba envuelta;
Y aun no del muro habian llegado al canto,
Cuando la griega juventud resuelta,
Del triunfo de la noche confiada,
Al campo sale, en fuerzas alentada.

Por entre armas y miembros divididos,
Entre ya helada sangre congelados,
Ellos y sus caballos atrevidos,
Trillando cuerpos con los piés herrados,
Corren sin piedad, y detenidos
Los carros en los cuerpos, son rodados,
A veces el cochero los anima,
Y les hace que pasen por encima.

Alegre se les hace, aunque fragoso,
Este camino, nadie en él repara,
Como si ya cualquiera, vitorioso,
De Tébas los alcázares pisara;
Y viendo Capaneo valeroso
Del alba bella la luciente cara,
«Agora, dijo, agora es honra mia
Vencer, teniendo por testigo al dia.

»Ya es tiempo que las armas ejercite
Vuestra oculta virtud, nobles mancebos,
El que quisiere, en público me imite,
Que tambien tengo yo presagios nuevos;
No hay en el aire agüero que me incite,
Mis manos son mis dioses y mis febos,
Y cuando estoy las armas esgrimiendo,
Es el furor divino en que me enciendo.»

Dijo; y alegre Adrasto (renovando
Sus encendidos pechos), va el primero
Al valeroso yerno acompañando,
A quien sigue, ya triste, el agorero;
Ya se acercaban á los muros, cuando
Anfion, del estrago mensajero,
Del daño que en los suyos visto habia
Aun contaba las muertes todavía.

Y entraran la ciudad muy fácilmente
En tanto que Anfion cuenta sus males,
Si Megareo, guarda diligente,
A voces no avisara á los reales;
«Cerrad las puertas, descuidada gente,
Que el enemigo llega á los umbrales.»
Cerráronlas al punto, aunque pesadas,
Que á veces da el temor fuerzas dobladas.

Y en tanto que Equion cerrar procura
La puerta Ogigia, que guardar le cabe,
La juventud de Sparta se aventura,
Y no le deja que cerrar le acabe;
Con tal furor que hallaron sepultura
Entre los quicios de la puerta grave
Panopeo, en Taigeta respetado,
Y Ebalo, que pasó el Eurota á nado.

Tú, Alcidamo, en los juegos venturoso,
Y poco há vencedor en el Nemeo,
A quien del cesto el inventor famoso,
Pólux, vencerte pudo y dar trofeo;
Si dél miraste el rostro luminoso,
. . . . . .
El que hecho deidad tambien te mira,
Por no verte morir, su luz retira.

Tu muerte de las ninfas fué llorada
Del bosque de Laconia y su ribera,
Adonde en falso cisne fué contada
De Júpiter la forma verdadera;
Quien mas lloró tu muerte acelerada
Tu madre triste fué, que no quisiera
Que della en guerra hubieras aprendido
Las leyes que á la muerte te han traido.

Tal de la puerta en el umbral estrecho
Se encruelece Marte peleando,
Hasta que el hijo de Achimeno el pecho,
Y el fiero Acron el hombro forcejando,
Igualaron las puertas á despecho
Del tropel que por ellas iba entrando,
Cual novillos que vencidos en la sierra,
Rompen al fin la nunca arada tierra.

Tan igual fué el provecho como el daño
Que á emparejar las puertas recibieron,
Pues retiniendo algunos del extraño,
De su escuadron á muchos excluyeron;
De su igual osadía el desengaño
Los excluidos y encerrados vieron,
Muriendo á manos del contrario duro,
Y Ormeno dentro del tebano muro.

Quedó entre puertas Amintor el griego,
Con gran collar de oro al cuello asido,
Los brazos alargando y voz al ruego,
Viéndose á tal peligro conducido;
Mas de un tebano el brazo airado luego
El hilo de sus ruegos ha rompido,
Haciéndole caer sobre el arena
La voz, á un punto, el cuello y la cadena.

Sin hallar resistencia en el vallado,
Rompió al punto la griega infantería,
Y en tanto los caballos han llegado,
A quien la cava estremecer hacia;
Retrecha hácia atrás el mas osado,
Suspende el paso el que saltar queria,
Y aunque le incita el corazon fogoso,
Teme los anchos límites del foso.

Y viéndose los griegos excluidos
Cuando entendieron acabar la guerra,
De varios instrumentos prevenidos,
Trabajan por echar la puerta en tierra;
Rompen guijarros á la tierra asidos,
Las planchas rompen que la puerta cierra,
Y desasen del muro mas de un canto,
Que ajustó de Anfion el dulce canto.

Unos sobre los muros arrojando
Hachas de fuego y teas mil ardiendo,
Alegres desde abajo están mirando
La hambre con que el fuego va prendiendo;
Otros las torres altas descarnando,
Por la parte mas flaca acometiendo
Con ingenios y máquinas de guerra,
Quieren dar con sus máquinas en tierra.

Tuvo por medio el escuadron tebano
Coronar con su gente las almenas,
Tirando al enemigo, ya cercano,
Tostadas lanzas, de venganza llenas;
Balas de plomo por el aire vano
Tira, y el brazo las descarga apenas,
Cuando el furor del breve movimiento
Las enciende y derrite por el viento.

En su misma muralla el furor vino
A no dejar las piedras asentadas,
Y encuéntranse rodando en el camino
Balas, piedras y lanzas amoladas;
De armas rebosa el muro un torbellino,
Que nunca son las nubes tan cerradas;
Cualquier ventana ya y cualquier garita
Dardos y lanzas con furor vomita.

Cual del monte Cerauno en el altura
O de Malea en la cerviz exenta
De nieblas se congela nube oscura
Y ya preñada á descansar se asienta;
Y al fin, rompiendo su preñez madura,
Fatiga el mar con súbita tormenta;
Tal del tebano muro llueven luego
Tempestades de flechas sobre el griego.

Empero no por eso se desvia
Del torbellino de armas arrojado,
Ni á las flechas que'l muro le rocia
Inclina el pecho ó baja el rostro alzado;
La muerte ve á los ojos y porfia,
De sus mismos peligros olvidado,
Y fijo siempre el rostro en las almenas,
Sus armas ve, y no mira las ajenas.

Anteo, que animando á todos iba,
Cercaba con su carro el muro fuerte,
Y el ímpetu de una asta desde arriba
Pasaje por su pecho dió á la muerte;
Suelta la rienda, el cuerpo atrás derriba,
¡Oh espectáculo extraño, oh dura suerte!
Que de sus botas se quedó colgado,
En la enemiga lanza atravesado.

Sin rienda los caballos, como el viento
Su mismo dueño llevan arrastrando,
Y en el carro, del breve movimiento,
Los ejes y las ruedas humeando,
Y el duro suelo, del arado exento,
Un tercio de la lanza va surcando,
Sembrando el miserable sus cabellos
Entre el surco y el polvo que hacen ellos.

Ya de las trompas el clamor resuena,
Y el hecho triste en la ciudad oido,
Sus escuadras reparte y gente ordena
Sobre el muro, de tantos combatido;
Vese ya en cada torre y cada almena,
En la mano de alférez atrevido,
Bandera retozando con el viento,
Que fué su gozo y le será escarmiento.

Tal vez en lo interior cruel semblante
El vulgo muestra y con furor se inflama,
Que el mismo Marte teme estar delante,
Con ser ira y furor lo que mas ama;
Y al fin, como el temor lleva delante,
Por la ciudad confuso se derrama,
De una ciega huida haciendo alarde,
Con triste llanto entre furor cobarde.

Dirás, viendo tan varios accidentes,
Que en sus casas se entró la misma guerra;
Hierven calles y alcázares de gentes,
Llenando de clamor toda la tierra;
Los daños por venir tienen presentes,
Con el temor que el flaco pecho encierra,
Y que ven les parece, en tanta pena,
Sobre su cuello el hierro y la cadena.

Llenas las casas y los templos santos,
Sus altares cercando de clamores,
Blasfeman de los dioses sacrosantos,
Llamándolos de ingratos valedores;
Iguales son los miedos y los llantos
Que discurren por grandes y menores;
Teme el viejo del hado prevenido,
Y el mancebo se ve descolorido.

Resuena el templo todo y se estremece
Con voces mujeriles y querellas,
De los niños sin causa el llanto crece,
Asombrados de ver que lloran ellas;
No permite el extremo que se ofrece
Que sean las matronas y doncellas
Unas honestas y otras recatadas,
Que todas salen al peligro osadas.

Y del amor forzadas y la ofensa,
Al padre y al marido y al hermano
Compelen á salir á la defensa,
Ofreciéndoles armas á la mano;
Y con copia de lágrimas inmensa,
Mirando su peligro tan cercano,
Los animan mostrando sus hijuelos,
Y el solar heredad de sus agüelos.

Tal del cóncavo corcho procurando
Atrevido pastor robar la cera,
Vuelan sobre él, cual nube susurrando,
Las armadas abejas que echó fuera;
Unas á otras se andan animando,
Y cansadas al fin, llora cualquiera
Su miel robada, su panal deshecho,
Solo en la cera reclinando el pecho.

Por otra parte, el vulgo dividido
Discordias siembra, el público murmura,
Y perdiendo el respeto al Rey debido,
Contra él se levanta y se conjura;
«Venga el ausente, venga el excluido,
Cumpla su año y goce su ventura,
Dicen; que ya es razon que este tirano
Dé el reino que la suerte dió á su hermano.

»Ya su año es cumplido, el desterrado
Venga y goce sus patrias deidades,
De su padre visite el desdichado
Los ojos vueltos ya en oscuridades;
—La fe y el juramento quebrantado
Del Rey, y sus engaños y maldades,
Dice mas de uno, y tanta tiranía
?Tengo yo de pagar con sangre mia?

»—Ya es tarde para usar de aquese medio;
Responden otros; antes se advirtiera,
Que estando ya la guerra de por medio,
O vencer ó morir solo se espera.»
Y otros, como en el único remedio
Que en tal desgracia suceder pudiera,
Consultan á Tiresias, agorero,
Que les declare el hado venidero.

Mas él, que de los hados siempre tiene
El fin solo á los dioses permitido,
Quiso no responder, y se detiene
Porque antes su consejo no fué oido;
«¿Por qué, si el Rey á preguntar me viene,
Dijo, despues que ya se ve perdido,
De mí no hizo á mis consejos cuenta
Cuando la guerra le estorbé sangrienta?

»Pero tu perdicion, Tébas, me inclina;
Y el daño que en ti ven mis ciegos ojos,
Si por callar la voluntad divina
De Argos has de venir á ser despojos,
Ya que estorbar no puedo y tu ruina,
Mi queja olvidar quiero y mis enojos;
Venza la piedad, la patria venza;
Hija, un altar á disponer comienza.»

Cumple la vírgen su mandado luego,
Y con vista sagaz advierte y mira
Un sangriento color que muestra el fuego,
Cuya llama á dos puntos se retira;
Pero mas clara luz le advierte el ciego
Que arde en medio, aunque á sangrienta tira,
Y que en forma de sierpe retorciendo,
Va en los extremos el color perdiendo.

De los efetos que en la llama siente
Le hace relacion con luz tan clara,
Que con tenerla de su vista ausente,
Todo parece que lo ve á la clara;
Y él entre tanto abraza el fuego ardiente,
A la redonda coronando el ara,
Y con rostro encendido en sus ardores
Se sorbe los proféticos vapores.

Erízase de horror su cabellera,
Antes descaecida, de peinada;
Derecha se levanta hácia afuera
La fácil toca, del furor llevada;
Viendo su rostro juzgará cualquiera
Vuelta á sus ojos ya la luz amada,
Y el resplandor á sus mejillas vuelto,
Ya consumido y en vejez resuelto.

Mas al fin permitieron los furores
Que explicase la lengua sus conceptos;
«Oid, dijo, de Layo oh sucesores,
De los dioses el último decreto:
La salud que esperais, y los favores,
Ya vino, y en su nombre os la prometo;
Pero con una condicion terrible,
Dificultosa, pero no imposible.

»Fieras exequias, sacrificio fiero
Pide de Cadmo la marcial serpiente,
Que muera importa en público el postrero
Que fuere de su sangre decendiente;
Y con aqueste pacto y este fuero
Concede la vitoria solamente;
¡Dichoso el que comprare con la vida
Tanta merced del cielo concedida!»

Cerca estaba escuchando al adivino
Creonte, triste, solo, lamentando
De su ciudad el general destino,
Cuando del suyo se quedó llorando;
Y cual si rayo ó dardo repentino
Por el pecho le fuera atravesando,
Sintió la voz que á Meneceo llama,
De la serpiente la postrera rama.

El temor de perder el hijo amado
Le persuade, ya su muerte breve
Recela, teme, y quédase pasmado,
Helado el corazon como una nieve;
Las olas de congoja y del cuidado
En su afligido pecho las embebe,
Cual sorbe de Sicilia la bahía
El reflujo que el mar de Libia invia.

Y luego al sacerdote, en Febo envuelto,
Que daba priesa al caso lamentable,
Postrado ruega, en lágrimas resuelto,
Que el oráculo encubra y que no hable;
Pero la fama ya, con vuelo suelto,
De la sagrada voz y venerable
A todos dado habia dulces nuevas,
Y voces los oráculos de Tébas.

Dime ya pues, oh Clio memoriosa,
Cuya es la antigüedad y el tiempo largo,
Si nunca el pecho humano intenta cosa
Que no tengan los dioses á su cargo,
Cuál de los cielos fuerza poderosa,
Siendo la muerte á todos fin amargo,
Pudo á un mancebo compeler de suerte,
Que amase como dulce fin la muerte.

Fuerza de la virtud divina ha sido,
Que siempre asiste á Júpiter al lado,
Por la cual raras veces ha venido
Al mundo, y raras él la ha respetado;
Mas hoy, porque el gran Padre lo ha querido,
O ella igual valor al suyo ha hallado,
Alegre cual gozaba de su cielo,
Saltó de su region á la del suelo.

Luego á su clara luz resplandeciente
Claras estrellas abren el camino,
Y mas de un fuego y una llama ardiente,
Que ella fijó en la imágen de algun sino;
Ya pisa el suelo, y no de todo ausente
Su rostro está del cielo cristalino,
Cuando, por encubrir sus resplandores,
Mudó de las mejillas los colores.

Y fuera de lo que es horror y espanto,
Que esto no imita, en lo demás se muda
Y se transforma en la doncella Manto,
Porque en sus dichos nadie ponga duda;
De su antigua beldad se quita el manto,
Mas no del todo su valor desnuda;
Que en el fingido rostro en que parece
Algo de su hermosura permanece.

Y desechando el cetro de su diestra,
Ya en profética vara convertido,
Ceñida de laurel la frente muestra,
Mas no laurel, cual lo demás, fingido;
Y al fin, por mas que en imitar se adiestra
A Manto desciñéndose el vestido,
El rostro la descubre y paso grave;
Que la virtud disimular no sabe.

Tal el famoso Alcides se mostraba
En los palacios de su Lidia bella,
Sin la piel de leon y sin la clava,
En traje disfrazado de doncella;
Que ni el huso ó la trueca en que hilaba,
Ni la grana de Tiro envuelto en ella,
Ni el adufe en que tañe y se entretiene
Cubrieron el valor que oculto tiene.

No indigno deste premio soberano
La virtud te halló, gran Meneceo,
Pues cuando al muro se acercó tebano,
Ganando estabas inmortal trofeo;
Que tú y Emon, tu valeroso hermano,
A puerta abierta á todo el campo aqueo
Defendisteis llegar á los umbrales,
Mas tú el primero, aunque los dos iguales.

De montones de muertos y heridos
Cercado estabas, y entre tanta gente
No hay contra el tuyo brazos atrevidos,
Ni de la muerte escapa que lo siente;
De armados griegos, á tus piés rendidos,
Cesan las armas y la rabia ardiente,
Y no cesa tu esfuerzo y valentía,
Aunque no la virtud llegado habia.

La esfinge que en tu yelmo por cimera
Feroz está sobre el metal dorado,
De ver sangre se anima y mas se altera,
Y el rostro muestra, aunque luciente, airado;
Igual de oro y grana reverbera
El yelmo, de la sangre salpicado,
Cuando tu espada y brazo deteniendo,
La Diosa ilustre se llegó diciendo:

« Magnánimo mancebo, decendiente
De la sangre de Cadmo illustre y rara,
De que no vió jamás Marte impaciente
Virtud como la tuya, única y rara;
Deja de pelear humildemente,
Que no el cielo estas glorias te prepara;
Que te llaman á voces las estrellas,
Por ver tu alma colocada entre ellas.

»Mas, mas te pide el fin de aquesta guerra,
Que esto el sagrado Febo pronostica,
Esto del sacrificio el fuego encierra,
Y rato há que mi padre lo publica;
La sangre de un nacido de la tierra
Será su redencion y ofrenda rica,
Y esto canta la fama adonde quiera,
Y en ti la juventud tebana espera.

»Corre tras la ocasion, vuela ligero,
Reconoce el auxilio soberano,
Sigue tu noble hado, sé el primero,
No te impida esta gloria Emon, tu hermano.»
Dijo; y tocando el pecho del guerrero
De la heróica virtud la diestra mano,
En él se embebe tan secretamente,
Que solo el corazon la goza y siente.

No tan presto el ciprés funesto y triste,
Seco desde su tronco hasta la rama
Del rayo con que Júpiter le embiste,
Sorbe sediento la enemiga llama,
Cuanto el pecho del mozo se reviste
De la virtud divina que le inflama;
Que hecho yesca de su honroso fuego,
Ama la muerte, aborrecible luego.

Mas cuando levantarse al cielo vido
La deidad que tenia allí presente,
Y conoció en los pasos y el vestido
En todo ser de Manto diferente;
Quedándose de verla embebecido,
« Aguarda, dijo, deidad, detente,
Que si al cielo me llamas y alla subes,
No tarde iré tras tí á pisar las nubes.»

Y rompiendo por todos de repente,
A Agreo, que el pasaje le impidia,
Atravesó de un dardo airadamente,
Y muerto lo sacó su compañía;
Sigue tras dél el vulgo alegremente,
Llamándole con grita y vocería
Autor de paz, defensa de la tierra,
Un nuevo dios y fin de tanta guerra.

Ya sin resuello al muro habia llegado,
No con poca alegría de que acaso
Ninguno de sus padres ha encontrado
Que estorbarle pudieran este caso;
Cuando su padre, en verlo demudado,
Y ambos sin habla, de encontrarse al paso
Suspensos ambos, y uno y otro fijo
El rostro en tierra, así Creonte dijo:

« ¿Qué nuevo caso, oh hijo amado mio,
Te aparta desta guerra venturosa?
Qué suerte intenta tu animoso brio,
Que sea, cual la guerra, mas honrosa?
¿Por qué tu rostro está pálido y frio?
Por qué sin luz tu vista, antes hermosa?
Por qué, dime, pues suelen regalarme,
No levantas los ojos á mirarme?

»Claro has oido tu infelice agüero,
Mas, por mis largos y tus tiernos años,
Que no creas á un viejo lisonjero
Que fabrica tu muerte con engaños;
¿Qué espíritu han de dar á un hechicero
Los dioses, por hacerme tantos daños,
A un ciego que hoy, en pago de sus males,
Penas padece á las de Edipo iguales?

»Y ¿qué, si el Rey, á sus cautelas hecho,
Te ordena esta asechanza no entendida,
Porque al reino te llama de derecho
Tu nobleza y virtud ya conocida?
Y por ventura es traza de su pecho,
Y la voz de Tiresias es fingida,
Pues lo que el Rey con su temor fabrica,
Que es de los dioses voluntad publica.

»Templa el fogoso pecho, acorta el freno,
Da un breve espacio al ánimo, detente,
Que para nada el ímpetu fué bueno,
Y esta merced me otorga solamente;
Así tu bozo, agora de oro lleno,
En blanca plata el largo tiempo aumente,
Y seas tierno padre en tanto extremo,
Que vengas á temer lo que yo temo.

»No mis sacros penates desampares
Ni en tal modo me prives de heredero;
Si por extraños padres te obligares,
Ten de los tuyos piedad primero;
Esta es piedad, si desta te preciares,
Y aquestos los honores verdaderos,
Y no esa gloria que á morir te ceba,
Que es falso honor que el viento se lo lleva.

»Yo no impido, aunque padre temeroso,
Que peleando arriesgues cien mil vidas;
Vé, que no te detengo, vé animoso,
Rompe las griegas haces atrevidas;
Que al fin podré con llanto doloroso
Lavarte muchas veces las heridas,
Y muchas enviarte á la pelea,
Que esto es lo que tu patria mas desea.»

Y del cuello del mozo así colgado
Se estuvo un rato con abrazo estrecho,
Mas ni su llanto ó ruego le han quitado
Del voto que á los dioses tiene hecho;
Antes, dellos regido y enseñado,
Por desasir al padre de su pecho,
Y quitarle los miedos de su muerte,
Fingió un engaño y dijo desta suerte:

«Engáñaste, Señor; que no es aquesta
La cierta causa de temer mi vida;
Que no me incita á mi fatal respuesta
Ni voz furiosa á sacerdote oida;
Si algun alma á Tiresias amonesta,
Dél y su hija puede ser creida,
Para sí pronostique el daño él solo,
Que á mí no basta aunque lo diga Apolo.

»Mas lo que apriesa á la ciudad me lleva
Es de mi hermano el caso lastimoso,
Que herido de un dardo, el suelo prueba,
Y escucho su gemido doloroso,
A quien yo, de mi espada haciendo prueba,
D'entre el un campo y otro polvoroso
Pude escapar, y á no escaparle luego,
Ya en nuestro alcance se acercaba el griego.

»Pero ¿qué me detengo, padre amado?
Vé, regala á tu hijo en tanta pena,
Haz que con tiento en hombro sea llevado,
Deje su sangre de regar la arena;
Que yo voy por el médico aprobado,
Equion, cuya mano es siempre buena
Para cerrar la herida mas nociva
Y restañar la sangre fugitiva.»

Y á medio pronunciar palabras tales,
Huyó, dejando en confusion oscura
Al padre, que conoce ser iguales
Las causas de temer su desventura;
Dudosa la piedad en tantos males,
A entrambos hijos socorrer procura,
Mas las parcas, autoras deste engaño,
Hacen que dude de los dos el daño.

Ya Capaneo en estas ocasiones,
Furioso por el campo discurriendo,
Se opuso á resistir los escuadrones
Que por la estrecha puerta van saliendo;
Ya ahuyenta caballos, ya peones,
Ya carros hace atrás volver corriendo,
Y deja, por huir, el mas ligero
Entre sus ruedas muerto el carretero.

Aquí y allí le ofrecen ancha plaza,
Y bañado de sangre, no reposa;
Tal vez pesado plomo desembraza,
Tal por el aire lanza presurosa;
Ningun impedimiento le embaraza,
Que él mismo á un tiempo al enemigo acosa,
Y el mismo á un tiempo arroja sobre el muro
De espesas piedras un nublado oscuro.

No hay asta despedida de su mano,
De quien alta muralla esté segura,
Ni golpe da que no resista en vano
El que sus golpes reparar procura;
No creen que Tideo ocupa el llano,
Ni Hipomedonte la creciente dura,
Ni que el de Arcadia feneció en la guerra,
Ni aquel profeta á quien tragó la tierra.

Antes, de todos ellos igualmente
Parece que el espíritu se engasta
En el suyo, y que un cuerpo solamente
Por todos cumple y contra todos basta;
No tierna edad ni adorno refulgente
De bello rostro su furor contrasta;
Que contra todos de una suerte embiste,
Al que postrado está y al que resiste.

No hay quien ose ponérsele delante,
Teme el mas fuerte de probar su ira,
Y el que antes se acercaba á él arrogante,
Ya desde léjos sus hazañas mira;
De ver solo su yelmo relumbrante
El vulgo acobardado, se retira,
Y alguno dió á huir incautamente,
Que devisó el penacho solamente.

En tanto Meneceo piadoso,
Del bien comun y de su honor vencido,
Divino ya en el rostro y mas hermoso,
Cual si del cielo hubiera descendido,
Del muro en un lugar mas espacioso,
Sin yelmo, para ser mas conocido,
Despreciando las cosas de la tierra,
En alta voz silencio dió á la guerra.

«Supremos dioses, dijo, en cuya mano
Las temerosas armas son regidas,
Y tú, sagrado Apolo soberano,
Que á tan honrosa muerte me convidas,
Si yo en morir por Tébas tanto gano,
Y en mi muerte se ganan tantas vidas,
Dadle á mi patria el gozo y alegría
Que pródigo compré con sangre mia.

»Trocad la suerte de la guerra ardiente,
En que vencida Grecia, se retire,
Y que de un escuadron de tanta gente
Solo el destrozo y las reliquias mire;
Su padre Inaco, manso en la corriente,
Al recibirlos su creciente aire,
Y como á indignos hijos de su seno,
Rebose el pecho, de cristales lleno.

»Y volved á esta patria desdichada
Los templos, hijos, casas y hacienda
A costa de mi muerte acelerada,
Si en ella os hice venerable ofrenda;
Que si no escucha mal la voz sagrada,
Aqueste fin aguarda esta contienda,
Y aun con no ser de Tébas bien creida,
Yo no he dudado de ofrecer la vida.

»Por mí reciba beneficio tanto
El pueblo de Anfion, y humilde os ruego
Que aplaqueis de mi padre el tierno llanto,
Pues no me pudo convencer su ruego.»
Y rompiéndose el mismo el pecho santo,
Al alma insigne dió salida luego,
Que desdeñaba el velo de la vida
Y verse en cuerpo humano detenida.

Vióse al punto la torre rociada,
Que hecho altar de sacrificio habia;
Lavada la muralla, aunque manchada,
De la abundante sangre que vertia,
Y él, de la mano sin soltar la espada,
Forcejando en la última agonía,
Sobre el canto del muro revolviendo,
Entre los griegos se arrojó muriendo.

Mas la virtud y piedad al punto,
Dél abrazadas hermanablemente,
Van sustentando el cuerpo ya difunto
Para que al suelo llegue blandamente;
Y habia ya su alma estado junto
Al tribunal de Júpiter clemente,
Pidiendo de justicia en las estrellas
El mas alto lugar de todas ellas.

Pudo muy bien la juventud tebana
Cobrar el cuerpo heroico en tanto aprieto,
Que la griega nacion, aunque inhumana,
Se hizo atrás, teniéndole respeto;
Y en hombros de la gente mas lozana,
El vulgo al fin, á la virtud sujeto,
Le canta mas hazañas y loores
Que á Cadmo y Anfion sus fundadores.

Cuál poner en la mano se le antoja
Casto laurel que imita la esmeralda,
Cuál el verano de su honor despoja,
Y flores vierte en su sangrienta falda,
Cuál, mudando un matiz á cada hoja,
Varia en colores le ciñó guirnalda,
Que parece de piedras un tesoro,
A quien esmalta del cabello el oro.

Con este triunfo, en procesion muy larga
Llegan al patrio albergue, y recibidos,
Apenas sueltan la amorosa carga,
Cuando á la guerra vuelven atrevidos.
Aquí del padre la pasion se alarga,
Mas con cordura y tácitos gemidos
Hace á la justa ira resistencia,
Dando á la madre de llorar licencia.

«¿Criéte yo por dicha, hijo mio,
Cual madre vil, en tan humilde estado,
Para que por tu pueblo injusto, impío,
Fueras cual fiera en él sacrificado?
¿Por Tébas tú tan grande desvarío?
¿Qué culpa fué la mia, cuál pecado,
Por que merezca pena tan terrible?
¿A qué deidad he sido aborrecible?

»No yo de monstruoso ayuntamiento
Nietos parí á mi hijo, cual Yocasta,
Y ella vivos los goza á su contento,
Y ve reinar la sucesion incasta;
¿Yo es bien que de la guerra el fin sangriento
Aplaque con la sangre de mi casta?
Gocen ellos su reino de año en año,
Pues que le agrada á Júpiter mi daño.

»Mas ¿por qué de los dioses y las gentes
Me quejo? que tú has sido, Meneceo,
El que mi muerte abrevias y consientes,
Con la que en tí, tan no esperada, veo;
¿Qué sagrada locura, qué accidentes
Te han hecho amar la muerte por trofeo?
¿Cuáles hijos parió esta madre triste,
Tan enemigos como tú me fuiste?

»¿De qué me espanto, si eres procedido
De la serpiente madre desta tierra,
De quien tu agüelo, de armas guarnecido,
Nació para principio desta guerra?
De aquí te viene el ánimo atrevido,
La tristeza de aquí que el alma encierra;
De tu madre no tienes cosa alguna,
Sino es la semejanza en la fortuna.

»Y á pesar de los hados, tu porfía
Te ha puesto entre las sombras de la muerte.
Estos los griegos son que yo temia,
Aqueste el Capaneo, airado y fuerte,
Esta mano que toco con la mia:
Esta temer debiera mas mi suerte,
Y esta espada, en tu misma sangre tinta,
Que yo sin seso te colgué en la cinta.

»¿No veis cómo en el pecho atravesada
Llega la empuñadura hasta el pecho?
¿Pudiera ser mas fiera la estocada
Si algun griego cruel la hubiera hecho?»
Dijera mas la madre desdichada,
Multiplicando quejas sin provecho;
Pero sus dueñas, viendo tanta pena,
De allí la sacan, de sentido ajena.

Pero de nuevo en desconsuelo tanto,
Las mejillas hiriéndose, porfía,
Y sentada en su lecho, vuelve al llanto,
Sin mirar los respetos de aquel dia;
No admite humilde ruego en su quebranto,
Los ojos de la tierra no desvia,
A nadie escucha ya, ni voz le queda
Con que quejarse ó responderles pueda.

Así despues de su robada cria,
En la disierta cueva recostada,
Lame tigre feroz la piedra fria,
Que aun del calor reciente está templada;
Nunca la rabia y hambre que tenia
Se vió, ni su fiereza, apaciguada,
Y ve cerca el ganado, y no se mueve,
Como no hay para quién sus pechos cebe.

Hasta aquí de las armas el rüido,
El son de las trompetas y atambores,
Las causas de mi humilde canto han sido,
Pero ya cerca están de ser mejores.
Capaneo se ofrece, que ha subido
Sobre el eje del cielo sus loores;
No en estilo comun, mas con su ira
He de igualar el temple de mi lira.

Dadme, oh sagradas musas de la guerra,
Gracia mayor, mayor atrevimiento,
Que del profundo seno de la tierra
Parece que el furor nace sangriento,
O que con nueva rabia se destierra
La escuadra de las furias de su asiento,
Y armadas contra Júpiter y fieras,
De Capaneo siguen la banderas.

O que su esfuerzo el límite excediese
Del ánimo mayor y mas osado,
O que caduca gloria le moviese,
Del honroso deseo espoleado,
O ambicion de morir, adonde fuese
De la fama en mil siglos celebrado,
O que para castigo á los mortales
Fué azote de las iras celestiales;

De tal suerte acomete á los tebanos,
Que habiendo un lago de su sangre hecho
Y un monte de homicidios inhumanos,
Se enfada, y aun no queda satisfecho;
No deja de los griegos en las manos
Ni en las suyas un dardo de provecho,
Que no tire, y en ver que los acaba,
Alza la vista al cielo horrenda y brava.

Y con ella, aunque turbia, tanteando
De una alta torre la soberbia cima,
Camino por el aire fabricando,
Escala de dos árboles le arrima,
Y una antorcha de encina blandeando,
Que á los de léjos pone espanto y grima,
Da luz al yelmo reluciente, y luego
Del yelmo el resplandor al mismo fuego.

«Por esta torre, dijo, por aquesta
Me manda mi valor abrir camino,
Que manchada de sangre, manifiesta
De Meneceo el loco desatino;
Veré al menos su víctima qué presta,
Si es falso Apolo ó miente su adivino.»
Y despreciando la ciudad cautiva,
Sube triunfando por la escala arriba.

De paso en paso sube y se adelanta:
Tales vido el alcázar estrellado
A los titanes con soberbia tanta
Por las nubes subir de grado en grado,
Cuando en su ofensa, máquina que espanta,
Vió Jove tanto monte amontonado,
Y que iba al cielo; ya tocar queria,
Y el alto Pelia aun no venido habia.

Atónito el tebano en ver que llega,
Como si ya del hado el fin llegara,
O como si Belona airada y ciega
Por el suelo las torres allanara,
Piedras del muro cada cual despega,
Y si son de los templos no repara,
Y preñados de hondas los ramales,
Llueven sobre pesados materiales.

Y viendo que les faltan ya las flechas,
Que han gastado sobre él cuantas habia,
Las almenas enteras van derechas
Sobre sus hombros, y él no se desvia;
Cornisas y molduras ya deshechas,
Demás de un chapitel que relucia,
Ve venir sobre sí, y aunque las mira,
Nunca vuelve la cara á quien las tira.

Antes, como quien pisa en suelo llano,
Los piés fija en la escala, y tan siguro
Sube colgado por el aire vano,
Que no es tan firme torreado muro;
Y contra todo el ímpetu tebano,
De tanta piedra y tanto golpe duro,
Como si fuera diamantina masa,
O pone el pecho, ó adelante pasa.

Tal de crecido rio la corriente
Porfía de llevar hácia delante
El antiguo edificio de su puente,
Que contra tantas aguas no es bastante;
Y al fin rompiendo el arco y el batiente,
Tanto mas violento y mas pujante,
Lleno de broza, piedras y madera,
Se ensancha vitorioso en la ribera.

Luego que en pié se vió sobre la cumbre
Del muro, tanto dél apetecida,
Cual de un coloso excelsa pesadumbre,
De nuevo á las murallas añadida,
Del sol impide la dorada lumbre,
En su larga estatura detenida;
Tanto, que de su vista y de su sombra
Tiembla la gente y la ciudad asombra.

Y viéndolos á todos espantados,
«¿Son, dijo, aquestos muros los famosos
Que al campo de Anfion fueron ligados,
Fáciles á los versos sonorosos?
¿Estos los tanto tiempo celebrados
Con mentiras y cuentos fabulosos?
¿Qué honor será si mi valor asuela
Muros hechos al son de una vigüela?

Y con los piés y manos juntamente
Saltando, asuela puentes y tablados,
Los edificios tiemblan y la gente,
De verse de sus piedras desatados;
Peñascos despedaza airadamente,
Y luego de sus manos arrojados,
No están templos ni alcázares seguros,
Haciendo á Tébas guerras con sus muros.

Entre tanto los dioses bandoleros,
Que á Tébas y Argos amparar procuran,
No sin temor de tales desafueros,
Diversas cosas entre sí murmuran.
Aplaca el padre Júpiter sus fieros,
Sus iras tiempla, y ellos se aseguran;
Igualmente juzgando su querella,
Ni es parcial desta parte ni de aquella.

Mas Baco, á quien el odio no se esconde
Que tiene su madrastra á los cercados,
Por ellos gime y con furor responde,
Los ojos vueltos contra el padre airados;
«¿Adónde están tus manos, dice, adónde,
Y el fuego de tus rayos abrasados?
Mas ¡ay! que solo al nacimiento mio
No fué su fuego en abrasar tardío.»

Siente Apolo de Tébas la ruina,
Fundada por su oráculo y decreto;
A Grecia y Tébas Hércules se inclina,
Y cuál defenderá duda en efeto.
El hijo de la lluvia de oro fina
Llora de sus argivos el aprieto;
Y Vénus, del marido amedrentada,
A Harmonia llora y mira á Marte airada.

A los dioses de Tébas reprehende
Minerva, por los griegos atrevida;
Juno, aunque disimula, mas se enciende,
Del forzoso silencio compelida;
Mas no la paz de Júpiter se ofende
Con esta competencia tan reñida,
Y cuando ya cesaban sus querellas
Fué Capaneo oido en las estrellas.

«¿No hay dios, dijo, que ampare aquesta tierra,
Entre cuantos estáis en ese cielo?
¿Dónde está Baco? Alcides ¿dó se encierra?
Cobardes defensores de este suelo;
Mas vergüenza es llamaros á la guerra,
Si de Júpiter mismo no recelo.
Vén, Júpiter, conmigo te señala;
Que menor dios que tú nunca me iguala.

»¿De Sémele no miras las cenizas,
Y su sepulcro de mis piés hollado?
¿Por qué tus rayos contra mí no atizas?
¿Cómo no vienes de su lumbre armado?
Mozuelas que tronando atemorizas
Te tengan por valiente y por osado,
O las torres de Cadmo, que rompiste
Cuando tu suegro á su pesar le hiciste.»

No sin dolor los dioses celestiales
De oirle tanto blasfemar gimieron.
Júpiter se rió; que ofensas tales
Nunca su pecho alborotar pudieron.
«¿En qué esperanza estriban los mortales,
Dijo, despues que en Flegra me ofendieron,
Que el furor de mis rayos no es temido,
Que tú tambien aguardas ser herido?»

Cercáronle los dioses al momento,
Pidiéndole venganza cada uno,
Y resistir al hado violento
Aun no se otreve, de turbada, Juno.
Ya el cielo, aun sin señal de mudamiento,
Comienza á ser con truenos importuno;
Ya lluvias se amontonan y congelan,
Y ya sin viento los nublados vuelan.

Dirá quien viere el temeroso estruendo
Que Iapeto quebranta sus cadenas,
O que la tierra se abre, descubriendo
Del centro mas oculto las arenas,
O que Tifeo, el cuerpo revolviendo,
Cansado de sufrir tan largas penas,
A Inarime levanta hasta el cielo,
Y que hace temblar á Mongibelo.

Parece vergonzoso que se diga
Que un hombre de los dioses es temido;
Mas cuando ven que á su ciudad fatiga,
Que del medio del mundo centro ha sido,
Y que soberbio, el cielo mismo instiga
A loca guerra en desigual partido,
Admíranse, y aun dudan si es bastante
Para vencerle Júpiter tonante.

Y al punto de un nublado repentino
Se cubrió de la torre la alta cumbre,
Negó su luz el cielo cristalino,
Bramando el aire fuera de costumbre;
Ya en la oscura muralla no hay camino
Que pueda al menos distinguir la lumbre,
Aunque estorba el nublado que lo vea,
Por ella con piés firmes se pasea.

Cada vez que algun rayo resplandece,
Al romper de la nube dél preñada,
«Aqueste fuego, dice, este merece
Contra Tébas usar mi mano airada;
Aquí mi antorcha renovarse ofrece,
Y mi encina avivar, casi apagada.»
Y esto diciendo, un rayo le ha embestido,
De Jove á toda fuerza compelido.

Voló el gran fuego al punto la cimera,
Y hecho carbon se le cayó el escudo;
Resplandeció su cuerpo de manera,
Que de ambas haces divisar se pudo;
Pero dónde cairá teme cualquiera
El cuerpo ardiente, de piedad desnudo,
Y como si cayera un gran coloso,
Todos se apartan, despejando el foso.

Siente el mísero el rayo que le ofende
Rechinar entre el pecho y la coraza,
Cuyo acero encendido mas le enciende,
Y el fuego en lo interior mas le embaraza.
El diestro brazo á desnudarla extiende,
Y ceniza en lugar del hierro abraza,
Y en pié se está, y blasfema todavía
Contra el cielo en la última agonía.

Y á la parte del muro en que pudiera
Hacer mayor ofensa con su fuego,
Aun no rendido, porque no cayera,
El pecho arrima el arrogante griego;
Mas del cuerpo mortal el alma fiera
Se desnudó, desamparando luego
Los miembros, y á tardarse mas un poco,
Segundo rayo mereciera el loco.

LIBRO UNDÉCIMO.

ARGUMENTO.

Habiendo Júpiter vencido á Capaneo, se alegra por la vitoria. Los tebanos se alientan, viendo menos tan fiero enemigo. Huyen los griegos, temiendo el rigor de Júpiter. Tesifonte llama á su hermana Megera, la cual sale del infierno; y juntas las dos, se conciertan de encender en ira á los dos hermanos, para que salgan desafiados á pelear de persona á persona. Júpiter abomina el desafío. Determina Polinice de salir. Su suegro Adrasto procura impedirlo, y no puede. Eteocle hace sacrificio á Júpiter. Muestra poca voluntad de salir al desafío. Creonte lo incita. Su madre Yocasta lo quiere estorbar. Antígone pretende hacer lo mismo con Polinice. Sale al campo Eteocle, y comienzan los dos hermanos la batalla. Pónese Adrasto de por medio, y no le respetan. Baja del cielo la diosa Piedad. La furia Tesifonte se le opone y echa de aquel puesto. Prosiguen los dos su batalla, y quedan entrambos muertos. Edipo sale al campo, guiado por Antígone. Hace llanto sobre sus hijos. Yocasta y su hija Ismene se matan con una espada. Creonte se alza con el reino. Manda no se sepulten los griegos ni Polinice, quedando para comida de las aves y las fieras. Manda salir á Edipo desterrado de Tébas. Edipo le responde furioso. Antígone, su hija, aplaca al nuevo rey, el cual concede á Edipo viva en el monte Citeron.

Despues que el animoso Capaneo
Las furias consumió del rayo esquivo,
Dejando el menos señalado y feo
Con el rastro del fuego vengativo,
No poco vitorioso del trofeo,
Levanta el brazo Júpiter altivo,
Y los nublados que esparcido habia
Del cielo aparta, serenando el dia.

Parabienes le dan alegremente
Los dioses, cual si en Flegra peleara,
O como si otra vez el Etna ardiente
Sobre el pecho de Encélado estampara;
Y el griego, aun de su fiereza ausente,
Espantable en los ojos y en la cara,
Yace abrazado de un peñasco duro,
Que el fiero rayo destrozó, del muro.

Y habiendo eterna fama conseguido,
Dejando al mundo el memorable hecho,
Y á Júpiter no poco engrandecido,
De que pudo vencello satisfecho,
El largo cuerpo se quedó extendido
Sobre el campo, de Tébas largo trecho,
Abrasando la llama que en él queda
Del suelo ardiente el prado y arboleda.

No menos en los campos infernales
Extendido el gran Ticio se parece,
Cuando con sus entrañas inmortales
A fieros buitres fiero pasto ofrece;
Cuya grandeza y miembros desiguales
Pone horror á las aves que abastece,
Mientras que vuelven á crecer de nuevo
Las roidas entrañas para el cebo.

Respira Tébas, cobra nuevos brios,
Viendo enemigo tan soberbio menos;
Dejan todos los templos ya vacíos,
Que estaban de cobarde gente llenos;
Los votos secan y los llantos pios,
Y descolgados de sus dulces senos,
Osan las madres, ya sin mas recelo,
Poner sus tiernos hijos en el suelo.

Por el contrario, todo el campo argivo
Vuelve la espalda, de temor huyendo,
No ya de los tebanos fugitivo,
Mas la ira de Júpiter temiendo.
En sus armas cualquiera un fuego vivo
Y un rayo le parece que está viendo;
Que truena el cielo y que arde su celada,
De las llamas de Júpiter tocada.

Sigue el alcance el rey de los tebanos,
Gozando la ocasion que el cielo envia,
Cual despues que en los campos africanos
Hizo leon mortal carnicería;
Que dejada la presa de sus manos,
Cargan sobre ella lobos, y á porfía,
Contra su natural, de rabia lleno,
La presa lamen del despojo ajeno.

Horrible Eurimedon, por otra parte,
Apremia el campo, que huir procura;
Hijo es de Pan; criólo tan sin arte,
Que empuña y viste rústica armadura.
Por otra Alatro, en tiernos años Marte,
Igualando en la edad y la ventura
A su padre, como él tambien mancebo,
Comienza agora á pelear de nuevo.

Cuál de los dos el padre ó hijo sea
No es fácil de entender á quien los mira,
Cuál hace mas rumor cuando pelea
Ni cuál mas léjos el venablo tira.
La triste gente, que huir desea
De los dos, tan espesa se retira,
Que al entrar el escuadron desconcertado,
Las puertas se estrechan del vallado.

¡Qué inciertos son los fines de la guerra!
¡Cuál se truecan las suertes y varian!
De Cadmo iban los muros ya por tierra,
Griegos los escalaban y subian;
Mas ya en sus tiendas el temor los cierra,
Y aun poder defenderlas desconfian:
Tales suelen, del aire sacudidas,
Ir y venir las nubes desparcidas.

Y tales, con el soplo de los vientos,
Hacen las tiernas mieses remolinos,
Y aquí y allí contrarios movimientos
Las altas cumbres de los altos pinos;
Y ansí suelen del mar los crecimientos
De agua embestir los límites vecinos,
Y volviéndose al mar las fieras olas,
Las sedientas arenas dejar solas.

Y la tirintia juventud, que imita
De su Alcides las armas y el vestido,
Huyendo á mas correr se precipita,
De que su fiero dios quedó corrido;
Otras como las flechas que ejercita
Y otros despojos como el suyo vido,
Y clavas que á las suyas se parecen;
Mas de verlos de espaldas se entristecen.

Al canto de una torre Enipo estaba,
De una bastarda tañedor famoso,
Con que al griego á las armas incitaba
Cuando llegó triunfante y vitorioso;
Agora pues á recoger tocaba,
Y el soplo en el alambre sonoroso
Huida infame resonaba al viento,
Y en el real siguro acogimiento.

Cuando al través rompiendo el aire vano,
Una súbita lanza ha decendido,
Que cual tenia la siniestra mano
Se la dejó enclavada en el oido;
Huyó al punto su espíritu liviano,
Y al frio labio le faltó el sonido,
Y de la voz que en el cañon estaba
El verso sola la trompeta acaba.

Mas ya la siempre en males poderosa,
En sangre tiria y griega ejercitada,
La fiera furia Tesifonte, cudiciosa
De ver la fraternal guerra acabada,
Para impresa tan grande temerosa,
Aun no está de sus fuerzas confiada,
Si con su serpentina cabellera
No le ayudase la infernal Megera.

Y retirada en una selva oscura,
Donde jamás el rayo del sol toca,
Con su espada cruel, llena de horrura,
El suelo cava, y puso en él la boca.
Con la tierra parece que murmura
Y el nombre ausente de su hermano invoca;
Seña que en siendo del infierno oida,
Es sin contradiccion obedecida.

Con gran primor se le erizó un cabello,
Negra ceraste, la mayor que habia,
Que á las demás que cuelgan sobre el cuello,
Por mas grande y mas fiera, presidia.
La tierra, el mar y el cielo claro y bello
Se alborotó al estruendo que hacia,
Y Júpiter, tambien alborotado,
Volvió á mirar sus rayos con cuidado.

Oyó el son de la voz la fiera hermana
Desde el centro infernal, adonde acaso,
Mientras ella á su padre está cercana,
Tratando algun horrendo y triste caso,
De Capaneo la arrogancia vana
Alaba el escuadron de luz escaso,
En tanto que de Estige en los calores
Refresca el alma horrible sus ardores.

Y rompiendo la máquina del suelo,
Al aire sube claro y trasparente,
Y tanto mas acá se anubla el cielo,
Cuanto mayor tiniebla allá se siente;
Alégranse en sus penas sin consuelo
Las tristes sombras de la luz presente;
Y fuera ya del reino de Caronte,
Le dijo así la negra Tesifonte:

«Ya, hermana, hasta aquí cuanto he podido
Cumplir de nuestro padre la sentencia,
De su rigor ejecutora he sido,
Y sola al mundo he hecho resistencia,
Mientras tú en los Eliseos has regido
Sombras que al fin te tienen obediencia;
Y no será tu galardon vacío,
Ni en vano tu trabajo, como el mio.

»Estos campos, de sangre matizados,
Estos estanques, de su humo llenos,
Este enjambre de cuerpos, que ocupados
Tienen del Ete los profundos senos,
Hechos son de mis manos mal premiados;
Mas ¿qué me alabo, si esto es lo de menos?
Marte, que desta impresa se corona,
Puede alabarse, y cabalgar Belona.

»Ya viste, y el infierno es buen testigo,
Con fiera rabia un capitan valiente
A bocados comerse á su enemigo
Y en su sangre ensuciar el blanco diente,
Y aun cuando ejecutaba este castigo,
Estaba casi de la vida ausente;
Yo fuí la que entregué á su hambre fiera
La mísera cabeza en que mordiera.

»Y agora, si á tus centros ha llegado
Del sacro alcázar el tronido horrendo,
Mi tempestad los cielos ha turbado;
Ella ha podido hacer aqueste estruendo.
Yo en las furiosas armas me he ocultado
De aquel que, con los dioses compitiendo,
A los rayos de Jove no temia,
Y trasformada en él, me sonreia.

»Pero ya (confesarlo no es exceso)
De tan largo trabajo estoy rendida,
Quebrado el corazon de tanto peso,
La mano, sin valor, descaecida;
Mas negra está mi antorcha, te confieso,
Que el mismo infierno, donde fué encendida,
Y las serpientes que peinar me suelo,
Dormidas ya con tanta luz del cielo.

»Tú pues, en quien está el furor entero,
Y retozando están sobre la frente
Nuevas culebras del cabello fiero,
Que de Cocito beben la corriente,
Juntemos nuestras fuerzas, que yo espero,
No con guerra comun de tanta gente,
Mas con sola de solos dos hermanos
Ensangrentar mis homicidas manos.

»Y aunque la piedad y fe jurada
Entre hermanos la guerra contradiga,
Del uno al otro se verá la espada
Opuesta con mortal rabia enemiga;
Obra grande tenemos comenzada,
Mas gran premio se debe á gran fatiga.
Las dos de odio y discordia nos armemos,
Y ambas una con otra peleemos.

»Acaba ya; ¡con qué tibieza vienes!
Sigue del que quisieres la bandera;
Que nuestros son, y fáciles los tienes
Desd'el principio desta guerra fiera;
Mas da el vulgo mil vueltas y vaivenes,
Y temo la mudanza de cualquiera,
Y recelo no apague nuestro fuego
De su madre y su hermana el blando ruego.

»Y aun su padre cruel, que no ha cesado
De causarnos, cual sabes, tantos dias,
Pidiendo, contra ellos enojado,
Venganza de sus luces ya vacías;
Ya, como padre al fin, teme el cuidado,
De los hijos las míseras porfías,
Y retirado á solas de la gente,
Sus daños llora y sus peligros siente.

»Mucho me tardo ya; Tébas perezca
Y su alcázar, mi antiguo alojamiento.
Tú haz que Polinice te obedezca
Y vaya su maldad en crecimiento;
No permitas que Adrasto prevalezca
Ni Lerna impida el fin de nuestro intento;
Véte, y aunque con todos hagas liga,
Revuelve contra todos enemiga.»

Y así, partida entre las dos la guerra,
Partió al real la una, y la otra á Tébas,
Cual de los dos extremos de la tierra
El Noto y Bóreas, en opuestas cuevas,
Este volando en la rifea sierra
Antiguas nieves y esparciendo nuevas,
Y aquel de Libia el arenal sorbiendo,
Salen perpétua guerra revolviendo.

Braman con su furor los elementos,
El mar, el rio, el valle, el monte, el prado;
Manifiéstase el daño, y con lamentos
Lo siente el labrador interesado;
Y con todo, oprimido de los vientos,
Contempla el marinero desdichado
A peligro mayor en tiempos tales,
Con que consuela parte de sus males.

Y luego qu'el gran Padre desde el cielo
Las vió que, inficionando la luz pura,
El rubio cerco del señor de Delo
Dejan manchado de tiniebla oscura,
Dijo, vuelto á sus dioses: «En el suelo
Visto habemos furor de guerra dura,
Y entre lícitos campos ira fiera
Llegar donde el mayor rigor pudiera.

»Y visto habemos del linaje humano
Quien guerra contra el cielo acometiese,
Digno por tal soberbia que á mi mano
De fuego alanceado pereciese;
Mas nunca el mundo, tarde ni temprano,
Dirá que guerra semejante viese
Mas fiera, mas cruel, mas insolente,
Cual la que agora ordena aquesta gente.

»Volved los ojos de maldad como esa,
No á vista de los dioses tal se haga;
Basta que vi de Tántalo la mesa,
Y su crueldad con hambre y sed me paga;
Y otra de Licaon horrible impresa,
Y aquella que á Micénas tanto estraga
Cuando el sol, por no verla, atrás su coche
Hizo volver y apresurar la noche.

»Tambien agora se escurezca el dia;
Que causas hay por qué se esconda Apolo.
Recibe ¡oh tierra! aquesta nube mia,
De tí se aparte el uno y otro polo;
Y ya que sin horror mi compañía,
Pueda ver tu maldad el cielo solo;
No á lo menos la virgen verte pueda
Ni los hermanos sucesion de Leda.»

Así dijo el gran Padre; y apartando
Los ojos de la tierra, ya maldita,
Sus confusas tinieblas derramando,
De la serena luz la inhabilita:
Y en tanto la infernal virgen, bramando,
Las escuadras argólicas visita;
A Polinice busca; al fin lo halla
En el primer portal de la muralla.

Confuso está de verse en tanto estrecho,
De varios pensamientos acosado,
Si arrojará sobre su espada el pecho
O si el huir será mas acertado;
Mil cosas revolviendo sin provecho,
Ajeno de consejo en tal estado,
Y un triste agüero le quitó el sentido,
Que visitando las estancias vido.

Con una antorcha, la hermosa Argía,
Quebrada, y ella triste en el semblante,
Mónstruos del cielo son ó fantasía,
Parece se le puso de delante;
Con tal hacha al esposo recibia,
¿Si habia de ser la boda semejante?
Y él, que su pena le pregunta en tanto,
Le da callando por respuesta el llanto.

Bien ve que la vision es mentirosa,
Mas siente que es presagio de sus penas;
Porque ¿de dónde ó cómo así su esposa
Habia de venir desde Micénas?
Ve que el hado le avisa de otra cosa,
Y siente ya la muerte y las cadenas,
Y teme de sentirlo; que quisiera
Vencer, aunque la muerte le venciera.

Mas luego que la diosa horrible y fea
Alzó el azote, de serpientes hecho,
Y sobre la coraza que se arrea
Hirió tres veces, el helado pecho
Arde, y no tanto ya reinar desea,
Cuanto verse de muertes satisfecho,
Y espirar, cuando el hecho salga en vano,
Revuelto en sangre de su muerto hermano.

Y de nuevo furor arrebatado,
«Tarde, ¡oh señor! al viejo Adrasto dijo,
Cuando el negocio va mas apretado
Busco remedio en mi dolor prolijo;
Cuando solo entre tantos he quedado,
Sus daños siento y mi temor corrijo;
Que si muriera entonces yo el primero,
Volviera el escuadron á Grecia entero.

»No el ver morir la flor de tanta gente
Y almas reales en defensa mia,
Porque yo de corona orne mi frente,
Que tantos reinos llorarán hoy dia;
Si entonces cuando la ocasion presente
Y la virtud mayor rigor pedia,
Fuí tan cobarde, agora pues me ofrezco,
Qu'es lícito pagar lo que merezco.

»Yo soy, y tú lo sabes, suegro amado,
Aunque en el pecho ocultas tantas penas
Y disimulas verme avergonzado,
Con tus entrañas, de prudencia llenas;
Yo soy aquel tu huésped desdichado;
De otros lo fuera yo, no de Micénas;
Que del reino que en santa paz regias
Te desterré con las desdichas mias.

»Mas, aunque tarde, si á venganza aspiras,
Puedes de mi maldad satisfacerte;
Que á mi hermano (¿de qué, Señor, te admiras?)
Quiero desafiar hasta la muerte;
Que no me dan lugar á mas las iras.
Determinélo, echada está la suerte.
No me detengas; que trabaja en vano
Quien me estorbare de matar mi hermano.

»Ni si á mi madre y mis hermanas viera
Muertas entre sus armas y las mias,
Ni mi padre esta guerra me impidiera,
Aunque viera sus luces mas vacías;
La sangre he de beberme desta fiera,
Que ha deshecho estas griegas compañías;
¿Tan mal tengo de usar de la vertida,
Qu'ella se pierda y quede yo con vida?

»Yo vide por mi causa el suelo abierto,
No fui para arrojarme en la rotura,
Y á Tideo morir en un desierto,
A quien hizo culpado mi ventura,
Y al rey de Arcadia en mi defensa muerto,
Que hoy lo pide su gente y me murmura,
Y su huérfana madre tantos dias
Lo llora y plañe en sus cavernas frias.

»Ni cuando Hipomedonte se anegaba
Pude llegar de Ismeno á las orillas,
Y cuando el cielo con horror tronaba
Ni pude escalar torres ni subillas,
Ni con tu furia ¡oh Capaneo! brava,
Que hoy estás entre sombras amarillas,
Pude mezclar mis iras y furores,
Ni merecí del cielo los ardores.

»¿Cuál temor de morir tanto pudiera?
Mas yo satisfaré los ofendidos.
Júntense tanta madre y tanta nuera,
A quien privé de hijos y maridos;
Pidan (¿qué quieren mas?) venganza fiera,
Y esperen de sus votos y gemidos
Que muera yo y que venza aquel tirano;
Que á morir ó matar voy á mi hermano.

»Adios te queda, esposa dulce y cara;
Argos, adios, y alcázares reales;
Y tú, querido suegro, pues no para
En mí toda la culpa destos males
(Que alguna tienen de mi suerte avara
Las parcas y los dioses celestiales),
Por última merced que hacerme puedas,
Esta solo suplico me concedas:

»No permitas que fiera en mí se entregue
Despues que quede muerto en esta guerra,
Ni que á las manos de mi hermano llegue,
Que fiereza mayor en él se encierra;
Tu piedad el sepulcro no me niegue,
Ni herede mis cenizas esta tierra,
Y escarmentado en la desdicha mia,
Busca mejor esposo para Argía.»

Dijo; y de compasion todos movidos,
Iban lágrimas tiernas derramando,
Cual de nieve y carámbanos vestidos,
A la revuelta de un verano blando,
Se ven montes de Tracia derretidos,
Largas corrientes de cristal llorando,
Y entr'ellos Hemo y Ródope desata
Su yerta nieve en fugitiva plata.

Templaba Adrasto con humilde ruego
El furor que al mancebo precipita;
Pero cortando sus razones luego
Con nueva furia la infernal maldita,
Toma la forma de Perinto, un griego
Criado suyo, y en la voz le imita,
Y dióle al punto un volador ligero
Y armas fatales, de su muerte agüero.

«Vamos presto de aquí, ¿quién te atrailla?
Que no requiere tu tardanza el caso,
Y ya, por concluir esta rencilla,
Viene tu hermano á detenerte el paso.»
Y esto diciendo, lo plantó en la silla,
Y va volando por el campo raso,
Pálido en ver tan cerca, que le asombra,
De la diosa infernal la negra sombra.

Ya por su rayo á Júpiter hacia
Sacrificio el tebano en recompensa,
Que en faltar Capaneo se tenia
Por vencedor, y al griego sin defensa;
Mas no en tales altares asistia
Deidad, ni la de Júpiter inmensa;
Solo la mala Tesifonte á todo
Asiste, profanándolo á su modo.

«¡Gran Jove, dice, á quien mi patria opresa
Debe el primer principio que le diste,
Desde el dia, aunque á Juno y Argos pesa,
Que bailes de Sidon interrumpiste,
Cuando sobre la espalda, dulce presa,
Nuestra robada vírgen recebiste,
Y con ella surcando el mar á solas,
Bramar fingia por las blandas olas!

»Y no es falsa opinion que hayas tenido
Otras veces, sin esta, casamientos
Con linaje de Cadmo, y aun rompido
Por ello sus secretos aposentos;
Al fin miras, oh Jove esclarecido,
De tus suegros los míseros lamentos,
De tus sagrados muros las almenas,
Y agradecido, en su defensa truenas.

»Y cual en otra mas soberbia guerra
Del cielo defendiste las moradas,
Así te vimos hoy por nuestra tierra
Cuajar las nubes, de tu ardor preñadas;
Y no es nuevo al valor que en ti se encierra
Honrar con fuego torres tan amadas;
Que del rayo sabemos por oidas
Que fué benigno en no acabar dos vidas.

»Recibe agora, aunque es humilde ofrenda,
Este ganado, solo á ti ofrecido,
Aqueste encienso, que en tu altar se encienda,
Y este toro, entre muchos escogido;
Y pues no es mortal obra que se emprenda
El darte gracias y el honor debido,
Nuestro Baco y Alcides pueden dallas,
Y á ellos les defiende estas murallas.»

Dijo; y un fuego negro requemando
Le saltó sobre el rostro de repente,
Y su real corona despreciando,
Se la arrojó, abrasada, de la frente;
Y antes de herirle se salió bramando
El toro por enmedio de la gente,
Habiendo ya volcado como pluma
El altar que bañaba de su espuma.

Huyen los sacerdotes y criados
Viendo salir el animal tan fiero,
Y aunque al Rey tan contrarios son los hados,
Procura consolar el agorero;
Y él que los sacrificios comenzados
Se prosigan le manda tan severo,
Que disimula con fingido vulto
El temor que en su pecho tiene oculto.

Tal como Alcides en el monte Oeta
Siente el fuego pegado hasta el güeso,
De la ardiente camisa que le aprieta,
Y no dejó la víctima por eso;
Duro resiste el mal que le inquieta,
Mas, vencedor de sus entrañas Neso,
Aunque su voto á proseguir se anima,
Le obliga el fuego á que se rinda y gima.

Suspenso en esto y casi sin aliento,
Epito llega al triste rey turbado,
Que por venir ligero como el viento
La guarda de una puerta se ha dejado;
«Suspende, dice, el piadoso intento,
Y el sacrificio rompe comenzado,
Que tu hermano, pidiéndote batalla,
Viene cercando en torno la muralla.

»A menudo tu nombre repitiendo,
Solo por tu enemigo se declara,
Y hácia las puertas con furor corriendo,
La lanza enristra y el caballo encara;
Los suyos su peligro están temiendo,
Mostrándolo con lágrimas la cara,
Y á los nuestros igual temor alcanza,
De solo verle blandear la lanza.»

Y en esto dijo á voces: «Gran Tonante,
Ya es tiempo que en mí hagas un empleo;
¿Qué causa has visto en mí menos bastante,
Que mereció tus rayos Capaneo?»
Oyólo el Rey, turbóse, y al instante
Del odio antiguo renovó el deseo,
Y del peligro en que á su hermano mira
Al fin se goza á vueltas de la ira.

Bien como cuando el toro vitorioso
Oyó de su enemigo desterrado
La amenaza y bramido riguroso,
Que con el ocio fuerzas ha cobrado;
Que de ira encendido y receloso,
Ardiente espuma siembra por el prado,
Y á vista de las vacas que mas quiere,
La arena escarva y en el viento hiere.

No faltan junto al Rey mil lisonjeros
Que le dicen: «Señor, deja á tu hermano
Que sin provecho empuñe sus aceros,
Y que tus muros amenace en vano;
¿El tenia de hacerte tantos fieros,
Estando tan sin fuerzas? ¿No está llano
Que es furor del que, viéndose perdido,
Se pone en el peligro conocido?

»Resiste, en tu potencia confiado,
Y no hagas caudal de su locura;
Mándanos pelear, que no hay soldado
Que por ti no se ponga en aventura.»
Así le lisonjean; mas airado
Llegó Creonte en esta coyuntura,
Para decir con libertad y brio
Lo que siente de aqueste desafío.

Arde en su fiero corazon la llama
Del hijo, y no descansa en su congoja;
Aquí lo busca y acullá lo llama,
Y que lo ve y responde se le antoja;
Ve el arroyo de sangre que derrama,
Y que del muro con furor se arroja:
Tanto le representa la memoria
De Meneceo la funesta historia.

El cual, viendo á Eteocle acobardado,
Que duda y empereza en la salida,
«Irás, le dijo, á tu pesar, malvado,
De tu patria y tus gentes homicida;
Que bien de nuestros llantos has gozado
Dando á las furias infernal cabida,
Y no habemos de estar á tu tardanza,
Ni un punto mas sufrirte sin venganza.

»Harto por culpa tuya ha padecido
Tu ciudad de los dioses soberanos,
Que si en riqueza y armas ha crecido,
Agora apenas tiene ciudadanos,
A quien, cual hambre ó peste, has consumido,
Dejándola asolada de tus manos,
Y al fin soberbio riges todavía
De gente y armas la ciudad vacía.

»Falta al servicio militar la gente,
Que unos muertos están sin sepoltura,
Otros llevó del rio la corriente,
Y el mas seguro sus heridas cura;
Cuál busca los pedazos, diligente,
Del cuerpo mismo que salvar procura;
Ninguno, al fin, de todos ha escapado
De muerto, de herido ó de ahogado.

»Vuelve pues á tus tristes ciudadanos
Sus hijos, sus hermanos, sus mayores,
Y vuelve á tantos pueblos comarcanos
Y á las güérfanas casas sus señores.
¿Dónde está Ipseo, adónde están sus manos,
Y de Euboea tus grandes valedores?
¿De Fócida las armas qué se han hecho,
Y de Driante el valeroso pecho?

»Mas al fin, por igual suerte de guerra
Ocupan estos la region oscura,
Y tu hijo, por culpa de tu tierra,
Muere sacrificado, ¡ay suerte dura!
Y estas son las primicias que en sí encierra
El fruto de tu edad, aun no madura,
Que, cual si mudo corderillo fueras,
Sacrificar te mandan y que mueras.

»Y ¡qué adrede empereza este tirano
De salir contra quien le desafía!
Por ventura Tiresias, inhumano,
Otro manda salir á costa mia,
O de nuevo el oráculo profano
Acrecentar mis lágrimas porfía,
O aguarda que le dé el sagrado Apolo
A solo Emon, que me ha quedado solo.

»Mándale pues que salga, y tú sentarte
Puedes á verlo en la muralla ocioso,
¿Qué miras si tu gente ha de ayudarte?
Que ninguno ha de serte piadoso;
Ellos quieren que salgas á probarte,
Y ver en ti un castigo riguroso;
Tu madre misma y todos lo apetecen,
Y tus propias hermanas te aborrecen.

»Que no te atreves, y tu hermano ardiente
Con las armas de muerte te amenaza,
Y del foso calada ya la puente,
Las duras puertas rompe y despedaza.»
Así bramando el viejo, airadamente
Un tanto el corazon desembaraza
De la ira y furor que en él se esconde;
A quien el Rey con majestad responde:

«No me engañas, le dice, que bien veo
Que el muerto hijo no te obliga á tanto;
Que antes debes gloriarte en su trofeo,
Y celebrarlo con eterno canto;
Mas una confianza, un gran deseo
Se oculta entre tus lágrimas y llanto,
Y en ese voto insano que publicas,
A fin mayor el de su muerte aplicas.

»Que como estás al reino tan cercano,
De industria me fatigas, no me admiro;
Mas no así deje el cielo soberano
Desamparada la ciudad de Tiro,
Que venga á ser regido de tu mano
El cetro y reino por quien yo suspiro,
Ni por padre de Tébas sea tenido
Quien de tener tal hijo indigno ha sido.

»Fácil fuera tomar de tí venganza;
Pero déume las armas, y primero
En desafío igual de espada y lanza
Probemos los hermanos el acero;
Que de ser vencedor tengo esperanza,
Y pagarásme en todo por entero.»
Y así, templando en todo su porfía,
La espada envaina que sacado habia.

Tal, de la mano del pastor herida,
Enroscada serpiente se levanta
Del largo cuerpo donde está extendida,
La ponzoña atrayendo á la garganta;
Mas si el golpe fué incierto, entumecida
Se queda humilde, y su rigor no espanta,
Y en balde apercebida, su veneno
Vuelve á sorber de la garganta al seno.

Desta resolucion y caso horrendo
La voz primera apenas se sabia,
Cuando Yocasta, su dolor temiendo,
Que no fué en darle crédito tardía,
Iba sus blancas canas esparciendo,
Y cual furiosa bacanal corria,
Desnudo el pecho, el rostro ensangrentado,
De su honor olvidada y de su estado.

Cual otra Agabe corre y se apresura,
Cuando del libre Baco enfurecida,
Se vió subir de Citeron la altura,
Sin ser de su aspereza detenida;
Cuando siendo engañada en la figura
Del hijo mismo, de quien fué homicida,
A Baco lleva la cabeza, que era
De cuerpo humano y le parece fiera.

No sus criados pueden detenella,
Ni á su paso correr las hijas tanto;
Que acrecienta el dolor mas fuerza en ella,
Y mas se encruelece con el llanto.
Ya se enlazaba la celada bella
El hijo, y mira su caballo, en tanto
Que alegre, al ronco son de la trompeta
Se alborota, relincha y se inquieta;

Cuando la madre súbito aparece,
No sin temor del hijo y los criados,
Que de verla en la forma que se ofrece,
Quedan descoloridos y turbados;
Diéronle luego el paso que merece,
Inclinando las armas, los soldados,
Y puesta en la presencia de su hijo,
De aquesta suerte alborotada dijo:

«¿Qué furor es aqueste que os incita?
¿Cuál furia con doblada fuerza y brio
Otra vez del infierno resucita
Y os obliga á salir á desafío?
¿No basta haber en guerra tan maldita
Juntado tanta gente y poderío?
¿Es poco haber llegado á aqueste paso,
Que aun intentarlo fuera horrendo caso?

»¿Adónde ha de volver el vitorioso,
Si alguno de vosotros es vencido,
Sino es al pecho tierno y amoroso
Que de los dos el alimento ha sido?
¡Oh ciego Edipo, en esto venturoso!
Dichosa ceguedad la suya ha sido,
Pues paga con dolor la vista mia
En ver el triste caso deste dia.

»¿Dónde vuelves, cruel, el rostro airado,
Que tantas veces de color se muda?
Que aunque murmures mas, es excusado,
Que á mí me tienes de vencer sin duda;
Primero á mí las armas que has tomado
Tu mano probará, de amor desnuda;
Que para que esta novedad se impida
Me pondré desta puerta á la salida.

»Allí estaré hecha sombra de tus males
Por triste agüero tuyo, y si porfías,
Aquestos pechos pisarás reales
Y aquestas venerables canas mias;
Y no solo al pasar de los umbrales
La triste madre, que estimar debrias,
Será ofendida de tu injusta huella,
Que aun tu caballo pasará por ella.

»Detente, no me impidas que te hable
Ni me apartes de tí con pecho duro;
Que nunca yo hice voto inviolable
Contra tí á la deidad del reino oscuro,
Ni la escuadra de furias lamentable
Supe invocar con ruego ni conjuro;
Escucha pues tu desdichada madre,
Que yo te ruego, y no tu ciego padre.

»Da lugar al enojo, piensa y mide
A qué fin el intento tuyo llevas;
Dirásme que tu hermano guerra pide,
Cercando el muro á la ciudad de Tébas;
No á aquel su misma madre es quien le impide
Ni alguna hermana estorbará sus pruebas,
Como á tí, á quien, llorando de contino,
Madre y hermanas salen al camino.

»Que el otro esté en su mal perseverando
No es mucho, y que te aguarde en la estacada,
Si solo Adrasto puede, aconsejando,
Estorbarle la impresa comenzada;
Mas tú, ruegos y llantos despreciando,
Tus dioses dejas y tu patria amada,
Y sales de mis brazos para verte
En brazos de tu hermano y de la muerte.»

Por otra parte, á paso presuroso,
Mas que el ser de doncella permitia,
Por entre aquel tumulto belicoso,
Llorando, al muro Antígone corria;
El viejo Artor, su ayo cuidadoso,
La aguarda al paso y hace compañía,
Con ser tan viejo: que la muerte espera
Antes que ver el fin de la carrera.

Y luego que en las armas y en la traza
Su hermano conoció entre tanta gente,
Que á la ciudad con voces amenaza
Y al muro llega ya con rabia ardiente,
No ya el aire de llantos embaraza,
Mas suspendiendo un tanto la creciente,
Así dijo, alargando el cuerpo fuera,
Cual si del muro echarse pretendiera:

«Deten las armas y atrevida mano,
Y alza los ojos á esta torre un poco;
Que bien conoces, mi enemigo hermano,
Y sabes que no soy quien te provoco;
Y si pides con término inhumano
La fe y palabra mal tenida en poco,
Esta es buena demanda y modo honrado
Con que debe pedir un desterrado.

»Por los dioses de Argos, no de Tébas,
Que destos ya no harás alguna estima,
Te ruego, hermano, y si hay por qué te muevas
Otra causa mayor que allá te anima,
Que no ejecutes el rigor que llevas;
Mira que en tanta confusion y grima,
Los dos campos, el tuyo y enemigo,
Lo mismo te suplican que yo digo.

»Antígone te ruega, desdichada,
Que tanto por tu causa ha padecido,
Aquella odiosa al Rey y despreciada,
Pero tu hermana al fin, endurecido;
Desenlaza algun tanto la celada,
Séame el ver tu rostro permitido,
Goce de verlo aquesta vez siquiera,
Que será, segun temo, la postrera.

»Deseo ver si haces sentimiento
Al llanto de mis ojos; mas no hay duda,
Pues que ya al de mi madre y su lamento
Tu fiero hermano del intento muda;
Y aun dicen que soltó, no es fingimiento,
La espada, que tenia ya desnuda,
Y tú solo has perdidome el decoro,
A mí, que tanto tus destierros lloro.

»¡Cuántas veces templé á tu padre airado,
Y hice que te fuera mas clemente!
Mira que en tu dureza has desculpado
A tu hermano, que al fin es obediente;
Es verdad que él la fe te ha quebrantado,
Y que es cruel señor para su gente;
Pero no, como tú, en su mal porfia,
Ni al desafío va ni desafia.»

Algun tanto aplacó su furia insana
Con aquestas palabras la doncella,
Aunque Erímnis, que del está cercana,
Sus buenos pensamientos atropella;
Al fin mueve la rienda mas liviana,
Menos furioso ya el caballo huella,
Y algun gemido despidiendo en tanto,
No está celado en la celada el llanto.

Sus iras aplacaron, y igualmente
Quisiera no volver ni haber venido,
Cuando se vió en el campo de repente
Eteocle, furioso y atrevido,
Que dejando á su madre y á su gente,
Lo echó la furia de quien es regido,
Diciendo á voces: «Ya, enemigo, vengo,
Y ser llamado es el pesar que tengo.

»Si me he tardado, no es defeto mio;
Mi madre detenerme fué bastante.
Oh patria, oh reino, incierto señorío
Serás del vencedor de aquí adelante.»
«No con menos rigor, responde, y brio,
Que conoces al fin, aunque arrogante,
La fe que has quebrantado y el concierto,
Pues este llamas señorío incierto.

»Y que está en la vitoria has confesado
La justicia que tienes y derecho,
Pues antes, oh mi hermano deseado,
Dame un abrazo, que se venga al hecho;
Que esta fe y esta ley solo ha quedado,
Y no la puede violar tu pecho.»
Y esto diciendo, con rigor lo mira,
Que brota el corazon mil llamas de ira.

Y en lo interior el fuego mas le abrasa
De verle tan cercado de su gente,
Y que la luz del sol parece escasa
Al rayo de sus armas reluciente;
Ver cuán airoso su caballo pasa,
De púrpura cubierto, gime y siente,
De invidia solo, y no porque se puede
Decir que en galas á la suya excede.

Que no es comun la ropa que él traia,
Ni resplandece menos su tesoro,
Bordada de la mano de su Argía,
Sobre tela de grana torzal de oro,
Con tanta perfecion, que parecia
Que á solo Aragne le guardó el decoro,
Y si no la excedió en la labor bella,
Fué en todo al menos semejante á ella.

Ya el polvoroso campo repartiendo,
Vuelve atrás cada cual, instimulado
De las furias que á entrambos van moviendo,
Sin apartarse un punto de su lado;
Ellas mismas los fieros van teniendo,
Las armas tocan y el jaez bordado,
Tan cerca, que serpientes y cabellos
Ven juntos los caballos en sus cuellos.

La Maldad vino á ver, como parienta,
Guerra entre dos, de un vientre producidos,
Ya que acercarse cada cual intenta,
En las armas y rostro parecidos;
Mas no el son que al caballo mas alienta,
Ni otra seña ó rumor fueron oidos,
Que al tiempo que las lanzas enristraron,
Suspensas las trompetas se quedaron.

Mas tres veces sonó en el reino escuro
Hórrido son, que á todos desanima,
Y tres Pluton, desde su centro duro,
Hizo temblar la tierra que está encima;
Ningun dios de la guerra está siguro,
Todos huyeron con espanto y grima;
Ni la virtud se quiso hallar presente,
Y Belona apagó su hacha ardiente.

Marte no sin temor salió huyendo,
Vense del carro apenas las señales,
Pálas huyó, que á Górgona venciendo,
De serpientes sembró los arenales;
Mas fueron en la guerra procediendo
Con mas rigor las furias infernales,
Y el vulgo, á ver el caso convocados,
Ocupa las garitas y tejados.

De lágrimas está todo cubierto;
No hay casa donde llanto no se escucha,
Y siendo fuerza ver tal desconcierto,
Se queja el viejo de su edad, que es mucha;
La madre con el pecho descubierto
Al tierno hijo en amorosa lucha
Entretiene, divierte y le regala,
Porque no pueda ver guerra tan mala.

Y á ver tan gran monstruosidad del suelo,
Como á ejemplo el mayor de desventura,
Manda salir las almas sin consuelo
El gran retor de la region escura;
Y ofuscando la clara luz del cielo,
De los montes coronan el altura,
Alegres de entender que en tal batalla
Mayor maldad que en su maldad se halla.

Luego que Adrasto vió que se comienza
La guerra, que los dos parten iguales,
Contra cuya maldad y desvergüenza
No han bastado prodigios y señales,
Volando, que no hay viento que le venza,
Se puso en medio de los dos reales;
Que puede mucho y todo lo asigura
Su antiguo reino y larga edad madura.

Mas, ¿qué con tales su presencia puede?
Qué honor basta á mover gente tan ciega?
Que aun su sangre no cuidan quien herede;
Bien los conoce, pero al fin les ruega;
«¿Que ha de ver, dijo, el mal que aquí sucede,
Confusa la nacion tebana y griega?
Si esta maldad al cielo no se esconde,
¿Dó están los dioses? La justicia ¿adónde?

»Cese vuestro rigor tan obstinado,
Y tú, enemigo, cesa en tu porfía,
Que aunque el furor te venza, eres rogado,
Y aun tienes deudo con la sangre mia;
Y tú, yerno, si tanto has deseado
Cetro, el que tengo dejaré este dia,
Vé á Lerna, y desde luego en años largos
Que reines solo te concedo en Argos.»

No hicieron sus palabras mas efeto
En los dos enemigos capitales;
Que antes ellos, perdiéndole el respeto,
Se dispusieron á encontrar; iguales
Que el mar de Citia, hinchado é inquieto,
Hace con el furor de sus cristales
Contra los montes Cianeos cuando
Se vienen á encontrar, del mar burlando.

Y viendo Adrasto que les ruega en vano,
Y que puestos los dos en la carrera,
Se aperciben de amientos en la mano
Para arrojar los dardos desde afuera,
El campo deja al yerno y al hermano,
Y con rigor las plantas aligera
De su Arion, que á la maldad que via,
Torcido el yugo á la cerviz tenia.

Tal del celeste alcázar despedido
El retor de las sombras de la muerte,
Baja á regir el reino del olvido,
Que por menor le concedió la suerte;
Pero no la fortuna ha suspendido,
Con la ausencia de Adrasto, el trance fuerte,
Que en su rigor se queda la batalla,
Y esto solo sirvió de dilatalla.

En vano dos carreras se enristraron,
Y otras dos ya cercanas de encontrarse;
Con horror los caballos se apartaron,
Las lanzas no pudiendo ensangrentarse;
Pero luego las riendas alargaron
Para volver ligeros á juntarse,
Y cada uno con rigor la espuela
Sin causa arrima al suyo, porque vuela.

La novedad de haber las lanzas sido
Inciertas suspendió toda la gente,
Y á que es prodigio muchos se han movido,
Y cada cual diversas cosas siente;
Y el daño irremediable conocido,
Los dos campos ordenan de repente
Salir juntos, y dar, por detenellos,
Con todo el cuerpo de la guerra en ellos.

Sentada en tanto la Piedad se via
A una parte del cielo retirada,
Que á tiempo que en la tierra no cabia,
Ni entre los dioses pudo hallar morada;
No en el rostro se muestra que solia,
Ni en el traje que ha sido respetada,
Sino suelto el cabello de su asiento,
Sin toca ó trenza que resista al viento.

Llora el peligro de uno y otro hermano,
Cual si su hermana ó si su madre fuera,
Cruel llamando á Jove soberano,
Fieras las parcas, y á la tierra fiera;
Mas dejar la region del aire vano,
Donde ninguna piedad se espera,
Propone, y de irse á la infernal laguna,
Que entre sus dioses ha de hallar alguna.

«¿Para qué me criaste inútilmente,
Dijo, oh reina sin par, naturaleza,
Para impedir las iras de la gente,
Y á veces de los dioses la dureza,
Si no me estiman, aunque estoy presente,
Ni vale ya en el mundo mi nobleza?
¡Oh ciega furia del mortal deseo!
Oh atrevida invencion de Prometeo!

»¿Cuánto mejor, despues de Pirra, fuera,
Si tal habia de ser, como parece,
Que el mundo se acabara y feneciera?
Ved qué el humano género merece.»
Dijo; y viendo ocasion que usar pudiera
La piedad que en ella resplandece,
El tiempo mide para dar ayuda
A aquella gente, de piedad desnuda.

Del cielo baja, y si la planta mueve,
Aunque su gran tristeza va mostrando,
Luciente rastro de color de nieve
Por medio de las nubes va dejando;
Y apenas toca al campo en tiempo breve,
Y en los ánimos toca apenas, cuando
Súbita paz parece que se via
Donde primero la impiedad vivia.

A verse comenzó la maldad clara,
Y mas de un rostro, en lágrimas deshecho,
Y entre los dos hermanos (cosa rara)
Alguna piedad escarva el pecho;
Y ella, mudando el hábito y la cara,
En traje varonil, á guerras hecho,
Entre todos armada se presenta,
Y aquí y allí la piedad aumenta.

«Si es que algunos teneis prendas queridas,
Hijos ó hermanos, do el amor se halla,
Id, dijo, resistid, poned las vidas,
Por impedir el fin desta batalla;
¿No advertis en las señas conocidas
De que los dioses quieren estorballa,
Flojos caballos, mano perezosa,
Y á su fortuna misma ya piadosa?»

Algun tanto inclinaba ya la gente,
Si el disimulo acaso no entendiera,
La furia, que veloz cual rayo ardiente,
Delante della con furor se altera;
«Floja deidad, le dijo, inútilmente
Dada á la infame paz por compañera,
¿Por qué razon á desviarme vienes
La guerra en que ninguna parte tienes?

»Véte, enemiga, deste sitio, acaba,
Que es mio aqueste campo y este dia;
Si defender á Tébas te importaba,
¿Cómo vienes ahora tan tardía?
¿Dónde estuviste cuando Cadmo araba
Y la marcial serpiente renacia,
Y dónde cuando Baco movió guerra
Con sus furiosas madres á esta tierra?

»¿Y adónde, perezosa, te escondiste
Cuando cayó la esfinge despeñada,
Y adónde cuando á Edipo permitiste
En sangre paternal manchar la espada,
Y cuando con mi antorcha negra y triste
Vino Yocasta al tálamo engañada?
¿Cómo, si entonces piedad tenias,
A tanta impiedad no resistias?»

Dijo; y en el azote rechinando
Varias culebras, con rigor severo
A la Piedad amenazaba, cuando
Ya ella se ausentaba del terrero;
Y su rostro entre velos ocultando
Por no ver de la furia el suyo fiero,
Aunque de ser echada vergonzosa,
Huye á quejarse á Júpiter la Diosa.

Las dos furias entonces con mas ira
Se mueven, viendo la Piedad ausente,
La maldad se renueva, y ya los mira
Con menos piedad toda la gente;
Y en tanto la primera lanza tira
El Rey, que mas su furia no consiente,
Mas sin ofensa detenerse pudo
En el cerco dorado del escudo.

No con menor denuedo el desterrado
A la venganza sale como el viento,
Diciendo á voces: «Dioses, que habeis dado
A los ruegos de Edipo oido atento,
Confirmad la maldad que ha comenzado;
Hacedme ejecutor de vuestro intento,
Y no es mucho que yo tambien sea oido,
Pues no es ajeno desto lo que os pido.

»Que con tal que me deje este tirano
La silla injustamente poseida,
Aunque permita el cielo soberano
Que sea á costa de mi sangre y vida,
Yo mismo, en sacrificio por mi mano,
Y con la misma espada en él teñida,
Mi pecho romperé, lleve siquiera
Menos dolor mi alma cuando muera.»

Esto diciendo, le arrojó la lanza,
Cuyo golpe entre el muslo al caballero
Y entre la ijada del caballo alcanza,
Procurando á los dos el fin postrero;
Mas vana fué del voto la esperanza,
Que sin herir al Rey pasó el acero,
Hallando al paso la rodilla alzada,
Y en las costillas del caballo entrada.

Y al punto salta, el freno despreciando,
Aquí y allí con el dolor cayendo,
Larga vena de sangre derramando,
Que su daño en la tierra va escribiendo;
Polinice se alegra, imaginando
Que es de Eteocle la que ve vertiendo,
Y el mismo Rey, con el temor que tiene,
De que es su propia sangre á creer viene.

Mas luego el desterrado dió la vuelta,
Y viendo de su hermano el mal partido,
Ciego corre sobre él á rienda suelta,
Hasta chocar con el caballo herido;
Andan caballos y armas de revuelta,
Y los guerreros, uno de otro asido,
Con tanta fuerza cada cual se afierra,
Que entrambos vienen á probar la tierra.

Cual galeras del Austro contrastadas
Suelen en noche obscura entrepalarse,
Sin poder desasirse, de intricados,
Hasta venir los remos á quebrarse;
Y con las olas, de quien son llevadas,
Luchar toda la noche, por soltarse,
Consigo mismas y el rigor del viento,
Y al fin se hunden en el mar sediento;

Tal es la ley de aquesta injusta guerra,
Que de su fuero y leyes olvidados,
Se mezclan y tropellan por la tierra
Sin término y sin arte de soldados;
Solo los odios que su pecho encierra
Manifiestan los yelmos enlazados,
Que por ellos exhala en llamas de ira,
Y el uno al otro con rigor se mira.

Ningun espacio entre ellos verse pudo,
O estando levantados ó caidos,
Pecho con pecho, escudo con escudo
Se vieron, y los brazos siempre asidos;
Retumban de los dos del pecho crudo
En el cóncavo bronce los bufidos,
Tal, que como trompeta sonorosa
Los incita, los mueve y los acosa.

Bien como cuando ardor celoso atiza
Dos jabalíes á mortal pelea,
Que cada cual la espesa piel eriza
Y de los ojos luz relampaguea,
Los colmillos crujiendo, atemoriza
Al cazador, que léjos ver desea
La fiera lucha, puesto entre las peñas,
Hace á los perros de que callen señas:

Así los dos con ánimos iguales
Se acometen y hieren de manera,
Que aunque no las heridas son mortales,
De su maldad la sangre es mensajera;
No es menester ya furias infernales,
Antes ellas los miran desde afuera,
Admiradas de ver que en hombres pueda
Caber tal furia que á la suya exceda.

Uno y otro furioso se apresura
A derramar la sangre de su hermano,
Y no ve que la suya mal segura
Por todas partes humedece el llano:
Mas Polinice, que mostrar procura
Mas justa injuria, con violenta mano,
Firme el brazo y la punta de la espada,
Le enristró por el cuerpo una estocada.

Halló la entrada la enemiga punta
Por las últimas mallas de la cota,
Que cubre mal la carne al muslo junta,
Y así no fué la espada en entrar bota;
Mas el Rey, que de cólera despunta,
Por luego no sintió la ingle rota,
Pero turbóse en el primer instante,
Con el frio del hierro penetrante.

Mas luego que del golpe violento
Sintió la herida, lo mejor que pudo,
Como aprisa le va faltando aliento,
Turbado se recoge en el escudo;
Mas no por verle en tanto detrimento
El fiero hermano está menos sañudo,
Que mientras mas desmaya, mas se enciende,
Y con palabras de rigor le ofende.

«¿Adónde huyes, dijo, injusto hermano,
Que ya en balde procuras defenderte?
¡Oh caduco descanso, oh reino vano,
Oh imperio largo, súbdito á la muerte!
Aprende en mí á sufrir la armada mano
Y á no fiar de venturosa suerte;
Considérame pobre y desterrado,
Y hecho blanco del rigor del hado.»

Bien poca vida al falso rey quedaba,
Que la postrera sangre ya vertia,
Y ya los pasos macilentos daba,
Que apenas sustentarse en pié podia;
Cuando de industria, al tiempo que llegaba
A ejecutar la muerte su agonía,
Caer se deja con rigor extraño,
Fabricando en la muerte nuevo engaño.

Resuena al punto el mísero lamento
De los que le juzgaron por sin vida,
Y como cierto ya del vencimiento,
Las manos alza al cielo el fratricida;
«Dioses, dijo, no en balde fué mi intento,
Justo fué el voto y mi oracion oida,
Pues veo á mi enemigo de tal suerte,
Y sus ojos nadando con la muerte.

»Pero mientras que ve, para que sea
Mayor dolor que el que tendrá muriendo,
Puesta en mis sienes su corona vea;
Tráigala alguno aquí, vaya corriendo.»
Y como capitan que templo arrea
Con los despojos que ganó venciendo,
Le llegó á desnudar las armas bellas
Para en Tébas triunfando entrar con ellas.

Aun no era muerto el infeliz tebano,
Y en el alma, que ya se despedia
De su antiguo rencor y odio profano,
Guardaba la venganza todavía;
Y cuando sobre sí sintió al hermano,
Suplió el odio á las fuerzas que tenia,
Y alegre, aunque muriendo, á su despecho
La oculta daga le enclavó en el pecho.

«¿Que vives, dijo Polinice, y dura
Hasta agora tu ira y violencia?
Pues nunca has de tener silla segura,
Que hasta el infierno llevas competencia;
Conmigo irás, y allí la fe perjura
Te he de pedir en la infernal audiencia,
Si allí es verdad que Minos con sus leyes
Castiga los excesos de los reyes.»

No dijo mas, que le faltó el aliento
Y el dulce estambre de la vida junto,
Cuando, para arrancarse de su asiento,
La del hermano estaba al mismo punto;
Muerto cayó sobre él, pero sediento
De la venganza el cuerpo así difunto,
Oprimiendo al hermano en la caida,
La vida le quitó y quedó sin vida.

Id, ánimas crueles, de la tierra,
Y manchad del infierno las moradas,
Consumid cuantas penas en sí encierra,
Que aun para tanto mal son limitadas;
Y vosotras, oh furias de la guerra,
Para mal de los hombres incitadas,
Volvéos á las estancias infernales,
Y tened ya piedad de tantos males.

Y aquesta vez no mas el mundo cuente
Por larga edad del siglo venidero
Semejante maldad que la presente,
Y no tenga este dia compañero;
Antes de la memoria de la gente
Se olvide el caso abominable y fiero,
Y solo entre los reyes se repita,
Para ejemplo de guerra tan maldita.

En tanto el triste padre, que ha sabido
Del suceso infeliz la dura suerte,
De su caverna en público ha salido,
Hecho una imágen de imperfeta muerte;
La barba y el cabello, enmohecido
De la sangre y horrura, está tan fuerte,
Que parece que cubre con sus hebras
Furial cabeza llena de culebras.

Léjos su rostro, entre el cabello oculto,
Se ve, y hundidas las mejillas dentro,
Y de los ojos cóncavos al vulto
Asqueroso licor sale al encuentro;
Así por entre el bélico tumulto
De su antigua morada y de su centro
Sale poniendo á todo el mundo asombro,
Sustentado de Antígone en el hombro.

Cual si Caron, dejada la barquilla,
Saliese á ver la luz de sus riberas,
En cuya ausencia crece en cada orilla
Gran multitud de sombras pasajeras;
Que con su vista turba y amancilla
La luz al sol, y al cielo sus lumbreras;
No puede resistir, como es oscura,
El aire claro ni la luz tan pura.

Tal sale al campo de su gruta el ciego,
De la llorosa Antígone guiado;
«Llévame, dice, á aquel lugar te ruego,
Donde mis hijos muertos han quedado;
Y sobre sus recientes llagas luego
Arroja aqueste padre desdichado.»
No sabe si obedezca la doncella,
Y de industria se tarda y se atropella.

Impídenles el paso y el camino
El ir juntos los dos y de la mano,
Y las armas y cuerpos que contino
Encuentran destrozados por el llano;
Y en tanto estorbo pierde Edipo el tino,
Y da los pasos débiles en vano,
Y si se cae trompieza, ó si se abaja,
La miserable guia lo trabaja.

Mas luego que el clamor de la doncella
Los cuerpos frios le mostró llorando,
Sobre ellos se arrojó, soltado della,
Enmudecido de dolor quedando;
Mas del modo que pudo se querella,
Sobre sus frescas llagas sollozando,
Sin poder dar la habla que queria
Y tanto tiempo detenido habia.

Mientras las armas y celadas tienta,
Y allí busca los rostros escondidos,
La voz desata, el corazon revienta,
De los mudos sollozos detenidos;
«Tarde, dice, oh piedad, tu fuerza intenta
Inclinar á tus leyes mis sentidos;
¿Posible es que tras tanta resistencia
Cabe en aqueste corazon clemencia?

»Vencido has, piedad, á mi dureza,
Pues ves que con dolor, con lloro y gimo
Vencido me has tambien, naturaleza,
Que el tierno amor de padre al fin estimo;
Ya de mis secos ojos con terneza
Lágrimas vierto, y con piedad arrimo
La injusta mano, causa de sus males,
A enjugar de los ojos los caudales.

»Crueles hijos, dice, que igualmente
En serlo tanto os tengo por muy mios,
Recebid las exequias que al presente
Os ofrecen mis ojos, vueltos rios;
Y pues veros ni oiros no consiente
Vuestra muerte y mis ciegos desvaríos,
Para que solo me consuele un poco
Dime cuál es, Antígone, el que toco.

»¿Con qué ofrenda de mí seréis honrados?
Qué pompa funeral podré haceros,
Que pueda agora, hijos tarde amados,
De cuando os fui cruel satisfaceros?
¡Oh si segunda vez me fueran dados
Los ojos solamente para veros,
Que en sacrificio vuestro, de la cara
Con mi antiguo rigor me los sacara!

»¡Ay me! que el cielo oyó mis oraciones,
Mas de lo que era justo y yo pedia;
¿Cuál dios á tan perversas peticiones
Tan cercano de mí estuvo aquel dia,
Que enteras las palabras y razones,
Arrebatadas de la lengua mia,
Manifestó á los hados vengadores
Para que fuesen luego ejecutores?

»No tuve culpa yo, que fué forzoso
Quejarme á voces del nefando hecho,
Y mi lengua movió furor rabioso
Y Erímnis fiera, que se entró en mi pecho;
El padre muerto, el lecho incestuoso,
La subcesion maldita, el reino estrecho,
Y mis ojos caidos y sangrientos
Movieron de mi lengua los acentos.

»Y juro por Pluton, de luz escaso,
Y la inocente hija que me guia,
Y por la oscura ceguedad que paso,
Que fueron dulces ojos algun dia,
Que no me acusa nada en este caso;
Así, con digna muerte, el alma mia
A Layo vea en la infernal morada,
Y no huya de mí su sombra airada.

»¿Qué abrazos son aquestos entre hermanos,
Qué heridas las que toco en vuestro pecho?
Soltad, os ruego, las asidas manos
Y el lazo que os ofende tan estrecho;
Y en medio de los cuerpos inhumanos
Admitid vuestro padre á blando lecho.»
Esto diciendo, de matarse ordena,
Que crece en ira al paso de la pena.

Para acabar su miserable vida
Armas buscaba ya, mas al instante
Antígone, en aquesto prevenida,
Le escondió las espadas de delante;
Furioso, quiso ser de sí homicida,
Y como á ejecutarlo no es bastante,
«¿Dó están, dijo, las armas? ¿Qué se han hecho?
Que agora faltan para aqueste pecho.

»¡Oh furias! ¿consumieron por ventura
De aquestos cuerpos todas las que habia?»
Mas de las armas que buscar procura
La hija al fin lo aparta y lo desvia;
No ajena de dolor, que su cordura
Muda en el pecho la pasion cubria,
Con gozo mira al padre, reparando
Que al fin, aunque cruel, está llorando.

Antes de aquesto, en viendo comenzada
Entre los dos la guerra tan temida,
A la primer señal alborotada
La triste Reina y de dolor vencida,
Sacó de su recámara una espada,
Que fué de Layo prenda conocida,
En quien solia, entre otros sus despojos,
Con tierno llanto apacentar los ojos.

Y despues de formar muchas querellas
Con los dioses y el lecho prohibido,
Con las furias de Edipo, causa dellas,
Y con la sombra del primer marido;
Por no ver deste fuego mas centellas,
Ni mas dolor del que en sus hijos vido,
Sobre la espada se inclinó de hecho,
Atravesando con rigor su pecho.

Rompió el hierro cruel las flacas venas,
Derramando la antigua sangre fria,
Purgando con su muerte tantas penas,
Y el lecho de la mancha que tenia;
La llaga estaba manifiesta apenas,
Que aun de la espada el rechinar se oia,
Y á enjugarla el cabello desatando,
Sobre ella Ismene se arrojó llorando.

No de otra suerte Erígone, llorosa,
Lloró en la selva Maratonia tanto
La muerte de su padre dolorosa,
Que á un punto le faltó la voz y el llanto,
Y al fin de un ramo de la sombra umbrosa,
Por último remedio en su quebranto,
Escogido por fuerte, para ello
Un lazo encomendó, y al lazo el cuello.

Ya la fortuna el cetro del tebano
Habia en otra parte transferido,
Despues que la esperanza salió en vano,
Con que fué de los dos tan pretendido;
Y de Creonte á la enemiga mano
Ya de Cadmo las leyes han venido,
Y ya comienza á gobernar la tierra;
¡Oh miserables fines de la guerra!

Por reinar los hermanos pelearon
Hasta morir entrambos igualmente,
Y á aqueste llama al reino que dejaron
El ser de fiera sangre decendiente;
Los pueblos que á los otros repudiaron
Dejan mandarse ya deste insolente,
Obligados de ver que Meneceo
Se dió á su patria con mortal trofeo.

Sube el tirano al cetro desdichado,
Y al tribunal de la llorosa Tébas;
¡Oh amor de mandar, oh nuevo estado,
Cómo tras tí los ambiciosos llevas!
Que no es posible iguale á lo pasado
Nuevo gobierno ni ordenanzas nuevas,
Y él en el tribunal de antiguos reyes
Se atreve á establecer injustas leyes.

¿Qué fortuna mejor tener pudiera
Que ver que todo el reino le obedece,
Si la ambicion con esto no creciera,
Que al paso del mandar se aumenta y crece?
Ya del nombre de padre degenera,
Que en vez de perdonar se encruelece,
Y una por una la corona asida,
De Meneceo la memoria olvida.

Y del amor del reino arrebatado,
En que dió de quién es primer indicio,
A los griegos mandó que sea vedado
Del fuego venerable el sacrificio,
Y que en medio del campo desechado
Se quede de la guerra el ejercicio,
Las armas, los despojos y los muertos,
Y los tristes espíritus desiertos.

Ya por la puerta Ogige iba saliendo,
Y á Edipo encontró en ella que volvia,
Y un tanto en verle reparó, temiendo;
Que al fin por superior lo conocia;
La ira templó al punto, mas haciendo
Del rey, que mal representar sabia,
Con voz soberbia y atrevida luego
Así maltrata al miserable ciego:

«Véte de aquí, no estés en mi presencia,
Agüero triste al vencedor tebano,
Deja este muro limpio con tu ausencia,
Aparta dél las furias y tu mano;
Ya se acabó tu larga penitencia
Con la muerte del uno y otro hermano;
Véte, muertos están, nadie te hereda;
¿Qué voto nuevo por hacer te queda?»

Deste rabioso estímulo incitado,
Edipo se encendió, que parecia
De la vejez haberse desnudado,
Y vuéltose á la edad que antes tenia;
Y habiendo al punto el báculo dejado,
Y de su amada Antígone la guia,
Estribando en la ira solamente,
Rompió la voz del pecho impaciente.

«¿Posible es, oh Creonte miserable,
Que en ser cruel tan presto te previenes,
Y apenas nuestra suerte variable
Te ha puesto en el lugar que agora tienes,
Y que á tí te permite el hado instable
Que reyes aniquiles y condenes,
Que de sepulcro prives á los muertos,
Y de su patria á los amigos ciertos?

»Procede bien, podrás regir á Tébas;
Mas ¿por qué el primer dia tus rigores
Muestras, estableciendo leyes nuevas,
Y en ser temido fundas tus honores?
Desterrarme pretendes, en que pruebas
Que es temor la inclemencia en los señores;
¿Por qué, si temes y el destierro intentas,
Antes en mí tu espada no ensangrientas?

»Créeme, que, aunque venga á degollarme
El ministro cruel de tu sentencia,
No tengo por temores de apartarme
Ni hacer al cuchillo resistencia;
Comienza, ¿qué pretendes? ¿Humillarme?
¿Qué quieres? ¿Que te haga reverencia?
¿Yo á los piés de un tirano he de sufrirlo,
Y tú (caso que sea) consentirlo?

»¿Tú me amenazas? ¿Piensas, enemigo,
Que rastro de temor en mí ha quedado?
Y ¿qué mandas? ¿Que deje el patrio abrigo,
A quien el cielo y tierra ha ya dejado?
Si yo, de aqueste rostro por castigo
Los ojos me saqué, sin ser forzado,
¿Cuál piensas, rey cruel, agora darme
Que en el que yo me dí pueda igualarme?

»Ya huyo pues de aquesta villa infame;
Si importa en otra parte por ventura
Mi muerte, que así es bien mi vida llame,
Y la luz de mis ojos, siempre oscura,
¿Qué gente habrá que la piedad desame,
Que á mis humildes ruegos sea tan dura,
Que de su tierra, al fin, no me conceda
El poco espacio que ocuparles pueda?

»Dulce es Tébas, que, al fin, siendo su amparo
Gocé en su deleitosa estancia della
De cielo mas sereno y sol mas claro,
De dulces hijos y de madre en ella;
Pero gózala tú, y el cielo avaro
Te sea en conservalla y defendella,
Y no la rijas con mejor agüero
Que Cadmo y Layo la rigió primero.

»Con el que yo reiné, reines, tirano,
Y en semejante tálamo que el mio
Tengas la subcesion, sin que tu mano
Fuerce de la fortuna el albedrio;
Desees ver la luz del sol en vano,
Ciego, cual yo, por otro desvarío;—
Ya he dicho y satisfecho mis enojos;
Vamonos, hija, guia de mis ojos.

»Mas ¿dónde irás conmigo, hija amada,
Que tu pena y dolor no se acreciente?
Quédate adios, y el Rey en mi jornada
Me dará quien me guie y me sustente.»
Y Antígone, temiendo el ser dejada
Al rigor de Creonte y de su gente,
Con mayor humildad que el padre ciego
Así mudó la plática y el ruego:

«Por este reino, que dichoso ha sido
En ser tuyo, Creonte, y por quien eres,
Y el alma de tu hijo esclarecido,
Que despreció del mundo los haberes,
Que perdones á un mísero afligido,
Y á sus soberbias voces no te alteres;
Que esta es costumbre de hablar que tiene,
Que de su pena y su pasion le viene.

»No solo contra tí se muestra fiero,
Que así los hados y los dioses trata,
Ni ha sido para mí menos severo,
Que le dura el enojo y me maltrata;
Ni en su pecho este dia es el primero
Que aquesta triste libertad le mata,
Y lo que mas le aflige cada dia
Es la esperanza de morir tardía.

»Y así, desesperado de la vida,
Te da ocasion á que le dés la muerte,
Y de industria al castigo te convida,
Porque esta tiene por dichosa suerte;
Pero en cosa de suyo tan rendida
Que no ensayes te ruego el brazo fuerte;
Manda cosas mayores, y procura
De tus reyes honrar la sepoltura.

»Que este que ves aquí que está gimiendo,
Cuando en sublime trono armado estaba,
Las faltas de los suyos proveyendo,
Al rico y pobre por igual juzgaba;
Y de tanto aparato y tanto estruendo
Que entonces le sirvió y acompañaba,
Sola esta triste á su compaña llora,
Y aun no iba desterrado como agora.

»¿A tus dichas aqueste estorbar puede,
Que así le temes y aborreces tanto,
Y con fuerza real que se le vede
La patria quieres y el albergue santo?
¿Es porque á tus umbrales no se quede
Publicando tus quejas con su llanto,
O porque desterrado á otras naciones,
Al fin no escucharás sus maldiciones?

»No temas, que yo haré que retirado
De tu palacio llore, y te prometo,
Aunque esté mas soberbio y enojado,
Que yo misma le enseñe á estar sujeto;
Del vulgo le pondré tan apartado,
En un lugar tan solo y tan secreto,
Que con justa razon tú mismo digas
Que es destierro mayor que el que le obligas.

»¿Qué tierras, si se va, serán tan buenas
Que en sus muros le acojan? ¿Por ventura
Quieres que en Argos entre ó en Micénas,
Donde la antigua enemistad les dura,
Y del vencido Adrasto en las almenas
Cuente nuestra desgracia y desventura?
Y ¿quieres que, abatiendo un rey tebano,
Pida sustento de enemiga mano?

»¿Agrádate por dicha que refiera
Pecados desta miserable gente,
Y casos vergonzosos que debiera
La memoria ocultar eternamente?
Pues la infamia es comun, cubre siquiera
Por tu honor lo que somos igualmente;
No te pido gran don, que seas afable
A un viejo padre, triste y miserable.

»Aquí, suplico, aquí se le conceda
Un lugar donde pueda sepultarse,
Que si á los griegos el sepulcro veda
Tu ley, con los tebanos no ha de usarse.»
Y postrada á los piés del Rey se queda;
Mas el padre la incita á levantarse,
Y en amenazas contra él se enciende,
Despreciando el perdon que ella pretende.

Cual leon que temido antiguamente
Fué en la selva, en el monte y en el llano,
Y perezoso ya en su cueva, siente
Que no pasó por él el tiempo en vano;
Pero no á su vejez, aunque doliente,
Ninguno se le atreve á estar cercano,
Ni su vista estará menos sañuda,
Que, aunque la edad le vence, no se muda;

Mas si por dicha el ya pendiente oido
Algun bramido oyó que le lastime,
Al punto se alborota, y atrevido
Levanta el cuello, que la edad le oprime;
Y acordándose al fin de lo que ha sido,
Por sus perdidas fuerzas llora, y gime
Que otros leones tengan osadía
De reinar en los campos que él solia.

Al fin, al ruego humilde y tierno llanto
Creonte se inclinó de la doncella,
Mas no su peticion le otorga en tanto,
Alguna parte cercenando en ella;
«Con que no manches, dijo, ó templo santo,
O manches la ciudad, no léjos della
Te señalo destierro por ahora,
Allá en tu monte Citeron te mora.

»Y que andes tambien se te consiente
Esta tierra en que ves que están vagando
Las almas de los tuyos justamente,
Y en su sangre los cuerpos palpitando.»
Dijo; y por entre el vulgo de la gente,
Que finge acompañarle, iba llorando;
Con majestad y con soberbia pasa
Al palacio real, antigua casa.

Y en tanto el escuadron griego, huyendo,
El campo y las banderas desampara,
Volver con vida infame apeteciendo,
Mas que esperar la muerte ilustre y clara;
Nadie su capitan sale siguiendo,
Que en ir con mas silencio solo para;
La noche, al fin, de piedad movida,
Abraza entre sus sombras la huida.

LIBRO DUODÉCIMO.

ARGUMENTO.

Salen los tebanos á ver el estrago. Lloran sus muertos y quémanlos. A Eteocle hacen lo mismo con poca pompa. No consienten que Polinice goce del fuego ni los griegos. Hácensele á Meneceo grandes exequias con llanto de Creonte, su padre. Las matronas de Argos van á Tébas á sepultar sus muertos. Encuentran con Ornito, que iba herido, y él les da cuenta de la crueldad de Creonte. Aconséjalas que vayan á Aténas á pedir á Jason ayuda para sepultar sus muertos. Hácenlo así, excepto Argía, que siguiendo el comenzado camino, se parte á Tébas, acompañada de su ayo. Llega de noche al lugar donde están los muertos, y yendo buscando á su esposo, encuentra con Antígone, que venia á buscar el mismo cuerpo. Hallado de las dos, lo echan en la misma hoguera donde se estaba quemando Eteocle. Siéntenlas las guardas. Llévanlas presas á Creonte. Llegan las demás griegas á Aténas. Hallan piedad en Teseo, que venia victorioso de las amazonas. Marcha Teseo la vuelta de Tébas. Creonte quiere quitar las vidas á Argía y á Antígone. Manda ejecutarles la sentencia. Llega Teseo á Tébas. Sale Creonte á batalla. Encuentra con él Teseo. Pelean los dos. Muere Creonte. Reciben los tebanos por su rey á Teseo.

Aun no del todo el velador lucero
Del cielo las estrellas encubria,
Y con mas sutil punta que primero
Aun no la luna señalaba el dia,
Y aun no la aurora el rubio carretero,
Que de nuevo á su oriente revolvia,
Le iba el paso por el cielo abriendo,
Las inquietas nubes sacudiendo;

Cuando la gente del tebano suelo,
Aunque ya pocos dioses les valian,
De la noche acusando el tardo vuelo,
Vagando por el campo discurrian;
Fué su primer descanso este desvelo,
Y este el sueño primero que dormian;
Mas la paz, mal segura, lo suspende,
Y al mal pasado la victoria atiende.

Apenas dar un paso el mas valiente
Puede, ni atina al foso el mas osado,
Ni abrir osa las puertas libremente,
Que dura en ellos el temor pasado;
Del campo tienen el horror presente,
Y en él no osan fijar el pié turbado,
Como al que arroja á tierra la tormenta,
Que en la primera el pié temblando asienta.

Así suspensos el estrago miran,
Y á qué parte saldrán están inciertos,
Que temen, si hácia adentro se retiran,
Han de volverse á levantar los muertos;
Como simples palomas cuando giran
Del palomar los intricados puertos,
Y ven por los resquicios de la torre
Rubia serpiente que á los nidos corre;

Que con alas y piés cercan el nido,
Los hijuelos adentro retirando,
Para el trance de guerra no advertido
Las inútiles plumas erizando,
Y aunque al fin la serpiente se haya ido
Teme el blanco escuadron salir volando,
Y con horror, si se remonta al cielo,
Vuelve á mirarla en medio de su vuelo.

Al fin á las reliquias de la guerra
Salen, y á ver el pueblo desangrado,
Que llanto de su estancia los destierra,
Y saca al capitan como al soldado;
Va cada cual do su dolor le atierra;
Cuál mira el campo de armas ocupado,
Y cuál de los heridos cuerpos lleno,
Y el del amigo á vueltas del ajeno.

Lloran unos los carros cuyos leños
Se hicieron astillas peleando,
Y á los caballos lloran ver sin dueños,
Con quien solo les queda estar hablando;
Las heridas de espacios no pequeños
Miden y tiernamente están besando,
Y del esfuerzo del amigo amado
Se admira alguno que lo ve frustrado.

Cada cual por menudo considera
El vario estrago y la cruel matanza,
Vense brazos sin cuerpos donde quiera,
Manos sin brazos empuñar la lanza;
Muchos á quien quitó una flecha fiera
De la vista y la vida la esperanza,
Se están con ellas en los ojos yertos,
Y entre estos, otros sin heridas muertos.

Con largo llanto, á la ocasion debido,
Se arrojan en los cuerpos destroncados,
Y no sin competencia han pretendido
Enterrar cada cual sus aliados,
Y en lugar del pariente y conocido,
A su enemigo abrazan engañados;
Que suele de esta suerte vez alguna
Burlar al afligido la fortuna.

Con la gran confusion ninguno atina
Adónde sin ofensa el paso asiente,
Que está una sangre de otra tan vecina,
Que no sabe cuál es la del pariente;
Otros á quien no toca esta ruina
Y ven libres sus casas y su gente,
A las desiertas tiendas de los griegos
Van á robar y les arrojan fuegos.

Otros á quien llevar pudo el deseo
Tras de un curioso gusto de la guerra,
Van á ver el lugar donde Tideo
Sus miembros fuertes entre polvo encierra,
O si queda algun rastro horrendo y feo
Do al adivino se tragó la tierra,
O si en los miembros queda llama ardiendo
Del que á los dioses despreció muriendo.

Pasóseles llorando todo el dia,
Y sin cesar, la noche sobreviene,
Que aman su llanto y quieren á porfía
Gozar del mal comun que á tantos viene;
A reposar ninguno se desvia,
Que mas fuerza el dolor que el sueño tiene;
Antes junto á los cuerpos y á sus lados
Se están toda la noche desvelados.

Unos en guarda á estancias repartidos,
Y otros gimiendo á coros se lamentan,
Y con llanto y con fuegos encendidos
De la noche las tinieblas ahuyentan;
No de dulces estrellas son vencidos
Sus ojos ni del sueño se apacientan,
Ni los húmedos párpados cerraron,
Por mas y mas que sin cesar lloraron.

Tocaba ya el lucero á los umbrales
Tercera vez del alba limpia y pura,
Y para las exequias funerales
Despojaban los montes su espesura;
De Teumeso los árboles reales,
Que fueran de sus bosques hermosura,
Vinieron aplicados para el fuego,
Y del gran Citeron la selva luego.

Compuestas las hogueras y ordenadas,
Entregan á las llamas ambiciosas
Los cuerpos, y sus almas regaladas
Gozan de las exequias piadosas;
Pero de tanto honor desamparadas,
Las de los griegos van cercando ociosas
Las llamas con gemidos y querellas,
De que fueron vedadas para ellas.

Algun honor real y pompa alguna
Se hizo al alma de Eteocle fiera,
No la que á su grandeza era oportuna
Ni la que fué razon que se hiciera;
Y á su hermano, aunque igual en la fortuna,
Mandaron que por griego se tuviera
Y que su sombra desterrada fuese
Y del último fuego careciese.

Mas no en fuego plebeyo á Meneceo
Creonte y Tébas abrasar dejaron,
Que juntando las fuerzas al deseo,
Magnífico sepulcro le ordenaron;
De carros y d'escudos por trofeo
Y de armas griegas un monton juntaron,
Y levantando al cielo la alta cima,
El cuerpo echaron venerable encima.

Y como vencedor que ha sujetado
Varios despojos de enemiga gente,
Sobre ellos ciñe de laurel sagrado
Y blancas tocas la hermosa frente;
Bien como cuando Alcides fué llamado
Para que en las estrellas una aumente,
Y alegre se recuesta entre la llama
Del monte ó está como en dulce cama.

Y sobre el sacrificio que espirando
Estaba al cielo el padre riguroso,
Cautivos griegos fué sacrificando,
Y de caballos número copioso
Fueron solaz de algunos peleando,
Mas ya lo dan al fuego bullicioso,
Y en tanto que la llama se acrecienta
El padre gime y de dolor revienta.

«¡Oh magnánimo jóven, que debieras
Gozar reinando de la suerte mia,
Y honrar de aquestas almas las hogueras,
Gobernando mas alta monarquía!
Si de tanto loor no te encendieras,
Y el bien que ya del reino me venia,
No abreviaras á dármelo de suerte
Que fuese don ingrato con tu muerte.

»Mas, aunque en el celeste albergue santo
Por tu inmensa virtud tengas morada,
Que creo que lo gozas entre tanto,
Serás, aunque deidad, siempre llorada;
Aras pondré en tu honor en todo cuanto
Tébas rodea, y ella, á tí obligada,
Procure excelsos templos levantarte,
Adonde solo yo pueda llorarte.

»Mas ¡ay de mí! ¿qué exequias funerales
Podré hacerte agora, oh hijo mio,
Que puedan ser á tu valor iguales,
Aunque de Argos tuviera el poderío?
Ni basta á tus cenizas inmortales
De Micénas mezclar el señorío,
Y á mí sobre ellos, cuya indigna vida
Honró tu sangre, sin sazon vertida.

»¡Ay! que una misma guerra, un mismo dia
Que dos hermanos acabó traidores,
La parca, que para ellos fué tardía,
Tambien de tu niñez cortó las flores;
Y agora quiere la desdicha mia
Que iguale á los de Edipo mis dolores;
Que en semejantes, Júpiter, consientes
Que lloremos por causas diferentes!

»Recibe pues, oh hijo, en sacrificio
Del triunfo que en tu muerte has conseguido,
Este cetro y corona, cuyo oficio
A mí me diste, pero á tí es debido;
Rey fuiste, rey te vea en ejercicio
El alma de Eteocle aborrecido.»
Dijo; y sobre él en el soberbio fuego
El cetro y la corona arrojó luego.

Y con mas violencia que primero,
Ardiendo en ira y con rigor doblado,
«Aunque me tenga, dijo, por severo
Y por el mas cruel que se ha hallado,
Otra vez establezco, mando y quiero
Que ningun cuerpo griego sea enterrado;
Que no es razon que sean tus iguales
En el sepulcro y honras funerales.

»Y ojalá que á sus cuerpos yo pudiera,
Porque sintieran mas ser ofendidos,
Restituir las almas, y á cualquiera
Añadir mas viveza en los sentidos;
Que yo mismo, si aquesto consiguiera,
A las fieras y buitres deshambridos
Los miembros de sus reyes mostraria,
Donde hicieran mayor carnicería.

»Mas ¡ay! que el suelo y cielo es importuno
A mi venganza, y corromperlos prueba;
Por tanto, otra vez mando que ninguno
A sepultarlos sin temor se atreva;
Que pagará con muerte cada uno,
Por mas que justa piedad les mueva,
Y por el cuerpo muerto que faltare
El vivo suplirá que lo enterrare.

»Y juro por los dioses inmortales
Y del gran Meneceo los honores,
Que han de ser todos en la pena iguales,
Sin exceptar á grandes ni á menores.»
Dijo; y los de su guarda y sus parciales,
Por evitar bullicios y rumores
Que pudieran nacer de aqueste fuego,
A su palacio lo llevaron luego.

En tanto en Argós, que vacío estaba
De los varones que tener solia,
Triste escuadron la fama amontonaba
De las viudas y huérfanas que habia;
Y como igual dolor las obligaba,
Con desatiento cada cual corria,
Iguales en el hábito y lamento,
Ceñido el pecho y el cabello al viento.

Torciéndose las manos todas ellas,
Cuyo rigor de sangre ha matizado
Los bellos rostros y mejillas bellas,
Va el escuadron atónito enlutado;
Por reina dél y la primera entre ellas,
Cayéndose mil veces de su estado,
La bella Argía, ajena de consuelo,
Sigue el camino del tebano suelo.

No ya de sus palacios se acordaba,
Ni de su padre en la ocasion presente,
Que en su amoroso llanto resonaba
De Polinice el nombre solamente;
Solo vivir en Tébas deseaba
Y beber de su Dirce la corriente,
Su muro anteponiendo y sus almenas
Al patrio y dulce albergue de Micénas.

No menos que ella triste y afligida,
De dueñas calidonias rodeada,
Deifile, á Tideo agradecida,
Sigue los pasos de la hermana amada;
Sabia ya cómo al morir la vida
Dejó á bocados con rigor vengada,
Y aunque este exceso de cruel le acusa,
Su desdichado amor todo lo excusa.

Tras della va Nealce dolorosa,
Llorando á Hipomedonte tiernamente,
Digna, aunque en el aspecto rigurosa,
De ser llorada en la ocasion presente;
Del adivino la infeliz esposa,
Con un fingido llanto y aparente,
Tras della va; mas ¡ay! que se apresura
A prevenirle en vano sepultura.

El último escuadron de todas guia
La mísera Atalanta, cazadora,
Y á quien Diana acompañar solia,
Ebadne grave le acompaña agora;
Llora aquella del hijo la porfia,
Y esta al marido temerario llora,
Y formando del caso mil querellas,
Se muestra airada al cielo y las estrellas.

Mirólas de los bosques de Lieo
Hécate, y triste las siguió gimiendo;
Y por ambas orillas del Egeo
De Ino resonaba el llanto horrendo,
Y el Eusis, aunque el llanto es su trofeo,
El robo de Proserpina sintiendo,
Viendo al triste escuadron que llora tanto,
De nuevo agora acrecentó su llanto.

Y haciendo antorchas de su oculto fuego,
A solos sus altares dedicado,
En la confusa noche y horror ciego
Mostraba el paso al escuadron turbado,
Y Juno misma las guiaba luego
Por el menos comun y desviado,
Porque ellas solas su honor consigan,
Y otras no las estorben y las sigan.

Iris en esto, el campo visitando,
Los nobles cuerpos muertos regalaba,
Ambrosía en sus heridas derramando,
Con que de corrupcion los preservaba,
Para que así pudiesen (aguardando
El sepulcro que á todos se negaba)
Detenerse mas tiempo sin que fuera
Tan presto necesaria la hoguera.

Mas veis aquí dó llega en este punto,
Lleno el rostro de sangre y muy herido,
El griego Ornito, de color difunto,
Que del campo huyendo habia salido;
Por esta misma senda venia junto
Con otro qué alcanzar nunca ha podido,
De las muchas heridas obligado,
A un trozo de una lanza ir arrimado.

Mas luego que él oyó el rumor no usado
Por parte tan disierta y tan oculta,
De griegas mira el escuadron formado,
Que solo queda en Grecia por resulta;
La causa de venir no ha preguntado,
Que como clara, no la dificulta;
Que su tristeza le descubre el caso,
Y así hablando, les detiene el paso:

«¿Adónde encaminais los pasos ciegos,
Desdichadas matronas? ¿Por ventura
Esperais con piedad á vuestros griegos
Dar á sus cuerpos digna sepultura?
Pues no valen aquí llantos ni ruegos,
Ni hombre acercarse adonde están procura,
Que los velan y guardan por mil modos;
Y al Rey le dan el número de todos.

»Solo es dado á las aves y las fieras
Llegar adonde están los no enterrados;
¿Creonte á vuestras quejas lastimeras
Se ha de ablandar, ni á llantos tan honrados?
Antes las aras de Busiris fieras
Y los tracios caballos, sustentados
De humanos cuerpos, os serán humanos,
Y ablandaréis los dioses sicilianos.

»Y por ventura estándole rogando
(Que tengo su intencion bien conocida),
Debiendo ser á vuestros ruegos blando,
Os cogerá y os quitará la vida,
No sobre los esposos que buscando
Venis, que fuera suerte agradecida,
Sino, por ofenderos y ofendellos,
Léjos las armas y los cuerpos dellos.

»¿Por qué los daños no huis presentes,
Y en Grecia, pues podeis volver seguras,
Al nombre, que no hay mas, de vuestras gentes
No les daréis honrosas sepulturas?
Y ¿por qué á sus espíritus ausentes
No llamaréis con llantos y ternuras,
Que, á falta, vengan, de los cuerpos frios,
A ocupar vuestros túmulos vacíos?

»Y ¿por qué, pues es fama que Teseo
Ha vuelto vencedor de Termodonte,
No vais á la ciudad que baña Egeo,
Y le pedis favor contra Creonte?
Que á fuerza de armas y de guerra creo
Se tiene de allanar aqueste monte,
Y ellas harán que tenga este tirano
Costumbres de hombre y trato mas humano.»

Así les dijo; y sus palabras fueron
De tanto horror al escuadron medroso,
Que atónitas, el llanto suspendieron
Y el ímpetu de ir tan fervoroso;
De un mismo rostro todas parecieron,
Ausente dellas el color hermoso,
Porque la sangre, de temor helada,
En pálido color quedó trocada.

No de otra suerte resonó el bramido
De hircana tigre largo tiempo hambrienta,
De tiernas becerrillas al oido,
Cuyo son á los campos amedrenta,
Y poniendo los pastos en olvido,
Un general temor las apacienta
De á quién inclinará su rigor fiero
O en cuál la hambre aplacará primero.

Al punto, con la nueva desdichada,
Hubo entre todas varias opiniones;
A cuáles ir á Tébas mas agrada,
Y convencer al Rey con sus razones;
Otras de Aténas fian la jornada,
Si acaso hay piedad en sus varones,
O por último medio de sus males
Volver, aunque es afrenta, á sus umbrales.

No el honor mujeril en este caso
Ni propia estimacion detuvo á Argía,
Antes, depuesto el débil sexo escaso,
Grande hazaña el pecho heróico cria;
Al honroso peligro mueve el paso,
Y mientras es mas cierto, mas confia
De ver con honra en ella ejecutada
La dura ley de la ciudad malvada.

Y á lo que va, sin duda que no fuera
La mujer de valor mas animoso,
Aunque en el monte Ródope naciera,
Donde estiman morir junto á su esposo,
Y adonde Fásis baña su ribera,
Con nieve desatada, caudaloso,
La mas dura amazona no haria,
Acompañada, lo que sola Argía.

Luego engañosa traza fabricando
Cómo escaparse de la escuadra amiga,
Temeraria, la vida despreciando,
Se arroja al mal, que el gran dolor la obliga,
La ira de los dioses provocando,
Y la del Rey cruel, porque la instiga
Del casto fuego de su amor tan cierto
Y la piedad de su marido muerto;

A quien vivo dirá que ve contino
En cualquiera ocasion delante della,
Ya en la forma de huésped peregrino
Y en la de esposo tan amable y bella,
Y ir en la de marido cuando vino
A ser tratable la hermosura en ella,
Y ya armado parece que la mira,
Que con dolor la abraza y se retira.

Pero en ninguna imágen se presenta
Mas á menudo en la pasion que tiene,
Que aquella en que en el campo está sangrienta,
Y desnudo á pedir sepulcro viene;
Con aquestas congojas acrecienta
Mas pena la razon que le conviene,
Y solo permanece en él la llama
Del castísimo ardor que el morir ama.

Y volviendo á sus griegas compañeras,
«Vosotros proseguid, dijo, el intento
De invocar de Teseo las banderas,
Y ayude la fortuna al pensamiento,
Y á mí, que de las penas lastimeras
Que padeceis he sido el instrumento,
Dejadme ir sola á Tébas, porque quiero
El rigor de su ley sentir primero.

»Y no, aunque la ciudad cruel ha sido,
Tendrá las puertas á mi voz cerradas,
Que suegros tengo en ella, y mi marido
Sus queridas hermanas, mis cuñadas;
Ni mi rostro será desconocido,
Y aunque lo sea, nunca mis pisadas
Atrás han de volver sin hacer prueba
Del ímpetu y agüero que las lleva.»

No dijo mas, y comenzó el camino,
Por su guarda eligiendo á Meneteo,
Que fué su ayo en tierna edad contino,
Y le pudo templar mas de un deseo;
Y aunque ignora el lugar y pierde el tino
Con el cerrado bosque de Liceo,
Por donde á Ornito vió venir sangriento,
Los pasos mueve, despreciando el viento.

Y viéndose con paso presuroso
Léjos de las consortes de sus penas,
Dando lugar á un llanto doloroso,
Que humor al corazon le deja apenas,
«¿Muerto en los campos tú, mi dulce esposo,
Yo habia, dijo, de aguardar Aténas,
Y á que Teseo el caso consultara
O que algun diestro agüero lo incitara?

»Y ¿no es claro que yo mientras dilato
Tu sepulcro, dejándote olvidado,
Hagan las aves de tus miembros plato,
Que yo con tanto honor he respetado,
Y que dirás que con crueldad te trato
Si sentido ó si quejas te han quedado,
Y entre las mismas sombras de la muerte
Dirás que fuí tardía en socorrerte?

»Mas ¡ay! si está desnudo todavía,
¡Ay! si enterrado está, que dudo dello,
Y lo uno y lo otro afrenta es mia,
Que tuve obligacion de socorrello,
Pues no fuerza ó dolor detuvo á Argía,
Ni ver el hierro de Creonte al cuello;
Que antes el débil paso facilito
Porque el peligro me asegura Ornito.»

Diciendo así, los campos de Megara
Medidos deja de los piés ligeros,
Y la senda en que duda ó que repara
Se la muestran piadosos pasajeros;
Por ella va corriendo, que no para,
Arrastrando sus lutos lastimeros;
Que no es la menor pena que ha sentido
El verse miserable en el vestido.

Con vista atroz, tan sin temor procede,
Que ningun mal que escucha le amedrenta,
Ni su gran corazon rendirse puede
A mayor que el que agora le atormenta,
Y en ver que á todo mal el suyo excede,
Dél confiada, su furor aumenta,
Mostrándose cruel y desabrida,
No con temor, mas para ser temida.

Así en la noche en Frigia celebrada
Y al culto de Cibéles ofrecida,
De los llantos con que solenizada
Resulta el Eco en las montañas de Ida,
Y así con las insignias adornada
Del sacrificio, corre enfurecida,
La guia de sus coros por el monte,
A saber del cuchillo en Gimeonte.

Ya en el hesperio mar Apolo habia
Encubierto su carro reluciente,
Para volver al venidero dia
A platear las ondas del oriente,
Cuando engañada con su llanto Argía,
Que ni el trabajo ni cansancio siente,
Aun el dia no advierte que ha pasado
Con ver el campo de color mudado.

Mas no por eso teme, antes rompiendo
El camino por peñas desusadas,
Por entre ramas que se están cayendo,
Que dejó el leñador mal destroncadas,
Y por las espesas selvas ya corriendo,
Que aun son de dia oscuras y cerradas,
Por quiebras, ensenadas y vacíos,
Y atravesando sin temor los rios;

Por varias cuevas, grutas de animales llenas,
Rompiéndoles el sueño, llega acaso,
Y tanto puede el ánimo y las penas,
Que de las mismas fieras no hace caso;
Corrido Meneteo de que apenas
Puede mover el perezoso paso,
Y que él dél, aunque débil, se adelanta,
De ver se admira ligereza tanta.

¿A qué casas pobladas ó desiertas,
O fuesen de ganados ó pastores,
Con los suspiros no tocó á las puertas,
Adonde no alcanzaron sus clamores?
¿Qué senda no perdió, que en las mas ciertas,
Falta de luz, hacia mil errores?
Qué hachas tuvo, cuando las tuviera?
Qué lumbres la tiniebla no venciera?

Ya pues los dos, cansados de andar tanto,
De Penteo á la falda se avecinan,
Que entre la oscuridad y negro manto
De la noche sus cumbres determinan;
Aquí, desalentado del quebranto
Y de las fuerzas que á morir le inclinan,
Ya sin resuello y cerca de la muerte,
Propuso Meneteo desta suerte:

«Si del trabajo que pasado habemos,
Argía, la esperanza no me miente,
No léjos está Tébas, y tenemos
Cerca los cuerpos de la griega gente;
Que el aire lo demuestra en sus extremos,
Que destemplado del olor se siente,
Y los buitres lo están certificando,
Que con rumor de allá tornan volando.

»Esta es aquella tierra señalada
En crueldad, y cerca ve su muro,
Mira la sombra dél cuán dilatada,
Ha vuelto aqueste campo mas escuro;
¿Alguna luz no ves medio apagada
Que hace en sus atalayas claro escuro,
Y aunque la noche mas la oculta, es ella
Que la descubre, luz de alguna estrella?»

Alborotóse con aquesto Argía,
Y el diestro brazo al muro levantado,
«Ciudad, le dice, deseada mia,
Aunque agora enemiga te has mostrado,
Si el alma de mi dulce compañía
Libre me vuelves y su cuerpo amado,
Serás, por mas que estés de males llena,
Albergue regalado de mi pena.

»¿El hábito no ves en que he venido,
Cuán sin el fausto que venir pudiera,
Cuán mal acompañada, habiendo sido
Del grande Edipo desdichada nuera?
No á voto vengo indigno y prohibido,
Sino el que pide la piedad sincera;
Tu huésped soy; en premio de mis males,
Llanto te pido y pompas funerales.

»Que me vuelvas te ruego aquel ausente
Que de su patrio reino desterraste,
Y tú, si en almas hay forma aparente,
Cuando del cuerpo dejan el engaste,
Tú, Señor, vén y entre esta muerta gente
Muestra tu cuerpo á la que tanto amaste;
Digna soy, tú mismo así me guia
Donde te entierre y haga compañía.»

Dijo; y en una choza allí vecina
Su lanterna encendió, ya casi muerta,
Y á varias partes con furor camina,
Sin conocer del campo senda cierta;
Así Céres, robada Proserpina,
Por entre los peñascos de Etna incierta,
Con su antorcha encendida va cercando
El monte, al negro robador buscando.

Del carro sigue el surco conocido
De aquel á quien con llantos hace guerra,
Y respondiendo Encélado á su aullido,
Gimió brotando llamas por la tierra,
Y el nombre tantas veces repetido
De Proserpina, en mar, en valle, en sierra
Se oye que resuena por los vientos;
Solo el infierno calla á sus acentos.

Mas viéndola arrojarse tan dispuesta
A los peligros que excusar no puede,
El fiel Meneteo la amonesta
Que temple aquel furor y que se quede;
Que no lleve la luz tan manifiesta,
Pues conoce el rigor con que procede
El tirano Creonte, y que se acuerde
Que es reina de Argos y el honor que pierde.

Vese agora una reina que temida
Fué en Grecia un tiempo, gloria de sus gentes,
Que ha despreciado, siendo pretendida,
A tantos arriscados pretendientes,
Sola en noche confusa y denegrida,
Sin guarda de criados ni parientes,
Pisar, teniendo el enemigo al lado,
El campo, en sangre y armas matizado.

No teme oscuridades ni la espanta
De tantas almas el confuso estruendo,
Que á cualquiera lugar que se adelanta,
Por sus cuerpos los oye estar gimiendo;
Y muchas veces con la ciega planta
Las armas pisa por el campo horrendo,
Y aunque no sin ofensa suya ha sido,
El daño disimula recibido.

Y en lo que mas se cansa es apartando
Los muertos, deseando no ofendellos,
Porque el que viene con amor buscando
Piensa que puede ser cualquiera dellos;
Los que halla de rostro está mirando,
Y á los que no, forceja á revolvellos,
Quejándose que al tiempo que le importa,
Le ofrecen las estrellas luz tan corta.

Por dicha Juno, en esta coyuntura
De los brazos de Júpiter hurtada,
Por entre sombras de la noche oscura
A Aténas iba, de piedad llevada,
Para ablandar con llantos y ternura,
De la escuadra de griegos desdichada,
A Pálas, y obligarla que hiciese
Que Aténas á sus ruegos acudiese.

Mas cuando desde el cielo abiertamente,
Al tiempo que cortaba el aire vano,
Vió padecer á Argía indignamente,
Dolióse en ver que trabajaba en vano;
Al punto revolvió el carro luciente
Al de la luna, que halló cercano,
Y con plática dulce y agradable
Así dijo á la diosa variable:

«Si algun honor á Jove se le debe,
Cintia, que un tiempo á Jove obedeciste,
Y en el espacio de una noche breve
Tres noches en mi ofensa detuviste,
Un breve don te pido, y si clemente
Quieres satisfacer lo que ofendiste,
Ocasion hay agora en que podrias,
Y yo remitiré las quejas mias.

»Ya ves la que mis aras reverencia,
Aquella mi agradable griega Argía,
Que aquí y allí, con vana diligencia,
El cuerpo de su esposo hallar porfía;
Estorba la noche, que en tu ausencia
Mayores sombras y tinieblas cria,
Y mas agora que la luz serena
Va amortiguada, de humedades llena.

»Ruégote pues que en la luciente cara
Muestres el resplandor que llena encierra,
Y tu carro veloz, con luz mas clara,
Lo acerques mas que sueles á la tierra;
Y en solos los tebanos, en quien para
La dura ejecucion de tanta guerra,
Al Sueño, que te sirve de cochero,
Haz que ejecute su pasion primero.»

Apenas dijo, cuando Cintia, abriendo
Las nubes con sus rayos plateados,
De lleno en lleno el cerco descubriendo,
Ahuyentó las sombras y nublados;
La luz de las estrellas suspendiendo,
Sus resplandores ya debilitados,
Con tanta privacion, que se podria
Dudar si entonces Juno relucia.

Y lo primero que en el campo vido
Al nuevo resplandor la sin ventura,
Fué la sangrienta capa del marido,
Donde ella conoció la bordadura;
Mas no bien se descubre lo tejido
Ni se muestra la púrpura tan pura,
Porque en la sangre la labor se esconde
Ni á su color la púrpura responde.

Y mientras que con llanto doloroso
A los dioses se queja, porque siente
Que solo le quedaba de su esposo
El vestido que tiene allí presente,
Lo vió á poca distancia polvoroso,
Revuelto en sangre, hollado de la gente;
Tan sin sentido y desmayada estuvo,
Que hasta el dolor sus lágrimas detuvo.

Mas luego sobre el cuerpo y rostro amado
Se arroja, cual si vivo lo hallara,
Buscando, entre mil besos que le ha dado,
El alma ausente, que le fué tan cara;
Y al fin, de sus abrazos apretado,
Vierte de nuevo sangre por la cara,
Que ella enjuga en sus tocas y cabellos,
Para guardarla por memoria en ellos.

Y volviendo á cobrar la voz perdida,
«¡Que aquí te vea, dijo, dulce esposo,
Muerto en la misma tierra á tí debida,
Donde á reinar venias codicioso!
Que al general de gente tan lucida,
Del grande Adrasto al yerno generoso,
Muerto en el campo, entre mis brazos tengo,
Y que así á celebrar tus glorias vengo!

»Las mejillas que un tiempo fueron grana,
Los ojos sin la luz que antes fué mia,
Levanta á mí, que estoy de tí cercana,
Y mira que á tu Tébas viene Argía;
Muéstrame el muro que hace soberana
Tu patria insigne, á la ciudad me guia,
Págame el hospedaje que me debes;
Mas ¡ay! que ni respondes ni te mueves.

»¿Que este desnudo césped te ha quedado
Por posesion de todo un reino entero?
¿Qué competencias pues te lo han quitado,
Si ya tu hermano dél no es heredero?
¿Posible es que de verte así arrojado
No se mueve á llorar tu pueblo fiero?
¿Dónde tu madre está, tu hermana adó la,
Que solo muerto estás para mí sola?

»¿Dónde te vas? te dije á la partida,
¿Dónde el negado cetro vas buscando?
Y si en Argos tienes silla conocida,
Que largos tiempos gozarás reinando;
No la corona aquí tendrás partida,
Que igual será la potestad y el mando;
Mas ¡ay de mí! ¿de qué me quejo en vano,
Si yo te dí las armas de mi mano?

»Y yo misma rogué, por complacerte,
A mi padre que el ir no te impidiera,
Para que así en mis brazos venga á verte
Cual hoy te veo, y de pesar me muera;
Mas, dioses, buena ha sido aquesta suerte,
Menor fortuna suceder pudiera,
Que al fin de mi viaje trabajoso
Entero hallo el cuerpo de mi esposo.

»¿Tal herida es posible de un hermano
¡Ay me! como es abierta y penetrante?
¿Dónde agora estará el cruel tirano?
Déume que pueda verlo aquí adelante,
Que venceré á las fieras deste llano,
Ni harán cual yo destrozo semejante
En sus miembros; mas ¡ay, si por ventura
Tiene sin merecerlo sepultura!

»Mas no sin ella te verá tu gente,
Por mas que el rey injusto lo prohiba,
Que yo te entregaré á la llama ardiente,
A quien mi llanto volverá mas viva;
Durará en tu sepulcro eternamente
La fe disierta y de mi pena esquiva,
Será del viudo lecho buen testigo
Tu tierno hijo, que estará conmigo.»

Y en tanto que así gime y se querella,
Veis aquí que otro llanto resonaba
Entre los cuerpos muertos cerca della,
Y otra encendida hacha relumbraba,
De Antígone, la mísera doncella,
Que buscando á Polinice llevaba,
Y del muro, aunque patria, aborrecido
No sin dificultad habia salido.

Guardas y centinelas siempre habia
A todas horas á velar el muro,
Y de temor que el Rey visitaría,
Ninguno descuidado ni seguro;
Aquí una escucha y acullá una espía,
Con lumbres aclarando el aire escuro,
Con tantas guardas, que del muro afuera
Un ave sin ser vista no saliera.

Mas ella, con los dioses excusando,
Y con su hermano, la tardanza larga,
Que no está en culpa suya irle buscando,
Sino en la gente que al salir la embarga,
Un punto que los vido reposando,
Rendirse al sueño con pesada carga,
Por el muro rompió y al campo vino,
Bramando con furor y desatino.

Tal es la ira, rabia y el bramido,
Que atemoriza el campo y á la gente,
De la leona nueva que se vido
La vez primera de su madre ausente;
No la doncella el paso ha detenido,
Dudando adónde lo pondrá ó lo asiente,
Porque conoce bien todo aquel llano,
Y sabe adónde hallará á su hermano.

Vidola Meneteo de improviso
Venir hácia la parte que él estaba,
Y á su querida Argía le dió aviso
Que suspendiese el llanto que formaba;
Mas fuese que no pudo ó que no quiso,
Porque dolor la voz le acrecentaba,
O la tebana se acercaba tanto,
Al fin oyó los ecos de su llanto.

Y luego que á la luz de las estrellas
Y de las dos antorchas juntas vido
La que rompia el aire con querellas,
Mostrando su dolor en el vestido;
Viendo el cabello y las mejillas bellas
Afeadas de sangre del marido,
«Alma difunta, dice, ¿de quién eres,
O qué en mi noche temeraria quieres?»

Por un gran rato el responder suspende
Argía, del temor sobresaltada,
Y en ocultar su esposo solo entiende,
De sus mismos dolores olvidada;
Sobre su rostro se recuesta, y tiende
En el suyo la toca ensangrentada;
Pero en ver que callaba y se encubria,
Mayor sospecha Antígone tenia.

Y al viejo y á la dama amenazando,
De nuevo les pregunta á qué han venido;
Mas turbados los dos, se están mirando,
Que responder palabra no han podido;
Argía al fin, el ánimo cobrando,
Sin soltar de sus brazos el marido,
Que solo de perderle está temiendo,
Así le dijo, el rostro descubriendo:

«Si acaso, como yo, buscando vienes
Alguno entre la sangre desta guerra;
Si al duro edito de Creonte tienes
En tu pecho el temor que el mio encierra;
Si en largos males y en escasos bienes
Nos igualó la culpa desta tierra,
Bien podré descubrirme á ti segura,
Que ser cual soy tu llanto me asegura.

»Ni tus lágrimas pueden ocultarte;
Ea, dame la mano, á mí te llega,
Que hija soy, bien puedes confiarte,
De Adrasto, rey de la campaña griega;
¿Posible es ¡ay de mi! que en esta parte,
Contra un precepto que á morir lo entrega,
Otra que yo, con pecho piadoso,
Se halla á sepultar mi dulce esposo?»

Quedó de oirla Antígone admirada,
Y respondió, su plática rompiendo:
«¡Oh suerte de los males ignorada!
¡Que á mí, que en él te igualo, estás temiendo;
De mi compaña dudas, desdichada,
Y conmigo una causa estás plañendo;
Mio es tu llanto, y estos miembros frios,
Que tanto estimas abrazar, son mios!

»La ventaja te doy de piadosa,
Que no me afrentó á mí, siendo su hermana,
Haber sido en honrarla perezosa,
Que esta primero en piedad me gana.»
Dijo; y de su tardanza vergonzosa,
El cuerpo abraza, á quien se halló cercana,
Mezclando con Argía entre sus brazos
Besos, cabellos, lágrimas y abrazos.

Y partiendo las dos el peso blando
Del cuerpo, aun temerosas de perdello,
Una gimiendo y otra sollozando,
Gozan á veces de su rostro y cuello;
Y entrambas la memoria renovando
Con cosas que al dolor echan el sello,
Una de Tébas cuenta, y otra de Argos,
De su hermano y esposo cuentos largos.

Y recorriendo mas de atrás Argía
Memorias tristes de su antiguo llanto,
«Por el comun dolor, dijo, que hoy dia
A entrambas toca de este hurto santo,
Y por el alma que hizo compañía
Al cuerpo que enterrar desea tanto,
Te juro, y por la luz destas estrellas,
Testigos de tu mal y mis querellas,

»Que nunca tanto el triste desterrado
Sintió perder su honor, su reino y gente,
Ni de su madre el tierno pecho amado,
Cuanto de tu presencia verse ausente;
En ti noches y dias ocupado,
Tu nombre referia solamente,
Sola á ti deseaba, de manera
Que yo el menor de sus cuidados era.

»Y tú no solo en esto venturosa,
Acaso en tus alcázares subiendo,
Antes de la batalla rigurosa
Le viste sus banderas repartiendo;
Y aun él en la ocasion mas peligrosa
Quizá en que le mirabas, advirtiendo,
Te saludó, no hay duda, con la espada,
Las plumas humillando y la celada.

»Que sola yo en aquesta coyuntura
Tan léjos me hallé para gozarle,
¿Cuál Dios, en tanto extremo y desventura,
Quiso en tan grandes iras incitarle?
Que no pudo tu ruego y la dulzura
De tus tiernas palabras obligarle,
Y que negase, aunque te amaba tanto,
Las justas peticiones de tu llanto.»

Las tristes causas de su triste hado
Ya la tebana referia, cuando
El fiel compañero de su lado
Así dijo, á las dos amonestando:
«Mejor es proseguir lo comenzado;
Que os muestra el dia, que se va acercando,
De pálidas estrellas la luz corta;
Alto al trabajo, que es lo que os importa.»

»Tiempo habrá de llorar cuando en la llama
El cuerpo esté y en el sepulcro santo,
Allí podréis, que agora el tiempo os llama,
Avivar sus cenizas con el llanto.»
Antes solia, como en dulce cama,
Correr Ismeno sosegado tanto,
Cercar este lugar, que parecia,
O que estaba parado ó que dormia.

Mas agora de sangre acrecentado,
Los márgenes teniendo, á su ribera
Iba, y con el estruendo desusado
Hacia su corriente mas parlera;
Aquí llevan las dos el cuerpo amado,
Que aunque sin fuerzas, se esforzó cualquiera,
Y no mas fuerte que ellas Meneteo,
Dió el hombro al peso y alas al deseo.

Así de Facton el cuerpo ardiente
En las aguas, que tibias volvió, alzado,
Antes de sepultarlo dignamente
De las tristes hermanas fué lavado,
Y con lágrimas de ámbar transparente,
En ardores su antiguo ser trocado,
Llorando le hicieron compañía,
Y fresca sombra la ribera invia.

Mas despues que las dos lavar pudieron
La sangre, y cobró el cuerpo su hermosura
Y los últimos besos que le dieron,
Buscar el fuego cada cual procura.
Sólo en algunas hoyas donde ardieron
Cuerpos que ya gozaban paz segura,
Cual y cual brasa acaso relucia
Entre ceniza amortiguada y fria.

Duraba hasta agora acaso el fuego
Donde el fiero Eteocle fué encendido,
Quizá para mayor desasosiego
De alguna deidad entretenido,
O que para engendrar con furor ciego
Nuevos móstruos fortuna lo ha querido,
O que para mas guerra y pesadumbre
Alguna furia conservó su lumbre.

Aquí entre negros leños que han quedado
Una pequeña luz arder se siente,
Viéronla, y alegrándose en el grado
Que su tristeza y su dolor consiente,
Sin hallar aquel cuerpo ya quemado,
Le ruegan, sea quien fuere, que clemente
Compañía admita en su ceniza, y luego
Junte las almas á quien junta un fuego.

Mas, en tocando la hambrienta llama
Del huésped nuevo el cuerpo aborrecible,
De sí lo ahuyenta y rechinando brama;
Que no cabe en sí mismo el fuego horrible;
Y la luz que á su esfera se encarama
Le sacudió con un furor terrible,
Y en el extremo se partió en dos puntas;
Que aun las llamas huyeron d'estar juntas.

Cual si el rey del espanto cometiera
Encender á sus furias infernales
Dos fuegos que uno á otro se sorbiera,
Y ambos fueran distintos, aunque iguales,
Que aunque la llama se retraiga afuera,
Se consumen con furias inmortales;
Tal, removido con el piso, el fuego
Se dividió, y la misma leña luego.

Y Antígone, del caso alborotada,
A voces dijo: «Nuestra propia mano
La ira ha renovado ya acabada;
Perdidas somos, qu'este era mi hermano.
¿Cuál otro qu'él con su fiereza usada
De sí arrojara un muerto cuerpo humano?
El es, yo le conozco, no lo dudo,
Quemado el cinto y parte del escudo.

»¿No ves la llama cuál se aparta, y luego
Vuelve á juntarse con rigor extraño?
¿Que aun vive el odio antiguo en vuestro fuego?
Que no acabó la guerra tanto daño?
Ya no hay reino, ¿qué os sirve el furor ciego,
Si la muerte os ha sido desengaño,
Y mientras os haceis con llamas guerra
Goza Creonte, vencedor, la tierra?

»¿Contra quién es la furia entre dos muertos?
Templad el odio antiguo riguroso;
Y tú, que desterrado por desiertos
Contino te faltó el comun reposo,
Si obliga en semejantes desconciertos
Ruego de hermana y de mujer á esposo,
Sujeta tu rigor á nuestro ruego,
O en medio nos verás de aqueste fuego.»

Apenas dijo, y repentinamente
Por todo el campo resonó un crujido
Que estremeció la torre mas valiente
Y tembló el edificio mas fornido;
Ayudó á su rumor el fuego ardiente,
Por las rompidas llamas sacudido,
Y turbadas las guardas, recordaron
Que acaso el mismo mal soñaron.

Y al punto las estancias visitando,
Turbados del rumor, corren la cerca,
No sin miedo del viejo, que temblando
Está de verlos ya llegar tan cerca;
Y ellas solo á Creonte despreciando,
Al fuego cada una mas se acerca,
Manifestando el hurto con voz clara,
Por quien la muerte les será tan cara.

Y ciertas qu'el cadáver ya reposa,
Consumido en el último elemento,
Altercan por la muerte que forzosa
Ha de seguirse á tanto atrevimiento;
De morir la esperanza es animosa,
Y así, las hace competir de intento,
Probando cada cual en su partido
Que una robó al hermano, esta al marido.

Por ser primera cada cual porfia
En la honrosa ocasion, y se aventura;
«Yo el fuego,» dice Antígone, y Argía:
«Yo el cuerpo traje á aquesta sepultura.»
«A mí la piedad,» esta decia;
«A mí el amor (aquella) me asegura.»
Y ambas desean la indebida pena,
Los brazos ofreciendo á la cadena.

Ni es de entender que tanta deferencia
De todas sus palabras y razones
Fué fraternal respeto ó reverencia,
Mas ira de enojados corazones.
Tal era su clamor y competencia,
Y tales de morir sus ambiciones,
Que si una el brazo á la cadena alarga,
La otra el suyo extiende y se lo embarga.

Mas no por piedad ni por respeto
Se movieron las guardas mal miradas,
Con ver que son las dos raro sugeto,
Hija y nuera de Edipo desdichadas.
Las manos les ligaron en efeto,
Y así las llevan á su rey atadas;
¡Oh crueldad de bárbaros villanos,
Que lazos echais á tan heróicas manos!

Ya con las madres de su escuadra argiva
Llegaba Juno á la ciudad de Aténas,
Hallando afable, aunque parece esquiva,
A Pálas, que preside en sus almenas;
Atónita no menos que ellas iba,
Cual si pudieran sujetar las penas,
Inclinando á piedad á todos cuantos
Oyeron al pasar sus tiernos llantos.

Un cierto honor les puso en el semblante,
Que, aunque lloroso, á estimacion provoca;
Y ella tomó para guiar delante,
Ramo de oliva y reverenda toca;
Que el rostro abajen les mandó al instante
Que puso en todas gravedad no poca;
Y que en señal de sus trofeos vanos
Lleven unas vacías en las manos.

A ver la extraña novedad corrian
De toda la ciudad diversas gentes,
Que las plazas y calles no cabian
En juntas y corrillos diferentes;
«¿Adónde va este enjambre?» unos decian;
Otras: «¿Quién son las míseras dolientes?»
Que, aun sin saber las causas de sus males,
Ya parecian en el llanto iguales.

Pero Juno, los ánimos moviendo,
En todos los corrillos se presenta,
Quién son y á qué han venido refiriendo,
De los muertos que lloran dando cuenta;
Y ellas, no menos su dolor sintiendo,
Mormura cada una y se lamenta
De las injustas leyes de Creonte,
Que movieran á piedad un monte.

Mas, envueltas en llanto y alarido,
Mal sus palabras entender se dejan;
Que no con mas estruendo y mas ruido
Las golondrinas huéspedas se quejan,
Y en balbuciente canto desabrido,
Sin lenguas á decir su mal forcejan,
Y al autor del incesto horrendo y feo
Tere, tere pronuncian por *Tereo*.

En medio la ciudad con eminencia
Un simulacro levantado habia,
Que era altar dedicado á la Clemencia,
Y á ninguno otro dios se concedia.
Como cosa sagrada, reverencia
La gente desdichada le hacia,
Y en sus aras jamás faltó devoto
Ni desechó de el mas humilde el voto.

El ruego allí de todos es oido,
Que en dia claro ó noche temerosa
Ir puede el miserable y afligido
Con solas quejas á aplacar la Diosa;
No el humo del incienso derretido
Ni sangre de animales asquerosa,
No la supersticion ni el culto es tanto;
Que solo de su altar la ofrenda es llanto.

Sobre él, como trofeo, está pendiente
Mas de una cabellera y vestidura,
Que dejó en testimonio allí la gente
Que mejoró su suerte y su ventura;
Corona el sitio religiosamente
De un apacible bosque la verdura,
Do el sagrado clavel y humilde oliva
Dan reverencia y devocion mas viva.

No hay sobre el ara alguna forma humana
Ni de piedra ó metal se muestra bulto;
Que le agrada á la Diosa soberana
Habitar en el pecho mas oculto;
Con los humildes es afable y llana,
Y del concurso de ellos y el tumulto
Está el lugar horrible, aunque sagrado,
Solo de los dichosos ignorado.

Hay fama que cansados de la guerra
Los decendientes de la hercúlea rama,
Fabricaron su silla en esta tierra,
Muerto el divino padre ya en la llama;
Y aun la fama es menor de lo que encierra,
Que fueron mas sus hechos que su fama,
Y se debe de creer que por sus hechos
Gozan de el cielo, ya deidades hechos.

Túvoles siempre en hospedaje Aténas,
Por norte de la ley, divinas lumbres,
Y en las ciudades de gobierno ajenas
Sembró sus ceremonias y costumbres;
Y así, estas aras, de clemencia llenas,
Refugio de comunes pesadumbres,
Aquí le consagró para que en ellas
Hallen todos alivio en sus querellas,

Y que léjos estén desta morada
La ira, la amenaza, la violencia,
Y la fuerza de un reino y mano armada
No tenga potestad en su presencia;
Que de sus justas aras desviada,
Le haga la fortuna reverencia,
Y todo cuanto es causa de pesares
Léjos esté y sujeto á sus altares.

Aquí, como á refugios conocidos,
Concurren de mil partes varias gentes;
De las guerras los míseros vencidos
Y los que de su patria están ausentes;
Aquí los de sus reinos excluidos,
Y otros que por regiones diferentes
Vagando, sus errores los persiguen,
Ruegan por paz, y todos la consiguen.

Luego que Edipo aquí pidió postrado
Clemencia en el dolor que padecia,
Se vencieron las furias y el cuidado,
Que siempre le tuvieron compañía;
Hasta al pueblo de Olimpo rebelado
La muerte remitió que merecia,
Oyó de Oréstes el humilde ruego,
Y el materno furor le apartó luego.

Llegó á la estancia deseada tanto,
Escuadra al fin de madres y doncellas,
Mostrándoles el vulgo el altar santo,
Movido á piedad de sus querellas;
Y dándolas lugar para su llanto,
La misma se apartó delante dellas,
Y aunque en allegando alivio recibieron,
No del cuidado descansar pudieron.

Cual la banda de grullas, que huyendo
De su fria region á mas templada,
El faro adonde guia conociendo,
De gritos hinche el aire alborotada;
Pero despues con apacible estruendo,
Alegre va en la estancia deseada,
Estima haber vencido con sus brios
Sierras de nieve y destemplados rios.

Y en aquesta sazon se publicaba
Con sonorosa trompa y con clamores
Del vulgo, que hasta el cielo celebraba,
Del vencedor Teseo los honores;
Como en triunfante carro alegre entraba
En la antigua ciudad de sus mayores,
Cuando Deutia en la escabrosa tierra
Sus amazonas sujetó en la guerra.

Lleva delante el capitan valiente,
Por despojos y lustres de su gloria,
Diversos carros de vencida gente,
Del duro Marte imágen y memoria;
Tiranlos los caballos tristemente,
Sintiendo el deshonor de la vitoria;
Porque, entre otras insignias y banderas,
Mezcladas ven sus plumas y testeras.

Llevan montones de armas destrozadas
Y bosques de las lanzas ya deshechas,
Y partidas mil hachas aceradas,
Que solo para el monte fueron hechas;
Mil aljabas vacías, que preñadas
Vinieron antes de menudas flechas,
Y escudos rotos en preciosos cintos,
De sus señores en la sangre tintos.

Van luego en otros carros las vencidas,
Aun sin temor, y confesando apenas
Que son mujeres, pero no rendidas
Al comun sentimiento de sus penas;
Aun les parece que ellas atrevidas
Entran triunfando en la ciudad de Aténas,
A solo visitar por raro ejemplo
De la casta Minerva el sacro templo.

Pero lo que los ojos mas llevaba
Y la aficion primera de la gente,
Era el triunfante carro donde entraba
En silla excelsa el vencedor valiente;
El oro á los caballos no igualaba,
Ni á su carro el metal mas reluciente;
Tal, que con el de Apolo compitiera,
Si tan veloz como es gallardo fuera.

No menos que los ánimos traia
Hipólita, tan fuerte como bella,
Que, ya casada, al yugo se rendia,
Y solo aquesta fe pudo vencella;
Y algunas atenienses que allí habia
Secretamente mormuraban della,
Admiradas de ver que así quebrase
Las leyes de su patria y se casase.

Y no tan sin envidia cual detiene
En red de oro el cabello reluciente,
Y cuán cubierto el blanco pecho tiene,
Bien de lo que solia diferente,
Y que es en todo bárbara si viene
A mezclarse de Aténas con la gente
Y á tener sucesores de un marido
De quien contraria y enemiga ha sido.

Tristes á ver del triunfo el aparato,
El órden, las riquezas y los dones,
Se apartaron las griegas por un rato
Del ara, que cercaban de oraciones;
Con que de nuevo el amoroso trato
Se renovó en sus tristes corazones
De sus padres, hermanos y maridos,
No vitoriosos, pero así vencidos.

Mas luego el vencedor el carro para,
Viendo tantas matronas en Aténas,
Y desde el trono excelso no repara
En preguntar las causas de sus penas
A todas ya con benigna cara,
Mas con palabras de eficacia llenas:
Así dijo al magnánimo Teseo
La atrevida mujer de Capaneo:

«Valeroso guerrero, á quien ofrece
La ruina que á todas nos alcanza,
Sobre lo que hoy fortuna te engrandece
Nueva ocasion de súpita alabanza,
No extraña gente somos, ni padece
Por sus culpas alguna esta venganza;
Argos fué nuestra patria, y reyes eran
Nuestros maridos; ¡nunca fuertes fueran!

»Pero que les movió tan sin provecho
Siete escuadras de Grecia las mejores
Ponerse á tanto riesgo y tanto estrecho
Por enmendar de Tébas los errores;
No nos admira el desgraciado hecho,
Que no pueden ser todos vencedores,
Ni sentimos el mal de nuestra tierra;
Que veces son de la dudosa guerra.

»Sentimos solo, gran señor, que fueron,
No fieros mostros que Sicilia cria,
Ni los centauros los que aquí murieron,
Sino el mayor valor que en Grecia habia;
Dejo los claros padres que tuvieron,
Que, aunque mortales, afirmar podria
Que ya vueltos estrellas muchos dellos,
Del cielo aumentan los luceros bellos.

»A aquestos pues prohibe dar Creonte
De los sepulcros el honor postrero,
Como si él engendrara á Tesifonte
O fuera del infierno el vil portero;
Detiene en las riberas de Aqueronte
Sus ánimas el hórrido barquero,
Que, faltando á los cuerpos sepoltura,
Ni al cielo van ni á la region escura.

»¡Oh reina universal, naturaleza!
Dioses, ¿adónde estáis? Dónde está agora
De aquel injusto rayo la fiereza
Y de su autor la mano vengadora?
Dónde, Aténas, está tu fortaleza;
Que ha dado siete vueltas ya la aurora,
Y otras tantas su luz negado al suelo?
Y ¡sufre aquesta crueldad el cielo!

»Ya las aves y fieras aborrecen
De los muertos el pasto empodrecido,
Y los aires sutiles se embravecen
Del mal olor del campo corrompido;
Pues ¿qué resta en los cuerpos que padecen,
Si ya lo mas el tiempo ha consumido?
Desnudos güesos, sangre solamente,
Y eso enterrar Creonte no consiente.

»Ea, atenienses, dignos de memoria,
Que á vosotros compete esta venganza,
Antes que Marcia os gane aquesta gloria,
Y Tracia, en quien tenemos confianza;
Que á todos fué comun esta vitoria,
Nuestro dolor á todos les alcanza;
De donde quiera hay cuerpos no enterrados,
Que aguardan ser de su nacion honrados.

»¿Quién pues en ocasion tan piadosa
Será cruel, cuando enemigo fuese?
Guerra tuvimos, causa tan forzosa
Para que algun rigor permaneciese;
Mas ya cesó la ira rigurosa,
Cesó el odio; y supuesto que lo hubiese,
¿Cuándo la muerte no venció á la ira,
O quién de muertos á venganza aspira?

»Que tú, Señor, no así cuando venciste,
Segun la fama de tus hechos cuenta,
A Ciria á las fieras ofreciste,
Ni á Cercio, aunque eran dignos desta afrenta;
Cruel era Seiron; mas permitiste
Que del fuego la llama violenta
Quemase el cuerpo infame, que pudieras
Entregar á las aves y á las fieras.

»Y es de creer que el Tanais queda agora
Con sepulcros y exequias humeando
De amazonas que Scitia muertas llora,
De donde armado vuelves y triunfando;
Si piedad en tus entrañas mora,
Sigue este triunfo que te está aguardando;
Que con solo el trabajo de una guerra
Satisfarás al cielo, infierno y tierra.

»Si deshiciste el laberinto en Creta,
Guiado del sutil ovillo de oro,
Si libraste á tu patria de sujeta,
Venciendo en Maraton el hombre y toro,
Si de tu anciana huéspeda respeta
El ruego Jove y se enternece al lloro,
Defiende aquesta causa; así te sea
Propicia Pálas á cualquier pelea.

»Y así el sagrado Alcides invidioso
Nunca esté de tus hechos inmortales,
Antes le agrade verte valeroso,
Y que en obras y en ánimo le iguales;
Y siempre en carro y siempre vitorioso
Su madre te reciba en triunfos tales,
Y así nunca á tu patria le suceda
Caso, cual este, en que rogarte pueda.»

Dijo; y todas rogando humildemente,
Las manos levantaron y alarido,
Y de Neptuno el grande decendiente
Mudó el color, de su dolor movido;
Y vuelto el rostro como brasa ardiente,
De la justa venganza compelido,
«¿Cuál furia, dijo á voces, cuál Megera
Introduce reinar desta manera?

»No tales pechos en la gente griega
Dejé cuando partí á la Scitia helada;
¿Qué furor nuevo es este que los ciega?
Qué crueldad es esta, nunca usada?
¿Esperabas, Creonte, en mi refriega
Mi persona vencida ó destrozada?
Presente pues estoy, que no he venido
Cansado de la sangre que he vertido.

»Y aun todavia está con sed mi lanza
De sangre qu'es tan justo que se vierta;
Fiel Fegeo, ofende la tardanza,
A tu caballo volador despierta;
Vuelve á Tébas, anúnciales venganza
Si no sepultan á la gente muerta;
Que si les niega Tébas sepoltura,
De habella menester no está segura.»

Así dijo; y los males olvidando
De la guerra y trabajos del camino,
Al punto, su valor manifestando,
Para la nueva guerra se previno;
A los suyos exhorta, reforzando
Las fuerzas contra el tirio peregrino,
Que la gloria presente le desvela,
Y con el ansia de otro triunfo vuela.

Bien como cuando un toro madrigado
Que ya dejó el competidor vencido,
En el bosque do estaba retirado
Oyó que resonaba otro bramido,
Que, aunque se halla el cuello desangrado,
Con polvo disimula estar herido,
Y con nuevo furor y nuevo brio
A todo el campo incita á desafío.

Entre resolucion Minerva al punto
Su escudo sacudió, donde llevaba
El rostro de Medusa, que, difunto,
Aun el temor antiguo conservaba;
Y erizando el cabello todo junto,
Que un escuadron de víboras formaba,
A Tébas mira, que temblor ponia,
Y aun no el campo de Aténas se movia.

Y luego á la batalla se movieron,
No solo los mancebos animosos
Y los que acompañándole volvieron
En el triunfo presente vitoriosos,
Mas los que ni aun las armas conocieron,
Que campos cultivaban espaciosos;
No hubo quien las banderas no siguiese,
Sin que á seguirlas compelido fuese.

Van los que habitan el Brauron helado,
Y de Muniquia va la inculta gente,
Los de Pirea, puerto deseado
Del piloto qu'el mar turbado siente;
Va Meraton, y aun no era celebrado
Con el ilustre triunfo del Oriente,
Y de Celeo todo el vasallaje,
Que á Céres dió, aunque rústico, hospedaje.

El de Galea á pelear se aplica,
Las armas toma el rústico en Milena,
Aquella en bosques y esta en prados rica,
Y el montañés de Parnos, de uvas llena;
Licabeto, que olivas frutifica,
De los que las cultivan se enajena,
Ileo va, y de Himeto se separa
El que los campos olorosos ara.

Deja á Carnania el que sus campos pisa,
Que vestia de yedras tirsos antes;
Queda Funion desierto, que devisa
Las proras de las naves mas distantes,
Donde engañado Egeo en la divisa
De los mal advertidos navegantes,
Creyendo que su nave era vencida,
Dió nombre al vago mar con su caida.

Sus pueblos Salamina convocados,
Y Eléusis, diestra en cultivar la tierra,
El uso suspendiendo á los arados,
Estos y aquellos vienen á la guerra;
Dejan los de Calice sus labrados,
Que en nueve brazos su cristal encierra,
Y á lliso los que beben sus licores,
Que ocultó de Oritia los amores.

Hasta el collado mismo y fortaleza
De Aténas se vació de moradores,
Adonde compitieron por su alteza
Los dioses, sus antiguos valedores;
Hasta que de sus peñas y asperezas
El nuevo árbol produjo fruto y flores,
Y pudo con las ramas extendidas
Hacer sombra á las olas sacudidas.

Fuera á Tébas tambien á esta jornada
Hipólita y la gente que regia,
Si ya el temor de verse tan preñada
No estorbara el intento que tenia;
Demás que del marido fué rogada
Que las armas dejase y la porfía,
Y que en lugar de Marte, por trofeo
Consagrase las flechas á Himeneo.

Y luego que á la heróica y alta empresa
Vió el capitan que todos se animaban,
Que les es dulce el hierro y que de priesa
De sus hijos y amigos se apartaban,
Y que por no impedirse, aunque les pesa,
Los abrazos y besos abreviaban,
Así dijo con ánimo bizarro
Desde el excelso trono de su carro:

«Nobles escuadras, gentes valerosas,
Que defendeis conmigo en justa guerra
Las leyes y costumbres piadosas
Que en el morir estableció la tierra,
Fiad en vuestras hazañas generosas
Y el único valor qu'el pecho encierra,
Dignas del gran principio que habeis dado
Sean las obras al intento osado.

»Bien claro veis que está, por otra parte,
El favor de los dioses y las gentes,
Naturaleza os lleva el estandarte,
Ley general de todos los vivientes;
Por el contrario, el escuadron de Marte
En Tébas guian furias y serpientes,
Y siendo tal la nuestra y tal su guia,
No hay que dudar del fin desta porfía.

»Id alegres, os ruego, á la batalla,
Que os prometo seguro vencimiento,
La justa causa que teneis de dalla,
Fundad en ella el fin de vuestro intento.»
Dijo; y tirando un asta, que alcanzalla
Pudiera solo el presuroso viento,
Mas que el viento y la lanza presuroso,
Tomó el camino el capitan famoso.

Tal cuando Jove cubre de nublados
Los altos ejes del nevado polo,
Y del largo descanso ya enfadados,
Rompe á sus vientos la caverna Eolo,
Que de nuevos furores animados,
Con la mudanza del ivierno solo,
Vagas estrellas salen sacudiendo,
Y en Artos silva el eco de su estruendo;

Y entonces cuando su furor derraman,
Sin ser en las cavernas detenidos,
Gimen los montes y las ondas braman,
Y se encuentran nublados desparcidos;
Suenan los truenos que los aires aman,
Y relucen los rayos encendidos,
Y todos gustan de avivar la guerra,
Y ver herida retumbar la tierra;

Catervas de caballos y peones
Trillan los campos, talan la arboleda,
Tal, que la yerba envuelta en los terrones
De renacer sin esperanza queda;
De espejos no á sus limpios morriones
Alcanza á deslustrar la polvareda,
Que, esparcida su luz, al cielo alcanza,
Y al sol relampaguea cada lanza.

Marchan el dia, y de la noche escura
Sin perdonar las nieblas, van marchando,
Y una escuadra mas que otra se apresura,
Todas llegar á Tébas porfiando;
Cuál el primero publicar procura
Que vió sus chapiteles relumbrando,
Y cuál ser con su lanza el que primero
Rompia en el muro el no manchado acero.

Mas sobre todo el campo se señala
El nieto de Neptuno, que parece
Que en armas y valor nadie le iguala,
Y su presencia á todos escurece;
En cuyo escudo por adorno y gala
La gloria de sus hechos resplandece,
Grabada Creta en medio del asiento,
Con cien ciudades y murallas ciento.

Pintado allí con distincion se via
Del laberinto el intricado coso,
Y el mismo que en sus brazos retorcia
El yerto cuello al toro riguroso;
Vese cuál de sus golpes se escondia,
Haciendo el presto ivierno perezoso,
Y cuál le ataba los nudosos brazos,
Haciendo de los suyos fuertes lazos.

De verlo así abrazado en la pintura
Con la bestia feroz estrechamente,
Y que una y otra vez en sangre pura
Se baña de la planta hasta la frente,
De verlo entrar en la batalla dura
Tan sin temor al capitan valiente,
Con tan fiero animal y tal denuedo,
A todos puso, aunque pintado, miedo.

Y aun él, mirando la labor, renueva
La memoria del hecho ya pasado,
Ve los amigos que en la heróica prueba
Dudaban del suceso no esperado,
Ve la entrada temida de la cueva,
Y en ella, con semblante demudado,
La hermosa cretense, que temia
Si el hilo que le dió se acabaria.

Ya en aquesta sazon Creonte habia
Mandado ejecutar la injusta pena
De desollar á Antígone y Argía,
Y atadas las llevaban en cadena;
Alegres ambas, cada cual tenia
De ambicion de morir el alma llena;
Y así, ofreciendo al hierro el cuello blando,
Iban del Rey y su rigor burlando.

Cuando llegó el embajador Fegeo,
Al parecer pacífico, y mostrando
De verde oliva un ramo por trofeo,
Pero á guerra mortal desafiando,
Que no olvidó el mandato de Teseo,
Guerra en su nombre á todos publicando,
Y que del muro estaba ya cercano,
Cubriendo de armas y de gente el llano.

Suspenso estuvo y lleno de cuidado
El tebano escuchando el desafío,
Algo dudó de verse amenazado,
Y en sus antiguas iras templó el brio;
Pero, al fin, en sus fuerzas confiado
Y en la real potencia y señorío,
Fingió, aunque triste, un ánimo severo,
Y así, risueño dijo al mensajero:

«¿Tan pocos son los males y las penas
Que establecí contra la griega gente,
Que, viendo la caida de Micénas,
Hay quien de nuevo el mismo daño intente?
¿Que hay quien ose cercar nuestras almenas
Y en el peligro ajeno no escarmiente?
Vengan, pero vencidos, no se quejen
Que por la ley que á los demás los dejen.»

Dijo; mas ya del campo que venia
Vió levantar la espesa polvareda,
Que escurece la clara luz del dia,
Y no hay quien devisar los montes pueda;
Perdió al punto el color que antes tenia,
Que aun sangre juzgarán que no le queda,
Y á sus vasallos incitando al arma,
Pidió las suyas, y al momento se arma.

Bastó á turbarle haberle parecido
Que las furias sus sillas ocupaban,
Y que llorando á Meneceo vido,
Y que alegres los griegos se enterraban;
¿Qué dia aqueste desgraciado ha sido,
Que cuando en Tébas de la paz gozaban,
Que á costa de su sangre poseia,
La paz hallada pereció en un dia?

Las armas, que tenian ya colgadas
En sus templos, por rotas y deshechas,
Vuelven á descolgar, y aunque quebradas,
No tienen las rodelas por estrechas;
Descuelgan sin penachos las celadas,
Y aún no limpias de sangre muchas flechas,
Que no hay quien con caballo lanza ó dardo
Ni espada pueda parecer gallardo.

No hay foso de que puedan confiarse,
Cerca que no esté rota ó mal sigura,
Puerta que no convenga repararse,
Que todo lo asoló la guerra dura;
No hay torre donde puedan ampararse,
Que les falta de almenas la hermosura,
De muchas que, arrancadas de su asiento,
Tiraba Capaneo por el viento.

Pues ya la juventud, en quien debiera
Tenerse confianza, está perdida,
Sin sangre, sin virtud, y de manera
Que en vano será Tébas socorrida;
Ya no la esposa del marido espera
Los dulces besos con que amor convida,
Ni los hijos del padre, qu'están tales,
Que no se acuerdan mas que de sus males.

Por el contrario, el ateniense luego
Que vió romper la clara luz del dia
Y la del sol, que juzgaran que en fuego
Las lanzas y celadas encendia,
Al campo sale, donde el campo griego
De desnudos espíritus hervia,
Y el aire, del vapor inficionado
De tanto cuerpo muerto no enterrado.

Dentro del mismo yelmo el aire siente,
Y el fuerte capitan gime y suspira,
Y provocado del rigor presente,
Con la justa ocasion se enciende en ira;
Pero el tebano rey, aunque inclemente,
De aquesta parte su escuadron retira;
Que al fin de tantos daños recebidos,
Quiso honrar desta suerte á los vencidos.

Que no sobre los cuerpos desdichados
Ni en el campo bañado en sangre pura
Quiso que peleasen sus soldados,
Ni allí mezclarse en la batalla dura;
Por gloriarse de verlos destrozados,
Mas que por piedad fué por ventura,
Y otra tierra eligió, que mas sedienta
Beba la sangre que verter intenta.

Ya el un campo y el otro se mezclaba,
Del furor de Belona compelido,
Y aunque á los unos y otros incitaba,
No á todos era con igual partido;
Que no igualmente en todos resonaba
De las bastardas trompas el ruido,
Ni en el esfuerzo de embestir primero
Igualaba el tebano al forastero.

Estaban todos flacos, sin aliento,
Que aun de la espada el peso los oprime,
La floja diestra el asta ¡oh helamiento!
No puede sustentar sin que lo anime;
Haberse vuelto á armar es mas tormento,
Que no hay quien vieja llaga no lastime
Apretándose el yelmo á la celada,
Que hace la sangre reventar cuajada.

Tanto, que en los de Aténas la fiereza
Fué menor en entrando la batalla,
Cuando de sus contrarios la flaqueza
Les negaba ocasion de ejecutalla;
Cual es mayor del viento la aspereza
Faltando selva en que poder quebralla,
Y mayor el silencio en la ribera,
Si no hay escollo en que sus ondas hiera.

Mas luego que al romper contra el tebano
El gran Teseo con virtud divina
Su lanza levantó en la diestra mano,
Que era de Maraton una alta encina,
Con cuya sombra cubre todo el llano,
Y al enemigo temeroso inclina,
Y del hierro la luz que resplandece
El fiero campo alumbra y estremece;

Como si el padre Marte decendiera
De la cumbre de Lemo inacesible,
Y de su veloz carro sacudiera
Miedo, huida, muerte aborrecible;
No el tebano escuadron de otra manera,
De espanto lleno y de temor terrible,
Desanimado y vergonzosamente
Volvió la espalda al capitan valiente.

Mas no sigue el alcance, de enfadado,
Ni el brazo en sangre fácil embaraza,
Aunque el resto de vulgo porfiado
Les va por todas partes dando caza;
Así agrada el despojo desechado
Al lobo y al mastin de mala raza;
Mas no al leon, que mientras mas se enciende,
Al que rendido está menos ofende.

Empero á la primera lanza acaba
A Olenio y á Tramiro atravesando,
Aquel que saca flechas de su aljaba,
Y este una grande piedra levantando,
Y de otras tres sin detenerse enclava
De Alceo los tres hijos, que fiando
En tres escuadras que á regir vinieron,
Lo mal que confiaban conocieron.

Una á Fileo le escondió en el pecho,
Y otra hizo que Hólope mordiera,
Y sin serle las armas de provecho,
Pasó de Japo el hombro la tercera;
Ya Emon á reparar el daño hecho
Llegaba al punto con veloz carrera,
Mas tan veloz como en su carro vino,
Voló sobre él un asta como un pino.

El cual de golpe, el tiempo conociendo,
Los medrosos caballos hizo á un lado,
Y la lanza, que el aire iba rompiendo,
A dos dellos pasó por el costado;
Ya el hierro iba al tercero apeteciendo,
Y á no haberse la punta atravesado
En el timon del carro, lo pasara,
Y hasta el cuarto caballo no parara.

Y como solo el capitan valiente
Buscaba de Creonte la persona,
Pasa adelante, y con furor ardiente
Por todo el campo á voces le pregona;
Vídolo al fin en la contraria frente,
Que á los suyos detiene y amontona,
Los ánimos medrosos incitando,
Y en vano con la muerte amenazando.

Mas no bastó su furia y su amenaza
Para que los tebanos no huyesen,
Que solo le dejaron en la plaza,
Sin que ley militar obedeciesen;
Ni á Teseo su gente le embaraza,
Porque atrás les mandó que se tuviesen;
Y así, se retiraron sus soldados,
De su esfuerzo y sus dioses confiados.

Teme de verse á tanto riesgo puesto
Creonte, y vuelve á convocar su gente;
Mas conociendo el odio manifiesto
Que le han mostrado en la ocasion presente,
Al extremo de ira arrojó el resto,
Que menos que furor no le consiente,
Y así habló con ánimo atrevido,
De la forzosa muerte compelido:

«No con mujeres pienses qu'es la guerra,
O que son de doncella aquestas manos,
Que aquí sabe tener aquesta tierra
Con fuertes hombres trances inhumanos;
Yo soy por cuya causa Estige encierra
De Tideo los hechos soberanos,
Y por quien el furioso Hipomedonte
Y á Capaneo visitó Caronte.

»¿Con qué locura pues acometiste
Batalla tan injusta y repentina?
¿Muertos no ves los que á vengar veniste?
¿Cómo no te amenaza su ruina?»
Dijo; y con cuanta fuerza en él asiste
Una lanza perdida le encamina;
Y bien perdida fué, pues solo pudo
Clavársela en el cerco del escudo.

Rióse, aunque enojado, el gran Teseo
De escuchar los blasones del tebano,
Y de ver de su lanza el mal empleo,
Y el poco efeto de la débil mano;
Y cudicioso de mayor trofeo,
De una lanza, que un fresno es mas liviano,
Un gran tiro apercibe el brazo fijo,
Pero primero con soberbia dijo:

«¡Almas de griegos, por quien hoy pretendo
En sacrificio dar la de Creonte!
Abrid las puertas del infierno horrendo,
Salga la vengativa Tesifonte;
Mirad que ya el traidor qu'estáis temiendo
Viene á el escuro reino de Aqueronte.»
Dijo; y la gruesa lanza blandeando,
Se la tiró, los aires barrenando.

Vino á herir la rigurosa punta
Adonde, por debajo del escudo,
La malla de la cota está mas junta
Y hace el eslabonado mas menudo;
Por mil ventanas á salir apunta
La sangre que despide el pecho crudo,
Y dando fin á tan injusta guerra,
Revolviendo los ojos, vino á tierra.

Grave Teseo al punto sobre él llega,
Desnudándole él propio la armadura,
«Ya, dijo, á la enemiga gente griega
Agradaráte darles sepultura;
Vé pues, traidor, donde tu alma ciega
Padezca eterno llanto, mas segura
De que el cuerpo que deja aquí postrado
Sea jamás con el sepulcro honrado.»

Luego alegres los campos se mezclaron,
Las diestras á las paces extendiendo,
Y en medio de la guerra las firmaron,
Cual güesped á Teseo recibiendo;
Que fuese su caudillo le rogaron,
Sus muros y sus casas ofreciendo;
Y él, aunque vencedor, y ellos vencidos,
No despreció los ruegos ofrecidos.

Huélganse en ver que vencedor entraba
Cualquier madre tebana y cualquier nuera,
Cual si en la India, á quien el Gánges lava,
A Baco el sacrificio se hiciera,
Adonde el mismo rio celebraba,
Vencido ya y humilde en su ribera,
Los regocijos que en honor hicieron
Del mismo dios de quien vencidos fueron.

Mas ya por varias partes discurriendo
Vienen las madres griegas incitadas,
Las estrellas del cielo sacudiendo
Con sus gritos y voces desusadas;
Cual á la guerra suelen ir corriendo
Las locas bacanales convocadas;
Que dirás, si reparas en su furia,
Que vienen de hacer alguna injuria.

En medio de su llanto se holgaban,
Y alegres nuevas lágrimas vertian,
Del ímpetu, á mil partes se arrojaban,
Cual gozo y el dolor las compelian;
Si al gran Teseo irán antes dudaban,
O á ver el cuerpo de Creonte irian
Y á los suyos, y al fin las llevó el llanto
A ver los cuerpos deseados tanto.

No si alguna deidad con lenguas ciento
Aumentara en mi pecho la armonía,
Pudiera referir con digno aliento
Tantos sepulcros hechos en un dia
De tantos como el último elemento
Del vulgo y de los nobles consumia,
Ni pudieran mis fuerzas ser iguales
A tanto llanto y sentimientos tales.

Ni á referir mi espíritu bastara
Cómo Ebadne con ánimo atrevido
Se echó en la llama que le fué tan cara,
Buscando al rayo que abrasó al marido;
Y cómo reclinando el pecho y cara
Sobre el cuerpo, del suyo tan querido,
Deifile lo excusa, y cómo Argia

. . . . . .

¡Con qué llanto la madre cazadora
Llama al jóven de Arcadia sin ventura,
Al de Arcadia, en quien hubo hasta agora,
Aunque muerto y sin sangre, hermosura!
El de Arcadia, que un campo y otro llora
Su muerte en tierna edad, aun no madura,
Que apenas estas cosas furor nuevo
Podrá bastar, ni aunque inspirase Febo.

Y pues ya llegó al puerto mi navío
Despues de tanto mar como ha pasado,
¡Oh mi *Tebaida*, que al ingenio mio
Doce años trujiste desvelado!
Que largos tiempos durarás confio
Mientras viviere el dueño á quien te he dado;
Qu'es cierto que su fama y sus favores
El camino abrirán de tus loores.

Ya podrá ser que se renueve y vea
En la edad venidera tu memoria,
Y que el César magnánimo te vea,
Que es adonde llegar puede tu gloria,
O que la juventud que á Italia area
En tí deprenda la tebana historia,
Y que en diversas partes y lugares
Tus versos solenice en sus altares.

Vive pues largos años, mas no intentes
Con la divina *Eneida* competencia,
Léjos la sigue y della no te ausentes,
Haciendo á sus pisadas reverencia;
Pues el nublado de la envidia sientes,
Luego se deshará con su presencia,
Y muerto yo á pesar del torpe olvido,
El honor te darán que has merecido.

FIN DE LA TEBAIDA DE ESTACIO.